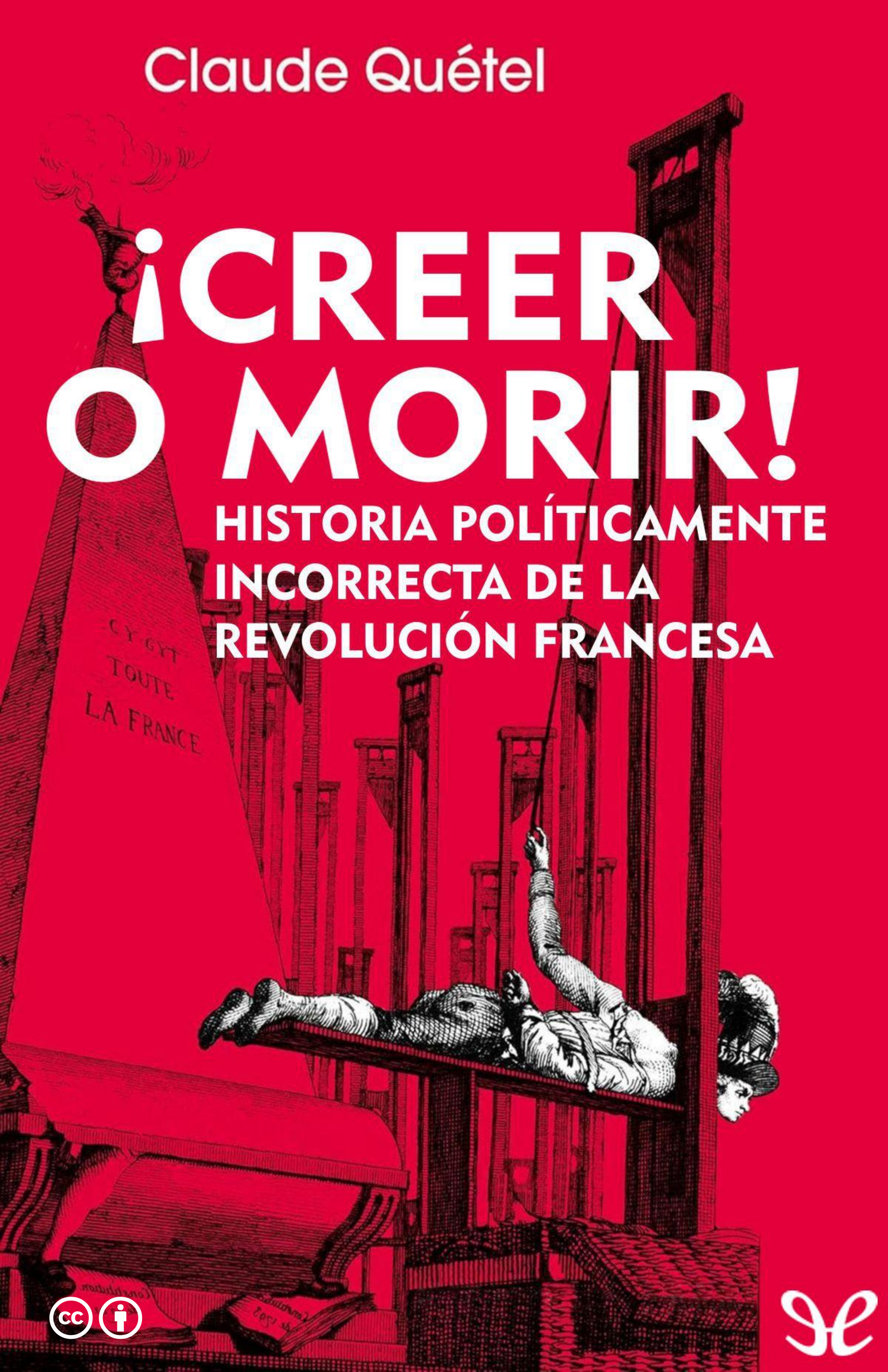

Claude Quétel
¡CREER O MORIR!
HISTORIA POLÍTICAMENTE INCORRECTA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA
CY GYT
TOUTE
LA FRANCE

«¡Creer o morir! ¡He aquí el anatema pronunciado por espíritus ardientes en nombre de la libertad!» Así expresaba su indignación el periodista Jacques Mallet du Pan en el Mercure de France del 16 de octubre de 1789, al comienzo mismo de la Revolución francesa. Una proclama que desmiente la tesis, hoy casi oficialmente aceptada, de que hubo dos «revoluciones»: una buena, la de los derechos humanos, que se habría corrompido en una mala, la del Terror.

Pero… ¿y si toda la Revolución francesa hubiera sido un desastre enorme y lamentable desde sus inicios? ¿Y si lo que durante mucho tiempo se ha presentado como el levantamiento de todo un pueblo no fuera otra cosa que la locura asesina e innecesaria de un puñado de parisinos ebrios de ideología que provocaron una guerra civil cuya memoria aún divide al mundo entero?

Claude Quétel ha osado romper el tabú. Para ello ha revisado las fuentes, retirando las capas de propaganda acumuladas, para descifrar los hechos, liberándolos de las distorsiones de la historia políticamente correcta. Nos ofrece así una nueva mirada, directa y sin prejuicios, que pone en cuestión relatos tan asumidos como el de la toma de la Bastilla, nos hace descubrir que antes del Gran Terror vino el Gran Miedo o que la Asamblea vivió desde el minuto cero sumida en un tumulto perpetuo y aplastando las libertades que proclamaba.

Este relato, detallado y apasionante, está dirigido a todos aquellos que deseen que finalmente se les cuente otra historia de la Revolución francesa… la verdadera.



Claude Quétel

CREER O MORIR

Historia políticamente incorrecta de la revolución francesa

ePub r1.0
Titivillus 17.09.2023

Título original: *Crois ou Meurs! Histoire incorrecte de la Révolution Française*
Claude Quétel, 2019
Traducción: Helena Faccia & Teresa Chaves
Retoque de cubierta: Titivillus (de la portada de la edición francesa)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







PRÓLOGO

¿Se puede escribir un nuevo libro sobre la Revolución Francesa? ¿Tiene sentido? ¿No está todo dicho?

Es probable que una gran mayoría responda que no vale la pena. ¿Para qué añadir más páginas a una bibliografía que ya supera lo que se puede leer durante una vida entera?

Claude Quétel, por el contrario, ha tenido la audacia de responder que no, que no todo estaba dicho. Aún más, se ha atrevido a escribir ese libro que faltaba… ¡y ha salido airoso! Porque, digámoslo ya, esta *Historia políticamente incorrecta de la Revolución francesa* es un libro magnífico, de esos que hay que leer lápiz en mano, subrayando, y al que hay que volver con regularidad para refrescar esos hallazgos, esos apuntes, esos retratos que aportan una poderosa luz a sucesos que nos han llegado envueltos en brumas.

¿Cuál es el secreto de Quétel?

En primer lugar y, ante todo, un conocimiento exhaustivo y profundo del periodo. Saber, y saber mucho, es la primera condición para escribir algo original sobre cualquier tema, y aquí Quétel cumple con nota. Investigador en el CNRS (*Centre national de la recherche scientifique*), director científico del *Mémorial de Caen*, comisario del Centro nacional del libro en Francia, un dato nos pone sobre aviso acerca de con quién estamos tratando: sobre la toma de la Bastilla, un momento particular del proceso revolucionario, Quétel ha escrito tres libros en los que está todo, absolutamente todo, analizado y explicado.

En segundo lugar, una mirada despojada de apriorismos ideológicos. Quétel no solo ha estudiado la Revolución francesa,

sino también la historiografía de la misma y es muy consciente de hasta qué punto la toma de partido previa puede distorsionar la lectura que se hace de los hechos, resaltando unos, ocultando otros, retorciendo el relato para que encaje en aquella interpretación que se había decidido de antemano. El anexo final de ¡*Creer o morir*!, un repaso a las obras que han ido configurando a través del tiempo nuestra visión de la Revolución francesa, es la demostración de que la metáfora del lecho de Procusto es una realidad bien palpable.

Quétel adopta la actitud contraria. Y empieza confesando su ambición: «hacer el relato, libre y detallado, de la Revolución francesa, fuera de todo academicismo y de toda postura. Un relato sincero». Ni a favor, ni en contra… lo que a veces puede resultar más devastador que aquellos relatos que, cargando en exceso las tintas desde sus primeras líneas, quedan irremisiblemente desacreditados. Algo, por otra parte, muy sencillo de enunciar pero que solo está al alcance de quien ha leído mucho, ha entendido mucho y ha alcanzado esa madurez que te permite ver el bosque sin olvidar cada uno de los árboles. Quétel se sabe al dedillo toda la historiografía, pero precisamente por ello prefiere ir directamente a los hechos, a las fuentes, a los textos contemporáneos. Los resultados son espectaculares, consigue un relato apasionante que se lee casi como una novela (como de costumbre, la realidad supera a la más exuberante ficción), en el que nada está predeterminado por fuerzas ciegas, en el que sus protagonistas no son peleles del destino, pero en el que las causas, por escondidas que estén, provocan invariablemente sus consecuencias.

Así, con ¡*Creer o morir*!, Quétel nos muestra una Revolución francesa liberada de todas las capas que se le han ido añadiendo a lo largo de dos siglos. El ejemplo de la «épica» toma de la Bastilla es paradigmático. Los liberadores de la Bastilla, nos explica el autor, a pesar de lo mucho que buscaron y rebuscaron, solamente encontraron a siete presos: cuatro falsificadores en espera de jui-

cio que aprovecharon para escaparse mientras que los tres otros eran paseados por las calles entre aclamaciones. El problema fue que enseguida resultó evidente que dos de esos tres son dementes que hay que encerrar al día siguiente en Charenton. El único prisionero, supuesta víctima de la crueldad absolutista, que se puede mostrar en público está preso por delito de incesto y pronto hay que apartarlo para no desprestigiar la memorable gesta. En definitiva, ni un prisionero presentable.

¿Qué hacer? ¿Cómo erigir un mito heroico con estos mimbres? Claude Quétel nos explica que esta aparentemente difícil tarea no será un problema para los revolucionarios, los artistas de la propaganda y la manipulación: se inventarán un octavo prisionero, creación de su fantasía: un tal «conde de Lorges», cubierto de cadenas y encerrado desde hacía 32 años, que pasa a ocupar las portadas de las gacetas y panfletos del momento y del que se informa que, cuando expresó desorientado no saber adónde ir, la multitud, con una sola voz, le respondió: «la nación te alimentará». Todo producto de la calenturienta imaginación de los panfletistas revolucionarios, reforzada por cuadros poco escrupulosos encargados por los revolucionarios tras tomar el poder. Como se suele decir, así se escribe la historia.

Nos preguntábamos al inicio si tenía sentido aún escribir (y leer) sobre la Revolución francesa. ¿Vale la pena dedicar nuestro tiempo a unos sucesos de hace más de dos siglos? Me atrevo a afirmar que es imposible que, tras la lectura de este libro, alguien tenga la más mínima duda de que sí, y mucho. Y es que, para bien y para mal, la Revolución francesa es el acontecimiento que de forma más evidente inaugura el mundo en que vivimos. En cierto modo, lo que ocurre durante unos años en Francia está tan cargado de sentido que resulta como una condensación de todo lo que va a desplegarse en el ámbito sociopolítico desde entonces. Permítanme la exageración, pero todo lo que ocurre después ya sucedió durante la Revolución francesa. La demagogia parla-

mentaria, el terror, la manipulación de las masas, el arribismo, la reescritura de la historia, la propaganda política… Todo aquello que consideramos típico de diversos momentos y regímenes está ya presente en esa especie de tragedia griega (con su inexorable destino en forma de mecánica revolucionaria y sus insaciables saturnos devorando a sus hijos) que se desarrolla en Francia durante la última década del siglo XVIII. Conocerla a fondo es comprender la historia contemporánea: no solo tiene sentido seguir estudiándola, sino que es crucial si queremos orientarnos en el presente.

Algunos ejemplos servirán, o al menos eso espero, para convencerlos de la que quizás parezca a algunos una atrevida afirmación. Empezando por la constatación de que con la Revolución francesa se inicia el reinado de la opinión pública y, en consecuencia, los esfuerzos para conformarla. Pronto descubrirán los revolucionarios que la influencia de las obras baratas y populares es mucho mayor que la de las obras caras y prestigiosas. Quétel lo ilustra con una carta de Voltaire a d'Alembert en 1756 en la que podemos leer: «Querría saber qué daño puede hacer un libro que cuesta cien escudos. Jamás veinte volúmenes infolio harán una revolución: son los libros pequeños de treinta sueldos los que hay que temer. Si el Evangelio hubiese costado doscientos sestercios la religión cristiana nunca habría sido establecida». Hoy podríamos decir que un youtuber es capaz de movilizar más que veinte tesis doctorales.

Otro de los mecanismos que ya aparecen bien a las claras durante las jornadas revolucionarias y que nos resulta por desgracia muy familiar es la descalificación absoluta, radical, del discrepante, de quien se aparta de la doctrina oficial. Quétel nos advierte de que ya en la Revolución francesa el discrepante es declarado enemigo de la humanidad: «se convierte *ipso facto* en cómplice del oscurantismo y enemigo del progreso, es decir, del género humano». No es que pueda estar errado, algo siempre posible y en

ocasiones incluso probable, es que se convierte en enemigo del pueblo, que es algo muy distinto. Como escribe Taine, «como el jacobino es la Virtud, no se le puede resistir sin cometer un crimen». Hoy son cada vez más quienes equiparan discrepancia con crimen y pretenden convertir en delito (de odio, climático, discriminatorio…) cualquier opinión que se desvíe de la doxa oficial del momento.

Pero no se confundan, Quétel no es un nostálgico del Antiguo Régimen, dispuesto siempre a cargar las tintas contra los revolucionarios y a exonerar de toda responsabilidad a Luis XVI y los suyos. Lo decíamos antes, la originalidad de su enfoque es esa mirada libre, no predispuesta por ninguna toma de partido. Una mirada que le permite ver cómo el mito de una revolución «buena» y pacífica que va ser traicionada por una revolución «mala» y violenta es una invención que no resiste el más mínimo análisis de los hechos, que gritan a los cuatro vientos que el terror empieza con sus primeros pasos (para convertirse en Terror, con mayúscula, de forma natural, progresiva y consecuente). Sí, la «leyenda rosa» de la Revolución francesa queda herida de muerte tras la lectura de este libro.

Pero esa misma mirada también muestra sin rodeos ni disimulos todas las deficiencias y errores del rey, sumido en la indecisión y que solo está a la altura de su estirpe y posición en los últimos momentos de su vida. Quétel no nos oculta, al contrario, el desacertado camino tomado por Luis XVI, combinando imprevisión, rigidez e indecisión, como cuando llama a los regimientos suizos a Versalles pero no les ordena actuar, sin comprender que, tal y como escribe Quétel, «la amenaza sin acción es la peor de las soluciones». Algo que, desde padres a gobernantes, deberíamos grabar a fuego en nuestras mentes.

¿Necesitan aún más muestras de que vivimos en el mundo nacido de la Revolución francesa? Fíjense en esta descripción de un conocido y popular político: «Sabía que el hombre de genio ha-

bla más a los sentidos que al espíritu: también su gesto, su mirada, el sonido de su voz, todo, hasta su manera de peinarse, estaba calculado sobre un conocimiento profundo del corazón humano. Su elocuencia ruda, salvaje, pero rápida, animada, repleta de metáforas audaces, de imágenes gigantescas, dominaba las deliberaciones de la Asamblea. Su estilo duro, rocalloso, pero expresivo, abundante, hinchado con palabras sonoras, parecido a un duro martillo en manos de un hábil artista, modelaba a su voluntad a hombres a quienes no se trataba de convencer, sino de aturdir y subyugar». Es la descripción que el marqués de Ferrières hace de Mirabeau y que Quétel recoge en este libro, pero encaja a la perfección, al menos parcialmente, en numerosísimos líderes políticos desde entonces, algunos, me atrevo a afirmar, presentes entre nosotros (les dejo a ustedes la tarea de ponerles nombre). Por cierto, Rivarol, refiriéndose al mismo Mirabeau, nos dejó esta perla a medio camino entre el elogio y la crítica mordaz: «Es capaz de todo, incluso de una buena acción».

Y ya que destacamos las citas que recoge Quétel, no hay duda de que su método de dar voz al juicio, a la opinión, a los comentarios de quienes viven en presente la Revolución francesa es una de las claves que dan valor a este libro y que lo convierten en algo vivo y apasionante, muy alejado del árido tratado abstracto y aleccionador. Como cuando acude a los escritos de Arthur Young, un agrónomo inglés de visita en París, que es testigo de la escasez de trigo en París en 1789. Young se percata enseguida de cuál es la actitud de los revolucionarios y escribe: «Me parece que a los violentos amigos de los comunes no les molesta el alto precio del grano, pues es de gran ayuda para sus posturas y facilita así la apelación a los sentimientos apasionados del pueblo y facilita sus proyectos mucho más que si el precio fuera bajo». Aquello de «cuanto peor, mejor» ya funciona a pleno rendimiento en los albores de la Revolución francesa.

O también cuando reproduce extractos de la carta del intendente de Alençon el 18 de julio de 1789, en la que explica la situación que se vive en aquella localidad del noroeste francés conocida hoy en día por ser la localidad natal de Santa Teresita de Lisieux: «Las revueltas se multiplican y la impunidad de que se jactan, porque los jueces temen irritar al pueblo con ejemplos de severidad, no hace más que enardecerlos». Observaciones que desde entonces han cruzado los Pirineos y son de aplicación a nuestra actualidad más próxima.

O por seguir con los paralelos entre la Revolución francesa y la historia de España más reciente, llama la atención las similitudes entre el ambiente posterior a la caída de Robespierre, el «posTerror», y nuestra Transición, marcados ambos por el veloz realineamiento a la nueva situación. En cuestión de días el gorro rojo, «glorioso ayer, de repente se convierte en objeto de oprobio». París, ciudad *sans-culotte*, ahora es termidoriana: se recupera el hablar de usted, el trato de *monsieur* reemplaza al de *ciudadano* y el famoso pintor David, que antaño glorificara entre otros a Marat, diseña ahora el traje de los nuevos cinco directores que gobiernan Francia tras el golpe. Se llega incluso a que lo más chic sea tener un pariente guillotinado, que vendría a ser como el haber corrido delante de los grises.

Confío en que si alguien lee estas líneas y duda aún si embarcarse o no en la lectura de ¡*Creer o morir*! Deje atrás sus titubeos y se embarque en esta travesía por la sacudida que cambió el mundo. Se sumergirá en una década (1789-1799) inflamada de pasión, peligrosa, tremenda y cargada de enseñanzas, asistirá a sucesos decisivos casi como si de un espectador contemporáneo se tratara (con la ventaja de que no pondrá en riesgo su vida) y comprenderá mucho mejor no solo aquellos hechos, sino el mundo en que vivimos. Una propuesta que, aunque se pueda rechazar, hará bien en aprovechar.

JORGE SOLEY

INTRODUCCIÓN

Este libro solo tiene una ambición, pero es grande: contar la historia, libre y detallada, de la Revolución francesa, sin ningún tipo de academicismo ni postura. Un relato sincero.

Pero ¿podemos observar la Revolución desde lo alto de Sirio, con toda serenidad, como lo haríamos desde otro período de la historia de Francia? Obviamente no. «No hay etnología posible en un paisaje tan familiar», escribe François Furet. El historiador de la Revolución francesa añade: «debe anunciar sus colores», dando de antemano «su opinión, esa forma de juicio que no se requiere sobre los merovingios, pero que es esencial en 1789 o 1793. Que dé su opinión y estará todo dicho, y tendremos al realista, liberal o jacobino».

Sin embargo, resulta que el autor de este libro no es realista ni liberal, y mucho menos jacobino. No es, además, un especialista de la Revolución francesa (Furet tampoco), sino «del siglo XVIII». Esto le da una gran libertad frente a los entendidos del tema, los guardianes del templo, porque, de hecho, se trata de un santuario.

El gran profanador fue Taine a fines del siglo XIX, tan radicalmente contrarrevolucionario que durante mucho tiempo se le impuso la ley del silencio. Un siglo después, el gran «revisionista» fue François Furet, quien dio una terrible patada en el hormiguero de los historiadores marxistas. De hecho, la tesis de una revolución popular confiscada por la burguesía ya había sido refutada por los historiadores anglosajones, pero esta no era una razón, a los ojos de los ortodoxos, para proclamarla en Francia.

Sin embargo, y mirándolo más de cerca, el propio Furet no criticó radicalmente la Revolución. Con una ilación liberal inau-

gurada a principios del siglo XIX, salvó lo esencial al distinguir dos revoluciones sucesivas, la segunda resultante del «resbalón» de la primera, la de 1789 y la de 1790, la buena de alguna manera, ya que dio a luz a los derechos del hombre: «El Antiguo Régimen había sido la desigualdad de los hombres y la monarquía absoluta; en la bandera de 1789 aparecieron los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. Es esta ruptura la que expresa más profundamente la naturaleza filosófica y política de la Revolución francesa; es lo que le da la dignidad de una idea y el carácter de un comienzo» (*Diccionario de la Revolución francesa*).

Pero ¿cuáles son estos derechos humanos de los que seguimos oyendo hablar? ¿Los habría inventado la Revolución francesa? Obviamente no. La idea no era nueva, desde el cristianismo se asignó un valor único y absoluto a cada ser humano (ya que tiene un alma) hasta la filosofía de la Ilustración que puso siempre delante al hombre. La Declaración de Independencia de Estados Unidos los proclamó al universo el 4 de julio de 1776: «Todos los hombres son creados iguales; están dotados por el Creador de unos derechos inalienables: entre estos derechos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Y, de hecho, en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano del 26 de agosto de 1789 se hicieron eco de aquellos, comenzando con su famoso artículo 1: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos».

Entonces, si no los había inventado, ¿la Revolución francesa habría instituido los derechos humanos, los habría puesto en práctica? Nadie se aventuraría a decir que fue durante los diez años de su historia convulsa y mortífera. ¿El crédito valdría entonces para sus sucesores? ¿Para nuestras Repúblicas III, IV y V?

Pero, salvo para traicionarlas constantemente, ¿qué libertad? ¿Qué igualdad? ¿Qué fraternidad? ¿Cuándo entraron estos nobles principios en la realidad histórica? ¿Desde cuándo la proclamación de los derechos del hombre lleva concretamente al respe-

to por los seres humanos como personas? ¿No será que, dicho de forma más trivial, la sociedad, como escribió en broma Chamfort en la época de la Revolución, está, incluso hoy, «compuesta de dos grandes clases: los que tienen más cenas que apetito y los que tienen más apetito que cenas»?

En esta pseudoconquista de los derechos humanos, la Revolución francesa se engañó a sí misma y, paradójicamente, todavía nos sigue engañando a nosotros, en la *doxa*[1] republicana y, por consiguiente, en los libros de texto, pero también en la historiografía[2], incluso reciente. ¡Oh! Por supuesto, ya no se celebra la Revolución como el glorioso episodio fundador de la República. Se le ha echado agua al vino. Se condena el Terror (sin embargo, hay una tendencia actual en la historiografía a relativizarlo e incluso reducirlo a un mito), pero se invocan hasta la saciedad los famosos derechos del hombre. ¿Una conquista semejante no valía una revolución, no importa cuál fuera su precio? Por gracia de la Revolución francesa, Francia se ha convertido en «la patria de los derechos humanos» y da lecciones al respecto, una y otra vez, a todo el mundo. «Desde el tiempo que Francia lleva brillando, escribía Jean-François Revel, me pregunto cómo no se ha muerto el mundo entero por insolación».

Pero del dicho al hecho hay mucho trecho. Platón ya nos habló del fracaso de su apuesta política: no pudo hacer del tirano Dionisio el Joven un rey filósofo. La realidad del poder apagó la frágil llama de los principios filosóficos que parecía haber aprendido. El rey filósofo (como el rey-filósofo defendido por Fénelon en su *Telémaco*) es una figura imposible de la historia. Por lo tanto, concluye Platón, «no habrá tregua a los males sufridos por los Estados; no más, creo, que a los del género humano».

Y ahora, desde los primeros siglos de la historia mundial, la justicia (en el sentido moral), la humanidad, la libertad, la fraternidad quedan relegadas al firmamento de los deseos piadosos, la utopía, la magia. Porque, ¿quién es este «hombre» al que la «ra-

zón» de los filósofos reconoce todos esos «derechos naturales», sino un hombre abstracto, libre de toda contingencia histórica, política y social, «fuera del suelo», si se puede decir así? Sin embargo, este es el hombre que blandió la Declaración de 1789.

Pero no importa, ya que los derechos humanos se alejan de la política para proceder del Evangelio y del culto. Valentine Zuber (*Le culte des droits de l'homme*) ve en ellos «una religión civil republicana, un conjunto de creencias, símbolos y ritos relacionados con las cosas sagradas llevadas por una sociedad y alejadas del debate».

Un mantra y, además, venenoso: «No se trata de sentir si un ideal es en sí mismo bueno, verdadero, etc. Se vuelve infernal si está más allá de nuestro alcance, cuando queremos tomarlo para hacerlo norma de gobierno de los hombres y de la organización de la sociedad», escribe Augustin Cochin. Toda la historia de la Revolución francesa está ahí.

Sacralizados de esta forma, los derechos humanos son intocables. «Hoy resulta inconveniente, blasfemo y escandaloso, criticar la ideología de los derechos humanos tal y como antes lo era dudar de la existencia de Dios», según Alain de Benoist (*Más allá de los derechos humanos*)[3]. Bajo esta bandera, la Revolución francesa es igual de insospechada. Sigue avanzando, escondiéndose detrás de su mito universalista.

Ha llegado el momento de descubrir la impostura detrás de la postura y finalmente aceptar que la Revolución francesa fue un horrible episodio, de principio a fin, de la historia de Francia. No fue la sublevación magnífica de todo un pueblo, sino una locura asesina e inútil, una guerra civil cuya memoria continúa hoy dividiendo fundamentalmente a los franceses. El resbalón, invocado por François Furet, que se habría producido después de la mágica Declaración, fue en realidad el de toda la Revolución, desde los primeros días de los Estados Generales e incluso desde

que se emitió la simpática idea de convocarlos. Luego todo fue de mal en peor, hasta el punto de que, para salvar a Francia de la anarquía, fue necesaria una dictadura militar.

I. ¿CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ?

«No olvide nunca, señor, que es la debilidad la que hizo rodar la cabeza de Carlos I».

Turgot a Luis XVI, mayo de 1776

El veneno del filosofismo

En la isla feliz de Utopía, todo es armonía, igualdad y justicia. Separados del resto del mundo, entre los utopianos «nadie posee nada en particular, siendo todos ricos en común[4]». No hay nobleza, todos visten igual. Las casas tienen «una cerraduras muy sencillas, que todos pueden abrir fácilmente, de manera que cualquiera puede entrar y salir por ellas, ya que nadie posee nada en particular[5]». No hay lujos, la superstición y el juego de azar no existen, no hay guerras para defenderse o por «el bien de la humanidad[6]». La cultura es accesible a todos y una gran parte del día está consagrada al ocio, porque a pesar de todo, hay esclavos para los trabajos más duros.

Cuando Tomás Moro publicó *Utopía* en 1516, ¿soñaba con un mundo mejor o se estaba burlando? *Utopía*, «el lugar que no existe». Utopo conquistó Abraxa, una tierra que estaba unida al continente y que él transformó en una isla inaccesible tras haber metamorfoseado a sus moradores, rústicos y muy atrasados, en un pueblo que superó a todos los demás en civilización[7]. Ahora bien, en el *Elogio de la locura*, publicado cinco años antes y que Erasmo dedicó a Tomás Moro, Abraxas es el nombre de la capital de los locos. Ambas obras, como sus autores, coinciden en una ironía pesimista ante el espectáculo del mundo. *Utopía* no es una nueva Arcadia, país de la felicidad tranquila y serena, sino una República absurda, un «mundo al revés» cuyo tema florece en la iconografía del siglo XVI.

El caso es que el éxito de *Utopía* es considerable, hasta el punto de que a partir del siglo XVI se substantiva en «utopía». La sátira se tomó al pie de la letra, la de un modelo político ideal que instaura la igualdad entre los hombres bajo la égida de la Ley, su

expresión. El individuo y su independencia no son nada. Lejos de ser amable e ingenuo, el proyecto utópico induce la razón de Estado, que defiende el interés superior de la colectividad en detrimento del individuo. Es, en esencia, totalitaria.

Sin embargo, son numerosos los que han remado temerariamente hacia la isla de Utopía. Nacidos con el humanismo del Renacimiento, pero muy desacelerados en la Francia de la edad clásica, las utopías retomaron fuerza a finales del siglo XVII. Lo que se ha convenido en llamar el espíritu filosófico tuvo su apogeo ante la tradición monárquica y religiosa. Deberíamos más bien hablar de espíritu crítico, de racionalismo, puesto que los filósofos no querían más autoridad que la de la razón, sometiendo al libre examen de esta los dogmas de la moral y de la religión, la autoridad real y las instituciones. Se desarrolló una moral laica «de progreso», convirtiendo en el centro de los debates filosóficos la idea de igualdad, muy querida por los utopianos.

En principio, este espíritu filosófico fue discreto en la primera mitad del siglo XVIII. Fénelon, arzobispo de Cambrai y preceptor del duque de Borgoña, hijo del rey, escribió en 1699 la obra *Las aventuras de Telémaco*, considerada con razón una crítica de la política de Luis XIV y que a su autor le valió el destierro de la corte. En esta novela utópica y pedagógica, Mentor le explica a su discípulo Telémaco e, indirectamente, a Luis de Francia, que el exceso de poder de los reyes y los gastos vanos son los dos males principales en el gobierno de los pueblos. Se necesita un «rey filósofo» que reine con sabiduría sobre sujetos que sean todos libres y todos iguales. No hay vida social sin virtudes morales, retoma Montesquieu en *Las cartas persas* (1721), haciendo un paralelismo entre los antiguos trogloditas, ya desaparecidos, víctimas de sus propias injusticias, y los buenos, procedentes de dos familias supervivientes gracias a sus virtudes y su rectitud. En *El espíritu de las leyes* (1748) dibuja una democracia que necesita la igualdad, la frugalidad, el rechazo a la vanidad, la compartición

de bienes y tierra, y que amenaza no solo las ambiciones personales («espíritu de desigualdad»), sino también el espíritu de insubordinación, o «espíritu de igualdad extrema» que lleva a la anarquía y, en última instancia, al despotismo[8].

El espíritu filosófico se afirma en la batalla de la *Encyclopédie*, que tiene su inicio en 1751. «El verdadero filósofo es, por tanto, un hombre honesto que actúa en todo utilizando la razón, y que une, a un espíritu de reflexión y de justicia, las tradiciones y cualidades sociables. Encajad un soberano en un filósofo de tal temple y tendréis el soberano perfecto[9]». De hecho, la *Encyclopédie* se atiene en lo esencial a las ideas moderadas de Montesquieu. Sin embargo, Diderot, en el artículo *Autoridad política*, condena con fuerza el absolutismo y el derecho divino. Es demasiado para los adversarios de los enciclopedistas que, bajo la pluma acerba de Jacob-Nicolas Moreau, se convierten en los *cacouacs*[10], horda desatada, malvada y proselitista, llena de atractivo e incansable en su búsqueda de derrotar la religión y el Estado.

El matiz es de rigor en el artículo dedicado a la «igualdad». Esta es de nacimiento, pero la igualdad absoluta es una quimera incluso en una república ideal (este término, república, en el sentido amplio de entonces, que no excluía ninguna forma de gobierno, siempre que fuera en el interés público). La sociedad hace perder a los hombres su igualdad natural y «no vuelven a ser iguales más que a través de las leyes[11]». El artículo no dice más, salvo que «quienes se encuentran más elevados por encima de los demás deben tratar a sus inferiores como a seres naturalmente iguales a ellos[12]».

Voltaire hace la misma distinción en su propio *Diccionario filosófico* (1764), que no omite el artículo «igualdad»: «Así pues, todos los hombres serían forzosamente iguales si carecieran de necesidades. La miseria que encadena nuestra especie subordina un hombre a otro […]. De modo que la igualdad es, a la vez, la cosa más natural y la más quimérica[13]». El patriarca de Ferney añade

que todo hombre, en el fondo de su corazón, tiene el derecho a creerse igual a los demás hombres, pero que esto no implica que el cocinero de un cardenal pueda ordenar a su señor que le prepare la cena.

El debate se radicaliza con Jean-Jacques Rousseau y la llegada de la «sensibilidad». La razón ya no es suficiente. Esta no conoce «los intereses del corazón». Jean-Jacques tiene treinta y ocho años y, detrás de él, años de miseria y rencor cuando accede a la notoriedad en 1750 al recibir el premio de la Academia de Dijon. Su *Discurso sobre las ciencias y las artes* enuncia la doctrina que ya no dejará de defender: la civilización ha corrompido al hombre y destruido su felicidad primigenia. La virtud no depende de la ciencia, sino de la conciencia. «La primera fuente del mal es la desigualdad; de la desigualdad vienen las riquezas; y puesto que estas palabras pobre y rico son relativas, y por doquier los hombres serán iguales, no habría ni ricos ni pobres[14]».

El camino está ya listo para su famoso y hermoso *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*: «El primer hombre a quien, cercando un terreno, se le ocurrió decir: ¡esto es mío! Y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: "¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!..."[15]». La causa inicial de la caída del hombre es la usurpación de los bienes de la naturaleza. A la desigualdad natural o física (la salud, las fuerzas del cuerpo, las cualidades del espíritu), se añade la otra, «que puede llamarse desigualdad moral o política porque depende de una especie de convención y porque ha sido establecida, o al menos autorizada, con el consentimiento de los hombres. Esta consiste en los diferentes privilegios de que algunos disfrutan en perjuicio de otros, como el ser más

ricos, más respetados, más poderosos, y hasta el hacerse obedecer[16]». En lo que respecta a la propiedad, no solo es injusta en sí misma, sino que atrae hacia ella el poder y la riqueza que se convierten, de este modo, en otra fuente de injusticia. Se fustiga el «derecho del rico»: «Antes se atropella a cincuenta honrados peatones camino de sus asuntos que a un bribón ocioso atrasado en su carruaje[17]».

Desde 1743, Rousseau meditaba un tratado sobre las *Instituciones políticas* que toma forma en 1762 con el nombre de *El contrato social*. El fundamento de la vida civil ya no reside en la autoridad vertical, sino en un contrato: «Todo sistema de legislación, encontraremos que se reduce a estos dos objetos principales, la libertad y la igualdad: la libertad, porque toda sujeción particular es otra tanta fuerza quitada al cuerpo del Estado; la igualdad, porque sin ella no puede haber libertad[18]».

Esto no impide que el padre del igualitarismo califique de quimérica una igualdad absoluta, limitándose a recomendar, a los ricos, que moderen sus fuerzas y, a los pobres, su codicia. Asimismo, Rousseau considera que nunca ha habido una democracia real y que esta no existirá nunca. «Si existiese un pueblo de dioses, sin duda se gobernaría democráticamente. Un gobierno tan perfecto no conviene a los hombres[19]». *El contrato social* al final sostiene un gobierno aristocrático no hereditario («el peor gobierno imaginable[20]», sino electivo.

En su *Código de la naturaleza o el verdadero espíritu de sus leyes* (1755), Morelly va más allá. Curiosamente desconocido, este filósofo es el padre de un socialismo utópico, precursor del marxismo, donde toda forma de propiedad es eliminada al ser considerada origen de todos los males. Solo la virtud cívica puede ser una distinción, mientras que un sistema estatal organiza la educación, la asistencia y la solidaridad.

Dom Deschamps, en *El sistema verdadero* (1762), preconiza por su parte una suerte de comunismo metafísico, un «estado de igualdad moral al que tendemos todos, en el que los hombres están llenos totalmente de ese espíritu de desapropiación que fue, hasta cierto punto, el de los primeros cristianos y los fundadores, en el que nadie era dueño de nada y todo se ponía en común [...]. Las mismas costumbres no harían, por así decirlo, de los hombres y mujeres, más que un mismo hombre y una misma mujer».

Luis XVI acababa de subir al trono cuando el abate Gabriel Bonnot de Mably, hermanastro de Condillac y también filósofo, publica su *De la legislación o el principio de las leyes* (1776). En numerosos escritos anteriores, también él profesa un socialismo utópico *ante litteram* al estigmatizar la propiedad privada y preconizar un sistema agrario comunitario: «La igualdad debe producir todos los bienes, porque ella une a los hombres, eleva su alma y los prepara a sentimientos mutuos de bondad y amistad». A la inversa, la desigualdad es causa de todos los males: «El mundo se ha convertido en un campo de batalla en el que los ricos triunfan sobre una multitud de miserables». En su *Tratado* de 1776, el filósofo propone un nuevo sistema político, copiado de Inglaterra: un poder legislativo confiado a una asamblea elegida por la nación y un poder ejecutivo conferido al rey. «Elegid entre una revolución y la esclavitud, no hay punto medio».

Periodistas y escritores se convierten, a su vez, en filósofos. Louis-Sébastien Mercier, escritor prolífico y popular, que saltó a la fama pronto por su *Cuadro de París* (1781 à 1788), imaginó un mundo nuevo, no en una isla lejana habitada por buenos salvajes, sino en el París de 2440 (*El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, publicado en 1771). Después de haber dormido durante 670 años, el narrador, nuevo persa[21] pero en su propio país, se despierta en un París transformado. La injusticia y la opresión han desaparecido. La filosofía, la razón y la justicia triunfan en todos

los ámbitos. La Bastilla se ha convertido en el Templo de la Clemencia. Versalles no es más que un amasijo de ruinas desiertas por las que vagabundea un anciano que no es otro que un lloroso Luis XIV, corroído por la culpabilidad. Cuando el narrador le pregunta cómo es posible que ese magnífico palacio esté derruido, el extraño anciano le responde: «Se derrumbó sobre sí mismo. […] Este palacio pecaba en sus cimientos. […] Ojalá que estas ruinas griten a todos los soberanos que aquellos que abusan de un poder momentáneo no hacen más que revelar su debilidad a la generación siguiente…»[22].

Este utopismo fue adornado en el siglo XVIII, llamado con el bonito nombre de «Siglo de las Luces», con un nuevo humanismo basado en el «derecho natural»; es decir, el conjunto de derechos universales que se supone son inherentes a la naturaleza humana, a saber: la libertad, una e indivisible; la igualdad; la dignidad; el progreso indefinido. Incluso la felicidad se debe al Hombre. «El hombre es el término único del que debemos partir y al que debemos conducir todo», resume Diderot[23].

Lejos de quedarse en algo meramente confidencial, todas estas teorías encuentran amplio eco en la coyuntura de un crecimiento económico favorable, la urbanización, la alfabetización, el crecimiento demográfico debido, también, a una menor mortalidad. Todas estas circunstancias llevan a la formación de lo que llamaríamos hoy en día una *upper-middle class [clase media alta]* formada por funcionarios, empresarios, comerciantes, abogados, médicos, periodistas, escritores, artistas y, también, una facción «iluminada» de la nobleza y el clero. Esta élite en un sentido muy amplio, no solo lee obras y gacetas y va al teatro, sino que también se reúne y debate, en París y en las grandes ciudades de provincia, en los salones literarios, los cafés, los clubs, las cenas en la ciudad. La corte ya no es el centro de estas cosas y el movimiento de ideas ya no pasa por ella, a la espera de volverse contra ella.

Los salones de París, a la vanguardia avanzada del combate de las Luces, resplandecen. La duquesa de Maine, nieta de Condé, dio ejemplo a inicio de siglo acogiendo en su castillo de Sceaux un número elevado de filósofos, escritores y artistas. En París, los primeros salones son los de la marquesa de Lambert o los de Madame de Tencin (la «oficina de la mente»): esta última, tras una juventud agitada, se jactaba de saber filosofía y empezó a escribir novelas.

A partir de 1740 estos salones se multiplican. Los de Madame du Deffand y Madame Geoffrin, los más célebres, reciben sobre todo a los enciclopedistas. Por otro lado, la riquísima Madame Geoffrin subvenciona directamente la *Encyclopédie*, involucrándose en lo que se escribe. Los lunes están dedicados a los artistas y los miércoles a las personas de letras. Los extranjeros de calidad desean ser recibidos en su casa, situada en la rue Saint-Honoré, considerando, justamente, que París es la capital artística e intelectual de Europa.

En su casa se cena, se hace música, se juega, se rivaliza en favores, se entablan relaciones útiles de un salón al otro. Se hacen lecturas públicas, a veces por el mismo autor. Rousseau causaba furor, si bien él brillaba poco en los salones. Podríamos hablar de «programas literarios» porque las gacetas y el alboroto causado por este primer microcosmo se hacen eco de los nuevos libros.

La *Encyclopédie* hace surgir la pasión por los diccionarios que abarcan todos los ámbitos del saber. La moda, entonces, son los «portátiles», menos engorrosos y más económicos. Voltaire, un habitual del salón de Madame du Deffand, no se ha equivocado con su pequeño diccionario de filosofía. En una carta de 1756 a d'Alembert, que dirige con Diderot la *Encyclopédie*, bromea: «Querría saber qué daño puede causar un libro que cuesta cien escudos. Nunca veinte volúmenes *in-folio* provocarán la revolución; son los pequeños libros portátiles a treinta *sous*[24] los que

deben temerse. Si el evangelio hubiese costado mil doscientos sestercios, la religión cristiana nunca se hubiera impuesto».

Igual que los escritos filosóficos, también los salones se radicalizan en los años 1760-1770. En el de Madame Geoffrin, la compostura era la norma y, tácitamente, no se hablaba «ni de Dios, ni del rey, ni de la hacienda general [los impuestos]». No es lo mismo en el salón de Julie de Lespinasse, que se abre en 1764. La antigua señorita de compañía de Madame du Deffand, a quien hacía sombra, abre su «entresuelo» de la rue de Bellechasse. Sin medios, no puede dar cenas ni conciertos, pero se diserta libremente de todo. De repente, los filósofos acuden, con d'Alembert a la cabeza, él, que reinaba en el de Madame du Deffand. Señal de éxito, sus devotos acusan a su salón de ser un punto de referencia de «la incredulidad y la irreligión». No se perdonan ni a Dios ni al rey, no más que en el salón de Madame Necker, esposa del director general de finanzas, o en el del barón de Holbach, sabio, rico, enciclopedista, mucho más popular dado que su riqueza es extraordinaria.

Los cafés literarios y los clubs se multiplican en la segunda mitad del siglo XVIII, contribuyendo a la difusión de las nuevas ideas. Fontenelle, Voltaire, Diderot, Marmontel, autor apreciado por sus novelas ideológicas, frecuentan el café Procope. En el club del entresuelo encontramos a Montesquieu, Helvétius, el abate de Saint-Pierre. A diferencia de los salones, sus miembros están al mismo nivel, a imagen de una democracia ideal. No se trata de oponerse abiertamente al orden establecido, sino de luchar contra los prejuicios de la sociedad, reconstruyéndola según el espíritu basado en el modelo abstracto de la razón, la cual, escribe Diderot en la *Encyclopédie*, es «lo que la gracia es para el cristiano».

El *Homo ideologicus* que se afirma de este modo, lejos del mundo profano y de sus tristes realidades, se cristaliza en un partido sin nombre, el del filosofismo, es decir, la idea de una sociedad

íntegramente construida sobre los principios de Libertad, Igualdad y Soberanía del pueblo. No se trata de reformar la tradición mediante la inoculación de la razón, sino de sustituir radicalmente la primera con la segunda. Por desgracia, como observa Taine, «no solo la razón no es en absoluto natural al hombre ni universal en la humanidad, sino más aún, en la conducta del hombre y de la humanidad su influencia es escasa[25]».

Augustin Cochin, que a principios del siglo XX se interroga sobre los orígenes del jacobinismo, ironiza sobre la moda del salvaje filosófico, el indio hurón[26] de Voltaire: «Ni un solo aprendiz de filósofo, hacia 1770, dejó de emprender la revisión de las leyes y costumbres de su país, con su chino o iroqués de confianza, como un hijo de familia viaja con su cura[27]». Ahora bien, Cochin, lejos de hacer del «buen salvaje» una abstracción, lo personifica en el filósofo que precisamente lo crea, un ser artificial e improbable fuera de la realidad, aislado del mundo y de la vida. Además, el historiador compara al hombre ideológico de las Luces con una planta de invernadero, artificialmente liberada del terreno real. Pero ¡qué importa el terreno! «¡Perezca la humanidad y sálvese el principio! He ahí la divisa de los utopistas y de los fanáticos de todos los siglos[28]», resume el inclasificable Proudhon.

De forma equivocada, el poder real no ve en el filosofismo más que a un clan de soñadores y habladores. Por supuesto, hablan, hablan y, además, los miembros de estas sociedades de pensamiento son casi todos hombres de palabra: abogados, legisladores, síndicos, clérigos… La República de las Letras se convierte, a lo largo de los años, en una facción poderosa, aunque desorganizada. Por su parte, las logias masónicas son muy numerosas en Francia a finales del siglo XVIII. Aunque no conspiraron contra el poder, como se las acusará, su ideal de filantropía se inscribe plenamente en la cruzada del filosofismo.

Quienquiera que obstaculizara lo que estaba a punto de convertirse en «el pensamiento único» se convertía, *ipso facto*, en cómplice del oscurantismo y en un enemigo del progreso, es decir, del género humano. Podríamos ya hablar de terror del pensamiento. Lefranc de Pompignan, poeta lírico que tuvo la mala idea de atacar, el 10 de marzo de 1760, el partido filosófico en su discurso de ingreso en la Academia francesa, se convirtió en enemigo jurado de los filósofos y la cabeza de turco de Voltaire, hasta el punto de que no volvió a aparecer por la Academia.

Lo mismo le sucede a Palissot, abogado en Nancy y autor dramático, además de admirador y discípulo de Voltaire. Con una carrera prometedora, en 1753 entró en la Sociedad real de las Ciencias y las Buenas Letras de Nancy. Considerando, equivocadamente, que la risa forma parte del ámbito de los filósofos, escribió una comedia a la manera de *Los fastidiosos* de Molière[29] obra en la que, en un nuevo desfile de figuras ridículas, reconocemos a Jean-Jacques Rousseau como buen salvaje caminado a cuatro patas y comiendo lechuga. El partido cayó sobre él y he aquí a Palissot relegado al ámbito de los antifilósofos, porque también los hay. Sin inmutarse, escribe en 1760 la comedia sarcástica *Los filósofos*, que se representa en la Comédie-Française. No es más que el principio de una guerra durante la cual al imprudente le costará cada vez más que sus obras se representen.

Se necesita tener valor para criticar a los nuevos maestros del espíritu. Élie Fréron, periodista y crítico literario, pretende combatirlos, en nombre de la religión y la monarquía, en el periódico que funda en 1754: *L'Année littéraire*. También él maneja la ironía, un arma que los filosofistas parecen temer especialmente. Encontramos a d'Alembert, al que no esperaríamos en este papel, escribiendo el 23 de enero de 1758 a Malesherbes para pedirle que castigue al hereje.

Chrétien Guillaume de Lamoignon de Malesherbes, presidente de la *Cour des aides*[30] e hijo del canciller de Lamoignon, tenía

solo veintinueve años cuando fue nombrado en 1750 director de la censura real. Esta función fue creada para intentar resolver la anarquía creciente de la edición y la multiplicación de obras clandestinas, a menudo más pornográficas que políticas, y que proliferaban vía Londres, Ámsterdam, Ginebra, evitando así la censura. Discretamente, y contra los deseos de Versalles, este aristócrata liberal hizo prueba de mansedumbre respecto a los filósofos y la *Encyclopédie*. También le responde a d'Alembert que debería estar por encima de estas discusiones y que «sus principios son que, en general, la crítica literaria está permitida». Al viperino abad Morellet, colaborador habitual de la *Encyclopédie* y filósofo integrista al que Voltaire apoda «Mordsles», le escribe severamente que no comprende que se «le pida fríamente justicia» para Fréron cuando, en el tomo VII de la *Encyclopédie*, el articulo «Ginebra» es un gran manifiesto de la tolerancia religiosa. Pero no por ello el partido se calma y acabará conduciendo a Fréron al fracaso, causando su muerte prematura.

El filosofismo progresa en la opinión pública, a la que Voltaire llama «la nueva reina del mundo». Hay que aplaudir a sus autores, que, sin embargo, están lejos de escribir como Rousseau. Este, más que nunca «a la cabeza de los más vendidos» en los decenios 1770-1780, introduce y populariza los términos de «soberanía del pueblo», «nación», «ciudadano» (una palabra temible, subraya Taine, que añade que las mujeres se apropian de ella como de una insignia).

El marqués d'Argenson, ministro de Asuntos Exteriores bajo el reinado de Luis XV, se asombra de este cambio: «Hace cincuenta años el público no sentía la más mínima curiosidad por las noticias de Estado. Hoy todos leen la *Gazette de Paris*, incluso en las provincias. Se razona a la ligera sobre política [...]. Sopla un viento filosófico». También bajo el reinado de Luis XV, Antoine-Louis Séguier, abogado general en el Parlamento de París,

se queja: «¡Los filósofos se han erigido en preceptores del género humano!».

Horace Walpole, hijo del antiguo primer ministro de Gran Bretaña, autor, en 1764, de la primera novela gótica, esteta, entabló amistad con la marquesa du Deffand durante un viaje a París en 1765. Mantuvo con ella una correspondencia constante y, entre otros, le escribió: «Nuestra buena gente ya no tiene tiempo de ser alegre, tiene demasiadas cosas que hacer. Es necesario, ante todo, que echen por tierra a Dios y al rey; todos y cada uno de ellos, hombres y mujeres, se emplean a conciencia en la demolición».

A mediados del año 1780, Mercier subraya la fuerza de la opinión pública desde que surgiera treinta años antes. «Se ha llevado a cabo una revolución grande e importante en nuestras ideas. [...] Los dogmas de libertad e igualdad se filtran y penetran en todas las clases que saben leer». El cáustico autor de *Un cuadro de París* observa en este mismo pasaje que «desde hace diez años la gente bien ya no va a misa. Va solo los domingos para no escandalizar a los lacayos, y estos no saben que vamos solo por ellos».

Restif de La Bretonne también fue un autor muy leído durante el reinado de Luis XVI. Apodado «el Voltaire de las doncellas» o «el Rousseau del arroyo[31]», preconiza reformas sociales radicales. «Deseamos esta revolución que debe ser, tarde o temprano, el efecto de las Luces difundidas a nivel universal», escribió. Sin embargo, hay revoluciones y revoluciones: «Y ustedes, magistrados, ¡estén más atentos si cabe! Una revolución funesta se está incubando. El espíritu de insubordinación se difunde, se propaga en la clase más baja, donde se fermenta en silencio» (*La Vie de mon père*, 1779). En *Las noches revolucionarias*, publicadas entre 1788 y 1794, Restif no es misericordioso respecto al «pueblo en movimiento»: «Si esta bestia feroz creyera alguna vez que puede osar, lo trastornaría todo».

Una sociedad bloqueada

A finales de 1780, Francia parecía un gran reino. Con 26 millones de habitantes en un espacio homogéneo, es el país más poblado de Europa; Inglaterra, su adversario de siempre, solo contaba con ocho millones de habitantes (diez si añadimos Escocia). Ciertamente, en el tratado de París de 1763 había perdido una gran parte de su imperio colonial, pero su comercio marítimo seguía siendo floreciente. Santo Domingo (Haití) y las «islas de azúcar» la convertían en el primer productor de azúcar del mundo. Burdeos y Nantes se enriquecían gracias al comercio colonial y la trata de esclavos. El país se urbaniza a gran velocidad, centrándose en las grandes ciudades: Burdeos, Marsella, Lyon (154.000 habitantes) y, sobre todo, París con sus 600.000 habitantes (100.000 más que a finales del reino de Luis XIV). Esta economía en crecimiento es la imagen de la de toda la Europa de la fachada atlántica.

Francia es el modelo cultural y artístico de Europa. El francés es la lengua de la diplomacia y, según Federico II de Prusia, «un *passe-partout* que introduce en todas las mansiones y las ciudades». María Teresa de Austria intercambia la correspondencia con sus hijos, José y María Antonieta, en francés. Este resplandor se concentra en París, «el modelo para las naciones extranjeras, o la Europa francesa», afirma extasiado en 1777 el marqués de Caraccioli, embajador del reino de Nápoles. Su secretario, el abad Galiani, insiste: «Morir en París es mejor que morir en otra parte».

Los franceses están muy solicitados en el extranjero: pintores, escultores, arquitectos, pero también ingenieros, preceptores, damas de compañía, cocineros, jardineros. En todas las cortes eu-

ropeas, incluidas las más pequeñas, se copia el Trianón y los jardines son a la francesa[32]. Se baila lo que se baila en París: la gavota, la giga, la zarabanda y, obviamente, el único vino bueno es el francés. Solo los ingleses se resisten a este entusiasmo.

Mientras tanto, esta preponderancia es la del refinamiento y la «civilización de las costumbres» más que la del poder. El reino de Francia es una ilusión, también para él mismo. Sigue siendo un país eminentemente agrícola, mientras que Inglaterra ha iniciado su revolución industrial. Con la producción textil y los productos químicos Francia la sigue de lejos, atada por su corporativismo y falta de espíritu emprendedor. Ciertamente, se enorgullece de sus invenciones y de sus sabios ilustres como el naturalista Buffon o el químico Lavoisier. Así, el 19 de septiembre de 1783 tiene lugar en Versalles, en presencia del rey, el lanzamiento del primer globo aerostático de los hermanos Montgolfier, con a bordo un gallo, un pato y un cordero que vuelven indemnes. La invención tiene el futuro que todos ahora ya conocemos, pero esto sucederá mucho más tarde. El mismo año, James Watt, el inventor de la máquina a vapor, mejora su sistema, y las fábricas inglesas la introducen en sus instalaciones. A la inversa, Francia necesitó tiempo y audacia para adoptar cualquier innovación.

La productividad agrícola es débil. La fiscalidad de la tierra es un enorme y extraordinariamente complejo. La propiedad del suelo no es de los que lo cultivan: el 25 % pertenece a la nobleza, el 10 % al clero, el 25 % a la burguesía de las ciudades, el 40 % a los «campesinos», una mayoría de «trabajadores» que habría que clasificar en una categoría de pequeña y mediana burguesía hacendada. La «mano de obra» o «braceros», que no tienen más que sus brazos, forman la categoría más numerosa —y la más pobre — de la población rural. Esta situación se agrava aún más con la supresión de los pastos inútiles (después de la cosecha), que permitían a los más necesitados mantener un animal sin poseer la tierra. A la más mínima carestía, estos miserables se lanzaban a

los caminos aumentando las filas de esos «vagabundos» que mendigaban en las grandes ciudades, especialmente París. Propietarios de las tierras menos rentables, la nobleza señorial empeora este escenario al apoderarse de parcelas, al recuperar derechos que habían caído en desuso o, peor, al demostrarse intratable en lo que respecta al derecho a la caza, reservado para ella (la caza furtiva está penada con la muerte).

Al ser pequeña y pobre, esta nobleza no pertenece a un orden privilegiado, sobre todo porque es a menudo más auténtica, en el sentido de más antigua, que la de los grandes propietarios. Los historiadores actuales tienden a cuestionar la importancia de esta repartición arcaica de la sociedad en órdenes, heredada de la Edad Media, pero esto no impide que el reino siga siendo, fundamentalmente, tripartito: una nobleza y un clero, privilegiados y muy minoritarios (130.000 y 100.000 individuos respectivamente), y un Tercer Estado (en el sentido de tercero), no privilegiado. A los dos primeros la consideración y los honores; al tercero, el desprecio y la servidumbre. Sin embargo, el alto clero, salido de la nobleza, se separa del bajo clero, salido del pueblo o de la pequeña burguesía. La alta nobleza de la corte, de vida mundana y brillante, ignora la nobleza de las ciudades, de espada o de toga[33], la cual, a su vez, tiende a menospreciar a la pequeña nobleza del campo, de existencia precaria. Todos ellos, sin embargo, coinciden en su desprecio hacia los «plebeyos», los no nobles.

En lo que respecta al Tercer Estado (las 9/10 partes de los franceses), estos grupos sociales son muy diferentes, y van desde la alta burguesía de los grandes negocios y las altas finanzas, a la plebe urbana y al numeroso mundo de los criados y empleados domésticos. ¡Y qué diferencia entre el portero de un gran señor y la criada de un comerciante! Entre estos dos extremos surge un estrato de la sociedad culta, activa, consciente de su valor, que

aspira a tener un papel político en la vida del país: médicos, hombres de letras, artistas, hombres de leyes y abogados…

La nobleza, con el pretexto histórico pero pasado desde hacía tiempo, del pago del «impuesto de sangre» (la guerra), paga solo impuestos devaluados. El «don del clero», impuesto disfrazado y único que satisfacía el 15 % de los gastos reales a principios del siglo XVII, ya solo financia el 1 % bajo el reinado de Luis XVI. El segundo orden, responsable de la asistencia, los hospitales, la educación, percibe el diezmo, un impuesto grande (en principio, el 10 % de las cosechas) e impopular.

A partir del reino de Luis XV, los plebeyos ven cerrado su acceso a la nobleza, difícil pero posible en los siglos XVI y XVII, y solo acceden de manera excepcional a la nobleza de toga. El Parlamento de París solo admitió en sus rangos uno sobre diez a lo largo de todo el siglo XVIII. Son solamente el 3 % de los maestros de peticiones[34], el cuerpo de los grandes administradores del reino. También les está prohibido el acceso al episcopado y a los principales beneficios de la Iglesia. La sociedad francesa está bloqueada.

En *El Antiguo Régimen y la Revolución*, que publica en 1856, Alexis de Tocqueville ve en la «separación de las clases» la enfermedad más mortal de todas las que provocaron la muerte del Antiguo Régimen[35]. La nobleza inglesa, observa con un tranquilo cinismo, supo «mezclarse familiarmente con sus inferiores y fingir que los consideraba iguales[36]. La nobleza francesa, en cambio, se obstina en mantenerse al margen de las demás clases […]. Como siguen encabezando la marcha, creen que todavía dirigen […]. En realidad, nadie los sigue, se hallan solos. […] No habiendo querido los nobles a los burgueses ni como socios ni como conciudadanos, estos eran sus rivales, pronto sus enemigos y finalmente sus amos[37]».

Tan arcaica es también la supervivencia de una monarquía absoluta heredada del Gran Siglo, detentora, en teoría, de todos los poderes y que aparecía majestuosa en medio de una corte dispendiosa instalada en Versalles, psicológica y políticamente alejada de la realidad del reino, empezando por las realidades de París, que es la ciudad soñada por los ociosos inactivos solo en algunos hermosos barrios. Ni siquiera es una ciudad terciaria, porque menos del 10% de sus habitantes son nobles, eclesiásticos, grandes burgueses, «funcionarios» y hombres de leyes, de letras y artistas. El 55% de los 600.000 parisinos está formado por artesanos y sus compañeros, comerciantes, obreros de la construcción, jornaleros. El 10% son criados y el 25% trabajadores ocasionales, a menudo parados, a los que se mezclan de cerca los indigentes, los vagabundos y los mendigos. En resumen: París es una ciudad «de obreros», alejada de los restaurantes y los cafés de moda, los teatros y los salones que han construido su reputación.

Este París laborioso se concentra en los barrios de Saint-Antoine, Saint-Marcel, Saint-Jacques, Saint-Victor. «El pueblo, dice Mercier de sus habitantes, bebe para ocho días. Es más malvado, más incandescente y está más dispuesto a amotinarse que en otros barrios». Esta descripción, para nada amable, correspondía a la cruda realidad. El 50% del presupuesto de los obreros parisinos estaba reservado a la compra del pan, base de su alimentación. Si su precio aumentaba, a veces hasta llegar al doble, se organizaban huelgas y motines, dado que el aumento podía significar la muerte de todos aquellos a los que les era imposible ahorrar, o almacenar «grano». A falta de hablar, anacrónicamente, de «conciencia de clase», para al menos 150.000 parisinos había una identidad de necesidad obsesiva, a la que se añadía la tradición revolucionaria de la capital, ya se tratara de Étienne Marcel en el siglo XIV, de la Liga católica en el XVI o de la sublevación de la Fronda en el siglo siguiente.

Un reinado desastroso

Luis XVI, que tiene apenas veinte años cuando accede al trono, no está preparado para reinar. Cuando en 1774 le anuncian que es rey se queja, y con él también su esposa María Antonieta, un año más joven: «¡Somos demasiado jóvenes para reinar!». Sin embargo, la autoridad no es una cuestión de edad, si no de naturaleza: Luis XIV había tomado las riendas del poder a los dieciocho años; y la misma edad tenía Cristina de Suecia cuando subió al trono. Ciertamente, los tiempos han cambiado. En la época del filosofismo no se enviaba a la Bastilla con una orden reservada[38] como en el Grand Siècle.

También Luis XVI es partidario de las ideas de la Ilustración. Podría haber sido un «déspota ilustrado», como eran un cierto número de soberanos de esa misma época, reformadores por un lado pero sujetando, por el otro, la vara del Estado. Pero no lo era. Durante su reinado se alternaron una sucesión de decisiones y no decisiones, desastrosas, las unas como las otras. No importaba nada que fuera inteligente, culto, apasionado de la marina y de las ciencias, que tuviera una excelente memoria y hablara perfectamente el inglés. Era tímido e indeciso hasta la médula. Era un rey débil, inepto para el ejercicio del poder, sobre todo en momentos de crisis.

Muy al principio de su reinado, intenta llevar a cabo una serie de reformas con Turgot, controlador general de las finanzas, un economista que llevó a cabo una obra notable mientras era intendente en Lemosín. Partidario del liberalismo económico, estableció en 1774 la libre circulación del grano, único modo de impedir que una provincia sufriera de escasez mientras otra tenía excedente. También intentó poner orden en las finanzas, que es-

taban en estado lamentable, mediante el ahorro y una reforma profunda de los impuestos, que todos deberían pagar, privilegiados y no.

Se llevó a cabo un primer paso con la supresión de la corvea real en enero de 1776: los trabajos gratuitos que llevaban a cabo en las carreteras y puentes los campesinos empezaron a ser financiados por todos los propietarios de tierras, nobles o no. Se suprimen las corporaciones, una traba para la libertad laboral. Cediendo a las protestas de todos los que se demuestran contrarios a estas reformas, el rey lo expulsa el 12 de mayo de 1776, no sin que Turgot, unos días más tarde, le advierta proféticamente: «No se olvide nunca, señor, que fue la debilidad la que puso la cabeza de Carlos I sobre el cadalso».

El verdadero partido de los descontentos que se formó contra el ministro aprovechó, para desacreditarlo, la «guerra de las harinas», una serie de revueltas relacionadas con el grano que se propagaron de abril a mayo de 1775, principalmente en la región parisina. El pueblo prefería la reglamentación y la imposición a la liberalización del mercado del grano. En lo que respecta a la libertad de trabajo, solo duró un verano, el tiempo para que las corporaciones y las cofradías se restablecieran, después de que el rey hubiera apoyado firmemente la reforma de su ministro.

En 1774, antes de expulsar a Turgot, Luis XVI cometió el error funesto de llamar a los parlamentos[39], en rebelión continua contra la autoridad desde la muerte de Luis XIV, pero que Luis XV había conseguido amordazar en 1771, no sin dificultad, exiliando a los diputados a golpe de órdenes reservadas. Volvió con fuerza la agitación parlamentaria, que contribuyó a socavar la autoridad real.

En octubre de 1776, el rey llamó a Necker, un rico banquero ginebrino, oportunista e inquieto, lo contrario de Turgot, para que solucionara su popularidad. A los impuestos, prefiere los

préstamos, emitiendo no menos de siete nuevos entre 1776 y 1781, y recaudando 530 millones de libras a índices prohibitivos que consiguen agravar la suma de la deuda pública. De nuevo, Francia está creando una ilusión. Con dinero prestado y una suma ruinosa de 1.500 millones de libras, esta gran potencia vuela en auxilio de los rebeldes americanos contra Inglaterra. «Necker hace la guerra sin impuestos. ¡Es un Dios! ¡Este es el grito universal!», ironizará Mirabeau unos años más tarde en un opúsculo con el que atacaba con violencia al financiero. Al mismo tiempo, pero con la excusa de ahorrar, el reino disminuye peligrosamente los efectivos del Ejército, mientras la población aumenta en seis millones de habitantes más: 180.000 soldados en 1786 contra 280.000 en 1760 y 380.000 en 1710.

Crean ilusión también en la gestión de las cuentas. El decenio 1780 empieza con un farol que, como un *boomerang*, se volvió contra su autor. Llevado por el ahorro, Necker, que ni siquiera tenía el título de Controlador general de finanzas por ser extranjero y protestante, empezó a recortar los presupuestos de los ministerios. Quiso hacer lo mismo con los gastos de la corte. En 1770 intentó oponerse, en vano, a la concesión de la suma de 800.000 libras (ocho veces el presupuesto nacional de la Imprenta real) exigidas por María Antonieta como dote para la hija de su amiga íntima, la duquesa de Polignac, gobernanta de los Infantes Reales. Tuvo que ceder a ciertas ideas de Turgot y se vio obligado a abordar la cuestión de los impuestos, demasiados préstamos estaban matando el préstamo.

La talla, impuesto directo del que están exentos la nobleza y el clero, se reparte de manera desigual según las provincias[40]. Los impuestos indirectos son mal vistos: el impuesto sobre la sal, los derechos aduaneros interiores, los peajes… La Granja general[41] subcontrataba la mayor parte de los impuestos indirectos y enviaba a sus milicias a cobrarlos. «Un régimen verdaderamente monstruoso», juzgó Necker, que vio en ello, con razón, una in-

citación al fraude y que puso como ejemplo a Inglaterra, donde la presión fiscal era más fuerte que en Francia, pero donde los impuestos eran proporcionalmente pagados por todos.

Necker fue aún menos popular en la corte, donde chocó con el anciano Maurepas, ministro de Estado y principal consejero de Luis XVI desde su llegada al trono. Se convirtió, además, en el enemigo de los parlamentos tras un intento fracasado de asambleas provinciales a fin de repartir mejor la base imponible, también esta una idea de Turgot que quería convertirla en un instrumento de renovación de las élites con el fin de mejorar el equilibrio de poderes.

En enero de 1781, quiso dar un gran golpe publicando un Informe al rey en el que, por primera vez, se detallaban los gastos y los ingresos del Tesoro. «En Francia el estado de las finanzas siempre es un misterio…», empezaba. Tras 140 páginas marcadas por un tono de autosatisfacción, presentó un presupuesto ficticio en exceso. El opúsculo arrasó, se vendieron 100.000 ejemplares en pocos días. En él se podían leer los gastos de la corte: 33.700.000 libras de la Casa Real a las que se añadían los gastos de sus dos hermanos, el conde d'Artois y el conde de Provence. Representaban el 15 % de los gastos anuales del reino.

Necker, que quiso conservar su popularidad, pero que lo que hizo fue desacreditar el régimen, fue obligado a dimitir. Acababa de empezar el baile de los Controladores generales de las finanzas: serán once en el reinado de Luis XVI. En noviembre de 1783 se rehacen las cuentas de 1781: el déficit es, en realidad, de 70 millones de libras, que aumentan a 200 millones si se añade «el extraordinario de las guerras» que, a partir de Luis XIV, se contabilizaba aparte.

Durante este tiempo, el Parlamento de París, que tiene en su campo de acción, una gran parte del reino, se presenta como defensor de las libertades contra el «despotismo». Para ella ha en-

contrado un caballo de batalla cómodo al cuestionar las órdenes reservadas. Estas «órdenes del rey», aparecidas en el siglo XVI y que se institucionalizaron bajo el reinado de Luis XIV, significan la voluntad expresa del soberano respecto a un particular, en general una decisión sobre un arresto o el exilio. En el derecho, hijo de la monarquía absoluta, cuyo cetro es también la mano de la justicia, una orden real es el instrumento excepcional pero admitido, legal de alguna manera, de la justicia inmediata del soberano. Sin embargo, con d'Argenson, teniente general de la policía de París de 1697 a 1718, estas órdenes se multiplicaron hasta el punto de convertirse, según su bonita fórmula, en «el instrumento ordinario de [su] debilidad».

Más rápida y eficaz que la justicia ordinaria, la orden del rey se convirtió también, a menudo, en algo más «correccional» que político cuando, por ejemplo, Luis XIV hizo arrestar a Fouquet. Un nuevo multiplicador, de mayor consideración, apareció cuando, en todo el reino, las familias, preocupadas por proteger su honor, solicitaron una orden real para hacer encerrar en una prisión a uno de ellos, lo que no se podía hacer más que al final de una investigación sólida.

Esto no impidió que en el siglo de los defensores de la Libertad y los derechos «naturales» del hombre, las órdenes reservadas fueran, a los ojos de la opinión, el instrumento de la injusticia y del despotismo (salvo que se implorara su uso, como hizo Voltaire personalmente en 1730 contra su incómoda arrendadora de la rue de Vaugirard). Malesherbes, entonces presidente del Tribunal de las ayudas, propuso en 1767 y, de nuevo, en 1775, cuando se convirtió en ministro de la Casa Real (equivalente a nuestro actual Ministerio del Interior), reformarlas, no suprimirlas. En el mismo cargo, el barón de Breteuil, famoso por su filantropía, promulga en 1784 una circular que organiza la caza a los abusos porque los hay, no por parte de los poderes, sino de las familias.

En lo que respecta al Parlamento de París, barre hacia adentro, pues considera que las órdenes reservadas ofenden su autoridad. El 14 de marzo de 1783 atraviesa el Rubicón al recuperar la tradición de las «amonestaciones» al rey. Lejos de ser algo anecdótico, esta campaña, del gusto de la opinión pública, denuncia el principio mismo de la monarquía absoluta. Los filósofos y los escritores se quejan de ser las víctimas de las órdenes reservadas, a pesar de que los que acaban en la Bastilla permanecen poco tiempo en ella y, además, se aprovechan de la publicad que ello les da. «Veía a alguna gloria literaria iluminar los muros de mi prisión: perseguido, seré más conocido», confió el abad Morellet, que pasó dos meses en 1760. Linguet publica en 1783 sus *Mémoires sur la Bastille* en la que, tras pasar veinte meses en esta prisión, se considera un mártir de las Letras. Su libro se convierte en un éxito de ventas, con seis ediciones en el mismo año. En él podemos leer: «Ya no estoy en la Bastilla [...]. Hay que demostrar que nadie se lo merece: los inocentes porque son inocentes; los culpables porque solo deben ser convencidos, juzgados y castigados siguiendo las leyes». Sí, salvo que la justicia regulada tiene la mano infinitamente más pesada, enviando a unos al verdugo, a otros a las galeras.

Honoré-Gabriel Riqueti de Mirabeau también se presenta como mártir de las órdenes del rey, las cuales sin embargo le permitieron evitar la pena de muerte. En 1776 fue condenado a muerte por contumacia, por rapto y adulterio. Una orden reservada obtenida por su padre hizo que acabara prisionero en el torreón de Vincennes después de ser extraditado de Holanda, donde había huido con Sophie, esposa del marqués de Monnier. Fue durante su detención cuando redactó, con toda comodidad, un ensayo sobre las órdenes reservadas y las cárceles del Estado, violenta sátira contra los «encarcelamientos arbitrarios» que le dio celebridad. Liberado en 1780, prosiguió con su vida disoluta viviendo mal de su pluma y cubriéndose de deudas.

Siguiendo con el tema de la Bastilla, Luis XVI solo ordenó 306 encarcelaciones bajo su reinado, contra las 2.320 de Luis XIV. Es más: en 1783 existía el proyecto de destruir la célebre prisión real, dado que la media de encarcelamientos anual, breves o largos, había caído de 33 a 16. Se diseñó un plan urbanístico, en el que sobre el emplazamiento de la Bastilla se construiría una «plaza Luis XVI» (exactamente la actual plaza de la Bastilla). A falta de dinero, no se hizo nada. Peor: no fue la Bastilla la que se cerró en 1784 para ahorrar, sino su homóloga y anexo, el torreón de Vincennes. Sin embargo, habría sido suficiente tener en cuenta la opinión pública para hacer lo contrario, cerrando solemnemente la Bastilla mientras se mantenía Vincennes, que estaba casi en el campo, lejos de los ojos de la incandescente población parisina.

Versalles estaba aún más «en el campo» e ignoraba ostensiblemente la efervescencia de la opinión parisina, acentuando el divorcio entre la corte y la ciudad. La timidez de sus reacciones ante la ofensiva generalizada del filosofismo lo demuestra. El poder real dejaba que todo el que quisiera escribiera y dijera, considerándolo una diversión de salón, payasadas sin consecuencias. *El año 2440* de Mercier, oficialmente prohibido, se editó veinte veces en doce años sin que su autor se preocupara. La tercera edición de *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, del abate Raynal, comúnmente conocida como *Histoire des deux Indes*, donde su autor critica violentamente la colonización, la esclavización de los negros, así como al gobierno, la Iglesia, la intolerancia y el despotismo, es condenada en 1781 por el Parlamento y quemada por el verdugo públicamente, pero se siguió vendiendo gracias a la publicidad que le dio su prohibición.

Al lado de estos escritos filosóficos nace toda una literatura de bajo nivel, a menudo obscena, que ataca a los ministros y a las figuras más importantes del reino. De vez en cuando, la policía in-

cauta algunos paquetes de libros prohibidos que hace destruir no sin haber apartado antes algunos ejemplares para coleccionistas de alto nivel, incluso de las altas esferas del Parlamento. Libelistas e impresores son perseguidos sin entusiasmo. Mercier preconiza tratar esta literatura con desprecio, pero sin darle la publicidad del castigo. Él la ve como una válvula a la agitación social: «Observemos que estos escritos que favorecen más o menos la maldad pública disipan como chispas fugitivas ese fuego central que, contenido, se podría convertir en un volcán. La inquietud de los espíritus y el mal humor encuentran plena satisfacción en esos panfletos».

Paradójicamente, el poder es acusado de despotismo cuando menos autoridad tiene. Sus reacciones son, a la vez, raras y torpes. Es curioso que el poder real, que tan fácilmente se deja criticar en los libros, no quiere que se haga lo mismo sobre un escenario. El 27 de abril de 1784, en todo París se precipita a la Comédie-Française para el estreno de la obra de teatro escándalo de Beaumarchais, *Las bodas de Fígaro*. Desde hacía cuatro años se leía la obra en los salones porque había dificultades para representarla. ¿Qué es lo que dice exactamente que se consideraba tan ofensivo? Nada distinto a lo que se leía por todas partes. Para Fígaro, el plebeyo, la justicia es «indulgente con los grandes, dura con los pequeños[42]». En un largo monólogo, ejemplo de virtuosismo, exclama: «¡Nobleza, fortuna, rango, cargos, todo eso anima vuestro orgullo! ¿Qué habéis hecho para merecer tantos bienes? Os habéis tomado la molestia de nacer, y nada más[43]». Beaumarchais triunfó y se pavoneó hasta el punto de que el rey acabó poniéndose en ridículo al enviarle, mediante una orden reservada, a la prisión de Saint-Lazare donde solo permaneció cinco días.

Luis XVI usó aún peor la fuerza en el escándalo espantoso del Asunto del Collar. Unos estafadores convencieron al ingenuo cardenal y príncipe de Rohan, Gran Limosnero de Francia, a ser-

vir como intermediario en la compra, por parte de María Antonieta, de un collar de diamantes por una suma desorbitada (1.600.000 libras). Le hicieron morder el anzuelo haciendo que se reuniera, brevemente, con una falsa reina, por la noche, en el bosque del parque de Versalles[44]. Los estafadores desaparecieron con el collar mientras el cardenal era arrestado el 15 de agosto de 1785 cuando estaba a punto de celebrar la misa para la Festividad de la Asunción en la capilla de Versalles. Se mereció la orden reservada que le envió a la Bastilla donde, por otra parte, siguió viviendo opíparamente.

Desde allí tendría que haber sido trasladado a una ciudadela lejana para «ser olvidado», según la fórmula del siglo anterior. Pero no fue así. Luis XVI, que quería lavar el honor de la reina, quiso que fuera juzgado por el Parlamento. Era el único que creía, en Francia, que el juicio sería tranquilo. Más realista el pueblo común que, sentado en el borde del foso de la Bastilla, cantaba: «El Santo Padre lo había enrojecido / el rey, la reina, lo han ennegrecido / el Parlamento lo blanqueará[45]». Y, efectivamente, el cardenal es descartado como sospechoso el 31 de mayo de, sin ni siquiera una interpelación «extrajudicial» que hubiera implicado una cierta culpabilidad. Es una bofetada sin precedentes para la realeza. Luis XVI comete un nuevo error volviendo sobre el caso juzgado con una segunda orden de reserva que exilia al príncipe de Rohan en su abadía de La Chaise-Dieu, en Auvernia.

Se grita contra la tiranía y la hostilidad hacia el Tribunal es más fuerte que nunca. Como escribió en sus memorias el barón de Besenval: «En general, la multitud siempre está indignada, pero una multitud francesa lo está más que otra». Goethe, que había seguido el asunto, no se equivocó en las consecuencias que tendría un escándalo como ese: «Ya veía a la majestad real minada, aniquilada por este tipo de proceso».

Luis XVI no manda en nada ni en nadie. Sus escasas crisis de autoridad equivalen a confesar su debilidad. No acusa ni felicita. Es inteligente y tiene una sólida formación, pero es torpe, débil, tímido, indeciso. No siente inclinación por la política ni por el gobierno, llegando en ocasiones a dormirse en las sesiones del Consejo. Le gusta el trabajo manual, la relojería y, como a todos sus antepasados, la caza, pero es poco rey. Además, no percibe lo impopular que es la reina, poco inteligente y aún menos instruida, irreflexiva y superficial, frívola y terriblemente manirrota, cuyas únicas preocupaciones eran el acicalamiento, las joyas, las fiestas y los espectáculos, lo que daba pábulo a los peores chismes. Pide dinero continuamente debido también a su amor por el juego, una enfermedad que se había apoderado de la corte a partir del reinado de Luis XIV. La que antes llamaban «la Austríaca», porque pertenecía a la Casa de Austria, pasó a ser conocida como «Madame Déficit».

Aunque estuviera sinceramente a favor de las reformas, el rey no tiene la fuerza política de apoyar a los ministros que se las proponen cuando aún detenta el poder. ¿Acaso no es el rey? A mediados de los años 1780 lo era muy poco. El marqués de Ferrières, de la caballería ligera de la Guardia del Rey, discípulo de Rousseau y escritor en sus ratos libres, le juzga «falto de firmeza de carácter [...]. Insensiblemente, se convirtió en una nulidad, primero a los ojos de sus cortesanos, luego a los ojos de la mayoría de sus súbditos; pero la nulidad de un rey lleva, necesariamente, al menosprecio de su persona».

La crisis financiera

Charles Alexandre de Calonne accedió en noviembre de 1783, a la edad de cuarenta y nueve años, al cargo, poco envidiable, de Controlador General de Finanzas. Maestro de peticiones, intendente en Metz y, más tarde, en Lille, demostró poseer grandes cualidades como administrador, pero una mala reputación. Mucho mejor, observa en sus memorias el barón de Frénilly: «Los Controladores generales se hundían unos tras otros. En cuanto llegaban eran recibidos con pitidos, canciones satíricas, eran utilizados. M. de Calonne tuvo, sobre los demás, la ventaja de haberlo sido de antemano». Frénilly, que pertenecía a una familia de la antigua nobleza y de la alta finanza, veía en él, a pesar de todo, un hombre de «espíritu y sentido común».

La situación financiera del reino era cuasi catastrófica. No hay ni presupuestos ni banco estatal. El déficit es crónico y el Tesoro real vive a base de créditos. La deuda se dispara, suma ya tres mil millones de libras, bajo forma de rentas vitalicias o perennes.

Calonne cree, según Jacques Bainville, que «la economía debe ser amable y no agresiva», por lo que comienza a retomar la política de préstamos de Necker, gastando mucho en grandes obras (grandes carreteras, el canal de Bourgogne, el puerto de Cherbourg) a fin de tranquilizar a los prestamistas y banqueros. Consigue también prestados 650 millones, pero a unos intereses prohibitivos que endeudan gravemente el futuro. Se alía con la corte y cede demasiado a menudo a sus incesantes peticiones de dinero. En agosto de 1786 el Tesoro está vacío. No se ha cubierto el último préstamo, por lo que ya no habrá más. Ese año se registra un déficit de 101 millones a los que hay que añadir los 255 millones «de anticipos» de gastos por adelantado.

De hecho, Calonne sabe desde el inicio que solo una reforma puede salvar hasta el fondo el reino de la bancarrota que se cierne sobre él. El 20 de agosto le presenta al rey un Compendio de mejoramiento de las finanzas, un plan que es una última oportunidad, inspirado de nuevo en Turgot, que preconiza la instauración de un impuesto directo único bajo forma de una «subvención territorial» que deberá ser pagado por todos los propietarios, incluidos los privilegiados, y de manera proporcional a las ganancias de los mismos. A esta reforma radical se añade la creación de un banco nacional y el restablecimiento de la libertad de comercio del grano mediante la abolición de las aduanas interiores. Por último, una jerarquía de asambleas elegidas por sufragio censitario asociaría el conjunto del reino a su administración y dejaría, por tanto, a las órdenes solo un papel honorífico. Esto es lo que Calonne «el frívolo» quiere poner en marcha. Una revolución.

Luis XVI se muestra, en principio, entusiasta, pero debería imponerlo ante la revuelta anunciada por la corte y los parlamentos. El tiempo de la monarquía absoluta ha llegado definitivamente a su fin y una disposición retorcida, prescrita desde hacía dos siglos, resucita con la constitución de una asamblea de 144 notables designados por el rey, que tiene lugar en Versalles del 22 de febrero al 25 de mayo de 1787. Formada por privilegiados en su casi totalidad, rechaza el proyecto de subvención territorial pagado por todos. Una caricatura de la época retrata a Calonne como un mono cocinero de la corte. Delante de él, los notables representados por todo tipo de aves de corral: «Mis queridos administrados, les he convocado para saber en qué salsa quieren ustedes ser comidos. / ¡Pero no queremos en absoluto que nos coman! / ¡Se desvían ustedes de la cuestión!».

Calonne quiere hacer un llamamiento a la opinión pública publicando su proyecto, pero no le apoyan. Retrocediendo cada vez más ante la prueba de fuerza, Luis XVI acaba abandonando a

su ministro que es expulsado el 8 de abril de 1787 y que, poco tiempo después, debe huir a Inglaterra para escapar del proceso que el Parlamento intenta contra él.

Le sucede Étienne Charles de Loménie de Brienne. Arzobispo de Toulouse y miembro de la Asamblea de notables, se distingue por su oposición. Negocia de inmediato con el Parlamento de París un préstamo de 67 millones que le salva de la bancarrota rápidamente. Antes de separarse, los notables, por medio de La Fayette, héroe de la guerra de América, reclaman la convocación de los Estados Generales. La idea es tan anticuada como la de la Asamblea de notables. No se han reunido desde 1614 y ya no se sabe para qué sirven. Los notables esperan utilizarlos para garantizar el control de la monarquía.

Brienne, al final, solo puede retomar lo esencial del plan de Calonne, pero debe enfrentarse a la oposición del Parlamento de París que se niega, en junio, a registrar los edictos que crean la subvención territorial y preconiza, a su vez, los Estados Generales declarando que «solo la nación unida puede permitir un impuesto perenne». Al rey solo le queda mantener un lecho de justicia[46], procedimiento institucional solemne durante el cual el soberano se presenta de persona en el Parlamento y hace que el canciller lea un texto en el que impone su voluntad soberana a los magistrados. Pero lo que funcionaba bajo los reinados de Luis XIV y Luis XV, no lo hace bajo Luis XVI. Hecho inaudito y sin precedentes, el registro forzado por el lecho de justicia del 6 de agosto de 1787 es declarado, al día siguiente, «nulo e ilegal» por el Parlamento. Nunca la autoridad del rey había sido negada hasta ese punto. En un cierto modo, la revolución había comenzado.

Malesherbes, entonces miembro del Consejo real, había puesto en guardia solemnemente al soberano al enviarle, personalmente, una memoria sobre la crisis que se está produciendo. Pero este se demuestra indiferente. Ya no es como antes, cuando el

Parlamento encendía al público, sino a la inversa. «No es cuestión solo de resolver una crisis momentánea, sino de apagar una chispa que puede producir un incendio [...]. Veo formarse nubes de una tormenta que un día, ni siquiera todo el poder real, podrán calmar». El visionario Malesherbes teme que «errores de negligencia y lentitud» se conviertan en errores irreparables que precipiten al reino «en unos problemas de los que nadie puede prever el final».

Convertido en ministro principal a principios de agosto, Loménie de Brienne exilia a los diputados a Troyes, pero estos son acogidos triunfalmente como defensores perseguidos de la libertad. La agitación se extiende a los doce parlamentos de provincia. En París hay grandes manifestaciones contra el rey y, aún más, contra la reina: «¡Abajo Madame Déficit! ¡Abajo la Austríaca!». Igual que Luis XVI, Brienne no es el hombre fuerte que sería necesario para esos momentos. En lugar de dejar a los exiliados donde están (o incluso relegarlos más lejos, separándolos), Brienne negocia con ellos lo que él cree ser un compromiso, pero que no es más que una rendición en campo abierto: se abandona la subvención territorial, se promete una convocación de los Estados Generales para 1792 y se restablece el Parlamento de París, que vuelve a casa el 4 de septiembre, en medio de manifestaciones de alegría con aspecto de revuelta.

En torno a él se cristaliza un frente de oposición al «poder» real, con motivaciones contradictorias: la aristocracia y los parlamentos defienden «las libertades» (en el sentido de sus privilegios), mientras que los filosofistas, que se hacen llamar «los patriotas», invocan «la Libertad» en singular. La palabra es nueva y se refiere a una patria idealizada, ese país de libertad descrito tan a menudo en el siglo XVIII y que rompe radicalmente con la denominación tradicional de «reino».

Brienne espera que, a cambio de esta retirada, pueda recurrir a un nuevo préstamo de 420 millones, escalonado en cinco años.

Convocado para el registro, el Parlamento protesta contra la forma y reclama la reunión de los Estados Generales, ya no para 1792, sino para 1789. El 19 de noviembre de 1787, el ministro principal convierte la sesión en un nuevo lecho de justicia, que se transforma en un psicodrama. El rey se niega a adelantar la fecha de los Estados Generales y ordena el registro del préstamo. «¡Es ilegal!», profiere el duque de Orleans.

Príncipe de sangre, primo del rey y bisnieto del regente, Luis Felipe de Orleans[47] vive fastuosamente en el Palais-Royal. Este hedonista, de temperamento irresoluto pero que alardea de político, no pierde ocasión para dañar a la pareja real, a la que odia. A falta de poder tener un papel de relevancia, le lleva la contraria a la corte y disfruta denunciando el «despotismo ministerial». La rebelión parlamentaria tiene en él a su mejor apoyo. A partir de 1773, es nombrado gran maestre de la masonería en Francia. Más tarde dirá: «Me había unido a la masonería porque ofrecía una imagen de libertad».

Su palacio, del que solo tiene el usufructo, pasa por ser «anti-Versalles» y en él se reúnen los enemigos de la corte. Siempre en busca de dinero a pesar de ser riquísimo, Luis de Orleans convierte en locales para alquilar el área de sus jardines. El Palais-Royal se ha convertido en el «palacio mercantil» y el cuartel general de los cotilleos políticos. El marqués de Ferrières, aunque afín a las ideas reformistas, se mofa: «En ninguna comedia de Molière vemos las escenas que tenemos ante nuestros ojos: allí, un hombre que reforma y endereza la Constitución; ahí, otro que lee en alto un panfleto; en una mesa, ese juzga a los ministros; todo el mundo habla, cada uno tiene su auditorio que le escucha con atención. He pasado allí hasta diez horas». Gracias a esto Luis Felipe de Orleans alardea de ser la figura más popular de París.

Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, de la alta nobleza y entonces agente general del clero[48], sacerdote no por elección y

asiduo de los salones parisinos, escribirá respecto al apóstrofe del duque de Orleans que «en la historia de la monarquía no se había visto nada parecido. Habíamos visto príncipes de sangre resistir, con las armas en la mano, al poder del rey; nunca habíamos visto intentar poner límites constitucionales a su autoridad». A este «ilegal», Luis XVI respondió con su célebre: «Es legal porque yo lo quiero». ¿Se había vuelto de repente rey? No, porque lo dijo balbuceando. No cree en ello más que lo hacen los demás.

El duque de Orleans fue enviado entonces a sus tierras de Villers-Cotterêts. Pero este exilio momentáneo no hace más que agravar la agitación en ese inicio de año 1788. El 11 de marzo, el Parlamento de París, mediante una serie de nuevas «amonestaciones» al rey, retoma su cruzada contra las órdenes reservadas, «el error más funesto que puede seducir a los soberanos». A una delegación del Parlamento que se presenta ante él para pedirle la liberación de dos de sus miembros, arrestados como líderes, el rey replica: «La libertad de mis súbditos es tan importante para mí como para ellos, pero no consentiré que mi Parlamento se alce contra el ejercicio de un poder al que las familias deben a menudo la conservación de su honor y el Estado su tranquilidad». Pero ¿quién sigue escuchándole?

Lejos de aceptarlo, el Parlamento replica el 3 de mayo con nuevas amonestaciones y con un tono insultante que subraya el declive de la autoridad real: «La respuesta de Su Majestad del 17 del mes pasado es lamentable, pero no ha abatido la valentía de Vuestro Parlamento». Sigue entonces la expresión nueva de una «nación francesa» que podrá pronto expresarse en los Estados Generales gracias al Parlamento. Este, en esa misma fecha del 3 de mayo, publica una Declaración de leyes fundamentales del reino de las que se declara guardián. A todo esto le siguen unas órdenes reservadas, pero Francia es ya ingobernable.

Cuando el Guardián de los Sellos Lamoignon intenta, unos días más tarde, romper la oposición parlamentaria mediante la

creación de nuevas jurisdicciones, es demasiado tarde. Los parlamentos de provincia inician una revuelta abierta, concentrando a su alrededor a todos los descontentos. En Pau, Toulouse, Dijon, la muchedumbre toma su defensa. Rennes es presa de dos días de agitaciones, el 9 y el 10 de mayo. En Grenoble se reintegran a la fuerza los parlamentarios exiliados en el Palacio de justicia. Pero cuando el 7 de junio de 1788 el Ejército interviene para expulsarlos, los amotinadores arrojan sobre los soldados las tejas del tejado. La calma vuelve con dificultad después de que el duque de Clermont-Tonnerre, comandante militar del Delfinado, haya dado la orden a sus tropas de retirarse. Durante toda la noche, en la plaza Saint-André, ante el Palacio de justicia, se baila alrededor de una gran hoguera cantando: «¡Larga vida por siempre a nuestro Parlamento! ¡Que Dios preserve al rey y que el diablo se lleve a Brienne y Lamoignon!».

Esta «Jornada de las tejas» no se queda ahí. Algunos miembros del Tercer Estado, de la nobleza y del clero se reúnen en el municipio de Grenoble instigados por los amotinadores, entre los cuales destacan sobre todo Jean-Joseph Mounier y Antoine Barnave. El primero, de treinta años, juez real y antiguo abogado, culto y elocuente, admirador de las instituciones británicas, propone una monarquía constitucional. El segundo, de veintiocho años, abogado en el Parlamento de Grenoble, publica *Avis aux campagnes du Dauphiné* que constituye un verdadero llamamiento a la revuelta.

Se adopta una resolución, por la cual se pide la reintegración del Parlamento, la convocación de los Estados provinciales del Delfinado, con un número de representantes del Tercer Estado igual al de la nobleza y el clero, un voto por persona y no por orden, así como la rápida reunión de los Estados Generales. El 21 de julio, en el castillo de Vizille, al sur de Grenoble, una asamblea de 276 representantes del Tercer Estado (entre ellos, Mounier y Barnave), de 165 nobles y de 50 eclesiásticos reclama lo

mismo. Se invoca a los Estados Generales como los únicos adecuados para «luchar contra el despotismo de los ministros y para poner fin a la depredación de la economía».

El 5 de agosto Brienne cede y promete la reunión sin esperar a los Estados Generales, para los que fija la fecha tres días más tarde: estos se reunirán el 1 de mayo de 1789. Las arcas están vacías. El 16 de agosto, el Tesoro suspende sus pagos. «Fue así como la herida del dinero, del que sufría desde hacía tiempo el Antiguo Régimen, se convirtió en mortal», resume Bainville.

II. EL ERROR

«Las conmociones llamadas revoluciones no son tanto el síntoma de lo que comienza cuanto la explicación de lo que ha pasado».

François Guizot

La curiosa idea de los Estados Generales

¿En qué pensaban el rey y sus consejeros prometiendo los Estados Generales? En ellos no veían más que un congreso puntual, formal y solemne que permitirá a la Corona salir de la bancarrota. Por su parte, el clan aristocrático, reforzado por los parlamentos, da por supuesto que dominará y obligará al rey a asociarlo al poder. En cuanto a los autodenominados patriotas, esperan que de ellos resulte una constitución liberal que precisará los derechos de la «nación». Solamente Malesherbes, una vez más, ha visto claro. En su *Memoria* al rey de 1787 subraya el arcaísmo, lo inadecuado de los Estados Generales, y se ha dado cuenta de que, detrás de ese escudo, se están formando otras ideas muy diferentes que amenazan a la monarquía.

Pero ¿qué son los Estados Generales? A partir del siglo XVI, el rey podía convocar una asamblea de los tres estamentos del reino para hablar de los asuntos importantes concernientes al Estado. No se ha tratado nunca de una representación «nacional», pues cada estamento se reunía y opinaba de manera separada, no dando, sin embargo, más que opiniones. Los Estados Generales de 1484 y, después, los de 1614, fueron fracasos políticos que, paradójicamente, reforzaron la monarquía absoluta, pues esta se aprovechaba de los desacuerdos entre los estamentos para afirmar su poder. Una vez establecida la monarquía absoluta, nunca más se volvieron a convocar. Resucitarlos 175 años más tarde, cuando la crisis era compleja, el país estaba agitado y se cuestionaba el modelo monárquico, era correr un gran riesgo.

Llamado de nuevo al Ministerio el 26 de agosto de 1788, esta vez como ministro principal, Necker ya no tenía la misión de reformar el Estado, sino la de gestionar los asuntos corrientes espe-

rando su reunión. Se apresuró a abolir la reforma de Lamoignon, reforzando con ello su popularidad. Restablecidos en sus poderes, los parlamentos llevaron a cabo giras triunfales en sus ciudades, que les acogen al grito de «¡Vivan los padres del Pueblo! ¡Abajo los impuestos!». Cuando dimitió el 14 de septiembre, Lamoignon dijo proféticamente: «Los privilegiados se han atrevido a resistir al rey; en dos meses ya no habrá ni parlamentos, ni nobleza, ni clero».

Sin embargo, Necker restableció una apariencia de confianza incluso en la corte. Consiguió que el 14 de septiembre se reanudaran los pagos interrumpidos el 16 de agosto, adelantó al rey dos millones de su fortuna personal y consiguió que le prestaran otros ochenta. Prohibió el libre comercio de grano, calmando así, engañosamente, el miedo a la carestía. Un grabado alegórico le representa al lado del busto de Luis XVI, trayendo la Abundancia.

La convocación de los Estados Generales planteó la cuestión previa de sus formas. El 21 de septiembre, el Parlamento de París y varios parlamentos de provincia, que recuerdan al fin, pero demasiado tarde, que forman parte de los privilegiados, dieron marcha atrás pidiendo ser convocados «en las formas de 1614», es decir, en tres cámaras separadas que votarán por orden, asegurando así la preponderancia de los dos estamentos privilegiados. Se acababa así con cualquier esperanza de reforma, y los parlamentos perdieron de un golpe su popularidad ante sus compatriotas, que exigían una asamblea única, el doble de diputados del Tercer Estamento y el voto uninominal. Para ello, se apoyaban en el precedente exitoso de las asambleas provinciales que habían sido elegidas por iniciativa de Turgot. Frente a estos liberales que aspiraban a una monarquía constitucional a la inglesa, los oponentes a las reformas comenzaron a ser llamados «aristócratas» en su sentido peyorativo de partidarios del «orden feudal».

Prohibidos desde el año precedente, los clubes políticos reabrieron y se multiplicaron, alborotando la opinión. Bajo los arcos del Palais-Royal se encontraba el club de Valois, al que protegía el duque de Orleans. Más importante era el «club constitucional» en casa de Adrien Duport, consejero en el Parlamento y adversario declarado del absolutismo. En su casa del barrio del Marais reunía a La Fayette, al matemático Nicolas de Condorcet, al abogado Target, que defendió al cardenal de Rohan en el asunto del collar, a Hérault de Séchelles, que ha sido el procurador más joven en Châtelet, a Emmanuel-Joseph Sieyès, gran vicario de Chartres y célebre desde 1788 por un *Ensayo sobre los privilegios* en el que ataca frontalmente a la nobleza.

En 1788, Duport fundó la «Société des Trente» que atrajo a las principales figuras de los privilegios liberales y a la *intelligentsia* del Tercer Estamento. Encontramos ahí sobre todo a Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord que acababa de ser nombrado obispo de Autun a pesar de sus calaveradas («Esto le corregirá», habría dicho Luis XVI, que accedió a esta promoción solo para satisfacer las últimas voluntades del padre). Destaca, igualmente, Mirabeau, también él famoso por su vida disoluta.

Necker, el hombre del consenso, esperaba que los privilegiados renunciaran por ellos mismos a las «formas de 1614». Para hacer esto, convocó una segunda Asamblea de los notables. Para su ingenua decepción, esta, el 6 de noviembre, mantuvo el voto por estamentos, denunciando «la revolución que se prepara»: «Todo anuncia, todo prueba un sistema de insubordinación razonada y el desprecio de las leyes del Estado [...]. ¿Quién puede decir dónde llegará la temeridad de las opiniones?». Como la anterior, la asamblea se disuelve sin haber resuelto nada. En cuanto al Parlamento de París, dio marcha atrás aprobando que se duplicaran los diputados del Tercer Estamento, pero sin pronunciarse sobre el voto uninominal sin el cual esta duplicación no tendría ningún sentido. Los parlamentarios intentaron luchar, pero de-

masiado tarde, contra el incendio que habían contribuido a encender.

Contra todo pronóstico, el 27 de diciembre de 1788, el Consejo del rey (en el que está presente incluso la reina), aprobó dicha duplicación, dejando una bomba de relojería en marcha al disponer que los estamentos mismos decidieran la cuestión del voto por estamento o uninominal. Todas estas discusiones llevaron a un temible malentendido: los diputados en los Estados Generales nunca habían tenido voto deliberativo. De todas las maneras, el rey no le dio a esta futura asamblea más importancia que a las anteriores. Su soberanía procede de Dios y está consagrada por siglos de historia, por tanto, no se divide.

Sin embargo, era evidente que el Tercer Estado no tenía la intención de jugar el papel en el que se le había querido arrinconar. Los numerosos escritos políticos que se publican lo expresan bastante bien. Entre estos, una *Mémoire sur les états généraux, leurs droits et la manière de les convoquer*, publicada en 1788, tuvo un gran éxito. En ella se lee que la nobleza es un flagelo, que «el Tercer Estado es el Pueblo» y que «el Pueblo es el fundamento del Estado; de hecho, es el Estado mismo [...] Todo el poder de una nación reside en el Pueblo...». No obstante, su autor es un noble, el conde Emmanuel Louis d'Antraigues, nacido en 1753 en Montpellier. Había iniciado su carrera en los Guardias de cuerpo de Versalles a los catorce años, realizando después grandes viajes antes de frecuentar a Voltaire y a Rousseau y entusiasmarse por las ideas del tiempo. Pone todas sus esperanzas en los Estados Generales.

Con ese mismo tono, Emmanuel Joseph Sieyès, nacido en 1748, sacerdote sin convicción que llegó, sin embargo, a ser vicario general del obispo de Chartres, se hizo célebre publicando anónimamente en enero de 1789 *¿Qué es el Tercer Estado*?, del que se venden 30.000 ejemplares en cuatro semanas. El vigor del estilo sirve de envoltura a la radicalidad de las ideas: «¿Qué es el

Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta el presente en el orden político? Nada. ¿Cuáles son sus exigencias? Llegar a ser algo. [...] ¿Quién osaría, pues, negar que el Tercer Estado no posee en sí mismo todo lo necesario para formar una nación completa? [...] Nada puede funcionar sin él; sin embargo, todo iría infinitamente mejor sin los privilegiados[49]». Y Sieyès añade proféticamente: «El Tercer Estado, se dirá, no puede formar los Estados Generales separado de los otros. ¡Oh, tanto mejor! Formará una Asamblea Nacional[50]».

En *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Alexis de Tocqueville, partiendo de la constatación de que en Francia se había apagado toda vida política, concluyó: «Se podía augurar que en vez de atacar por separado las malas leyes, se arremetiera contra todas, y se quisiera sustituir la antigua organización de Francia por un sistema de gobierno totalmente nuevo[51]».

También en enero de 1789, Jacques Mallet du Pan, nacido en Suiza en 1749 y establecido en París desde 1784, periodista en el *Mercure de France*, escribía que «no se trata ya sino muy secundariamente del rey, del despotismo y de la Constitución; es una guerra entre el Tercero y los otros dos estamentos». Ya en 1787, advertía: «Francia, al ser incapaz de una deliberación fría, también lo es de un gobierno libre en el que cada uno discuta con razones y mesura».

Lejos de apaciguar los disturbios, el anuncio de la convocación de los Estados Generales los agravó. Los carteles amenazadores se multiplicaron. Uno de ellos lo pegan, a finales de junio de 1788, en la puerta del camerino de la reina, en el Teatro de la Reina[52]: «¡Temblad, tiranos, vuestro reino va a terminar!». El intendente de Besançon, Marc Antoine Le Fèvre de Caumartin, anotó en un informe a Versalles, el 5 de diciembre: «Se os ha dejado ignorar que, en todas las clases del Tercer Estado, la agitación es mayor y que basta una chispa para iniciar el incendio».

El conde de Thiard, comandante en jefe del Ejército del rey en Bretaña, era un militar que no se dejaba impresionar y que no se andaba con rodeos cuando se dirigía a sus superiores. Desde Rennes escribió a Necker, el 1 de enero de 1789, que el Tercer Estado es «insolente y amenazador» y que los ánimos están «llegando a la revuelta». Y, efectivamente, a finales de enero estallaron violentas manifestaciones en Rennes y en Nantes. Thiard prohibió, «de parte del rey», reunirse y llevar armas, «ni provocar revueltas», so pena de ser detenido inmediatamente y juzgado sin posibilidad de apelación. A finales de febrero, varios regimientos recibieron la orden de dirigirse a Bretaña. Sin embargo, la agitación era ya endémica.

En Manosque, el 14 de marzo, algunos amotinados atacaron y lapidaron al obispo, acusado de favorecer a los acaparadores de «grano», es decir, los comerciantes de víveres que no declaraban sus depósitos y practicaban el mercado negro. La cosecha de 1788 fue catastrófica a causa del mal tiempo, provocando una carestía de grano y pan. Al desorden político se añadieron en toda Francia disturbios de subsistencia durante el duro invierno de 1788. En numerosas ciudades como Lille o Cambrai se atacaba a los panaderos y a las granjas que pagaban los diezmos. En Besançon fueron los propios amotinados los que establecieron el precio del trigo. En Aix-en-Provence obligaron al municipio a que hiciera lo mismo con el pan. Necker ordenó el inventario y la requisición del grano. Compró grano en el extranjero, pero los motines continuaron.

Hasta ese momento, los motines no habían degenerado en masacres. Pero no es lo que sucedió en París el 28 de abril. La víspera, los obreros de dos manufacturas del barrio Saint-Antoine, una de papel pintado y la otra de salitre, se manifestaron contra la reducción salarial. Comitivas venidas de la orilla izquierda, sobre todo del barrio Saint-Marcel, incrementaron la multitud en cólera que reclamaba, especialmente, la bajada del

precio del pan. El 28 la manifestación se convirtió en revuelta. Las casas de los dos directores, Réveillon y Henriot, fueron saqueadas, así como sus bodegas, abundantemente provistas. Se emborracharon sin freno. Ironía del caso, Réveillon corrió a refugiarse en la Bastilla, muy cercana. Como en Grenoble, llovieron tejas y trozos de chimeneas sobre las tropas, pero en esa ocasión estas habían recibido la orden de disparar si era necesario. El «mantenimiento del orden» estaba asegurado por las guardias-francesas (el regimiento acuartelado en París), reforzado por destacamentos del regimiento de las guardias-suizas y por el de caballería del *royal-cravate*[53] (caballería croata). La noche del 28, la tropa abrió fuego a quemarropa contra la multitud de los manifestantes. El balance fue muy alto: 300 muertos y un millar de heridos.

Fue un paso adelante en la escalada revolucionaria. También se plantearon cuestiones, comenzando por la del complot, que no dejaban de invocar algunos contemporáneos. Algunos veían en ello la mano del duque de Orleans u otros provocadores que habrían pagado a algunos atacantes para que provocaran bandas de parados y vagabundos. Pero la tesis no se sostiene y, además, los heridos y muertos identificados, así como los amotinados detenidos, son casi todos obreros asalariados, sobre todo jóvenes, que protestaban contra el encarecimiento del pan. Esto no es óbice para que el clima político y la difusión de las nuevas ideas jugaran su papel, ahí como en otras partes, en los innumerables motines que se difundieron por todo el país durante la primavera de 1789.

Un complot, en el sentido estricto del término, supondría un plan establecido y una organización muy estructurada. Pero, si lo podemos decir, hay complots y complots: el de una maquinación, en sentido estricto; y, en sentido amplio, el de una conspiración, una voluntad de desestabilizar por todos los medios la institución establecida, multiplicando escritos asesinos y carica-

turas, favoreciendo los motines por todas partes. Una manifestación, un altercado, tienen lugar en un mercado o delante de una panadería; le sigue una pequeña reunión de personas, y el patriota que pasa por ahí —y son muchos los que se apropiaban de este título— lo tiene fácil puesto que arroja aceite al fuego, apela a los derechos del pueblo, a la rebelión contra los abusos y a todas las palabras de orden del «Partido nacional». Y la multitud crece y se enciende. No queda más que hacerla ir contra la casa consistorial de una pequeña ciudad, o contra la sede de la intendencia de un jefe de distrito. No se podría hablar siquiera de agentes provocadores. Los amotinados son miles que predican el mismo evangelio contestatario que es el de las sociedades de pensamiento y los clubs.

Queda la cuestión del «mantenimiento del orden» en las grandes ciudades y sobre todo en París. La policía llamada «de vigilancia» no tenía ni los efectivos ni los medios para reprimir una revuelta. Así, bajo el Antiguo Régimen, el recurso al ejército era lo habitual, pero este no ha sido entrenado para hacer frente a este género de situaciones, sobre todo en la ciudad. De todas formas, ante un motín, todos los ejércitos del mundo, ayer como hoy, se deben enfrentar enseguida a un dilema terriblemente simple: disparar o no disparar. En Grenoble, bajo una lluvia de tejas que hirió a hombres y caballos, la tropa no disparó. En Rennes tampoco, como el conde de Thiard explicó a Necker haciéndole ver que el remedio habría sido peor que la enfermedad. En París, donde la cadena de mando es extremamente complicada, sí. ¿Quién dio la orden? El barón de Besenval ejercía su autoridad en las «provincias del interior», entre ellas Île-de-France, pero a excepción de la capital, que no dependía del secretario de Estado para la guerra (conde de Puységur) sino del secretario de Estado para la Casa Real (barón de Breteuil). El duque de Châtelet, que comandaba las guardias-francesas, y el conde de Affry, que hacía lo propio con las guardias-suizas, acataron las órdenes

(cada vez más escasas) de este último. Pero Besenval, la víspera del motín Réveillon, tuvo que remplazar apresuradamente a de Affry. Según sus *Memorias*, fue el duque de Châtelet quien dio la orden a las guardias-francesas de hacer uso de sus armas. Estaba dispuesto a hacer lo mismo, e incluso había preparado un cañón cargado con cartuchos, pero no fue necesario. En toda esta confusión, parece que Versalles no tuvo, sobre esta cuestión neurálgica, una doctrina clara y constante. Breteuil, que se oponía a los Estados Generales, preconiza la represión armada. Puységur, Necker y, más aún, Luis XVI, se oponían a ello.

Todo se convirtió en asunto de lugar y de circunstancia. Los comandantes de los regimientos, cuando no eran los jefes de escuadrón, estaban abandonados a ellos mismos. Sin embargo, es necesario que haya soldados a los que dar órdenes. En Marsella, el 23 de marzo, la casa del director de las aduanas fue saqueada, y la del intendente, atacada. Falta de tropas, la municipalidad decidió crear una «milicia ciudadana» para restablecer el orden. Del 4 al 6 de mayo sucede lo mismo en Limoux, cerca de Carcasona, donde la municipalidad formó una «milicia burguesa» después de que los amotinados se apropiaran de la casa consistorial, obligando a los Consejos a sellar los graneros de trigo para impedir cualquier «exportación».

Con todo, Versalles no se inquieta demasiado por estos motines, que son graves. En un artículo que dedica a los motines, Mercier comienza postulando que «un motín que degenere en sedición es algo moralmente imposible». El autor de *Cuadro de París*, tan escéptico normalmente, habla de los regimientos de las guardias-francesas, de las ciudades con guarniciones, de las que París está rodeada, sin contar el «inmenso número de personas vinculadas a los intereses de la Corte». En una palabra, «todo conduce a desmentir la apariencia de motines serios [...]. El inicio de una sedición sería rápidamente conocido y reprimido, y París estaría al abrigo de la alarma». Pero, atención, corrige Mer-

cier: «… si se abandonara el pueblo de París a sus instintos, si ya no sintiera detrás de él la guardia, a pie y a caballo, el comisario y los impuestos, no habría límite para su desorden; el populacho libre del freno al que está acostumbrado se abandonaría a violencias tan crueles que ya no sabría en qué punto parar».

En esta atmósfera explosiva, no es la menor incongruencia del poder la disposición de que los Estados Generales tengan lugar en Versalles, tan cerca de París y sus 600.000 habitantes. Los motines sangrientos del barrio Saint-Antoine parecían ya olvidados. Pero ¿por qué habría de inquietarse? Para el gobierno, los Estados Generales no eran más que una formalidad, solemne, pero como la sociedad del Antiguo Régimen estaba acostumbrada.

En medio de toda esta efervescencia se redactaron los cuadernos de quejas. Como para los Estados Generales de 1484, estas notas de quejas y deseos de reformas debían constituir el *vademécum* de los futuros diputados. Abogados, notarios, alcaldes, procuradores de parroquias, todos o casi todos ganados al «Partido nacional», tomaron la pluma y 60.000 cuadernos, resumidos por orden y por bailías, dijeron lo mismo, al menos en lo que se refería a las expectativas del Tercer Estado. Por otra parte, circularon modelos que dejaban ver la similitud de las fórmulas, como la que el duque de Orleans había difundido ampliamente. El del Tercer Estado de la Villa de París marca el tono: todos los hombres son iguales en derecho; todo poder emana de la nación, la única que puede conceder los impuestos; la voluntad general hace la ley, pero la ley garantiza a cada ciudadano la propiedad de sus bienes y la seguridad de su persona; toda propiedad es inviolable; ningún ciudadano puede ser detenido ni castigado sino por medio de un juicio legal. Sobre este último punto se pide con fuerza la supresión de las órdenes reservadas.

Desde la Edad Media, los franceses se rebelaban invariablemente contra los impuestos. Directos o indirectos, son denunciados unánimemente: «un único y verdadero tirano, el Fisco»;

«barbarie feudal» son los derechos feudales; «plaga pestilencial» son la gabela y, sobre todo, la talla, el impuesto por excelencia a los plebeyos. «Ha llegado el momento, señor, de poner las bases de un justo reparto del impuesto entre todos los ciudadanos. [...] La ley de las contribuciones deber ser la igualdad proporcional».

La monarquía, en cuanto tal, no se ponía en cuestión y por todas partes se invoca al «rey, padre del pueblo», «regenerador de Francia», Luis XVI, «el mejor de los reyes». Pero este apego manifiesto a la monarquía iba a la par con el establecimiento de una constitución. «El poder legislativo pertenece a la nación, juntamente con el rey; al rey solo le corresponde el poder ejecutivo».

El tono de los cuadernos del Tercer Estado a veces era amenazador contra el alto clero y, sobre todo, contra los monjes, tratados como «piadosos holgazanes», y contra la nobleza, especialmente. Es esta, comenzado por la de la Corte, la que «consume la mayor parte de las entradas del Estado». «Así, la nobleza goza de todo, posee todo y quisiera liberarse de todo, pero si la nobleza comanda en los ejércitos, es el Tercer Estado quien los compone; si la nobleza versa una gota de sangre, el Tercer Estado la derrama a raudales. La nobleza vacía el Tesoro real. El Tercer Estado lo llena; en una palabra, el Tercer Estado paga todo y no goza de nada». Se expresaba así la idea de que el Tercer Estado no es un estamento, sino que constituye el 99 % de la nación.

Con los cuadernos de quejas, la convocatoria de los Estados Generales abrió la caja de Pandora de las utopías del filosofismo. «Ahí la esperanza despliega sus alas; parecen desvanecidos todos los obstáculos. Se admite que, por ella misma y por su propia fuerza, la teoría engendra la práctica[54]», resume Taine. El tono en las caricaturas, que entonces abundaban, se hizo más violento. En una de ellas, dos campesinos, que representan simbólicamente el Tercer Estado, cortan a hachazos las cabezas de la hidra fiscal, pero «todavía queda...». En otra, el Tercer Estado está des-

cuartizando el monstruo de dos cabezas de los privilegiados, con esta constatación: «Yo aquí no encuentro ningún corazón…».

Mientras se redactaban o copiaban los cuadernos de quejas, tuvieron lugar las elecciones de los diputados a los Estados Generales, según un procedimiento complejo, en uno, dos o tres grados en las ciudades. Era necesario tener veinticinco años y estar inscrito como contribuyente para votar. Las abstenciones fueron numerosas en el Tercer Estado. En París votaron 11.706 de 50.000 electores. No hubo declaración oficial de candidatura, ni programa, ni partidos constituidos, ni voto en papeleta secreta. En las ciudades y grandes villas, los patriotas se imponían frecuentemente contra los notables, acusados *ipso facto* de complicidad con el poder. Una vez convertidos en grandes electores, eclipsaban sin dificultad a los del campo a pesar de su inferioridad numérica.

En Rennes, después de seis meses de graves agitaciones, llegaron los casi 800 elegidos del senescalado (*grosso modo* el actual departamento de Ille-et-Vilaine). El conde de Thiard había dado garantías a las autoridades municipales, en principio preocupadas: «Son buenas personas, muy partidarios del rey, y si hay cosas ridículas en sus cuadernos, será únicamente obra de los curas y las gentes de leyes». Los 38 elegidos de la ciudad, casi todos patriotas, se habían alarmado por otras razones, temerosos de verse diluidos en esa masa tosca y poco abierta a las ideas nuevas. Llegaron incluso a hacer aprobar una moción que excluía del voto a la diputación de los pequeños titulares de oficios señoriales (que era la situación de muchos rurales), con el pretexto de que podrían representar con plena libertad los intereses del Tercer Estado. Al término de este «alambique electoral» (Cochin), uno solo de los ocho diputados del senescalado de Rennes provenía del campo: Michel Gérard, un trabajador muy extravagante, un elegido folclórico. Los otros siete eran ciudadanos de buen aspecto, entre ellos, tres abogados en el Parlamento de Rennes. Lo mismo

pasó en el senescalado de Nantes, con siete diputados urbanos por un único «trabajador», un notable del campo, tan poco campesino que vivía confortablemente en una casa solariega.

Por todas partes en Francia, la cooptación de diputados frecuentadores de salones, clubs, academias, logias masónicas y otros cenáculos, hizo maravillas. Augustin Cochin, uno de los historiadores mal pensantes de la Revolución francesa, mostró el papel primordial de lo que él llamó «sociedades de pensamiento» presentes en todas las ciudades, incluso pequeñas. «Todo pasa como si Francia entera obedeciera a una palabra de orden del mejor de los partidos, y no se ve ningún partido[55]». Es decir, que los diputados que podrían mostrarse rebeldes a las nuevas ideas eran raros. En cuanto a ese «pueblo» que con tanta voluntad aparecía en los escritos de los filósofos, *de facto* fue totalmente excluido de representación en los Estados Generales.

La revolución empieza en Versalles

Los 1.139 diputados elegidos en los Estados Generales (el número varía un poco según las fuentes) tenían en común su inexperiencia política. Los de la nobleza, 270, eran sobre todo militares y terratenientes; los 291 representantes del clero eran por dos tercios párrocos, y los 578 diputados del Tercer Estado, en un 70% pertenecían a la pequeña burguesía, eran instruidos, partidarios de las ideas filosóficas, muy a menudo hombres de leyes (abogados, en su mayoría). Ni artesanos, ni obreros ni campesinos, salvo algunos «trabajadores» o «gallitos del pueblo». Solo hay 76 comerciantes, algunos médicos y un único banquero.

Edmund Burke, diputado conservador en la Cámara de los Comunes, orador brillante llamado el «Cicerón británico», siguió de cerca los acontecimientos en Francia. Sus reflexiones sobre la Revolución en Francia aparecieron en octubre de 1790 y tuvieron un éxito considerable. Aunque admite que el régimen político de Francia necesita ser reformado profundamente, condena esta delegación formada «por desconocidos abogados de provincia, secretarios judiciales de jurisdicciones inferiores, procuradores de pueblo, notarios y procuradores, y toda la gente de los gremios de justicia[56] municipales».

Destacaban algunas figuras. Se distinguía de manera particular Mirabeau, a quienes los patriotas alababan por sus violentos panfletos contra la administración de Necker. Desde el anuncio de los Estados Generales, se puso a hacer campaña en Provence contra los privilegios de la nobleza, aunque él mismo era noble (repudiado, además, por su estamento), siendo al final elegido triunfalmente por el Tercer Estado de los senescalados de Aix y Marsella.

Entre los diputados del Tercer Estado, encontramos a Duport, Sieyès, Target, Barnave y Mounier, los dos cabecillas de la «Jornada de las tejas» y, entre los nobles, además del duque de Orleans, elegido por la nobleza de varias bailías, La Fayette, Condorcet, el conde de Clermont-Tonnerre y el conde de Antraigues. A diferencia de su hermano mayor, el vizconde de Mirabeau es un elegido por la nobleza y un feroz defensor del trono. Es llamado Mirabeau-Tonneau [Mirabeau-Tonel] a causa de su gordura y, probablemente, por su afición al alcohol. Con todo, era un orador agradable, conocido por sus buenas palabras. En las filas del clero figuran Talleyrand, así como el padre Maury, cuarenta y tres años, hijo de un sencillo zapatero, brillante escritor y predicador de gran talento, académico desde 1784.

En lo que se refiere a Pierre-Victor Malouet, fue elegido por el Tercer Estado por el senescalado de Riom, del que era nativo. Jurista, cultivador de azúcar en Santo Domingo antes de ser intendente de la Marina en Toulon, también era miembro de la academia de Marsella; lo menos que se puede decir es que no pertenecía al Partido nacional, como testifican sus preciosas *Memorias*: «Estaba a punto de pedir mi dimisión cuando vi a pequeños burgueses, escribanos, abogados, sin ninguna instrucción sobre los asuntos públicos, citando el *Contrato social*, declamando con vehemencia contra la tiranía, contra los abusos, proponiendo cada uno una constitución. Yo me imaginaba los desastres que tales extravagancias podrían causar en un ámbito más grande, y llegué a París insatisfecho de mí mismo, de mis conciudadanos y de los ministros que nos arrojaban a este abismo».

El caso es que el aire del filosofismo corre entre la mayor parte de los elegidos. La masonería, con más de mil logias en Francia en 1789, tenía a 115 de los suyos entre los diputados del Tercer Estado, 80 en la nobleza e incluso 19 en el clero. Es verdad que tiene por norma proscribir en sus reuniones todo lo relacionado con los «asuntos de Estado» y se puede descartar la tesis, que sin

embargo será muy popular, del complot francmasón, pero es verdad que sus objetivos eran los de una sociedad mejor, el progreso de la humanidad, y sus principios, los de la igualdad, la libertad, la fraternidad.

Los diputados se reunieron por primera vez el 4 de mayo de 1789, con ocasión de la ceremonia de apertura en Versalles. En la procesión debían vestir una indumentaria especial por cada estamento; la indumentaria negra y estricta del Tercer Estado contrastaba con la colorida del clero y la nobleza. Desgraciadamente, el poder real quiso poner de manifiesto así el mantenimiento de la distinción secular y, más aún, la del voto por estamento y no por cabeza. Madame de Staël, hija de Necker, cuenta en sus recuerdos lo mucho que le impresionó la procesión solemne de los tres estamentos. El número de los diputados del Tercer Estado, su traje negro, «sus miradas firmes y seguras» impresionaban.

Diez mil espectadores, llegados sobre todo de París, llenaban las calles. Después de la misa solemne de la tarde en la iglesia de Saint-Louis, el obispo de Nancy, que pronunció una homilía de más de una hora y media, le presentó al rey «el homenaje del clero, el respeto de la nobleza y las humildes súplicas del Tercer Estado».

La apertura de los Estados Generales tuvo lugar el día siguiente, el 5 de mayo. Luis XVI, revestido con la gran capa de la Orden del Espíritu Santo y con un sombrero en el que brillaban los diamantes de la corona, pronunció el discurso de apertura con una voz poco segura, evocando desde el principio la deuda del Estado antes de añadir: «Una inquietud general, un deseo exagerado de novedades se han adueñado de los ánimos y acabarán confundiendo totalmente las opiniones si no nos apresuramos a fijarlas reuniendo opiniones sabias y moderadas». Madame de Staël relató que «los rostros de los diputados expresaban más energía que la del monarca, y este contraste debía de ser motivo

de inquietud en circunstancias en las que todavía no había nada decidido y era necesaria la fuerza por ambas partes».

A continuación, tomaron la palabra el Guardián de los Sellos, Barentin y, después, Necker: el primero para no decir nada, y el segundo para no hablar prolijamente más que del restablecimiento de las finanzas y de una reforma del sistema fiscal. En París se lamentaron de que el ministro, que se suponía favorable al pueblo, no hubiera abordado la cuestión de la Constitución que había que dar al reino, ni la otra, crucial, del voto por estamento o por cabeza. Algunos hablaron de desprecio a los diputados del Tercer Estado. En los cafés se cantaba, con la melodía de Calpigi: «¡Viva el Tercer Estado de Francia! / Tendrá el predominio / sobre el príncipe, sobre el prelado».

Este vaivén en lo alto es infinitamente peligroso. ¿Por qué el rey no se deja ver y no pide a los diputados una serie de reformas? Muchos esperaban la institución de dos cámaras, como en Inglaterra, teniendo al soberano como árbitro. Se podría debatir también del impuesto que, de una manera u otra, habrá que establecer. No se hizo nada de todo esto. Cansado, el soberano desapareció de la escena después de su discurso, y no se dio cuenta del alcance que tenía lo que sucedió al día siguiente, cuando los diputados del Tercer Estado se negaron a reunirse aparte, proponiendo a sus compañeros del clero y de la nobleza que se unieran a ellos atribuyéndose, a la inglesa, el título de «Comunes». El rey tampoco vio la emboscada que se estaba preparando cuando los diputados del Tercer Estado, a falta de una sala común, pidieron que la verificación de los poderes de los diputados de los tres estamentos se hiciera en común, táctica para llegar al «voto» por cabeza. El clero y la nobleza se negaron.

Todo el mes de mayo se agría en este bloqueo inicial. Luis XVI todavía tenía la sartén por el mango, pero por poco tiempo. Ya no sabe a quién escuchar en la corte, si al partido de la firmeza, animado por su hermano menor, el conde de Artois y

la reina, o el de una modernización de la monarquía, capitaneada por Necker. La muerte, el 4 de junio, del delfín, de siete años, le conmocionó y le aisló aún más. Se retiró a Marly, no quería ver a nadie, sobre todo a las delegaciones de los Estados Generales que se presentaron ante él. Esta muerte repentina, que en otros tiempos hubiera sumido al reino en la aflicción y el duelo, fue acogida con indiferencia en París.

Abundaban los dibujos satíricos. El tema del Tercer Estado simbolizado por un campesino en andrajos que lleva sobre sus espaldas al clero y a la nobleza tiene mucho éxito, con esta leyenda: «Hay que esperar que este juego termine pronto». Otra alegoría representa el cortejo fúnebre del «Muy alto y poderoso señor de los abusos, muerto el 4 de mayo de 1789». En el paño funerario están depositados los atributos de la nobleza y del clero, mientras que en el cortejo se subraya la alegoría de la Igualdad. Mucho menos frecuentes son las de la Concordia, como esa de un grabado anónimo en que los tres estamentos tocan un concierto.

Los Estados Generales parecían estar paralizados cuando, el 13 de junio, tres párrocos del Poitou se unieron a los diputados del Tercer Estado. Otros seis hicieron lo mismo al día siguiente. Entre ellos figura el padre Grégoire, elegido en Lorraine, que acababa de publicar una *Nueva Carta a los párrocos*, en la que denunciaba las intrigas del alto clero y de la nobleza, y predijo que, si la felicidad debe resplandecer en el horizonte de Francia, tendrá que salir de las tormentas.

El 16, otros diez párrocos se unieron a los disidentes. Esta veintena de diputados del clero se alcanza con Sieyès, miembro del clero, pero diputado del Tercer Estado (París), que propone, el 17, que la Cámara del Tercer Estado se constituya en… «Asamblea Nacional». Apenas dicho, se hizo un juramento y se votó una comunicación al rey para informarle de esta decisión.

Decir que el momento era de gran gravedad es quedarse corto. Los diputados del Tercer Estado intentaron claramente un golpe de Estado declarando: «La denominación de Asamblea Nacional es la única que conviene a la asamblea en el estado actual de las cosas, tanto porque los miembros que la componen son los únicos representantes legítima y públicamente conocidos y verificados, como porque han sido enviados directamente por la casi totalidad de la nación, como, por último, porque siendo la representación única e indivisible, cada uno de los diputados, en cualquier orden que haya sido elegido, no puede ejercer sus funciones separadamente de esta asamblea».

La llamada «Asamblea Nacional» declaró, de inmediato, que «provisionalmente acepta» el impuesto, añadiendo que «apenas haya fijado, de acuerdo con Su Majestad, los principios de la regeneración nacional, se ocupará del examen y de la consolidación de la deuda pública, poniendo desde este momento a los acreedores del Estado bajo la vigilancia del honor y lealtad de la nación francesa».

Jamás un rey de Francia había sido tratado de esta manera. Su falta de reacción puede llevar a que la revolución comience ese mismo día. Madame de Staël no se equivoca: «Este decreto era la revolución misma». «Las naciones a las que los reyes consultan, bromea Rivarol, comienzan en votos y terminan en voluntades». Luis XVI, con pocas tropas, aún habría podido declarar la disolución de los Estados Generales. Pero no lo hizo. Madame Élisabeth, su hermana pequeña (tiene veinticinco años), que le es totalmente fiel, no puede sino constatarlo el 29 de mayo: «La monarquía solo podrá retomar su brillo con un golpe de fuerza; mi hermano no lo hará y yo tampoco se lo aconsejaría».

Y, en efecto, «el golpe de fuerza» no tendrá lugar. El vacío abismal del trono, que parece una cuasi capitulación, deja el monopolio de la acción a los rebeldes. Tras haber sacudido el edificio, ya inerte, se apresuran a derribarlo.

Y ahí tenemos, el día siguiente de ese 17 de junio, con un toque de varita mágica, a los diputados del Tercer Estado convertidos en Asamblea Nacional. Desamparados por la inercia del poder, los delegados del clero votaron su unión al Tercer Estado por una corta mayoría (149 votos contra 137). Talleyrand escribirá en sus *Memorias* que era preferible «ceder antes de ser obligados a ello, cuando todavía se podía hacerlo pasar por un mérito». Solamente la nobleza se resistió y pidió al rey que la defendiera. Por su parte, la corte, le suplicó que hiciera algo. Entonces, tímida, mezquina y miserablemente, el 20 de mayo por la mañana, dio la orden de cerrar las puertas de la sala donde se reunían los diputados del Tercer Estado. ¿Qué es lo que esperaba? ¿Que se volvieron a sus casas? Sitio no es lo que falta precisamente en Versalles y los diputados decidieron invadir un gimnasio cercano en el que se practica el juego de la pelota (antepasado del tenis actual).

Por iniciativa de Mounier, Sieyès y Target se propuso un juramento, que se llevó a cabo inmediatamente en medio del entusiasmo: «A la Asamblea Nacional, considerando que está llamada a establecer la Constitución del reino, a llevar a cabo la regeneración del orden público y a conservar los verdaderos principios de la monarquía, nada puede impedirle que continúe sus deliberaciones en cualquier lugar en el que se vea forzada a establecerse, y allí donde estén reunidos sus miembros, ahí estará la Asamblea Nacional. Determina que todos los miembros de esta Asamblea prestarán, en este mismo instante, juramento solemne de no separarse nunca y de reunirse allí donde las circunstancias lo exijan, hasta que la Constitución del reino se establezca y se funde en cimientos sólidos».

Un inmenso cuadro inacabado de Jacques-Louis David, apreciado pintor la víspera de la Revolución (*Le Serment des Horaces*, de 1784), inmortaliza la escena. En el centro, Jean-Sylvain Bailly, decano del Tercer Estado, lee la Declaración subido en una

mesa. Todas las miradas y los brazos que se elevan convergen en él como signo de adhesión y determinación. En primer plano fraternizan Dom Gerle, un cartujo, el párroco Grégoire y el pastor Rabaut Saint-Étienne, como alegoría de la Reconciliación de las órdenes religiosas. Un pueblo simbólico asiste a la escena, asomado en las ventanas, mientras que el viento de la Revolución hincha una amplia cortina. En este primer manifiesto del arte revolucionario, no se trata tanto de reconstruir una escena como de expresar su sentido.

El Juramento del Juego de Pelota es la continuación lógica del golpe de Estado del 17 de junio. Un absolutismo monárquico de tres siglos, fundado en la historia y en la fe debe borrarse ante una soberanía cuya esencia es muy diferente, colectiva, segura de su derecho, implacable: la de los representantes del pueblo.

Luis XVI creyó estar dando prueba de firmeza al desplegar los regimientos suizos alrededor de Versalles, sin comprender que la amenaza sin la acción es la peor de las soluciones. Contaba con el miedo y no recoge más que exasperación. Además, esperaba imponerse teniendo ante la asamblea plenaria de los tres estamentos, el 23 de junio, una especie de lecho de justicia, donde dio a conocer su voluntad. Consintió principalmente en la igualdad ante los impuestos y a que estos, así como los préstamos, fueran votados por los Estados Generales convocados periódicamente.

El avance es considerable y se hacen otras concesiones, sobre todo sobre la libertad de prensa, pero no se concede el voto por cabeza, sino para los asuntos de interés general. En lo que se refiere a la estructura constitucional del reino en estamentos y a la organización de futuros Estados Generales, el voto será por estamentos. El discurso del rey terminó con un tono amenazador: «Si me abandonáis en una empresa tan hermosa, yo solo haré el bien de mi pueblo». El rey ordenó entonces a los diputados reunidos que se separaran y volvieran a reunirse por estamentos.

Después de irse el rey, los diputados del Tercer Estado permanecieron inmóviles, y cuando el joven marqués de Dreux-Brézé, de veintitrés años, maestro de ceremonias, fue a pedirles que se retiraran, le respondieron: «Estamos aquí por el voto de la nación; solamente la fuerza material podría desalojarnos». El autor de esta orgullosa respuesta es Mirabeau. La posterioridad la ha embellecido así: «Estamos aquí por voluntad del pueblo; no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas». Solo se presta a los ricos.

Madame de Staël había observado a este personaje el día de la apertura de los Estados Generales: «Cuando Mirabeau apareció, un murmullo recorrió la asamblea [...]. Su inmensa cabellera le distinguía entre todos; se podría decir que su fuerza dependía de ella, como era el caso de Sansón; su rostro adquirió la expresión de su propia fealdad...». Rivarol, contemporáneo, cuyas palabras dan en el blanco, subraya la fealdad de este personaje que ya se erige en tribuno del pueblo: «El hombre de mundo que más se parece a su reputación: es espantoso». Rasgos gruesos, poco cuidado, Mirabeau, que tiene cuarenta años, domina por su palabra, poderosa, inspirada, magistral. El marqués de Ferrières, también él diputado de la nobleza por el senescalado de Saumur, lo describe así: «Él sabía que el hombre de genio habla mucho más a los sentidos que a la inteligencia: así, sus gestos, su mirada, el sonido de su voz, todo, incluso su manera de presentarse, cómo llevaba sus cabellos, había sido calculado. Tenía un profundo conocimiento del corazón humano. Su elocuencia ruda, salvaje, pero rápida, animada, llena de atrevidas metáforas, de imágenes grandiosas, dominaba las deliberaciones de la Asamblea. Su estilo duro, rocoso, pero expresivo, abundante, lleno de palabras sonoras, semejante a un pesado martillo entre las manos de un hábil artista, modelaba, según su voluntad, a hombres que no había que convencer: era necesario aturdirlos, subyugarlos».

Luis XVI respondió al marqués de Dreux-Brézé, que penosamente fue a darle la noticia: «¡A la mierda! ¡Que se queden!». Pero quien calla, otorga. Al día siguiente, la mayoría de los diputados del clero se unieron al Tercer Estado y, dos días después, hicieron lo mismo 47 diputados de la nobleza. Les capitaneaba el duque de Orleans, de cuarenta y dos años. Había empezado a formarse un «partido de Orleans», debido menos a su iniciativa que a la de los que le rodean, que le veían como lugarteniente general del reino, en espera de mejores momentos en el caso de que Luis XVI llegara a abdicar. Estos eran, principalmente, el marqués de Sillery, oficial jubilado, él mismo elegido por la nobleza de la bailía de Rennes; la condesa de Genlis, encargada de la educación de los hijos de Orleans, y mujer de letras, así como Choderlos de Laclos. Este capitán de artillería en pensión, aureolado por el éxito de *Las relaciones peligrosas* (1782)[57], había entrado al servicio del príncipe a finales de 1788. Había redactado para él sus cuadernos de quejas, junto con Duport y Condorcet.

Ferrières, que trataba al duque de Orleans de «cadáver moral», le describe implacablemente: «Un conjunto de circunstancias había hecho a este príncipe el ídolo del pueblo y jefe de un partido de nobles insatisfechos con la corte; de filósofos que desean toda clase de bienes y de honores, humillados porque no son nadie, mientras que otros sí son algo; de aventureros, de gente arruinada por las deudas a las que, después de la convocación de los Estados Generales y el rápido desarrollo de las opiniones, se les habían reavivado todas las esperanzas. El duque, sin ningún talento, desprestigiado por una vida crapulosa, por una avidez de dinero, reprensible en un particular, vergonzoso y denigrante en un príncipe, poseía todos los vicios que hacen odiar el crimen, y no poseía ninguna de las brillantes cualidades que los ojos de la posteridad le han reconocido».

Entre los 47 tránsfugas de la nobleza, destacaban el conde de Clermont-Tonnerre, treinta y dos años, amigo de los filósofos y

admirador de la monarquía institucional inglesa; Alexandre de Beauharnais (esposo de una tal Marie-Josèphe Rose Tascher de La Pagerie, futura Josefina), duque de Aiguillon, ardiente partidario de las reformas y una de las mayores fortunas del reino; y Fréteau de Saint-Just, principal líder de la rebelión parlamentaria. Otros nobles liberales, como el duque de La Rochefoucauld-Liancourt o La Fayette, diputado de la nobleza de Auvernia, pensaron que era más prudente esperar.

El 27 de junio, Luis XVI, ordenó «a su fiel clero y a su fiel nobleza» que se unieran al Tercer Estado, respaldando así el golpe de Estado. Piensa que así no cede sino aparentemente, mientras sigue ordenando la concentración de tropas alrededor de Versalles y París. Pero, ¿para hacer qué? Antes sería necesario hacer una selección entre las tropas que son seguras (las hay) y las que no lo son. Entre estas últimas, el regimiento de los guardias franceses (3.600 soldados), acuartelado en París, había adquirido malas costumbres en contacto con la población, frecuentando las cantinas y mostrándose cada vez más indisciplinado. Los rebeldes se infiltraron fácilmente. El 24 de junio, dos compañías se negaron a entrar en servicio y, cuatro días más tarde, otros guardias franceses, sin armas, fueron a ser aclamados al Palais-Royal, centro de la agitación de los patriotas. Aún peor, once de ellos, arrestados y encerrados en la prisión militar llamada de la Abadía, fueron puestos en libertad por una multitud amotinada contra la que los húsares y los dragones se negaron a cargar antes de gritar: «¡Viva la nación!»

El duque de Châtelet, que comandaba el regimiento, nunca estaba presente y no podía con sus hombres. De todas las maneras, en el Ejército se había creado una inmensa brecha entre los oficiales y la tropa. Según una disposición de 1781, eran necesarios cuatro cuartos de nobleza para ser oficial (salvo en la artillería y en el cuerpo de ingenieros). En cuanto a los soldados rasos, solo podían acceder al grado de «bajo-oficial» (suboficial). Proce-

dentes normalmente de las capas más populares, cuando no habían sido reclutados a la fuerza en los puestos de mendicidad, recibían un sueldo de miseria, y no podían no apoyar los eslóganes de libertad e igualdad con los que se les llenaban los oídos. Las deserciones eran cada vez más numerosas. El abate Besnard, párroco de Nouans en el Maine y redactor de los cuadernos de quejas de su bailía, veía de buen grado a Versalles, donde había entablado amistad con el conde de Volney, diputado del Tercer Estado de Anjou, a pesar de pertenecer al primero. Cuando algunos nobles le recordaron el apoyo del Ejército, él contestó: «¡Díganme oficiales!».

De todos modos, el rey disponía de un Ejército de 102 regimientos de infantería, 24 regimientos de dragones y 6 regimientos de húsares, es decir 110.000 soldados de infantería y 32.000 a caballo. Lo que en teoría debía ser suficiente para aplastar cualquier sedición. De esos soldados, 60.000 estaban acuartelados o acampados en los alrededores inmediatos de la capital. El 1 de julio, 16 regimientos avanzaron sobre París y Versalles, pero, una vez más, ¿para qué, si no es para sublevar las opiniones? ¿Para qué sirve el regimiento acuartelado en el invernadero del castillo de Versalles?

Con todo, Mirabeau no se equivocó cuando hizo que la Asamblea, llamada ya nacional, pidiera el alejamiento de los regimientos extranjeros (suizos y alemanes), sobre cuya lealtad no hay dudas. El rey respondió benévolamente que estas tropas estaban destinadas a proteger a los diputados, e incluso propuso transferirlos a Noyon o a Soissons para mayor seguridad. Con retraso se dio cuenta de que le sería conveniente poner una cierta distancia entre la asamblea y París, pero los diputados no se dejaron engañar. Muchas veces se lee que el rey soñó con un acto de fuerza, pero nunca aprovechó la ocasión, como de nuevo el 9 de julio cuando, envalentonada por su impunidad, la Asamblea Na-

cional se proclamó Constituyente, con grandes manifestaciones de alegría en el Palais-Royal.

No sin razón, el partido de la corte, guiado por María Antonieta y los hermanos del rey, consideraba que Necker, por su actitud expectante, era el responsable de esta escalada. ¿Acaso no fue él quien, el 27 de junio, aconsejó al rey que ordenara a los tres estados que deliberaran en común? El 11 de julio, Luis XVI, que desde hacía mucho tiempo ya no le soportaba, le despidió bruscamente sustituyéndolo con el barón de Breteuil, antiguo ministro de la Casa Real y considerado un «duro». En París, la noticia causó el efecto de una bomba. Hacía semanas que las manifestaciones se multiplicaban. La efervescencia llegó al colmo en las tabernas, donde los guardias franceses juraron tomar partido por el pueblo. Los oficiales fueron abucheados por la multitud, cuando no por sus propios soldados. «La agitación era general, dice Besenval; los autores de mociones abundaban en el Palais-Royal; se oían las palabras más insolentes contra el rey y la reina, hacían pedazos al antiguo gobierno, animaban al pueblo a la rebelión. París rebosaba diariamente de panfletos, de escritos incendiarios bajo toda clase de títulos». Y Besenval evoca muy bien un «espíritu de vértigo».

Arthur Young, agrónomo inglés, realizaba entonces por Francia uno de esos grandes viajes (*tours*) a los que sus compatriotas eran tan aficionados. En París desde principios de 1788, seguía de cerca los desaciertos de los Estados Generales y observó los «sentimientos del momento», escuchando sobre todo los discursos de los «políticos de café». Le sorprendió la multiplicación de escritos políticos que aparecieron en el Palais-Royal: hasta dieciséis en un solo día, todos atacando violentamente al régimen. En los cafés, oradores subidos a las sillas o a las mesas, arengaban a los clientes. «Me sorprende que el Ministerio tolere tales nidos y antros de sedición y rebelión que propagan entre el pueblo, a cada hora, principios que habría que combatir con fuerza, y parece

que es una clase de locura permitir su propagación en estos momentos».

Young se inquietó por el modo de proceder de Versalles, su poca firmeza, su falta de coherencia en las ideas. En todo caso, concluyó, «el espíritu del pueblo está animado por sentimientos demasiado entusiastas como para poderlos controlar». Por su parte Marmontel, que empezaba a tener miedo, deploró la audacia del pueblo, el tono que había adquirido, el «carácter de libertad imperiosa y amenazadora que anuncia a cada ocasión». En cuanto a la autoridad, continúa, «ya se atrevían a atacarla, porque se mostraba débil». Era necesario «que la multitud temblara o que hiciera temblar». Pues bien, era el poder real el que temblaba en sus bases.

En esas calurosas jornadas de julio, a ese pequeño pueblo de la calle, siempre listo para el motín, no le faltaba el vino (malo) que daban de beber sin parar a los guardias franceses y los desertores de otros regimientos. A cambio, sufría cruelmente por la falta de pan. No se trata de pan blanco, de trigo puro, reservado a los ricos, sino de un pan de mala calidad, negruzco y duro, llamado a menudo «pan de perro», en el que el trigo no está presente sino en una baja proporción para ventaja de otras harinas como, en el mejor de los casos, la de cebada, no separada del salvado. Con el sebo se cocinaba la sopa. Un adulto trabajador consumía dos o dos libras y media por día. Mercier dice justamente que «mientras el pan de Gonesse no falte, la conmoción no será general». Al norte-nordeste de la capital, Gonesse, que cuenta con un centenar de hornos, era una suerte de capital de la panadería cuyo pan vendían los ambulantes en París.

En este periodo puente entre la cosecha de 1789 (que será buena e incluso muy buena) y la de 1788, catastrófica, los efectos de la crisis coyuntural alcanzaron su grado extremo. A partir del 1 de junio, Young señala que, en París, «la escasez de pan es terrible», añadiendo: «Creo que los violentos amigos de los Comu-

nes no están enfadados por el alto precio del trigo, que ayuda mucho a sus proyectos, hace más fácil apelar a los sentimientos apasionados del pueblo y facilita sus fines mucho más que si los precios fueran bajos». Ahora bien, el 11 de julio, día en que Necker es despedido, el precio del trigo en Île-de-France alcanzó su nivel histórico más alto. En París se había duplicado desde mediados de noviembre de 1788. A la carestía se le añadía una grave crisis manufacturera debida, por una parte, a un tratado comercial de 1786 que reducía los derechos de aduana con Inglaterra. El número de parados y por consiguiente, de los que pasan hambre, creció considerablemente en las ciudades.

El 12 de julio era domingo. La noticia del despido de Necker se difundió por la capital. El hombre de la bancarrota se había convertido en un mártir, cuyo busto cubierto por un velo de duelo fue llevado en procesión, junto con el del buen duque de Orleans. Más que nunca, el Palais-Royal se convirtió en un teatro al aire libre de la rebelión. Se podía ver a Camille Desmoulins, treinta y nueve años, abogado tartamudo y sin clientes, un habitual del lugar, de pie en una mesa de café, arengando a un público entregado: «¡Necker ha sido despedido! ¡Este despido es el toque de alarma de un san Bartolomé de los patriotas! ¡Esta noche los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte para degollarnos! ¡A las armas!». El miedo y la cólera se juntaron. Los teatros cerraron. Había manifestaciones en los Campos Elíseos. ¿Qué iba a hacer el Ejército?

Se suponía que el barón de Besenval era el comandante de las tropas, pero no podía actuar sin las órdenes del mariscal de Broglie, de setenta y un años, veterano de la guerra de los Siete Años, que el día anterior había sido nombrado Secretario de Estado de Guerra, y que no tenía ni idea de la situación. Una entrevista entre estos dos jefes en Versalles reveló ser tormentosa. De vuelta en París, Besenval es abandonado a sí mismo. El 12 ordenó algunos desplazamientos de tropas, sobre todo a los Cam-

pos Elíseos. Algunos miembros de la caballería que se dirigían a la plaza Luis XV (actual plaza de la Concordia) fueron atacados por la turba. El príncipe de Lambesc, de treinta y ocho años, coronel del regimiento de caballería alemán, ordenó la carga contra los manifestantes, espadas en alto, hasta el jardín de las Tullerías. Hubo heridos, quizás un muerto. En cualquier caso, una cosa es cierta: se había dado la orden de no disparar. Besenval, en el alegato *pro domo* de sus *Memorias*, insiste en que no quiso versar «sangre preciosa, del bando que fuera». Y añade, lo que explicaba esto: «Versalles se olvidó de mí en esta situación cruel».

Entonces, durante la noche del 12 al 13 de julio, tomó una decisión sorprendente: «Creí que lo más prudente era retirar las tropas y abandonar París a sí mismo». No se podría decir mejor.

El día de la Bastilla

No pasó mucho tiempo antes de que París fuera efectivamente abandonada a sí misma. Las campanas sonaron en todas las iglesias durante la noche del 12 al 13 de julio. Las tiendas de armas fueron saqueadas, 40 de las 50 barreras de fielato[58], incendiadas. A las 6 de la mañana, el 13 de julio, el convento de Saint-Lazare fue invadido, no porque fuera un centro correccional, sino porque los amotinados esperaban encontrar en él reservas de trigo. Fue fácil acercarse con un vaso en la mano a los soldados todavía de guardia en diferentes puntos de la ciudad y corromperles, puesto que era evidente que no dispararían.

A las 8 de la mañana los «electores de París» (los grandes electores del Tercer Estado que han elegido en segunda vuelta a los diputados en los Estados Generales) se reunieron en el Municipio, donde tomaron la decisión de formar un «Comité permanente». «Eligieron» como presidente a Jacques de Flesselles, preboste de los comerciantes (equivalente a intendente). Bajo la presión de la multitud se creó una «Guardia burguesa» de 48.000 voluntarios reclutados en los distritos, convocados al redoble del tambor. Enarbolaban una escarapela roja y azul, los colores de París. Solo faltaba encontrar las armas. Muy imprudentemente, Flesselles anunció que 12.000 fusiles iban a llegar desde Charleville, donde se encontraba la gran fábrica de armas del reino.

Mientras esperaban, se buscaron fusiles por todas partes, incluso en los almacenes de la Corona (hoy hotel de la Marina, plaza de la Concordia) donde no se encontraron más que viejas armas oxidadas. Todos sabían que solo había armas en cantidad en los Inválidos, donde había almacenados 33.000 fusiles en los sótanos, bajo la bóveda. Por la tarde, a las 5, una delegación de

electores parisinos se dirigió hacia allí para requisarlas. El gobernador era el marqués de Sombreuil, de setenta años, pero Besenval todavía estaba allí: recibió a la delegación y la despidió porque pensó que pedían «armas para atacarnos, más que para defenderse».

La noche del 13 al 14 de julio transcurrió en medio del entusiasmo, porque además hacía muy buen tiempo. Muchos no durmieron. Se bebió mucho y había mucho miedo ante los rumores de tropas que avanzaban, protegidas por la noche, por las calles de la capital. El abate Morellet estaba asomado a la ventana, en la calle Saint-Honoré, observando «hombres de la plebe más vil, armados con fusiles, estoques, picas, haciendo que se les abran las puertas, se les dé de beber, de comer, se les entregue el dinero y las armas». Al amanecer seguía en la ventana: «Al día siguiente, las tiendas están cerradas; el pueblo se amontona, asoma en sus ojos el pavor y el furor al mismo tiempo. A partir de ese momento me di cuenta de que el pueblo iba a ser el tirano de todos los que tenían algo que perder, de toda autoridad [...] y que debíamos esperar todos los horrores que, desde siempre, han acompañado a situaciones semejantes».

Eran las 9 y media del 14 de julio cuando el gentío amotinado se apiñó detrás de las rejas de los Inválidos. ¿Cuántos eran? Bensenval habló de 30.000 a 40.000 hombres, pero en ese momento él estaba a punto de dejar París. El embajador de Sajonia, que estaba presente, habló de 7.000 a 8.000 amotinados, seguramente una multitud excitada y determinada a apoderarse de los fusiles. Una delegación reiteró la petición del día anterior. Sombreuil se negó, aduciendo que todavía no tenía respuesta de Versalles, más callado que nunca. Una hilera de cañones, las mechas encendidas, defendía la explanada, pero los veteranos que los manejaban, integrados entre los habitantes del barrio, tenían claro que no estaban dispuestos a abrir fuego contra el gentío, que terminó derribando las rejas y asaltando los edificios. 30.000 fusiles y 12 ca-

ñones cayeron en manos de los amotinados sin la más mínima resistencia. Eran las 10 y media. Esta prueba de fuerza decisiva tuvo lugar bajo los ojos de los regimientos que estaban retirándose del Campo de Marte. París estaba abandonada, definitivamente, a sí misma.

Estaban presentes algunos representantes del Municipio, pero nadie les escuchó. El motín no terminó ahí. Había fusiles, pero no pólvora ni balas. Amotinados que vivían en el barrio de Saint-Antoine contaron que los días anteriores se habían llevado a cabo numerosos transportes de municiones, desde el Arsenal a la cercana Bastilla, esa sombría ciudadela cuyos cañones amenazaban las afueras de la ciudad. Nadie veía en la Bastilla en ese momento la prisión de Estado, el antro del despotismo tan a menudo denigrado por la *intelligentsia* de las Luces. Solo se trataba de encontrar municiones para los fusiles robados en los Inválidos. Resonaron los primeros gritos: «¡A la Bastilla!».

En las troneras de la imponente fortaleza había 15 cañones cargados con metralla y 12 fusiles de muralla, un arma temible cuyo tiro de corto alcance completa el de los cañones, que no pueden «tirar de cerca». Detrás del puente levadizo y la pesada puerta de entrada, el patio interior estaba defendido por otros tres cañones. Todas esas piezas disponían de pólvora y munición en abundancia, pues habían sido llevadas ahí desde el Arsenal.

Pero ¿cuál es la guarnición? Hoy todavía se lee que no estaba formada más que por un puñado de inválidos. No hay nada más falso. Sí, se les llamaba oficialmente «Inválidos» a esos 70 suboficiales veteranos que habían servido durante la guerra de los Siete Años, sobre todo en la artillería. Sin ser ya jóvenes, eran aptos para utilizar los cañones. Además, habían sido reforzados poco antes, por orden de Besenval, con 33 militares en servicio activo destacados del regimiento suizo de Salis-Samade. Su jefe, el teniente Louis Deflue, en funciones de capitán, estaba determinado a dirigir la defensa en cuanto se le diera la orden. Lo mismo

pasaba con el teniente del rey Du Puget, adjunto del gobernador y antiguo oficial, decidido también a resistir. En una palabra, la fortaleza estaba en condiciones de defenderse poderosamente.

Quedaba el gobernador, Bernard René Jourdan, marqués de Launey, de cuarenta y nueve años, que hasta entonces transcurría los días tranquilo en el confortable hotel construido al lado de la Bastilla. No era un militar comandando una ciudadela, sino un civil que dirigía una prisión de Estado, famosa en otros tiempos pero que, en ese momento, contaba tan solo con siete detenidos. Su mesa, que comparte con los prisioneros importantes como el cardenal de Rohan (el del Asunto del Collar), era famosa. Su repugnancia a tomar decisiones era muy conocida desde que, el 19 de diciembre de 1778, no disparó el cañón para saludar el nacimiento de «Madame Royale[59]», la hija de Luis XVI y María Antonieta. Se disculpó ante el primer ministro de la Casa Real diciendo que no había recibido la orden («No he creído que tenía que tomarme la responsabilidad de disparar»).

Ahora bien, es evidente que el gobernador no recibió órdenes de Versalles y su inquietud fue en aumento. «Aprendí a conocer a ese hombre desde el primer día, recordará Deflue, por todos los preparativos que hacía para defender su puesto, que no servían de nada, y, dada su continua inquietud y su irresolución, vi claramente que estaríamos muy mal comandados en caso de ataque». Besenval emitió el mismo juicio después de que fuera a inspeccionar las defensas algunos días más tarde de la llegada del contingente Deflue. Dijo que rogó en vano a Broglie que reemplazara a Launey con «M. de Verteuil, oficial vigoroso, al que sería difícil forzar en un puesto semejante».

El pánico del gobernador, totalmente aislado del mundo exterior, llegó a su colmo cuando desde lo alto de la Bastilla, en la noche del 13 al 14 de julio, vio quemar las barreras del fielato. Tomó la peor decisión posible mandando que la guarnición se encerrara en la fortaleza propiamente dicha, abandonando así los

dos patios delanteros y su hotel, que no estaban aislados por los fosos. Lo que en Versalles se había llamado «el castillo de la Bastilla» se entregó sin defenderse a los manifestantes que comenzaron a llegar. Eran entre 10.000 y 20.000 al final de la mañana, y los más decididos al enfrentamiento ya habían entrado en gran número en el primer patio.

Los amotinados propiamente dichos no eran más que unos pocos miles y estaban lejos de constituir un grupo homogéneo: braceros, artesanos, parados, así como un gran número de guardias franceses que habían desertado. Había también algunos «bien vestidos». El grado de politización «patriótica» variaba entre ellos. En cuanto a hablar de complot, al inicio no había líderes y no se puede dejar de invocar nuevamente el papel oscuro, aunque no improbable, de provocadores, algunos del clan del duque de Orleans. Inmediatamente detrás de esta ola heterogénea de amotinados armados, seguía una multitud que iba creciendo, con manifestantes más tibios y curiosos, de los que no estaban ausentes las hermosas damas, que habían detenido sus carrozas a la debida distancia.

Otro error de Launey consistió en discutir con varias delegaciones que no se representaban más que a sí mismas. Aparecieron repentinamente algunas personas, como el abogado Jacques Thuriot de La Rozière que, una vez fuera de la Bastilla, corrió al Municipio para decir a quien quisiera oírle que «el gobernador ya no es dueño de sí mismo». El único resultado que obtuvieron estas entrevistas inútiles fue incentivar a los amotinados, que invadieron el segundo patio e incendiaron la residencia del gobernador. «¡Queremos la Bastilla! ¡Abajo las tropas!». Ya no se trataba solo de que les entregaran las municiones, sino de entrar en la fortaleza.

Estas negociaciones alimentaron el rumor, totalmente falso, de que el gobernador había prometido no disparar. En el Municipio, que quería recuperar el control, se redactó un «acuerdo» en

este sentido, y se estaba discutiendo aún sobre los puntos cuando, de repente, se oyó un cañonazo. La Bastilla acababa de disparar. Será la única vez, quizás con balas de fogueo o con un cañón apuntado al cielo, pues de otra manera habría matado a mucha gente. Era la una y media.

Los primeros cruces de disparos tuvieron lugar sin que se supiera quién había comenzado. Entre los asaltantes, que estaban totalmente al descubierto, se contaban muertos y heridos. Se gritó a la traición del gobernador. Launey hubiera preferido, o quizás dejado, que se produjera la peor de las soluciones, a mitad de camino entre disparar los cañones de metralla, acabando con el motín, y otra que, previniendo el primer disparo, le hubiera hecho salir de la Bastilla para ir a abrazar «al pueblo» antes de abrir las puertas de par en par.

La Bastilla ya no tenía jefe cuando los amotinados vieron surgir a dos: Pierre-Augustin Hulin, de treinta y un años, antiguo sargento en los guardias suizos y por entonces director de una lavandería cerca de París, había conseguido reunir a unos sesenta guardias franceses que llevaban consigo cañones que habían tomado en el hotel de los Inválidos. Jacob Élie, de cuarenta y tres años, subteniente de carrera y uno de los pocos oficiales plebeyos del Antiguo Régimen, llegaba con una columna de ciudadanos armados. A pesar de los disparos, que se intensificaron, situaron dos cañones en batería ante el estrecho puente levadizo que impedía la entrada a la ciudadela.

Eran las tres y media. El combate (si se puede llamar así) había cambiado. En la Bastilla, donde no se cuentan más que un muerto y dos o tres heridos, solo se pensaba en la rendición. Buscaron, sin éxito, un paño blanco. El gobernador quería una rendición formal, que garantizara la vida de los defensores, pero los amotinados que se presentaron ante el foso y el puente levadizo no eran de la misma opinión. «¡Nada de capitulación! ¡Baja el puente! ¡Baja el puente!».

Todavía no había nada decidido. Hulin y Élie se prepararon a disparar sus cañones contra la puerta, pero quedaba el profundo foso que todavía había que franquear y los tres cañones del patio capaces de causar una espantosa masacre entre los asaltantes, que contaban ya con un centenar de muertos y heridos.

Eran las cinco aproximadamente cuando, de repente, se bajó el puente levadizo. ¿Por orden del gobernador o por iniciativa de los cuatro Inválidos que se ocupan del pesado mecanismo? El hecho es que los asaltantes se precipitaron en una indescriptible avalancha. La impenetrable Bastilla no se había defendido.

El saqueo fue total. Deflue y sus suizos solo salvaron su vida por su uniforme de combate, una blusa de tela cruda que les hizo pasar por prisioneros. El teniente del rey aprovechó la confusión para escapar por los jardines del gobernador que se habían hecho en el reducto. En cuanto a Launey, hubiera sido masacrado allí mismo si Élie y Hulin no le hubieran conducido con los otros prisioneros hasta el Municipio, en medio de golpes y gritos. Algunos resultaron muertos en la comitiva mientras que la propia escolta fue seriamente maltratada.

Todavía no habían pasado seis horas cuando, ante el Municipio, la muchedumbre, ciega de rabia, consiguió apoderarse del gobernador y reventarle a golpes. Un cocinero en paro, pero «que sabe trabajar la carne», tuvo el honor de cortarle el cuello. Cortaron también el de Jacques de Flesselles, que acababa de ser asesinado por haber «traicionado la causa del pueblo impidiendo la entrega de armas prometida». Colocaron ambas cabezas en sendas picas para exhibirlas como un triunfo en las calles de París. Lo serán aún toda la jornada del 15 después de pasar la noche en la prisión del Châtelet, con la condición expresa de que nadie las tocara.

Durante ese tiempo, en la Bastilla continuó el saqueo. Al fin se dieron cuenta de que la fortaleza también era la tan temida

prisión de Estado, la encarnación misma del absolutismo. Para liberar a los prisioneros fue necesario derribar las puertas de las celdas, pues los que pronto fueron conocidos como los «Vencedores de la Bastilla» se habían llevado las grandes llaves para exhibirlas triunfantemente en la capital. Encontraron solo siete prisioneros. En vano buscaron otros por todos los rincones. Cuatro falsificadores que estaban en espera de juicio, sin esperar otra cosa, desaparecieron. Los otros tres fueron paseados por las calles con mil muestras de respeto, pero enseguida fue evidente que dos de ellos eran locos a los que fue necesario encerrar al día siguiente en Charenton. El último de los siete, prisionero por cometer incesto, no era más presentable que los otros, y también consiguió desaparecer. No importa, se inventaron al instante un octavo: un pseudoconde de Lorges, cubierto de cadenas y encerrado desde hacía treinta y dos años. Las gacetas cuentan que, viejo y medio ciego, ya no sabía dónde ir. «Vamos, vamos, responde la multitud al unísono, la nación te alimentará». El mito de la Bastilla comenzaba su marcha triunfal.

«El 14 de julio, toma de la Bastilla», escribe Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba*. Vive entonces en París, donde acaba de publicar, con veinticuatro años, sus primeros versos en el *Almanach des Muses*. «Asistía, como espectador, a este asalto contra algunos Inválidos y un tímido gobernador: si se hubieran mantenido las puertas cerradas, jamás habría entrado el pueblo en la fortaleza [...]. Los Vencedores de la Bastilla, borrachos perdidos, conquistadores declarados en las tabernas, se paseaban en coches de punto; prostitutas y *sans-culottes* comenzaban a reinar, y les hacían de escolta. Los transeúntes se descubrían con el respeto del miedo».

Por su parte, el Dr. Rigby, viajero inglés, describe el delirio irrefrenable que preside el anuncio de lo que él llama «este extraño acontecimiento»: «El pueblo gritaba y aclamaba, bailaba y se abrazaba, reía y lloraba. Cada grito, cada gesto, cuyo carácter era

casi nervioso e histérico, eran prueba, en esta multitud variopinta, de un acceso repentino y unánime de júbilo extremo. Nos reconocieron como ingleses, nos abrazaron por nuestra calidad de hombres libres pues los franceses, nos decían, ahora son libres como vosotros».

Rigby y sus amigos se contagiaron de la alegría del ambiente, pero al final de la calle Saint-Honoré, frente al Palais-Royal, vieron a un segundo grupo que caminaba llevando en las picas las cabezas sangrantes del gobernador y del preboste de los mercaderes. «Era un espectáculo horrible, que ponía los pelos de punta. Una imagen de brutalidad feroz se apoderó de los espectadores y enseguida apagó los sentimientos de alegría que habían prevalecido hasta ese momento. Muchos, como nosotros, impresionados por el horror y la repugnancia de esta visión, se alejaron inmediatamente».

Dos emisarios del Comité de los electores galoparon hasta Versalles para avisar a la Asamblea. Mirabeau tronó con acento viril, concluyendo: «Le sacaremos provecho a la destrucción de esta fortaleza de la tiranía que desde hace doscientos años ha sido la vergüenza y el horror de la capital».

Por su parte, la corte había sido informada y el demasiado famoso «nada» de Luis XVI no es más, en realidad, que lo que escribió en su cuaderno de caza el 14 de julio. Nadie se tomó la información a la ligera, sobre todo cuando por la noche el ruido anunció que una multitud de parisinos armados marchaba hacia Versalles. La reina y el conde de Artois apremiaron al rey a dirigirse a Metz, lejos de París y bajo la protección de tropas leales. Del mismo modo que fue incapaz de hacer intervenir al Ejército, así Luis XVI no fue capaz de tomar una decisión al respecto. A pesar de ser inventada, la conversación con el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, gran maestre del guardarropa, ilustra acertadamente el estado en que se encontraba: «Entonces, ¿es una rebelión? —No, señor, es una revolución».

Lejos de minimizar el hecho, los diplomáticos extranjeros, al contrario, subrayaron en sus informes su excepcional gravedad. El conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria y confidente de María Antonieta, escribió que «ahora la ciudad de París ya juega realmente en Francia el papel de un rey, y depende de su voluntad enviar un ejército de 40.000 a 50.000 burgueses armados para rodear la Asamblea y dictarle las leyes». Por su parte, el gobernador americano Morris anunció que «la autoridad del rey y de la nobleza ha sido destruida totalmente». Para él, la revolución, comenzada con el error de los Estados Generales, ya se había cumplido.

III. ¡*CREER O MORIR*!

«No se convence impunemente a los hombres de que el milenio se ha realizado[60]».

Taine

El panadero, la panadera y el pequeño aprendiz

Después de diez semanas de caos institucional en Versalles, entre un rey inoperante y una autoproclamada Asamblea Nacional, acababa de surgir un tercer actor, a quien los libros de texto llaman ventajosamente el «Pueblo de París». Pueblo con mayúsculas o «populacho», como escribió Antoine de Rivarol, de treinta y seis años, escritor famoso en el Antiguo Régimen por su espíritu, comprometido desde los Estados Generales en la defensa de la monarquía. Escribió que «no hay un siglo de las luces para el populacho: no es ni francés, ni inglés, ni español. El populacho siempre está en todas partes, en todos los países igual; siempre caníbal, siempre antropófago y, cuando se venga de sus magistrados, castiga crímenes que no siempre son probados con crímenes que siempre son seguros[61]».

Si nos quedamos con el «pueblo de París» (sin la letra mayúscula) y si todavía es difícil, el 14 de julio de 1789, decir de qué está hecho, sin duda se trata de un nuevo actor que brutalmente tomó el centro del escenario. Se pronunciaron discursos en Versalles. En París, se cortaron las primeras cabezas. Malouet escribirá más tarde: «Para cualquier hombre imparcial, el terror data del 14 de julio».

Cantaban con entusiasmo:

«Cuánto ha cambiado París, Francia es finalmente libre.
El Tercer Estado que se vengó ya no está en equilibrio,
la Bastilla cede ante el cañón.
La faridondaine, la faridondon […] De la cabeza del gobernador
hicimos un ejemplo
para que todo traidor tenga miedo cuando la contemple».

Los poetas tomaron su laúd, como André Chénier, un hombre de letras de veintisiete años que luego se puso a favor de las nuevas ideas: «¡Oh santa igualdad! Disipa nuestras tinieblas; / cambia las cerraduras, las bastillas fúnebres». Los primeros relatos compiten en heroísmo para contar las furiosas batallas que presidieron el asalto a la fortaleza. Ya no se podían contar los que fueron los primeros en «hacerse dueños de la brecha» y los que, aún más numerosos, «estuvieron allí», en otras palabras, todo el Pueblo de París. Miss Williams, una viajera inglesa, le escribió a una amiga: «Incluso las mujeres, lejos de escuchar la timidez natural de nuestro sexo, desafiaron el cañón de la Bastilla y, llenas de coraje digno de las matronas romanas, los incitaban al combate».

Este logro no solo es memorable, sino también, sobre todo, fundador de un nuevo mundo, una ruptura radical de lo que lo había precedido. Las imágenes populares del verano del 89 lo atestiguan. Frente a la ciudadela que está siendo demolida, un hombre (el Tercer Estado) que sale de un largo sueño rompe sus cadenas y agarra un fusil frente a otros dos personajes asustados que representan a la nobleza y al clero. «¡Era hora de que me despertara!», dice la leyenda. En el fondo, un batallón armado lleva dos cabezas clavadas a una pica. La toma de la Bastilla fue tanto la causa como la consecuencia del despertar del Tercer Estado. En otra imagen, una gran balanza con nobleza y clero en un plato y el Tercero armado con un fusil en el otro. La balanza está totalmente inclinada de su lado porque la alegoría de la Justicia, con su espada, ha apoyado su pie.

Como una bella princesa dormida y prisionera, la Libertad voló desde la Bastilla. De esta forma trascendido, el evento ya no puede reducirse a sus componentes objetivos y, en general, bastante pobres. Por lo tanto, el mito surgió o más bien llegó a su hora. Desde esta perspectiva, las circunstancias reales de la caída de la Bastilla poco importan, puesto que ya no es un objeto de piedra, sino un sueño de revolución.

El evento y el mito se combinan en la autoinstitución de los Vencedores de la Bastilla, cuya lista, según las fuentes, varía de 849 a 954 nombres. Tres cuartas partes de ellos son artesanos y trabajadores asalariados del barrio de Saint-Antoine o guardias francesas. Las razones invocadas para merecer este insigne honor, que pronto les dispensará una pensión, no faltaban. Antoine Joseph Santerre, rico cervecero del barrio de Saint-Antoine apodado «el padre del barrio» debido a su generosidad y su imponente físico, figura prominentemente por haber transportado a la Bastilla dos carros de estiércol que fueron quemados delante de la entrada. Esto hará que otro vencedor, Rossignol (que escribirá más adelante en sus *Memorias*: «Seguía el torrente sin poder apreciar nada») dijera que era necesario poner en la lista no a Santerre, sino a sus caballos. Pero esto no importa, el «padre del barrio» más tarde se atribuirá el haber evitado que Launey hiciera saltar la Bastilla.

Otro «héroe», Louis La Reynie, estaba en todas partes al mismo tiempo, era el primero en el puente levadizo y el primero en subir a la plataforma. Recibió un bayonetazo «entre el corazón y el hombro izquierdo», liberó a los prisioneros, apagó los incendios, en resumen, tomó la Bastilla él solo. Rivarol dijo de él que es «una de las más grandes imaginaciones del reino».

Toda una gama de baratijas conmemorativas hace la felicidad de vendedores ambulantes: cromos, medallones, lozas, abanicos, cajas de rapé, juegos de cartas, aretes y joyas. Las piedras de la fortaleza se convierten en reliquias que un empresario astuto, Pierre Palloy, decide comercializar (a precios razonables), después de haberse convertido en el demoledor oficial de la ciudadela. Las distribuirá por toda Francia y algunas de ellas las esculpirá con forma de Bastilla. Las cajas son transportadas por jóvenes bautizados «apóstoles de la libertad». Todos los envíos están firmados: «Palloy, patriota». Este Palloy tiene futuro. Por supuesto, afirma haber participado en el «asedio». Al no aparecer

en la lista de los vencedores, se las arreglará para ingresar después de que una comisión de la Comuna de París procediera con la mayor seriedad del mundo a «la verificación de los hechos y las gestas de la Bastilla».

Tenemos que buscar mucho para encontrar voces discordantes en todo este frenesí. Jean-François Marmontel, que había probado muy brevemente la famosa prisión estatal a principios de 1760 cuando dirigía el *Mercure de France*[62], subraya que la Bastilla no fue defendida y que el populacho (el término es suyo) que tan cobardemente asesinó a su gobernador, por el contrario, debería habérselo agradecido ya que evitó la carnicería. En cuanto a alegrarse por la destrucción de la fortaleza, cuya demolición comenzó de forma espontánea en la noche del 14 de julio, observó que «el despotismo del libertinaje es mil veces más terrible que el de la autoridad y el populacho desenfrenado el más cruel de los tiranos. No hacía falta que la Bastilla fuera destruida, sino que las llaves fueran depositadas en el santuario de las leyes».

Un panfleto anónimo, *Catastrophe du 14 juillet*, provocó la indignación de la Asamblea. Esta tenía la intención de aprovechar el evento que consideraba, erróneamente, como una sorpresa divina. El 15 de julio, envió una delegación al Municipio. En Versalles, habló más fuerte que nunca, exigiendo la retirada de Necker. El 16 fue cosa hecha.

En el Municipio, el Comité de electores estaba muy preocupado por el estallido popular del 14 pues el asesinato del preboste de comerciantes había abierto un horizonte sombrío. Sin embargo, también tenía intención de aprovechar los acontecimientos. La «milicia burguesa» del 13 de julio se transformó el 15 en una «Guardia nacional» cuyo mando fue confiado a La Fayette.

Se instituyó una «Comuna de París» el mismo día y una asamblea heterogénea nombró inmediatamente a su alcalde por aclamación: Jean Sylvain Bailly, de cincuenta y tres años, astrónomo

y académico, corredactor de los cuadernos de quejas del Tercer Estado para París. Cuando fue elegido diputado, Luis XVI exclamó: «Me alegro mucho; ¡es un hombre honrado!» Elegido como decano del Tercer Estado, fue presidente de la Asamblea hasta el 2 de julio y fue laureado con el Juramento del Juego de Pelota. Frénilly estaba menos entusiasmado con él: «Su modestia capituló; creía que era genial, fue ridículo».

El conde de Artois, los príncipes de Condé y Conti, la familia Polignac, Breteuil, el mariscal de Broglie y otras figuras destacadas de la «reacción aristocrática» tomaron el camino del exilio. Lo habían entendido. No fue el caso de Luis XVI, que dejó que se representara la comedia de una asamblea aparentemente llena de respeto, pero que le obligó a ir a París acompañado de 32 diputados elegidos a suertes. La compañía de los guardaespaldas había sido reemplazada por una «milicia burguesa» de Versalles de la que Ferrières dijo que «parecía más una tropa de vagabundos reunidos para un pillaje que la escolta del rey de una gran nación».

Rivarol no se equivoca: «Versalles nunca olvidará ese día y esa partida. Los antiguos sirvientes del rey no podían ver, sin derramar lágrimas, al monarca francés, cuyo nombre solo lleva ideas de amor y poder, encaminarse sin aparato y sin defensa, en medio de un populacho armado, hacia una capital en delirio, para sancionar allí una insurrección». Besenval, por su parte, habla de «la aterradora alegría de un pueblo» que espera al monarca en el Municipio con gritos de «¡Viva la nación!» pues se les había prohibido gritar «¡Viva el rey!». De hecho, es a los diputados que abren la marcha a los que se aclama, como «en los antiguos triunfos en los que el vencido seguía al vencedor», observaba también Rivarol.

Luis XVI, tan poco rey ahora, se vio obligado a usar una escarapela «real y burguesa» compuesta para la ocasión: el azul y rojo de París que enmarca (no osan escribir «envuelve») el blanco de

los Borbones. Bailly dio un discurso de una inusual pedantería: «Su Majestad ha gozado de la paz que ha restablecido en su capital». El rey tartamudeó algunas palabras aprobando su nombramiento como alcalde de París y el de La Fayette como jefe de la Guardia nacional.

El marqués de Lally-Tollendal, elegido de la nobleza por París, cuyo padre, gobernador de las Indias francesas, había sido (injustamente) decapitado en 1766, exclamó: «¡Bien! Ciudadanos, ¿estáis satisfechos? Ahí tenéis a ese rey por el que preguntabais a grandes gritos [...]. Disfrutad de su presencia y sus beneficios. Aquí está el que os ha devuelto vuestras asambleas nacionales y que las quiere perpetuar. Aquí tenéis al que quería establecer vuestras libertades, vuestras propiedades, sobre unos cimientos inquebrantables. Aquí tenéis al que os ha ofrecido, por así decirlo, compartir con él su autoridad, reservándose solo lo que es necesario para vuestra felicidad».

Empujan respetuosamente a Luis XVI hacia una ventana y, como por casualidad, el buen pueblo en masa ahora gritó: «¡Viva el rey!». La espontaneidad del «pueblo de París» parece estar bien encuadrada. Los mismos arrebatos falsos de amor y alegría lo acompañan cuando finalmente puede irse. Esta indigna mascarada fue severamente juzgada por los observadores extranjeros. Thomas Jefferson, embajador de Estados Unidos (y futuro presidente), aunque crítico con la monarquía absoluta, escribió: «Así termina una penitencia honorable como ningún soberano había hecho, ni ningún pueblo había jamás recibido».

La anarquía desatada el 14 de julio se afianzó. Bailly, que de repente descubrió el peso de las responsabilidades, lamentaba el hecho de que todos quisieran mandar y nadie obedecer. El 21 de julio, el intendente de París, Bertier de Sauvigny, y su padrastro Foulon de Doué fueron acusados por la revuelta, que no desarmaron, de querer matar de hambre al pueblo. El segundo, hostil al entorno del duque de Orleans, había sido nombrado el 12 de

julio para reemplazar a Necker en el Control general de finanzas. Entre otras acusaciones ridículas, se le reprochaba que hubiera dicho que si el pueblo no tenía pan, que comiera heno. Detenido en Viry-Châtillon por campesinos y criados, fue llevado a París descalzo, con heno en la boca. Como hacía mucho calor, le hicieron beber a este hombre de setenta y cinco años vinagre con pimienta y le limpiaron la cara con ortigas.

El 22, los dos hombres fueron ahorcados en la Place de Grève, luego decapitados, y sus cabezas se pusieron en una pica, la de Foulon nuevamente con heno en la boca. En la Asamblea, en respuesta a Lally-Tollendal que condenó esta masacre, el muy popular diputado Barnave exclamó: «Nos quieren enternecer, señores, en nombre de la sangre que se derramó ayer en París. ¿Era esta sangre tan pura?».

En las provincias, el anuncio de la toma de la Bastilla seguida de la capitulación del rey provocó una inmensa ola de agitación. El barón de Frénilly, entonces en Poitiers, dijo que las noticias le costaron un *louis*: «La toma de esta fortaleza y la de la luna me parecían casi lo mismo. Comencé negando, luego aposté, luego perdí y aprendí muy pronto a no desafiar al gobierno con ninguna tontería».

En las ciudades en las que dominaba el «Partido nacional», como Rennes o Burdeos, la gente exultó. Los burgueses de Ruan se presentaron en la Bolsa con una escarapela tricolor. Los municipios se renovaron con la incorporación autoritaria de los patriotas. En todas partes crearon «milicias municipales».

En el campo, el miedo se instaló a medida que crecía el malestar. Los intendentes de las generalidades abandonan sus puestos. El 18 de julio, Alençon escribe a Versalles: «No debo dejar que ignoren los disturbios multiplicados que estamos experimentando en todas las partes de mi generalidad. La impunidad de la que

presume, ya que los jueces temen irritar al pueblo con ejemplos de severidad, solo lo envalentona».

La crisis de los medios de subsistencia siguió afectando al país. Se acusaba a los «acaparadores» mientras el trigo desaparecía de los mercados. Se hablaba de un complot contra el pueblo. Tan pronto se dio la voz de alarma, los campesinos y los trabajadores se armaron con picas, hachas y guadañas antes de marchar ante un peligro siempre vago: se acercan los bandidos, que se apresuran a cortar el trigo antes de que esté maduro o a quemar las cosechas.

Así comenzó durante los últimos días de julio y los primeros de agosto lo que se ha llamado el «Gran Miedo». Es difícil de creer, como todavía se puede leer, en el carácter espontáneo de este fenómeno, al mismo tiempo y en todo el reino. «Entonces ¿quién había establecido este acuerdo universal?», se preguntaba Bailly. La marquesa de La Tour du Pin, que se recuperaba de su parto en Forges-les-Eaux, dijo que el 28 de julio, temprano por la mañana, vio desde su ventana una multitud de habitantes levantando los brazos hacia el cielo y exclamando: «¡Estamos perdidos!». En medio de ellos, un jinete, con la montura cubierta de sudor y arañazos, los arengaba. «¡Estarán aquí en tres horas! ¡Están prendiendo fuego a los graneros!» Después de lo cual este hombre «con su raída ropa verde» espoleó a su caballo y galopó hacia Neufchâtel. La marquesa confesó que tuvo mucha dificultad para impedir que el párroco aterrorizara aún más a la población tocando a rebato. La aparición del misterioso jinete parece muy romántica, pero Madame de La Tour du Pin no fue la única en presenciar este tipo de escena. ¿Quién difundió el rumor? ¿Todo el mundo o algunos provocadores? Y si es así, ¿quiénes?

En el campo, casi de forma generalizada, la insurrección se vio reforzada por una revuelta contra los derechos feudales. Se negaron a pagar los impuestos directos, como en Troyes el 18 de julio. Las oficinas de arbitrios fueron saqueadas. Se pescó en los es-

tanques y se cazó en las tierras señoriales. Se invadieron muchos castillos y se quemaron las cartas que especificaban los derechos señoriales. El Gran Miedo, tan apreciado por los manuales de historia, es sobre todo la gran cólera por las regalías.

La Asamblea estaba preocupada y los diputados querían una represión severa para terminar con la anarquía, pero ¿con qué fuerzas? Apelar a los ejércitos del rey no solo era paradójico, sino peligroso. El camino hacia las concesiones se impuso de forma pública y solemne; hoy se diría mediática. Los diputados nobles se reunieron antes de que, la noche del 4 al 5 de agosto, el vizconde de Noailles, de treinta y tres años, cuñado de La Fayette, elegido por la nobleza de la bailía de Nemours, presentara una moción para abolir los privilegios y los «derechos feudales» a cambio de un rescate de estos con un impuesto fijado por la Asamblea.

El duque de Aiguillon, diputado de la nobleza de la senescalía de Agen, se hizo cargo proponiendo la abolición de todas las exenciones fiscales, todos los privilegios, tanto de órdenes como de individuos, provincias, ciudades y corporaciones.

En un buen desorden en el que se combinaron el pánico y el entusiasmo, siguieron otros movimientos que van en la misma dirección, atacando la sobrepuja por la desaparición de los particularismos. Esto dio como resultado la eliminación de los diezmos y la igualdad de impuestos. En una carta a uno de sus amigos, el marqués de Ferrières habló del «momento de embriaguez patriótica» que llevó a los diputados de la nobleza y al clero a votar como un solo hombre. Añadía que no había nada más que hacer, frente a la insurrección general lanzada contra la nobleza en todas las provincias del reino, pues de otro modo hubiera sido «exponerse a la furia de la multitud». En resumen, era mejor mostrar generosidad ostentosa que tener que ceder bajo coacción. La sesión se cerró a las 2 de la mañana, después de que La-

lly-Tollendal concluyera apoteósicamente proclamando a Luis XVI «restaurador de la libertad francesa».

Esta espectacular «abolición de privilegios» de la noche del 4 de agosto logró el objetivo deseado devolviendo la calma en los campos. Sin embargo, los días siguientes dieron lugar a acalorados debates cuando se dieron cuenta de que habían ido más allá de lo que querían. Mirabeau, ausente durante la famosa noche, lamentó ese «torbellino eléctrico». Finalmente, solo unos pocos derechos feudales que habían quedado obsoletos fueron abolidos sin compensación. Todos los demás fueron confirmados rescatables.

El diezmo planteaba un problema mayor debido a su importancia financiera. Constituía el 55 % de los ingresos del clero y los cuadernos de quejas dan testimonio de su impopularidad. El 8 de agosto, el marqués de La Coste, maestro de campo (coronel) de caballería y diputado de la nobleza en los Estados Generales, solicitó su abolición de inmediato. Sieyès lo defendió como un auténtico bien que, por lo tanto, debe ser rescatado. Mirabeau consideró, por el contrario, que era «un tributo opresivo que se quiere cubrir con el bonito nombre de propiedad». En cualquier caso, la abolición sin rescate plantearía la cuestión de la asunción por parte del Estado de los costes de culto, sin mencionar los de asistencia y educación asumidos por el clero. Todo esto no impidió que la Asamblea, el 11 de agosto, proclamase cumplida «la destrucción total del sistema feudal».

El resultado inmediato es que ya nadie pagaba sus impuestos. A finales de agosto, Necker se presentó ante los diputados para dirigirles un grito de alarma. Las arcas estaban vacías. Había emitido dos nuevos préstamos que no estaban firmados. El rey, la reina y los ministros llevaron simbólicamente su vajilla de oro y plata a la Casa de la Moneda. ¡Pero qué le importaban estas contingencias a la Asamblea! Ella estaba a punto de dar a luz a la Declaración de los derechos del hombre…

Fue Jean-Joseph Mounier, el hombre de Grenoble que se distinguió durante el Juramento del Juego de Pelota, el que, el 9 de julio, propuso que la futura Constitución fuera precedida por una Declaración de alcance universal, como la de Estados Unidos. Diputados hostiles a la demagogia del ambiente, como Malouet, temían las consecuencias, argumentando que la sociedad estadounidense está «acostumbrada a la igualdad» y preparada para la democracia, a diferencia de los franceses, la mayoría sin una propiedad, sin un modo de subsistencia y sin un trabajo asegurado, sin policía y sin protección continuas. Sería necesario que los hombres en esas condiciones tan dependientes «vieran más bien los justos límites en lugar de la extensión de la libertad natural». Mirabeau pensaba lo mismo, pero le dejó a Malouet la molesta tarea de decirlo.

Varios diputados redactaron los proyectos: el propio Mounier, Mirabeau, Sieyès, Target (este último propuso para su artículo 1: «Los gobiernos se instituyen para la felicidad de los hombres»). Se creó un Comité de los cinco, incluido Mirabeau, para fusionarlos en uno, que se presentó a la Asamblea el 17 de agosto. Se abrió una animada discusión el 19, durante la cual se realizaron muchas modificaciones. El abate Grégoire propuso, aunque en vano, que la Declaración fuera acompañada por la de los deberes. El texto se votó artículo por artículo hasta el 26 de agosto, fecha de la adopción del artículo 17 y último, en relación con el derecho de propiedad.

Mounier y Mirabeau escribieron el preámbulo: «Los representantes del pueblo francés, constituidos en la Asamblea Nacional, considerando que la ignorancia, el olvido o el desprecio por los derechos del hombre son las únicas causas de las desgracias públicas y de la corrupción de los gobiernos, han resuelto exponer, en una Declaración solemne, los derechos naturales, inalienables y sagrados del hombre, para que esta Declaración, constantemente

presente en todos los miembros del cuerpo social, les recuerde incesantemente sus derechos y sus deberes…».

La Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano proclama en su artículo 1: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo pueden fundarse en la utilidad común». El artículo 6 establece la igualdad ante la ley y la admisión al trabajo, y el artículo 14 establece la igualdad ante los impuestos. Sin embargo, esta igualdad, tan sagrada en el espíritu de la Ilustración, no figura entre los «derechos naturales e imprescriptibles del hombre» como se establece en su artículo 2: «La finalidad de cualquier asociación política es la protección de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Tales derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión».

La libertad se define magníficamente como el derecho a «poder hacer todo lo que no perjudique a los demás». Se afirma la libertad individual, la libertad de opinión, la de prensa, pero no se mencionan las de culto, educación, comercio e industria, o reunión. La soberanía ya no reside en el rey, sino en la nación (artículo 3). La ley es la expresión de la voluntad general (artículo 6). El respeto al orden público está garantizado por la separación de poderes. Las contribuciones públicas deben hacerse libremente. El artículo 17 y último vuelve al derecho de propiedad, «inviolable y sagrado». «Nadie puede ser privado de ella, excepto cuando la necesidad pública, legalmente comprobada, lo exija de modo evidente, y con la condición de que haya una justa y previa indemnización».

Al igual que con la abolición de los privilegios, la Declaración de los derechos del hombre planteaba el problema de su puesta en vigor. La Asamblea consideraba que estaba por encima de la sanción real ya que es «Constituyente», pero Luis XVI seguía siendo el soberano, aunque ya no se sabía de qué. Toda la cues-

ción, a partir de ese momento, que movilizará las discusiones de la Asamblea, era saber qué poder darle o, mejor dicho, dejarle.

En espera de este debate esencial sobre la naturaleza y el alcance del poder ejecutivo, la recepción dada a la Declaración, aunque despertó el entusiasmo de los patriotas y consagró las ideas del filosofismo, provocó numerosos sarcasmos. A diferencia de la Declaración americana, la de 1789 pretende ser universal y se puede aplicar a todos los países y en todo momento. Rivarol se ríe de esta Asamblea que se cree el arca de Noé y que va a ofrecer la Tierra a un nuevo género humano. Critica «este nuevo método de guiar a las personas con teorías y abstracciones metafísicas». Al igual que él, Burke denuncia la abstracción de las ideas revolucionarias: «Los *derechos* de los que nos hablan estos teóricos tienen el mismo carácter absoluto; y así como son metafísicamente verdaderos, también son moral y políticamente falsos».

El hombre abstracto de la Declaración fue señalado nuevamente por Joseph de Maistre cuatro años después: «Admito que el hombre, distinguido del ciudadano, es un ser que no conozco en absoluto. En mi vida he visto franceses, ingleses, italianos, alemanes, rusos, etc.; incluso aprendí en un libro famoso, que uno podría ser persa. Pero nunca he visto al hombre; si tiene derechos, no me importa; nunca tendremos que vivir juntos: que vaya a ejercerlos en los espacios imaginarios». Las críticas de lo que Barbey d'Aurevilly sitúa entre los «Profetas del pasado» no se detienen ahí, ya que considera que la idea de los derechos del hombre, como el filosofismo de la Ilustración, de hecho no es más que un manifiesto insurreccional que destruye peligrosamente toda la estructura social construida sobre la verticalidad del poder, la fe y la tradición. Además, no existe ningún «derecho natural» mientras que es necesario temer al «hombre natural».

Burke no solo se burla del «hombre» de la Declaración. Es imposible someter a la sociedad a un estándar prepolítico sin tener

en cuenta la vida real de los hombres que ya viven en unas comunidades constituidas. El gobierno es el límite de la libertad, no su instrumento. La libertad y el poder son irreductiblemente opuestos. «Tener derecho a todo es carecer de todo». En pocas palabras, resumido por Mallet du Pan, la Declaración es «peligrosa e inútil». Inútil porque es inaplicable y peligrosa porque es demagógica.

Estos derechos del hombre y del ciudadano en cualquier caso fueron reenviados a la futura Constitución y al trabajo de su comité de treinta miembros, creado el 6 de julio de 1789, que incluía a Mounier, en ese momento el hombre fuerte de la Asamblea Constituyente. Mientras tanto, existe el problema de la distribución de poderes. La Asamblea Constituyente no pretende arrogarse el poder ejecutivo. Es suficiente haber conquistado milagrosamente el legislativo. Además, nadie cuestiona la monarquía, pero ahora es importante delimitar claramente su poder, con el objetivo, sobre todo, de establecer las reglas según las cuales se sancionarían las nuevas leyes.

Hasta ese momento unánime, el partido patriótico se dividió por primera vez en dos campos. Muchos diputados de la nobleza liberal, del clero, pero también de aquellos que, hasta hacía cuatro meses, constituían el Tercer Estado, empezaron a tener miedo de la marcha de los acontecimientos y querrían moderarlo. Estaban a favor de una monarquía constitucional, pero con un poder de veto absoluto del rey sobre los decretos del poder legislativo. También querían duplicar la Asamblea elegida por un senado hereditario, una cámara alta de pares, como la inglesa.

Más numerosos eran los adversarios del veto absoluto cuando no se trata de ningún tipo de veto, como Sieyès, que argumenta que «la voluntad de uno solo no puede prevalecer sobre la voluntad general. […] La mayoría del poder legislativo debe actuar independientemente del poder ejecutivo; el veto absoluto o suspensivo no es más que una orden real emitida contra la voluntad

general». Después de haber rechazado claramente, el 10 de septiembre, la institución de una cámara alta, por 673 votos contra 325 (y 11 abstenciones), la Asamblea votó al día siguiente un veto suspensivo, limitado a dos legislaciones de dos años. El 22 de septiembre, se votó un primer artículo de la Constitución: «El gobierno es monárquico; el poder ejecutivo se delega en el rey para ser ejercido bajo su autoridad por los ministros».

Luis XVI tiene solo un contrapoder, que es más bien una trampa: si no lo usa será inútil; si lo usa será señalado como enemigo de los patriotas. Este fue el caso inmediato cuando con un primer veto se negó a sancionar la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano.

Mientras tanto, graves problemas seguían asolando París y la provincia, en medio de disturbios por la subsistencia. Hubo muertos en Le Mans el 23 de julio, en Alsacia y Henao el 25 de julio, en Mâconnais el 26 de julio, cerca de Cluny el 29 de julio. En Caen, el vizconde Henri de Belzunce, de veinticinco años, segundo al mando del regimiento de infantería borbónico, se hizo impopular con la custodia de los suministros que se guardaban en el castillo de la ciudad. Despedido a petición de los habitantes de Caen, cometió la imprudencia de aventurarse, el 12 de agosto, entre la multitud de descontentos. Fue hecho pedazos y literalmente masacrado. Jugaron a la pelota con su corazón. Algunos testimonios incluso hablan de una escena de canibalismo. El 9 de septiembre, el alcalde de Troyes fue asesinado por haber querido controlar un convoy de harina. Su cuerpo fue arrastrado durante tres horas por las calles de la ciudad. Saquearon su casa y las de los notables. Siguieron varios días de disturbios y pillajes con su procesión de muertos y heridos. Muchos manifestantes fueron ahorcados después de un juicio provisional con efecto inmediato.

Con objeto de detener la creciente anarquía, cada municipio de cierta importancia creó su propia Guardia burguesa, como la

Guardia nacional en París. La inexperiencia de los reclutas se juntó con su falta de fiabilidad. En su mayoría patriotas, juraron que no dispararían a la gente. El 29 de agosto de 1789, el conde de Thiard, todavía comandante del Ejército de Bretaña, escribió al conde de Saint-Priest, ministro de la Casa Real: «Llegué anoche a Nantes y creo que he sido muy bien recibido; las cosas exageradas no duran siempre. Encontré una milicia formidable por su número, composición y vestimenta. Está vestida, armada y montada con extraordinario cuidado. La juventud de los personajes que la componen, sus pretensiones, su vivacidad, la hacen muy peligrosa».

En Saint-Denis, el 2 de agosto, el alcalde fue acusado de haber provocado una carestía artificial y se negó en términos insultantes para el pueblo a reducir el precio del pan. Perseguido hasta la torre de la iglesia, fue apuñalado y luego decapitado después de varias horas de suplicio. Fueron arrestados 21 alborotadores; otros, que «escaparon al arresto», fueron juzgados en contumacia y dos fueron ejecutados en efigie[63].

En París, las colas (se acababa de crear la palabra) se alargaban frente a las panaderías que a menudo tienen que ser vigiladas militarmente. «Una multitud de trabajadores, testifica el marqués de Ferrières, obligados a esperar un día entero para conseguir una barra de pan de cuatro libras, se daban media vuelta desesperados y, a menudo, sin haber podido proveer de alimentos a sus familias». El oficio de panadero es, por lo tanto, un trabajo arriesgado y más aún el de comerciante de trigo. Ambos fueron acusados rápidamente de ser acaparadores, elevando artificialmente los precios. La cosecha de 1789 fue buena, incluso excelente, pero aún había escasez. A esta agitación del hambre se añadió el temor general de una guerra civil entre los patriotas y los aristócratas. Se reunían, se sublevaban ante el más mínimo rumor. Bailly afirma que vio, después de los asesinatos de Foulon y

Bertier de Sauvigny, patrullas de niños llevando cabezas de gato clavadas en picas.

Como resultado de esta subversión, la emigración de familias aristocráticas o cercanas a la corte se aceleró a raíz de la primera ola de julio. Élisabeth Vigée Le Brun, de treinta y cuatro años, una famosa retratista de la corte y especialmente de María Antonieta, se exilió en Italia después de que su mansión fuera saqueada. «El terrible año de 1789 había comenzado y el terror ya se estaba apoderando de todos los espíritus sabios», escribió.

Muchos criados se fueron quedando sin trabajo gradualmente, al igual que miles de trabajadores de oficios de lujo, como los fabricantes de pelucas. No menos de 4.000 de estos últimos se manifestaron en los Campos Elíseos a principios del otoño de 1789, lo que provocó enfrentamientos con la Guardia nacional.

El número de parados e indigentes que llegaban del campo nunca había sido tan grande en París. Los talleres de caridad acogieron a los parados que deambulaban por las calles, pero se llenaron rápidamente con 22.000 personas necesitadas, especialmente en Montmartre, hasta el punto de plantear problemas de seguridad. Bailly, el 1 de octubre de 1789, le pidió a Necker que aumentara su capacidad de acogida, subrayando que «todo en París se encuentra en un estado de languidez que hace estremecer». Señalaba, de paso, que sería necesario «tomar la precaución de separarlos y alejarlos unos de otros». El ministro respondió positivamente evocando «la gran cantidad de trabajadores que se encuentran en un preocupante estado de inactividad» e insistiendo, por su parte, en que los talleres no estuvieran concentrados.

La agitación de la capital se amplificó aún más con las nuevas elecciones municipales a fines de julio de 1789, con sufragio censitario, reemplazando el Comité de electores por 300 miembros encargados de establecer una constitución municipal definitiva. Entre ellos, Lavoisier, el botánico Jussieu, Condorcet y un tal Ja-

cques-Pierre Brissot, periodista de treinta y cuatro años, encarcelado cuatro meses en 1784 por haber escrito un panfleto insultante contra María Antonieta, cofundador de la *Société des amis des Noirs*[64] y que acababa de regresar a Francia después de una estancia en Inglaterra.

Cada uno de los 60 distritos tendía a establecer un municipio independiente, con su asamblea y sus comités. Entre los más revolucionarios estaba el de los Cordeliers (alrededor de la actual rue de l'École-de-Médecine, hasta Luxemburgo), donde se ve mucho a Georges Jacques Danton, de treinta años, abogado, cuyos aires plebeyos, su fealdad y su prodigioso talento oratorio hacen que lo apodaran «el Mirabeau del arroyo». Se lanzó con entusiasmo en el movimiento revolucionario, alistándose en la «milicia burguesa» de su distrito mientras manipulaba con talento a los agitadores del distrito. Apareció el 15 de julio frente a la Bastilla a la cabeza de una pequeña tropa. El Municipio había puesto de guardia del edificio a un elector, Soulès, que quiso impedirles la entrada. Danton entonces lo agarró y lo arrastró *manu militari* hasta el Municipio, clamando con su voz estentórea que acababa de arrestar al «gobernador de la Bastilla». Lo más divertido es que, una vez más, la multitud, siempre lista para entrar en ebullición, empezó a rugir; fue necesario que el propio La Fayette en persona salvara al desafortunado hombre de las garras del terrible Danton, que había hecho su primera aparición en la escena de la historia.

Este nuevo personaje no tardó en ser elegido presidente del distrito de Cordeliers. Thibaudeau, un abogado de veinticuatro años, cuyo padre, también abogado, era miembro de la Asamblea, lo retrató de la siguiente manera: «Me llamó la atención su alta estatura, sus formas atléticas, la irregularidad de sus rasgos picados de viruela, su discurso áspero, abrupto, rotundo, su gesto dramático, la movilidad de su fisonomía, su mirada segura y penetrante, la energía y la audacia que imprimían su actitud y

todos sus movimientos [...]. Presidió la sesión con la decisión, la rapidez y la autoridad de un hombre que siente su poder».

Había mucha excitación en estos comités de distrito, que seguían de cerca los debates de la Asamblea mientras vituperaban las «maniobras de los aristócratas». El Palais-Royal, por su parte, seguía siendo un centro de agitación permanente, como demostró el 31 de agosto, cuando se abrió una marcha por Versalles para manifestarse contra el principio del veto. El Municipio solo se interpuso por los pelos. A pesar de una Guardia nacional de 30.000 voluntarios, Bailly y La Fayette no tenían toda la situación en sus manos. La noticia, el 23 de septiembre, de la llegada a Versalles del regimiento de infantería de Flandes (y, una vez más, ¿para qué?) despertó en el partido patriótico el temor a una contrarrevolución. Era suficiente una chispa o más bien un pretexto para revivir el ímpetu del 14 de julio.

Esto ocurrió el 1 de octubre con lo que será en la propaganda patriótica «la orgía de los guardaespaldas». La compañía de guardaespaldas de Versalles invitó a los oficiales del regimiento de Flandes a un banquete de bienvenida. ¿Qué podría ser más normal? El rey y la reina se presentaron brevemente con el pequeño delfín. Sí, pero he aquí que, en medio de las borracheras de rigor, pisotearon la escarapela tricolor para enarbolar la escarapela blanca, la del rey, e incluso la escarapela negra, la de «la Austriaca».

La escarapela tricolor, proclamada sagrada por los patriotas, solo tenía dos meses y medio de edad, después de haber nacido de una insurrección. Por lo tanto, estamos lejos de la profanación de una bandera nacional secular. Sobre todo, debemos preguntarnos cómo surgieron de repente todas estas escarapelas en medio de un banquete entre soldados profesionales, tradicionalmente poco politizados. La marquesa de La Tour du Pin, presente en Versalles ese día y que pertenecía al primer círculo de cortesanos, ofrece una versión más plausible de los hechos. El rey y

la reina aparecieron, en efecto, en el banquete con el pequeño delfín, lo que la propia marquesa considera un «movimiento imprudente». Fue entonces cuando una dama de compañía, la duquesa de Maillé, «una aturdida joven de diecinueve años», distribuyó los lazos blancos de su sombrero a algunos oficiales y fue imitada por varias de las damas del séquito. Es cierto que se trataba de expresar su apego a la familia real, pero la marquesa considera «un cuento absurdo» el episodio de la profanación de las escarapelas.

Así se hacen las revoluciones. Los agitadores con licencia están muy contentos de provocar la indignación del buen pueblo con fábulas como esta. Como en la víspera del 14 de julio, se volvió al escenario de los bárbaros que van a esquilmar París. Una vez más, las oficinas del Palais-Royal hizo maravillas por agitar al pueblo y, especialmente, a las mujeres que se cansaban en las colas frente a las panaderías o trabajaban en los pequeños puestos de los mercados de abastos, como el de la plaza Maubert o el de Les Halles. Las comerciantes de estos dos lugares, propicias a las emociones populares, habían formado una corporación, las «damas de la Halle», que solían regalar un ramo de flores a la familia real con motivo del Año Nuevo. Los «aristócratas» las llamaban de buena gana las «pescaderas», tomando el apodo que se les daba a los comerciantes de pescado de la Halle. A menudo, eran estas mujeres las que abordaban los carros de trigo que entraban en París. Siméon-Prosper Hardy, un librero en la rue Saint-Jacques, señala en las últimas páginas de su *Diario*, escrito en el otoño: «Las mujeres decían en voz alta que los hombres no entendían nada y que querían mezclarse en los negocios».

¿Qué impulsó a las mujeres de la Halle, esa mañana del lunes 5 de octubre de 1789, a iniciar una marcha en Versalles? ¿Quién lanzó la consigna? Se convocó en el café de Foy, anexo del Palais-Royal y cuartel general de los patriotas. Por su parte, el distrito de Cordeliers, a propuesta de Danton, adoptó una resolu-

ción exigiendo que La Fayette fuera a la corte con un ultimátum. Además, en el Municipio una tropa entera de mujeres que llegaron desde la Halle y el barrio Saint-Antoine se congregaron al amanecer, al toque de alarma. Entre ellas, hay algunas «mujeres con sombreros». Mientras iba aumentando esta multitud, apareció Stanislas Marie Maillard, de veintiséis años, asistente del alguacil, encabezando su pequeña tropa de «Voluntarios de la Bastilla». A diferencia de los Vencedores, se alzaron en guardianes de la fortaleza hasta su completa destrucción. De 6.000 a 7.000 mujeres encontraron de esta forma su escolta, en la que hay un agitador con licencia del Palais-Royal: Fournier llamado el Americano, de cuarenta y cuatro años, brutal, engreído, odioso, apodado así porque había vivido quince años en Santo Domingo antes de ser expulsado por sus fechorías. Se pusieron en marcha, bajo la lluvia. Dos o tres piezas de cañón tomadas en la Place de Grève fueron tiradas con la fuerza de los brazos.

Dos horas después de la salida, la Guardia nacional, también alertada por el toque de alarma, llegó al Municipio cuando ya no era necesaria. Eran 15.000 los que querían unirse al extraño cortejo en su camino a Versalles. La Fayette, que llegó más tarde todavía, intentó disuadirlos durante mucho tiempo antes de decidir seguir su ejemplo, aunque solo fuera para limitar su desbordamiento. Su popularidad, que, sin embargo, él cuidaba hasta el punto de pagar a los equipos responsables de aclamarlo a su paso, se vería dañada. Eran las 5 de la tarde.

En Versalles, el rumor precedió a la aparición de la muchedumbre. La ciudad, de 60.000 habitantes, se puso en su mayoría a favor del partido patriótico, como su propia Guardia nacional. En el palacio, se ordenó al regimiento de Flandes, objeto de todas las venganzas, que no se moviera. Por lo tanto, ninguna fuerza intervendrá en el largo camino de París a Versalles. Luis XVI regresó de su cacería diaria a las 3 en punto de la tarde e inme-

diatamente fue a encerrarse en sus apartamentos. Pasó frente a la tropa sin dirigirle una palabra.

Las mujeres llegaron al lugar a las 4 y media, agotadas y llenas de barro después de seis horas de marcha. Fueron directamente a la Asamblea, sentándose, las más audaces, con los diputados mientras Maillard leía su petición exigiendo pan, el castigo de los acaparadores y el de los guardias *de corps* que han «deshonrado la escarapela nacional». Seis mujeres fueron elegidas para ir a presentar sus quejas al rey bajo el liderazgo del Presidente de la Asamblea, Mounier. Luis XVI los recibe con palabras amables y les promete el pan.

Más tarde, en la noche, Mounier y los diputados que lo acompañaban obtuvieron una notificación real de los decretos de la Declaración, que también fue rechazada esa misma noche. En la corte, a Luis XVI se le dijo que se retirara a Rambouillet mientras los ministros trataban con los insurgentes y la Asamblea. Los coches estaban enjaezados, pero el rey se negó. «No quiero comprometer a nadie», seguía repitiendo. Sin embargo, ya se había producido un enfrentamiento delante del castillo. Un guardia *de corps*[65] a caballo fue abatido por un disparo de la Guardia nacional de Versalles, que se había unido a los manifestantes.

Mientras tanto, la Guardia nacional de París, seguida de un segundo cortejo, llegó tarde a Versalles. Era casi medianoche cuando La Fayette pidió hablar con el rey. Contra toda evidencia, lo tranquiliza sobre su seguridad. El drama comienza cuando dos comisarios de la Comuna de París que lo acompañaban ordenan al soberano que se instale en París, dando así «una gran prueba de su amor por la nación francesa». Sin embargo, Luis XVI, que hasta entonces había dicho que sí a todo, no estaba del todo decidido, consciente de perder su último espacio de autonomía.

Todos se retiraron por la noche mientras la muchedumbre acampaba ante las puertas cerradas del castillo. Encendieron

grandes fogatas. Cantaron y bebieron. En las primeras horas de la mañana, se produjo lo inevitable cuando un grupo de manifestantes logró entrar al palacio y llegar a la antecámara de los apartamentos de la reina. Apenas vestida, solo tiene tiempo para refugiarse con su marido para no ser herida. Dos guardias *de corps* y un manifestante murieron antes de que la Guardia nacional restableciera cierta apariencia de orden.

La familia real tuvo que aparecer en el balcón del patio de mármol, pero solo se oyó un grito: «¡El rey a París!» Conmocionado por la violencia asesina que había llegado hasta su puerta y había puesto a su familia en peligro, Luis XVI reapareció en el balcón y declaró en voz alta: «Amigos, iré a París con mi mujer, con mis hijos; es el amor a mis súbditos buenos y fieles en los que confío lo más importante para mí». La multitud rugió de alegría y gritó: «¡Viva el rey!» Incluso se oyeron algunos «¡Viva la reina!». Pero la reina de ese día es un motín. La salida de la familia real se fija a la una de la tarde.

En vez de mantener dignamente las distancias con esta subversión, la Asamblea había obtenido lo que había querido y preparado tan bien con los patriotas: el secuestro del rey, que llama púdicamente su «traslado». En la sesión que abrió ese 6 de octubre a las 11 de la mañana, a propuesta de Barnave apoyada por Mirabeau, decidió seguir a Luis XVI a París. La salvación del reino depende de ello, declaró, porque el rey y la Asamblea no deben separarse. También será la demostración del «apego inviolable que se debe a la persona del soberano».

El gran cortejo que se abrió a la hora señalada demostró claramente que Luis XVI era prisionero del motín. Mil guardias nacionales encabezaban la marcha, cada uno con un pan clavado en la bayoneta. Les seguían guardias *de corps*, desarmados y con la cabeza descubierta. Detrás de ellos, dos hombres llevaban clavadas en una pica las cabezas cortadas de los guardias asesinados al amanecer (Pierre de Varicourt y Antoine Joseph des Huttes).

Luego iban los cañones sobre los que montaban las «pescaderas», cubiertas con los sombreros de los guardias, ataviadas con sables y fusiles al final de los cuales han puesto unas hojas. Una muchedumbre los rodeaba y los animaba. Otros habían aprovechado carretas de trigo y harina tomadas de Versalles. Decían: «¡Traemos de vuelta al panadero, la panadera y el pequeño aprendiz!».

Por último iba el carruaje real, precedido por una diputación de la Asamblea, soldados del regimiento de Flandes y la compañía de los cien suizos, la estrecha guardia del rey que, en dos filas, enmarcaba los coches, y La Fayette caracoleando alrededor. Sus enemigos ya lo llamaban «el general Morfeo» por despertarse demasiado tarde. Mirabeau, por su parte, encontró el apodo de «Gil César» (el nombre de La Fayette era Gilbert)[66].

El cortejo sacrílego y bárbaro tardó seis horas y media en llegar a París. En los Campos Elíseos iluminados, hay una multitud a pesar del frío y la lluvia. Aquí es donde Chateaubriand lo vio pasar. Traza un retrato sombrío de él en sus *Memorias de ultratumba*, describiendo «los cañones en los que unas arpías, unas ladronas, unas mujeres de vida alegre iban montadas a horcajadas, usando las palabras más obscenas e haciendo los gestos más inmundos»; los guardias *de corps* iban a pie y «cada uno de sus caballos llevaba dos o tres pescaderas, sucias bacantes, borrachas y desaliñadas». Seguían los coches del rey, «en la oscuridad polvorienta de un bosque de picas y bayonetas».

Le quedaba a Luis XVI aguantar el discurso de bienvenida de Bailly en el Municipio, antes de alojarse en las Tullerías, que estaba en muy malas condiciones. Era prisionero de «su buena ciudad» en París.

El verdadero rostro de la Asamblea

Rivarol, que también recuerda el convoy fúnebre de la monarquía («un espectáculo tan terrible; una mezcla tan lamentable de vergüenza y dolor»), considera que el poder real acaba de desaparecer. Luis XVI dirigió el 12 de octubre al rey de España Carlos IV una misiva secreta: «Elegí a Vuestra Majestad, como jefe de la segunda rama (Borbón de España), para depositar en vuestras manos la solemne protesta que elevo contra todos los actos contrarios a la autoridad real que me fueron arrebatados por la fuerza».

Sublevados más que asustados, 120 diputados renunciaron en los días posteriores al 6 de octubre, incluido Mounier el 8. Este era una de las cabezas pensantes de la Asamblea Constituyente, pero «la opinión había avanzado, mientras que él mismo no había cambiado. Era un reaccionario, casi un sospechoso. Los hombres se desgastaron rápidamente al servicio de la Revolución», observa el historiador realista Pierre Gaxotte. Mounier emigrará seis meses después. Las personas razonables abandonan la escena.

La Asamblea partió de Versalles hacia París el 19 de octubre de 1789, instalándose por primera vez en la capilla de la archidiócesis, que inmediatamente resultó ser demasiado pequeña. El 9 de noviembre, se estableció en el salón del Picadero, lo más cerca posible de las Tullerías, es decir, del rey. Larga y estrecha, coronada por numerosas tribunas donde se podían congregar varios miles de oyentes, la sala adolecía de una acústica deficiente que no favorecía a los oradores.

En esta etapa de la Revolución, todavía había gente alegre. Circulaba un panfleto, que atribuía a los campeones de la Asamblea los nombres de los caballos de la Academia ecuestre que los

precedieron en este lugar. Mirabeau será «le Pétulant» y el abate Maury, declarado adversario de los patriotas: «la Cabreuse».

En menos de seis meses, los diputados del Tercer Estado lograron derrocar a la monarquía absoluta al tomar el poder legislativo y reclamar el derecho a redactar una constitución. La autoproclamada Asamblea Nacional se convirtió en la Asamblea Constituyente, todavía hoy la buena alumna de la Revolución. Chateaubriand, que huyó de Francia en la primavera de 1791 y más tarde lucharía contra ella, la designó como «la más ilustre congregación popular que jamás haya aparecido entre las naciones [...]. No hay una cuestión política tan alta que no haya tocado y resuelto adecuadamente».

Madame de Staël, que inicialmente fue favorable a la Revolución antes de tener que exiliarse ella también, iba en la misma dirección: «Uno de los primeros méritos que no se le puede disputar a la Asamblea Nacional es el respeto que siempre tuvo por los principios de libertad que proclamó». Sí, en efecto, «que ella proclamó», porque su práctica fue muy diferente.

A ambos lados de la tribuna de los oradores, frente a la silla del presidente, los diputados conservaron la costumbre adoptada en Versalles de agruparse para facilitar el recuento de votos que inicialmente se realizaba sentados o de pie. El 11 de septiembre, los diputados, que se pronunciaron ese día sobre la cuestión del veto del rey, se agruparon espontáneamente a un lado y otro del presidente: a su derecha, los llamados «monárquicos», aunque preferían el epíteto de «imparciales», dirigidos por Mounier, partidarios de un veto absoluto; a su izquierda, los patriotas, que concedían solo un veto suspensivo. En el salón del Picadero, esta bipartición siguió, los «monárquicos» sentados en el «lado derecho» y los patriotas (también llamado el «partido popular») en el «lado izquierdo». La derecha y la izquierda están a punto de nacer, pero por el momento habría que hablar más bien, a la manera de Buchez, «una anarquía de egoísmos». Mirabeau, figura de-

corativa de los patriotas, era «un partido en sí mismo», escribe el historiador Alphonse Aulard.

En el lado izquierdo, Sieyès, Bailly, La Fayette (poco presente) también se encontraban entre los patriotas, pero más cerca de un centro izquierda sin el nombre, que no se oponía a la idea de una monarquía constitucional a la inglesa. A su izquierda, el abate Grégoire y muchos abogados, entre ellos el bretón Lanjuinais y el normando Thouret. Barnave, que subió al podio sin notas, y Duport, al que ya hemos conocido, también son abogados. Formaban, con Alexandre de Lameth, veintinueve años, coronel de caballería que había regresado de la Guerra de Independencia americana, elegido de la nobleza que se distinguió por su ardor abolicionista durante la noche del 4 de agosto, una especie de triunvirato que comenzaba a dominar la Asamblea. ¿No se dice: «Lo que piensa Duport, Barnave lo dice, Lameth lo hace»?

Marmontel, derrotado por Sieyès en las elecciones del Tercer Estado, vituperó a todas estas «gentes de palacio y de chicana, y todos acostumbrados a hablar en público». Comparó las pasiones del pueblo con las velas que permanecerían colgadas si algún viento no las hinchara de repente. Y ese viento es el de la elocuencia popular de los abogados. «Por eso, el medio más seguro de propagar la doctrina revolucionaria en el reino había sido reclutar al cuerpo de abogados en su partido, y nada habría sido más fácil». Bailly escribió tres años más tarde: «Podemos decir que le debemos a este cuerpo el éxito de la Revolución».

Sin embargo, todavía se encuentran abogados en una «extrema izquierda» que defienden la omnipotencia del pueblo. Jérôme Pétion, de treinta y tres años, con una voz potente y una elocuencia brillante, que sabía cómo hacer llorar a su audiencia, proviene de Chartres. François Buzot, veintinueve años, ejercía en Évreux y Pierre Louis Prieur, conocido como Prieur de la Marne, treinta y tres años, en Châlons-sur-Marne. Son inseparables de otro abogado que está empezando a darse a conocer, un

cierto Maximilien Robespierre. Nacido en 1758 en Arras, ejercía aquí desde 1782 después de haber sido, durante doce años, un brillante becario en Louis-le-Grand. Admirador de Rousseau y totalmente convertido al filosofismo, fue admitido en 1783 en la Real Academia de Arras. De elocuencia y pluma fáciles, no era un abogado sin causa, como se ha escrito con demasiada frecuencia. Muy presente en su ciudad, idealista e intransigente, Robespierre llevaba una vida completamente provincial cuando se anunció la reunión de los Estados Generales.

En la campaña para representar al Tercer Estado, publicó en 1788 y reeditó a principios de 1789 con nuevas aportaciones una guía *À la nation artésienne*, un programa electoral aún vago y sin sentido, pero que mostraba suficientemente la distancia, el precipicio insuperable que separaba las expectativas de Versalles de las de los elementos más radicales del Tercer Estado: «Estamos viviendo el momento que debe decidir para siempre nuestra libertad o nuestra servidumbre [...]. ¡Ah! Aprovechemos bien el único momento que la Providencia nos ha reservado en el espacio de siglos para recuperar estos derechos imprescriptibles y sagrados, cuya pérdida es tanto un oprobio como una fuente de calamidades [...]. Despertémonos ahora de este sueño profundo». De hecho, se trata de una ruptura con el Antiguo Régimen, de una revolución.

Después de las agitadas elecciones que enfrentaron a notables y patrias, Robespierre fue elegido diputado del Tercer Estado. Publicó para la ocasión un panfleto de 58 páginas, con un título evocador: *Les Ennemis de la patrie, démasques para le récit de ce qui s'est passé dans les assemblées du tiers état de la ville d'Arras*. Los enemigos ya están por todas partes y Robespierre se erige como mártir, defensor del pueblo. Entró en la Revolución como el que entra en la religión.

En la Asamblea, primero se abstuvo de cualquier responsabilidad y se conformó con ser «el centinela vigilante al que nada

puede sorprender». Ve a lo lejos porque siente que la Revolución acaba de empezar. Sus largos discursos cansan al público, que le grita: «¡Al grano! ¡Al grano!» Pronunció más de 30 en 1789 y casi 80 al año siguiente. Todavía se le escucha poco, pero Mirabeau predijo: «Llegará lejos porque cree todo lo que dice». Comenzaron a llamarlo «el orador del pueblo».

El absentismo de los diputados era lo normal, hasta el punto de contar un promedio de solo 700 presentes de los 1.139 al comienzo. Además de los que renunciaron después de los días de octubre, hay quienes huían de la anarquía simplemente no yendo. Esta erosión de los moderados sirvió al lado izquierdo, es decir, alrededor de 420 diputados contra 280 en el lado derecho, que también tiene sus tendencias. Los más numerosos, con diferencia, son los monárquicos, agrupados en un gran centro derecha que espera reunir a los «patriotas razonables» del centro izquierda. Desde que Mounier y Lally-Tollendal renunciaron, se distinguió especialmente Malouet.

Más a la derecha, en una franja estrecha, están aquellos a quienes les gustaría permanecer en una monarquía absoluta y por eso son apodados «los negros» (en referencia a la escarapela de María Antonieta). El abate Maury es su líder y su principal orador. Habla sin notas y su mordaz ironía, su talento para ridiculizar a sus adversarios lo hacen ser temido y odiado por los diputados de la izquierda. Considera que estos no representan en ningún caso la insondable voluntad de la gente, sino que son solo conspiradores y alborotadores.

También se distingue el conde Stanislas de Clermont-Tonnerre. Estaba a la cabeza de los 47 diputados de la nobleza que fueron los primeros en unirse al Tercer Estado, pero abandonó sus ilusiones después de los días 5 y 6 de octubre. Jacques Cazalès, un excelente orador, es el más radical, pues ve en la revolución que está empezando una obra del diablo. Más pertinentemente,

argumentaba que la Asamblea no podía dar una constitución a Francia ya que no había sido elegida para ese propósito.

Como observó Charles de Lacretelle, que relataba las sesiones de la Asamblea en el *Journal des débates*, «las tribunas públicas tronaban con cada una de sus palabras más orgullosas y ardientes. Afuera, eran perseguidos por grupos impresionantes repartidos por la terraza de Les Feuillants». Y, de hecho, a la derecha no se le daba la posibilidad de ser escuchada, en todos los sentidos de la palabra. Lejos del funcionamiento democrático que se le atribuye, la Asamblea vivía en una agitación y desorden perpetuos. El tumulto es la regla, al que se añade el de los espectadores que ponían de manifiesto quién lo hacía mejor. ¿No son «el Pueblo»? Hay un millar de promedio, tres veces más que en los grandes días. Desbordaban las gradas, abarrotaban los alrededores inmediatos de la Asamblea, aplaudían ruidosamente a sus campeones y abucheaban a los oradores que no les gustaban. Los testigos de la época se lamentan de ello, como Arthur Young: «Los espectadores de las galerías pueden aplaudir y dar otros signos de aprobación. Es extremadamente indecente y también es peligroso porque [...] pueden silbar tanto como aplaudir y se dice que lo hacían muchas veces; de esta forma, podían controlar el debate e influir en las deliberaciones». «La mayoría de los que habían apoyado mi opinión el día anterior de repente la abandonaron», señala Mounier. El 22 de febrero de 1790, mientras las galerías aclamaban un discurso de Robespierre, el abate Maury se indignó: «¡No somos comediantes!».

Los diputados están bajo su influencia, como lamenta Rivarol: «La Asamblea Nacional está rodeada por una considerable multitud de espectadores, y es cierto que sus miembros no siempre son libres de votar a voluntad. Aquellos que tienen principios moderados o que muestran cierto respeto por la autoridad real, primero son abucheados y, luego, censurados en el Palais-

Royal, que les escribe cartas amenazadoras. Solo los que expresan opiniones violentas son aplaudidos».

Circulaban las listas de prohibiciones. La disciplina no mejoraba. «Los que desean hablar ponen sus nombres en una pizarra y se les escucha en el orden en que están escritos, si los demás quieren escucharlos, que a menudo se niegan a hacer, lo que provoca un alboroto ininterrumpido hasta que el orador abandona la tribuna», informa el gobernador Morris, próximo embajador de los Estados Unidos.

La propuesta de Malouet, el 28 de mayo de 1790, de votar por votación secreta y a puerta cerrada fue rechazada con grandes abucheos, silenciando *de facto* el campo de moderados y monárquicos frente a la escalada del partido popular, que, escribe este diputado en sus Memorias, «tenía el arte o la sabiduría, al principio, para presentarse en masa. Redujo el asunto al término más simple: ¡*Queremos la libertad*! Y a esta palabra, que pronto fue consagrada, millones de voces respondieron en los clubes, en las plazas: ¡*La queremos!* Esta es toda la fuerza, toda la magia de la revolución. No hubo otra conspiración. Nada tiene más poder sobre la multitud que una idea simple y positiva cuando satisface sus gustos, sus necesidades ¡*Queremos la libertad*!». Y fuera de este credo, no hay salvación: «Aquellos que cuestionan las condiciones y los medios son inevitablemente clasificados como enemigos del bien público».

El lado izquierdo trata descaradamente de intimidar a la oposición e identifica a sus enemigos gracias a la llamada nominal de los votos. Los más temerosos cedieron, votando en contra de su conciencia. No se atreven, escribe Ferrières, «a sufrir el odioso rechazo». Los diputados que «votan mal» son perseguidos en todas partes por venganza popular o, más exactamente, por los agitadores de su devoción. El abate Maury, que combina el coraje físico con el coraje moral, a veces tiene que dar un puñetazo cuando intentan expulsarlo por la fuerza de la tribuna.

«A donde quiera que fuera con dos o tres personas, decían que estaba formando una asamblea de aristócratas», se quejaba Mounier. Insultados durante las sesiones y en las calles, amenazados de muerte, con sus nombres expuestos y entregados a la venganza popular, los diputados de la oposición se retiraban, dimitiendo o guardando silencio. «Incluso en la Asamblea, escribe Ferrières, Francia guardó silencio ante treinta facciosos».

Debido a los cambios sucesivos, la Asamblea Constituyente se convirtió así en totalitaria. Presa de la exaltación colectiva desde el principio, se proclamó soberana y creía saberlo todo. Nadie tenía poder sobre ella, empezando por el rey. No era prisionera de un pasado al que desafiar, sino solamente la garantía de un futuro que la condena a huir hacia adelante, a ir más allá constantemente, yendo más allá del papel que se ha asignado a sí misma: dar una constitución a Francia. Pero ¿qué está haciendo realmente? Invade el poder ejecutivo, se libera de los parlamentarios despidiéndolos el 3 de noviembre de 1789 y viola en nombre de la salvación pública las libertades tan solemnemente proclamadas en su gran obra: la Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano. Desde el 28 de julio de 1789, en el apogeo del Gran Miedo, instituyó un «Comité de informes», que se convirtió el 25 de agosto en «Comité de investigación», una verdadera comisaría de policía destinada a «recibir denuncias contra los autores de las desgracias públicas».

Esto es lo que preocupaba a Mirabeau: «¿Queremos que el ciudadano, el amigo, el hijo, el padre se conviertan en jueces sin saberlo?». Por el contrario, los maximalistas hablan de «un estado de guerra» que justifica medidas excepcionales. Robespierre exigió que se procesara a los «enemigos del pueblo». Estaba naciendo una revolución radical que es, sin la palabra aún, de un Terror que no puede garantizar a sus enemigos la protección de las leyes.

La Asamblea dio otro paso cuando aprobó la ley marcial el 21 de octubre de 1789, después del linchamiento de un panadero, Denis François, acusado por la multitud de esconder pan. Lo colgaron del farol en la plaza de Grève. Los alborotadores le cortaron la cabeza, que llevaban en lo alto de una garrocha, de panadería en panadería. La conmoción es grande entre los diputados que ya no quieren saber más de la violencia popular desde que se establecieron en París.

Antes de este nuevo estallido popular, Mirabeau propuso, el 14 de octubre, un proyecto de ley contra los «tumultos». Las discusiones fueron animadas. Buzot y Robespierre se oponían al proyecto de ley, argumentando que la violencia del pueblo es legítima y que condenarla es condenar la revolución. ¿Los hechos incriminados? Estaban provocados, martilleaban, por los enemigos de la libertad. Hay que luchar contra su conspiración nombrando un «tribunal verdaderamente nacional», dice Robespierre, cuyos jueces serán representantes de la nación.

Sin embargo, se votó la «ley marcial contra las asambleas», ya que «podían surgir tiempos difíciles cuando los pueblos, agitados por causas a menudo criminales, se convierten en el instrumento de intrigas que ellos ignoran; que estos tiempos de crisis requieren temporalmente recursos extraordinarios, para mantener la tranquilidad pública y preservar los derechos de todos». Para aplicar esta ley «pacíficamente», se estipuló que los agentes de la ley municipales preguntaran a las personas aglomeradas por la causa de su reunión y la de su queja. Deberán enarbolar una bandera roja y avisar tres veces antes de abrir fuego.

De esta forma, a la violencia de la calle le correspondió desde sus primeros meses de existencia la de la Asamblea, aunque bajo el disfraz del legalismo. Amordazando con los medios más viles cualquier oposición en su seno y forjando instrumentos de baja policía, estaba tendiendo al Terror. Mallet du Pan se volvió muy crítico hacia estas prácticas «parlamentarias» y, más allá de eso,

hacia el clima de intolerancia y extremismo que se está imponiendo en el país. En el *Mercure de France* del 17 de octubre de 1789, escribió: «Es el hierro o la cuerda en la mano, la opinión dicta hoy sus juicios. ¡*Creer o morir*! Ese es el anatema pronunciado por los espíritus ardientes; lo pronuncian en nombre de la libertad [...]. En vano, en medio de tantos escollos, han adoptado la moderación como guía; se ha convertido en un crimen».

Una semana antes de la apertura de los Estados Generales, los diputados patrióticos del Tercer Estado bretón, todos afiliados a sociedades de pensamiento, fundaron el Club bretón en Versalles. Esta minoría organizada, a la que se unieron de inmediato los diputados más activistas, se apresuró a ir más allá del debate ideológico para formar un grupo de presión, ejerciendo la persuasión y la intimidación hacia los diputados (gracias a la llamada nominal en todos los votos importantes), poniendo a sus seguidores en las gradas y llevando a la mayoría a su radicalización por miedo a una moderación inmediatamente asimilada a la traición. El conde de Antraigues dice que las llamadas sesiones nocturnas (después de cenar muy pronto para la época) eran «preparadas con tiempo, organizadas con arte y calculadas por el partido gobernante de la Asamblea». La noche del 4 de agosto, añade, «se organizó durante un mes».

El Club bretón siguió a la Asamblea en París, estableciendo sus sesiones no muy lejos de ella, en la biblioteca del convento de los jacobinos (dominicanos), en la rue Saint-Honoré. Aunque había adoptado el nombre de «Sociedad de amigos de la Constitución», solo era conocido como «Club de los jacobinos». Estaba abierto a los no diputados, sujetos a un doble padrinazgo, un voto de admisión y una contribución significativa. Sus sesiones no eran públicas y los «censores» guardaban sus puertas. No era posible encontrar ahí la batalla campal de la Asamblea.

El abate Grégoire cuenta en sus *Memorias* que «sus sesiones eran un curso habitual de sana política», pero algunas líneas más

abajo, habla ingenuamente de toda una táctica (esa es su palabra) de los «jacobinos» en la Asamblea. Toma la forma de propuestas preparadas en comité, para contrarrestar «la opinión de muchos representantes [que] no siempre estaba a la altura de la nuestra». Arthur Young, invitado a una sesión vespertina el 18 de enero de 1790, declaró: «Aquí es donde se establecen los planes de conducta que todos los miembros deben apoyar». Adrien Duquesnoy, diputado del Tercer Estado, dijo lo mismo: «Aquí es donde se reúnen los acusados de tener opiniones exageradas, a los que llaman *rabiosos*. Ya sea porque son los más numerosos o porque son los más hábiles, cada vez que han acordado un proyecto entre ellos, la Asamblea lo adopta».

Sus miembros, que al principio eran 200, sumaban más de mil a fines de 1789. En la Asamblea están todas las figuras notables del partido patriota. Mirabeau domina, pero Robespierre se afirma progresivamente como uno de sus grandes oradores, no por su voz, que tiene débil y posada, sino por el alcance político de sus discursos. El 31 de marzo de 1790, fue elegido para abril a la presidencia mensual del club.

Pero ¿qué es un jacobino? Es la encarnación del *Homo ideologicus* de las sociedades de pensamiento prerrevolucionarias, con la diferencia de que ahora está en acción, al menos de palabra, esa dueña absoluta de la Asamblea (de la que Ferrières fustiga el «parloteo»), del Club de los jacobinos, de los comités de distrito del municipio de París. Habla en nombre del «Pueblo», ideal y abstracto, y se cree «el ejecutor autorizado de la voluntad general», dice Taine. Poseedor de la conciencia y la razón, el jacobino habla en nombre de los derechos del hombre, pero no ve al hombre, añade el sociólogo Jean Baechler. En cuanto «verdadero pueblo», debe adoptar, como exige Jean-Jacques Rousseau, un «pacto social» con «la obligación, única que puede dar fuerza a las demás, de que el que rehúse obedecer a la voluntad general, se le obligará a ello por todo el cuerpo [social]: lo que no significa na-

da más sino que se le obligará a ser libre» (*El contrato social*)[67]. ¡Sí, fue Jean-Jacques quien escribió eso!

El jacobino es un dogmático, un sectario que no tiene oponentes para luchar, sino enemigos para derrotar. Y, para hacer esto, todos los medios son buenos en nombre de la urgencia, la santidad de los principios y la legítima defensa. Cuando Young les habló a sus amigos, «todos grandes demócratas», de una «junta parisina», se le dijo que «el predominio que París asumió en ese momento era absolutamente necesario para la salvación de toda la nación, porque si no se podía hacer nada sin el consentimiento previo de todos, se perderían todas las grandes oportunidades y la Asamblea Nacional estaría constantemente expuesta al peligro de una contrarrevolución».

El jacobino pretendía ejercer todo el poder sin compartirlo, pero se negaba de antemano a ser considerado un tirano ya que era un libertador. Es soberano en nombre de la soberanía del pueblo. Taine lo define como «un loco que tiene lógica y un monstruo que se cree una conciencia[68]», y añade que «puesto que es la virtud, no se le puede hacer frente sin delinquir[69]». «Como si, comenta Burke, todos los que no están de acuerdo con los nuevos abusos fueran evidentemente partidarios de los viejos».

Por lo tanto, no fue el jacobinismo el que nació de la anarquía de los primeros meses de la Revolución, sino lo contrario. La Revolución no es un barco borracho, presa de los elementos furiosos, sino que, por el contrario, obedece a una línea de fuerza, expresión del fanatismo político y social. «La humanidad que mata es hermana de la libertad que encarcela, de la hermandad que espía, de la razón que excomulga, y todas juntas forman este extraño fenómeno social que se llama jacobinismo», resumió Augustin Cochin.

De entrada era difícil oponerse a semejante doctrina ya que uno se convertía *ipso facto* en un «enemigo del pueblo». Sin embargo, algunos se arriesgaron. El Club de 1789 (también conocido como la Sociedad patriótica de 1789) en primer lugar reunió a los elementos más moderados del Club bretón que no habían querido unirse a los jacobinos: Bailly, La Fayette, Mirabeau, Sieyès por nombrar solo los principales. Por su parte, Malouet fundó el Club de los imparciales.

Un poco más tarde, el Club monárquico o Sociedad de amigos de la Constitución monárquica reunió los restos del Club de 1789 y el Club de los imparciales, bajo el liderazgo de Malouet y Clermont-Tonnerre. Partidario de una monarquía atemperada de estilo inglés, este club cayó presa de la venganza jacobina, que lo convirtió en una oficina de la contrarrevolución. En medio del hostigamiento y las amenazas, asediados por los alborotadores, tendrá que cambiar su dirección varias veces. Clermont-Tonnerre, sin embargo, no cedió, aunque fue amenazado hasta en su casa. Los jacobinos, bien establecidos en los comités de distrito parisinos, difundieron el rumor de que los miembros del Club monárquico usan la escarapela blanca. Y los creyeron. Ferrières deplora este «espíritu de odio» que envenenaba todo.

A Barnave, que había denunciado en la Asamblea a los miembros del Club de la Constitución monárquica como «hombres pérfidos e insidiosos, que distribuían un pan envenenado a los pobres», Malouet le dio una larga y buena respuesta, impresa y ampliamente distribuida: «Y he aquí que vosotros, franceses, estáis todos obligados a afiliaros al Club de los jacobinos, bajo pena de ser tratados como enemigos de la Constitución […]. ¿Y ustedes qué pretenden, caballeros, al multiplicar el odio, la sospecha y el resentimiento en toda Francia? […] Mientras se presume de la bondad de nuestras leyes [ante la nación], sus modales se vuelven sensiblemente atroces». Este canto de cisne del Club monár-

quico censura «la tiranía que se disfraza con el nombre de patriotismo».

La prensa revolucionaria, abrumadoramente jacobina, pesa igualmente sobre la Asamblea vigilando y comentando de cerca sus debates. No menos de 250 periódicos, a menudo con una existencia efímera, fueron creados desde el 5 de mayo de 1789 hasta el final del mismo año, y se crearon 350 en 1790 antes de que su número disminuyera radicalmente. Todos los que tuvieran algo que decir se improvisaban periodistas.

En esta miríada, algunos periódicos se impusieron por su audiencia. Incluso antes de la reunión de los Estados Generales, Jacques Pierre Brissot creó *Le Patriote français* en el que colaboraban el abate Grégoire, Condorcet, Pétion, Étienne Clavière, un especulador considerado especialista en asuntos financieros. El 5 de julio de 1789, *Le Courier de Versalles a Paris y de Paris a Versalles* nació bajo los auspicios de Antoine-Joseph Gorsas, encarcelado en 1788 en Bicêtre por asuntos de moral y que dedicó un odio inexpiable a la corte de la que no cesó jamás de denunciar sus intrigas. Un agitador incansable, que también elogiaba los discursos de Robespierre, fue el primero que «reveló» el asunto de las escarapelas que provocaría las jornadas de octubre.

También en julio de 1789, Louis Marie Prudhomme, de treinta y siete años, un librero que vendió entre 1787 y 1789 una prodigiosa cantidad de panfletos patrióticos, creó el semanario *Révolutions de Paris* que salía los domingos. Muy a la izquierda, se rodea de colaboradores de calidad que asegurarán un éxito creciente al periódico. Élisée Loustallot, de veintisiete años, abogado y panfletario, es su principal redactor. Activista revolucionario que frecuentaba el Palais-Royal, defendía la libertad de prensa, incluida la de la oposición, a la que le costaba hacerse oír. Loustallot estaba secundado por Sylvain Maréchal, de treinta y nueve años, encarcelado por sus escritos ateos bajo el Antiguo Régimen, quien de inmediato se entusiasmó con la Revolución

y dirigió una campaña violentamente anticlerical. Se destacan entre los muchos colaboradores de *Révolutions de Paris* al poeta Fabre d'Églantine, autor de una opereta en 1780 de la que nos ha quedado *Llueve, llueve pastora*, y Pierre-Gaspard Chaumette llamado Anaxágoras, grumete a los trece años, roussoniano, eterno estudiante de medicina que vivía trapicheando y que se convirtió en uno de los oradores más escuchados del Palais-Royal.

A finales de noviembre de 1789, fue el turno de Camille Desmoulins de unirse a la ronda con el semanario *Révolutions de France et de Brabant*. Además de su papel el 13 de julio, publicó un notable folleto en septiembre: *Discours de la Lanterne aux Parisiens*[70]. Las farolas, utilizadas para el alumbrado público, empezaron a ser utilizadas para colgar a los enemigos de la Revolución, principalmente en la ubicada frente al Municipio, en la plaza de Grève. Así que empezaron bien pronto a amenazar con los gritos de «¡A la farola! ¡A la farola!». Desmoulins se llamaba a sí mismo «fiscal general de la farola». «Parece que no se hace lo suficiente para sofocar todos los gérmenes de la aristocracia», proclamaba. Lamentó la ejecución de Foulon y Bertier de Sauvigny solo porque le pareció que fue demasiado rápido. «Esta permitió que se debilitasen las pruebas de la conspiración». Excondiscípulo de Robespierre en Louis-le-Grand, lo adulaba descaradamente, publicando sus discursos y sus «Avisos al pueblo».

En la extrema izquierda, *L'Orateur du peuple* salió a partir de 1790, fundado por Louis Marie Stanislas Fréron, el hijo del famoso Élie. En este periódico, como en las decenas de panfletos que se vendían por todas partes, a la salida de los espectáculos, en las plazas, en los puentes de París, los ataques a María Antonieta serán particularmente ofensivos y sucios. La «literatura» obscena, que floreció en la segunda mitad del siglo XVIII, encontró en la reina un sujeto de primera. Desde 1789, se vendieron en abundancia *Le Godmiché royal* o *L'Autrichienne en goguette* o *L'Orgie royal*[71]. Con el paso de los meses, María Antonieta, acusada de les-

bianismo y otras vilezas, se convirtió en *La Mesalina francesa*[72]. Esta campaña —pues es solo una— contribuyó a socavar la imagen real. El juicio de la realeza se llevó a cabo en la calle o más bien en el arroyo.

Las caricaturas no son el menor agente transmisor de la revolución que estaba teniendo lugar. En febrero de 1790, una *Départ des apothicaires patriotes du faubourg Saint-Antoine* propuso una purga con píldoras reemplazadas por faroles transportados en carros por manifestantes armados. Igual de elocuentes son las numerosas viñetas en las que los principales personajes de la oposición (el abate Maury a la cabeza) son azotados por los patriotas, mientras que encima de ellos, de nuevo, se balancean los faroles. Bajo elaborados acentos humorísticos se dibujaba la llamada al asesinato.

Sin embargo, al partido de la competencia le faltaba un diario de la competencia. Objetivo conseguido con *L'Ami du peuple*, periódico cuyo primer número apareció el 16 de septiembre de 1789 y cuyo único redactor es Jean-Paul Marat, de cuarenta y seis años, aún desconocido, pero con una idea muy alta de sí mismo. Médico de los guardias *de corps* del conde de Artois hasta 1783, tuvo que renunciar debido a sus problemas con la Academia de Ciencias que, según él, no reconoció el justo valor de sus experiencias de Física. Amargado, se encontraba en una situación material precaria cuando se produjo la Revolución. Luego se dedicó al periodismo, aunque se negó a preocuparse por tener colaboradores. «El águila siempre camina sola; el pavo forma una tropa», escribía. En cuanto a su físico, el hombre, además de tener un aspecto repulsivo, parecía constantemente exaltado y muchas personas lo consideraban medio loco.

Desde los primeros números de *L'Ami du peuple* tiene un tono virulento y con frecuencia grosero, que nunca cambiará. «La máquina política nunca retrocede, excepto por sacudidas violentas, ya que el aire solo se purifica con las tormentas eléctricas». Marat está allí, observando, denunciando y exigiendo castigos ejempla-

res. En el número 35 del 18 de octubre de 1789, propuso el establecimiento de un «Tribunal del Estado» reservado a los funcionarios públicos, con el cual cualquier ciudadano podría denunciar sus complots y su malversación de fondos. Las sesiones no solo serán públicas, sino que la audiencia formará parte del jurado. «El público puede juzgar mejor que nadie el comportamiento del acusado y del acusador, y apreciar los motivos de la denuncia». Según la expresión de Brissot, Marat le daba a la gente el gusto por la sangre.

Su defensa de la sospecha, la apología de la insurrección y la violencia popular que a veces obligarán al vituperador a esconderse para evitar actuaciones judiciales, le valieron enseguida un éxito que fue mucho más allá de los 2.000 ejemplares de la edición de *L'Ami du peuple*, cuyo precio era bastante alto. Se leían en voz alta sus diatribas en los cafés y los lugares públicos. Nuevo tribuno de la plebe, vigilaba a los diputados de la Asamblea y el Municipio parisino. Necker, Bailly, Mirabeau, La Fayette no escaparon a su vengativa sospecha. Solo se salvó Robespierre.

A pesar de este coro, la prensa realista intentó hacer oír su voz. *L'Ami du roi*, creado en junio de 1790 por el abate Thomas-Marie Royou, terminó abogando por un regreso puro y simple al Antiguo Régimen al presentar la Revolución como un complot contra la monarquía y la propiedad.

Menos radical, *Les Actes des apôtres* fue fundado en noviembre de 1789 por Jean-Gabriel Peltier, quien se había dado a conocer, a los veinticuatro años, por dos panfletos rotundos, uno contra la Asamblea y el otro contra el duque de Orleans, a quien acusaba de haber estado con Mirabeau, el instigador de las jornadas de octubre. Su periódico, dos o tres veces por semana, tuvo mucho éxito, hasta el punto de que dio lugar a falsificaciones. De un modo satírico que trabaja para sofocar el Terror naciente bajo el ridículo, los jacobinos (llamados «jacobitas», en el sentido de secta religiosa) fueron delatados sin cesar por Clermont-Tonnerre,

Mirabeau-Tonneau, François Suleau, abogado y temido panfletista, el vizconde de Ségur, diputado de la nobleza que se mantuvo fiel a la monarquía, y especialmente por Rivarol, quien dijo de Mirabeau: «Es capaz de todo, incluso de una buena acción».

En medio de esta anarquía que se estaba apoderando, cargada de amenazas y ya manchada de sangre, la Asamblea Constituyente, en última instancia tan prisionera de París como el rey, pretendía decidir el destino de Francia. Taine la describió como «cegada, violada, impulsada por la teoría que proclama y por la facción que la domina, precipitando su caída con cada uno de sus grandes decretos[73]».

Confiscación de los bienes del clero

A diferencia de la Asamblea Constituyente, el municipio de París, nacido el día después del 14 de julio, nunca se disfrazó de buen alumno de la Revolución. También estaba dotado de un Comité de investigación cuya misión no solo era restablecer el orden en la ciudad, sino también recibir denuncias de «horribles conspiraciones contra la libertad», cuyos autores debían ser «entregados a la espada vengadora de la justicia». Como resultado, se arrogó el derecho de arrestar e interrogar a los sospechosos, y luego de «reunir pruebas» contra ellos. Reclutaron a agentes denunciadores pagados y el éxito pronto superó las expectativas. Algunos periodistas estaban preocupados. Élisée Loustallot, aunque favorable a la Revolución, censuró el establecimiento de una «inquisición civil». François de Pange, periodista liberal, evoca una nueva Bastilla y un restablecimiento de las órdenes reales. Brissot, que había ingresado en el Municipio provisional porque no pudo ser elegido para los Estados Generales, no vaciló en decir que el Comité de investigación respetaba «los derechos del hombre con el mayor cuidado». ¿Los sospechosos arrestados? Los ve más bien como hermanos que han errado.

El poder de estos dos comités policiales sin el nombre (el de la Asamblea y el del Municipio) se ve considerablemente fortalecido por la institución, el 30 de noviembre de 1789, del «crimen de lesa nación», una especie de respuesta al crimen de lesa majestad y con un esquema igualmente subjetivo, en contradicción con el artículo 7 de la Declaración: «Ningún hombre puede ser acusado, arrestado o detenido excepto en los casos determinados por la ley». En cualquier caso, Brissot aprovechó la oportunidad para imponerlo a Bailly y en los distritos. También invoca la se-

guridad pública, acusando a los tribunales ordinarios de estar «preocupados por las formas», cuando el poder extraordinario de los comités les permite derrotar a los «conspiradores».

En su primera reunión, el 30 de noviembre de 1789, que quiso que fuera pública, el Comité de investigación del Municipio lamentó los numerosos obstáculos puestos en su camino para frustrar las conspiraciones. ¡Y que no había que despreciar a los denunciantes! Bajo el Antiguo Régimen por supuesto, pero «hoy todo ha cambiado, ya que se trata de denunciar conspiraciones funestas para la patria [...]. El silencio, en materia de delación, es una virtud bajo el despotismo; es un crimen, sí, es un crimen bajo el imperio de la libertad».

Las cárceles parisinas se iban llenando y el Municipio se indignó cuando la prensa de la oposición le pidió los nombres de los sospechosos arrestados. Es una violación del «derecho de los prisioneros que son responsables solo ante la ley, no ante los periodistas, de su conducta». De todas formas, los prisioneros no tienen que preocuparse ya que están en manos de «una justicia humana, pública e imparcial».

París fue redistribuida por la Asamblea el 21 de mayo de 1790 en 48 secciones que suprimieron y reemplazaron los 60 distritos. Un gobierno municipal, compuesto por 144 miembros (tres por sección), eligió un «cuerpo municipal» de 48 miembros, 16 de los cuales formaban la «oficina municipal» presidida por el alcalde. Los otros 32 constituían el «Consejo municipal». Por último, un «Consejo general del ayuntamiento», que reunía al Consejo municipal y 96 representantes de las secciones, disponía de poderes extraordinarios. Además de los de una policía política, fijaba el precio de los alimentos, decidía los impuestos, podía llamar a la Guardia nacional y decretar la ley marcial. En cuanto a las nuevas secciones, se convirtieron en asambleas casi permanentes que mantenían vivos los disturbios. Los seccionarios más extremistas se invitaban a las secciones consideradas demasiado moderadas.

La agitación parisina estaba mantenida en particular por el Club de los *cordeliers*[74], llamado así por el convento donde se había instalado, que impone al Municipio e introducía en las secciones. Procedente del distrito activista del mismo nombre y creado en abril de 1790 por instigación de Danton, se llamaba oficialmente «Sociedad de amigos de los Derechos del hombre y del ciudadano». Con una audiencia de 300 a 400 miembros, tenía intención de vigilar de cerca la Asamblea (la tarjeta de miembro tenía por símbolo un ojo abierto). Junto a Danton y Camille Desmoulins, Marat interpretaba los papeles principales. A la izquierda del Club de los jacobinos, más popular ya que su ingreso era libre, vigilaba, controlaba, investigaba, solicitaba, manifestaba, organizaba motines y golpes de Estado. Chateaubriand, que está a punto de abandonar Francia, se aventuró allí dentro con curiosidad, observando sin paños calientes que «los más deformados de la banda tenían preferencia para tomar la palabra. Los defectos del alma y el cuerpo jugaron un papel en nuestros disturbios: el amor propio en suspenso hizo grandes revolucionarios».

La provincia, es decir, el 97,5% de los franceses, era otro mundo, muy distante, geográfica y psicológicamente, de los acontecimientos de la capital, pero por fuerza estaba a la escucha. En Saint-Gaudent, al norte de Poitiers, el párroco hizo plantar el primer árbol de la libertad en la plaza del pueblo. *Le Moniteur* agradeció esta iniciativa.

Sin embargo, son pocas las ciudades que no vivieron escenas de disturbios, frumentarios como en Versalles el 7 de enero de 1790, pero también contrarrevolucionarias como en Vannes, en Toulon, en Lyon, en Toulouse, en Nimes el 6 de abril de 1790, donde se reunieron católicos y protestantes favorables a la Asamblea. Por lo tanto, la provincia está lejos de seguir a París. De forma espontánea, es bastante hostil a una revolución que aún no se escribía con mayúscula.

No importa. Si la gente del campo rezonga es porque ha sido criada en la superstición cuando solo pide ser iluminada, piensan los jacobinos de la Asamblea. Jean-Paul Rabaut, conocido como Rabaut Saint-Etienne, masón y roussoniano, el mismo que figura favorecido en el cuadro inacabado de David, declaró el 11 de noviembre de 1789 a sus colegas: «Hay que reanimar a esta gente, rejuvenecerla, cambiar sus formas para cambiar sus ideas, cambiar sus leyes para cambiar sus costumbres y destruir todo, sí, destruir todo, ya que todo debe ser creado».

El trabajo de la Asamblea se lleva a cabo dentro de numerosos comités, el más importante de los cuales es el Comité de la Constitución formado en septiembre de 1789. Sieyès, Talleyrand, Thouret, Target, Le Chapelier, (treinta y cinco años, fundador del Club bretón), forman parte de sus miembros. A finales del mismo mes, Thouret presentó en nombre de este Comité un importante proyecto de remodelación territorial y administrativa de Francia. La regeneración del Estado debe comenzar con su refundición sobre una base homogénea y coherente, que eliminará las disparidades administrativas del Antiguo Régimen y borrará, en la medida de lo posible, los provincialismos y otros particularismos. «La división de Francia debe aspirar a fundir los espíritus y las costumbres, de modo que en Francia solo haya franceses y no provenzales, normandos, etc.», explicaba Duquesnoy, diputado de la extrema izquierda. Al mismo tiempo, había que crear distritos electorales, hasta ahora desconocidos. Hay muchas resistencias que los diputados intentan tener en cuenta no alterando por completo el mapa de las provincias, empezando por aquellas que, como Bretaña, se encendían fácilmente.

El 22 de diciembre de 1789 se crearon 83 departamentos, subdivididos en distritos (los distritos actuales), estos en cantones y estos últimos en ayuntamientos: 44.000 en total, que eran exactamente las antiguas parroquias. La fiebre igualitaria llevó por un momento a dar a los nuevos departamentos un simple número.

Es cierto que la batalla por los nombres era dura, como lo era la elección de las capitales, lo que en muchos casos llevará años. Se eligieron los Consejos de departamento, distrito y ayuntamientos, al igual que sus procuradores síndicos. La descentralización administrativa nunca ha sido tan grande en Francia, pero, como señala Malouet: «Frente a este lobo de presa constante de un hambre devoradora [el gobierno], ochenta chuchos ladradores eran menos peligrosos que treinta fuertes dogos [las 34 intendencias del Antiguo Régimen]».

Entre otros proyectos de la Asamblea, un Comité de órdenes reales, compuesto por cuatro miembros, entre ellos Mirabeau, discutió largamente sobre lo que había que hacer con los correccionales y los locos aún encerrados, antes de abolir, el 16 de marzo de 1790, las demasiado famosas «órdenes del rey». Paradójicamente, Mirabeau, autoproclamado víctima de las órdenes reales, declaró: «Hay que encontrar una manera de vaciar las prisiones estatales sin que la vigilancia de la policía pueda dañar las máximas de libertad, ni que la sociedad tenga que quejarse de la indulgencia de las leyes». En resumen, las órdenes del rey se suprimen sin suprimir las casas de corrección, excepto para rebautizarlas como «casas de mejoramiento». Dará inicio a un caos jurídico que, para los locos, no se resolverá antes de 1838. Pérfidamente, la derecha pidió la desaparición del Comité de investigación como precio de alguna manera por la abolición de las órdenes reales. ¿No era de la misma competencia? «No, exclamó Le Chapelier en nombre de la izquierda, el Comité debe mantenerse para difundir entre los mal intencionados un saludable terror».

La Constituyente dio cuenta de su trabajo, el 11 de febrero de 1790, en un *Discurso al pueblo francés*, escrito por Talleyrand. «Hay quienes fingen ignorar lo bueno que había hecho la Asamblea Nacional: os lo recordaremos…». Sigue un largo panegírico de las reformas presentes y futuras. «Mira, francés, la perspectiva de felicidad y gloria que se abre ante ti. Todavía hay que dar al-

gunos pasos y aquí es donde los detractores de la Revolución te esperan [...]. Que nadie te hable de dos partidos: solo hay uno; todos lo hemos jurado: es el de la libertad».

Los detractores en cuestión se subieron al caballo de batalla más obvio, el de las finanzas, cuya situación era catastrófica. El rendimiento de las granjas (impuestos indirectos) que era de 153 millones en 1788 cayó a 18 millones en 1790. Lo mismo ocurre con la talla (impuesto directo). Sin embargo, el Tesoro tenía que enfrentar unos gastos crecientes, empezando por los de París donde, para evitar la rebelión frumentaria que seguía amenazando, el pan había sido subvencionado y se crearon talleres de caridad.

Había que encontrar un expediente, pero ¿cuál? Obsesionados por la regeneración política del país, los diputados eran poco sensibles y menos todavía competentes para todo lo relacionado con la economía y las finanzas. Necker compareció ante la Asamblea el 24 de septiembre de 1789 para solicitar que se exigiera un préstamo obligatorio a todos los ciudadanos que ganaban más de 400 libras al año: una cuarta parte de sus ingresos, bajo el bonito nombre de «contribución patriótica». Los diputados estaban consternados. ¿Tan grave era la situación? Nunca antes se podría haber imaginado semejante medida. Además, constituiría una violación flagrante del derecho de propiedad proclamado en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. No obstante, Mirabeau apoyó el proyecto: «¡Vamos!, tronó, ¡esos dos mil notables tienen suficiente para compensar el déficit!». Sin embargo, establecer las listas de impuestos llevaría tiempo y el dinero solo llegaría de manera lenta e incompleta. El problema no estaba resuelto.

En semejante marasmo, el clero, sus ingresos y sus bienes inmensos activos suscitaron la codicia. Pierre Samuel du Pont de Nemours, fisiócrata, exsecretario de la Asamblea de notables, que había sido elegido diputado y era el economista de la Asam-

blea, propuso recaudar los ingresos eclesiásticos (incluido el diezmo) tomando a cargo del Estado los costes de culto, las obras de caridad y las deudas del clero. La operación generaría un saldo anual positivo de 48 millones. Du Pont de Nemours trataba así de evitar expedientes a corto plazo y no dañar intrínsecamente la propiedad del clero. Este respeto (o esta prudencia) le valió el odio de la izquierda jacobina. Marat lo clasificó de inmediato «entre los que deben ser apuñalados».

Su plan no fue considerado, sino radicalmente anulado cuando Talleyrand, el 10 de octubre de 1789, propuso, traicionando su corporación y su toga, que, «para tener los medios para enfrentar a sus acreedores, el Estado debe apropiarse de la enorme riqueza constituida por los bienes del clero». Esta vez, la violación al derecho de propiedad, «inviolable y sagrada» sería flagrante. El abate Maury defendió su posición, invocando una posesión inmemorial y advirtiendo: «Nuestras propiedades garantizan las vuestras. Hoy somos atacados, pero no os engañéis; si somos despojados, vosotros también lo seréis». Siguió una amarga discusión, durante la cual se argumentó que el clero no era un propietario como los demás, sino un organismo caritativo cuya propiedad estaba completamente consagrada a la comunidad.

Al contrario, Thouret argumenta que, a diferencia de los individuos, los organismos forman personas morales y ficticias que existen solo por ley, que puede hacerlos como puede deshacerlos. Mirabeau asestó el último golpe: «No hay acto legislativo que una nación no pueda revocar. Puede cambiar cuando quiera sus leyes, su Constitución, su organización y su mecanismo». El hombre fuerte de la Asamblea añade que «el servicio de los altares es una función pública» y que es necesario para eso «que sus ministros estén a sueldo de la nación, como el magistrado que juzga en nombre de la ley, como el soldado».

El 2 de noviembre de 1789, día del escrutinio que debía decidir sobre la confiscación de los bienes del clero, una muchedum-

bre llegó desde las 6 de la mañana, en un momento en que era difícil invocar la «espontaneidad de las masas», para entonar eslóganes anticlericales e insultar a los diputados eclesiásticos. Violentamente retenidos, algunos renunciaron a entrar a la sesión y se les impidió participar en la votación. Por 586 votos contra 346 y 40 abstenciones, se decretó que todos los bienes eclesiásticos se pusieran a disposición de la nación, con la condición de que esta última «provea de manera adecuada a los costes de culto, el mantenimiento de sus ministros y el alivio de los pobres». La Asamblea no tomó a su cargo sus deudas que, de un plumazo, declaró «aniquiladas», robando al mismo tiempo a sus acreedores. La abolición del diezmo, votada el 11 de agosto, se mantuvo. «Pocos conquistadores bárbaros, dijo un indignado Burke, hicieron jamás una revolución tan terrible en la propiedad». El parlamentario británico añadió que los tiranos de la Antigüedad, al menos, no actuaban a sangre fría. El propio Jean Jaurès, poco sospechoso de ser desfavorable a la Revolución, considera en su *Historia socialista de la Revolución francesa* que los bienes del clero históricamente provenían de donantes que querían obrar de esta manera por la salvación de su alma. «Nacionalizar los bienes de la Iglesia, secularizarlos, no era solo arrebatárselos a la Iglesia, sino arrebatárselos al propio donante».

Este expolio fue posible gracias al clima anticlerical, incluso antirreligioso, derivado de la Ilustración, que reinaba en la Asamblea y en el París de los suburbios, sin olvidar el Palais-Royal. El diputado Adrien Duquesnoy observó que en la Asamblea se burlaban de Fréteau de Saint-Just, elegido sin embargo en dos ocasiones como su presidente, que se atrevió a «manifestar unos principios religiosos en una Asamblea en la que eran casi ridículos». Se desarrolló una campaña en los meses siguientes, en el teatro, en la prensa, por medio de caricaturas. En una de estas, titulada «Los desengrasantes patriotas», se arrastraba a un prelado muy gordo a una prensa de la que salían sacerdotes adelgazados.

En otra, el abate Maury acaba de morir y llega al infierno: «Mi reinado ha terminado [...]. Adiós a nuestros bienes inmensos, nuestras pomposas capas, nuestros tentadores manjares, nuestros brillantes oropeles, nuestras amantes...».

Doce días después del decreto de confiscación, Necker propuso transformar la Caja de Descuento en Banco Nacional con el privilegio de emitir 240 millones de papel moneda cubiertos por los ingresos futuros y la venta a un ritmo moderado (condición de una verdad de los precios) de los bienes confiscados a la Iglesia. Mirabeau, que custodia el puesto de Necker, retrasó el proyecto, pero el 19 y 21 de diciembre se decidió emitir 400 millones de asignados[75] (este término en el sentido de billetes asignados, es decir, garantizados sobre los bienes del clero) en bonos del Tesoro de 1.000 libras. Una Caja de lo extraordinario, recién creada, reembolsaría la deuda pública. Al mismo tiempo, la Asamblea prohibió cualquier impuesto nuevo en espera de su gran reforma fiscal.

Más allá de la primera emisión de asignados que son valores muebles, la idea de un verdadero papel moneda real estaba creciendo, especialmente en el Club de los jacobinos. «Todo nos anuncia que la circulación de los asignados es la mejor de las operaciones, dice el relator del Comité de finanzas; es la más libre, porque está fundada en la voluntad general».

Mientras que a la izquierda la Asamblea cree que ha descubierto la solución milagrosa, a la derecha se lanzan gritos de alarma, quizás recordando el desafortunado experimento que intentó el banquero Law bajo la Regencia. «¿Qué es crear papel moneda? ¡Es robar espada en mano!», protestó el abate Maury, que enumera todos los dramas que vendrían detrás, empezando por la ruina de los rentistas que implicaría una depreciación del asignado. Maury, Cazalès, Mons. De Boisgelin de Cucé, arzobispo de Aix, que propuso *in extremis* un sacrificio de 400 millones en nombre de la Iglesia de Francia, fueron menos escuchados ya que

se sospechaba, no sin razón, que querían evitar la venta de los bienes del clero. A todos estos objetores, Pétion replicó que el papel moneda no podía ser inmoral, ya que era indispensable para la salvación de la gente.

Los constituyentes transformaron los bienes del clero, primero puestos bajo secuestro, en «bienes nacionales» el 14 y 20 de abril de 1790. La venta de estos, estimada en más de 3 mil millones de libras, permitirá el pago de la deuda pública y cubriría el déficit de 1790. Para el otoño se decidió una emisión de 800 millones de asignados suplementarios. Apenas puesta en marcha, la máquina se embaló.

Lavoisier estimaba que el valor de los bienes del clero había sido muy sobreestimado y predijo, sin la palabra, la inflación y la fuga de efectivo metálico al extranjero. Du Pont de Nemours publicó e hizo leer a la Asamblea un *Effet des assignats sur le prix du pain, par un ami du peuple*, en el que explicaba que eran buenos para los ricos con muchas deudas que pagar, pero malos para el pueblo, que iba a pagar más por el pan. Peor aún, los especuladores comprarán los bienes nacionales mediante asignados constantemente devaluados por emisiones cada vez más numerosas. Malouet, Condorcet, el propio Talleyrand decían lo mismo. Mirabeau se opuso a ellos con un frente implacable: «Considero criminal para la nación a cualquiera que intente sacudir esta base sagrada de todos nuestros proyectos regeneradores».

Necker también intentó sonar la alarma por última vez antes de renunciar en septiembre de 1790, completamente abrumado por los acontecimientos. El ídolo de julio de 1789 desapareció en la indiferencia general. La deuda del Estado alcanzó los 4.241 millones. A partir de abril, el asignado perdió el 10% de su valor (en relación con la moneda metálica). Burke, que ve las cosas desde Inglaterra, ironiza: «Vuestros filósofos están tan convencidos de que saquear la Iglesia será suficiente para todo; su fe en esta ganancia inagotable es tan ciega que llegan a abandonar las fi-

nanzas públicas. Para estos metafísicos de las finanzas, los bienes de la Iglesia secretarán el bálsamo de la momia capaz de curar todos los males del Estado [...]. Su fe en los prodigios del sacrilegio es inquebrantable».

La confiscación condujo necesariamente a la refundición de la organización eclesiástica, prevista en cualquier caso para subordinar al poder civil un clero sospechoso *a priori* de contrarrevolucionario. El 3 de febrero de 1790, un decreto de la Asamblea prohibió los votos religiosos y suprimió las congregaciones, a excepción de las que ejercían una función de enseñanza o asistencia. El 23, la Asamblea exigió a los párrocos que leyeran las leyes y los decretos durante los sermones (ya era una costumbre antes de 1789).

Estas medidas precedieron a la votación, el 12 de julio de 1790, de la Constitución civil del clero. Ahora habrá un obispo por departamento (83 en lugar de 117) y diez «obispos metropolitanos» (en lugar de 18 arzobispos). Los obispos y sacerdotes serán elegidos por ciudadanos activos (contribuyentes), católicos o no, y asalariados por el Estado.

El obispo de Boisgelin argumentó en vano que esta ley llevaría a una violación de la constitución secular de la Iglesia católica. El Papa ni siquiera fue consultado. Se estaba abriendo un cisma enorme. Derribando la estructura religiosa de Francia, los constituyentes querían o creían ver un país a su imagen, anticlerical, descristianizado, excepto para invocar un «Ser supremo», una especie de «Dios laico» que aparece a pesar de todo en el preámbulo de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano. Sin embargo, este no fue el caso. La Francia profunda siguió siendo creyente y apegada a una tradición religiosa que había moldeado su vida durante siglos.

«Sabemos, señala Burke, que el hombre es por naturaleza un animal religioso; que el ateísmo es contrario no solo a nuestra ra-

zón, sino a nuestros instintos y no puede prevalecer mucho tiempo».

El atraco a los bienes del clero y la consiguiente decisión de integrarlo en el funcionariado puso en marcha una máquina terrible. En esta área, como en las demás, empezando por las finanzas, los constituyentes fueron unos aprendices de brujo, pero esta vez encendieron la pequeña mecha de una bomba cuya explosión cortó a Francia en dos, y durante mucho tiempo.

IV. DEL PUEBLO, PERO NO DEMASIADO

«¡Qué desgracia! Se revoluciona a un país, pero no se le crea un gobierno».

Barbey d'Aurevilly

La gran ilusión de la Federación

Desde octubre de 1789, fue como si Luis XVI ya no existiera. Pero he aquí que apareció, animado por su Consejo, ante la Asamblea el 4 de febrero de 1790, pronunciando un discurso largo y ambiguo: «La gravedad de las circunstancias en las que se encuentra Francia me ha traído ante vosotros». Menciona, además de «la relajación gradual de todos los vínculos del orden», «la difícil situación de las finanzas» y «la agitación general de los espíritus». Después de lo previsto, de las reticencias («La prosperidad volverá solo con satisfacción general»), finalmente pronunció las palabras tan esperadas por la Asamblea: «Yo defenderé, mantendré la libertad constitucional cuyo deseo general, de acuerdo con el mío, ha consagrado los principios». Luis XVI no desea menos en cuanto al «fortalecimiento del poder ejecutivo, esta condición sin la cual no podría haber un orden duradero en el interior ni ninguna consideración en el exterior». Estas reservas le importan poco a la mayoría. Habían obtenido lo que querían: la adhesión oficial del monarca al nuevo orden de cosas.

«De manera espontánea» se propone hacer un juramento cívico: «Juro ser fiel a la nación, a la ley, al rey, y mantener con todo mi poder la Constitución decretada por la Asamblea Nacional, y aceptada por el rey». Se precipitan. Exultan. El público de las gradas, decididamente protagonista de pleno derecho, también prestó el juramento bajo el aplauso de los diputados.

Por la noche, se hizo lo mismo en el municipio de París. Los tambores sonaron en la escalinata del Municipio y Danton pidió que se admitiera al público para que se reuniera en él. Al contrario de este hermoso entusiasmo, Loustallot ironizó en sus *Révolutions de Paris*: «Si había que jurar mantener algo, eso era la Re-

volución, que ya existe, y no la Constitución, que no existe [...]. Había que jurar para mantener el resultado de la voluntad general en todo momento o, más bien, no había nada que jurar. Entonces, ¿somos tan débiles partidarios de la libertad que necesitamos tranquilizarnos con el juramento?».

En la provincia, al mismo tiempo, se estaba desarrollando un movimiento federativo de fraternización cívica, que afirmaba que una nación de iguales había nacido en lugar de un reino y sus súbditos. Una primera Federación se formó el 29 de noviembre de 1789 en Valence. En enero de 1790, 150 delegados de 80 ciudades representaron en Pontivy a Bretaña y Anjou. «Declaramos solemnemente que, no siendo bretones ni angevinos, sino franceses y ciudadanos del mismo imperio, renunciamos a todos nuestros privilegios locales y particulares, y que renunciamos a ellos como inconstitucionales; nos declaramos felices y orgullosos de ser libres». Este evento servirá como ejemplo en toda Francia, ansiosa por una reconciliación que sellará el final de los disturbios.

Las federaciones se multiplicaron: en Dole, en Lyon el 30 de mayo, en Estrasburgo, en Besançon, en Rouen. Casi en todas partes se organizaron ceremonias solemnes, cuyo punto culminante era un juramento cívico de lealtad a la nación, la ley y el rey. Por supuesto, el rey viene al final, pero está ahí, y nadie está pensando en cuestionar su legitimidad. ¿No es el puente entre el pasado absolutista y el presente constitucional, el fundamento indispensable para la nueva idea de nación?

Varias federaciones plantearon la idea de un día de concordia nacional que, por supuesto, solo podía celebrarse en París en presencia del rey y los constituyentes. Tanto en la Asamblea como en el Municipio, lo subscribieron encantados, ya que sería una oportunidad para canalizar las iniciativas federales de la provincia y volver a poner a París en el centro. Pero ¿qué fecha elegir?

Ya el 18 de julio de 1789, un tal Charles de Villette que, durante la reunión de los Estados Generales, había quemado públicamente sus cartas de nobleza, por lo demás muy reciente, había propuesto «una nueva celebración para una revolución que no tiene ejemplo». La idea se había quedado sin respuesta y Villette no pensaba especialmente en una conmemoración de la toma de la Bastilla, que todavía estaba demasiado cerca. «Proponemos, dijo Bailly el 5 de junio ante la Asamblea, que esta reunión, que esta Federación general sea jurada el 14 de julio, que todos consideramos la época de la libertad: ese día estará destinado a jurar defenderla y conservarla».

La formulación de Bailly era voluntariamente ambigua. No mencionó la toma de la Bastilla y la fecha misma del 14 de julio se diluía bajo la vaga frase «época de la libertad». Los guardias nacionales, todos burgueses, no querrían una referencia a ese día sangriento, y menos aún el rey, al que no se le pidió su opinión en absoluto. En resumen, del pueblo, pero no demasiado. Y además esta gran fiesta de la Federación no debería ser un aniversario, sino un comienzo, una fundación.

El 14 de julio de 1790, sí, pero ¿dónde? Decidieron que la ceremonia, que sería grandiosa, tendría lugar en el Campo de Marte, lejos de la Bastilla, geográfica y políticamente. Solo allí se podría acoger, en pleno París, a varios cientos de miles de personas. El pueblo de la capital, abolidas todas las distinciones sociales, colaboró voluntariamente en los inmensos trabajos de excavación necesarios para convertirlo en el «Campo de la Federación». Era necesario transformar un espacio completamente plano en un gigantesco circo ovalado coronado por inmensos terraplenes con gradas con capacidad para acoger a 400.000 personas. Empujaron carretillas mientras cantaban la melodía de moda en su primera versión: «¡Ah! ¡Todo irá bien! ¡Todo irá bien! Alegrémonos, los buenos tiempos volverán». Una caricatura de los preparativos en la que aparecen mujeres con vestidos largos y her-

mosos sombreros empuñando el pico creó un serio inconveniente a esta hermosa hermandad porque en uno de los bocadillos podía leerse, siempre con la melodía de «¡Todo irá bien!»: «Aristócratas, ahora estáis jodidos, el Campo de Marte os dará por culo con la pala. Aristócratas, estáis jodidos, besaremos a vuestras mujeres y nos besaréis el culo».

Y llegó el gran día. Todo, hasta el más mínimo detalle, funcionaría como un reloj. No habría espacio para explosiones populares. El día era para la fraternización y la celebración. Todos vestidos en tonos azul, blanco, rojo, con los atuendos, para los hombres «de la Revolución» y para las mujeres «de la Constitución». Solo unos pocos «aristócratas» (llamados *los aristomemos*) fueron lo suficientemente valientes como para vestirse de negro «para llorar por el pasado».

Muchos dejaron un testimonio de esta gran ceremonia. 300.000 parisinos esperaron allí desde la madrugada, bajo la lluvia, abriendo, cuenta la marquesa de La Tour du Pin, «miles de paraguas de todos los colores imaginables». En el centro de la gran explanada estaban los guardias nacionales reunidos por las 14.000 federaciones delegadas de los 83 departamentos, que desfilaron, no desde la Bastilla como se ha dicho a menudo, sino desde la Puerta de Saint-Martin.

El marqués de Ferrières nos describe «al obispo de Autun» (Talleyrand) preparándose para celebrar la misa en el «altar de la patria», en medio de 300 sacerdotes vestidos con el alba blanca cruzada con anchos cinturones tricolores. El barón de Frénilly se quedó sin voz por la rabia ante la elección del oficiante: «Tuvieron que encontrar a este pequeño obispo, ateo, jugador, villano y cojo para celebrar esta famosa celebración solemne al aire libre que parecía que el cielo le había cogido gusto a inundarnos cada cinco minutos con torrentes de lluvia [...]. Todo el día pasó así y el pequeño obispo no se perdió ni una gota; todos los catalejos estaban dirigidos a él, y era un consuelo universal, pues disfruta-

ba de esta fortuna que nunca lo ha abandonado, la de ser tan despreciado por sus amigos como por sus enemigos».

La Fayette estaba allí, con uniforme de gala, caracoleando sobre su caballo blanco. Era el hombre del día, pero quería ser la columna vertebral de una revolución conservadora amenazada a su izquierda y a su derecha. Después de haber prestado el juramento cívico de fidelidad a la nación, a la ley y al rey en nombre de la nación, el presidente de la Asamblea lo repitió, y todos los diputados con el pueblo respondieron con el grito de «¡Juro!».

Entonces Luis XVI se levantó y, a su vez, pronunció el juramento con una voz triste y cansada: «Yo, rey de los franceses, juro a la nación emplear todo el poder que me ha delegado la ley constitucional del Estado, mantener la Constitución y hacer cumplir las leyes». Se limitó a avanzar en el estrado de la tribuna oficial, con el sombrero en la mano y los brazos extendidos hacia el altar de la patria. Casi no se le oyó, y los tambores y una salva de artillería tuvieron que acompañar su juramento para que toda la multitud repitiera: «¡Juro!». El efecto habría sido muy diferente si Luis XVI hubiera cruzado el Campo de Marte para subir las gradas del altar de la patria y hubiera prestado allí juramento, arrebatándole el protagonismo a La Fayette. El rey tenía una carta para jugar, la del corazón. Este nuevo «rey de los franceses» definitivamente ya no era el rey de Francia y no será jamás el de la Revolución.

En todo el reino, los municipios celebraron la misma fiesta «para que el pacto federativo se pronunciara en conjunto y al mismo tiempo por todos los habitantes de todas las partes de este imperio». Al mediodía, con el disparo del cañón y el retoque de campanas, se prestó dicho juramento en toda Francia. Ahora es el momento para un nuevo mundo. En París, las festividades no terminaron hasta el domingo 18 de julio. Se saludó a la estatua ecuestre del buen rey Enrique IV, en la Place Dauphine («Tenía el amor del pueblo / Luis XVI es su heredero»). Fue recordada

moderadamente la Bastilla, por ese entonces destruida casi por completo. La habían reconstruido hábilmente para la ocasión con una decoración vegetal. En la entrada al bosque artificial iluminado, un letrero decía: «Aquí se baila». Había nacido el primer baile de la Bastilla.

Estampas y pinturas, poemas y piezas musicales, exvotos y juegos de mesa inmortalizaron la fiesta de la Federación, esta auténtica comunión nacional. Es imposible no asombrarse en retrospectiva ante esta gran ilusión colectiva. Hippolyte Taine, sin duda un gran adversario de la Revolución, subrayó hasta qué punto esta gran y solemne ceremonia puso toda su energía en la sensibilidad y la filosofía del siglo XVIII: «Los hombres han creído que, para instituir una sociedad perfecta, para establecer la libertad, la justicia y la felicidad sobre la tierra, les bastaba con el impulso del corazón y un acto de voluntad. Acaban de tener ese impulso y de realizar ese acto: se han entusiasmado y arrebatado con exceso. Ahora, es preciso que reaccionen. Su esfuerzo ha producido todo lo que podía producir, es decir, un diluvio de efusiones y de frases, un contrato verbal y no real, una fraternidad de aparato y de epidermis, una mascarada de buena fe, una ebullición de sentimiento que se evapora al punto; en suma, un carnaval amable y que dura un día[76]».

La ilusión federativa solo duró el tiempo de un espectáculo de fuegos artificiales. Los emigrados, cuyo número aumentaba al ritmo de los nuevos decretos de la Asamblea Constituyente, formaron en Saboya, en Inglaterra, en Alemania, pequeñas colonias muy activas que empujaron a los soberanos extranjeros a intervenir en Francia para liberar al rey. En Francia, los nobles contrarrevolucionarios provocaron conspiraciones y revueltas. En agosto de 1790, a instancias del conde de Artois, más de 10.000 adversarios de la Revolución se reunieron armados en Jalès, en el Ardèche, para formar un campamento. Se redactó un manifiesto que anuló todos los decretos de la Asamblea.

La disciplina en los ejércitos siguió desmoronándose. Los oficiales de bajo rango y los hombres de tropa se negaron a obedecer a los oficiales nobles que se vieron obligados a escoger el camino de la emigración. Estas salidas solo fomentaron la revuelta. Un oficial era molestado por soldados que lo acusaban de mostrar opiniones realistas montando un caballo blanco. La marquesa de La Tour du Pin escribió que, desde los primeros meses de 1790, «el partido demagógico utilizó todos los medios para corromper al Ejército».

El marqués de Clermont-Gallerande, exmariscal de campo del regimiento de caballería de Orleans, declaró: «Todo el Ejército, con la excepción de algunas guarniciones, había desertado, y lo más increíble es que este espíritu de delirio y revuelta ganó a los oficiales que se formaron en comités y se escribieron cartas circulares entre sí». En el Club de los jacobinos en junio de 1791, el diputado Roederer habló de «desaristocratizar el Ejército» y de «destruir lo más posible el compañerismo». Se crearán unas «elecciones de depuración» como preludio a los despidos de oficiales.

La cuestión del papel de la masonería surgió nuevamente. El Gran Oriente (una de las dos obediencias en Francia entonces, con la Gran Logia), que contaba con 23 logias militares en 1776, tenía 68 en 1789. Esta última evitó de antemano, a fines de 1790, cualquier acusación de violencia revolucionaria. Ciertamente, los principios de igualdad, libertad, fraternidad son suyos, pero estos «nunca habrían tendido a derrocar, con sacudidas violentas y medios sangrientos, las leyes civiles y políticas que rigen las naciones».

El asunto de Nancy estalló en este contexto. Los tres regimientos de la ciudad (entre ellos un regimiento suizo) habían creado unos comités de soldados afiliados al Club de los jacobinos local y fraternizaron con la Guardia nacional. La paga no llegaba y estalló una «revuelta» o, más bien, una huelga. La Fayette envió al general de Malseigne para restablecer la disciplina, pero

fue hecho prisionero el 24 de agosto y solo pudo huir lastimosamente. La Asamblea Constituyente entonces envió a Nancy al marqués de Bouillé, comandante en jefe de Lorena, Alsacia y el Franco Condado, a la cabeza de 4.500 hombres. Era el primo de La Fayette, que lo animó a asestar un gran golpe. El 31 de agosto, sus tropas se enfrentaron principalmente con el regimiento suizo. Un teniente, André Désilles, disuadió a los suizos de disparar con un cañón, aunque lo mataron. La represión fue severa: 2 soldados murieron en la rueda, 42 fueron ahorcados y otros tantos enviados a las galeras. Quince días después, las tripulaciones de la flota en Brest se amotinaron a su vez y llevó seis semanas restablecer el orden.

Ante la noticia de la represión de Nancy, el París jacobino se agitó y se manifestó ante las Tullerías y la Asamblea. La Fayette, que había empezado a vestir el traje de la represión, restableció el orden, pero ya no daba la talla en la lucha por la preponderancia en la Asamblea que lo oponía a Mirabeau; cuando las circunstancias exigieran su unión, el primero encontrará al segundo venal y poco confiable y el segundo juzgará al primero estúpido y engreído. Ambos tenían razón, pero los eventos se les escaparán de las manos al uno y al otro. Amigo íntimo de La Fayette, el gobernador Morris se dio cuenta de que estaba empezando a perder la estima general.

En cuanto a Mirabeau, dirigía regularmente al rey, debido a las finanzas, informes secretos calificados como «notas». Sin embargo, la reina no quería oír hablar de él, declarando al conde de La Marck, gran señor y, sin embargo, diputado de la nobleza: «Nunca seremos lo suficientemente desgraciados, creo, para ser reducidos al doloroso fin de recurrir a Mirabeau». ¿Significa que este último se veía a sí mismo como primer ministro? Para neutralizarlo, la Asamblea el 7 de noviembre de 1789 excluyó a los diputados de todos los puestos ministeriales.

En cualquier caso, el primer tenor de la Asamblea entendió los peligros de la radicalización. «Cuando te metes a liderar una revolución, escribe, lo difícil no es ponerla en marcha, sino detenerla». Al igual que La Fayette, se convirtió en el objetivo de Marat, quien lo arrastró por el lodo en *L'Ami du peuple*: «Solo le falta un corazón honesto para convertirse en un ilustre patriota. ¡Qué pena que no tenga alma! [...] ¿Qué esperar de un hombre sin principios, sin moral, sin honor? Y así se convirtió en el alma de los gangrenosos y de los ministeriales, el alma de los conjurados y los conspiradores» (10 de agosto de 1790).

El 31 de julio, Malouet denunció a la Asamblea las invitaciones al asesinato de Marat y Camille Desmoulins. Para hacerlo, empezó leyendo una página de *L'Ami du peuple* titulada «¡Ya está hecho con nosotros!»: «Corred a las armas [...]. Encerrad a la Austríaca [...]. Poned las cadenas a los ministros [...]. Aseguraos del alcalde y mantened al general (La Fayette) a la vista [...]. De quinientas a seiscientas cabezas sacrificadas os habrían asegurado el descanso, la libertad y la felicidad; una falsa humanidad ha sostenido vuestros brazos y suspendido vuestros golpes; costará la vida de millones de vuestros hermanos; dejad que vuestros enemigos triunfen por un momento y la sangre fluirá en grandes ríos, os degollarán sin piedad, destriparán a vuestras esposas y extinguirán para siempre entre vosotros el amor a la libertad, sus manos sedientas de sangre buscarán el corazón en las entrañas de vuestros hijos».

Marat ataca por su nombre a La Fayette. «¿Es que todavía podemos dudar, escribió en *L'Ami du peuple* del 12 de octubre de 1790, que el gran general, el héroe de dos mundos, el inmortal restaurador de la libertad, sea el líder de los contrarrevolucionarios?» En abril de 1791, en una larga acusación en forma de biografía, lo llamó, entre otras cosas, «vil cortesano, diestro bribón, astuto consumado, conspirador enmascarado, generalísimo de los contrarrevolucionarios». Este «emulador de Washington, án-

gel guardián de Francia», celebra la soberanía del pueblo, pero hace todo lo posible para destruirlo.

El propio Luis XVI no escapó de los violentos ataques del vituperador. «La estupidez de los reyes es pensar en sí mismos como seres de una naturaleza más elevada que la de los otros hombres; incluso tienen la locura de afirmar que el cielo los hizo para mandar [...]. La historia está llena de los crímenes de los reyes» (diciembre de 1790).

No se olvida de los ministros («astutos, pérfidos y traidores»), ni de «la mayoría corrupta de la Asamblea Nacional, los jefes del Ejército y el Municipio parisino». Incansablemente, Marat denuncia a los «sinvergüenzas», con nombres, descripciones y direcciones. Entre ellos, Lavoisier, miembro del Club de 1789, descrito como un «aprendiz de químico» y «el mayor intrigante del siglo».

La división del movimiento patriota se hizo patente en la primavera de 1791. En la extrema izquierda, Marat ya no estaba aislado. Podía contar con la creciente intransigencia de Robespierre, que se impuso cada vez más en el Club de los jacobinos, donde, para usar la expresión de sus adversarios, empezó a ejercer un verdadero «despotismo de opinión». Este último mantenía una correspondencia activa con las filiales («hijas») de la provincia que estaban proliferando: 123 en enero de 1791, más de 300 en junio y más de 1.100 a finales de año. Taine las ve «razonadoras de cabaret» pero eran los ojos y los oídos y, al mismo tiempo, las correas de transmisión del Club parisino. La burguesía de Caen, muy poco convencida con las ideas de la Revolución, manifestó en su periódico local su hostilidad hacia el Club de los jacobinos de Caen, fundado en agosto de 1790: «¿Qué es un club? Un grupo de hombres reunidos para discutir y deliberar sobre asuntos de Estado. ¿No tenemos una Asamblea Nacional? ¿Es que necesitamos varias?».

El activismo y el radicalismo de los jacobinos es denunciado por todos los demás clubes. La *Bouche de fer*, periódico del Círculo social, un nuevo club, escribió en febrero de 1791 que «es horrible, execrable, infernal y jesuítico, atreverse a decir como dicen los líderes jacobinos: fuera de nuestra iglesia no hay salvación». El Club monárquico se vio obligado a cerrar en marzo de 1791. Los jacobinos del Observatorio se habían quejado de los disturbios que causaba en el orden público, los cuales eran obra de esos mismos jacobinos que interrumpían constantemente sus sesiones e incluso les impedían que las tuvieran. El conde de Clermont-Tonnerre, que quería acogerlos, vio su mansión saqueada para evitar nuevas reuniones. «El Club de los jacobinos, a su vez, acusa a Malouet, prepara todos los decretos y gobierna en toda Francia por medio de sus corresponsales. No hay un pueblo grande o pequeño en el que esta sociedad no ejerza la más odiosa aristocracia; pues el pueblo, que no conoce el significado de esta palabra, debe saber que nunca hubo otros aristócratas que los que se reúnen y se coaligan para disponer de toda la autoridad, de todas las elecciones, de todas las plazas y las funciones públicas. Pues bien, me parece que gramatical y políticamente, esta es la descripción de los jacobinos».

Destacando en el Club de los jacobinos, del cual se convirtió en el primer orador, Robespierre empezó a emerger por encima del enfrentamiento. Un oscuro Louis Antoine de Saint-Just, de veintitrés años, le escribió en agosto de 1790 desde las profundidades de su Picardía[77]: «No eres solo el diputado de una provincia, eres el de la humanidad y de la República». Solo en los meses de marzo, abril y mayo de 1791, Robespierre intervino 66 veces en la Asamblea, donde formó con Pétion, Buzot, Prieur de la Marne un núcleo duro de «extremos». Su popularidad ahora se extendía a la Comuna de París y las tribunas de la Asamblea. El 5 de diciembre de 1790, un grave incidente en la sesión con los jacobinos lo enfrentó a Mirabeau, que le reprochó haber impugna-

do los decretos de la Asamblea, lo que hasta entonces el club había prohibido. Robespierre ganó.

Mirabeau ya no tenía futuro cuando finalmente fue elegido presidente de la Asamblea el 29 de enero de 1791. Desacreditado por sus intrigas con la corte que habían empezado a filtrarse, así como por la emigración de su hermano menor, agotado por sus excesos, desanimado también, abandonó la Asamblea el 27 de marzo y murió repentinamente (seguramente por un ataque de uremia) el 2 de abril. Las reacciones posteriores al anuncio de su muerte son de todo menos suaves. «He llegado a la conclusión, escribe Desmoulins, de que casi todo lo que se hizo bien en la Asamblea Nacional se habría hecho sin él, y que casi todo lo que se hizo mal fue hecho solo por él, y que la patria tenía más que temer que esperar de él». Sin embargo, fue enterrado con gran pompa en la iglesia de Sainte-Geneviève que la Asamblea transformó en esta ocasión en Panteón, una necrópolis reservada para los grandes hombres de la nueva era. Marat grita a la farsa y ya ve, yaciendo en este augusto lugar, a «la turba académica moderna, los ayudantes de cámara de la corte y la chusma senatorial». En cuanto a él, declinaba tal honor: «Sí, preferiría cien veces no morir jamás que tener que temer semejante ultraje».

Frente a esta extrema izquierda, aún minoritaria pero cada vez más activa, una mayoría de diputados que no temen nada mientras la dictadura del pueblo se deslice hacia un «centro derecha», por no decir el equivalente del partido británico «tory» de la época, defensor de un poder real fuerte y un sufragio censitario elevado. Después de la muerte de Mirabeau, el «triunvirato» Barnave-Duport-Lameth se acercó a la corte por miedo a la anarquía. El 17 de mayo, Duport expuso con precisión su programa: «La revolución ha terminado. Es necesario estabilizarla y preservarla combatiendo los excesos. Tenemos que limitar la igualdad, reducir la libertad y establecer la opinión. El gobierno

debe ser fuerte, sólido, estable». Solo que la revolución no había hecho más que empezar.

El cisma

El papa Pío VI no pudo evitar reaccionar a las medidas antirreligiosas tomadas por la Asamblea Constituyente. El 29 de marzo de 1790, condenó la confiscación de los bienes del clero en consistorio y por petición expresa de Luis XVI y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Montmorin Saint-Herem, esta condena se mantuvo en secreto. No será lo mismo para la Constitución civil del clero, incluso si el Papa, que temía un cisma, había retrasado su notificación. Sin embargo, puso en guardia a Luis XVI, el 22 de julio de 1790: «Debemos deciros con firmeza y amor paternal que, si aprobáis los decretos sobre el clero, lleváis a engaño a toda vuestra nación, precipitáis vuestro reino en el cisma y puede que en una cruel guerra de religión». No podría ser más claro.

El arzobispo de Boisgelin y el cardenal Bernis, encargado de negocios ante la Santa Sede, intentaron una conciliación imposible, pero los decretos de aplicación, votados por una Asamblea a la que le importaba Roma un comino, llevaron al Papa a una condena pública. El del 27 de noviembre estipulaba que se les exigiría a todos los eclesiásticos en ejercicio, cura o diócesis, seminario o colegio, como a los demás funcionarios públicos, que prestaran un juramento de lealtad «a la nación, a la ley y al rey» y que juraran «mantener la Constitución con todo su poder». Los que se negaron fueron reemplazados.

Aislado, acorralado, el rey sanciona estos decretos el 26 de diciembre. Pronto hablará de una «desgraciada aceptación» que considera nula e inválida, pero el daño ya está hecho. El 3 de enero de 1791, los eclesiásticos fueron convocados a prestar jura-

mento dentro de las veinticuatro horas. El Papa no podía seguir en silencio.

El 10 de marzo de 1791 dirigió un primer breve papal (carta oficial de carácter privado) a los obispos diputados de la Asamblea Constituyente. Bajo el nombre de *Quod aliquantum* (*Quod aliquantum differe – Lo que ha sido diferido por algún tiempo*), condena la Constitución civil del clero y, en general, todos los ataques contra la religión: «Todavía no hemos lanzado la ira de la Iglesia contra los autores de esta desafortunada Constitución del clero [...]. Primero decidimos permanecer en silencio, por temor a irritar aún más a estos hombres desconsiderados con la voz de la verdad, y precipitarlos en excesos mayores [...]. El efecto necesario de la Constitución decretada por la Asamblea es aniquilar la religión católica y, con ella, la obediencia debida a los reyes».

Con frecuencia se lee que el Papa no cuestionó la Declaración de los derechos del hombre. Pero si: «¿Dónde está esa libertad de pensar y actuar que la Asamblea Nacional otorga al hombre social como un derecho inalienable de la naturaleza? ¿No es este derecho quimérico contrario a los derechos del Creador supremo a quien debemos la existencia y todo lo que tenemos? [...] Esta igualdad, esta libertad tan exaltada por la Asamblea Nacional, por lo tanto, solo lleva a acabar con la religión católica». Pío VI concluye su breve exhortando a los obispos a «rechazar con el mismo espíritu las trampas de estos nuevos legisladores y, con la ayuda de Dios, defender la religión católica contra sus proyectos». Un segundo breve (*Caritas*), esta vez dirigido a la Iglesia de Francia en su conjunto, el 13 de abril, condena el juramento y a los prelados electos. El cisma se había consumado.

La Iglesia de Francia se fracturó entre los eclesiásticos «juradores» y los que rechazaron el juramento, los «no juradores», casi inmediatamente llamados «refractarios» porque fueron asimilados *ipso facto* con los adversarios de la Revolución. Al final del período de veinticuatro horas, los diputados eclesiásticos con-

centraron toda la atención pública. De 250 juraron 105. Los que se negaron no dieron marcha atrás ante el argumento engañoso del padre Grégoire, el primero en jurar, que les explicó en serio que la Asamblea no les exigía un «asentimiento interior» y que, por lo tanto, podían prestar juramento contra su conciencia.

Los recalcitrantes fueron conminados a obedecer, pero permanecieron sentados, excepto cuatro de ellos. Las tribunas vociferaban y, con ellas, la muchedumbre congregada fuera. Monseñor Beaupoil de Saint-Aulaire, setenta años, obispo de Poitiers, se levantó y subió a la tribuna: «He pasado treinta y cinco años en el episcopado. No quiero deshonrar mi vejez; no quiero prestar juramento. Tomaré mi suerte con espíritu de penitencia». Seguirán veinte retractaciones. En Francia, solo jurarán 4 obispos de 93. Para el bajo clero, será mitad y mitad, con grandes disparidades regionales.

Se estableció una nueva Iglesia durante el año 1791. De conformidad con la Constitución civil del clero, los obispos departamentales fueron elegidos, incluidos los no católicos. Con raras excepciones, como Jean-Baptiste Gobel, obispo de París, todos eran de origen modesto, en la mayoría de los casos expárrocos. Entre ellos se encuentra Claude Fauchet, de cuarenta y siete años, conocido por su exceso de lenguaje, aunque excelente orador. Escribió *De la religión nationale*: el título lo dice todo. Un simple sacerdote parisino, corrió por varios obispados en vano antes de obtener el de Caen; preconizaba la igualdad por el Evangelio almorzando con los jacobinos locales.

Los nuevos párrocos, también elegidos, carecían en su mayoría de instrucción, especialmente religiosa. Se dice que un prelado dijo de ellos: «Cuando no se tienen caballos, se trabaja con burros». En Dordoña, un vicario del nuevo obispo propuso elegir a laicos, aunque hubiera que ordenarlos después. Esta sería la forma, argumentaba muy en serio, de recuperar la Iglesia de los primeros cristianos.

Para el pueblo de la Francia profunda, creyente y apegado a sus tradiciones, la tendencia era la de considerar como sacerdotes solo a los no juramentados. Nadie quería ir a confesarse con un jurador. Las misas de los «sacerdotes constitucionales» estaban desiertas. Los obispos daban el ejemplo de la resistencia. En el campo se divulgaron nuevos mandamientos de la Iglesia: «Una fe profesarás, / La de Roma únicamente [...] / De los cismáticos, huirás / Misas, sermones igualmente».

La polémica se encendió y el abismo se abrió irreparablemente. Por primera vez, un obstáculo importante se presentaba ante los aprendices de brujo de la Asamblea Constituyente. Algunos diputados, sin embargo, habían percibido el peligro del cisma. El 12 de abril de 1790, Dom Gerle, miembro del Comité eclesiástico de la Asamblea y, sin embargo, comprometido con las nuevas ideas, no aprobó la siguiente moción: «La religión católica, apostólica y romana es y siempre seguirá siendo la religión de la nación y su culto será el único autorizado». Fue necesaria toda la astucia de la izquierda para aplazar la sesión y luego hacer adoptar una contramoción, el tiempo de convencer a los diputados. De acuerdo con la Declaración de los derechos, el nuevo Estado reconocía (teóricamente) todas las religiones, pero no adoptaba ninguna. La Revolución acababa de inventar una Iglesia de Estado sin una religión de Estado. Hecho sin precedentes en ese momento: nunca se había visto un Estado sin religión.

Ipso facto, la fidelidad a la Iglesia de Roma se asimilaba a la contrarrevolución y la represión se abatió. Los obispos legítimos fueron expulsados y a menudo obligados a emigrar. Estos eran los refractarios declarados enemigos de la patria, denigrados y ridiculizados por las caricaturas. El fanatismo, la traición, la perfidia, la hipocresía no son el menor agravio contra ellos. Pero sabrán cómo someterlos... Un grabado titulado «Medios para hacer jurar a los obispos y sacerdotes aristocráticos» representaba a

un sacerdote en el púlpito. Su brazo derecho está atado a una cuerda al final de una polea que se apresta activar «el Pueblo».

«El eclesiástico refractario» describe a un sacerdote como un cuervo, con una nariz priápica, que levanta la cabeza hacia un triángulo luminoso mientras que a sus pies se encuentra la tiara papal, con esta leyenda: «En medio del Resplandor más puro / tú permaneces en el claroscuro». Este triángulo no es el de la Trinidad, sino el símbolo masónico del Gran Arquitecto del universo, tal como aparece en el frontispicio de la Declaración de los derechos del hombre.

El maniquí del Papa fue quemado en un auto de fe el 3 de mayo de 1791, ante el Palais-Royal, como era debido. En su frente, escrito en rojo: «Fanatismo» En su mano izquierda, el breve *Quod aliquantum* y en la derecha, un puñal. En Dijon, pegaron penes en las puertas de todos los conventos. En París, las caricaturas mostraban a monjas y devotas, azotadas en los traseros desnudos por las «damas de la Halle». Eran las «nalgadas patrióticas». En casi todas partes, los sacerdotes refractarios son atacados; los fieles no pueden asistir a sus misas. Los conventos son invadidos y sus religiosos ultrajados.

La venta de bienes nacionales consumó la destrucción de la Iglesia al obligar a los religiosos a dispersarse. Las operaciones comenzaron en mayo de 1790. Un patrimonio inmenso y venerable desaparecerá en unos años (la mayor parte desde 1791), vendido en subasta con lotes no fraccionados, favoreciendo a compradores y especuladores adinerados, ricos burgueses y «gallitos de aldea», excluyendo a los pequeños campesinos que, sin embargo, la propaganda jacobina ponía por delante. Los edificios de las abadías y prioratos fueron desmantelados piedra por piedra convirtiéndolos en canteras. Su contenido quedó disperso: valiosos manuscritos, bibliotecas ilustres, esculturas y pinturas, revestimientos de madera y entarimados, rejerías y hierros forjados… Trece siglos de ferviente cristianismo desaparecen así.

La crisis religiosa, gravísima, que los historiadores de la Revolución minimizan con demasiada frecuencia, sobre todo si se ve solo desde París, provocó inmediatamente disturbios y motines que nunca se detendrán. «Al querer evitar la contrarrevolución, los constituyentes le dieron un alimento formidable. Encendieron la guerra religiosa», observa Bainville. Ya el 10 de mayo de 1790 en Montauban, el inventario de bienes religiosos se saldó con la muerte de cinco guardias nacionales. Otros, heridos, fueron arrastrados a la catedral para pedir perdón a Dios. Un motín del mismo tipo estalló en Toulouse el 29 de marzo de 1791. El 16 de febrero, más de 3.000 campesinos marcharon sobre Vannes para preservar a sus sacerdotes declarados refractarios.

La división religiosa constituyó un punto de inflexión capital. Al terminar de darle un carácter mesiánico a la Revolución, llevó consigo el recurso a la guerra y no es casualidad que la primera conquista se llevara a cabo en Aviñón y el condado Venesino, tierra de papas desde el siglo XIV. Su anexión fue decidida por la Asamblea el 14 de septiembre de 1791 después de que la población se sublevara. Durante la noche del 16 al 17 de octubre, los revolucionarios se vengaron masacrando a más de 60 partidarios del Papa detenidos en la prisión de la Glacière. Mathieu Jouve llamado Jourdan, tabernero en París y jefe de los «Voluntarios del Vaucluse», se ganó el apodo de Jourdan Corta-Cabezas. El año anterior, el 22 de mayo, en el llamado decreto de Declaración de paz en el mundo, la Asamblea Constituyente, sin embargo, había afirmado: «La nación francesa renuncia a emprender cualquier guerra con miras a hacer conquistas y [declara] que nunca usará la fuerza contra la libertad de ninguna persona».

En Saint-Christophe-du-Ligneron, al sur de Nantes, en enero de 1791, los fieles, campesinos, se rebelaron contra el nuevo párroco, un jurador. Había llamado a la tropa para vigilar la misa. Un manifestante fue asesinado. Un muerto, uno solo, se podría decir considerando la larga lista de víctimas de la Revolución. Sí,

pero este muerto fue el primero en Vendée, tierra de ferviente catolicidad que la Constitución civil del clero hundió en la desesperación. Aquí, muy pocos sacerdotes aceptaron prestar juramento, y algunos de ellos se retractaron.

Mientras que la anexión unilateral de Aviñón presagiaba el uso de la conquista como horizonte de una revolución que solo podrá durar a través de la violencia y el terror, el cisma cristalizó la guerra civil. La mecánica infernal estaba en marcha. ¿Qué es la Revolución, sino una guerra civil?

El fracaso de Varennes

Desde los días de octubre de 1789, su séquito, y especialmente la reina, estuvieron presionando al rey para que huyera de París. Durante mucho tiempo no conseguía decidirse. ¿Todavía creía que podría acomodarse a la Revolución? El cisma provocado por la Asamblea finalmente convencerá a este ferviente católico devoto a partir. Las damas, sus tías, dieron ejemplo el 19 de febrero de 1791 exiliándose a Roma, cerca del Papa.

Y ahora, el 18 de abril, el día después del Domingo de Ramos, Luis XVI quería ir a su castillo en Saint-Cloud para celebrar su Pascua allí y descansar un poco. Una masa de energúmenos, principalmente de los *cordeliers*, le bloqueó el camino e insultó, y amenazó a la familia real en su carruaje. Por una vez, el soberano se resistió y declaró: «¡Sería sorprendente que después de haber dado libertad a la nación, yo no fuera libre!». Apareció La Fayette, que propuso proclamar la ley marcial. «No quiero que nadie derrame sangre por mí», respondió el monarca, que tuvo que volver a entrar en las Tullerías.

A aquellos que aún lo dudaban, en particular las cortes de Europa, les parecía que el rey era de hecho un prisionero. Esa misma tarde, María Antonieta se dirigió al conde de Fersen, un apuesto oficial sueco al servicio de Francia desde la guerra de América, con quien había establecido un idilio platónico y que la había animado a escapar: «El rey te da carta blanca».

La situación que vivía la familia real les parecía intolerable a algunos a pesar de la propaganda. Este es el caso del abate Raynal, famoso por sus escritos filosóficos, que había declinado su elección a los Estados Generales invocando su respetable edad (setenta y seis años en 1789). Pero se le consideraba un padre

fundador de la Revolución. Sin embargo, el 31 de mayo de 1791, dirigió una larga carta a la Asamblea, leída en la tribuna en vista de su notoriedad y que resultó ser una acusación formal: «Me he atrevido después de mucho tiempo a hablar con los reyes sobre sus deberes; permitidme que hoy le hable al pueblo de sus errores y a sus representantes de los peligros que nos amenazan [...]. ¡Qué veo a mi alrededor! Disturbios religiosos, discusiones civiles, la consternación de unos, la tiranía y la audacia de otros, un gobierno esclavizado por la tiranía popular, el santuario de las leyes rodeado de hombres frenéticos que quieren dictarlos o desafiarlos alternativamente; soldados sin disciplina, líderes sin autoridad, ministros sin medios, un rey, el primer amigo de su pueblo, sumido en la amargura, ultrajado, amenazado, despojado de toda autoridad, y el poder público que ya solo existe en clubes donde hombres ignorantes y groseros se atreven a pronunciarse sobre todos los asuntos políticos».

Estallaron murmullos y protestas. Un diputado exclamó: «Si vamos a escuchar estas insolencias, me voy». Sin embargo, la lectura continuó: «Habéis llegado a este triste resultado: un rey sin autoridad, un pueblo sin freno». A la izquierda, se peleaban para hablar. Robespierre intervino: «La Asamblea nunca me había parecido tan superior a sus enemigos como cuando la he visto escuchar con una tranquilidad tan expresiva la censura más vehemente de su conducta y de la revolución que ha llevado a cabo». En cuanto a esos ataques, concluyó, les hacían el juego a los enemigos de la libertad, pero excusó al abate Raynal debido a su respetable edad.

En su *Carta a un miembro de la Asamblea Nacional de Francia* que publicó en la misma fecha, Burke también denunció el destino reservado al infeliz monarca: «Sería mejor para él dejar de vivir (ha dejado de reinar) que seguir siendo el instrumento pasivo de la tiranía y la usurpación[78]». Visionario, el británico predijo que los revolucionarios «no conservan el nombre de rey, sino para

engañar a los franceses, que aún le veneran. Calculan el estado de esta veneración y no les hará anticipar ni una hora la ejecución del designio que tienen muy premeditado[79]».

Después de muchas dudas, aplazamientos de fechas combinados con unos preparativos demasiado largos que alimentaban los rumores, la salida finalmente se fijó para la noche del 20 de junio. Contrariamente a lo que se ha escrito con demasiada frecuencia, Luis XVI no tenía la intención de abandonar Francia, sino ir a Montmédy, una ciudad fortificada a los pies de la cual se encontraba un gran campamento militar de 6.000 soldados, en su mayoría suizos y alemanes, impermeables a la propaganda revolucionaria. ¿Para hacer qué? Es difícil imaginarlo encabezando una tropa para reconquistar París. Desde Montmédy, podría tratar con las cortes extranjeras para restaurar la autoridad real. ¿Pero cómo iba a llegar a eso sin hacer la guerra a su propio país? El rey no ve tan lejos. A él le importaba sobre todo liberarse de una capital que lo humillaba y oprimía.

No se trataba de huir como un ladrón. En una declaración «dirigida a todos los franceses a su salida de París», recapitulaba todos sus actos de buena voluntad desde el mes de mayo del 89. Él, resumía, hizo todo lo posible para establecer una sabia libertad. Sin embargo, la Asamblea solo le dejó «el vano simulacro de la realeza». Fustigaba «la anarquía y el despotismo de los clubes», empezando por el de los jacobinos que dominaba la Asamblea. «Franceses y sobre todo vosotros, parisinos, ¡regresad a vuestro rey!» Para concluir, no pedía un retorno a la monarquía absoluta, sino el establecimiento de una constitución que él aceptaría, el respeto a la religión, en resumen, un gobierno «restaurado sobre una base estable».

A pesar de la vigilancia de la Guardia nacional, la fuga de las Tullerías se realizó sin problemas después del anochecer. La parte más difícil parecía estar hecha. En coches de ciudad, los fugitivos se dirigieron a la puerta de Saint-Martin, donde los esperaba una

gran berlina construida a propósito. ¿Por qué no eligieron dos diligencias inglesas, ligeras y rápidas? María Antonieta se había negado, pues no quería separarse de su real esposo, cuyo destino quería compartir. Acordaron unas identidades falsas. Madame de Tourzel, institutriz de los infantes de Francia, se convirtió en la baronesa de Korff, una dama que viajaba con sus dos hijos (Madame Royale, de doce años, y el delfín, de seis, disfrazado de niña). La reina, vestida de gris, era su ama de llaves. El rey, con un sombrero redondo, se hizo pasar por un mayordomo llamado Durand. Madame Élisabeth era Rosalie, una dama de compañía.

Tuvo que llevarse dos guardias *de corps*, pero Luis XVI se opuso a que fueran armados, lo que los privó de cualquier utilidad. En la misma línea, al marqués de Bouillé, que acordó hacerse cargo de la protección militar durante el camino, le habría gustado que el conde de Agoult, escudero del rey, conocido por su espíritu de decisión, hubiera ido en la berlina. Pero el soberano prefirió asignar el único lugar disponible a Madame de Tourzel, cuya presencia no era indispensable. Como escribirá Louis de Bouillé más tarde sobre su padre: «El señor de Bouillé, sin ser cortesano, permitió que todo el asunto tomara demasiado el color de un asunto de corte».

El marqués de Bouillé disponía de no menos de 23 escuadrones de húsares y dragones que se escalonaron en las sucesivas casas de postas, salvo en las primeras, para no llamar la atención. Por la misma razón, abandonaron la idea de una escolta de caballería. Este dispositivo militar, enorme y complicado, requería una sincronización perfecta, que se basaba en un horario que había sido sabiamente calculado, demasiado. Fersen, el alma y el artesano de la fuga para, según su propia expresión, «la salvación del rey y sobre todo de la reina», había previsto dos horarios: uno «puntual» y otro «como muy tarde».

Mientras que el conde y la condesa de Provence, cuya huida se había preparado al mismo tiempo, abandonaron fácilmente el

Palacio de Luxemburgo para tomar la dirección de Mons, en los Países Bajos austriacos, el retraso de la pareja real se impuso desde el principio, en la barrera de Saint-Martin. La berlina no estaba lista e incluso el rey cometió la imprudencia increíble de bajar del coche para preocuparse por esto. Cuando por fin llegó el tiro a las 2 menos diez de la madrugada, ya llevaban una hora y media de retraso.

El primer relevo tuvo lugar en Bondy alrededor de las 3 bajo la escolta de Fersen, que, curiosamente, se detuvo allí. Un cabriolé con dos camareras se unió a la berlina poco antes de Meaux, donde llegaron alrededor de las 6. Los coches se detuvieron a las 11 en Montmirail. Hacía mucho calor. Pasaron las consignas y desmontaron. El soberano se tomó el tiempo para conversar con los campesinos sobre la cosecha. Ahora ya llevaban, o más bien no llevaban, tres horas de retraso. Mientras tanto, París se había despertado sin su rey. La Fayette envió inmediatamente correos en todas las direcciones para capturar a la familia real.

Eran las 2 de la tarde cuando llegaron a Chaintrix. Luis XVI se dejó ver una vez más, pero, esta vez, fue reconocido. Aceptó entrar en la sala de la posada para comer. De posta en posta, por medio de los postillones, empezó a extenderse el rumor del paso del monarca. Los militares, que tomaron misteriosamente una posición, iban sembrando la inquietud. No estaban informados de la naturaleza de su misión. Sus oficiales les habían hablado de la protección de un «tesoro».

El rey fue nuevamente reconocido en Châlons-sur-Marne, que no abandonó hasta las 6 y media de la tarde, con un retraso que ahora llegaba a las cuatro horas. El «como muy tarde» había sido superado hacía ya mucho tiempo. La siguiente posta se llamaba puente de Somme-Vesle, donde la población se alarmó por la presencia de un escuadrón de dragones que había estado estacionado allí durante demasiado tiempo. Sonó la voz de alarma.

El duque de Choiseul, coronel de los dragones reales, que comandaba personalmente el destacamento, se dio cuenta de que el «tesoro» ya no iba a pasar. El plan de Fersen preveía una llegada a la 1 de la noche, «como muy tarde» a las 2 y media, pero eran las 5 y media. Preocupado por no alarmar aún más a la población, ordenó a sus caballeros que se retiraran a Varennes, pero no dejó que nadie observara el camino, por si acaso. La berlina llegó una hora después.

En la posta cerca de Sainte-Menehould, el jefe de postas se llamaba Jean-Baptiste Drouet, de veintiocho años. Según la leyenda, proporcionada principalmente por el interesado, fue el primero en reconocer al rey al examinar una moneda con su efigie. No pasó nada. No identificó a los viajeros cuando llegaron, como prueba que les hiciera el relevo sin inmutarse, sin pedirles su pasaporte. Pero he aquí que, una hora después de la partida de la berlina, a las 8 en punto de la tarde, se presentó un mensajero con el caballo cubierto de sudor, que llevaba un decreto de la Asamblea ordenando detener los coches que, obviamente, eran los que acababan de irse. Cuando se le preguntó en el Ayuntamiento, el jefe de postas estaba confundido, pero el municipio tenía tanto interés como él en ocultar su error. Entonces Drouet y un cierto Guillaume, llamado La Hure, que eran antiguos dragones que sabían cabalgar por la noche, se lanzaron inmediatamente detrás del convoy.

Mientras tanto, la familia real había llegado a las 9 y media a Clermont-en-Argonne donde los caballeros del conde de Damas, coronel de Monsieur-Dragons, esperaban en una atmósfera turbulenta. El conde se preocupó por el retraso, pero no se movió. Por primera vez, un destacamento entró en contacto con Luis XVI, pero fue para oírle decir que no quería escolta. Contra todo sentido común, los vehículos se fueron solos. Los viajeros estaban confiados. Se quedaron dormidos.

Eran las 11 menos 10 y estaba muy oscuro cuando el imprevisor cortejo se detuvo en la entrada de Varennes, que no tiene casa de postas. Se había preparado una posta móvil, pero no la pudieron encontrar por la buena razón de que está ubicada en el otro extremo de la aldea, más allá de un pequeño río. Una escolta habría encontrado inmediatamente el tiro de relevos, mientras que los viajeros se quedaron allí, esperando, durante 35 minutos. Este fue el tiempo que necesitaron Drouet y Guillaume para llegar y dar la alarma.

Sonó la campana de alarma y todos se despertaron. Cuando los coches entraron por la estrecha calle central, se cerró la trampa. Al final de la calle, el puente estaba bloqueado. Después de muchas discusiones, la familia real decidió entrar en la casa de Jean-Baptiste Sauce, tendero y fiscal de la ciudad.

¿Pero qué hacía la caballería? El hijo menor de Bouillé, François, capitán de húsares sin experiencia, de diecinueve años, estaba a cargo de la seguridad en la posta de Varennes. Su padre lo puso allí para complacerlo, en un puesto considerado secundario. Sin embargo, los retrasos acumulados alteraron la organización de la protección. Se sucedió un extraordinario tira y afloja de caballeros mientras el joven Bouillé esperaba tranquilamente al lado de los caballos de relevo al otro lado del puente. Nunca se le ocurrió enviar a un caballero para vigilar el otro extremo de la aldea.

Choiseul y sus húsares errantes al final llegaron y se colocaron en orden de batalla, pero la casa Sauce ahora estaba bloqueada por los habitantes y los guardias nacionales. Era casi la 1 de la madrugada. Fueron a despertar a Jacques Destez, juez de Varennes, pero que había vivido en Versalles. Reconoció formalmente a Luis XVI y dobló la rodilla. «Pues bien, sí, lo admito, soy tu rey». Inmediatamente, un correo, llamado Mangin, salió al galope para alertar a París.

El conde d'Eslon, jefe de escuadrón con los húsares Lauzun, dirigía el destacamento en la posta siguiente, Dun, la penúltima antes de Montmédy. Cuando se enteró de que la familia real estaba detenida en Varennes, reunió a sus húsares y se apresuró a rescatarlos. A la entrada del pueblo, el puente estaba cerrado. No quería tomar la iniciativa en un enfrentamiento del que sin duda saldría victorioso y logró ir solo para hablar con el monarca. Pidió permiso para cargar, sable en mano, para liberarlo. El soberano se negó, reticente como siempre a derramar sangre y argumentó que temía por su familia. Louis de Bouillé, ayudante de campo de su padre y hermano mayor de François, evocará en sus *Memorias* «la cruel bondad» de Luis XVI.

Son las 5 y media de la mañana. La pareja real contaba con la llegada del marqués de Bouillé con la mayor parte de sus tropas que, por su número, les permitirían ser liberados sin derramamiento de sangre. En lugar de Bouillé, llega el decreto de la Asamblea. «¡Ya no hay un rey en Francia!», comenta al leerlo el desafortunado monarca. Afuera, una gran multitud, que había llegado de los pueblos vecinos, vociferaba: «¡A París! ¡A París!».

Mientras los fugitivos intentaban ahorrar tiempo, François de Bouillé, angustiado, se entretuvo por el camino, sin prisa por informar a su padre de semejante fracaso. Este último retraso explica por qué el marqués de Bouillé, finalmente alertado, llegó frente a Varennes con su regimiento, el real alemán, a las 9, solo una hora después de que la berlina se pusiera de camino hacia Clermont, rodeada de 2.000 a 3.000 manifestantes. Bouillé debería haber continuado, pero los caballos estaban exhaustos y toda la región estaba en ebullición. Renunció. Tal acumulación de errores (¿podemos hablar de mala suerte?), cada uno más aberrante que el otro, deja sin palabras.

El viaje de regreso fue una pesadilla, una larga serie de humillaciones. Duró tres días y dos noches, en medio de una multitud cada vez más hostil. En Sainte-Menehould, el conde de Dampie-

rre, que había ido a saludar a su soberano, fue masacrado. En Chouilly, en el Marne, un individuo salta al estribo de la berlina y le escupió en la cara al monarca.

Informada por Mangin, la Asamblea delegó a tres diputados, Barnave, Pétion y el conde de La Tour-Maubourg, que se unieron al rey cerca de Dormans para «proteger la seguridad de su persona». Barnave y Pétion subieron en la berlina, donde tuvieron que amontonarse. Madame Campan, la primera camarera de María Antonieta, narró, en su testimonio, la conducta de Pétion, humillando a gusto a la familia real: «Comió, bebió en la berlina del rey con mala educación, arrojando los huesos de pollo por la ventanilla, a riesgo de mandarlos directamente a la cara del rey, levantando su vaso sin decir una palabra, cuando Madame Élisabeth le sirvió el vino, para decir que ya tenía suficiente». Pétion incluso se habría permitido sentar en su regazo al delfín y molestarlo hasta que la reina, impaciente, se lo quitó.

Barnave, por el contrario, escuchaba con interés y no sin emoción una larga súplica de Madame Élisabeth. La reina lo conmovió especialmente, hasta el punto de que a menudo se dice que se enamoró de ella y le prometió ayuda. Pero ya no era tiempo para idilios.

El itinerario para entrar en París había sido cambiado para evitar manifestaciones demasiado violentas. Sin embargo, había una multitud al paso del cortejo. «La participación del pueblo fue inmensa, contaba Pétion. Parecía que todo París y sus alrededores estaban reunidos [...]. Todos llevaban puesto el sombrero. Reinaba el silencio más majestuoso». Era el sábado 25 de junio de 1791 a las 10 de la noche cuando la familia real regresó a las Tullerías.

Después de los días de octubre de 1789, fue la segunda muerte de la realeza, solo que terminó en un brutal divorcio entre el trono y la opinión, rompiendo la ficción de una unión entre la

Corona y la Revolución sobre la cual descansaba la Constitución a punto de completarse.

Impasse en el Campo de Marte

El marqués de Bouillé no debía de estar orgulloso del pobre papel que jugó en la huida del rey. Quizás fue para salvar el tipo por lo que, desde Luxemburgo, donde se había refugiado y donde se estaba preparando para unirse al ejército de emigrados, dirigió una carta amenazadora a la Asamblea el 26 de junio que produjo lo contrario del efecto deseado porque afirma la culpa de los fugitivos. «El rey acaba de hacer un esfuerzo para romper sus grilletes; [...] él sigue siendo vuestro cautivo. Sus días y los de la reina están a disposición de un pueblo al que habéis hecho feroz».

Bouillé, que asume la responsabilidad de la huida, advierte: «Vosotros respondéis de los días del rey y la reina a todos los reyes del universo: si se les toca un pelo de la cabeza, no quedará piedra sobre piedra en París. Yo conozco los caminos; guiaré a los ejércitos extranjeros. Esta carta es solo el preludio del manifiesto de los soberanos de Europa; os avisarán con más fuerza de la guerra que deberíais temer. Adiós, caballeros».

El barón de Frénilly cuenta que, al anuncio de la huida del rey, primero se llenó de alegría. «Los jacobinos tenían las orejas gachas. Tres días después, los papeles cambiaron y la Revolución, que ha hecho progresos a sacudidas, debió a este imprudente viaje uno de sus más importantes paroxismos. Este evento devolvió el tono al partido revolucionario».

Hasta entonces, había sido inconveniente hablar de República. Nadie imaginaba que la monarquía podría dejar de existir, pero la soberanía de Luis XVI se había degradado tanto que de hecho ya no existía. Brissot escribió en *Le Patriote français* del 24 de septiembre de 1790: «Adoro al gobierno republicano, pero

todavía no creo que los franceses sean dignos de este régimen sagrado. Conquistar la libertad no es nada; saber conservarla es todo; sin embargo, no se puede conservar sin moral y nosotros no tenemos la que sostiene el peso de la libertad republicana».

Incluso despojado de la mayoría de sus poderes, el rey participó en un frágil equilibrio y garantizó, al menos formalmente, la cohesión del cuerpo social. Varennes lo cambió todo. Al anuncio de su fuga el 22 de junio, Brissot cambió de tono: «La espada ahora está desenvainada; hay que tirar lejos la vaina». Ahora todo es posible, pero el fugitivo ha regresado y había que decidir su destino.

Bajo la influencia de La Fayette, la Asamblea acreditó la versión de su secuestro «por los enemigos del bien público». Robespierre se preguntó con ironía «si los pueblos estaban hoy a punto de creer que se raptan a los reyes como se raptan a las mujeres».

La Asamblea se encontraba a la vez confusa y dividida. El 25, unas horas antes de que el rey regresara a las Tullerías, votó por su suspensión, pero no por su degradación, que Danton exigía a gritos a los jacobinos desde el 23: «El individuo declarado rey de los franceses, después de haber jurado mantener la Constitución, huyó, y he oído que no ha sido despojado de su corona. Pero este individuo, declarado rey de los franceses, ha firmado un documento en el que declara que buscará los medios para destruir la Constitución. La Asamblea Nacional debe desplegar toda la fuerza pública para garantizar su seguridad. Es necesario que le presente su escrito; si lo admite, entonces es sin duda un criminal, a menos que se le considere imbécil. Sería un espectáculo horrible que daríamos al universo si, teniendo la facilidad de encontrar un rey criminal o un rey imbécil [en el sentido médico de la época], no eligiéramos esta última opción».

Este primer gran discurso de Danton marcó el tono a los jacobinos y Condorcet, el 8 de julio, se pronunció por la República.

El 29 de junio, la Sociedad de amigos de la igualdad de Montpellier, que estaba afiliada a ellos, dirigió una petición escrita por Pierre Joseph Cambon a la Asamblea: «El monarca actual está degradado y lo despreciamos demasiado para odiarlo o temerlo [...], nos limitamos a pediros que el francés no tenga otro rey que él mismo [...]. Lo único que nos faltaba para ser romanos era el odio y la expulsión de los reyes. Tenemos el primero, esperamos que nos deis la segunda».

La Asamblea aún estaba dividida sobre el principio de la inviolabilidad y los debates se eternizaban. En la sesión del 13 de julio, Vadier, al que se oyó por primera vez, habló de «bandido coronado» cuya inviolabilidad no podía invocarse ya que había «abdicado su corona». Robespierre intervino al día siguiente, largamente como de costumbre: nadie, ni siquiera el soberano, estaba por encima de la ley. «El derecho es inviolable por una utopía. Los pueblos lo son por el derecho sagrado de la naturaleza». Cubrir al rey «con el escudo de la inviolabilidad» es inmolar la inviolabilidad de los pueblos a la de los reyes.

Luis XVI, que hasta ahora había sido respetado, al menos formalmente, era objeto de un desencadenamiento mediático que se había puesto en marcha, con éxito, por cierto, para demonizarlo. Incluso antes de Varennes, las caricaturas insultaban a María Antonieta: «Arpía, gallina de Austria [avestruz][80]». «Digiero oro y plata con facilidad / pero la Constitución, no puedo tragarla». Toda la familia real estaba siendo ultrajada como en esa imagen que mostraba a «la familia de cerdos llevada de vuelta al establo». Eran numerosas las caricaturas que repetían a ultranza el tema del «cerdo Luis XVI» al que a veces se le añadían orejas de burro. Su animalización lo desacralizaba ridiculizándolo.

Una caricatura titulada «El ídolo derribado» destacaba el estancamiento institucional: Francia, vestida con el manto real, rompía a garrotazos el busto de Luis XVI, pero estaba rodeada de guardias nacionales y patriotas agitando en la punta de sus ba-

yonetas y picas una corona real con este emblema: «La defenderemos hasta la última gota de nuestra sangre».

La prensa jacobina estaba sincronizada. Junto a *L'Ami du peuple*, apareció un nuevo periódico en septiembre de 1790: *Le Père Duchesne*, fundado por Jacques-René Hébert, de treinta y cuatro años. Sin oficio y viviendo de expediente, el hombre se lanzó a la revolución con frenesí, convirtiéndose en miembro de la Comuna de París, el Club de los jacobinos y el Club de los *cordeliers*. En el folklore del siglo XVIII, el padre Duchesne era un hombre del pueblo encolerizado que denunciaba injusticias. Hébert empezó a identificarse con él. Los vendedores ambulantes vendían el periódico, que salía tres veces por semana, gritando: «¡Está sumamente enfadado hoy, el padre Duchesne!» La vulgaridad y la grosería eran de rigor con un «¡Joder!» cada dos líneas. Hébert lo explica argumentando «que hay que jurar con los que juran». Y, de hecho, el éxito popular estaba asegurado. «De un extremo de Francia al otro, insulta al "Homero de la basura", solo hay un grito contra ti, contra tu jodida Mesalina, contra tu maldita raza. ¡No más Capetos[81]! Este es el grito de todos los ciudadanos».

Una nueva ola de miedo y sospecha estaba barriendo el país. Veían sospechosos y espías del extranjero por todas partes. En provincias, los patriotas registraban los castillos en los que se apoderaban de viejas escopetas de caza. «Nuestros enemigos están haciendo los últimos esfuerzos, publica el Directorio de Côtes-du-Nord. El odio y el fanatismo se mezclarán en todas las direcciones, y no hay medida que no debamos tomar para prevenir sus efectos». Muchos nobles que querían quedarse en su tierra fueron expulsados de sus hogares, como aquellos que, el 23 de agosto, fueron a buscar refugio en Caen, donde los jacobinos locales los calificaron como «emigrantes del interior».

El 9 de julio, un decreto de la Asamblea ordenó a los emigrados que regresaran a Francia en el plazo de dos meses, pues la noticia de Varennes provocó una nueva ola de emigración de no-

bles y militares que querían unirse al ejército que se estaba formando en Worms, en la margen izquierda del Rin, bajo el liderazgo del príncipe de Condé, y en Coblenza («el Ejército de los príncipes») donde el conde de Artois y el conde de Provenza reinaban en una insignificante corte de emigrados, con una etiqueta minuciosa.

En ese contexto, se mantuvo el primer aniversario del 14 de julio de 1790 (y no el segundo del 14 de julio de 1789), aunque ya no tenía ningún sentido. Sin embargo, se celebró en el Campo de Marte, que todavía llamaban el Campo de la Federación. Bailly pidió a la Asamblea que participara, pero esta se escaqueó, usando como pretexto un «trabajo muy urgente». Jean Lambert Tallien, de veinticuatro años, escribano y agitador con licencia de la sección de los lombardos, que frecuentaba el Club de los jacobinos y había creado un periódico, *L'Ami des citoyens*, copiando el de Marat, organizó por su parte, más en sordina aún, un contra-14 de julio en el sitio de la Bastilla. Tallien fue allí con su pequeño discurso: «Gracias a la caída de este monumento querido del despotismo le debemos el éxito a nuestra Revolución». La ambigüedad entre los dos 14 de julio se confirmaba así, ya que todavía la encontramos hoy en la fiesta nacional francesa.

Un 14 de julio antes del 14 de julio fue celebrado por la Asamblea tres días antes, con ocasión del traslado de las cenizas de Voltaire al nuevo Panteón. La Revolución no tenía intención de prescindir de las fiestas públicas. Justo antes de su muerte, Mirabeau se había preparado para leer ante la Asamblea un informe sobre las fiestas cívicas que deberían instituirse en la Francia regenerada, «uno de los medios más poderosos para vincular a los ciudadanos a la patria o unirlos entre ellos por los lazos de una feliz hermandad».

A pesar de la huida del rey, surgió una tendencia moderada, favorable a la monarquía constitucional. Duport, el 17 de mayo de 1791, declaró: «Lo que se llama la Revolución está hecha; los

hombres ya no quieren obedecer a los antiguos déspotas; pero si no tenemos cuidado, están dispuestos a forjar otros nuevos, cuyo poder más reciente y más popular sería mil veces más peligroso».

Barnave dijo lo mismo el 15 de julio: «¿Vamos a terminar la Revolución? ¿Vamos a empezarla de nuevo? […] Si la Revolución da un paso más allá, no puede hacerlo sin peligro; en la línea de la libertad, el primer acto que podría seguir sería la aniquilación de la realeza». El mismo día, la Asamblea proclamó al rey inviolable, lo que excluía cualquier juicio. Sin embargo, al día siguiente mantuvo su suspensión hasta que él ratificó la Constitución, que todos sabían que no quería.

Rompiendo con la regla tácita que quería que el debate no siguiera más allá de una votación de la Asamblea, el Club de los jacobinos la ignoró y, de esta forma, demostrando abiertamente en lo que se había convertido: una contra-asamblea. El momento era grave, tan grave que inmediatamente se produjo una división. Impulsada por los triunviros (Duport, Barnave y Lameth, así como por La Fayette y sus seguidores), una gran mayoría de los diputados inscritos con los jacobinos se separaron para formar, a pocos pasos, el Club de los *feuillants* (llamado así por el convento en el que se instalaron)[82]. De esta forma, los secesionistas esperaban aislar a la extrema izquierda (Robespierre, Pétion, Buzot, Grégoire) y unir las filiales provinciales a la monarquía constitucional.

El Club de los *cordeliers*, por su parte, redactó una petición exigiendo la proclamación de la República. Brissot y Choderlos de Laclos, que se había unido al Club de los jacobinos en el otoño de 1790, fueron los autores. Robespierre y los «jacobinos extremos» consideraron prudente no firmarlo, aunque ellos fueron la inspiración junto con Danton. Los peticionarios fueron invitados a manifestarse el domingo 17 de julio en el Campo de Marte.

Esa mañana, dos individuos escondidos debajo del altar de la patria, no está claro por qué, fueron descubiertos y linchados por la multitud. Bailly y La Fayette proclamaron la ley marcial. Después del episodio del 18 de abril en las Tullerías, estaban decididos a no permitir más tumultos populares.

Por la tarde, a la cabeza de la Guardia nacional, La Fayette llegó al Campo de Marte, donde fue recibido con abucheos. Agrupada alrededor del altar de la patria, una parte de los manifestantes se negó a evacuar el lugar. Las piedras volaron. La bandera roja de la ley marcial fue desplegada, pero, con el tumulto, no se escuchó ninguna orden (¡y tal vez no la hubo!). Un disparo aislado provocó el tiroteo. El resultado fue de al menos cincuenta muertos.

Por primera vez, la Revolución disparó contra la Revolución, y no en cualquier lugar: frente al altar de la patria, lugar emblemático de la «comunión nacional», ahí donde se había jurado la fraternidad un año antes. Lo que estaba en juego ese día no era tanto el destino del rey como el equilibrio de fuerzas entre los cuerpos constituidos y los clubes. El París «legal» recogió el guante del orden ante el París jacobino.

Bailly, que fue a explicarse a la Asamblea el día después del tiroteo, recibió las felicitaciones del presidente del día, Charles de Lameth, el hermano mayor de Alexander, que era miembro del Club de los *feuillants*. El Club de los *cordeliers* tuvo que cerrar. Marat se escondió después del decreto de arresto. Hébert fue arrestado con su impresor. Danton huyó a Inglaterra. «Ese bribón de Danton, al que se podría colgar tranquilamente y sin los más mínimos escrúpulos sobre su persona», escribió el alguacil de Virieu, embajador de Parma. Contaba que «la Guardia nacional desplegó el mayor celo, sobre todo en el Palais-Royal; dispersaron las multitudes; atraparon a los oradores en plena calle».

Aunque inicialmente estuvo callada, la prensa revolucionaria se desató contra el municipio de París, invocando la «San Bartolomé de los patriotas». Se lee, por ejemplo, en las *Révolutions de Paris*: «Un padre, un tutor amenaza mucho antes de golpear; él no mata a sus hijos para enseñarles cómo vivir [...]. Ni la bandera roja prudentemente expuesta después del peligro, ni los lamentables rodeos del alcalde, ni la respuesta de felicitación del presidente, ni el voluminoso proceso verbal del Municipio, lavarán la mancha indeleble de la sangre de vuestros hermanos que se ha derramado en vuestras bandas: ha caído sobre vuestros corazones. Es un veneno lento que marchitará vuestros días hasta el final».

Después de la ruptura de Varennes entre Francia y la realeza, se produjo una fractura irreversible dentro de la misma Revolución que empezó a devorarse a sí misma.

V. LA RUEDA DE LA REVOLUCIÓN NO SE DETIENE

«Se ha observado, con gran razón, que la Revolución francesa lleva a los hombres más de lo que los hombres la llevan a ella[83]».

Joseph de Maistre

«Ese niño poco viable»

El rey prestó juramento a la Constitución el 14 de septiembre de 1791 y fue restaurado *ipso facto* en sus poderes. Ese mismo día, la Asamblea Constituyente decretó una amnistía general «considerando que el objeto de la Revolución francesa había sido la de dar una constitución al imperio, por lo que la Revolución debe llegar a su fin en el momento en que se logre dicha constitución y esta sea aceptada por el rey».

En la carta de acuerdo que dirige la vigilia a la Asamblea, Luis XVI explicó los motivos que lo llevaron a «alejarse de París», pero que dichos motivos ya no existían. «Acepto, por tanto, la Constitución…». Y emite una reserva, formulada prudentemente, sobre la debilidad de los «medios de ejecución y administración». «Estoy de acuerdo en que la experiencia sola sigue siendo el juez», concluyó. Tenía más razón de lo que creía porque, cuando apareció en la Asamblea el 14, los diputados se sentaron ostensiblemente cuando empezó a hablar. Solo Malouet se quedó de pie.

Precedida por la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, la Constitución estaba formada por 210 artículos. Lejos de establecer una monarquía constitucional a la inglesa, equilibrando así los poderes, confía lo fundamental de estos a una Asamblea Nacional Legislativa única que «propone y decreta las leyes», decide sobre la guerra y ratifica los tratados, regula el gasto público y resuelve los temas de la administración. Esta Asamblea es elegida por sufragio censitario, como los jueces y los representantes departamentales. Lejos de la democracia directa con la que soñaba la extrema izquierda, el sufragio estaba limitado a los hombres con más de veinticinco años y que pagaban

un impuesto directo equivalente a tres jornadas de trabajo. Estos «ciudadanos activos» eligen, a su vez, los colegios formados por los grandes electores que pagan impuestos equivalentes a diez jornadas de trabajo (unos 50.000 electores aproximadamente). En lo que respecta a los diputados, son elegibles a condición de que paguen un impuesto directo correspondiente a 51 jornadas de trabajo.

Representante de la soberanía de la nación, la Asamblea «delega» el poder ejecutivo al «rey de los franceses por la gracia de Dios y la ley constitucional del Estado». Este, a su vez, designa y despide a los ministros (elegidos fuera de la Asamblea), es el jefe supremo de la administración y el Ejército, nombra a los embajadores y, con una formulación muy vaga, vigila sobre «la seguridad interna del reino». Por último, puede posponer la promulgación de las leyes por un veto suspensivo durante cuatro años.

Nada se previó en caso de conflicto. El rey no podía disolver la Asamblea y esta no podía derrocarlo, a pesar de que se determinan diversos casos de degradación, sobre todo ante la posibilidad de una salida del territorio.

En resumen, la monarquía absoluta fue sustituida por una Asamblea absoluta. El suizo Étienne Dumont, un contemporáneo, escribió en sus *Souvenirs*: «La Constitución era un verdadero monstruo, con un rey funcionario, pero paradójicamente hereditario. Había demasiada monarquía para ser una república, y demasiada república para ser una monarquía». Michelet definió la Constitución de 1791 como «ese niño poco viable» y Taine como «obra maestra de la razón especulativa y de la insensatez práctica».

El conflicto de legitimidad es planteado de entrada y se necesitó a un Luis XVI para aceptar un papel destinado al fracaso. Es lo que predijo, ese octubre, Camille Desmoulins: «Afirmo que esta Constitución es inconstitucional y no temo asignarle un fi-

nal próximo. Creo que está formada de elementos tan destructivos unos de otros, que podemos compararla a una montaña de hielo que se ha puesto sobre el cráter de un volcán. Es necesario que el fuego funda y disipe en humo el hielo, o que el hielo apague el fuego».

Como respuesta, Robespierre lanzó el 29 de septiembre: «No creo que la Revolución haya terminado».

La imaginería oficial se dedicó, sin embargo, a presentar la mejor cara de la Constitución. Un bonito juego de la oca editado para la ocasión hacía apología de la misma («La nueva Constitución gana la partida»). Las casillas fastas de la tolerancia, la bondad, el amor al prójimo figuran como una costumbre revolucionaria o mitológica, mientras que las casillas nefastas de los vicios y los defectos son costumbre del Antiguo Régimen. El *Almanach historique de la Révolution française* de 1792 informa que este «juego nacional e instructivo» está «al alcance de todo el mundo y es el adecuado para dar a conocer a todas las clases sociales las ventajas y beneficios de la Revolución y la Constitución». Más adelante se puede leer que el juego está «destinado principalmente a instruir a los habitantes del campo».

En una variante, la *Poule d'Henri IV* [El pollo de Enrique IV] [84], menos adornada, figura la casilla de llegada de la nueva Constitución con forma de cornucopia de la abundancia, de la que salen verduras y escudos. Aunque escudos quedaban pocos. La Constitución dejó una situación económica catastrófica al no poder equilibrar el presupuesto del Estado. Sin embargo, un Comité de imposición había decidido, a partir del verano de 1790, una reforma fiscal, añadiendo al clásico impuesto territorial una contribución mobiliaria, una patente e impuestos indirectos, pero los nuevos municipios, encargados de establecer la base impositiva para el impuesto territorial, daban largas. A inicios de 1792, solo 28.000 de los 40.000 municipios habían realizado su trabajo, por no hablar de una subestimación sistemática. Y fue

peor para la base impositiva de la contribución mobiliaria. La resistencia fiscal de los franceses no desapareció con el Antiguo Régimen.

Se instituyó una patente después de que la ley del 2 de marzo de 1791 pusiera fin a los dominios y a los *jurandes*[85], pero su rendimiento es muy malo. Además, los impuestos indirectos fueron suprimidos por demagogia, mientras que el del tabaco generaba él solo 30 millones al año. Todo ello, puesto uno tras otro, hizo que los ingresos fiscales de 1791 fueran la mitad de los previstos. La emisión de asignados no sirvió para liquidar la deuda, sino para intentar llenar el déficit presupuestario. Nuevas emisiones masivas hicieron desaparecer las monedas, lo que dificultó el pago de las pequeñas sumas. Y la puesta en circulación, en julio de 1791, de 100 millones de asignados en billetes pequeños demostró que estos ya no constituían una remuneración, sino una moneda.

La inflación provocó que siguiera siendo difícil subsistir, a pesar de que las cosechas de 1789 y 1790 mejoraron. Los productores vendían en pequeñas cantidades para no tener que atesorar billetes que se devaluaban continuamente en relación a la moneda de metal (el 10% en abril de 1790, el 18% en octubre de 1791, hasta llegar al 28% en noviembre de 1792, y mucho más en fechas sucesivas). La siniestra predicción de Du Pont de Nemours no tardó en realizarse. Para completar el panorama, abundaban los falsos asignados, imprimidos en Inglaterra, Holanda, Bélgica y Suiza a fin de luchar contra la revolución.

La Constituyente se separa el 30 de septiembre de 1791 y la Legislativa tiene su primera sesión al día siguiente. Por propuesta de Robespierre, el 16 de mayo de 1791 se decide que los constituyentes no serán elegibles con el fin de implementar la Constitución en «un estado de imparcialidad y altruismo absolutos». Los diputados que habían hecho tábula rasa del Antiguo Régimen, a su vez, debían desaparecer. Tras una tal «afectación de

virtud» (Bainville) se escondía la idea de que el Club de los jacobinos se asegurara su influencia en los novatos sin experiencia de la nueva Asamblea.

Las elecciones tuvieron lugar bajo influencia jacobina. Marat se desató contra «los facinerosos e indecentes» cuya candidatura no estaba alineada. Elaboró en *L'Ami du peuple* verdaderas listas de prohibiciones, a las que añadió, por si acaso, las de París, sección por sección, incluyendo los sujetos despreciables con sus direcciones. El resultado superó las esperanzas: más del 70% de los electores se abstuvo.

La Asamblea Legislativa tampoco representa «al pueblo». A la derecha, 264 diputados «constitucionales» se inscribieron a los *feuillants*, pero sus líderes (especialmente Barnave) ya no formaban parte de la Asamblea. En el centro, 345 «no inscritos» que se alinearon a menudo con los jacobinos. A la izquierda, 136 diputados jacobinos, entre los cuales sobresalían Condorcet y, especialmente, Brissot, orador lleno de énfasis, pero muy escuchado, que inspiraba gran desconfianza tanto a los constitucionales como a la extrema izquierda. Estaba apoyado por un pequeño grupo de elegidos de la Gironda (Pierre Vergniaud, Élie Guadet, Armand Gensonné, todos ellos abogados en Burdeos). Les llamaban los «brissotinos» o «girondinos».

Entre los nuevos llegados en la extrema izquierda (Robespierre no era elegible) empezaron a sobresalir el antiguo capuchino François Chabot; Antoine Merlin de Thionville, abogado y miembro del Club de los jacobinos; Claude Basire, conocido por los jacobinos por la violencia de sus intervenciones; Georges Couthon, abogado que, a pesar de una parálisis en ambas piernas, se impuso desde los primeros días por su elocuencia. Esta minoría, muy activa, fue pronto designada por los periodistas con el nombre de *Montagne*[86] porque se sentaba en los escaños más altos de la izquierda.

El Club de los jacobinos no se dedicaba solo a manejar las ideas y preparar los debates parlamentarios, sino que era una máquina política en toda regla, otra Asamblea que se autodepuraba provocando la salida de los miembros más moderados y favoreciendo al mismo tiempo la competitividad. A partir del 12 de octubre de 1791, sus sesiones fueron públicas y sufrieron, en consecuencia, la presión de los activistas parisinos.

Como en la Asamblea, el club tenía su comité, entre ellos el de vigilancia. El más estratégico era el Comité de la correspondencia, en el que figuraban todos los líderes: Robespierre, Brissot, Pétion, Buzot, Desmoulins, Clavière, Jean-Louis Carra, periodista exaltado que intervenía sin cesar en la tribuna, Jacques Billaud-Varenne, abogado sin causa y autor de numerosos opúsculos, Léonard Bourdon —también abogado—, Jean-Marie Collot d'Herbois, autor, actor y director de teatro, que acababa de publicar *L'Almanach du père Gérard*, un catecismo jacobino, el primer manual de instrucción cívica.

Brissot se disputaba el estrellato con Robespierre, pero fue este último el que mantuvo la cohesión del club y sus filiales en provincia. Todo esto no sucedía sin que hubiera odios y rivalidades. El periódico regional *Affiches, annonces et avis divers de Basse-Normandie* anunció la escisión de los *feuillants* añadiendo: «Corre el rumor en París que el señor Robespierre está loco: esta opinión parece bastante generalizada. Solo hay opiniones divididas sobre la fecha de este desgraciado evento: varias personas lo remontan a tiempo atrás». Es verdad que Caen no era nada favorable a los jacobinos y los administradores departamentales le reprochaban al club local «que ejerciera una enorme influencia sobre la gente de los barrios».

En todo caso, en París, Robespierre tenía éxito. De talla y corpulencia medianas, el rostro picado de viruela y tal vez una sarcoidosis, presta mucha atención a su aspecto, sobre todo a su cabellera, que lleva peinada hacia atrás y empolvada como una

peluca. Su traje, con chorrera de encaje, está impecable. Vive de manera muy sobria en casa de los Duplay, una familia de artesanos de la Saint-Honoré, donde está alojado. Come poco y bebe menos, siendo su único lujo las naranjas, raras entonces y muy caras. Soltero, sin relaciones ni aventuras, se consagra por entero al trabajo, encarnando la virtud revolucionaria. «Sacrifico mi vida a la Verdad», escribió en junio de 1791.

Cuando abandona la Constituyente, Dubois-Crancé publicó en 1792 *Le Véritable Portrait de nos législateurs*, obra en la que el exabogado de Arras sobresale: «Si la Asamblea solo hubiera estado formada por Robespierre, Francia no sería tal vez hoy más que un montón de ruinas, pero en medio de tantas intrigas, bajezas, vicios, corrupción, en la confrontación de tantos intereses opuestos, de opiniones diversas, en medio del tumulto, de las calumnias, de los temores, de los asesinatos, Robespierre fue una roca, y una roca inexpugnable». El «montón de ruinas» no había sido obstáculo para este ditirambo.

Al que todos empiezan a llamar «el Incorruptible» (¿significa esto que había corruptos?) llevó adelante el combate contra los *feuillants* con un sentido único de la estrategia política. En pocos meses, persuadió a los diputados secesionistas, uno tras otro, a unirse al hogar jacobino, el único defensor de la legitimidad revolucionaria. Los *feuillants* no quisieron, o no supieron, utilizar las armas de la presión y la intimidación, tan hábilmente manipuladas por sus adversarios. Sus sesiones eran interrumpidas continuamente por provocadores, pero ninguno de ellos tuvo la idea de hacer lo mismo a los jacobinos. Una debilidad paralizante en tiempos de revolución, los *feuillants* eran moderados y legalistas. La Revolución continuó sin ellos y, al cabo de poco, contra ellos.

Dos nombres se impusieron por lo pronto a la opinión: Robespierre y Pétion. Este último fue elegido alcalde de París el 14 de noviembre de 1791 después de la dimisión de Bailly, presa del

oprobio parisino después de la masacre del Campo de Marte. Candidato de los jacobinos, ganó sin dificultad (si bien hubo un 88% de abstención) a La Fayette, candidato de los *feuillants*, que había dimitido de su cargo de comandante de la Guardia nacional y estaba desacreditado. «¡Ciudadanos! Este héroe no es más que un cortesano», leemos en *Les Révolutions de Paris*. El nuevo alcalde de París está secundado por Louis Pierre Manuel, elegido procurador síndico municipal y responsable como tal de la ejecución de las leyes y los decretos. Obviamente, era miembro del Club de los jacobinos.

El radicalismo del ambiente se alimenta del de la emigración. El 27 de agosto de 1791, instigado por el conde de Artois, el emperador Leopoldo II y el rey de Prusia Federico-Guillermo firmaron en Pillnitz, Sajonia, una declaración con la que amenazaban a Francia de represalias si no establecía «las bases de un gobierno monárquico conveniente tanto para los derechos de los soberanos como para el bienestar de la nación francesa». Esta declaración, a la vez vaga y provocadora, precisamente cuando ni el emperador ni el rey de Prusia tienen la más mínima intención de iniciar un conflicto con Francia, tuvo como resultado dejar a Luis XVI en una mala posición. Este escribió a sus hermanos el 15 de septiembre para decirles que entre la fuerza y la Constitución él elegía la segunda, lo que le distanció de los realistas intransigentes; aun así, no calmó la venganza de los jacobinos en su contra. Menos resignada, María Antonieta escribió a Fersen el 31 de octubre sobre la nueva Asamblea: «¡Son un montón de canallas, locos y estúpidos!».

El 31 de octubre, un decreto de la Legislativa intimó al conde de Provence a volver a Francia, so pena de perder cualquier derecho a la regencia. El 9 de noviembre, otro decreto exige a los emigrados a volver antes del 1 de enero de 1792, so pena de confiscación de todos sus bienes y la condena a muerte por contumacia. Como la Constitución lo autoriza, el rey vetó el 12 de

noviembre el segundo decreto. El 19 de diciembre vetó de nuevo un decreto del 29 que ordenaba a los sacerdotes refractarios prestar el juramento cívico con la amenaza de ser considerados sospechosos.

No pasó mucho tiempo antes de que se verificara la impracticabilidad de la Constitución. Después del rey malo descubierto en Varennes llegó «el Señor Veto». Una caricatura lo representa como Jano con dos rostros, uno mirando hacia la izquierda («Apoyaré la Constitución») y el otro hacia la derecha, hacia un prelado («Destruiré la Constitución»).

Acusado de doble juego, el «rey de los franceses» se da cuenta de que el juego está amañado. El 3 de diciembre escribe en secreto al rey de Prusia: «A pesar de haber aceptado la nueva Constitución, los facciosos manifiestan claramente su proyecto de destruir por completo los restos de la monarquía». Por primera vez, pide la intervención, *ipso facto* armada, «de un congreso de las principales potencias de Europa».

La decisión de la guerra

Para establecer la República, hay que derrocar a la monarquía; y para liquidar a la monarquía es necesario un gran cambio. En una palabra, una guerra. Solo veinte días después de la primera sesión de la Asamblea Legislativa, Brissot pronunció un discurso vehemente contra los emigrados y las potencias extranjeras que los acogen y apoyan. Desarrolló sus argumentos en el Club de los jacobinos: se necesitaba una revolución. «La guerra, este es el grito de todos los patriotas; este es el anhelo de todos los amigos de la libertad repartidos por toda Europa, que solo esperan esta feliz distracción para derrocar y atacar a los tiranos».

La idea de exportar la Revolución está en las mentes. El riquísimo barón de Cloots, nacido cerca de Cléveris, pero apasionado de las ideas revolucionarias, se estableció en París a finales de 1789 y distribuía generosamente su dinero bajo el nombre, a la antigua, de Anacharsis. Tras organizar, gastando una gran suma de dinero, con figurantes disfrazados, una grotesca «embajada del género humano» en la Asamblea Constituyente, fue entronizado «el Orador del género humano en la Asamblea Nacional de Francia». En febrero de 1792 publicó *La République universelle*, que profesa que la revolución en Francia marca el inicio de la revolución mundial. «Un cuerpo no se hace la guerra a él mismo, y el género humano vivirá en paz cuando forme un solo cuerpo, la NACIÓN ÚNICA[87]».

En verdad, Brissot no deseaba realmente exponerse a los avatares de una guerra con Europa, sino que su intención era más bien amenazarla para servir mejor a la política interna de los girondinos: hacer que se olvide la crisis económica y financiera, relanzar la Revolución que se está quedando sin aliento obligan-

do al rey a descubrirse y, al mismo tiempo, desacreditar a los *feuillants*, que creen estar sólidamente instalados en la Constitución monárquica. Brissot y sus partidarios no se imaginaban que Luis XVI pudiera aceptar la guerra, reforzados como estaban en esta convicción por los dos vetos del rey. «Solo temo una cosa, clamó a los jacobinos el hombre fuerte del momento, y es que no nos traicionen; necesitamos grandes traiciones, ¡nuestra salvación está en ello!».

Esta cuestión fue ampliamente debatida entre los jacobinos durante el invierno de 1791-1792, durante el cual Brissot se opuso violentamente a Robespierre, el cual objetaba que los enemigos exteriores son un espejismo, que hay que combatir a los enemigos del interior. Y añadió: «Antes de correr a Coblenza, poneos en situación de hacer la guerra». La contrarrevolución triunfaría si Francia fuera derrotada y, si esta triunfa, un César establecería su dictadura (Robespierre pensaba en La Fayette). En lo que respecta a exportar la revolución y establecer la República universal, «la idea más extravagante que pueda nacer en la cabeza de un político es creer que le basta a un pueblo entrar a mano armada en un pueblo extranjero para que este adopte sus leyes y su Constitución. Nadie ama a los misioneros armados». Para defender estos razonables argumentos también Robespierre está solo. Marat, Danton, Desmoulins y Pétion se callan ante la opinión pública, que se enardece.

Luis XVI, por su parte, no se oponía a la idea de la guerra, a pesar de los cálculos de Brissot. Era consciente del mal estado de su Ejército y sabía que una derrota pondría fin a la Revolución. Después de que una conjura de diputados, con Brissot a la cabeza, se reuniera en casa de Condorcet y hablara de llevar ante el Tribunal supremo a María Antonieta con el pretexto vago de conspiración contra el Estado (la inviolabilidad se concedía solo al monarca), se atemoriza. En marzo de 1792, resolvió reorganizar el ministerio *feuillant* nombrando una serie de ministros pa-

triotas, en el nuevo sentido de defensores de la patria. Un jacobino, amigo de Brissot, Étienne Clavière, que fue el principal colaborador de Mirabeau, es nombrado ministro de Hacienda. El general Charles François Dumouriez, de cincuenta y tres años, se convirtió en el ministro de Asuntos Exteriores. Una serie de misiones secretas aventureras le habían llevado a ser prisionero en la Bastilla al final del reinado de Luis XV. No había conseguido que le eligieran en los Estados Generales, pero se dio a conocer con los jacobinos y se vinculó a Mirabeau y La Fayette. Materialista y gran jugador, amante de la buena comida y cocinero ocasional, no era la ideología lo que se le atragantaba.

A otro recién llegado se le confió la cartera de Interior: Jean-Marie Roland, de cincuenta y ocho años, que se hizo amigo del Club de los jacobinos con Pétion, Buzot, Brissot y otros muchos. En 1780 se había casado con Marie-Jeanne Philippon, llamada Manon, veinte años más joven que él. Coqueta, de mente confusa y de carácter exaltado, las ideas filosofistas la habían conquistado por entero y tenía un salón en el que invitaba a cenar dos veces a la semana. Detrás de esta máscara se escondía una mujer ambiciosa que saltó con pasión a la escena política. Recibía, en días distintos, a todos los oradores importantes, de Brissot a Pétion pasando por Robespierre y Buzot.

Durante este tiempo y, en concreto el 25 de marzo, se le envió un ultimátum al emperador Francisco II, que acababa de suceder a su padre Leopoldo II, ordenándole devolver a los emigrados franceses. Al no recibir ninguna respuesta, Luis XVI se vio obligado a declarar la guerra «al rey de Hungría y de Bohemia» el 20 de abril de 1792. Esta curiosa formulación tuvo en cuenta el hecho de que Francisco II aún no había sido coronado emperador de Austria y, sobre todo, el deseo de mantener a distancia claramente a Prusia. Era ignorar que un tratado unía a Berlín y Viena desde hacía unos meses. La guerra fue votada por unanimidad menos siete votos, con un delirio de entusiasmo.

Con la guerra, comenta Patrice Gueniffey, «el curso de la Revolución sale, por decirlo así, de su cama, a la que ya no volverá nunca más». Iniciada de forma azarosa, duró veintitrés años.

El Ejército francés estaba totalmente desorganizado. Los *culs blancs*[88] del antiguo Ejército real no se fusionan bien con los batallones en uniforme azul (llamados *faïences bleues*[89]), fichados por la Constituyente. La bandera tricolor instituida a partir del 21 de septiembre de 1790 rima más con revolución que con nación y no representa aún la unidad. Los cañones y los fusiles son de buena calidad, pero insuficientes. El comandante en jefe es mediocre. En lo que respecta a La Fayette, incorporado en el Ejército, vigila más París que la frontera.

Dumouriez ordenó una ofensa en los Países Bajos austriacos. En el otoño de 1789, una revolución de Brabante junto con una revuelta de Lieja había expulsado a los austriacos de los Países Bajos, pero estos habían vuelto a ocupar el país aprovechándose de la división de los insurgentes. Los partidarios de la revolución se habían refugiado en Francia.

Las tropas francesas, que entraron en Bélgica el 28 de abril, fueron derrotadas en Tournai y Quiévrain y retrocedieron hasta Lille y Valenciennes. Acusado de traición por sus soldados, el general Théodore Dillon fue asesinado. Solo la lentitud de los austriacos salvó a Francia de la catástrofe. El regimiento real alemán de caballería se pasó al enemigo el 6 de mayo y el 12 de ese mismo mes lo hicieron los regimientos de húsares de Sajonia y de Bercheny[90]. Entre estas dos fechas, el ministro de Guerra, Pierre Marie de Grave, que Luis XVI había querido mantener, presentó su dimisión y fue sustituido por el partidario de Brissot, Joseph Servan.

La guerra empeoraba a medida que la crisis económica y el desorden se agravaban. La irresponsabilidad y la incompetencia reinaban en la Asamblea donde los nuevos elegidos, siguiendo el

ejemplo de sus antecesores, se dedicaban a las luchas políticas, lejos de las preocupaciones financieras y económicas. Los impuestos no se recaudaban, sobre todo en París, más revolucionarios que contribuyentes. El sueño es establecer unos nuevos (poner impuestos sobre las rentas o las viviendas según el número de puertas y ventanas que tuvieran). Se escondía la creciente crisis con ayudas y subvenciones, y París se convierte en una ciudad de asistidos. Los preparativos militares acabaron con los recursos, pero ¡qué importa! El vencido pagará. «Nuestra primera operación financiera será, por tanto, la guerra contra la coalición de príncipes», declaró Clavière. Y la plancha de imprimir asignados se puso a funcionar a toda marcha mientras que, el 15 de mayo de 1792, un decreto limitó la liquidación de la deuda a seis millones por mes, una suma irrisoria con respecto a la inflación galopante.

El encarecimiento general mata de hambre a la «clase desgraciada», como la llamaba púdicamente Madame de Tourzel. Los acreedores se arruinaron y los rentistas, pagados con asignados, se devaluaron. La producción se ralentizó y las revueltas por la subsistencia seguían. En París se tomaron por asalto los comercios y los mercaderes se vieron obligados a vender a los precios anteriores. En las provincias, almacenes y comercios fueron saqueados, como en Dunkerque el 14 de febrero, donde murieron una decena de personas, o en Beauvais, el 23 del mismo mes. El 3 de marzo, Jacques Guillaume Simoneau, director de una curtiduría y alcalde de Étampes, fue masacrado en el mercado por los habitantes porque se negó a bajar el precio del trigo. En la Asamblea se conmueven y lo convierten en mártir de la libertad económica. Pero Robespierre, en los jacobinos, defendió a los amotinados retratando a Simoneau como «un ávido especulador del sustento público [...]. Era culpable antes de ser víctima».

Algunos afirmaron la necesidad de establecer una ley de precio máximo sobre el grano. Por todas partes se difundía el miedo

a los acaparadores y al complot para «matar de hambre al pueblo». Los peticionarios se manifestaron en la Asamblea, como los que llegaron del barrio de Saint-Antoine el 26 de enero: «Hasta los productos alimentarios de primera necesidad están en las manos ávidas de los asesinos del pueblo [...]. ¡Ley de muerte contra los acaparadores!».

Además del pan obsesivo, faltaba el azúcar desde la insurrección de los esclavos en Santo Domingo, la gran «isla de azúcar», que se había desencadenado el 22 de agosto de 1791. Estos no estaban emancipados a pesar de la Declaración de los derechos del hombre. En enero de 1792 se saquearon algunos almacenes en París porque también el azúcar era un producto de primera necesidad. Fue en el Club de los jacobinos, supuestamente tan cerca del pueblo, donde se oyó decir: «¡Los hombres del 14 de julio no luchan por los bombones!».

Tal como denunció Mallet du Pan en *Le Mercure français* del 26 de mayo de 1792, se instaló la anarquía. La propia Asamblea, como sucedió durante la Constituyente, daba ejemplo de desorden. En la sesión del 2 de abril de 1792, por ejemplo, el tumulto de las tribunas que rodeaban por tres lados los escaños de los diputados fue tal que se tuvo que interrumpir el orden del día. Fue sorprendente que los aplausos del auditorio se pudieran mezclar con los de los diputados, pero no era nada comparado con los pitidos, gritos, injurias y amenazas que los acompañaban y que incluso interrumpieron las intervenciones del «lado derecho». Se oían gritos de: «¡A la abadía! ¡A la abadía!»[91] (la prisión militar de junio de 1789 se había convertido en prisión política). Un diputado *feuillant* se indignó y pidió que se evacuara la tribuna donde se habían situado los agitadores más violentos. El presidente se negó replicando: «Todas las tribunas son las del Pueblo».

«Así es que durante los tres años que siguen a la toma de La Bastilla, ofrece Francia un extraño espectáculo. Todo es filantro-

pía en las palabras y simetría en las leyes; todo es violencia en los actos y desorden en las cosas», escribió Taine[92]. Los brissotinos contaban con que la guerra les permitiría coger la sartén por el mango y así dar al país la cohesión nacional que le hacía tanta falta. No contaron con la crisis religiosa. Los sacerdotes, en su mayoría, predicaban la resignación, pero los fieles se rebelaron. En Châtres, en el departamento de Mayenne, el 2 de abril de 1792 los habitantes cogieron las armas: «Nuestras intenciones son pacíficas, si no nos reducen a la desesperación [...]. Les rogamos, les conjuramos e incluso les exigimos, en virtud de la Constitución que han jurado, que nos dejen la libertad de conciencia».

La izquierda de la nueva Asamblea era atea: Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Isnard... En los jacobinos adelantaron la idea, que se convirtió en matriz de los totalitarismos del siglo XX, de que el hombre nuevo creado por la Revolución debe romper con la tradición y su punta de lanza, la religión. El diputado por Aisne, Jean Debry (otro abogado), propuso marcar con hierro candente la mejilla de los sacerdotes refractarios acusados de causar las revueltas. «La Revolución tomó plena conciencia de su incompatibilidad con el catolicismo y se dio cuenta completamente de ser anticristiana», resume el historiador Jean de Viguerie.

A finales de mayo de 1792, la Asamblea emitió tres decretos: supresión de la Guardia constitucional (lo que afectó a 1.800 hombres que constituían la Guardia real desde febrero); se reclutarían 20.000 fieles federados [guardias nacionales franceses] para formar un campamento cerca de París; los sacerdotes refractarios podrían ser deportados si veinte ciudadanos activos de su cantón así lo pedían.

Luis XVI aceptó el primer decreto, pero vetó los otros dos. El 12 de junio, después de que Roland le escribiera para recriminárselo en términos que él juzgó ofensivos, le hizo dimitir, igual

que a Servan y Clavière, e hizo que Dumouriez pasara de Asuntos Exteriores al Ministerio de Guerra. Ya era tarde para que Luis XVI empezara a gobernar y, nuevamente, con más violencia aún, el veto se le vuelve en contra. Se cantaban canciones injuriosas incluso debajo de las ventanas de las Tullerías.

El 16 de junio, mientras los jacobinos hacían campaña contra el veto en todo el país, el alcalde de París recibió de la sección de los gobelinos[93] una petición de autorización para desfilar con armas el 20 de junio, tercer aniversario del Juramento del Juego de Pelota. Pétion intentó ganar tiempo, pero sin renunciar a su popularidad en los barrios. Al alba del día 20, se formaron dos columnas, una a partir del barrio Saint-Marcel, la otra del barrio Saint-Antoine, dirigida por Santerre. En ellas se podía ver a Fournier el Americano. También a Louis Legendre, cuarenta años, carnicero, que secundaba a Danton en el Club de los *cordeliers*. No era cuestión de empezar el tiroteo desde el Campo de Marte, si bien la muchedumbre, en esa ocasión, era hostil y estaba armada. Sulpice Huguenin, abogado en Nancy antes de la Revolución, pero amotinado patentado del barrio de Saint-Antoine desde el 14 de julio de 1789, presentó una petición a la Asamblea. Poco a poco se transformó en un desfile de borrachos y vociferantes que duró tres horas, con ocupación de los espacios.

Sin embargo, esto no bastó a los líderes, fortalecidos por el apoyo de la municipalidad parisina y, especialmente, de Manuel y Danton, su segundo sustituto. De nuevo en París, después de ser amnistiado, este intentó hacerse elegir en la Asamblea Legislativa, pero la oposición de los moderados lo impidieron.

Al principio de la tarde, los amotinados, armados con picas y fusiles, irrumpieron en el castillo de las Tullerías forzando las puertas sin que los guardias nacionales prestaran la más mínima oposición. Muchos estaban borrachos, como cada vez que había una gran participación del pueblo. Un fanático llevaba en la

punta de una horquilla un corazón de buey con la inscripción: «Corazón de aristócratas».

Habían saqueado todo cuando el rey hizo acto de presencia. Durante cuatro horas lo insultaron y amenazaron. «¡Abajo el veto! ¡Que vuelvan los ministros patriotas!». En un determinado momento, Madame Elisabeth, habitualmente muy reservada, se interpuso, indignada, delante de su hermano: «¡Respetad a vuestro rey!». Acorralaron a Luis XVI, al que le obligaron a ponerse un gorro frigio y a beber vino tinto malo. Legendre leyó una petición que es una suma de reproches, injurias y amenazas, pero el rey, por primera vez, se mantuvo firme: «Haré lo que la Constitución y los decretos me ordenen que haga». Pétion apareció por fin, aunque un poco tarde, y le garantizó al rey, muy serio, que no debía temer por su persona, que el pueblo le respetaba y que él respondía de ello. Tras muchas palabras, consiguió que los amotinados se retiraran.

Al día siguiente, Luis XVI escribió a la Asamblea una carta indignada que fue leída el 22: «Los franceses habrán sabido, no sin dolor, que una multitud confundida por algunos conspiradores llegó armada hasta la vivienda del rey, arrastró un cañón hasta la sala de los guardias, hundió la puerta de sus estancias a golpe de hacha; y allí, abusando con osadía del nombre de la nación, intentó obtener a la fuerza la aprobación a los dos decretos que Su Majestad, constitucionalmente, había rechazado». El rey seguía precisando que no volvería atrás sobre sus decisiones: «Si los que quieren derrocar la monarquía necesitan otro crimen, que lo cometan». En la adversidad, Luis XVI encontró la majestad que había necesitado antes, pero ya era tarde.

La Asamblea, indignada y alarmada por la irrupción de la muchedumbre, no tanto en la vivienda real como en el seno de lo que ella llamaba sin vergüenza «el Templo de la Libertad», esta decretó el 21 de junio que ninguna «reunión de ciudadanos armados» tiene el derecho de presentarse ante ella. Los conocidos

como *sans-culottes* acababan de irrumpir en la escena política. No eran ni los pobres ni los indigentes de la capital, sino los artesanos, los camaradas, los pequeños propietarios que protestaban contra el aumento de los precios, la falta de productos de primera necesidad y la devaluación de los asignados: «Tenga un gobierno que ponga al pueblo por encima de sus débiles recursos y a los ricos por debajo de sus medios y el equilibrio será perfecto».

Su enemigo es «la aristocracia mercantil», «el aristócrata egoísta», no ya los nobles, sino los ricos, los ricachos. Debían fijarse los precios de los bienes de primera necesidad, así como los salarios y los beneficios comerciales. Su palabra de orden es la coacción. «Cuando la salvación pública está en peligro, es el pueblo quien debe quitar el poder de las manos a las que lo había confiado», sostiene Marat.

Orgullosos de la vestimenta que les había dado su nombre: pantalones (y no los *culottes* —calzones— de los aristócratas), la carmañola (chaqueta corta), gorro rojo con la escarapela tricolor y zuecos. Sus armas eran la pica y el sable. Los *sans-culotte* prohibieron el trato de vos, vestigio del «feudalismo» e instauraron el tuteo, fraterno e igualitario. Brissot vio en ello «una impertinencia inútil» y Robespierre, que detestaba la familiaridad, no es en absoluto favorable a ello.

Defensores de la democracia directa y de la acción violenta, cuya palabra maestra es la soberanía del pueblo, los *sans-culottes* constituyeron a partir del 20 de junio el margen de maniobra de los montañeses, de momento emboscados en los escaños altos de la Asamblea, pero que habían encontrados sus tropas. Vergniaud, jefe de fila de los girondinos, vio en ellos a unos «anarquistas» que «hacen creer a cada sección que la soberanía reside en su seno».

El 27 de junio La Fayette dejó a su ejército del «centro» (Moselle, Meuse, Meurthe, Vosges) para que le escucharan en la

Asamblea. ¿Acaso no es el «general de la Constitución»? Protestó contra las violencias del 20 de junio, pidió el castigo de los culpables y la «destrucción de una secta que invade la soberanía, tiraniza a los ciudadanos y que en los debates públicos no dejan lugar a dudas sobre la atrocidad de los proyectos de los que la dirigen». Los jacobinos, descritos así, se indignaron, mientras que los *feuillants* aplaudieron.

Más allá de esta declaración, «Gil César» pensó en organizar un golpe de Estado con ocasión de una inspección de la Guardia nacional (que, erróneamente, pensó que le seguía siendo fiel), pero la corte, que nunca confió en él, se negó a apoyarle. «Veo, comentó María Antonieta a su real esposo, que La Fayette quiere salvarnos, pero ¿quién nos salvará de La Fayette?». Informado del plan, Pétion anuló la inspección y cuando La Fayette, haciendo caso omiso, quiso, a pesar de todo, llevar a cabo otra acción para lo que convocó a sus amigos, vio llegar solo a unas pocas decenas de fieles en lugar de los mil que él esperaba. Al que *L'Ami du peuple* dio el apodo de *le Blondinet*[94] no le quedaba más que volver a su cuartel general. Menos de dos años desde su triunfo en la fiesta de la Federación todo estaba acabado para él. En la Asamblea se oían voces para que fuera acusado.

El 6 de julio, la Legislativa ordenó sin convicción que se persiguiera a los autores de la manifestación del 20 de junio. El Directorio del departamento suspendió a Pétion y Manuel, pero era evidente que no habría que esperar mucho antes de que fueran restablecidos en sus cargos. A pesar de todo, seguían siendo numerosos los diputados que aún esperaban poder salvar la Constitución. Al día siguiente, Antoine Adrien Lamourette, obispo constitucional de Lyon, suplicó que se detuvieran las luchas entre facciones: «Juremos que tenemos un solo espíritu, un solo sentimiento; juremos formar parte de una sola y misma masa de hombres libres. El momento en que el extranjero vea que lo que queremos, lo queremos todos, será el momento en el que la li-

bertad triunfará y Francia será salvada». Por primera y última vez, los diputados de derechas y de izquierdas se abrazan. La prensa se mofa y habla del «beso *d'amourette* y la reconciliación normanda[95]» (que los diccionarios inmortalizarán con el nombre de «beso de Lamourette»).

Cuatro días más tarde, el 11 de julio, ante la noticia de que un ejército prusiano comandado por el duque de Brunswick se dirigía a la frontera del Este, por lo que habría que luchar en dos frentes, la Asamblea proclamó: «La patria está en peligro». Un impulso formidable se difundió por el país. Por doquier se levantan estados de reclutamiento y se crean 200 nuevos batallones de voluntarios (solo en París se enrolan 15.000 voluntarios). Con sus 26 millones de habitantes, Francia está llena de hombres. Y tiene también un fervor patriótico que es nuevo. En una carta al rey, fechada 10 de junio de 1792, Roland dio una bella definición de la palabra «patria»: no solo una palabra sino «un ser por el que hemos hecho sacrificios, al que nos apegamos cada día más por las solicitudes que causa, que hemos creado con grandes esfuerzos, que se eleva en medio de las inquietudes y que amamos, tanto por lo que cuesta como por lo que esperamos de él».

Los oficiales son elegidos entre los suboficiales cuya carrera había sido bloqueada por el Antiguo Régimen a causa de su pertenencia al pueblo llano. Se apellidan Marceau, Jourdan, Soult, Masséna, Lefebvre, Murat, Ney… Este último, hijo de un tonelero, se había enrolado en el Ejército en 1787, cuando tenía dieciocho años, como húsar (caballería ligera). Había conquistado uno a uno todos los grados subalternos hasta llegar a suboficial a inicios de 1789, sin esperanza de llegar más lejos. Y hete aquí que el general Kléber le nombró teniente en 1792 en el Ejército del Rin, creado el año anterior. Fue el primero en darse cuenta del talento militar de aquel que sus hombres llamarán «el Infatigable».

La proclamación de la patria en peligro selló el destino de La Fayette. Una representación de los jacobinos leyó una petición a la Asamblea, supuestamente de la mano de Robespierre: «Habéis declarado que la patria está en peligro, pero ¿acaso no la ponéis vosotros mismos en peligro a cada instante cuando prolongáis la impunidad de los traidores que conspiran contra ella?». Se nombra claramente al héroe de antaño. Robespierre insiste a los jacobinos el 20 de julio: «Hay que tomar una decisión en relación a La Fayette, o decretar la contrarrevolución».

El 13 de julio, presionada por los *sans-culottes*, la Asamblea reintegra a Pétion y Manuel en sus funciones, lo que parece como una absolución de la jornada del 20 de junio. Pétion, el cual a fuerza de halagos se ha unido al campo de los girondinos, está en primer plano el 14 de julio de 1792, celebrado en el Campo de Marte en presencia de numerosos federados llegados de toda Francia. Un 14 de julio ¿aniversario de la Federación? ¿Un último arrebato en favor de la Constitución? En cualquier caso, hay una multitud. El rey está ahí, lúgubre y abatido. Apenas se le ve. En los gorros de los federados se podía lee: «¡Pétion o la muerte!», lo que es otro modo de decir: «¡Abajo Luis XVI!». Un cañonero que se había quedado en el episodio anterior, gritó un «¡Viva La Fayette!»; fue dejado muerto en la explanada.

Violando el veto real, algunos federados partidarios de los jacobinos seguían llegando a la capital. Entre ellos, los 500 federados de Marsella mostraron estar especialmente politizados. Su batallón, constituido por Charles Jean Marie Barbaroux, abogado y gran orador jacobino de Marsella, llegó a París el 30 de julio y se hizo notar el mismo día luchando, con ocasión del banquete organizado en su honor, contra la Guardia nacional, a sus ojos demasiado tibia. Hubo un muerto y varios heridos.

Los recién llegados popularizaron el *Canto de guerra para el Ejército del Rin*, compuesto en la noche del 25 al 26 de abril de 1792 en Estrasburgo por un capitán con talento, Claude Joseph

Rouget de Lisle, cuando la guerra acababa de ser declarada. Este himno guerrero, que se cantaba en los cuarteles, se convertiría en *La Marsellesa*.

Alojados con los habitantes, los federados fueron pronto expulsados por los *sans-culottes* de las secciones parisinas. Se les veía patrullar armados por las calles de la capital, exigiendo que se reclamara el derrocamiento del rey o participando en las manifestaciones, diarias, en las Tullerías. Hubo un primer intento de sublevación que fracasó el 20 de julio. Los girondinos sintieron miedo al ver que se les escapaba el «poder popular» en beneficio del ala radical de los jacobinos. Vergniaud, Gensonné y Guadet intentaron un acercamiento con el rey que se negó rotundamente recordándoles que «les debemos la declaración de guerra a los llamados ministros patriotas».

Fue en este clima acalorado cuando, el 28 de julio, sobrevino el manifiesto de Brunswick. Jefe del Ejército austroprusiano, con 75.000 hombres, concentrado en Renania, el duque de Brunswick firmó a la ligera un texto según el cual Luis XVI había trazado los grandes rasgos, pero cuyo tono había sido endurecido extraordinariamente bajo la pluma de su redactor, el marqués de Limon, uno de los emigrados que seguía su Ejército. Con él se ordenaba a los franceses no oponer ninguna resistencia a la marcha de los tropas austroprusianas y someterse sin demora a su soberano. Si se acarrea el más mínimo daño a «Sus Majestades», se liberará a París de «una sublevación generalizada» y las revueltas recibirán «el merecido castigo».

Luis XVI intentó calmar la furia de los parisinos dirigiendo un desmentido a la Asamblea, pero el mal ya estaba hecho. «¡Otra declaración similar y estaremos salvados!», exultó el diputado girondino Condorcet.

Hasta ese entonces «constitucional», Robespierre comprende que había llegado el momento y de repente empezó a pedir el

derrocamiento de Luis XVI. En las provincias, las filiales de los jacobinos y numerosas municipalidades empiezan a pedir lo mismo. «A grandes males grandes remedios», les dijo a los jacobinos el 29 de julio, reclamando a la vez el derrocamiento del rey y el reemplazo de la impotente Asamblea Legislativa por una «Convención» elegida por sufragio universal (masculino).

Esto significa una segunda revolución y esta pasa por una insurrección. Es obvio que esta palabra no se nombró, como tampoco el término conspiración. Si hubo conspiración, fue la del rey, que tenía el proyecto de huir de nuevo de las Tullerías. Era necesario impedirlo y, también, «vigilar que no le pase nada», se atrevió a declarar Robespierre el 6 de agosto a los jacobinos.

La futura insurrección fue anunciada el 4 de agosto por la sección de los *Quinze-Vingts*[96] (barrio de Saint-Antoine). El 9, Robespierre escribió a Couthon, con el que estaba unido y que había tenido que volver a su provincia por motivos de salud: «Todo parece presagiar para esta noche la más grande conmoción en París. Hemos llegado al desenlace del drama constitucional». Recuerda más adelante, en la misma carta: «La sabiduría de las secciones de París, dignas de servir de modelo al resto del Estado».

El asalto a las Tullerías se preparó a plena luz del día en las secciones. Sus asambleas, que se reunían entonces de manera constante, hacía tiempo que se enfrentaban al consistorio electo de París, por lo que ya se podía hablar de un municipio insurgente con su comité informal en el que estaban representados todos los matices del radicalismo parisino. Se estableció la fecha del gran día en el 10 de agosto. Las eminencias del Club de los jacobinos, con Robespierre a la cabeza, se mantenían alejados. ¿Acaso no había que dejar la palabra al «Pueblo de París»?

En las Tullerías eran conscientes de la inminencia del ataque. El marqués de Mandat, de sesenta y un años, militar de carrera y comandante en jefe de la Guardia nacional en 1792, el 5 de agos-

to empezó a solicitar la presencia de 16 batallones (cada uno contaba de 500 a 1.000 hombres), pero muchos de ellos hacen oídos sordos. Solo respondieron a la llamada 2.000 guardias nacionales. Además de algunos batallones seguros, como el de las *Filles-de-Saint-Thomas* o el de los *Petits-Pères*[97], había otros abiertamente hostiles a la monarquía, como el de los cañoneros de Val-de-Grâce. Tampoco eran seguros el millar de gendarmes a pie o a caballo. Quedaban poco menos de mil guardias suizos y de 200 a 300 nobles (sobre los 2.000 que habían sido convocados) cuya fidelidad es firme, pero que carecen de armas y municiones. El barón de Frénilly, de veinticuatro años, es uno de ellos, y se une con sus compañeros de armas. La hora de la prueba de fuerza había llegado.

Liquidación de la monarquía

En la noche del 9 al 10 de agosto de 1792, algunos delegados de las secciones, designados por aclamación de los *sans-culottes* y ostentando provechosamente el título de «comisarios», llegaron de manera dispersa a la sede del Ayuntamiento para formar un «Comuna insurgente». Prudentemente, Pétion se retiró a sus apartamentos oficiales. Un poco antes de medianoche, sonó la campana de alarma en los Cordeliers y, después, en los barrios Saint-Antoine y Saint-Marcel, como señal para la agrupación de los amotinados. El enfrentamiento acababa de empezar.

Alertada por esta alarma, una parte de los diputados se dirigió a la Sala de Equitación[98] y abrió una sesión extraordinaria hacia las dos de la madrugada. En esta jornada estuvieron presentes un tercio de sus efectivos. La Asamblea estaba superada por los acontecimientos.

Dos columnas de *sans-culottes*, de guardias nacionales «vueltos» y de federados de Marsella y Brest se pusieron en marcha al amanecer, en la orilla derecha del barrio Saint-Antoine y en la izquierda del barrio Saint-Marcel, en dirección a las Tullerías. ¿Cuántos eran en total? A menudo se lee que 20.000, pero seguramente hay que dividir esta cifra por cinco, muy lejos de la «marea irresistible del pueblo» que se describe en los manuales de historia.

El marqués de Mandat podía detenerlos fácilmente, sobre todo teniendo en cuenta que había visto que había que defender no solo el palacio, sino también sus inmediaciones, empezando por los ejes por donde avanzaban los asaltantes. A este efecto, hizo vigilar los puentes cercanos, pero sus efectivos no eran los su-

ficientes. Sin embargo, era un buen comandante, totalmente apto para resistir un asalto.

Los conjurados del Ayuntamiento de París lo comprendieron y convocaron al marqués a las 5 de la mañana. «No me lo creo», profetizó y, de hecho, fue destituido. Así, mientras lo llevaban a la prisión de la Abadía, un compañero de Danton le disparó. Le remataron con un sable y lanzaron su cuerpo al Sena. Fue sustituido por Santerre, que ya había luchado en la toma de la Bastilla y durante la jornada del 20 de junio. El general Turreau dijo de él: «Será un buen capitán de húsares. Combate bien, bebe aún mejor y ha conseguido firmar su nombre».

Luis XVI le confió la defensa de las Tullerías al mariscal de Mailly, de ochenta y cuatro años. A las 6 de la mañana inspeccionó las tropas. «¡Qué revisión más descorazonadora para unos hombres que no pedían más que un maestro y un guía!», testimonió Frénilly. «Aún lo veo, al desgraciado príncipe, pasando delante de nosotros callado, preocupado, balanceándose; parecía decirnos: "Todo está perdido"».

Sin haber sido interceptados, los rebeldes llegaron sin impedimentos a la plaza del Carrusel, enfrente de las Tullerías. Los cañoneros de la Guardia nacional fraternizaron. Eran las 7 de la mañana. Llegó entonces Roederer, antiguo diputado constituyente y procurador general síndico del departamento de París. Miembro del Club de los jacobinos, si bien desaprobó la ocupación del 20 de junio, obtiene el poder hablar con el rey, más indeciso que nunca, y le aconseja que se refugie en la cercana Asamblea, con el pretexto de que es imposible defender las Tullerías y que «todo París está en marcha». ¿Cuál era su jugada? María Antonieta no estaba de acuerdo: «¡Señor, hay fuerzas aquí!, se enfadó. ¡Es el momento de saber quién ganará, el rey y la Constitución o la facción!». Por supuesto, Luis XVI prefirió escamotearse.

Eran aproximadamente las 9 cuando, guiados por Roederer y acompañados de un pequeño cortejo, la familia real se puso en marcha, en dirección a la Sala de Equitación. Para conseguir llegar tenía que superar el grupo de los *feuillants*, lleno de la muchedumbre habitual, siempre en efervescencia, que se detiene alrededor de la Asamblea por no haber encontrado sitio en las tribunas. Las injurias y amenazas de muerte salían de todas partes.

Un poco más lejos se podía ver una cabeza en una pica. Tal vez era la de Suleau, una de las nueve víctimas, cuyos cadáveres habían sido abandonados en la plaza Vendôme. Arrestado con otros ocho «sospechosos», François Suleau fue reconocido por Théroigne de Méricourt, amazona revolucionaria que había llenado con sus epigramas *Los Hechos de los Apóstoles*. Había gritado al espía y la muchedumbre había hecho el resto.

No sin dificultad el rey consiguió ser admitido en la Asamblea, porque ninguno de los diputados presentes tenía ganas de ser asesinado por la Constitución y, menos aún, por su causa. Vergniaud, presidente de la sesión, pronunció sin embargo palabras viriles: «La Asamblea Nacional conoce cuáles son sus deberes [...]. Todos sabremos morir». Después de que un diputado observara que no se podía deliberar en presencia del monarca, encerraron a la familia real entre las cuatro paredes del minúsculo salón del «logógrafo», nombre del diario de sesiones en cuya gestión se relevaban los ayudantes de redacción.

Durante ese tiempo, los amotinados, que habían avanzado por la orilla derecha, penetraron en el patio del palacio. Hacia las 8, empezó el tiroteo sin que se sepa, como suele suceder en estos casos, de dónde salió el primer tiro. Los suizos disparaban desde las ventanas. Los rebeldes responden a los cañonazos, pero solo consiguen dar al tejado. Una segunda ráfaga de los defensores, muy nutrida y mejor ajustada, eliminó a un centenar de hombres, provocando un retroceso en desorden hacia la plaza del Carrusel. Los guardias suizos contraatacaron, pero no tuvieron

tiempo de llegar a los cañones y fusiles abandonados porque sus adversarios, reforzados por la columna de la orilla izquierda, retomaron el asalto.

La sublevación estaba aún lejos de ganar la partida cuando, presionado por los diputados, Luis XVI firmó una orden exigiendo a la Guardia suiza deponer las armas y volver a sus cuarteles. Esta obedeció, marcando el inicio de su masacre y el saqueo del Palacio de las Tullerías. Fácilmente reconocibles por su uniforme rojo, fueron perseguidos por todas partes a través de los salones y golpeados hasta la muerte o defenestrados antes de ser rematados en el patio. Murieron 600 de los 900 guardias suizos.

Los criados, algunos de los cuales habían sido armados para defender el palacio, no tuvieron mejor suerte. Los prisioneros fueron llevados a rastras hasta la plaza de Gréve[99] donde fueron asesinados. La carnicería continuó hasta las 11. «Pronto, en todas las estancias, relató Chaumette, miembro del Ayuntamiento insurgente, no se veía más que una amplia carnicería de trozos de cuerpos palpitantes, de entrañas humeantes, de cabellos, de armas rotas, de muebles, cristales, tapicerías, todo hecho trizas y mezclado con ríos de sangre humana».

Se contabilizaron un millar de muertos en el lado de los defensores contra unos 400 en el de los amotinados. Algunos caballeros consiguieron escapar, entre los cuales figuraban Frénilly, el marqués de Sombreuil, que dirigía los Inválidos el 14 de julio de 1789, o Louis Pierre Chastenet de Puységur, de sesenta y cinco años, ministro de Guerra en la vigilia de la Revolución, que comandó hasta el final a un puñado de caballeros.

Llegaron curiosos de todas partes para ver el espectáculo. No hay que creer que, efectivamente, estos grandes acontecimientos, tan dramáticos y decisivos, implicaron a la mayor parte de la población parisina. Al contrario, están muy circunscritos mien-

tras que a su alrededor la vida sigue. Por ejemplo, a principios de la tarde, la dueña de una boutique de la rue Traversière-Saint-Honoré, cercana a donde tuvo lugar todo este drama, envió a su aprendiza «a los alrededores de las Tullerías para saber qué pasaba».

¿Comprendieron los parisinos que vieron desfilar a los amotinados lo que pasaba? «Los vencedores se paseaban por París llevando en la punta de sus bayonetas, de sus picas, de sus sables, de sus horquillas, los despojos de sus enemigos. Se veían jirones de uniformes suizos, de la librea del rey, tocados de los sombreros de las mujeres, trozos de vestidos, de colchones, de colchas. Algunos de estos restos estaban ensangrentados. Ante esta vista, se levantaban gritos de alegría», informó Virieu.

En los primeros días de la Legislativa, Cloots, alias Anacharsis, había exclamado: «Las felices coyunturas que acompañan el remate de la Constitución francesa espero que nos dispensen de recurrir a atrocidades patrióticas».

La noche del 10 de agosto, arrestaron al conde de Clermont-Tonnerre, que luego fue liberado para ser cogido por los rebeldes que le asesinaron salvajemente. «En veinticuatro horas, París había cambiado de rostro; ya no había ni un carruaje, nadie osaba ser visto, ser rico, ser superior a otra persona», relató Frénilly.

Monárquicos como Nicolas Bergasse, antiguo constituyente y consejero de Luis XVI después de Varennes, entraron en la clandestinidad. También fue el caso de du Pont de Nemours, también él antiguo constituyente, que junto a su hijo defendió las Tullerías contra los amotinados. Marmontel se escondió en lo más profundo del departamento del Eure. Malouet huyó a Inglaterra.

En la Asamblea, los acontecimientos galoparon a toda velocidad ese 10 de agosto. A la 1 de la tarde, Huguenin, presidente del Ayuntamiento insurgente, ceñido con una banda tricolor,

dictó su ley a los diputados con este discurso: «Estos son los nuevos magistrados del pueblo que se presentarán en vuestro estrado. Los nuevos peligros de la patria han provocado nuestro nombramiento. [...]. Legisladores, no nos queda más opción que secundar al Pueblo». Nunca las tribunas habían aplaudido tanto. También se decretó la suspensión del rey, incluso la convocatoria de una Convención Nacional (llamada así según la terminología estadounidense) que debería dar a Francia una nueva Constitución «para garantizar la soberanía del pueblo y el reino de la libertad y la igualdad». Amplio programa.

Pero, de nuevo, ¿qué había qué hacer con Luis XVI? La noche del asalto, había sido llevado junto a su familia al Club de los *feuillants*, situado en el recinto del cuerpo legislativo. Primero se pensó en llevarlos al palacio de Luxemburgo. Pero no, fue la antigua fortaleza del Temple, con sus sombrías torres, la que le sirvió de prisión. Lo trasladaron el 13 de agosto bajo la vigilancia del eterno Pétion, reelegido como titular de la municipalidad por la Comuna insurreccional. También Manuel estaba allí: hizo detener el carruaje del rey en la plaza Vendôme para mostrarle la estatua ecuestre de Luis XIV, derribada del pedestal y hecha trizas. «¡Así se trata a los tiranos!», gritaron algunos manifestantes.

En la Comuna insurreccional, que se reúne permanentemente, se hacen notar, además de Huguenin, otros que empezaron a ser llamados los «exagerados»: Chaumette, Audouin, exsacerdote y colérico miembro de una sección y, sobre todo, Hébert, que reitera sus llamamientos al asesinato en su *Père Duchesne*: «Que los primeros ataques en las fronteras os sirvan de señal. Caed todos encima al mismo tiempo sobre los tragasantos agitadores, los aristócratas, los falsos patriotas, los ministeriales, los *feuillants*, deshaceros de todos esos seres despreciables y sobre un bosque de picas levantadas pasead las cabezas de todos esos canallas».

El 12 de agosto, Robespierre hizo su entrada en la Comuna de París, pues consideraba que esta había llevado a cabo en pocos

días una gran parte de los deseos populares, hasta ese momento parados, y que es en su seno «donde se juega el futuro de la Revolución», como ha escrito su último biógrafo, Hervé Leuwers.

La Asamblea designó un Consejo ejecutivo de seis ministros: Roland (a Interior), Servan, Clavière son renovados mientras que Danton es asignado a Justicia. El sombrío y vehemente Billaud-Varenne le sucede como sustituto del procurador de la Comuna. En París, escribe Frénilly, «el terror era universal: unos lo sufrían, otros lo ejercían. Y aquellos eran los infelices que, obligados por el miedo, perseguían a los demás, temblando por no ser tan fanáticos como los dos o tres gritones de su sección (porque las secciones se habían convertido en clubs) y esforzándose por hacer mejor que los demás el papel de *sans-culotte*».

Tres mil sospechosos acabaron en las prisiones parisinas mientras que los registros domiciliarios, con el pretexto de buscar armas, se multiplicaban sembrando el terror entre los habitantes. Se cerraron todos los periódicos más o menos favorables a la monarquía, que ya no volvieron a publicar. Sus prensas fueron destruidas o entregadas a publicaciones biempensantes. En las calles se colgaban las listas con los nombres de los proscritos (sobre todo los que se expresaron contra la jornada del 20 de junio).

El 15 de agosto, una delegación del Ayuntamiento de París, guiada por Robespierre, pidió a la Asamblea la creación de un «tribunal del pueblo» para castigar a los contrarrevolucionarios del 10 de agosto, esos «asesinos del pueblo». En la dialéctica jacobina, los defensores se habían convertido en los agresores. ¿Acaso el capitán de los federados no se dirigía a las Tullerías, seguido por el pueblo de París, «para transmitir palabras de paz»? Los diputados se negaron, pero, el 17, una nueva delegación de la Comuna les amenazó, obteniendo la creación de un «tribunal criminal» elegido por las secciones parisinas.

Este tribunal extraordinario se puso enseguida manos a la obra, bajo la dirección de Antoine Fouquier-Tinville, de cuarenta y seis años, presidente del jurado de acusación nombrado por su primo Camille Desmoulins. Este acababa de acceder al secretariado general del Ministerio de Justicia por la gracia de su gran amigo Danton, ministro desde hacía unos días. En lo que respecta a Fouquier-Tinville, procedente de una familia acomodada de Aisne y jurista de formación, viudo y casado en segundas nupcias, estaba lleno de deudas tras una serie de empresas azarosas cuando sobrevino la Revolución, que llegó en el momento justo para él. Comenzó su nueva carrera haciéndose nombrar comisario de su barrio.

Las cosas se aceleran porque, el 21 de agosto de 1792, a las 22 horas, a la luz de las antorchas, en la plaza Carrusel y en memoria de los «mártires del 10 de agosto», cayó la cabeza del primer guillotinado político. Se trataba de Louis-David Collenot d'Angremont, responsable de la oficina militar de la Guardia nacional en el Ayuntamiento de París. Había sido acusado de haber «dirigido una conspiración para prevenir la insurrección del 10 de agosto». El 25 le tocó el turno a Barnabé Durozoy, director de *La Gazette de Paris*, monárquico. Y el 27 a Arnaud de La Porte, intendente de la lista civil, al que se unió Karl Josef von Bachmann, que comandaba el regimiento de los guardias suizos.

Se atribuyen a La Porte estas últimas palabras: «Muero inocente. Que la efusión de mi sangre pueda traer tranquilidad al reino, pero lo dudo». La guillotina, que formó parte del paisaje revolucionario, había llevado a cabo su tarea por primera vez el 25 de abril de 1792, pero con un ladrón y asesino llamado Nicolas Jacques Pelletier. Este nuevo método de ejecución es muy conveniente para la Revolución, puesto que representa su radicalización. Nació, claro, con las mejores intenciones después de la emisión de un decreto, votado el 1 de diciembre de 1789, con el que se establecía la igualdad de las penas. Bajo el Antiguo Ré-

gimen, la decapitación estaba reservada solo a los nobles; el pueblo llano moría, según estableciera el tribunal, ahorcado, en el tormento de la rueda o quemado vivo (o, en el caso de los regicidas, descuartizados después de atroces torturas).

El 21 de enero de 1790, el diputado y médico Joseph Guillotin propuso hacer decapitar a los condenados a muerte con una maquina inventada por el doctor Louis y probada con éxito sobre los cadáveres en el hospicio de Bicêtre. El método era rápido e indoloro. Se entonaron canciones satíricas (aún estamos en 1790):

He hecho construir una máquina
que hace caer las cabezas
se recibe un golpe
antes incluso de dudar;
apenas nos damos cuenta
porque no vemos ni gota.
Un cierto resorte escondido
de golpe se deja suelto
hace caer, er, er
hace saltar, ar, ar
hace caer
hace saltar
hace volar la cabeza; es mucho más honesto.

El abate Maury expresó su temor de que esta «decapitación mecánica», a diferencia de las ejecuciones del Antiguo Régimen, que se efectuaban con lentitud y solemnidad, acabaran por «acostumbrar al pueblo a la efusión de la sangre, lo que le convertiría en bárbaro y feroz». También sirvió para abrir el debate sobre la pena de muerte, lo que los diputados hicieron a lo largo del mes de mayo de 1791. Robespierre se había opuesto con este argumento, muy propio de él, porque creía que se le impedía al condenado «volver a la virtud». Una mayoría estimó, al contrario, que había que aplicar la pena capital al menos a los «criminales de lesa nación», es decir, a los adversarios de la Revolución.

El caso es que la «primera» del 25 de abril de 1792 decepcionó mucho a los *aficionados*[100] de las ejecuciones públicas. *La Chronique de Paris* escribió: «El pueblo no se quedó nada satisfecho, no había visto nada, todo fue muy rápido». Dicho pueblo pronto será compensado con la cantidad.

Los asaltantes del 10 de agosto se convirtieron en víctimas en cuya memoria una gran procesión desplegó sus fastos en París el 27 de agosto. Con un fondo de cantos fúnebres y música de Gossec, el compositor oficial de las fiestas patrióticas, un sarcófago llevado lentamente por bueyes «a la antigua», materializó este duelo nacional. Los estandartes surgían por doquier: «Llorad esposas, madres y hermanas, la pérdida de las víctimas inmoladas por los traidores: juramos vengarlos». Diputados y miembros de la Comuna desfilaron juntos, pero obviamente los primeros se convirtieron en rehenes de los segundos. Significativamente, la Comuna se erigió a sí misma en sucedáneo de soberanía emitiendo una medalla conmemorativa: «A la memoria del glorioso combate del pueblo francés contra la tiranía en las Tullerías. Comuna de París».

Se impuso al clero un nuevo juramento de fidelidad «a la Libertad y la Igualdad». La Comuna hizo que la Asamblea prohibiera las congregaciones que aún existían y, el 26 de agosto, un decreto ordena a los «sacerdotes facciosos» abandonar Francia en quince días. 30.000 sacerdotes y religiosos tuvieron que exiliarse.

Esta nueva persecución religiosa provocó un poco por doquier, sobre todo en el oeste, motines contrarrevolucionarios. El 15 de agosto, en un pequeño pueblo de Mayenne, el discurso jacobino de un sargento reclutador desencadena la cólera de los campesinos. De repente, un joven gritó: «¡Pertenecemos todos al rey, nada más que al rey!». Su nombre es Jean Cottereau, apodado Jean Chouan porque imitaba el grito del autillo en sus expediciones de contrabando de sal. En 1791 se afilió a la Asociación

bretona, un centro monárquico. Atacaron a los gendarmes y Jean Chouan huyó a los bosques con algunos compañeros. Acababa de empezar la chuanería. Asimismo, el 22 de agosto, hubo algunos levantamientos en la zona de Châtillón. Ocho mil campesinos, guiados por unos nobles, se apoderaron de Châtillon-sur-Sèvre[101] al grito de «¡Viva el rey!». Estaba a punto de empezar la guerra de la Vendée.

En los ejércitos la situación no era mejor. La suerte que sufre el rey después del 10 de agosto instó a La Fayette a cruzar el Rubicón. Se negó a reconocer el nuevo gobierno y desea marchar sobre París, pero nadie quiere seguirle. Declarado traidor a la nación, se dice que es mejor ser cautivo de los austriacos que acabar en las prisiones francesas. El 19 de agosto pasó la frontera acompañado por La Tour-Maubourg y Alexandre de Lameth, ambos decepcionados de sus ilusiones revolucionarias después de Varennes.

Es sustituido en el mando del Ejército del Norte por Dumouriez el mismo día que las tropas austroprusianas cruzan la frontera, seguidos por el Ejército de los emigrados. Longwy capituló el 23 de agosto y el 30 empezó el asedio a Verdún, que se rinde dos días más tarde. El camino a París está despejado. Se decretó reclutar voluntarios (30.000 hombres en París y en los departamentos vecinos) mientras que Danton se corona el alma de la resistencia: «El toque de alarma no es para nada una señal de alarma, es la carga contra los enemigos de la patria. Para vencerlos, señores, nos hace falta audacia, más audacia, siempre audacia y Francia estará salvada».

En este contexto tuvieron lugar las masacres de septiembre, a menudo imputadas a una irrupción popular descontrolada, un desbordamiento de los *sans-culottes*. No es así. La extrema izquierda consideró que antes de ir a luchar contra el invasor, había que «purgar el interior del reino […], las prisiones están llenas de conspiradores» (*L'Orateur du peuple*). «¡Que la sangre de los

traidores empiece a derramarse!» (*L'Ami du peuple*). Fréron, en *La Tribune des patriotes*, una publicación efímera que acababa de fundar con Camille Desmoulins, apoyó estos clamores, solicitando una purga preventiva.

Los discursos de Robespierre, si bien no llamaban directamente al asesinato, no dejaban de denunciar a los traidores, presentes por doquier. El Incorruptible, sin embargo, se queda en la retaguardia, como todas las cabezas de cartel del momento. Dejan actuar a la Comuna insurgente, con un Billaud-Varenne que sucedió, después del 10 de agosto, a Danton como substituto del procurador de la Comuna; un Panis, miembro del Comité de vigilancia que acababa de ser creado (hay incluso uno en cada sección); o un François Sergent, amigo del anterior, oficial municipal encargado del mantenimiento de las prisiones y que se dedicó a vaciarlas de sus ocupantes.

A partir del 2 de septiembre, bandas de *sans-culottes* empezaron a hacer irrupción en todas las prisiones de París sin tener que forzar las puertas. En ellas se agolpaban a miles, además de los acusados por el derecho común, nobles, sacerdotes refractarios, familiares de los emigrados, guardias suizos y simples «sospechosos» arrestados según la fantasía de los miembros de las secciones. La masacre empezó a golpe de sable, pica y garrote. Ese domingo de septiembre, tres obispos y más de cien sacerdotes refractarios fueron salvajemente asesinados en pocas horas en el convento del Carmelo.

En algunas prisiones, como la de la Abadía, se puso en marcha un simulacro de tribunal popular, en el que Maillard actuaba como presidente. Tras los someros interrogatorios, solía concluir: «¡A la Force!», lo que no significaba un traslado a la prisión de la Salpêtrière[102], sino un veredicto de muerte. En cuanto las víctimas ponían un pie en el patio, los verdugos las dejaban inconscientes y las golpeaban hasta morir. El mismo escenario innoble y grotesco se repitió en Bicêtre, donde incluso dos adolescentes

siguieron la misma suerte. La sangre inundaba el adoquinado. Carretas llenas de cuerpos aún palpitantes caminaban triunfalmente por las calles de la capital, guiadas por bestias borrachas e injuriosas que obligaban todos a beber por la nación.

La tarde del lunes 3 de septiembre, la princesa de Lamballe, que en principio había seguido a la familia real en el Temple antes de ser encerrada en la Force, también sufrió esta parodia de justicia popular. «¡Que sea puesta en libertad!», pronunció el presidente, tal vez Hébert. En cuanto traspasó el umbral, empezaron a caer golpes sobre la desgraciada, que no murió enseguida. Una multitud asistió a la escena, porque las masacres se habían convertido en un espectáculo. A veces incluso había bancos para sentarse. Cuando la princesa ya no era más que una masa sangrienta, con un ojo agujereado por un golpe de sable, un lerdo la remata. Un aprendiz de carnicero le corta la cabeza. Le abren el vientre para sacarle las entrañas. Le cortan el pecho y el sexo. Se organiza una procesión alegre: en la punta de una pica ponen la cabeza con los largos cabellos rubios manchados de sangre; en otra, el corazón; en otra, su camisa manchada de sangre. Todos marchan hacia la prisión del Temple, donde la guarnición se las vio y se las deseó para impedir que los torturadores entraran. Querían ver a la reina «para que besara la cabeza de su puta». Obligaron a María Antonieta a asomarse a la ventana antes de que esta se desmayara.

Las masacres se prolongaron hasta el día 6, fecha en la que la Comuna se dio cuenta de que había que poner final a esa orgía de sangre: «Pueblo generoso, has asustado a los traidores, [...] que ya no están [...]. Buen pueblo, seca rápidamente la sangre que has derramado. Vuelve tu hacha contra los soldados de los déspotas y deja que sea la espada de la ley la que derrame la sangre impura que no debe ensuciar tus armas».

Las matanzas no acabaron del todo. El 9 de septiembre masacraron, en Versalles, a 53 prisioneros trasladados desde Orleans.

Entre sus guardias se observa, o más bien no se observa, a Fournier el Americano. El Terror naciente tiene a sus esbirros patentados, siempre presentes en los momentos cruciales. Los diputados, en cambio, brillaron de nuevo por su ausencia después de haber intentado, en vano, disolver el 30 de agosto la Comuna insurgente.

Evidentemente informados desde primeras horas de la mañana de las matanzas, Roland, el ministro del Interior, no hizo nada; y Danton, el de Justicia, dejó que siguieran («¡Me importan un pito los prisioneros! ¡Que se conviertan en lo que puedan!» tronó). Santerre, nuevo comandante de una Guardia nacional que ya no tiene nada de «burguesa», no intervino para cesar las masacres a pesar de los mensajes de Pétion, que además es solo vagamente alcalde de París. En su defensa dirá: «¿Acaso debía, a riesgo de ser inmolado en el acto como traidor a su patria, oponerme solo a ese torrente?».

El balance es desolador: aproximadamente 1.300 víctimas en París y por lo menos 250 en la región parisina y las provincias (especialmente en el valle del Ródano y en Provenza). Mallet du Pan concluyó: «El primero que, impunemente, puso en la punta de una pica la cabeza de su semejante, justificó los ríos de sangre derramada del 10 de agosto al 10 de septiembre de 1792. La carrera a los crímenes se abrió al mismo tiempo que la de los errores».

Estas fueron las espantosas condiciones en las que tuvieron lugar las elecciones a la Convención. En ese clima de miedo, apenas un décimo de los electores respondió a la convocatoria de la reunión de las asambleas primarias. «Todos parecían hundirse en las sombras. Los rostros estaban ocultos bajo el sombrero. Al cruzarse, solo se hacía un gesto furtivo de reconocimiento», relató Lacretelle.

Los jacobinos pusieron todo en marcha para desalentar a los moderados. So pretexto de que «la publicidad es la salvaguarda del pueblo», se votó públicamente y en voz alta. El Ayuntamiento hizo imprimir las listas de los electores que había que eliminar de las urnas, principalmente los brissotinos (a veces llamados también rolandistas), que se oponen a los *robespierrots*. Hébert pide que la Convención esté compuesta solo por «valientes *sans-culottes*». De todas formas, ya no había oposición a la izquierda, de modo que, en París, los 900 individuos que fueron designados por las asambleas primarias se trasladaron en gran pompa para la elección final… al Club de los jacobinos. Era el 2 de septiembre y pasando por el Pont-au-Change, amontonados sobre la orilla se podían ver los cadáveres de las víctimas de las masacres de la Conciergerie y de Châtelet.

La facción más radical fue elegida a mano alzada: Robespierre, Danton, Manuel, Billaud-Varenne, Camille Desmoulins, Collot d'Herbois, Fabre d'Églantine, Couthon, sin olvidar a Marat, al que Chabot apoyó en estos términos: «Tiene la cabeza caliente en el mismo sentido que la tengo yo, es decir, que es el corazón el que es caliente; porque los moderados suelen equivocarse con esta diferencia, y yo les respondo que es una de las cabezas más frías que existen. Se le ha reprochado a Marat ser sanguinario, haber contribuido, por ejemplo, a la masacre que acaba de tener lugar en las prisiones; pero en esto él estaba dentro del significado de la revolución».

Fue elegido Philippe d'Orléans, que se había afiliado al Club de los jacobinos, haciéndose admitir como simple ciudadano. Pide y obtiene que la Comuna le dé un nuevo nombre: Philippe Igualdad, renombrando para la ocasión el Palais-Royal como «Jardín de la Revolución». Danton apoyó su candidatura, a la que se opuso Robespierre.

Más asombrosa fue la elección de Jean-Baptiste Drouet, el héroe usurpado de Varennes. Igualmente improbable fue la del

hermano más joven de Robespierre, Augustin, también él abogado en Arras. He aquí que el que empezarían a llamar «el joven Robespierre» fue elegido diputado de París donde, ironizó Pétion, «solo le conocían diez personas».

El voto de las provincias, con un abstencionismo elevado, fue un consuelo para los girondinos: Brissot, elegido en tres departamentos, Condorcet (en cuatro), Pétion (ahora en el campo girondino), Buzot, Louvet, Gensonné, Vergniaud, Guadet, sin olvidar a Roland. Jean-Louis Carra, por su parte, fue enviado a la Convención por seis departamentos. La provincia eligió también a partidarios de Robespierre (un centenar contra 160 brissotinos), así como una mayoría de diputados que rechazó tomar partido entre las dos facciones.

La última sesión de la Asamblea Legislativa tuvo lugar el 20 de septiembre, y quedó eclipsada por el milagro que detuvo a los prusianos en Valmy, Argonne. La vigilia, el Ejército de Kellermann, llegado desde Metz, se unió al de Dumouriez, llegado desde Sedan, y el de Beurnonville, que había partido de Lille. Eran en total 50.000 con la moral alta que se enfrentaron a los 35.000 soldados de Brunswick, poco motivados, además de agotados y con disentería. Al final de un intenso intercambio de cañonazos en el altiplano donde se encuentra el molino de Valmy (no lejos de Varennes), Brunswick se retira. Curiosamente, Dumouriez no explotó esa ventaja y dejó que los prusianos se retiraran ordenadamente. Se sospechó, sin tener pruebas de ello, que había hecho un trato secreto con Brunswick. La cuestión es que París se salvó.

Sin embargo, antes de disolverse, la Legislativa pudo dar el golpe de gracia decretando la renovación integral de la Comuna de París. Al día siguiente, el 21 de septiembre de 1792, la Convención Nacional tuvo su primera sesión y decretó «que se abolía la monarquía en Francia». Sorprendentemente, no se estableció explícitamente la República, sino que se estipula, el 22, que los

actos públicos serán fechados a partir del año I de la República francesa. *Le Père Duchesne* exulta: «Por fin, ya no hay rey en Francia, ¡qué alegría! ¡Qué felicidad! Yo lo había dicho, que antes o después, nos veríamos obligados a eliminar esa máquina tan inútil como una quinta rueda en una carroza. A fuerza de marear la perdiz, hemos tenido que llegar a hacerlo».

En proporciones más o menos iguales, los 749 diputados de la Convención se dividieron en tres «partidos»: a la derecha (izquierda de la Legislativa), los girondinos; en el centro, la *Llanura* o, más peyorativamente, el *Pantano*; a la izquierda, los montañeses. Los diputados del centro, a saber: Sieyès, el abate Grégoire, Barère, Cambon y Jean-Jacques Cambacérès eran republicanos adscritos a la obra de la Revolución. En un primer momento, apoyaron a los girondinos, que se encontraron desplazados al campo de los moderados.

El recuerdo de las masacres de septiembre estaba lejos de olvidarse, como tampoco los del desbordamiento de la Comuna; esta, por el momento, mantuvo un perfil bajo y sacrificó su Comité de vigilancia y renunció a los comisarios que había enviado a los departamentos («para proteger esa unión fraterna que necesitamos para expulsar al enemigo»). Las nuevas elecciones volvieron a poner a Pétion en la Comuna de París, pero este prefirió conservar su mandato de diputado y dejó su lugar, el 1 de diciembre de 1792, a un moderado, también este cercano a los girondinos, Nicolas Chambon. Chaumette es elegido procurador y Hébert su sustituto.

A partir del 25 de septiembre, Marc David Alba, llamado Lasource, pastor calvinista elegido por el departamento de Tarn, respondió a una interpelación del montañés Merlin de Thionville resumiendo perfectamente los reproches de los girondinos: «No es el pueblo lo que temo. […] Temo el despotismo de París y no quiero que los que disponen de la opinión de los hombres, a los que confunden, dominen la Convención Nacional y toda

Francia. No quiero que París, dirigida por intrigantes, se convierta, en el Imperio francés, en lo que fue Roma para el Imperio romano. Es necesario que la influencia de París se reduzca en un 83 %, como cada uno de los otros departamentos».

Lasource provocó la protesta de las tribunas, que Marat quería aumentar para acoger a 4.000 asistentes a fin de que «la Convención Nacional esté siempre bajo la vigilancia del pueblo». Desafiando los abucheos, gritó: «No me inclino ante una sección del pueblo más de lo que lo hago ante la corte de un rey. No inclino mi frente como vil cortesano ante la facción del soberano que me rodea: mi soberano, ¡es toda la nación!».

Los montañeros acusaron a los girondinos de querer fraccionar la unidad nacional, muy bien representada con ellos y solo ellos. Se atrincheraron detrás del decreto votado por la Convención el 25 de septiembre, al final del cual «la República francesa es una e indivisible», tachando a los girondinos de «federalismo».

El Club de los jacobinos, que jugó un papel determinante en la preparación de la insurrección que tuvo lugar entre el 20 de junio y el 10 de agosto, pretende más que nunca ser el guarda de la ortodoxia revolucionaria. A partir del otoño de 1792, la «Sociedad de amigos de la Constitución» fue rebautizada como «Sociedad de los amigos de la libertad y la igualdad», pero qué importa, ya que todo el mundo dice «los jacobinos».

Los girondinos son apartados progresivamente dejando a los montañeses reinar como dueños absolutos alrededor de un Robespierre que se convierte en su figura eminente. Prefieren el cómodo salón de Madame Roland, pero se equivocaron porque el Club de los jacobinos se convirtió en una imparable máquina de guerra contra ellos. Brissot, que vilipendiaba «el partido desorganizador», fue excluido en octubre con el vago pretexto de que bajo «una apariencia de conducta oblicua y tortuosa» quería restablecer el despotismo. El 1 de septiembre Robespierre ya lo ha-

bía atacado violentamente ante la Comuna: «Denuncio al liberticida Brissot, la facción de la Gironda». Los jacobinos no dejaron de calumniarlo, llegando a imputarle las masacres de septiembre, de las que ellos fueron los primeros responsables.

Sin embargo, las diatribas contra los jacobinos no faltaban. André Chénier, que había perdido sus ilusiones de 1789, se había convertido en su enemigo jurado, en especial de Marat, cuyas prácticas criticó en el *Journal de Paris*: «Allí, se admira lo más absurdo siempre que sea homicida; se acoge toda falacia, siempre que sea atroz». Pase que lo escriba un adversario declarado, pero el abate Grégoire, revolucionario sin color, dice casi lo mismo. También había sido elegido en la Convención cuando vuelve al Club de los jacobinos tras un año de ausencia: «Ya no estaba permitido opinar distinto a lo que opinaba la facción parisina»; dijo que «no volvería a poner los pies en una asamblea que se había convertido en un antro faccioso».

Los críticos contra Robespierre son cada vez más numerosos. Atacado por el Incorruptible, Antoine Gorsas, fundador del muy leído *Courrier des 83 départements* y elegido en la Convención en el lado de los girondinos, le responde severamente en mayo de 1792: «Invitamos al señor Robespierre a desconfiar de sí mismo. Le invitamos a convencerse de que, como él no es Dios, algunas veces puede equivocarse». «El defensor de la libertad se erige en inquisidor de la opinión», se lee también en *Révolutions de Paris*. *Le Patriote français* no se queda callado, pues ve en Robespierre al jefe de una secta, un sacerdote: «Se ha creado una reputación de austeridad que apunta a la santidad, […] hace que le sigan las mujeres y los débiles de espíritu».

Solo eran ataques en la prensa. Pero las cosas cambiaron cuando el diputado Jean-Baptiste Louvet, amigo de Brissot, lanzó ante la Asamblea el 29 de octubre de 1792, una sonora *robespierride*[103]: «Robespierre, os acuso de haber calumniado durante mucho tiempo a los patriotas más puros; os acuso de ello porque

pienso que el honor de un ciudadano y, sobre todo, de un representante del pueblo, no os pertenece […]. Os acuso de haber subestimado, envilecido y perseguido a los representantes de la nación y de subestimar y envilecer su autoridad; os acuso de presentaros siempre como un objeto de idolatría, de haber tolerado que, ante vos, os designaran como el único hombre virtuoso en Francia que puede salvar al pueblo, y de haberlo hecho entender personalmente».

El Incorruptible respondió sin dificultad el 5 de noviembre con un largo discurso, muy esperado: «Habláis de dictadura, señor, para ejercerla vos mismo […]. Renuncio a la justa venganza, porque tendría derecho a perseguir a quienes me calumnian». Sobre todo, muy político y consciente de una relación de fuerza que entonces le era desfavorable, Robespierre capea el temporal ante la ofensiva girondina, a la que le gustaría eliminar de la Asamblea a sus principales líderes montañeses, acusándolos de difundir la violencia y, por eso mismo, desacreditar la Revolución. «Lo que debemos hacer en este momento, declaró el 7 de diciembre, es oponernos a toda insurrección, porque la insurrección, que es el más sagrado de los deberes, sería peligrosa para la Convención».

En ese momento dominaban los girondinos. En octubre, el Club de los jacobinos solo contaba con 113 diputados sobre 749, pero controlaban la mesa de la Asamblea presidida por Pétion, así como sus comités principales.

La Convención confirmó al Consejo ejecutivo surgido el 10 de agosto, pero se decidió que los diputados no pudieran formar parte. Danton eligió seguir como diputado y fue sustituido en el Ministerio de Justicia por Dominique Garat. En el Ministerio de Guerra, Servan dejó el lugar a Jean Nicolas Pache, mientras que Roland decidió seguir siendo ministro. La tarea de este último no era indiferente, porque la Legislativa fue incapaz de que la Constituyente resolviera la crisis económica y financiera. En lo

que respecta a la subsistencia, choca desde el inicio de la Revolución con la cuestión, que surge continuamente, sobre la libre circulación de grano. Discípulo de Turgot, Roland era favorable mientras que a la Montaña se le daba bien aliarse con las secciones para oponerse a aquella denunciando «la aristocracia mercantil».

El 27 de noviembre se leyó una carta del ministro del Interior a los diputados: «Vengo a repetir a la Convención una serie de tristes verdades [...]. La circulación de grano encuentra desde hace mucho tiempo los más grandes obstáculos. No hay casi ningún ciudadano que pueda, o que ose, hoy en día, dedicarse a este comercio...». El ministro denunciaba las prácticas de la municipalidad de París, que obligaba a vender la harina por debajo de su precio: «Denuncio su sistema como imaginado solo para ganarse al pueblo y como subversivo de todo orden». Tras el debate que siguió, Marie Joseph Lequinio, él mismo un importante hacendado, intentó explicar que «todas las medidas violentas para hacer circular el grano por la fuerza son precisamente las que impiden que circule». Robespierre se erigió «en nombre del pueblo» contra la libertad de comercio y habló de detener «la mano homicida del monopolista como la del asesino común». El 8 de diciembre de 1792, la Convención reafirmó la libertad de circulación del grano, pero en la práctica nada ocurrió. En todo el país se multiplicaron las requisiciones y se impusieron los mismos precios.

En esa ocasión, Saint-Just, elegido por el departamento de Aisne, tomó la palabra cuestionando el asignado, que «ha destrozado en Francia el sistema del comercio del grano». Marat dijo lo mismo denunciando la masa enorme de papel moneda como causa de la miseria. Pero como sus predecesores, los nuevos diputados no sabían nada y no se atrevieron a tomar las medidas de rigor para reducir la circulación de los asignados. Al contrario, el 24 de octubre de 1792 se decidió una emisión suplementaria de

400 millones, más otros 800 millones el 1 de febrero de 1793. La huida hacia adelante proseguía.

Clavière, el ministro de Hacienda, no consiguió que adoptaran las medidas enérgicas que hubieran permitido la entrada de impuestos. París batió los records de malos contribuyentes con 851 millones de atrasos. Sin embargo, en el Comité de Hacienda de la Convención, Pierre Joseph Cambon mostraba un gran optimismo. Sus discursos chorreaban millones y su modo de actuar sureño hizo el resto, hasta el punto que pronto se inventó el verbo «cambonizer» como sinónimo de sembrar el caos en las finanzas públicas.

La gran clave de la Convención girondina residía en la guerra, a punto de convertirse en victoriosa. Después de Valmy, el 29 de septiembre el Ejército del general Anselme se apoderó de Niza y toda la región. El de Custine conquistó Espira y después Worms, en Alemania. El 7 de octubre, los austriacos levantaron el asedio de Lille y el 14 los prusianos evacuaron Verdún y, el 16, Longwy. Francia entera había sido liberada.

El Ejército francés entró en Maguncia el 21 de octubre y, dos días más tarde, ocupó (temporalmente) Frankfurt. El 27, Dumouriez entró en Bélgica y el 6 de noviembre obtuvo la importante victoria de Jamappes (cerca de Mons). Los austriacos evacuaron Bélgica que, al cabo de poco tiempo, fue ocupada por los franceses.

De golpe se encuentran lejos de la mano fraterna tendida «a todos los pueblos que quieren recuperar la libertad». Los países «liberados» debían proporcionar contribuciones de guerra, mantener los Ejércitos revolucionarios, entregar los bienes de su clero, absorber los asignados. Todo ello con proclamas viriles. El 16 de noviembre, Chaumette declaró en el Ayuntamiento que toda Europa «hasta Moscú será pronto francesa, municipalizada y jacobinizada». «No podremos estar tranquilos mientras Europa, y

toda Europa, esté en llamas», declaró Brissot en la Convención el 26 de noviembre. Saboya fue anexionada al día siguiente y formó el departamento del Mont-Blanc.

El 30 de diciembre, en la Convención, Maximin Isnard evocó «una guerra indispensable para consumar la Revolución». No se podría decir mejor, por dos razones: a una guerra ideológica que le da a la Revolución el sentido y el impulso que está a punto de perder dentro de sus fronteras, se añade una guerra no tanto de conquista territorial clásica como de explotación sistemática destinada a sacar a flote una economía a punto de hundirse. Una huida hacia adelante acababa de ponerse en marcha y ya no se detuvo.

Además de estas cuestiones vitales, los debates parlamentarios se eternizaron durante el otoño de 1792 sobre la cuestión de qué hacer con el rey. ¿Exiliarlo? ¿Juzgarlo? El 7 de noviembre, Jean Mailhe, diputado del Alto Garona y abogado, presentó un informe preliminar en nombre del Comité de legislación. ¿Se puede juzgar a los monarcas si bien la Constitución de 1791 estipulaba que su persona era «inviolable y sagrada»? Mailhe concluyó que tal vez pueda serlo por la Convención porque ella «representa total y perfectamente a la República francesa». Condorcet, en cambio, rechazó la Convención, que no sabría ser a la vez «legisladora, acusadora y juez». El debate sobre «el proceso de Luis Capeto» acababa de empezar, a la vez que se endurecían las condiciones de detención en la prisión del Temple. El 13 de noviembre, Saint-Just pronunció un discurso que fue muy aplaudido: «El rey es un enemigo; tenemos menos para juzgarlo que para combatirlo; no se puede reinar inocentemente».

El debate se estancó hasta que el 20 de noviembre, una intervención del ministro del Interior Roland en la Convención tuvo un efecto bomba. Se había descubierto en el Palacio de las Tullerías un armario secreto, pronto conocido como «el armario de hierro», en el que se halló una densa correspondencia entre, por

un lado, Luis XVI y Mirabeau y, por el otro, entre el rey y los soberanos extranjeros, así como los emigrados. Se preguntaban sobre qué documentos concretos basarse para establecer el acta de acusación contra el rey. Era ya cosa hecha. En cuanto a Mirabeau, el 25 de noviembre fue «echado del Panteón» y su busto desapareció del Club de los jacobinos. Robespierre, que nunca dejaba de lado su talante circunspecto, en esa ocasión subrayó que «una experiencia funesta nos ha enseñado a no prodigar nuestro incienso a los hombres vivos».

La campaña se redobló bajo la presión de la prensa revolucionaria, que acusó a Roland de ganar tiempo. Los montañeses deseaban el proceso aún más, dado que los girondinos deseaban evitarlo, o por lo menos, salvar al rey. Fiel a su costumbre, *Le Père Duchesne* dio el tono de la acusación: «Luis XVI debe terminar su abominable vida en el cadalso y expiar todos sus crímenes; es necesario que su muerte sirva de ejemplo a todos los tiranos. Esto es, joder, lo que piensan los *sans-culottes*». Dichos *sans-culottes* desfilaron, amenazadores, el domingo 2 de diciembre al mando de la Convención, recitando su lección: tardar más es «una blasfemia política». Al día siguiente, Robespierre pronunció en la Convención uno de sus largos, muy largos, discursos. Retomó el argumento de Saint-Just, según el cual no hay que hacer ningún proceso: «Luis, por tanto, no puede ser juzgado, ya ha sido condenado; está condenado o la República no está absuelta [...]. Luis debe morir para que la patria viva».

Cediendo a la presión, la Convención decretó que «Luis Capeto subirá al estrado para ser interrogado». Este compareció el 11 de diciembre, acompañado por una gran escolta, que incluía tres cañones. «Luis, el pueblo francés os acusa de haber cometido multitud de crímenes, por establecer vuestra tiranía destruyendo su libertad». Barère, presidente de la sesión, interrogó durante mucho tiempo al monarca que, contra toda evidencia, se negó a reconocer los documentos fechados y a menudo anotados de su

puño y letra, así como negó también la relación con los emigrados.

Se acordó la elección de un abogado defensor. Se presentaron como voluntarios Tronchet, antiguo presidente del Colegio de abogados de París y exconstituyente, de Sèze, abogado de París, y Malesherbes. Guy Target, elegido por el rey, sin embargo, se negó. Se decidió que todos los escrutinios del proceso se llevarían a cabo por votación nominal y en voz alta.

El 26 de diciembre, el acusado compareció por segunda vez. De Sèze examinó uno a uno los treinta y tantos cargos de acusación. Lo declaró incansablemente no culpable. También protestó: «¡Busco entre vosotros a jueces y solo veo a acusadores! ¡Queréis pronunciaros sobre el destino de Luis y habéis metido vuestro voto!». Luis XVI hizo una breve declaración: «Hablándoos tal vez por última vez, os declaro que mi conciencia nada me reprocha, [...] mi corazón está destrozado por ver en el acta de acusación la impresión de haber querido derramar la sangre del pueblo y, sobre todo, que se me atribuyan los percances del 10 de agosto».

El proceso se convirtió en la causa principal del enfrentamiento creciente entre girondinos y montañeses. Los primeros, temerosos especialmente de las reacciones de Inglaterra y España, intentaron retrasar el juicio mientras que los segundos hicieron de todo para acelerar la sentencia, que querían que fuera ejemplar. Se propuso la idea de un llamamiento al pueblo. Buzot se explicó: «Debemos dejar al pueblo el ejercicio de la soberanía nacional [...]. Demasiado a menudo y durante demasiado tiempo, nuestros departamentos no han sido más que meros espectadores de los acontecimientos que han influido en el destino de toda Francia. Ha llegado el momento de llamar a todos a compartir esta influencia. El juicio de Luis les ofrece la ocasión». Surge un movimiento de opinión en favor del rey. Se hicieron planes para salvarlo. Agente realista enriquecido con la especulación, el ba-

rón de Batz, a su regreso de Inglaterra donde se había refugiado, planeó un golpe para secuestrar al desgraciado si era conducido al cadalso.

Pero ya nada podía impedir el voto. El 4 de enero fue Barère, considerado entonces como un montañés, el que presidió la sesión. Intervino durante mucho tiempo e hizo inclinarse a la Llanura contra el llamamiento al pueblo: «El pueblo no debe nunca ser juez de sus propias ofensas» y «los movimientos anarquistas pueden aumentar si se consulta a las asambleas primarias [...]. Os debéis pronunciar».

El 15 de enero de 1793, en una primera votación se declaró al rey culpable de conspiración contra la libertad púbica por 707 votos contra... cero. El voto sobre la pena que había que aplicar empezó el 16. Sieyès, con el que se había reunido un emisario de Malesherbes unas horas antes, no le dejó hablar: «Os escucho, él está muerto, muerto; ¡no hablemos más de ello!». La votación nominal (cada diputado debía pronunciarse en la tribuna y en voz alta) duró veinticuatro horas.

Las tribunas aclamaron a los diputados que se pronunciaron por la «muerte inmediata» y lanzaron insultos contra los que votaron a favor «de la detención hasta el final de la guerra y, luego, el destierro». Más que nunca el sufragio estaba bajo influencia. Felipe Igualdad empezó afirmando que no votaría contra su pariente, pero se demostró débil cuando dos diputados, Merlin de Douai y Treilhard, fueron a buscarle al Palais-Royal para decirle que su abstención se consideraría una cobardía. Pálido, el primo del rey subió a la tribuna, sacó un papel de su bolsillo y leyó: «Dedicado únicamente a mi deber, convencido de que los que han atentado o atentarán a la soberanía del pueblo merecen la muerte, voto la muerte». Un murmullo recorrió la sala y Manuel, que acababa de pronunciarse por un simple destierro, saltó a la tribuna estigmatizando a ese «pariente cercano de Luis» que no ha tenido «el pudor de declararse recusante».

Los montañeses votaron unánimemente la muerte («¡A los reyes se les golpea en la cabeza!», clamó Danton). Los girondinos se dividieron, eligiendo muchos de ellos la muerte con la pena en suspenso, lo que es la pena de muerte de todas formas. Por ejemplo, Brissot: «Voto por la muerte suspendiendo su ejecución hasta que la Constitución sea ratificada por el pueblo». Cloots, que había sido elegido por Oise en la Convención y que había hecho apología de las masacres de septiembre («un escrutinio depuratorio en las prisiones»), empezó votando «en nombre del género humano». Una voz le interrumpió: «¡No se os pide el parecer del género humano, sino el vuestro!». Entonces pronunció: «La muerte de Luis, a la espera de las otras». No supuso entonces que tenía razón, porque también él subió al cadalso, después de muchos otros, el 24 de marzo de 1794.

El voto se terminó el 17 de enero a las 8 horas de la tarde. Vergniaud, que presidía la sesión, dio el resultado: 387 votos en favor de la pena de muerte, 334 en contra. «Declaro, en nombre de la Convención Nacional, que la pena pronunciada contra Luis Capeto es la pena de muerte». Al día siguiente, la derecha de la Convención impugnó los resultados del escrutinio, por lo demás muy complicado (el llamamiento, interminable, se hacía por departamento). El recuento fue 361 votos a favor de la muerte y 360 en contra. El rechazo a la pena en suspenso se votó el 20 de enero por 380 votos contra 310. En protesta, los diputados Kersaint (que acababa de ser promovido a vicealmirante) y Manuel dimitieron enseguida. El primero declaró que le era imposible «soportar la vergüenza de sentarse en el recinto de la Convención con hombres sanguinarios», mientras que el segundo estimaba que «al hombre de bien no le queda más que envolverse en su capa». El 5 de noviembre, en los jacobinos, ya Manuel, hasta entonces revolucionario ferviente, había osado condenar las masacres de septiembre.

Le tocó a Malesherbes llevar la terrible noticia a Luis XVI. Su suplicio, con una demora de veinticuatro horas, le fue notificado oficialmente por una delegación del Consejo ejecutivo la tarde del 20 de enero.

El rey empezó su última noche con su familia, de la que había estado separado. La reina, muy delgada, estaba sentada a su izquierda. Tenía todo el cabello blanco. Madame Elisabeth estaba a su derecha. Enfrente, Madame Royale, de catorce años. El delfín, que no tiene más que siete años y que lo llama «papá-rey», está de pie entre sus piernas. «Las voces, las lágrimas, los lamentos, todo se confundía en una sinfonía de dolor», escribe Jean-Christian Petitfils. Su hija escribirá: «Lloraba por nuestro dolor, no por su muerte».

Se separaron, después de que Luis XVI prometiera volver a ver a su familia al día siguiente, pero él no hizo nada para evitarles una nueva prueba. La tarde acabó orando con su confesor. No sin dificultades pudo obtener el auxilio de un sacerdote refractario, el abate Edgeworth de Firmont. A las dos de la madrugada, Cléry, su fiel ayuda de cámara lo ayudó a desvestirse. Le pidió que le despertara a las cinco y… se durmió.

Al día siguiente se despertó a la hora establecida, se vistió, escuchó su última misa para la que una cómoda recubierta con un mantel sirvió de altar. Pidió que su criado le cortara el cabello, pero le negaron unas tijeras. «Esa gente ve por todas partes puñales y veneno», dijo sonriendo a su confesor.

El cortejo fatal se puso en marcha a primera hora de la mañana del 21 de enero de 1793, con un frío húmedo y con el redoble continuo de los tambores. Una hilera, a menudo doble y a veces triple, de 12.000 hombres, 100 gendarmes a caballo y cañones dispuestos en los cruces evitan toda intento de la última oportunidad. El barón de Batz había previsto su intervención no lejos de la puerta de Saint-Denis. Contaba con 400-500 realistas, pero

solo una veintena pudo llegar a la cita. Batz, sin embargo, no renuncia y se lanza sable en mano. Solo le siguen tres de sus compañeros. Al final de un combate muy breve, sin esperanza, uno de ellos es asesinado mientras que los otros tres consiguen huir.

Durante ese tiempo, en la berlina en la que los cristales han sido alzados, Luis y el abate Edgeworth recitan el *Salmo de los agonizantes*. Son más de las 10 de la mañana cuando el cortejo llega a la plaza de la Revolución, cubierta por una multitud armada. Luis XVI sube con gran calma al cadalso. Solo forcejea cuando los verdugos quieren atarle las manos, pero el abate le convence a sufrir este último ultraje.

El rey consigue pronunciar algunas palabras antes de que su voz sea cubierta por el redoble del tambor: «Muero inocente de todos los crímenes que se me imputan. Perdono a los autores de mi muerte y rezo a Dios para que la sangre que estáis a punto de derramar no caiga nunca sobre Francia». La cuchilla cayó a las 10:22. Uno de los ayudantes del verdugo cogió la cabeza por el cabello y la esgrimió ante la muchedumbre dando la vuelta dos veces al cadalso. Se oyeron gritos: «¡Viva la nación! ¡Viva la libertad! ¡Viva la República!». Algunos mojaron su pañuelo en la sangre que fluía lentamente entre las tablas del cadalso.

«Luis ha demostrado más firmeza en el cadalso que la que había mostrado en el trono»: es el epílogo de *Le Patriote français*. La Revolución, en todo caso, había alcanzado su punto de no retorno. «La cabeza del tirano acaba de caer bajo la espada de la Ley, escribió Marat. Ese mismo golpe ha derribado los cimientos de la monarquía entre nosotros; por fin creo en la república». También Robespierre invocó la espada de la Ley: «Este gran acto de justicia ha dejado consternada a la aristocracia, aniquilado la superstición monárquica y creado la república. Imprime un gran carácter a la Convención Nacional y la hace digna de la confianza de los franceses». Muy pocas fueron las voces discordantes, como la de Claude Fauchet, reelegido en la Convención por

Calvados, que en el *Journal des amis* del 26 de enero evocó «un asesinato solemne», una «crueldad fatal» que ha «marchitado la revolución».

También el verdugo se expresó en la prensa, publicando en los *Annales patriotiques* del 28 de enero lo siguiente: «Ciudadanos, me he enterado de que corre el rumor que vendo o hago vender los cabellos de Luis Capeto. Si han sido vendidos, este comercio infame solo pueden haberlo realizado los pícaros: la verdad es que no he permitido que nadie de mi entorno suministrara o cogiera el más leve resto [...]. Firmado: Sansón, ejecutor de los juicios criminales».

VI. El TERROR, EVIDENTEMENTE

«Ya es hora de que la igualdad pasee la guadaña sobre todas las cabezas».

Delegación del Club de los jacobinos en la Convención,
5 de septiembre de 1793

«Seamos terribles para dispensar al pueblo de serlo»

La ejecución de Luis XVI, juzgado por la Convención sin ninguna base institucional e histórica, fue un acto fundamentalmente transgresor y político. Este «asesinato ritual» (Jean-Christian Petitfils) fue un acto creador de una soberanía popular, en ruptura absoluta e irreversible con el pasado, la monarquía de derecho divino. No es tanto un final como un nacimiento, pero un nacimiento en la sangre del regicidio.

Este punto de no retorno deseado por la izquierda de la Revolución, lejos de vincular a los franceses con la República, terminó de dividir Francia en dos y durante mucho tiempo. Muchos franceses, aunque guardan silencio por miedo, no se unen a esta Revolución. El país está en estado de shock y solo los *sans-culottes* se regocijan ruidosamente. La propia Convención mantiene un silencio incómodo y prefiere deshacerse en lamentaciones por el asesinato el 20 de enero de uno de los suyos, Le Peletier de Saint-Fargeau, que había votado por la muerte del rey. Lo enterraron con gran pompa el 24 y le otorgaron los honores del Panteón.

Ante la noticia de la muerte de su hermano, el conde de Provenza, futuro Luis XVIII, se apresuró a proclamarse regente del delfín, que seguía siendo prisionero, pero al que proclamó *de jure* rey de Francia bajo el nombre de Luis XVII. Nombró al conde de Artois, futuro Carlos X, teniente general del reino, escribiéndole una carta cuyo cinismo es comparable al de los líderes de la Revolución: «Así pues, tengo en mis manos la noticia oficial de la muerte del desafortunado Luis XVI [...]. También he sabido

que su hijo se está muriendo. No olvidaréis lo útil que será para el Estado cuando muera. Que esta utilidad os consuele…».

En las cortes extranjeras, la indignación era general, ya sea en España, Austria, Rusia, pero también en Inglaterra, que expulsó al embajador francés y cuya corte se puso de luto. La verdad es que la situación entre los dos países había sido tensa durante mucho tiempo. William Pitt, primer ministro británico desde 1784, inicialmente se mostró bastante satisfecho con la anarquía que se había abatido sobre Francia en 1789. Hizo oídos sordos a los llamamientos a una cruzada antirrevolucionaria, defendida por algunos diputados, pero envió a Francia un montón de espías y agentes de influencia. A principios de 1790, Luis XVI había interrogado sobre este asunto a Calonne, exiliado en Londres y líder de la contrarrevolución al otro lado del Canal. ¿Inglaterra no «había transferido dinero a Francia para alimentar la fermentación»? Calonne, como era lógico, respondió negativamente. De hecho, había sido todo lo contrario, sin que sea posible evaluar exactamente el peso de esta corrupción que los revolucionarios denunciaron y agrandaron a voluntad.

El peligro de una contaminación de las ideas revolucionarias (algo más que posible en Inglaterra) y, sobre todo, la política anexionista de la Convención terminaron preocupando a Pitt. Cuando declaró, el 16 de noviembre de 1792, el Escalda abierto a la navegación y envió una flota de guerra a Amberes, Francia asestó un golpe a Holanda, un aliado de Inglaterra, amenazando la seguridad del Támesis. El 31 de enero de 1793, la Convención anexionó el condado de Niza. Danton propuso hacer lo mismo con Bélgica y la orilla izquierda del Rin declarando: «Digo que es inútil que temamos extender demasiado la República. Sus límites están marcados por la naturaleza». Lazare Carnot, convencional y regicida, enviado en misión al Ejército del Norte, fue más preciso: «Los límites antiguos y naturales de Francia son el Rin, los Alpes y los Pirineos». Esta será la doctrina de las fronte-

ras naturales de Francia que va a servir de excusa a la sed de conquista.

A partir de entonces, Pitt preparó activamente armamentos marítimos y militares, mientras vigilaba a los ciudadanos franceses y embargaba las entregas de trigo a Francia. El regicidio no hizo sino consagrar la ruptura. «Los ingleses, comentaba Bainville, habrían prestado poca atención a la ejecución de Luis XVI si, el 21 de enero, no hubiéramos ocupado Amberes».

El 1 de febrero de 1793, Francia tomó la delantera al declarar la guerra a Inglaterra y Holanda. Se formó una vasta coalición (la primera pero no la última) contra ella. Con Austria y Prusia, ya en guerra, se unieron Inglaterra, Holanda y España, y pronto se unirían los príncipes italianos, los príncipes alemanes y Rusia.

En algunas semanas, se acumularon los reveses militares para Francia. Después de una primera ofensiva en Holanda, Dumouriez fue contraatacado en Bélgica por el Ejército austriaco dirigido por el duque de Sajonia-Coburgo. En el lado francés, los soldados, desnutridos y mal vestidos, expuestos a la hostilidad de las poblaciones «liberadas», desertaron en grandes cantidades. A un efectivo teórico de 400.000 hombres el 1 de diciembre de 1792 le correspondió un efectivo real de 230.000 el 1 de febrero de 1793, mientras que, según el informe presentado a la Convención, Dubois-Crancé, miembro del Comité militar, habrían sido necesarios 500.000. También propuso, pero en vano, que la mezcla se hiciera entre los Blancos (regimientos de línea) y los Azules (batallones de voluntarios), con diferentes disciplinas y estatutos.

Sajonia-Coburgo cruzó el Rin con un experimentado Ejército austriaco y derrotó severamente a Dumouriez en Neerwinden el 18 de marzo. En Renania, un Ejército francés fue bloqueado por los prusianos en Maguncia. En el sur, los españoles invadieron el Rosellón.

Los girondinos se mostraron incapaces de dirigir la guerra, mientras que Dumouriez, cada vez más hostil a la Convención, siguió una política personal. Negoció directamente con el comando austriaco la evacuación total de Bélgica y emitió, el 27 de marzo, una proclamación contra la anarquía revolucionaria. El 1 de abril, entregó a los austriacos a Beurnonville, ministro de Guerra, así como a cuatro diputados que la Convención había delegado para llevarlo de regreso a París. Declarado fuera de la ley y traidor a la patria el 3 de abril, no pudo hacer que sus tropas marcharan por París y entonces se pasó al enemigo con su ayudante de campo, el duque de Chartres (hijo mayor del duque de Orleans, futuro Luis Felipe) y algunos oficiales.

Para hacer frente a la grave situación militar, la Convención decretó el 24 de febrero un reclutamiento de 300.000 hombres, así como una primera experiencia de mezcla entre dos batallones voluntarios y un batallón de línea. Esta movilización estuvo muy mal apoyada en las regiones principalmente hostiles a la Revolución y, en particular, en el campo. Cuando los contingentes departamentales no eran suficientes con el servicio voluntario, que era casi siempre el caso, había que llevar a cabo designaciones de autoridad por parte de los Consejos municipales o, peor aún, al sorteo, como en los días del Antiguo Régimen. Por supuesto, los agentes y los funcionarios electos de la Revolución estaban exentos.

Estallaron disturbios por todas partes, que la Convención controlaba con la fuerza armada y el envío a los departamentos de representantes en misión, diputados de la Convención, con poderes ilimitados. Vestidos con trajes teatrales (con un sombrero decorado con una cinta y enormes plumas tricolores) para representar la majestad republicana, eran testimonio de la brecha que separaba a la París revolucionaria de la Francia profunda.

Los disturbios fueron sofocados en todas partes, excepto en el oeste, y más especialmente en los departamentos de Loira Infe-

rior, Maine-et-Loire, Deux-Sèvres y Vendée. En Cholet, el 4 de marzo, entre 500 y 600 jóvenes se manifestaron en contra del sorteo. Dispersados, se reunieron de nuevo. Manifestaciones similares tuvieron lugar en la región, no sin enfrentamientos con guardias nacionales y oficiales municipales. El 11 de marzo, se formaron grupos armados en muchos pueblos y adquirieron el aspecto de una insurrección en Mauves, cerca de Nantes, en Liré, cerca de Saint-Florent, en Maulévrier, al sur de Cholet, y en Machecoul, en el Marais. Allí, una masacre de guardias nacionales, oficiales municipales y sacerdotes constitucionales acompañó la toma de la ciudad. Hubo al menos 150 muertos desde mediados de marzo hasta principios de abril. En Saint-Florent-le-Vieil, el 12 de marzo, entre 5.000 y 6.000 reclutas invadieron la ciudad, hicieron huir a la Guardia nacional y mataron a un oficial municipal. Los pueblos de los alrededores cayeron uno tras otro en manos de los alborotadores. 15.000 campesinos se apoderaron de Cholet el 15 de marzo.

Los primeros líderes de la rebelión se llamaban Jacques Cathelineau, conductor y vendedor ambulante, Nicolas Stofflet, guardabosques, Jean-François Gaston, peluquero. Fueron llevados allí por los granjeros, administradores, antiguos titulares de cargos señoriales, sacerdotes refractarios. Pidieron ayuda a los nobles para dirigir las operaciones militares: François Charette en el Marais (oficial naval de treinta años, participó en la defensa de las Tullerías el 10 de agosto de 1792), el marqués de Bonchamps y Maurice d'Elbée, exoficial de caballería, en Mauges. A principios de abril, fue el turno del marqués de Lescure (también defensor de las Tullerías) y su primo y amigo, el conde de La Rochejaquelein, que aún no tenía veinte años, para entrar en escena en Poitou. Bajo su égida se formó un «Ejército católico y real».

La guerra de la Vendée que empezó no fue el resultado de una conspiración contrarrevolucionaria (no hubo una organización en el origen de la insurrección), solo una revuelta campesina (un

tercio de los rebeldes eran nobles, burgueses, artesanos, comerciantes). La revuelta de la Vendée fue el testimonio más profundo del rechazo a una revolución jacobina, regicida y anticlerical en un país fuertemente apegado a sus tradiciones, a su Iglesia y a su rey. El impacto provocado por la ejecución de Luis XVI y el reclutamiento de 300.000 hombres prendieron fuego a la pólvora. Los «vandeanos» en guerra contra la República adoptarán como emblema la insignia del Sagrado Corazón con el lema: «Dios. El rey». Como señal de reunión, se podía leer en el asignado de cinco francos cuando estaba doblado de cierta manera: «Fraternidad o muerte de la República».

A la amenaza de invasión del país por parte de los ejércitos extranjeros y a la contrarrevolución vandeana que se extendió a Bretaña, se añadió una crisis económica que no cesó de agravarse. La cosecha de 1792 no había sido mala, pero la situación monetaria era catastrófica. Se emitieron 800 millones de asignados más el 1 de febrero de 1793. Ya había 1.630 millones en junio de 1791 y habrá 9.000 millones en circulación en septiembre de 1793. Las mercancías tenían doble curso, en efectivo y papel. Los precios en todas partes estaban experimentando un aumento vertiginoso (+ 200% en el sudeste desde 1789). El gasto militar, prioritario, solo podía pagarse en moneda metálica. Sin embargo, no había prácticamente más reservas, solo 600.000 francos, mientras que el gasto del Estado alcanzaba los 15 millones… por mes.

París era en principio privilegiada porque el pan se vendía allí con pérdidas (3 *sous* la libra en lugar de los entre 6 y 8 *sous* en el resto del país). Aún era necesario que lo estuviera. Las colas eran más numerosas y alborotadas que nunca delante de las panaderías. Se estaba desarrollando un movimiento extremista bajo el nombre de «*enragés*[104]», que se extendía desde la capital hasta Lyon y Orleans. En París, sus líderes eran Jean Varlet, empleado de correos y orador popular de los suburbios, y, sobre todo, Jac-

ques Roux, sacerdote, miembro de la Comuna y líder principal de la sección activista de los Gravilliers. Desde 1792, nunca dejó de exigir la pena de muerte contra los acaparadores. No logró ser elegido para la Convención, de ahí tal vez su antiparlamentarismo. Su discurso, en cualquier caso, era fácil de entender: «La libertad no es más que un vano fantasma cuando una clase de hombres puede matar de hambre a otra con impunidad. La igualdad no es más que un vano fantasma cuando el rico ejerce el derecho de vida y muerte en sus semejantes». Los *enragés* exigían la desmonetización del efectivo y el curso forzado del asignado, así como la requisa de los cereales y el establecimiento de un precio máximo para todos los productos de consumo diario. Una nueva revolución social estaba definitivamente en el horizonte.

Una delegación de las 48 secciones de París fue recibida en la Convención el 12 de febrero de 1793 para leer una petición, escrita por Jacques Roux, que pedía medidas para detener la hambruna. «Ciudadanos legisladores, dijo su portavoz, no es suficiente haber declarado que somos republicanos franceses, también es necesario que el pueblo sea feliz; es necesario que tenga pan, porque donde no hay pan, no hay leyes, no hay libertad, no hay República».

Los diputados no estaban dispuestos a escuchar este tipo de discurso demasiado comprometido, tan cerca de la realidad y de la terrible vida cotidiana. ¿Quién habla de tener hambre? Doulcet, diputado girondino, está indignado: ¿significa esto que la Convención Nacional no puede hacer el bien del pueblo? Los peticionarios se habían extraviado por culpa de la propaganda de los enemigos de la Revolución. Thuriot, uno de los protagonistas del 14 de julio de 1789, elegido por el Marne en la Asamblea Legislativa y luego en la Convención, regicida, exclamó: «Al haber seguido todas las revoluciones que se han hecho en París, puedo atestiguar que, de todas las armas utilizadas por los aristócratas, la de la subsistencia ha sido la principal». ¿Se pelean por el

pan en la puerta de las panaderías? Eso es porque «las ventas de pan adolecen de lentitud». Y que se deje de hablar de hambruna en la tribuna, considera conveniente añadir Tallien, diputado de Seine-et-Oise, «esto solo puede tener un efecto muy malo».

Sin embargo, los precios estaban subiendo. El del azúcar se había duplicado desde 1790, al igual que el de las velas. El 25 de febrero, las tiendas de comestibles fueron saqueadas y los precios reducidos a unas cantidades impuestas por los insurgentes. La Guardia nacional, bajo las órdenes de Santerre, reprimió fácilmente los disturbios. La Convención, la Comuna, el Club de los jacobinos condenaron unánimemente estos actos. «No olvidemos los principios de todas las sociedades, estalló Barère, porque donde no veo respeto por la propiedad, no reconozco el orden social».

En cambio, Marat, que instintivamente defendía los sucesivos giros tomados por la Revolución, se mostraba sensible a las reivindicaciones. Escribió un artículo que se leyó ante la Convención: «En todos los países donde los derechos del pueblo no son vanos títulos contenidos fastuosamente en una simple declaración, el saqueo de algunas tiendas, en cuya puerta colgarían a los acaparadores, pronto pondría fin a estas malversaciones, que reducen a la desesperación a cinco millones de hombres y hunden a millares en la miseria. Los diputados del pueblo, ¿no sabrán nada más que hablar sobre los males sin presentar jamás el remedio?» Estaban indignados. Las voces se alzaron para exigir la acusación del alborotador.

También a propósito de los saqueos del 25 de febrero, Robespierre fue testigo de la incomprensión y el aislamiento de la Convención, enteramente volcada en sus luchas políticas y totalmente desconectada de la miseria de ese pueblo que decía representar: «No digo que el pueblo sea culpable; no digo que sus actos sean un atentado; pero cuando el pueblo se levanta, ¿no debería tener un objetivo digno de él en lugar de ocuparse de exi-

guas mercancías?». En las paredes de París colgaron una pancarta: «El pueblo sabe que, en las asambleas populares, los oradores que arengan y pronuncian los más bellos discursos comen bien todos los días. A este grupo pertenece el ciudadano Saint-Just».

Una insurrección de los *enragés* fracasó el 10 de marzo, pero, como escribió Jeanbon Saint-André, diputado de Lot, en Barère: «Es absolutamente necesario que los pobres puedan sobrevivir si quieres que te ayuden a completar la Revolución [...]. La cosa pública está lista para morir y estamos casi seguros de que solo los remedios más rápidos y violentos pueden salvarla [...]. Hay que decirle a la Convención: eres una asamblea revolucionaria». Jeanbon Saint-André traduce muy bien las líneas de fuerza que jugaban entonces en la Convención. Era girondino, pero estaba a punto de unirse a la Montaña, que se acercaba a los *sans-culottes*. En cuanto a los girondinos, la trampa de la guerra, aunque ellos la habían querido, ahora se les estaba cerrando. Solo les servía siempre que fuera victoriosa; sin embargo, su precio agobió a los más desfavorecidos y la traición de su compañero de viaje Dumouriez terminará por desacreditarlos.

Son necesarias tres revoluciones, estimaba Brissot, dos de las cuales se habían llevado a cabo: contra el despotismo y contra la monarquía. Queda la tercera, que es la de la anarquía. Aquí se encuentra la posición de los *exfeuillants*, todavía adversarios declarados de los girondinos hasta hace nada. Había que acabar con ellos frente a los que desean «mantener la efervescencia de la Revolución» (Vergniaud). Y así es como los girondinos, casi inventores de la República, fueron acusados por los jacobinos de «realistas».

Buzot, totalmente bajo la influencia (y probablemente más que eso) de Madame Roland, que se había distinguido en la venganza de la extrema izquierda pidiendo una guardia para proteger a la Asamblea de las incesantes incursiones populares, ahora reclamaba el cierre del Club de los jacobinos. Ya no estaba a la

izquierda y, en consecuencia, sus intervenciones en la Convención eran interrumpidas constantemente, como durante la sesión del 28 de enero de 1793, cuando criticó al Comité de vigilancia: «Estamos hablando de unión y todos los ciudadanos se miran con desconfianza. Nadie se atreve a abrir su corazón; todos temen que, por una palabra, lo envíen a la Abadía». Gorsas, elegido representante del Seine-et-Oise, otra bestia negra de los jacobinos, que no dejó de denunciar en sus periódicos las llamadas al asesinato de Marat, vio, el 9 de marzo de 1793, su imprenta saqueada por alborotadores.

El aislamiento progresivo de los girondinos tuvo por resultado que perdieran el apoyo vital de los diputados de la Llanura (poco más de la mitad de la Asamblea). Ante las malas noticias de la guerra y la revuelta de la Vendée, estos últimos votaron con los montañeses a favor de medidas excepcionales. La primera no es la menor, con la creación de un tribunal revolucionario. La idea de una justicia de excepción no era nueva, ya que siguió a la creación, el 17 de agosto de 1792, del «Tribunal criminal», encargado de juzgar sumariamente a los «asesinos del pueblo». Este tribunal dejó de funcionar el 1 de diciembre de 1792. Cuando volvió de la misión en Bélgica, Danton quiso provocar un nuevo movimiento comparable al que había salvado a la República en 1792. «Muchas veces hemos comprobado que el carácter francés necesita los peligros para recuperar toda su energía. ¡Pues bien, ese momento ha llegado!». El 9 de marzo en la Convención, Pierre Bentabole, elegido representante del Bas-Rhin, montañero y regicida, amigo de Marat (apodado «Marat el menor»), miembro del Comité de guerra, hizo explícitamente de la creación de una justicia de excepción la condición para conseguir el reclutamiento de 300.000 hombres: «Hemos observado que los ciudadanos solo sienten irse porque se han dado cuenta de que no hay justicia real en la República, que era necesario que los traidores y conspiradores fueran castigados».

Varios diputados pidieron entonces la creación de un tribunal de excepción. René Levasseur, elegido de Sarthe y regicida, propuso que «la Convención decretase el establecimiento de un tribunal penal extraordinario, sin apelación y sin recurso en el Tribunal de casación, para el juicio de todos los traidores, conspiradores y contrarrevolucionarios».

Se alzaron algunas voces, preocupadas por el grave peligro de tal medida. Lanjuinais hablaba de un «decreto desastroso» evocando las masacres de septiembre y la violación de la Declaración de los derechos del hombre. Danton les respondió el 10 de marzo, dirigiéndose a la mayoría vacilante: «La salvación del pueblo exige grandes medios [...]. No veo un punto intermedio entre las formas ordinarias y un tribunal revolucionario...». Entonces se oyó una voz: «¡Septiembre!». Danton replicó: «Si hubiera existido un tribunal, el pueblo, al que se le ha reprochado tan a menudo y tan cruelmente en estos días, el pueblo no los habría ensangrentado; diré, y contaré con el asentimiento de todos los que han presenciado estos eventos, que ningún poder humano fue capaz de detener el desbordamiento de la venganza nacional. Aprovechemos los fallos de nuestros predecesores; hagamos lo que no ha hecho la Asamblea Legislativa: seamos terribles para dispensar al pueblo de serlo». Así se formuló la frase matriz de todos los totalitarismos futuros.

La creación en París de un «Tribunal criminal extraordinario» fue votado el 10 de marzo de 1793. Todos lo llamaban ya el «Tribunal revolucionario». Conocerá todos los proyectos contrarrevolucionarios, todos los atentados contra la libertad, la igualdad, la unidad, la indivisibilidad de la República, la seguridad interior y exterior del Estado, y todas las conspiraciones dirigidas a restaurar la realeza o a establecer cualquier autoridad atentatoria a la libertad, la igualdad y la soberanía del pueblo (art. 1 del título I). No se podía hacer más a lo grande.

El 13 de marzo, la Convención procedió a la elección del fiscal y sus sustitutos. Louis-Joseph Faure declinó su elección y su sustituto, Fouquier-Tinville, fue nombrado en su lugar.

La primera sentencia de muerte del Tribunal revolucionario se pronunció en su primera sesión, el 6 de abril, contra Louis Guyot des Maulans, un caballero de Poitou emigrado que había regresado clandestinamente a Francia. La máquina implacable se había puesto en marcha, enviando a la guillotina, el día 18, a Catherine Clère, una cocinera de cincuenta y cinco años. Ella había gritado borracha «¡Viva el rey!», cantado canciones «en la dirección contraria a la Revolución» y hablado mal de la Convención. De aquí que fuera acusada de haber «hecho declaraciones dirigidas a provocar la masacre y la disolución de la Convención Nacional, la destrucción de la República y la restauración de la realeza en Francia». Fue condenada a muerte y llevada al cadalso ese mismo día.

Un decreto de la Convención del 19 de marzo instituyó la pena de muerte para todos los insurgentes de la Vendée. Otro, del 21, estableció en cada comuna unos comités revolucionarios de vigilancia de 12 ciudadanos encargados de elaborar la lista de extranjeros en su territorio. El nuevo decreto del 17 de septiembre les dará poder policial para arrestar a los sospechosos y a «todos los enemigos de la libertad».

El 2 de octubre de 1792 se creó un Comité de salvación general. Su cometido era uno de los más amplios y formidables, ya que abarcaba «todo lo relacionado con las personas y con la policía general e interior». Fue adquiriendo una importancia cada vez mayor y pronto vio todos sus asientos ocupados por montañeses.

El 28 de marzo, otra ley atacaba a los emigrados que serán declarados muertos civiles con la confiscación de sus bienes (desde la declaración de guerra, la emigración se consideraba un delito

de lesa nación y los emigrados que habían regresado ilegalmente eran juzgados como tales). Por los decretos del 23 y 24 de abril, los sacerdotes refractarios fueron metidos en el mismo saco que los emigrados, así como los sacerdotes jurados que fueran denunciados por al menos seis ciudadanos.

La Convención tenía la intención no solo de proveerse de instrumentos de represión, sino también de fortalecer el poder ejecutivo de forma colectiva. El 1 de enero de 1793 se creó un Comité de defensa general para actuar como intermediario entre la Asamblea y los ministros, pero la designación de 26 miembros, con todas las tendencias representadas, lo condenó a la impotencia. Fue transformado el 6 de abril de 1793 en un Comité de salvación pública, con deliberaciones secretas, y restringido a 9 miembros, convencionales, renovado cada mes. Tenía que vigilar y acelerar la acción del Consejo ejecutivo formado después del 10 de agosto de 1792, pero también podía tomar medidas de defensa general interior y exterior.

Bertrand Barère llevó a cabo este proyecto con un gran futuro. Exabogado en el Parlamento de Toulouse, inteligente y hábil, con un físico agradable, exconstituyente antes de ser elegido en la Convención por los Altos Pirineos, se destacó en el juicio de Luis XVI cuando presidía la Convención. Líder de la Llanura, se unió a la Montaña, argumentando que no se gobernaba en tiempos excepcionales según los métodos normales y que era necesario recurrir a «poderes supra-legales». Sin embargo, el que pronto será apodado el Anacreonte de la guillotina («Él lo mencionaba encantado», nos dice Chateaubriand), se esforzó por tranquilizar a sus colegas: «¿Qué podéis temer de un comité responsable, siempre vigilado por vosotros, sin emitir leyes, solo presionando en la acción de los agentes del poder ejecutivo? ¿Qué podéis temer de un comité que no puede actuar sobre la libertad de los ciudadanos comunes, sino solamente sobre los

agentes del poder sospechosos? ¿Qué teméis de un comité establecido para un mes?».

El primer Comité de salvación pública estaba compuesto por siete «centristas» de la Llanura, empezando por Barère (primero elegido) y dos montañeses: Danton (en la quinta posición) y Jean-François Delacroix, su amigo, a quien se parecía por su imponente estatura y su estilo oratorio. No había un solo girondino.

Los decretos llovieron en esa primavera de 1793. El decreto del 4 de abril envió comisarios, diputados de la Convención, en grupos de tres, a los doce jefes del Ejército para asegurar su patriotismo. Sus poderes eran ilimitados, hasta el punto de ser apodados «procónsules». El artículo 3 del decreto de la Convención estipulaba de hecho que «tomarán todas las medidas que consideren apropiadas». Estos representantes en misión son los antepasados de los *politrukki*, los comisarios políticos del Ejército Rojo soviético.

La Convención también debía satisfacer las demandas económicas de los *sans-culottes*, sobre todo porque la venta de los bienes nacionales se estaba agotando y un nuevo impuesto progresivo sobre los ricos no era mejor que los anteriores. Sin embargo, la Comuna de París decretó un préstamo forzado de 12 millones. El 4 de mayo de 1793, un decreto de la Convención estableció un primer «máximo» sobre el precio de los cereales. Los debates sobre esta cuestión fueron mucho más numerosos y acalorados que los de la creación del Tribunal revolucionario. Roederer protestó en enero contra las diputaciones amenazantes que exigían el «Máximo» (la ley del precio máximo)[105], argumentando que esta medida no sería «para la igualdad en la abundancia, en la riqueza, en la prosperidad general, sino para la igualdad en la miseria, para la igualdad en el hambre, para la igualdad en la ruina universal». Más concretamente, el girondino Barbaroux subrayó que los productores no estarían muy preocupados por añadir el

precio del transporte al trigo tasado y que este se quedaría en el lugar en vez de ser transportado a las ciudades.

Todas estas medidas extremas encontraban su justificación en la guerra que amenazaba las fronteras (a principios de mayo, el Ejército austriaco avanzó en el norte del territorio francés) y en la insurrección vandeana que se estaba extendiendo. Las tropas republicanas del general Marcé, que habían salido de La Rochelle, fueron aplastadas por primera vez el 19 de marzo en Pont-Charrault. Las victorias vandeanas se multiplicaron desde entonces, como en Aubiers el 13 de abril. Antes del ataque, el líder vandeano La Rochejaquelein pronunció estas famosas palabras: «Si yo avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme». El 5 de mayo, los vandeanos tomaron Thouars (Deux-Sèvres) donde el general Quétineau capituló con 3.000 hombres. Sin embargo, los insurgentes no pudieron tomar un puerto en el que habrían podido recibir ayuda de Inglaterra.

Así es como se estableció un terror definido como excepcional, ya que estaba limitado al tiempo de los peligros que lo habían engendrado. Este «despotismo momentáneo de la libertad», como dijo Marat con bonitas palabras, se llevó a cabo, como hemos visto, a regañadientes por parte de los girondinos y consagró su debilitamiento tanto en la Convención como en los Comités. En el gobierno (Consejo ejecutivo), que ya no gobernaba mucho, solo quedaban dos brissotinos: Lebrun-Tondu en Asuntos Exteriores y Étienne Clavière en Contribuciones públicas. A pesar de esto, o debido a esto, son ellos quienes dieron la señal de la ofensiva en la lucha cada vez más abierta que los enfrentaba a los montañeses. Entonces hicieron la peor elección posible atacando a Danton. Primero, porque era el hombre fuerte de la primavera de 1793, el orador escuchado, el que insuflaba energía a la Revolución en peligro. Segundo, porque era el único que defendía una especie de «frente republicano» dentro de la Convención. Este no era el caso del grupo robespierrista, que quería ha-

cer tabla rasa en beneficio de los montañeses. El 1 de abril, Lasource, miembro del Comité de salvación general, denunció las relaciones de Danton con Dumouriez y su colusión destinada a la disolución de la Convención y la restauración de la realeza. «¡Habéis juzgado mejor que yo!», tronó Danton, volviéndose hacia Robespierre y sus amigos. Desafortunadamente, los girondinos acababan de decidir la troika Robespierre-Danton-Marat y, por lo tanto, de firmar su derrota.

Robespierre, el 3 de abril, atacó nominalmente a Brissot. Marat hizo lo mismo el día 5 en el Club de los jacobinos: «Sí, hermanos y amigos, ¡la contrarrevolución está en el gobierno, en la Convención Nacional! ¡Levantémonos! ¡Sí, levantémonos todos! Arrestemos a todos los enemigos de nuestra Revolución…» Ese mismo 5 de abril, también en el Club de los jacobinos, Robespierre el Joven invitó públicamente a las secciones de París a presentarse en el estrado de la Convención y «forzarla a arrestar a los diputados infieles».

La Comuna de París sigue siendo el instrumento elegido por los jacobinos y no fue una casualidad que se formara un Comité insurreccional de las secciones de París el 2 de abril, en el mismo escenario del 10 de agosto de 1792. Desde el 14 de febrero Pache, que había abandonado a sus amigos girondinos por la Montaña, era el nuevo alcalde (bajo su mandato se inscribirá el lema «Libertad, igualdad, fraternidad» en los monumentos públicos). Aunque estaba vinculado a Chaumette (fiscal) y Hébert (sustituto), quería evitar enfrentamientos violentos en la capital, pero sufrió la presión de las secciones de París. El 8 de abril, la del Bon Conseil (al norte de Les Halles) denunció nominalmente a 22 diputados girondinos como contrarrevolucionarios.

En la Convención, Robespierre entró de nuevo en liza el 10 de abril. Durante una de estas filípicas, dirigió un ataque en toda regla contra los girondinos pidiendo que fueran llevados ante el Tribunal revolucionario por su oposición a la degradación de

Luis Capeto en julio de 1792, por su apoyo a Dumouriez y por haber acusado a la Comuna revolucionaria después del 10 de agosto. También estaban acusados de haber calumniado a París, corrompido el espíritu de los departamentos y causado divisiones dentro de la Convención, en fin, de intrigar y «echar leña al fuego de la guerra civil» bajo «la máscara de la moderación». «Sí, respondió Vergniaud, somos moderados [...]. Se ha intentado llevar a cabo la Revolución por el terror».

Los girondinos contraatacaron el 12 de abril después de que Pétion, que se había unido a ellos, cruzó el Rubicón atacando al Incorruptible directamente desde la tribuna de la Convención: «Robespierre tendría que ser marcado con el hierro candente [a fuego] destinado a los calumniadores. ¿Qué significan estas perpetuas denuncias contra hombres que siempre han respirado por la libertad?». Guadet entonces pidió y obtuvo (220 votos a favor y 92 en contra) el arresto de Marat y su acusación ante el Tribunal revolucionario.

Al día siguiente, Buzot, que había votado en contra de la creación del Tribunal revolucionario y el Comité de salvación pública, solicitó la expulsión de Marat, declarando: «La mayoría de París aplaudirá el decreto que expulsará a este hombre impuro del santuario de la libertad. En nuestros departamentos se bendecirá el día en el que hayáis liberado a la especie humana de un hombre que la deshonró». El orador no se detuvo allí y solicitó el cierre del Club de los jacobinos, «este escondite abominable».

La caza fue considerable. Gorsas, en su *Courrier des départements*, lo había criticado duramente dirigiéndose en octubre de 1792 «a su buen amigo Marat», un «pequeño proyecto conforme a la sabiduría y humanidad de sus opiniones»: «Sigue publicando que toda la nación, con la excepción de una docena de buenos amigos tuyos, está feuillantizada, brissotinizada, girondinizada; sigue desacreditando la Convención; sigue diciéndole al pueblo que las leyes deben hacerse a pedradas para que sean buenas; que

las tribunas deben estar muy bajas para que tu pueblo (que no es el de París) se lance al ruedo y apedree a los sinvergüenzas que no caminen en línea recta [...]. Sí, amigo mío, es necesario que dos tercios de los habitantes de Francia caigan bajo el puñal del Soberano; es necesario para salvar la patria, para llevar a cabo una verdadera regeneración [...]. ¡Oh, Marat! ¡Qué triunfo! ¡Qué gloria!».

Barère, aunque se ha convertido en un montañés, le dice a cualquiera que quiera escucharlo que habría que encerrar a Marat en Charenton. Levasseur, jacobino, robespierrista y uno de los enemigos más feroces de los girondinos, sin embargo, retrata sin rodeos al Amigo del pueblo en sus *Mémoires* (es uno de los pocos revolucionarios que tuvieron la oportunidad de morir a la edad de ochenta y siete años, en 1834): «Este fanático energúmeno nos inspiró con una especie de repugnancia y estupidez. Cuando me lo mostraron por primera vez agitándose violentamente en la cima de la Montaña, lo miré con esa inquieta curiosidad que uno experimenta al contemplar ciertos insectos horribles. Su ropa desaliñada, su rostro lívido, sus ojos demacrados tenían algo de repulsivo y atroz que entristecía el alma».

En su diario del 14 de enero de 1793, el «fanático energúmeno» pinta un retrato completamente diferente de sí mismo: «Nacido con un alma sensible, una imaginación ardiente, un carácter hirviente, franco, tenaz, un espíritu recto, un corazón abierto a todas las pasiones exaltadas y sobre todo al amor de la gloria, nunca hice nada para alterar o destruir estos dones de la naturaleza e hice todo lo posible para cultivarlos...». Luego reanuda su cantinela: «Sé muy bien que mis escritos no están hechos para tranquilizar a los enemigos de la patria; los bribones y los traidores solo temen ser desenmascarados. Asimismo, el número de sinvergüenzas que han jurado mi pérdida es prodigioso [...], vomitan de la mañana a la noche mil imposturas atroces y ridículas contra mí. Han encontrado a quien engañar y nunca se

cansan de repetir que soy un cerebro quemado, un loco insufrible o un monstruo sediento de sangre, o un sinvergüenza sobornado [...]. Me hacen un crimen por haber pedido la cabeza de traidores y conspiradores [...]. ¿Y dónde está el crimen tan grande que haber pedido quinientas cabezas criminales para salvar a quinientos mil inocentes? ¿No es este cálculo un rasgo de sabiduría y humanidad?».

Después de una manifestación a su favor, organizada el 23 de abril por la Comuna y las secciones, Marat apareció al día siguiente ante el Tribunal revolucionario, que lo absolvió. Los *sans-culottes* lo llevaron triunfalmente a los bancos de la Convención donde retomó su lugar. Mientras que *Le Patriote français* se indignó, el Club de los jacobinos se regocijó. Marat apareció allí el 26 y recibió la corona cívica. No dejó de denunciar a «la facción villana» que había intentado perderlo. Pero cuidado: «Han sido humillados, pero aún no han sido aplastados». La palabra al pueblo.

En su *Histoire de France* (1924), Jacques Bainville, que no era amigo de la Revolución ni de la República, considera que Marat, «fanático desinteresado», fue «el hombre más influyente de la Revolución, a la que condujo desde fuera con mayor éxito, porque tenía el instinto demagógico, es decir, el don de adivinar las pasiones populares y el talento para expresar los odios y sospechas de la masa de la misma forma en que esa los sentía. Marat, escritor y agitador, fue un verdadero artista de la demagogia. [...] El hombre por quien la Revolución desembocó en la anarquía y encontró en todas las circunstancias críticas su fuerza de propulsión».

El triunfo de Marat anunció la caída de los girondinos. La Revolución se entregó a los más violentos, o más bien estos mostraron la Revolución a ella misma, a su violencia intrínseca. El 15 de abril, Pache se vio obligado a presentar a la Convención una petición de 35 de las 48 secciones de la Comuna que exigía la

destitución de los 22 diputados acusados de ser contrarrevolucionarios. Los «traidores que aspiraban a la tiranía» fueron nombrados: Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Buzot, Pétion, Lanjuinais, Barbaroux, Gorsas, Fauchet, etc. El texto, largo y pesado, huele a la pluma del Club de los jacobinos y a la paranoia robespierrista. Pero primero había que tranquilizar a la mayoría de los miembros de la Convención, en otras palabras, arrastrar a la Llanura: «No es la disolución terrible de la Convención, no es la suspensión de la maquinaria política lo que estamos pidiendo; lejos de nosotros esta idea realmente anárquica, imaginada por los traidores que, para consolarse del recuerdo que los sacará de este recinto, querrían al menos disfrutar de la confusión y los problemas de Francia; nosotros, armados con la porción pública de la mayoría de las secciones, vamos a provocar el grito de venganza que repetirá toda Francia».

En esta atmósfera de crisis y anarquía, que recuerda a la del verano de 1792, la Convención se trasladó el 10 de mayo, abandonando la incómoda Sala de Equitación para instalarse en las Tullerías, en una nueva sala en forma de hemiciclo. Las gradas se redujeron radicalmente, dividiendo el número de espectadores por diez, que ahora solo podían acceder con una entrada. La claque *sans-culotte* está indignada y con ella Robespierre. Acusa a un «espíritu de intriga» al que ha dispuesto la sala «para alejar a los mandatarios de los ojos del pueblo».

No importa, el pueblo querido del Incorruptible armó jaleo inmediatamente en las puertas del hemiciclo. Uno de los inspectores del lugar se quejaba: «El Comité de inspectores ha recibido diariamente, desde vuestra instalación en esta nueva sala, las quejas de varios diputados y ciudadanos de los departamentos, que nos han explicado que las mujeres se arrogaron el derecho de vigilar las puertas de las tribunas de la Convención, y de que rompieran las entradas de los que se presentan, insultándolos y amenazándolos».

Los malos hábitos, por lo tanto, perduraban. Al unísono, Buzot denunció «a esos hombres con grandes bigotes y grandes sables, como a menudo se ven en los alrededores de la Convención». Siempre en vano, censuró las interrupciones de la sesión de las que era víctima. «En vano, dijo Vergniaud, se creía que se podía salvar la República si no se consigue poner fin a los escandalosos disturbios que detienen la marcha de vuestras deliberaciones». La intimidación de los parlamentarios es más que nunca la norma.

A pesar de ello, los girondinos todavía creían que podían derrotar a los montañeses atacando su ciudadela de la Comuna. Guadet denunció el 17 de mayo «las autoridades anárquicas» de París que obviamente conspiraban contra la representación nacional y meditaban su destitución. Inmediatamente se estableció una comisión de investigación de doce miembros, compuesta en su totalidad por girondinos y diputados de la Llanura. La guerra entre los girondinos y los montañeses estaba en su apogeo, así como la de los libelos vengativos. A una *Histoire des Brissotins, ou Fragment de l'histoire secrète de la Révolution* que Camille Desmoulins presentó a los jacobinos el 17 de mayo, respondió el 22 *Brissot a sus electores* que pedía la disolución de la Comuna de París y el Club de los jacobinos.

La Comisión de los Doce ordenó, el 24 de mayo, el arresto de Hébert por su número 239 del *Père Duchesne*: «La gran denuncia del *Père Duchesne*, a todos los *sans-culottes* de los departamentos, sobre las conspiraciones formadas por los brissotinos, los girondinos, los rolandinos, los buzotinos, los petionistas y toda la j… secuela de cómplices de Capeto y Dumouriez para masacrar a los valientes montañeses, los jacobinos, la Comuna de París, con el fin de dar el golpe de gracia a la libertad y restablecer la realeza». Varlet también fue arrestado, al igual que Dobsen, presidente de la sección de la Cité y amigo de Robespierre. Estas medidas desencadenaron la crisis final.

El 25 de mayo, una delegación de la Comuna reclamó a la Convención la liberación de Hébert. El presidente de la Convención era entonces el girondino Isnard, conocido por su lenguaje excesivo. Como un nuevo Brunswick, respondió amenazando con destruir París si la Comuna se rebelaba contra la Asamblea («Se buscaría por las orillas del Sena el lugar donde había existido esta ciudad»). No fue suficiente para calmar la agitación en las secciones. En el Club de los jacobinos, al día siguiente, Robespierre llamó «al pueblo» a la insurrección: «Cuando se pisotea la buena fe y el pudor, el pueblo debe rebelarse. Este momento ha llegado». Ya el 8 de mayo, también en los jacobinos, Robespierre había amenazado: «Solo quedan dos partidos en Francia, el pueblo y sus enemigos. Hay que exterminar a todos estos seres viles y sinvergüenzas». Cabe señalar que el término «exterminar» aparece varias veces en su discurso.

Mientras se preparaban las secciones, la Convención residía en el caos. La sesión del 27 fue tan tumultuosa que los girondinos abandonaron la sala. Los montañeses aprovecharon la oportunidad para votar a favor de la supresión de la Comisión de los Doce y la liberación de Hébert, Varlet y Dobsen. En vano Lanjuinais intervino tratando de alertar a sus colegas sobre el próximo golpe de Estado. De vuelta al día siguiente fortalecidos, los girondinos restauraron la Comisión de los Doce por una pequeña mayoría de 279 votos contra 238. Todavía dirigían la Asamblea cuando se trataba de votar, pero Rabaut Saint-Étienne, diputado de Aude y miembro de la Comisión, ni siquiera pudo leer su informe por el enorme alboroto que sacudía el hemiciclo.

El golpe de Estado se llevó a cabo el 31 de mayo. El día anterior se había formado un Comité central revolucionario de la Comuna de París. Se encontraban, en un buen lugar, Varlet y Dobsen. François Hanriot, un fiel ejecutor de los deseos de Robespierre y que se había distinguido el 10 de agosto y luego durante las masacres de septiembre, fue nombrado comandante ge-

neral por el Comité insurreccional de la Guardia nacional de París. Toda la astucia de este auténtico hijo del pueblo (hay muy pocos) será hacer creer a sus tropas que van a proteger la Convención.

Mientras los girondinos estaban al borde del abismo, Couthon tuvo el descaro de replicar a Guadet: «¿Dónde está la prueba de esta insurrección?» en el mismo momento en que las secciones estaban a punto de cercar la Convención. Los peticionarios de las secciones y de la Comuna reclamaban confusamente: la exclusión de los líderes de la Gironda, la supresión de la Comisión de los Doce, la depuración de las administraciones, la creación de un Ejército revolucionario del interior encargado de perseguir a los sospechosos y hacer aplicar el Máximo, el precio del pan a 3 *sous* la libra y la distribución de ayuda pública a los ancianos, los enfermos y los padres de los defensores de la patria.

A pesar de las exhortaciones de Robespierre, que pedía votar un decreto de acusación contra los girondinos, la Llanura se asustó y la mayoría se limitó a suprimir la Comisión de los Doce. Hasta ahora, la insurgencia había fracasado. «¡La patria no está salvada!», se lamentaba Billaud-Varenne esa noche a los jacobinos.

El 2 de junio, los *sans-culottes* de las secciones rodearon nuevamente la Convención, que esta vez amenazó con los cañones comandados por Hanriot, sable en mano. Los diputados intentaron salir encabezados por su presidente Hérault de Séchelles. Solo los montañeses se quedaron en sus lugares. «¡Artilleros, a vuestras baterías!», ordena Hanriot. Todos regresan penosamente a sus asientos. «Una especie de estupor reinaba en la Asamblea, escribe en sus *Memorias* Levasseur. Nosotros, los miembros de la Montaña, no podíamos ver sin dolor los esfuerzos de la insurrección popular contra el único cuerpo constituido que podría salvar a la patria». Couthon propuso entonces el arresto de los 29

diputados girondinos y los ministros Clavière y Lebrun. El decreto no fue votado, sino «aclamado».

De este modo sucumbió la Gironda. Veinte diputados escaparon del arresto refugiándose en las provincias: Brissot, Guadet, Buzot, Barbaroux, Pétion, Lanjuinais, Gorsas, Rabaut Saint-Étienne… Vergniaud y Gensonné se negaron a huir. «No me hago ilusiones sobre el destino que me espera, dijo este último, uno de los más moderados entre los girondinos, pero lo soportaré sin envilecerme. Los electores me enviaron aquí: debo morir en el puesto que me fue asignado».

Isnard evitó la proscripción después de suspenderse a sí mismo de sus deberes poniéndose «bajo la protección del pueblo», pero aun así juzgaba conveniente pasar a la clandestinidad. Los ministros Clavière y Lebrun fueron arrestados, así como Madame Roland. Su esposo, cabeza de lista, aunque había renunciado el 23 de enero de 1793, pudo huir.

La repentina eliminación de los girondinos sorprendió a toda Francia, así como confundió a los girondinos mismos. ¿No tenían mayoría en la Convención y, más allá de eso, no tenían el apoyo de la opinión pública? Mallet du Pan, desde las profundidades de Suiza donde se refugió, dedicó un capítulo feroz a su caída, que escribió «en caliente» en agosto de 1793. Oponía «la teoría pura de los *sans-culottes* que reducía el arte social a un juego de picas y guillotinas» al «discurso de Brissot» y, más en general, a la voluntad de los girondinos de abandonar «la democracia populachera organizada».

Mallet du Pan no tomó partido ni por los girondinos ni por los montañeses (a los que llamaba «maratistas»), pues no quería «anatomizar estas diferentes sectas de carniceros decentes y carniceros descubiertos que emergieron del cadáver de la monarquía». Los girondinos querían limitar la influencia de París y del Club de los jacobinos porque ya no los gobernaban. «Sería un

error suponer más escrúpulos en los brissotinos». Sin duda menos feroces y menos impacientes que sus adversarios, finalmente fueron «despopularizados debido a sus esfuerzos por parecer populares». En resumen, «un duelo de buitres» entre dos facciones.

Después del golpe de Estado del 10 de agosto de 1792, el del 31 de mayo y el del 2 de junio de 1793, la revolución se volvió contra sí misma y, por primera vez, los disturbios organizados pusieron fin a la representación nacional. La ceguera de los girondinos, su fatuidad política, su visión legalista de la Revolución le dio un lugar de honor al terrorismo montañés. «Su humanidad, al principio demasiado tímida, y su tardío espíritu de justicia, observa Mignet, no les sirvió de nada y se volvieron contra ellos. Se les acusó de ser enemigos del pueblo porque protestaron contra sus excesos, de ser cómplices del tirano porque querían salvar a Luis XVI, y de traicionar a la República porque recomendaban la moderación». Uno de ellos, Vergniaud, predijo: «La revolución es como Saturno. Devorará a todos sus hijos».

El terror «a la orden del día»

Cuando se anunció el golpe de Estado montañés, muchas ciudades entraron en sedición: Marsella, Nimes, Toulouse, Burdeos, Caen, etc. Desde enero de 1793, los jacobinos habían indispuesto gravemente a las poblaciones con impuestos forzados, el reclutamiento en masa, registros, arrestos de «sospechosos». La noticia del golpe de Estado del 2 de junio dio la señal de una ruptura abierta y se produjo una reacción antijacobina, como en Marsella, donde, entre el 14 y el 20 de mayo, los líderes del club local de los jacobinos habían sido arrestados.

El frente de resistencia que entonces se formó iba de los moderados a los realistas pasando por los partidarios de los girondinos. Habría podido ser una coalición impetuosa que habría barrido fácilmente el París de los montañeses, pero los enfrentamientos de ayer no se habían olvidado. El término, al igual que el concepto de «revuelta federalista» de nuestros libros de texto de historia, fue acuñado por París para oponer mejor a los partidarios de la unidad con los separatistas y otros neofeudales. De hecho, los girondinos no tenían realmente una doctrina federalista y su llamada a la provincia fue más un medio que un fin. Los graves levantamientos que sacudían al país no apuntaban a la secesión y, además, muchos departamentos permanecían fieles a la Convención, aislando las regiones en rebelión entre sí.

Sin embargo, el inicio de una organización «federalista» se estaba esbozando en el oeste, donde el levantamiento empezó en Eure, bajo el impulso de Buzot. Siguió Calvados y formó con los representantes electos de otros nueve departamentos normandos y bretones un «Comité central de resistencia a la opresión» muy antijacobina, pero que no gozaba de un verdadero apoyo popu-

lar. Se formó apresuradamente un pequeño ejército de voluntarios que se dispusieron a marchar sobre París, pero fue dispersado fácilmente el 13 de julio en Pacy-sur-Eure.

En el suroeste, Burdeos echó a sus representantes el 7 de junio y decidió un escaso reclutamiento de 1.200 hombres. En Provenza, Marsella, Aviñón, Nimes hay revueltas. En Toulon, donde había empezado la insurrección en julio, cerraron el Club de los jacobinos y ahorcaron a 24 de sus miembros. En Córcega, Pascal Paoli, que había sido arrestado por la Convención el 2 de abril de 1793, relanzó el movimiento de independencia de la isla y apeló a Inglaterra.

En Lyon, que la revolución había arruinado con el colapso de sus industrias de lujo (especialmente la seda) que se habían dirigido hacia el extranjero, la dictadura de los jacobinos, instituyendo el 2 de mayo un impuesto forzado de 6 millones, un Comité de vigilancia, un Tribunal revolucionario y la guillotina levantada permanentemente, terminaron provocando el levantamiento de la ciudad contra la Convención. El 29 de mayo, los miembros del Municipio fueron encarcelados con su líder jacobino, Joseph Chalier, uno de los Vencedores de la Bastilla. Fue guillotinado el 15 de julio. El verdugo, un novato, tuvo que repetir tres veces para cortarle el cuello. Inicialmente dirigida por los girondinos, la revuelta pasó a finales de julio bajo el control de los realistas guiados por el conde de Précy.

El 10 de julio de 1793, Marie Anne Charlotte de Corday d'Armont, de veinticinco años, realista, cuyos dos hermanos emigraron para alistarse en el Ejército de Condé, tomó la diligencia para París en Caen. Indignada por las historias que le contaron los girondinos que huían (Guadet, Barbaroux, Pétion), decidió matar a Marat en medio de la Convención, pero él, enfermo, nunca abandonó su hogar. Pudo entrar allí con cierta dificultad el 13 de julio y logró apuñalarlo en su baño de agua sulfurosa, donde pasaba largas horas tratando su enfermedad de la

piel. La emoción que se apoderó del París revolucionario fue inmensa. «Pueblo, lloremos, nuestro amigo ya no vive; / Fue el apoyo de la indigencia […] / Lloremos a Marat, lloremos por sus virtudes, / Lloremos nuestra única esperanza…».

David, que puso su arte al servicio de la política al convertirse en el «jefe de los artistas patriotas», pintó en estilo neoclásico *La muerte de Marat*. El Amigo del Pueblo fue representado agonizando en su bañera con un abandono cristiano, un mártir sereno de la República eterna.

El juicio, que tuvo lugar inmediatamente en el Tribunal revolucionario, tenía la intención de ser ejemplar, pero la acusada no se desmoronó.

—¿Quién os contrató para cometer este asesinato?

—Sus crímenes.

—¿Qué queréis decir con «sus crímenes»?

—Las desgracias de las que ha sido la causa desde la revolución.

—Pero, ¿cómo pensáis hacernos creer que no os lo aconsejaron, cuando decís que veíais a Marat como la causa de todos los males que asolaron a Francia, él, que no dejó de desenmascarar a los traidores y los conspiradores?

—Solo en París se mira con ojos fascinados la figura de Marat; en los otros departamentos lo vemos como un monstruo.

—¿Crees que mataste a todos los Marat?

—No, por supuesto.

Charlotte Corday fue guillotinada el 17 de julio, vestida con la camisa roja de los asesinos. Uno de los ayudantes del verdugo cogió la cabeza cortada y la blandió, abofeteándola varias veces. André Chénier no tuvo miedo de rendirle homenaje componiendo un vibrante poema a su gloria:

«Solo tú fuiste un hombre y has vengado a los humanos.
Y nosotros, vil eunucos, manada cobarde y sin alma,
sabemos repetir los lamentos de las mujeres,
pero el hierro pesaría en nuestras débiles manos».

La condenada le escribió una admirable carta a su padre:

«Perdonadme, querido papá, por haber dispuesto de mi existencia sin tu permiso. He vengado a muchas víctimas inocentes; he avisado de otros muchos desastres. El pueblo, un día desilusionado, se alegrará de haber sido li-

> berado de un tirano […]. Adiós, mi querido papá, os ruego que me olvidéis, o más bien que os alegréis de mi destino; la causa es hermosa […]. No olvidéis este verso de Corneille: "El crimen es la deshonra, no el patíbulo"».

El asesinato de Marat supuso un nuevo perjuicio y no menos importante contra los girondinos. Se le atribuyó a Vergniaud, encarcelado y en espera de su acusación, esta frase sobre Charlotte Corday: «Ella nos ha matado, pero nos ha enseñado cómo morir…».

En la Vendée, los líderes de la insurrección intentaron organizarse creando al menos tres Consejos superiores: civil, eclesiástico y militar. Este último designó a Cathelineau como general jefe del Ejército católico y real. Es una forma de favorecer a los campesinos que conformaban la mayoría de los combatientes. No estaban constantemente bajo las armas, se dispersaban y regresaban a casa después de un combate, preferiblemente librado en el soto con la ventaja de un conocimiento perfecto del terreno. Se formaron tres ejércitos realistas. Bajo el liderazgo de jefes competentes (Stofflet, d'Elbée, Lescure), el de Mauges reunió, según las circunstancias, hasta 40.000 hombres.

Frente a los vandeanos, las fuerzas republicanas eran heterogéneas y de mala calidad. El comando no era mejor. La llegada de los representantes en misión y de comisarios enviados por la Convención agravó aún más el panorama. André Mercier du Rocher, elegido para el Directorio del departamento de Vendée y diputado adjunto de la Convención, se lamentaba en sus *Memorias*: «Las calles [de Saumur] estaban cubiertas de ayudantes de campo que arrastraban grandes sables y llevaban largos bigotes, de comisarios del poder ejecutivo que predicaban la anarquía y la ley agraria, homicidios y asesinatos. Vi cómo sus histriones transformados en generales, jugadores de cubiletes, escamoteadores arrastrando tras ellos a las prostitutas más repugnantes, ocupaban rangos en el ejército o empleos en los abastos, el forra-

je y los transportes de mercancías, y estos insectos corruptores todavía tenían la insolencia de llamarse republicanos».

Saumur cayó ante los vandeanos el 9 de junio. Stofflet y La Rochejaquelein querían marchar sobre París, pero los otros jefes preferían descender el valle del Loira en dirección a Nantes. Angers cayó el 18 de junio, pero Nantes resistió victoriosamente. El general Westermann, que tomó Châtillon-sur-Sèvre, capital política de la insurrección vandeana el 2 de julio, fue expulsado al día siguiente y se salvó con 500 hombres, dejando atrás 3.000 muertos y heridos, así como sus cañones.

La situación era igualmente crítica en las fronteras, donde, sin embargo, el reclutamiento de 300.000 hombres permitió aumentar radicalmente los efectivos, dos veces superiores en el verano de 1793 a los de la coalición. Sin embargo, el comando era tan mediocre como en Vendée. Jean-Baptiste Bouchotte, el nuevo ministro de Guerra, que era solo un teniente coronel, era tratado con arrogancia por los generales, que tenían tendencia a actuar a su antojo. Un decreto que excluía a los nobles del Ejército indignó a la mayoría de los oficiales, incluidos los fieles a la Revolución. «Es increíble, dijo Barère al Comité de salvación pública, que la nobleza contra la que luchamos esté dirigiendo esta guerra, con cuyo éxito tiene todo que perder». Davout (de nacimiento d'Avout), un valeroso general, tuvo que presentar su dimisión.

Los resultados fueron proporcionales. En el norte, los austriacos tomaron Condé-sur-l'Escaut el 10 de julio y los angloholandeses Valenciennes el 28. Maguncia cayó el 23 de julio, preludio a la ocupación de la Baja Alsacia por parte de los austriacos. El rey de Cerdeña, ansioso por apoyar a los insurgentes de Lyon, invadió los valles de Saboya. Solo las divergencias entre los aliados de la coalición evitaron una marcha en París. Barère anunció a la Convención: «La República no es más que una gran ciudad sitiada».

En París, la Montaña triunfó sobre la Gironda gracias a los *sans-culottes*. Ahora deberá enfrentarse a su presión mientras tranquiliza a la provincia. También el mes de junio fue dedicado a ganar tiempo. El 7, los jacobinos enviaron una larga explicación «a los ciudadanos de los departamentos» sobre «la insurrección del 31 de mayo»: «Centinelas adelantados del pueblo francés, en torno a sus representantes, no hemos engañado vuestras esperanzas, y vais a felicitar a los parisinos por ser siempre dignos de esta importante posición que les habéis confiado». Después del 14 de julio y el 10 de agosto, París tuvo que levantarse nuevamente para castigar a «los traidores que dominaban la Convención» («los líderes del lado derecho»), salvando así a la República. El pueblo vio «la salvación en el remedio de una tercera insurrección».

En una carta fechada el 14 de junio, un seccionario parisino le escribió a un amigo de la provincia: «¿Podemos ignorar que es siempre el pueblo de París el que, por sus protestas o sus justas insurrecciones contra el sistema opresivo de varios de nuestros reyes, los obligó a unos sentimientos más suaves para el alivio de todo el pueblo francés [...]? ¿Por qué entonces se respira este mal ambiente en los departamentos contra París? [...] Por el contrario, se le debe mostrar un reconocimiento nuevo por su continua vigilancia para la felicidad de la gente».

«Para quienes observan nuestra revolución, es evidente que es París la que ha marcado la pauta a toda la República», afirma al unísono Robespierre. Danton, por una vez, dice lo mismo: «Se dice que la insurrección de París ha causado movimientos en los departamentos; yo declaro ante el universo que estos eventos serán la gloria de esta magnífica ciudad».

La nueva Constitución, chapuza y demagógica, era parte de esta procrastinación. Los montañeses querían tranquilizar a la opinión pública, demostrando que la Convención seguía siendo fiel a su misión y que la representación nacional no había desaparecido al mismo tiempo que la Gironda. Esta Constitución nun-

ca será aplicada y, además, no estaba destinada a serlo. Sin embargo, Danton la anunció a bombo y platillo el 13 de junio en la Convención: «Estamos conmovidos en el momento de fundar verdaderamente la libertad francesa dando a Francia una Constitución republicana. Es en el momento de una gran obra cuando los cuerpos políticos, así como los cuerpos físicos, parecen siempre amenazados con una destrucción inminente. Estamos rodeados de tormentas, los relámpagos truenan. ¡Pues bien! En medio de su resplandor saldrá el trabajo que inmortalizará a la nación francesa».

La llamada Constitución del Año I fue votada el 24 de junio. Estaba precedida por una nueva Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en la que se proclamaban, además de los principios sagrados de la Declaración de 1789, empezando por la igualdad (ante la ley, pero también «por naturaleza»), el derecho al trabajo, la educación, las peticiones, la insurrección («cuando el gobierno viole los derechos del pueblo») y especialmente la felicidad («Art. 1. El fin de la sociedad es la felicidad común»).

Una nueva idea: el sufragio universal extendió el derecho de voto a todos los hombres mayores de veintiún años, incluidos los domésticos que antes estaban excluidos, pero no a las mujeres. La Constitución fue ratificada por referéndum en las asambleas primarias por 1.800,000 «síes» contra 17.000 «noes»; la mayoría de los historiadores de la Revolución omiten que las abstenciones ascendieron al menos a 4.300.000, un número récord que atestigua el poco compromiso revolucionario de la Francia profunda.

Robespierre había seguido de cerca el desarrollo de esta Constitución engañifa, cuya aplicación fue aplazada «hasta la paz». Sin embargo, la posteridad la admirará y los republicanos de 1848 la tomarán como guía, así como los insurgentes de la Comuna en 1871. El Incorruptible la juzga «popular» y «sabia», pero él era

más un asesino de conspiradores y enemigos del pueblo que un legislador.

Por el momento, persiguió con su venganza a Jacques Roux, el líder de los *enragés*, que logró, no sin dificultad, ser escuchado en la Convención inmediatamente después de la votación de una constitución que él vituperó: «¿Habéis prohibido el agiotaje? No. ¿Habéis dictado una sentencia contra los acaparadores y monopolistas? No. ¡Pues bien! Declaramos que no habéis hecho nada de esto. Vosotros que ocupáis la Montaña, dignos *sans-culottes*, ¿vais a quedaros siempre inmóviles en las cumbres de esa roca eterna?».

En un discurso a los jacobinos el 28 de junio, Robespierre estigmatizaba «las vociferaciones delirantes de ese sacerdote frenético» que «calumnia a los jacobinos, los montañeses, los *cordeliers*, estos viejos atletas de la libertad». Unos días antes de su asesinato, Marat había atacado violentamente a los *enragés*. Después de haber golpeado a su derecha, la Montaña no tenía intención de dejarse desbordar a su izquierda.

El Comité de salvación pública fue renovado el 10 de julio por la Convención. Solo Barère y Robert Lindet, regicida, que se había especializado en los problemas de transporte y suministro para ciudades y ejércitos, fueron reelegidos. Fueron elegidos siete nuevos miembros: Couthon, Saint-Just, Thuriot, Hérault de Séchelles, Jeanbon Saint-André, Prieur de la Marne, Gasparin. Este último renunció casi de inmediato por razones de salud y fue reemplazado el 27 de julio por Robespierre. Carnot, especialista en asuntos militares, se unió en agosto.

No reeligieron a Danton y no le preocupó no serlo. Entonces tenía problemas y, a la vez, estaba aislado ya que era prácticamente el único que quería el fin de la guerra, pero sobre todo era sospechoso de haber recibido subsidios del extranjero durante sus negociaciones. Por último, a diferencia de Robespierre, in-

tentaba tener una vida privada y no quería estar en todas partes: en la Asamblea, en el Comité de salvación pública, en el Club de los jacobinos, en el Club de los *cordeliers*. Acababa de casarse con una joven de dieciséis años, Louise Gély. Agotado después de un año en la brecha, quería hacer una pausa.

A partir de julio, aumentó la presión de los *sans-culottes*, especialmente después del asesinato de Marat, cuya sucesión se disputaron Roux y Hébert. Hébert dirigía la Comuna. Se formó un partido a su alrededor, con Chaumette, Cloots, Jean Antoine Rossignol, protagonista del 14 de julio de 1789 así como del 10 de agosto de 1792, el general Ronsin, asistente del ministro de Guerra Bouchotte, Momoro, uno de los líderes de la petición del Campo de Marte y el inventor en 1791 del lema: «Libertad, igualdad, fraternidad», o Vincent, secretario general del Ministerio de Guerra.

La presión popular era aún más fuerte ya que la hambruna en París estaba causando más estragos que nunca. Muchas panaderías tuvieron que cerrar por falta de harina. La Convención, amenazada de ser desbordada, estaba cediendo progresivamente. El 26 de julio, decretó la pena de muerte a los acaparadores. Esta primera medida fue bastante simbólica.

Reclamada por los *sans-culottes*, la «leva en masa» fue decretada el 23 de agosto de 1793. Todos los jóvenes entre las edades de dieciocho y veinticinco años, solteros o viudos sin hijos, tendrían que incorporarse inmediatamente a las fuerzas armadas si no lo habían hecho ya. Es el certificado de nacimiento del servicio militar obligatorio. Barère, la pieza clave del Comité de salvación pública y su relator en la Convención, en esta ocasión echó mano de un tono guerrero: «Desde este momento, hasta aquel en que los enemigos hayan sido expulsados del territorio de la República, todos los franceses estarán en requisa permanente al servicio del Ejército. Los jóvenes irán a combate; los hombres casados forjarán las armas y transportarán la comida; las

mujeres harán tiendas de campaña, ropa y servirán en los hospitales; los niños harán vendas con la ropa blanca; los viejos serán llevados a lugares públicos para animar el valor de los guerreros, predicar el odio a los reyes y la unidad de la República».

Sin embargo, hay mujeres que, con motivo de esta leva en masa, querían hacer algo más que «tiendas de campaña y ropa». La Convención, que por cierto había encontrado una manera de votar el 1 de agosto la adopción del sistema métrico (y el 26 de julio el del telégrafo óptico), se vio invadida el 26 de agosto por una delegación de «ciudadanas republicanas revolucionarias», un club de mujeres muy comprometido fundado en mayo de 1793 por Claire Lacombe, de veintiocho años, actriz, y Pauline Léon, de veinticinco años, chocolatera. Ambas habían frecuentado el Club de los *cordeliers* y la primera había recibido una corona cívica por haber sublevado a la masa el 10 de agosto.

No era la primera vez desde octubre que las mujeres hacían irrupción en la escena política. Ya, con motivo de la fiesta de la Federación, una cierta Madame Mouret había sido echada por la Asamblea cuando había propuesto hacer desfilar una «Confederación de damas francesas». Pero el traje era bonito: completamente blanco con los nuevos colores nacionales en las cintas de los tocados y en la cintura.

Desde esta fecha, que les parecía a todos y a todas tan lejana, las mujeres, decepcionadas por el poco espacio que les dejaba la Asamblea Constituyente, se habían radicalizado. Ya se vio el 10 de agosto a Anne-Josèphe Théroigne de Méricourt cómo hizo linchar al periodista Suleau. También participó en la invasión del Palacio de las Tullerías, lo que le valió una corona cívica. Pero desde entonces, la amazona de los jacobinos se había puesto de parte de los girondinos y había empezado a criticar públicamente a Robespierre. Los montañeses entonces pensaron una forma de humillarla públicamente. El 13 de mayo de 1793, mientras paseaba por la terraza de los *feuillants*, un grupo de las arpías ha-

bituales de las tribunas de la Asamblea la rodearon y la lanzaron improperios antes de agarrarla, levantarle las faldas y azotarle las nalgas. Los gritos de la infeliz se mezclaban con la risa de la muchedumbre. Su salud mental, que no era excelente, no pudo resistirlo. Tuvo que estar encerrada en La Salpêtrière el año siguiente. Se hundirá en la locura antes de morir allí veintitrés años después.

Marie Gouze, conocida como Olympe de Gouges, actriz de la Comédie-Française antes de la Revolución, después de haber huido de su marido y de Montauban, era mucho más peligrosa para los jacobinos. Empezó a escribir obras que fueron interpretadas sin éxito. En 1785, una de ellas, más famosa, se pronunciaba a favor de la abolición de la esclavitud. Apasionada por la Revolución, constató la condición miserable de las mujeres, menores eternas, siempre excluidas del cuerpo político. Condorcet, en julio de 1790 en la Asamblea Constituyente, había sido el único en quedar conmovido, señalando que privarlas del derecho al voto constituía una violación flagrante de la Declaración de los derechos del hombre.

En septiembre de 1791, Olympe de Gouges redactó una Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana, inspirada en la de los Derechos del hombre. Con una formulación no privada de ironía, denunció la implacable dominación masculina e invitó a las mujeres francesas a convertirse en ciudadanas, a la vez que electoras, elegibles y admisibles en todas las funciones públicas. «La mujer tiene derecho a subir al patíbulo; también debe tener derecho a subir a la tribuna».

La que animaba a sus compañeras a que dejaran de ser ciegas y sumisas agravó su caso con los jacobinos al proponer apoyar a Malesherbes en el juicio del rey. Al principio se rieron: «¡Dejadla que haga pantalones para nuestros valientes *sans-culottes*!». (*Les Révolutions de Paris*). Y luego se enfadaron cuando la intrépida comenzó a publicar sus opiniones en los muros de París. En ellas se

leía que «la sangre, incluso la de los culpables, derramada con crueldad y profusión, mancha eternamente las revoluciones». Marat, a quien describe como un «aborto de la humanidad», se convirtió en uno de sus objetivos favoritos: «Ninguna otra fisionomía ha llevado jamás la horrible marca del crimen».

Robespierre no olvidó su diatriba durante el proceso de Luis XVI. Ella le había dirigido una especie de carta abierta proponiéndole un baño particular en el Sena: «Nos ataremos bolas de 16 y 24 a nuestros pies y nos tiraremos juntos en las aguas. Sabes que soy útil para mi país, pero tu muerte al menos lo librará del mayor flagelo y yo quizás nunca lo habría servido mejor». Fue arrestada el 20 de julio de 1793 después de haber defendido públicamente a los girondinos.

Los jacobinos estaban aún más preocupados por la Sociedad de ciudadanas republicanas revolucionarias que se inclinaban hacia los *enragés*. Se abrió una investigación sobre la «sociedad de presuntas mujeres revolucionarias» en el Club de los jacobinos. Se mencionó durante la tarde del 16 de septiembre de 1793. Se lo tomaron con humor, siguiendo el ejemplo de Claude Basire: «Yo también, tan enclenque como me veis, he estado luchando con las mujeres revolucionarias». Se rieron, antes de que Léopold Renaudin, uno de los miembros más enérgicos del club, reorientara el debate: «No os riais; esto puede ser más serio de lo que pensáis».

Al mismo tiempo, la Comuna estaba preocupada por otro grupo de mujeres, bautizadas «las bonitas peticionarias» porque habían ido a pedir la liberación de sospechosos bajo arresto. Hébert se involucró: «Vi esta mañana en la policía a una multitud de mujeres bonitas asediando las oficinas para las puestas en libertad. Si fuéramos un Catón, deberíamos temer a las Circe; poseen el arte de captar a los hombres. Se rechazará a la mujer de un buen *sans-culotte*, porque no estará vestida elegantemente o no tendrá unos bellos ojos; mientras que una astuta coqueta, acos-

tumbrada a engañar a los propios engañadores, será admitida. Por lo tanto, solicito que se publique en todas las puertas de los despachos de policía una defensa para que entren todas las bonitas peticionarias».

El 21 de septiembre, la Convención decretó que todas las mujeres deberían usar la escarapela tricolor, so pena de ser consideradas contrarrevolucionarias. Roederer, en febrero de 1793, en su «Discurso sobre la organización social», expresó la opinión general sobre la situación de la mujer. Por supuesto poseían «las mismas facultades intelectuales que los hombres», pero esa no era la cuestión. «Condorcet, lo sé, ha escrito sobre los derechos de las mujeres. Él piensa que deberían disfrutar del ejercicio de los derechos políticos». Ahora «sería una extraña contradicción cargar a las mujeres del trabajo infinito de la sociedad después de haber formado esta sociedad para asegurarles un mayor descanso, o más bien, para reservar su fuerza y su tiempo para el trabajo físico que les fue impuesto por la naturaleza». En resumen, las mujeres son excluidas de la vida cívica y condenadas a la felicidad doméstica, bajo la tutela y a la sombra de sus maridos.

De hecho, el lugar de la mujer en la Revolución nunca será de una apremiante actualidad. En ese verano de 1793, con la guerra de fondo, el problema era el terror. Sin duda ya había causado estragos. Nadie estaba libre de ser denunciado, arrestado. La persecución religiosa se había desencadenado. La guillotina funcionaba desde hacía un año y el Tribunal revolucionario desde la primavera. También se vio reinar el terrorismo en los bancos de las sucesivas asambleas, y en los de la Asamblea Constituyente. Pero todo esto ya no es suficiente para la paranoia del ambiente. El terror debía acelerar el paso. Mejor aún, ahora debía ser parte de un sistema de gobierno. Debía exhibirse, extenderse a la luz del día, solemnizarse. El terror debía convertirse en el Terror.

Entre los jacobinos, así como en el París *sans-culotte*, se usaba cada vez más un lema: «Hay que poner el terror a la orden del

día». Robespierre, siempre un manipulador, no pronunciaba la palabra con franqueza, sino que decía: «Que la espada de la ley, blandiendo con terrible rapidez sobre las cabezas de los conspiradores, aterrorice a sus cómplices». El 11 de agosto, declaró: «Hemos sido demasiado indulgentes con los traidores» y el 30 de agosto, cuando acababa de ser elegido presidente de la Convención, concluyó: «El pueblo necesita venganza». En consecuencia, había que activar «el celo del Tribunal revolucionario». Como siempre, el Incorruptible enseñaba el camino, el de la radicalización.

El 5 de septiembre de 1793, la Convención recibió una delegación de jacobinos, a la que se unieron los comisarios de las 48 secciones, así como varios funcionarios municipales, entre ellos Chaumette, fiscal de la Comuna de París y portavoz oficial de los *sans-culottes*. Estos últimos eran más hostiles que nunca a los diputados a los que Hébert llama «los durmientes de la Convención». Leyó otra petición «de los ciudadanos de París» sobre el tema del pan, los acaparadores y los enemigos del interior. Pero el portavoz añadió: «¿Dónde está el poderoso ser cuyo terrible grito despertará la justicia adormecida o más bien paralizada? [...] Y vosotros, Montaña, ¡emitís en medio de los rayos los eternos decretos de justicia y la voluntad del pueblo! [...] ¡Ha llegado el día de la justicia y la ira!». Lo aplaudieron y la numerosa delegación pudo entrar y sentarse.

Un delegado del Club de los jacobinos tomó la palabra: «Los peligros de la patria son extremos; los remedios también deben serlo». Aún más peligrosos que los enemigos del exterior, los del interior debían ser castigados. Había que juzgar a los girondinos. «Es hora de que la igualdad pasee la guadaña sobre todas las cabezas [...]. Así pues, legisladores, poned el terror a la orden del día».

La palabra pasó entonces al diputado Drouet, que se había convertido en uno de los montañeses más exaltados: «Dado que

nuestra virtud, nuestra moderación, nuestras ideas filosóficas no nos han servido de nada, seamos bandidos por la felicidad de la gente». Los murmullos se elevaron. No era necesario ser tan crudo. El presidente, Merlin de Douai, atemperó: «Francia no está deteriorada por la sangre; está deteriorada por la justicia».

Barère intervino en nombre del Comité de salvación pública. Los contrarrevolucionarios se estaban preparando para un gran movimiento, advirtió. Pues bien, lo tendrán, pero será el «de un Ejército revolucionario que finalmente pondrá en práctica este gran lema que le debemos a la Comuna de París: *Pongamos el terror a la orden del día*. Así desaparecerán en un instante los realistas y los moderados y la turba contrarrevolucionaria [...]. No es una venganza ilegal, son los tribunales extraordinarios los que lo harán». Y Chaumette insistió: «Ha llegado el momento en que los moderados sufran la misma suerte que los aristócratas».

De esta forma, por dos veces, se proclamó la necesidad de «poner el terror a la orden del día» en medio de la aprobación general. Y si la Convención, en esa misma sesión, no proclamó al pie de la letra nada por el estilo, tomará ese día una serie de medidas que darán inicio a la «violencia legal», el Terror.

En París se creó una fuerza armada destinada a «contener a los contrarrevolucionarios» y ejecutar las leyes revolucionarias. Se presentó un decreto que prohibía las «visitas domiciliarias» nocturnas. El Tribunal revolucionario (oficialmente llamado «Tribunal criminal extraordinario») multiplicó su capacidad en cuatro secciones. Se decidió un nuevo préstamo forzado de 100 millones. Los girondinos encarcelados iban a ser juzgados. Y esto fue solo el comienzo.

Ese mismo 5 de septiembre, Jacques Roux fue arrestado después de haberlo sido por primera vez el 22 de agosto y luego liberado por orden de la Comuna. El 6 de septiembre, Billaud-Varenne y Collot d'Herbois, robespierristas hasta la médula, fueron

nombrados en el Comité de salvación pública bajo la presión de los *sans-culottes*. Robespierre aceptó ingresar el 27 de julio, mientras que Danton rechazó un escaño. «No estaré en ningún comité, sino que seré el espolón de todos», había dicho a la Convención poco antes. Los dos dantonistas que todavía estaban allí, Granet y Thuriot, renunciaron después de que el segundo denunciara el Terror que se había instalado: «Este impetuoso torrente que nos arrastra a la barbarie». Jeanbon Saint-André, miembro del Comité, dijo lo mismo: «Hay que saber si, con el pretexto de la libertad, se puede matar a la libertad misma». Los dantonistas derivaron de esta forma hacia la derecha, en el resbaladizo camino que los girondinos habían tomado unos meses antes.

Los doce miembros del nuevo Comité estaban lejos de ser unánimes en sus opiniones. Robespierre, que va a tomar rápidamente el primer puesto, declaró modestamente que no tenía más «que una duodécima parte de autoridad», pero ¿quién se lo creía? «Cuando llegó al Comité de salvación pública, comenta Billaud-Varenne, ya era el ser más importante de Francia». «Maximiliano I», como pronto será conocido, era el único que garantizaba el vínculo con la Convención, el Club de los jacobinos y la Comuna.

El Comité de salvación pública, que se fortaleció manteniendo la Convención bajo la amenaza de los *sans-culottes*, ya no era una correa de transmisión, sino un órgano central, que recuperó en su provecho el poder ejecutivo difunto. Tomó una idea de Danton cuando hizo votar un decreto el 5 de septiembre que asignaba 40 *sous* al día a los *sans-culottes* que fueran a participar en las reuniones de las secciones. Para parecer demagógica, esta medida estaba de hecho destinada a encuadrar el movimiento popular, con asambleas generales de las secciones reducidas a dos por semana. Aunque París en 1793 había enviado 80.000 hombres al Ejército, la masa manipulable de los *sans-culottes* seguía siendo

significativa: al menos 400 miembros por sección, es decir, casi 20.000 hombres listos en cualquier momento para manifestar «la cólera del pueblo».

El Comité de seguridad general, instrumento del Terror que se estaba estableciendo, se renovó y reorganizó el 12 de septiembre. También está compuesto por doce miembros elegidos o reelegidos cada mes por la Convención. Investido de las funciones de policía y vigilancia, supervisaba los comités revolucionarios locales y, con la ayuda de un numeroso personal, preparaba los expedientes de las personas arrestadas por el Tribunal revolucionario, y también clasificaba las miles de denuncias que la Revolución alentaba más que nunca.

Votada el 17 de septiembre de 1793, la ley de sospechosos ofrecía una definición tan amplia que, a partir de esta fecha, cualquier persona podía ser arrestada, ya que «se consideran personas sospechosas: aquellos que, ya sea por su conducta, ya sea por sus relaciones, o por sus palabras o sus escritos, se han mostrado partidarios de la tiranía, el federalismo y enemigos de la libertad». En el Comité de salvación pública, Barère, anticipando la multiplicación de las condenas que se iban a producir, propuso la deportación a Guyana para los «contrarrevolucionarios». Collot d'Herbois se opuso firmemente: «Este castigo, lejos de asustarlos, les dará nuevas esperanzas. No hace falta deportar; hace falta destruir a todos los conspiradores y enterrarlos en la tierra de la libertad».

De mala gana, la Convención también tuvo que poner en marcha el Terror económico. Después del edicto de julio contra los acaparadores, varias medidas financieras trataron de enderezar el barco: la creación del Gran libro de la deuda pública que tipificaba todos los títulos de deuda del Estado (forma para el Tesoro de obtener él mismo los recibos), un nuevo préstamo del 5 % pagadero en efectivo (aún sería necesario encontrar aseguradores bastante crédulos), la prohibición de las sociedades anóni-

mas y el cierre de la Bolsa (para evitar la competencia a los bonos del gobierno), la abolición de la Compañía de la Indias y, por supuesto, las nuevas emisiones de asignados. Se decidió de pasada que las medidas relacionadas con la emisión de dinero ya no se harían públicas.

El 11 de septiembre se fijó un precio máximo para el trigo y las harinas a nivel nacional, pero la medida radical, la que tanto pedían los *sans-culottes*, finalmente se decretó el 29 de septiembre: el máximo general de los precios y salarios. «Como resultado, las remesas se detuvieron al instante», señalaba la marquesa de La Tour du Pin. El día anterior, se había procedido a una enésima emisión de 2 mil millones de asignados.

Quedaba un paso por dar: legitimar todas estas medidas de excepción justificando la violación de los principios… en nombre de la sacralidad de los principios. En la Convención, el 10 de octubre, Saint-Just presentó un informe del Comité de salvación pública sobre la necesidad de constituir un «gobierno revolucionario». «Las leyes son revolucionarias, quienes las ejecutan no lo son […]. En las circunstancias en que se encuentra la República, no se puede establecer la Constitución […]. Se convertiría en la garantía de los atentados contra la libertad, porque carecería de la violencia necesaria para reprimirlos».

El mismo día, la Convención decretó que «el gobierno provisional de Francia será revolucionario hasta la paz» y que el Consejo ejecutivo provisional, los ministros, los generales, los órganos constituidos serían puestos bajo la vigilancia del Comité de salvación pública que rendirá cuentas a la Convención cada ocho días. Dicha Convención conservaría su legitimidad teórica, pero su brazo secular, el Comité de salvación pública, estaba investido de inmensos poderes finalmente codificados el 4 de diciembre. Lo extraordinario se convierte en lo ordinario y el Terror se identificó con la Revolución. *Necessitas legem non habet* («La nece-

sidad ignora la ley»). Una nueva ley que es la de la supervivencia de la Revolución reemplazará a todas las demás.

En ese contexto, el juicio de María Antonieta y el de los girondinos ya no podía esperar. Hasta entonces, en palabras de Robespierre, la reina se había salvado «como un remanente de superstición para la realeza». El proceso de Luis XVI, juzgado por la Convención fue político, el de María Antonieta, juzgada por el Tribunal revolucionario, fue pasional. De la manera más seria del mundo, los miembros del jurado juraron no escuchar «ni el odio, ni la maldad, ni el miedo o el afecto». Pero Hébert, fiscal adjunto de la Comuna de París, declaró como «testigo» llevado por una oleada de odio, fanatismo, estupidez y grosería. Cuando la reina fue trasladada a la Conciergerie, le hizo decir en *Le Père Duchesne* del 4 de agosto de 1793: «¡Al igual que mi gran cornudo, voy a ser guillotinada!».

El propio presidente del Tribunal, Martial Herman, de treinta y cuatro años, un secuaz de Robespierre, se mostró avergonzado por estos comentarios que no solamente se explayaron tenazmente en los panfletos más obscenos, sino que también les añadían la acusación de prácticas incestuosas con el delfín. María Antonieta, a la que se le reprochó que guardara silencio, respondió: «Si no he respondido, es que la naturaleza se niega ante semejante acusación hecha a una madre». Luego, dirigiéndose a la audiencia que finalmente se calló: «¡Apelo a todas las madres que se encuentren aquí!».

Los abogados, casi asombrados de encontrarse allí, intentaron mencionar la ausencia de pruebas en la acusación de «maniobras e inteligencias con las potencias extranjeras» y otras «conspiraciones». La «viuda Capeto» fue sentenciada a muerte el 15 de octubre de 1793. Ella escribió una carta a Madame Élisabeth que, por supuesto, fue retenida por Fouquier-Tinville. «Acabo de ser condenada, no exactamente a una muerte vergonzosa, eso es para los criminales, sino que voy a reunirme con vuestro hermano

[…]. Os envío un beso con todo mi corazón al igual que a mis pobres y amados hijos, ¡Dios Mío! Que desgarrador es dejarlos para siempre. ¡Adiós, adiós! No me queda más que ocuparme de mis deberes espirituales». En su libro de oraciones, escribió cuatro líneas en una página en blanco que marcaba las 4:30 de la mañana: «¡Dios mío! Ten piedad de mí / ¡Mis ojos no tienen más lágrimas / para llorar por vosotros, mis pobres / niños! ¡Adiós, adiós!».

Una vulgar carreta espera a la condenada esa mañana del 16 de octubre de 1793. Le cortaron el pelo apresuradamente antes de cubrirlo con un desgastado gorro. El verdugo le ató las manos a la espalda. No es Sansón, el padre, sino su hijo Henri, de veintiséis años, que está a punto de sucederle. Son más de las diez cuando el cortejo llega en medio de una gran multitud contenida por dos gruesos cordones de soldados. Tardaron una hora en llegar desde la Conciergerie hasta la plaza de la Revolución, que no están lejos la una de la otra. La reina dio muestras de una firmeza extraordinaria a pesar de los gritos e insultos. Hébert no se equivocaba cuando escribió: «¡La perra, además, ha sido audaz e insolente hasta el final!».

Era poco más de mediodía cuando su cabeza cayó bajo la cuchilla. El verdugo la cogió y la blandió gritando: «¡Viva la República!». Para los aproximadamente 200.000 curiosos que esperaron allí durante horas, saturados desde 1789 con libelos sucios y caricaturas llenas de odio, la reina no era más que la «Mesalina del Norte». El cuerpo de la «viuda Capeto», como la llamó el acta de ejecución, fue transportado inmediatamente al cementerio de la iglesia de la Madeleine (actual plaza de Luis XVI). Allí, lo metieron en cerveza y lo enterraron en una fosa anónima en la que vertieron abundante cal. Dispusieron un rincón de víctimas para los guillotinados de la plaza de la Revolución. Luis XVI había sido enterrado de la misma manera nueve meses antes. *Le Père Duchesne* exultó «después de haber visto, con sus propios ojos,

la cabeza de Veto hembra separada de su maldito cuello de grulla». Con un tono más suave, los demás periódicos están de acuerdo. Algunos lamentan que María Antonieta haya «sufrido solo una muerte».

El 24 de octubre es el turno de los girondinos. Son 21: Brissot (huyó pero fue arrestado en Moulins), Vergniaud, Gensonné, Carra, Fauchet, Ducos (Jean-François), Lasource… Todos estaban acusados de «conspiración contra la unidad e indivisibilidad de la República, contra la libertad y la seguridad del pueblo francés». Gorsas, que llamó al Comité de salvación pública: Comité de desgracia pública, fue ejecutado el 7 de octubre, con la sola constatación de su identidad. Había huido a Normandía y luego a Bretaña, pero tuvo la mala idea de regresar a París para encontrar a su amante. Reconocido y llevado ante el Tribunal revolucionario, fue guillotinado el mismo día. Fue el primer tradicional en subir al patíbulo.

Como el proceso amenazaba con prolongarse, *Le Père Duchesne* tronaba: «¿Son necesarias tantas ceremonias para guillotinar a los canallas?». Fouquier-Tinville se preocupó y escribió a la Convención: «Cada uno, cuando hace su declaración, quiere hacer la historia de la Revolución; los acusados responden luego a los testigos, quienes a su vez responden […]. Además, nos preguntamos: ¿por qué testigos?». El proceso se cerró arbitrariamente la noche del 30 y terminó con una sentencia de muerte colectiva. Dufriche-Valazé, diputado de Orne y uno de los oponentes más ardientes de Marat, se apuñaló cuando oyó la sentencia.

Las ejecuciones tuvieron lugar al día siguiente. El cuerpo de Dufriche-Valazé fue añadido al carro del verdugo para ser guillotinado de todos modos. Los condenados «han demostrado el valor de los canallas», comentaba un informe policial. Brissot fue ejecutado en último lugar. Lasource les gritó a los montañeses:

«Yo muero el día en que el pueblo ha perdido la razón; vosotros moriréis el día que la recupere».

Los girondinos que huyeron pronto serían capturados, con la excepción de Lanjuinais que logró permanecer oculto durante dieciocho meses en Rennes antes de salir a la luz. Manon Roland fue arrestada el 2 de junio, pero no fue llevada ante el Tribunal revolucionario hasta noviembre. A causa de sus intrigas, tenía una gran responsabilidad en el descrédito que progresivamente había perdido la Gironda. De sus *Memorias*, escritas durante su detención, Taine dijo que «son la obra maestra del orgullo que cree disimular y nunca abandona sus zancos». Subió al cadalso el 8 de noviembre de 1793 al mismo tiempo que Lamarche, director de la fabricación de asignados, condenado por haber defendido las Tullerías. A este último, claramente menos seguro frente a la guillotina, Manon Roland le habría dicho: «Ve primero, no tendrías el valor de verme morir». También se le atribuyen estas famosas palabras: «Libertad, ¡cuántos delitos se cometen en tu nombre!».

Dos días después, al enterarse de la trágica muerte de su esposa, Roland, que se escondía en Eure, se suicidó. Temiendo ser descubiertos, Buzot, Guadet, Pétion y Barbaroux dejaron su refugio en Burdeos. Sorprendidos por una patrulla, también se suicidaron. Barbaroux no lo logró y será llevado moribundo al cadalso. Clavière se apuñaló la víspera de ser llevado ante el Tribunal revolucionario y su esposa se envenenó al enterarse de su ejecución. El 5 de diciembre, Rabaut Saint-Étienne, descubierto el día anterior en París, subió al cadalso y con él la pareja de ancianos que le habían dado asilo. El 27 del mismo mes fue el turno de Lebrun-Tondu. Primero arrestado, evadido y escondido bajo distintas identidades, finalmente fue reconocido por un agente del Comité de seguridad general. Madame Roland dijo de él «que pasaba por un espíritu sabio porque no tenía impulsos de ningún tipo».

De ahora en adelante, el Tribunal revolucionario se reunirá todos los días y enviará su lote diario de presos condenados a muerte a la «cuchilla nacional». También hubo sobreseimientos y absoluciones, tantas eran las declaraciones falsas. Sin embargo, corresponde al acusado demostrar su inocencia. Además de los acusados de «federalismo» o «brissotismo», los sacerdotes refractarios y los emigrados que habían regresado clandestinamente fueron los más numerosos en ser denunciados junto con sus «cómplices». Una carta era suficiente. Los sacerdotes constitucionales que ya no participaban en el juego, como ese párroco de Saint-Barthélemy (Seine-et-Marne) que se negó a leer los decretos de la Convención durante la misa, no escaparon a la venganza.

El delito de opinión se afianza y no puede ser castigado más que con la pena de muerte: tres condenados de golpe el 5 de octubre por haber dicho que «Charlotte Corday era una mujer honesta que hizo bien en matar a un bribón», y también la muerte, el 11 de septiembre, para Jean-Charles Bain, alguacil en Angers que había fechado una carta en «El año pasado de la República y de la Libertad». Un cierto Dufresne, oficial de sanidad, que llegó directamente de las Antillas francesas de donde había huido de «las persecuciones de la anarquía», tuvo la desgracia de escribir a un amigo, en junio de 1793: «Francia no es más que un vasto cadalso donde el más fuerte inmola en nombre de la Ley al que es más débil que él». En otra misiva añadía: «La guillotina trabaja aquí, no os hacéis idea». Él mismo fue enviado allí con el argumento de «propaganda contrarrevolucionaria».

Olympe de Gouges fue condenada a muerte el 3 de noviembre. Chaumette, el fiscal de la Comuna de París, que se había distinguido el mes anterior en la Convención al pronunciar una acusación de extraordinaria violencia contra las mujeres públicas, se alegró abiertamente, fustigando a «la virago, la mujer-hombre, la impúdica Olympe de Gouges que primero creó so-

ciedades de mujeres, abandonó el cuidado de su hogar, quiso hacer política y cometió crímenes [...]. Todos estos seres inmorales han sido aniquilados bajo el hierro vengativo de las leyes». Luego se dirigió a todas las mujeres: «¿Y os gustaría imitarlas? ¡No! Sentiréis que solo seréis verdaderamente interesantes y dignas de estima cuando seáis lo que la naturaleza ha querido que fuerais. Queremos que se respete a las mujeres, por eso las obligaremos a respetarse a sí mismas».

Tres días después, Felipe Igualdad subió al cadalso. Detenido el 6 de abril, después de que su hijo se pasara a los austriacos con Dumouriez, el regicida, odiado por la derecha y despreciado por la izquierda, no podía seguir existiendo sin «alarmar la libertad».

El 12 de noviembre, fue el turno de Bailly que se creía a salvo después de haberse retirado de todo a Melun. En vano alegó que solo se había sometido a las órdenes de la Asamblea. Su ejecución fue ordenada en la escena «de su crimen», en el Campo de Marte, adonde transportaron la guillotina. Mientras caía una lluvia fina y helada, los verdugos luchaban por levantar el cadalso en este lugar inusual. El condenado avanzaba con dificultad en medio del populacho que lo agredía. No pasarán menos de dos horas antes de que la cuchilla termine cayendo sobre el cuello del desgraciado. «¿Estás temblando, Bailly?», le preguntó uno de sus torturadores al pie del patíbulo. «Amigo mío, es que tengo frío».

Pierre Manuel fue guillotinado el 14 de noviembre. Se había retirado a Montargis, pero los jacobinos locales habían intentado asesinarlo. Detenido el 28 de agosto, llamado como testigo en el «proceso» de María Antonieta, se negó a hablar en su contra, pero su caso fue juzgado por adelantado. En cualquier caso, no se le perdonaba que hubiera dimitido en protesta contra la condena a muerte del rey. Por la misma razón, Kersaint lo sucedió en el cadalso el 4 de diciembre.

«La Du Barry» fue ejecutada el 8 de diciembre por conspiración. La impopular amante de Luis XV fue una de las pocas condenadas que combatió durante su ejecución. Lamourette perdió su cabeza el 11 de enero de 1794 por «moderantismo». En el recorrido que lo llevó a la guillotina, un graciosillo le dijo: «¡No olvides besar a Charlot, Lamourette!» (Charlot por Charles-Henri Sansón, el verdugo).

Siempre hay una multitud asistiendo a las ejecuciones. Una caricatura mostraba dos *sans-culottes*: «¿Hay guillotina hoy?» preguntaba uno. «Sí, porque siempre hay traición», respondió el otro. Al pie del cadalso se instalaban las «tejedoras», auténticos miembros permanentes. En ningún caso faltarían a las misas rojas de la Revolución. Con sus homólogos *sans-culottes* masculinos, eran el pueblo del pueblo. «Más vale vivir bajo la férula de un rey oriental, escribía Taine, porque no está en todas partes, ni se muestra siempre furioso y loco como el populacho[106]».

En este año 1793, un acusado logrará hacérsela pagar cara al Tribunal revolucionario no sin encontrarse también ante la guillotina el 29 de noviembre. Antoine Barnave, retirado en Grenoble desde enero de 1792, fue arrestado el 15 de agosto de 1792. Fue acusado, junto con su amigo Duport-Dutertre, ministro de Justicia de noviembre de 1790 a marzo de 1792, de «conspirar contra la Constitución». Se defendió a sí mismo (¿no era abogado?) y lo hizo brillantemente durante una hora y media («El fiscal ha hablado durante una hora y media. Tengo derecho a hacer otro tanto»), reclamando con garbo una revolución de la libertad. «Yo era esencialmente independiente», declaró en voz alta. A Danton, que se mostró dispuesto a favorecer su liberación si le pedía a la Convención que lo hiciera, Barnave le respondió: «Pedirles justicia sería reconocer la justicia de sus actos anteriores, y han hecho morir al rey. No, prefiero sufrir y morir antes que perder un matiz de mi carácter moral y político».

En el otoño de 1793, los jacobinos estaban en el apogeo de su poder. Organizaron una gran fiesta nacional el 10 de agosto por el primer aniversario del derrocamiento de la realeza. La relación, tan cuidadosamente evitada el 14 de julio de 1790, entre la Bastilla y el Campo de Marte, esta vez se estableció en un desfile gigantesco de 7.000 delegados. Los decanos de los 87 departamentos (cuatro más que en 1789) marchaban al frente sosteniendo una cinta tricolor interminable que ceñía a los diputados para «indicar que la nación mantiene y lidera a sus representantes legales» (¡!). Subieron al altar de la patria donde las picas llevadas por los decanos se unieron en un haz «símbolo de unidad e indivisibilidad nacional». Taine ironiza: «Se ven a sí mismos como los creadores de un mundo nuevo; [...] acaban de proclamar la libertad del pueblo y van a perpetuar la dictadura de la Convención».

El regicidio debe ir acompañado de la eliminación de todos los rastros de la realeza. Después de un discurso de Barère, el 1 de agosto, vilipendiando los «porta-cetros» que en la necrópolis real de Saint-Denis todavía parecen «enorgullecerse en la tumba de una grandeza desaparecida», la Convención decretó que las tumbas y los mausoleos reales serían destruidos con motivo de la gran fiesta nacional del 10 de agosto. Del 6 al 8 de agosto, se abrieron 51 mausoleos con 47 yacentes y se borraron a martillazos sus inscripciones y fechas.

Pero todavía no era suficiente. El 16 de octubre, el día de la ejecución de la reina, se abrieron 21 ataúdes reales en la basílica de Saint-Denis, incluido el de Luis XV, que tenía un olor terrible. Dos días antes, los cuerpos de Luis XIII y Luis XIV habían sido exhumados, este último en buenas condiciones, pero «con un color de ébano». 157 ataúdes reales o principescos fueron profanados del 12 al 28 de octubre. Arrojaron los cuerpos a dos fosas comunes. El de Luis XIV cayó sobre el de Enrique IV, que permaneció expuesto dos días, de pie. 46 reyes, 32 reinas, 73

príncipes de sangre, 10 grandes servidores del reino y más de 20 abades de Saint-Denis fueron arrancados de su última morada y profanados. «El cadalso para reyes vivos no era suficiente, se trataba de matar al muerto», resume el psicoanalista Paul-Laurent Assoun.

La descristianización también se inscribe en la lógica de tabla rasa inherente al Terror. En cierto modo, empezó con la expoliación de los bienes del clero y la persecución a partir de la Constitución civil. La gran fiesta nacional del 10 de agosto de 1793 sin *Te Deum* también afirmaba este deseo de poner fin a «la superstición». La era cristiana fue reemplazada oficialmente por la nueva era revolucionaria el 6 de octubre de 1793, el año I de la Libertad, comenzando retrospectivamente con la República, el 22 de septiembre de 1792. El año fue dividido en 12 meses de 30 días, más 5 días festivos que lo terminarían. Bautizados (si se puede decir así) los «*sans-culottides*», se dedicarán a celebraciones en honor de la Virtud, el Genio, el Trabajo, la Opinión y las Recompensas.

Como explicó en la Convención Fabre d'Églantine, relator de la «Comisión encargada de la preparación del calendario», el calendario gregoriano debía desaparecer y «sustituir sus visiones de la ignorancia por las realidades de la razón». Ya no habría «presuntos santos», sino meses y días dedicados a la naturaleza: vendimiario, brumario, frimario para el otoño; nivoso, pluvioso, ventoso para el invierno; germinal, floreal, pradial para la primavera; mesidor, termidor («calor solar y terrestre que besa el aire de julio a agosto»), fructidor («frutos que el sol dora y madura de agosto a septiembre») para el verano.

No habría más fiestas religiosas importantes: el día de Todos los Santos se convierte en el de los… salsifíes y Navidad en el día del perro (¡!). Por lo tanto, los sacerdotes ya no podrán «subyugar a la especie humana y encadenarla bajo su imperio». En esta lógica loca, se cambiarán los nombres de 1.200 ciudades y pue-

blos con connotaciones religiosas o monárquicas. Sainte-Croix-du-Verdon (Bajos Alpes) será reemplazado por Peiron-Sans-Culottes; Saint-Amour (Jura) por Franc-Amour; Pont-l'Abbé (Finisterre) por Pont-Marat; Cormelles-le-Royal (Calvados) por Cormelles-le-Libre; Mont-Saint-Michel (Mancha) por Mont-Libre. Para Versalles, será como debería ser: Berceau-de-la-Liberté[107].

Empezaron a saquear y cerrar las iglesias, esas «tiendas con sacerdotes». El movimiento comenzó en París y en la región se extendió como una mancha de aceite junto con la «deprêtrisation[108]» que comenzó en la Convención el 7 de noviembre de 1793. Mons. Gobel, obispo de París y ferviente jacobino, dio ejemplo abjurando públicamente: «Hoy, que la revolución marche con grandes pasos hacia un final feliz, ya que conduce todas las opiniones a un solo centro político; hoy, que no debe haber más culto público y nacional que el de la libertad y la santa igualdad, me someto a su voluntad, y vengo a declararos aquí en voz alta que desde hoy renuncio a ejercer mis funciones de ministro del culto católico».

Otros once sacerdotes constitucionales de la Asamblea siguieron su ejemplo. El presidente le dio un abrazo a Gobel: «La recompensa por este sacrificio se encontrará en la felicidad pura que gozaréis bajo la Constitución más bella del mundo, en un Estado libre y despejado de prejuicios». Presionado para seguir tan buen ejemplo, el abate Grégoire se negó valientemente («Sigo siendo obispo»). En cuanto a Sieyès, dio unas evasivas haciendo valer que hacía mucho tiempo que había dejado «cualquier carácter eclesiástico».

La Comuna de París no se quedaría atrás, especialmente porque su poder había disminuido considerablemente desde que sus comités revolucionarios estaban subordinados al Comité de seguridad general. Decidió que «todas las iglesias o templos de cualquier religión y cualquier culto que había habido en París se

cerraran de inmediato». Los hebertistas y especialmente Chaumette estaban desatados. La catedral de Notre-Dame se convirtió en el templo de la Razón que se materializó en medio del presbiterio en un monstruoso armazón de tablas y cartones pintados que iluminaba la antorcha de la Libertad y en cuyo frontón se podía leer: «A la Filosofía».

Bebían el vino de los cálices y se ponían las vestiduras sacerdotales. El 20 de brumario del año II (10 de noviembre de 1793), Chaumette organizó allí la fiesta de la Libertad y la Razón. Un coro de muchachas se desplegó alrededor del templo del que salió, vestida de corto, pero a la antigua, la diosa Razón que encarnaba la joven esposa del hebertista Momoro, llamada Sophie. Conducidas por Chaumette, la diosa con gorro frigio y sus ninfas invadieron la Asamblea. «El fanatismo ha cedido, proclamó Chaumette; ha abandonado el lugar que le correspondía a la Razón, la Justicia y la Verdad; sus ojos sombríos no podían soportar el brillo de la luz, huyó. Nos hemos apoderado de los templos que nos dejó; los hemos regenerado». La diosa tomó asiento junto al presidente del que recibió un abrazo antes de que la Convención aceptara ir en procesión al templo de la Razón. Unos coros entonaron un himno de la Libertad con texto de Marie-Joseph Chénier (el hermano menor) y música de Gossec. Taine fustigó a los diputados que se habían dejado tomar como rehenes de esta mascarada grotesca, de ese «martes de carnaval de maleantes flacos y enloquecidos».

Las manifestaciones antirreligiosas se sucedieron una tras otra. Las estatuas de los santos son derribadas o, como mínimo, decapitadas. Profanaban los tabernáculos. La sección Bonne-Nouvelle abatió su campanario. Para no quedarse atrás, Hébert propuso que se hiciera lo mismo con todos los de París. ¿No parece que estaban contradiciendo los principios de igualdad desde su altura? Si no se quería ser considerado sospechoso, no se debía decir «Gracias a Dios» sino… «Gracias a la naturaleza».

La provincia se puso al día. En Mont-Ferme (antes Saint-Rambert) en Ain, el 6 de frimario del año II (26 de noviembre de 1793), los administradores del distrito se dirigieron a sus administrados en estos términos: «Ha llegado el momento en que no debe haber otra religión más que el amor a la patria, otro culto más que el de la Libertad, la Igualdad y la Verdad eterna. La máscara de la charlatanería se está cayendo por todos lados; también por todos lados, nuestros santos se despojan de esas magníficas vestiduras que alguna vez despreció el buen *sans-culotte* Jesús».

La descristianización a veces precedió a la de París. Un tal Joseph Fouché, diputado del Loire-Inférieure en la Convención, fue enviado en misión a Nièvre. Era un alumno de los oratorios que había recibido las órdenes menores antes de dedicarse a la enseñanza, luego a la abogacía, y de descubrir un odio profundo hacia el catolicismo. Oportunista, publicó en junio de 1793 unas *Réflexions sur l'éducation publique* en las que declaraba: «Solo la educación pública organizada sobre la base del monopolio, inspirada en el espíritu revolucionario y netamente filósofo, puede contrarrestar la influencia odiosa de la religión». Se hacía eco de la nueva doctrina sobre la educación pública. Se podía leer en el *Supplément à la Gazette nationale* del 9 de nivoso del año II (domingo 29 de diciembre de 1793): «Creo que las instituciones deben aceptar a niños a partir de los seis años; tenerlos en internados, sí, en internados, y solo devolverlos a sus padres a la edad de dieciocho años».

Un verdadero procónsul del departamento de Nièvre, Fouché prescribió por un decreto del 6 de octubre la descristianización sistemática. «Todos los signos religiosos que se encuentren en los caminos, en las plazas y en general en todos los lugares públicos serán destruidos». Los muertos ya no serían llevados a su última morada por un sacerdote, sino por un oficial público. Ya no se

diría «cementerios» sino «campos de reposo» y en su puerta se escribiría: «La muerte es un sueño eterno».

Joseph Le Bon, también exalumno del oratorio, alcalde de Arras y diputado suplente, luego titular desde el 1 de julio de 1793, era un representante en misión en Somme y Paso-de-Calais. Se distinguió en la erradicación de la contrarrevolución, así como de la religión. Se dio cuenta, entre otras cosas, de que la población no tenía en cuenta el calendario republicano. El *décadi* (un día de cada diez, el único festivo y celebrado de manera revolucionaria) era rechazado por la población para quien el domingo seguía siendo el domingo y que prefería descansar un día de cada siete en lugar de uno de cada diez. Le Bon decretó que cualquiera que descansara en un día que no fuera el *décadi* sería arrestado como sospechoso. También se dio orden de arrestar a todas las mujeres y niñas «endomingadas».

Por todas partes en Francia, se cerraron las iglesias, que fueron transformadas en prisiones, graneros, establos, pocilgas, especialmente después de que, el 6 de noviembre, la Convención reconociera el derecho de los municipios a renunciar al culto. Se dedicaron a quemar los confesionarios; se procedió a «oblaciones patrióticas» (saqueo de objetos preciosos que se envían a la Convención, «crisol de la filosofía y la razón»). Y, sobre todo, destrozaron con la ayuda, si no por iniciativa, de los Ejércitos revolucionarios.

Robespierre era prácticamente el único que creía que había que poner fin a todas estas locuras. Políticamente, ve la descristianización como un argumento a favor de la contrarrevolución y la coalición extranjera, que acusa a los republicanos de ser un grupo de bandidos demoníacos. Sobre todo, él, que era deísta (cree o quiere creer en un Ser Supremo), cree que el hombre necesita un Dios y un culto. Intervino en este sentido en el Club de los jacobinos el 21 de noviembre, un día después de una nueva mascarada antirreligiosa en la Convención. «Se ha supuesto

que, al aceptar las ofrendas cívicas, la Convención había prohibido el culto católico. No, la Convención no ha dado este paso temerario: la Convención nunca lo hará [...]. Se ha denunciado a sacerdotes por haber dicho misa: la dirán por más tiempo si no se les permite hacerlo. Quien quiera impedirlo es más fanático que el que dice misa. Hay hombres que quieren ir más allá; quienes, con el pretexto de destruir la superstición, quieren hacer una especie de religión del ateísmo [...]. El ateísmo es aristocrático; la idea de un gran ser, que vela por la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante, es totalmente popular [...]. Si Dios no existiera, habría que inventarlo...».

Voltaire lo había dicho antes que él, pero el discurso produjo el efecto deseado. El 8 de diciembre, la Convención prohibió «toda violencia o amenaza contraria a la libertad de culto». Sin embargo, este decreto no reflejaba la opinión de los diputados, la mayoría de los cuales eran ateos. En las provincias, la descristianización seguía adelante y se extendió a todo el país.

En los departamentos sublevados, la cuestión de la descristianización pasó a segundo plano porque se trataba ahora del enfrentamiento con París. Era la ocasión de la Convención para poder reducir, uno tras otro, los centros de insurgencia que no habían sabido o no habían podido establecer unos vínculos entre ellos. En el oeste, como hemos visto, el compromiso de Pacy-sur-Eure fue suficiente desde el 13 de julio para dispersar a las fuerzas «federalistas» sin que estas hubieran pensado unirse a la insurrección vandeana. Los enviados en misión de la Convención hicieron el resto con la ayuda de los jacobinos locales. Jean-Baptiste Le Carpentier, diputado de la Manche enviado allí a toda prisa, anunció a la Convención que en Saint-Malo, «por medio de purgantes revolucionarios, la aristocracia, el federalismo y la superstición han sido sumergidos en la nada».

Encontramos a Le Bon en el Paso-de-Calais, donde no había revueltas que someter. Estableció en Arras un Tribunal revolu-

cionario que multiplicó los encarcelamientos y las condenas a muerte (ahora hay una guillotina por departamento). Entre los jueces y jurados se encuentran su cuñado y los tres tíos de su mujer. Choudieu, representante en misión en el Ejército del Norte, informaba: «He visto a los miembros de este Tribunal; se parecen más a verdugos que a jueces; se pasean por las calles con una camisa escotada y arrastrando siempre un sable por el suelo. Por último, suben al estrado anunciando que el caso de este o aquel será despachado y que pronto los veremos pasar para ir al cadalso». Guffroy, diputado del Paso-de-Calais y miembro del Comité de seguridad general, sin embargo, acusa a su amigo Le Bon de tibieza. De hecho, en la Convención tenía el apodo de «Ciudadano Cadalso».

Una rebelión en Burdeos fue apagada el 18 de septiembre por el Ejército del general Brune, de treinta años, un ardiente revolucionario y amigo de Danton. Bajo el impulso de los representantes en misión Tallien e Ysabeau (otro alumno del oratorio), el Terror se apoderó de la ciudad. «La guillotina se dejó permanentemente en la plaza Dauphine, contaba la marquesa de La Tour du Pin. Los habitantes que, el día anterior, habían jurado, como verdaderos gascones, resistir, no aparecieron por las calles desiertas».

La ciudad de Marsella fue reconquistada por el general Carteaux el 25 de agosto antes de que los ingleses pudieran acudir en su ayuda. El Terror se abatió bajo la égida de los representantes en misión Barras y Fréron. La ciudad, rebautizada como un signo de infamia: Ville-sans-Nom[109], estaba bajo una tal represión que los propios jacobinos locales se rebelaron. Muchos de los acusados fueron ejecutados simplemente porque eran ricos. Cayeron más de 400 cabezas. «Creo, opinaba Fréron, que Marsella no tiene remedio, a menos que todos los habitantes sean deportados y los hombres del norte trasladados aquí». Después de la toma de Ollioules, en la que se destacó un joven capitán de ar-

tillería de veinticuatro años, un corso llamado Napoleón Bonaparte, el Ejército de Carteaux asedió Toulon el 27 de agosto. Los habitantes entonces entregaron el puerto a la flota inglesa.

Lyon cayó el 9 de octubre, después de un asedio de casi dos meses al mando de Kellermann. La Convención decretó que la ciudad fuera destruida: «Lyon le ha hecho la guerra a la Libertad; Lyon ya no existe». Las casas de los ricos serán destruidas y las casas de los pobres, preservadas. Ya no se dirá «Lyon» sino «Ville-Affranchie[110]». Collot d'Herbois y Fouché fueron los encargados de la represión que debía ser ejemplar. Después de una mascarada antirreligiosa, una especie de misa republicana durante la cual Chalier fue venerado como un mártir de la fe revolucionaria («Sí, declamó Fouché, la sangre de los aristócratas te servirá de incienso»), procedieron a miles de arrestos por indicaciones de los jacobinos de la ciudad. Siguieron las ejecuciones sumarias. Se guillotinaba, («el hacha popular», decía Collot d'Herbois), se fusilaba y, para ir más rápido, se disparaba con metralla a los prisioneros en la llanura de Brotteaux.

«Destruyendo a los canallas, garantizamos la vida de todas las generaciones de hombres libres», como explicó Collot d'Herbois a la Convención del 15 de abril de 1794: «Nos han acusado de ser antropófagos, hombres de sangre, ¡estas son peticiones contrarrevolucionarias, vendidas por aristócratas, que nos hacen este reproche! Se ha examinado con la más escrupulosa atención de qué manera murieron los contrarrevolucionarios; se ha difundido falsamente que no murieron al primer golpe [...]. ¡Eh! Jacobinos, ¿murió Chalier al primer golpe? Si los aristócratas hubieran triunfado, ¿creéis que los jacobinos habrían perecido en el primer intento?» Ese «misionero del Terror» contaba él mismo las ejecuciones de los «rebeldes de la infame Lyon» en 1.682. Habría que hablar más bien de 2.000, de los cuales 820 fueron guillotinados en la «place de l'Égalité», donde Chalier, el «Marat lionés» había sido ejecutado por los «federalistas».

Le llegó el turno a Toulon de soportar el Terror cuando la ciudad capituló el 19 de diciembre de 1793. El capitán Bonaparte se distinguió nuevamente, al mando de la artillería. Se unió a los representantes en misión, principalmente a Robespierre el Joven, que lo apreciaba por sus cualidades de estratega, pero también por su jacobinismo, que expuso con ardor en *Le Souper de Beaucaire*, folleto político que acababa de aparecer. Por recomendación del hermano del Incorruptible, Bonaparte fue propuesto, el 22 de diciembre, directamente al rango de general de brigada. Toulon fue rebautizada Port-la-Montagne y entregada a una represión despiadada. 800 toloneses fueron fusilados sin juicio entre el 20 y el 23 de diciembre. Más de 300 fueron condenados a muerte en los siguientes meses por una «comisión revolucionaria». La ciudad, que contaba con 30.000 habitantes, solo tenía 7.000 en la primavera de 1794.

Los representantes de la Convención en misión, tanto en los ejércitos como en los departamentos, desempeñaron un papel decisivo en una «toma de control» de la provincia que no se limitó a las ciudades rebeldes. A su convicción republicana y al vértigo de los plenos poderes se añadía el miedo a parecer moderado. Como Étienne-Christophe Maignet, diputado de Puy-de-Dôme en la Asamblea Legislativa y luego en la Convención, regicida, que era un representante en misión en el Ejército de Mosela y luego en el Ejército de los Alpes. Con Couthon frente a Lyon, mostró cierta renuencia a aplicar el decreto de destrucción de la ciudad. Llamado a París y acusado un tiempo de «clemencia», fue enviado nuevamente en misión a fines de 1793 en Vaucluse y Bouches-du-Rhône en plena guerra civil. En Marsella, se opuso a los excesos de Fréron y trató de salvar a la ciudad del hambre. También chocó con Jourdan Coupe-Tête, responsable de las masacres de Glacière en 1791 y que había recuperado su galón al mando de la Gendarmería (la Gendarmería nacional había reem-

plazado desde diciembre de 1790 a la Gendarmería real) aunque seguía comportándose como un jefe de banda.

Así pues, se podría considerar a Maignet un moderado, si no fuera porque, al mismo tiempo, el Tribunal revolucionario de Orange (llamado «Comisión popular») pronuncia bajo su égida 332 sentencias de muerte de 595 juicios. Ante el anuncio de que el pueblo de Bédoin, cerca de Carpentras, conocido por ser realista, había arrancado el árbol de la Libertad y lo había arrojado al pie de las colinas, Maignet, «considerando que la justicia no sabría dar demasiado espectáculo en el castigo del crimen abominable que se ha cometido en Bédoin», decidió el 4 de mayo de 1794 que el Tribunal revolucionario, seguido por la guillotina y tres verdugos, fuera transportado al lugar donde se encontraba el árbol sagrado. 35 habitantes fueron guillotinados y 28 fusilados. El resto de la población fue deportada a los alrededores y el pueblo fue completamente quemado. «He visto ayer, a cuatro leguas de distancia, contaba un testigo, las llamas revolucionarias que consumían el infame Bédoin». Como Maignet escribió al Comité de seguridad pública: «Solo los grandes ejemplos pueden imponerse a los canallas que habitan estas comarcas y sofocar este nuevo germen vandeano que parece que se está manifestando. He creído, compañeros ciudadanos, que había que darle a la venganza nacional un gran carácter».

La «venganza nacional» se abatió con una violencia particular en la Vendée. Más que la principal revuelta interna, era una auténtica secesión en la que la fe católica se conjugaba con el apego a la realeza. El 1 de agosto, basándose en el informe del inevitable Barère, la Convención decidió su destrucción sistemática: «Se talarán los bosques, se destruirán los escondites de los bandidos, se cortarán los cultivos para llevarlos a la retaguardia del Ejército y el ganado será incautado…».

El 24 de julio, el comando principal de los Ejércitos republicanos en la Vendée fue confiado a Rossignol, el típico general jaco-

bino, un revolucionario auténtico, pero un mal estratega. Además, fue vencido varias veces. El 1 de octubre, Barère presentó un nuevo informe asesino: «¡La Vendée y otra vez la Vendée! Este es el cáncer político que devora el corazón de la República. Aquí es donde debemos atacar, antes del invierno, antes de la impracticabilidad de las carreteras, antes de que los bandidos encuentren impunidad en el clima y en la estación».

Cuatro divisiones entraron al mismo tiempo en la Vendée por Saumur, Fontenay, Nantes y Les Sables, aprisionando a sus adversarios. Kléber y Marceau aplastaron al Ejército católico y real en Cholet el 17 de octubre. D'Elbée, Lescure y Bonchamps resultaron gravemente heridos. Entonces los vandeanos marcharon hacia Granville, en busca de un puerto donde pudieran recibir ayuda de los ingleses. Tomaron Laval el 23 de octubre y se unieron con los chuanes de Cottereau. La chuanería, que se desarrolló en Maine y en Bretaña, solo practicaba la guerrilla y era incapaz de mantener las ciudades y librar verdaderas batallas. No tenía ejército, sino pequeñas bandas de campesinos prácticamente ilocalizables en medio del boscaje.

Avranches cayó el 12 de noviembre, pero Granville, poderosamente fortificada, resistió dos asaltos el 13 y el 14. Los ingleses, que debían apoyar el ataque, no estaban allí y los vandeanos tuvieron que retroceder al Loira, pero sin lograr cruzarlo. Ahora todo irá de mal en peor para el Ejército católico y real, que se dirigía hacia el Sarthe. Entró en Le Mans el 10 de diciembre, pero detrás iba el general Marceau y sufrió una sangrienta derrota los días 12 y 13 en la ciudad. Los restos del Ejército vandeano fueron destruidos el 23 de diciembre en Savenay, cerca de Saint-Nazaire.

Y así terminó el «Giro de la Galerna» (llamado así por un viento frío y húmedo del norte que sopla en ráfagas sobre la región). Entre 4.000 y 7.000 vandeanos perecieron en Savenay y sus alrededores, muertos en acción o ejecutados sumariamente.

Las mujeres y los niños fueron enviados a las cárceles de Nantes. Los destacamentos de caballería persiguieron y masacraron a los fugitivos. En Prinquiau, los húsares de Westermann fusilaron indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños. «Ya no existe Vendée, escribe este último a la Convención. Acabo de enterrarlo en las marismas de Savenay. Aplasté a los niños bajo los pies de los caballos y masacré a las mujeres. No tengo un prisionero que reprocharme. Yo exterminé todo».

Asqueado de la guerra civil y las masacres, Marceau obtuvo un traslado a las fronteras. Fue reemplazado el 30 de diciembre por el general Turreau, que se apoderó de Noirmoutier el 3 de enero de 1794. Después de haber sufrido 14 heridas en la batalla de Cholet, d'Elbée se había retirado. Fue fusilado en el sillón en el que lo llevaron al Tribunal revolucionario. Turreau organizó entonces doce columnas que recorrerían la «Vendée militar» (los 735 municipios considerados insurgentes) y pronto merecerían el apodo de «columnas infernales», exterminando a su paso a todos los «bandidos», hombres, mujeres y niños. «La Vendée debe ser un cementerio nacional», ordenó el nuevo general en jefe. Se decidió que el nombre del departamento propiamente llamado de Vendée fuera reemplazado por el de «Vengé[111]».

La novena de estas doce «columnas infernales», comandada por el general Cordellier, salió de Brissac-Quincé (Maina y Loira) el 22 de enero de 1794. Fue trazando un surco largo y sangriento que comenzó en La Jumellière donde todos los habitantes fueron masacrados, sacerdote constitucional a la cabeza. Unos cincuenta municipios sufrieron el mismo destino: jóvenes violadas, mujeres embarazadas destripadas, niños asesinados con sus madres a golpe de bayoneta, casas incendiadas. Los Azules eran especialmente más feroces porque, en su camino, caían a menudo en una emboscada que a veces se convertía en una verdadera batalla, como la de Gesté, el 1 de febrero de 1794, durante la cual fueron derrotados por mil vandeanos capitaneados por

Stofflet. Este último había sucedido a La Rochejaquelein, muerto el 28 de enero en una pelea. Había establecido su cuartel general en el bosque de Vezins (Maine y Loira). La guerra de Vendée seguía adelante, aunque la victoria hubiera cambiado de bando. El 28 de febrero, la columna tuvo que enfrentarse a las tropas de Charette, cuyo Ejército no había participado en el Giro de la Galerna y estaba librando una activa campaña de guerrilla. Un destacamento republicano atacó el pueblo de Lucs-sur-Boulogne y emprendió una masacre general de la población que se saldó con 458 víctimas, 110 de ellos niños.

Las «comisiones militares» impusieron unánimemente castigos severos. La dirigida por François Bignon, creada en Le Mans el 14 de diciembre de 1793, pronunciará 2.919 condenas a muerte en cinco meses (661 de ellas en tres días en Savenay). El 2 y 3 de abril de 1794, los 209 habitantes de Bouguenais (cerca de Nantes) fueron detenidos y fusilados en el Château d'Aux. Se procedió a ejecuciones en masa en la cantera justamente llamada de Misery en Chantenay-sur-Loire (ahora adscrita a Nantes).

En Nantes, masacraron a los prisioneros que allí se amontonaban a millares. Jean-Baptiste Carrier, representante en misión desde el 22 de octubre, desplegó su locura asesina al mismo tiempo que su libertinaje. Desde el 8 de diciembre, habló de «desescombrar las cárceles». Tradicionalmente empezaron fusilando a los «sospechosos», pero Carrier superó un nuevo hito en el horror con los «bautismos patrióticos» en el Loira: «Metemos a todos estos bribones en botes que luego se hunden hasta el fondo» resumía un torturador. De hecho, ya se habían practicado ahogamientos similares en Ancenis, Ponts-de-Cé, Angers y Saumur. En Nantes, desde noviembre de 1793 hasta febrero de 1794, fecha del retiro de Carrier a París, se puede estimar el número de ahogamientos en 3.500, a lo que se suman 2.600 fusilados. El Loira fue promovido al rango de «río revolucionario».

Lejos de poner fin al conflicto, esta masacre de víctimas inocentes sublevó a la población y relanzó la guerra.

«Es por un principio de humanidad por lo que purgo la tierra de la libertad de estos monstruos», se jactaba Carrier. A su regreso a París, murió en el Club de los *cordeliers* el 4 de marzo de 1794, en presencia de Hébert. El que se consideraba un nuevo Marat se enfadó porque algunas personas sentían pena por las ejecuciones de los «contrarrevolucionarios», tanto en las provincias como en París. Protestaba contra los que ya no querían la guillotina. ¡Esos son los que más se la merecen! Y el verdugo de Nantes exclamó: «¡Los monstruos! ¡Les gustaría romper los cadalsos!».

«La virtud por principio, si no, el terror»

En la Revolución, la victoria siempre preludia la división. Lo que había sido cierto para los constituyentes, luego para los republicanos, se hizo realidad para los montañeses durante el invierno de 1793-1794. Tres tendencias empezaron a separarse. A la izquierda estaban los hebertistas, que con mayor frecuencia les llaman los exagerados, pues constantemente querían ir más allá del Terror. A la derecha, los dantonistas, llamados indulgentes, están empezando a preocuparse por la sanguinaria deriva y les gustaría poner fin a la guerra que la permite. En una posición central, no nos atrevemos a escribir centrista, los robespierristas, ahora en su mayoría en el Comité de salvación pública, al principio intentaron navegar entre estos dos extremos.

Para seguir siendo el amo del juego, Robespierre montó de nuevo el caballo de la conspiración y la lucha contra los traidores. Fabre d'Églantine le brindó la oportunidad; estaba vinculado políticamente a Danton, quien, en el verano de 1793, emprendió una campaña contra los disturbios lanzando los primeros ataques contra las compañías y sociedades anónimas, en particular, la Compañía de las Indias orientales, acusada, al igual que los extranjeros, de especular al servicio de Inglaterra. El 12 de octubre, mientras la Convención votaba por petición la liquidación de la Compañía, denunció al Comité de salvación pública y al Comité de seguridad general una gran «conspiración extranjera» destinada a provocar el descontento popular para derrocar el gobierno revolucionario.

Fabre d'Églantine, a quien Robespierre dirá que tenía «talento y un punto de alma», presuntuoso, intrigante y venal, constantemente sin dinero, hacía mucho tiempo que había superado los lí-

mites de la honradez, dedicándose a asuntos corruptos y a la prevaricación a expensas del Estado (especialmente en el Comité de guerra). Estaba vinculado, entre otras cosas, al abate d'Espagnac, un sinvergüenza de las finanzas y los suministros para los ejércitos, a los que una comisión acusó de haber desviado la bagatela de 25 millones de libras. También estaba en contacto con varios «delegados de negocios» que también están metidos en varias transacciones fraudulentas, como Julien de Toulouse, Delaunay de Angers y Chabot. Por lo tanto, su campaña contra la Compañía de las Indias parecía una cortina de humo, así como su denuncia de una hipotética «conspiración extranjera». Sin embargo, declaró en *Les Révolutions de Paris* en octubre de 1793: «Si bien todos los medios de los patriotas se sienten atraídos por los combates en nuestras fronteras y nuestras costas y las rebeliones del interior, se está haciendo otra guerra a la República, una guerra sorda, tortuosa, invisible; esta guerra es el agiotaje».

¿Significa esto que no había extranjeros en París conspirando, espiando, agentes de influencia alimentando «el oro de Pitt»? Sí, por supuesto. Toda una revolución de las sombras, de la información, del espionaje, de la prevaricación (se compraba y vendía mucha información) se desplegó silenciosamente en la capital. Grandes sumas cambiaron de manos. Las fugas regulares emanaban de todos los organismos e incluso del Comité de salvación pública, así como del Comité de seguridad general.

Desde finales de 1793, el Comité de salvación pública, que se convirtió en el verdadero gobierno, incluyó en particular una quinta división dedicada a las relaciones exteriores. Sin embargo, esta, al igual que los organismos que la habían precedido (en particular, el Comité diplomático fundado en julio de 1790 y presidido por Mirabeau), no podía funcionar sin fondos secretos. Obviamente, faltaban las fuentes y era arriesgado adelantar nombres. Un Barère, un Tallien, un Hérault de Séchelles, incluso un Collot d'Herbois estaban lejos de estar por encima de toda sos-

pecha: Barère, sobre todo, que Fauchet llamaba «Jano con tres caras».

Las redes de espías funcionaban de maravilla, como la del conde de Antraigues, un emigrado, que tenía agentes en toda Europa y que informaba al conde de Provenza, Inglaterra y España, o la del barón de Batz, que vivía en semiclandestinidad a pesar de haber logrado obtener un certificado de no emigración. Había sido varias veces el agente secreto de Clavière en Asuntos Exteriores. En el otoño de 1793, frecuentó asiduamente a Chabot, así como a Basire, Julien de Toulouse y Delaunay d'Angers, no solo empresarios, sino también miembros del Comité de seguridad general. Batz les informaba, pero ellos le informaban a cambio. Sabía cómo desaparecer cuando era necesario, como hizo muy bien después de la ejecución de Luis XVI.

Los aventureros estaban como peces en el agua, como el conde de Montgaillard (que no era conde), agente secreto desde 1789 y agente doble después del 10 de agosto de 1792, que informaba tanto a los realistas como a Robespierre, circulando sin problema entre París y Londres, incluso durante el apogeo del Terror.

También se destacaba, o más bien no se destacaba, Jean-Baptiste Dossonville, de cuarenta y un años, un vendedor de limonada en París antes de convertirse en un informante de la policía bajo la Revolución, especialmente relacionado con la búsqueda de falsificadores de asignados. Tenía un gran talento, ya que se convirtió en espía de Luis XVI en Inglaterra, antes de serlo del Comité de seguridad general. Encarcelado en el otoño de 1793, fue liberado al cabo de tres meses por orden de Barère para reanudar su actividad de inmediato y esta vez con mayores medios que le permitieron establecer una red de información en las cárceles. ¿A qué causa estaba realmente sirviendo? Más seguramente la de Inglaterra que la del gobierno revolucionario. Los agentes de Londres no dejaron de alimentar el fuego del Terror pues Pitt

se dio cuenta de que la contrarrevolución más efectiva consistía en embalar la máquina hasta que se rompiera.

En este contexto, Robespierre no corre mucho riesgo de equivocarse cuando acusaba en sus discursos en la Convención a «las facciones extranjeras». A Fabre d'Églantine le salió el tiro por la culata: fue denunciado al Comité de seguridad general el 14 de noviembre de 1793 por Chabot, miembro de dicho Comité y con razón sospechoso de venalidad por parte del Incorruptible. Este mismo Chabot, en julio de 1793, decretó el arresto de Condorcet, que se escondió y escribió su obra principal: *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (finalmente arrestado, se envenenará en su celda el 29 de marzo de 1794). Chabot, él mismo un especulador, estaba seriamente comprometido con dos presuntos espías austriacos vinculados al barón de Batz. También involucrado en el asunto de la Compañía de las Indias, esperaba que su denuncia de Fabre d'Églantine lo habría redimido, pero fue arrestado el 17 de noviembre con Basire y Delaunay (Julien de Toulouse, para el que también había un mandato de arresto, tuvo tiempo de desaparecer). Fabre d'Églantine, como amigo de Danton, siguió en libertad, pero los indulgentes se encontraban en una mala posición. ¿No han denunciado constantemente Chabot y Basire, y por una buena razón, el sistema del Terror y la tiranía de los Comités?

Cuando Danton regresa a París el 19 de noviembre después de una ausencia demasiado larga durante la cual ha terminado de darle la espalda al Terror, la oposición moderada naturalmente cristaliza a su alrededor, pero no tiene todas las cartas en la mano. Mientras estaba lejos de la capital, sus amigos propusieron una amnistía general para la multitud de sospechosos, lo que los clasificó *ipso facto* como contrarrevolucionarios a los ojos de Robespierre. Además, Danton desconocía por completo la peligrosa maniobra de su amigo Fabre d'Églantine en esa fecha. El 22 de noviembre, cuando regresó a la Convención, protestó por la

persecución religiosa y exigió «salvar la sangre de los hombres». Después de tantas batallas, el gigante parecía desgastado, casi asqueado. A Camille Desmoulins, su fiel amigo, le dijo: «Estoy harto de los hombres».

Fue más lejos ocho días después, en una respuesta a Cambon, quien propuso complacer a los *sans-culottes* con el intercambio forzoso de efectivo por asignados. Danton saltó: «Recordemos que, si derribamos con el pico, con el compás de la razón y el genio podemos elevar y consolidar el edificio de la sociedad».

En el duelo que ahora le opondrá a Robespierre, perdió de antemano: «Todo poder, en una palabra, perece por la indulgencia», escribió Voltaire en *Alzire*. ¿Qué esperaba Danton? ¿Llevar a su rival a la razón? ¿Salir por lo alto mientras las acusaciones de corrupción seguían sacudiendo su corpachón? Al final todo enfrentó a los dos hombres. Danton, del que Roederer, su contemporáneo, dijo que era «capaz de una atrocidad, pero no es atroz», no quería, o no quería ya, en cualquier caso, una Revolución a cualquier precio. Robespierre había optado durante mucho tiempo por la precipitada carrera hacia el radicalismo.

Después de su controvertida intervención, Danton decidió retroceder ante los jacobinos el 3 de diciembre declarando que no tenía intención de «romper el nervio revolucionario». No cabe duda, pero dos días después, su mejor lugarteniente, Camille Desmoulins, lanzó a instancias de él un nuevo periódico que saldrá dos veces cada diez días: *Le Vieux Cordelier*. En primer lugar, atacó a los hebertistas a los que puso el apodo de los «exagerados con bigote». La publicación fue inmediatamente un gran éxito y Robespierre al principio la dejó en paz, especialmente cuando Desmoulins, su compañero de estudios y amigo de la universidad Louis-le-Grand, la moderaba. Pero en el número cuatro, se cruzó el Rubicón: «Pienso de manera muy diferente a los que os dicen que debemos dejar el Terror a la orden del día. Por el contrario, estoy seguro de que la libertad se consolidaría y Europa

sería derrotada si pusierais en marcha un Comité de clemencia. Es este Comité el que pondría fin a la Revolución. Queréis exterminar a todos vuestros enemigos con la guillotina. Pero ¿ha habido jamás una locura mayor?».

Robespierre contraatacó presentando el 25 de diciembre a la Convención un gran informe sobre los principios del gobierno revolucionario. «El objetivo del gobierno constitucional es conservar la República: el del gobierno revolucionario es fundarla». El 8 de enero denunció a las dos facciones, «ultrarrevolucionaria» e «indulgente», que amenazaban a dicho gobierno revolucionario y que se veían «como bandidos en un bosque».

Este informe se completó el 18 del año pluvioso del año II (5 de febrero de 1794) con el de «Sobre los principios de moralidad política que deben guiar la Convención Nacional en la administración interna de la República». Se trata de moral y virtud. «¿Cuál es el principio fundamental del gobierno democrático o popular, es decir, el resorte esencial que lo respalda y lo mueve? Es la virtud: hablo de la virtud pública, que hizo tantos prodigios en Grecia y Roma, y que debe producir otros mucho más asombrosos en la Francia republicana; de esta virtud que no es más que el amor a la patria y sus leyes».

Esta virtud, continúa Robespierre, es «natural para el pueblo», que encarna el Bien al que se opone el Mal de los tiranos y los amigos de la tiranía. «Queremos sustituir en nuestro país el egoísmo por la moral, el honor por la probidad, las costumbres por los principios, el decoro por los deberes, el imperio de la razón por la tiranía de la moda, el desprecio de la infelicidad por el desprecio del vicio, el amor al dinero por el orgullo, la buena compañía por las buenas personas, la intriga por el mérito, el ingenio por el genio, el resplandor por la verdad, los problemas de la voluptuosidad por el encanto del placer, la pequeñez de los grandes por la grandeza del hombre, un pueblo amable, frívolo y miserable por un pueblo magnánimo, poderoso, feliz, es decir, todos

los vicios y todo lo ridículo de la monarquía por todas las virtudes y todos los milagros de la República».

¿Por medio de qué política podría producirse esta utopía, bien impregnada en Rousseau? «Se lidera al pueblo por la razón y a los enemigos del pueblo por el terror. Si el resorte del gobierno popular en la paz es la virtud, el resorte del gobierno popular en la revolución es tanto la virtud como el terror: la virtud, sin la cual el terror es funesto; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es más que una justicia pronta, severa e inflexible; es, por lo tanto, una emanación de la virtud». En una palabra, la grandeza del fin justifica la bajeza de los medios.

Fiel seguidor de Robespierre, Saint-Just se convirtió en el teórico de una república absolutista donde el Bien solo podría triunfar sobre el Mal al final de una lucha a muerte: «No se hace una república con moderación, sino con rigor feroz, con rigor inflexible hacia todos los que la han traicionado. Así que manteneos inflexibles: es la indulgencia la que es feroz ya que amenaza a la patria [...]. Lo que produce el bien general siempre es terrible [...]. La pureza de nuestros principios no admite ningún pacto con el error [...]. Un gobierno republicano tiene la virtud por principio, si no el terror».

El que pronto será apodado «el arcángel del Terror» y a quien el primer historiador de la Revolución, François-Auguste Mignet, califica en 1824 de «monstruo peinado», publicó en 1793 sus *Fragments sur les institutions républicaines* donde desarrolló la visión de una república totalitaria en la que el culto a Esparta compite con la fascinación por Rousseau: «Los niños pertenecen a su madre hasta los cinco años, si los alimenta, y a continuación a la República hasta la muerte». Muchos historiadores han querido ver en este libro solo una alegoría. Sin embargo, el 16 de febrero de 1794, en su *Rapport sur les personnes incarcérées*, especifica: «Lo que constituye una república es la destrucción total de lo que se le opone»

Por lo tanto, según una conclusión lógica de «salvación pública» en la que la política prevalece sobre los principios, el Terror no es el resultado desafortunado del miedo o el fanatismo. Tampoco es un accidente en la historia, externo a la Revolución, sino «el producto lógico de la dinámica revolucionaria. Se debe a la naturaleza misma de la Revolución, de cualquier revolución. [...] Es consustancial a la Revolución», sostiene Patrice Gueniffey.

«No se convence impunemente a los hombres de que el milenio se ha realizado, escribe Taine, porque quieren gozar de él enseguida y no toleran ser burlados en su esperar. En este estado violento de esperanzas ilimitadas, todas sus voluntades les parecen legítimas y todas sus opiniones ciertas. [...] Todos se ponen arrebatados, absolutos intratables. Habiendo admitido que han desaparecido todos los obstáculos, se indignan contra cada obstáculo que encuentran; cualquiera que sea lo rompen al instante, y su imaginación excitada encubre con el hermoso nombre de patriotismo sus apetitos naturales de despotismo y de usurpación[112]».

Mientras tanto, Robespierre derribó las primeras fichas de dominó. Fabre d'Églantine fue arrestado la noche del 12 al 13 de enero de 1794. Danton intentó torpemente intervenir en la Convención a favor de su amigo, provocando este anatema de Billaud-Varenne: «¡Ay del que estaba sentado al lado de Fabre d'Églantine y que sigue siendo su víctima de engaño!» A finales de enero, Danton y Robespierre se reunieron varias veces en privado, pero no hubo acuerdo entre ellos. Agotado por todas estas luchas, quizás estremecido, Robespierre permaneció enclaustrado en su modesta habitación de la rue Saint-Honoré del 11 de febrero al 12 de marzo. Danton habría podido aprovechar la oportunidad para tratar de derrocar al gobierno, como Barras le aconsejó, decepcionado (y preocupado) por haber sido llamado a

París por el Comité de salvación pública. Pero no, Danton estaba decididamente cansado de los hombres.

Entretanto, los exagerados habían pasado a la ofensiva. La ley del Máximo fue un fracaso y la situación económica seguía empeorando. La crisis reavivó el descontento de los *sans-culottes* en las secciones. A esto se sumó una violenta campaña del Club de los *cordeliers* exigiendo la liberación de los hebertistas Ronsin y Vincent, arrestados el 17 de diciembre. Fueron liberados el 2 de febrero, pero los disturbios continuaron. Hébert, en los Cordeliers, denunció no solo a los indulgentes, sino también a los «adormecedores» (los robespierristas). «No voy a tratar mejor al mercader de zanahorias que al gran comerciante, dice *Le Père Duchesne*, porque, joder, veo una liga formada por todos los que venden contra los que compran». A finales de febrero unos carteles llamaban al pueblo a la insurrección. Después de un informe de Saint-Just en el que decía que «los desafortunados son el poder de la tierra» y que «tienen el derecho de hablar como amos de los gobiernos que los descuidan», la Convención votó los decretos de Ventôse (26 de febrero y 2 de marzo de 1794) que estipulaban que los bienes bajo secuestro de unos 300.000 emigrados y sospechosos se distribuirán gratuitamente a los indigentes. Esta hábil maniobra cortó el césped bajo los pies de los exagerados.

Hébert contaba con el apoyo de la Comuna, así como con el de Billaud-Varenne y Collot d'Herbois en el Comité de salvación pública, pero ya nadie lo seguía. El Comité tomó la iniciativa y obtuvo el arresto de los hebertistas durante la noche del 13 al 14 de marzo de 1794. Su juicio no se prolongó ni su ejecución. Son 19, entre ellos Hébert, Ronsin, Momoro, Vincent… También está Anacharsis Cloots, a quien Robespierre consideraba un agente extranjero, así como un banquero acusado de malversación de fondos y algunos sospechosos de contrarrevolución. No tienen nada que ver con los hebertistas, pero daban lu-

gar a una amalgama, aptos para depreciar la causa de los principales acusados.

En el Tribunal revolucionario, Fouquier-Tinville se superó a sí mismo: «Almas viles, esclavos feroces, [...] os llamáis amigos del pueblo y nunca habéis sido más que unos ambiciosos usurpadores de su confianza». Los 19 acusados fueron guillotinados el 24 de marzo. Al pie del cadalso, Hébert era el menos firme, pero es cierto que fue el último en pasar. Los humoristas (porque aún quedaban algunos) encontraron un buen modo de parodiar a *Le Père Duchesne*, como en este folleto: «La gran cólera del padre Duchesne, viendo caer su cabeza por la ventana nacional».

Así es como el gobierno revolucionario se deshizo de su extrema izquierda. Llevado al Tribunal revolucionario el 14 de enero, Jacques Roux se suicidó en su celda. Chaumette, que intentó dar marcha atrás alabando a Robespierre, fue arrestado el 18 de marzo. Claire Lacombe, una amiga de los hebertistas, fue encarcelada el 31 de marzo, pero el Comité de salvación pública ya había cerrado las instalaciones de la Sociedad de ciudadanas republicanas revolucionarias en octubre de 1793. Antes de volverse contra los indulgentes, Robespierre quiso tratar con lo más urgente, pero en su eterna lucha contra las «facciones», acababa de debilitar seriamente el movimiento *sans-culotte*, su principal medio de presión sobre la Convención.

La cuchilla de la guillotina no cortó las cabezas de los hebertistas antes de que los días de los dantonistas estuvieron contados. El informe de acusación del Comité fue confiado a Saint-Just, mientras que Robespierre aún parecía dudar. Los amigos de Danton le rogaron que huyera, pero él se negó orgullosamente. Se le atribuye la famosa respuesta, dicha en esta ocasión: «Uno no se lleva la patria en la suela de los zapatos». Estaba sobre todo convencido de que «no se iban a atrever». ¿No era el pilar que apoyaba la Revolución? ¿El emblema del gran impulso patriótico de 1792? Y, sin embargo, se atrevieron. Los Comités se reu-

nieron la tarde del 30 de marzo. Solo Lindet se negó a firmar su decreto de arresto y respondió a Saint-Just: «Estoy aquí para socorrer a los ciudadanos y no para matar a los patriotas». Incluso avisó a Danton de su inminente arresto. Se negó de nuevo a huir y se sentó a pasar la noche en el vestíbulo de su apartamento, esperando que fueran a buscarlo. Delacroix, el amigo fiel, a quien el informe de Saint-Just calificaba de «alma impura, sospechosa, hipócrita y pérfida», también fue arrestado, así como Camille Desmoulins, que escribió: «Puse a Saint-Just en un número alegre y él me ha puesto en un informe guillotinador».

En la Convención reinaba el estupor. Saint-Just clama que «la revolución está en el pueblo y no en la fama de unos pocos personajes», pero la mayoría era reacia a derribar a esa personalidad, con un republicanismo incontestable, y reclamaba que al menos escucharan a Danton. Entonces intervino Robespierre y amenazó: «Hoy veremos si la Convención sabrá romper un presunto ídolo podrido desde hace mucho tiempo [...]. Yo digo que cualquiera que esté temblando en este momento es culpable». Nuevamente, prevalece el miedo. Danton, Camille Desmoulins, Hérault de Séchelles, Philippeaux, Delacroix, a los que se añade Fabre d'Églantine, son acusados y juzgados ante el Tribunal revolucionario por «conspiración para restaurar la monarquía, destruir la representación nacional y el gobierno republicano».

Eran 16 cuando se abrió, el 2 de abril, el «proceso» previo al juicio. Nuevamente practicaron el método de la amalgama, añadiendo a los indulgentes algunos negociantes como el abate d'Espagnac, Chabot, Basire, Delaunay d'Angers o el general Westermann, llamado de Vendée. Durante la primera comparecencia, el presidente Herman perdió voluntariamente el tiempo para interrogar a los acusados sobre su identidad, mientras que las audiencias del Tribunal revolucionario se limitaron a tres días. A la pregunta sobre su domicilio, Danton respondió magníficamente: «Pronto en la nada y mi nombre en el Panteón» y, a

la pregunta sobre su edad, Desmoulins respondió: «Tengo la edad del *sans-culotte* Jesús; es decir, treinta y tres años, una edad fatal para los revolucionarios» (en realidad, tenía treinta y cuatro).

Danton se defendió como un buen diablo. Hacía calor y las ventanas estaban abiertas. Se podía escuchar su fuerte voz hasta la otra orilla del Sena. Había una multitud desbordando las calles de los alrededores. El público del Tribunal, generalmente a favor de la causa del acusador público, dudaba por primera vez sobre la actitud que debía adoptar. Danton no dejó de reclamar la comparecencia de los diputados de la Convención citados en su contra. De acusado, se convirtió en acusador. Se escucharon aplausos. Fouquier-Tinville y Herman se pusieron nerviosos y pidieron instrucciones a la Convención: «Se está gestando una terrible tormenta desde que comenzó la sesión…». La respuesta llegó inmediatamente con un decreto que dejaba a los acusados fuera del debate, condenándolos a guardar silencio. Vadier, que se había unido al Comité de seguridad general en septiembre de 1793 convirtiéndose en su miembro más influyente, fue el autor. Llamaba a Danton «el rodaballo relleno».

El juego estaba hecho. Danton y Delacroix gritaron: «¡Sin deliberación! ¡Que nos lleven al cadalso!». Todos los acusados fueron, lógicamente, condenados a muerte. El 5 de abril, Frénilly vio pasar el cortejo fúnebre por la rue Saint-Honoré: «Tres carros pintados de rojo, enjaezados con dos caballos, escoltados por cinco o seis gendarmes, atravesaron una multitud enorme y silenciosa que no mostró alegría ni se atrevió a mostrar horror. Cada coche contenía cinco o seis condenados. Solo recuerdo claramente el primero, porque dos figuras me impresionaron con sorpresa y horror. Uno era la de Danton, el Pompeyo de Robespierre, la gran víctima del día. Su enorme cabeza redonda miraba orgullosamente a la estúpida multitud, la insolencia estaba en su frente, y en sus labios una sonrisa llena de rabia e indignación».

Antoine-Vincent Arnault, dramaturgo cuya ópera era interpretada entonces con música de Méhul, relató sus últimos momentos: «Danton apareció el último en este teatro inundado de sangre de todos sus amigos. Estaba anocheciendo. Al pie de la horrible estatua, cuya masa se destacaba en una silueta colosal contra el cielo, vi de pie como una sombra de Dante, a este tribuno, que, medio iluminado por el sol moribundo, parecía tanto salir de la tumba como estar a punto de entrar. No había nada tan audaz como la compostura de este atleta de la Revolución; nada tan formidable como la actitud de este perfil desafiando el hacha, como la expresión de esa cabeza que, lista para caer, todavía parecía dictar leyes».

Robespierre había ganado, pero ¿no acababa de guillotinar la Revolución misma? Había triunfado, pero por defecto. Él reinaba, pero en el vacío. «El gobierno revolucionario estaba realmente en un callejón sin salida: no podía terminar la Revolución sin el Terror, pero la búsqueda del Terror le impidió terminar la Revolución», escribe Patrice Gueniffey con su pertinencia habitual.

Las prisiones de París se desbordaron. Además de los depósitos de las 48 secciones, había alrededor de cincuenta entre cuarteles, establecimientos religiosos, colegios, hospitales, «casas de reposo». Estas últimas, 12 en total y en principio destinadas a personas afectadas de alienación mental (según el término de la época), tenían un estatus ambiguo, pues recibían prisioneros ricos a los que se extorsionaba cómodamente en beneficio del Comité de seguridad general, pero que no siempre salvaban la cabeza. La más famosa era la «casa Belhomme», en la rue de Charonne. Su director, Jacques Belhomme, se aprovechó tan bien que fue arrestado en abril de 1794 y condenado a seis años «en cadenas» (es decir, trabajos forzados, una bola en el tobillo).

Dumouriez, en sus *Memorias*, lo comparó con la Bastilla, de la que él mismo había sido prisionero de Estado durante el reinado de Luis XV. Tenía entonces diecinueve años. «Pero esta terrible

Bastilla, al menos en esa época, no engulló a tantos desgraciados como se creía. Desde que los jacobinos metieron las narices, a pesar de las continuas ejecuciones, las mazmorras de París siempre contenían entre tres, cuatro y cinco mil desafortunados cuyas vidas pendían de un hilo». Más bien habría que hablar de 8.000.

Para «purgarlos» (este es el término utilizado), el Comité de seguridad general se inventó conspiraciones en las cárceles, lo que hizo posible elaborar listas arbitrarias fatales, bajo la acusación colectiva de conspiración y rebelión. El primer juicio montado de esta forma tuvo lugar solo cinco días después de la ejecución de Danton bajo el nombre de «Conspiración de Luxemburgo» (del nombre de la prisión en el Palacio de Luxemburgo). 19 personas fueron guillotinadas el 13 de abril. Entre ellos, Chaumette, Gobel, la viuda de Hébert y la de Camille Desmoulins, Lucile, de veintitrés años, acusada de haber conspirado con el extranjero para que su marido escapara. Robespierre, Brissot, Pétion habían asistido a su boda.

«La muerte se convirtió en el único medio de gobierno», escribe Mignet. El 22 de abril, fue el turno de Malesherbes, Thouret y Le Chapelier. La cabeza de este último, que se había dado a conocer el 14 de junio de 1791 cuando hizo votar la ley que prohibía las «coaliciones» (las huelgas), cayó bajo el golpe de una nueva acusación y que iba a florecer: el moderantismo. En cuanto a Malesherbes, de setenta y tres años, completamente retirado de la vida política desde el proceso del rey, se vio muy indirectamente involucrado en un pseudo «asunto de parlamentarios» que había enviado el día anterior al cadalso a su yerno Louis Le Peletier de Rosanbo, el expresidente del Parlamento de París. Fue guillotinado solo después de que fueran guillotinados su hija, su nieta y el marido de aquella (y hermano mayor de Chateaubriand, entonces emigrado).

También ejecutaron a generales: Marcé, que pagó su derrota en Pont-Charreau, y Quétineau, a quien los vandeanos le habían propuesto unirse a ellos, alegando que los republicanos no lo perdonarían por sus derrotas. El mariscal de Mailly, de ochenta y siete años, que había (mal) dirigido la defensa de las Tullerías, fue guillotinado en Arras el 25 de marzo de 1794.

Los 27 exgranjeros generales fueron guillotinados uno tras otro, el 8 de mayo. Entre ellos estaba Lavoisier, creador de la química moderna. Pidió quince días de pausa para completar un importante experimento en curso, pero el presidente del Tribunal revolucionario Coffinhal, que había participado en el ataque de las Tullerías, le dio esta respuesta antológica: «La República no necesita ni científicos ni químicos: el curso de la justicia no puede suspenderse».

Dos días después los carros de los granjeros generales, un nuevo convoy de 25 condenados a muerte, se dirigía a la plaza de la Revolución. Entre estos, se podía distinguir a la hermana de Malesherbes, de setenta y seis años, y a Madame Élisabeth. Cuando el secretario judicial le preguntó su nombre y ella respondió: «Élisabeth de Francia, tía de vuestro rey» (el delfín, todavía prisionero en la torre del Templo), él escribió: «Élisabeth Capeto, hermana de último tirano de Francia». Fouquier-Tinville le negó un sacerdote a esta mujer admirada por su piedad, que tuvo que presenciar la ejecución de los otros 24 hombres condenados antes de subir al cadalso.

Pero también cayó la cabeza de un culpable, como fue el caso el 27 de mayo para el demasiado famoso Jourdan Coupe-Tête[113]. Había ido demasiado lejos arrestando a un representante en misión. Se presentó ante el Tribunal revolucionario con una gran imagen de Marat colgando de su pecho, pero eso no fue suficiente.

«La muy pequeña minoría gobierna con un cetro de acero afilado», resumió Mallet du Pan en marzo de 1794. El 1 de abril se creó una oficina de policía en el Comité de salvación pública, sin pasar por el Comité de seguridad general. Fouquier-Tinville llegó temprano por la mañana al Tribunal revolucionario, donde empezaron por acordar con el verdugo la cantidad de carros para el día. Al final de las «audiencias», se fue tarde por la noche solo para informar directamente al Comité de salvación pública.

En un *État de la France au mois de mai 1794* que publicó en Londres, Montgaillard quemó sus naves y ahora servía abiertamente a Pitt: «Salí de Francia después de haber estudiado la Revolución en el seno mismo de sus horrores». Los diputados «tiemblan bajo la tiranía del Comité de salvación pública». La Convención ya no deliberaba y había perdido todo el carácter de representación nacional. Los poderes se concentraban en el Comité, que obedecía a Robespierre. Barère y Saint-Just son más bien sus secretarios. Ante todo, en la Convención reinaba el miedo a ser arrestado. Y Montgaillard predijo: «Como ya no hace falta disimular, el hombre que podrá devolver la seguridad y la propiedad individual a la nación francesa se ha asegurado hoy reinar sobre ella. La laxitud general sanciona a todos los gobiernos desde el inicio».

Mallet du Pan se enfureció igualmente con el Comité de salvación pública que «había logrado organizar la desorganización y combinar las fuerzas del despotismo con las de la anarquía». Robespierre, que siempre había estado ansioso por obtener el favor de la opinión pública, ya solo inspira miedo. Son numerosos los diputados que ya no se atreven a aparecer en la Convención y los que se aventuran allí hacen todo lo posible para no hacerse notar, hasta el punto, para algunos, de sentarse anónimamente en los bancos de las tribunas.

Sin embargo, se escuchan algunas quejas. En su informe a la Convención del 20 de abril sobre la «teoría del gobierno democrático», Billaud-Varenne advierte: «Todo pueblo celoso de su li-

bertad debe tener cuidado con las virtudes de los hombres que ocupan puestos eminentes».

En el Comité, los altercados no son infrecuentes, como el 26 de abril entre Carnot y Saint-Just. El segundo, que amenazó al primero con la guillotina, fue llamado «dictador ridículo». En estos dos casos, «Maximiliano I» fue atacado indirectamente.

El 7 de mayo, Robespierre, que más que nunca tiene la intención de dar una base moral al Terror, pronuncia un discurso fluido en la Convención sobre «La relación de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos». Desarrolló los argumentos que ya sostuvo ante los jacobinos el 21 de noviembre de 1793 al condenar las manifestaciones antirreligiosas. Es necesario, dice, bajo pena de degradarse, que la sociedad tenga una moral. No puede haber ética si no se admite la inmortalidad del alma y la existencia de un Ser Supremo, el Dios de la nación y no el del cristianismo y los sacerdotes (que «son a la moral lo que los charlatanes a la medicina»). «No hay nada de supersticioso en el empleo de la palabra Providencia; la debilidad humana descansa en estos principios eternos antes de comenzar su *aventura de virtud*».

El decreto que propuso y que se votó inmediatamente proclamaba en su primer artículo, en nombre del pueblo francés, «la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma». Se instituye un sistema de fiestas, una para cada una de las 36 décadas, la primera es la «fiesta del Ser Supremo y la Naturaleza» y las siguientes cuatro celebraciones conmemorativas por el 14 de julio de 1789, el 10 de agosto de 1792, el 21 de enero de 1793 y el 31 de mayo de 1793 (caída de los girondinos). Las otras están dedicadas a los grandes principios revolucionarios (Libertad, Igualdad, República, Odio a los tiranos), o a las virtudes morales (Amistad, Frugalidad, Fe conyugal, Piedad filial). «Un sistema de fiestas nacionales, por supuesto, sería a la vez el lazo más dulce

de hermandad y el más poderoso medio de regeneración», afirmaba el Torquemada de la Virtud.

La primera fiesta del Ser Supremo, establecida treinta días más tarde para el 20 pradial (8 de junio, el día anterior a Pentecostés), tenía que ser memorable. La programación fue encomendada a David, el pintor, pero también el convencional, regicida, seguidor del Terror y paniaguado de Robespierre, que acababa de hacerlo entrar en el Comité de seguridad general. Era el gran organizador de las conmemoraciones republicanas, centrándose sobre todo en pintar a los muertos que exaltaban la causa de la Revolución: Marat, Le Peletier de Saint-Fargeau o Bara, un joven tamborilero asesinado por los vandeanos cuyo sacrificio había sido santificado por Robespierre en persona.

Elegido presidente de la Convención cuatro días antes de la ceremonia, este último creía lógicamente que le correspondía a él liderar el cortejo. Este se formó en el «jardín nacional» de las Tullerías con un gran apoyo del pueblo, el mejor organizado y disciplinado que existe. A la cabeza está la Convención precedida por el que parece ser el gran pontífice de esta nueva liturgia nacional. Completamente calado en su papel, no se dio cuenta de que los diputados estaban ampliando diligentemente la brecha que los separaba de su persona, como para disociarse de ella. Solo, pronunció interminables discursos. Solo, ofició, como al comienzo de las Tullerías, cuando inflamó solemnemente los negros oropeles del Ateísmo cuya alegoría estaba apoyada por la Ambición, el Egoísmo, la Discordia y la falsa Sencillez (¡!). Bajo el velo negro que había ardido mal aparecía la estatua de la Sabiduría señalando con la mano el cielo, morada del Ser Supremo. Al sonido de tambores y trompetas, la extraña procesión llegó al Campo de Marte (bautizado para la ocasión «Campo de la Reunión») donde habían levantado un enorme montículo, por el que los diputados subieron mientras sonaban los metales y los cañones retumbaban. Al mismo tiempo, una ceremonia idéntica se

desarrollaba en la capital de cada departamento y en cada ciudad importante. Y allí, en lo más alto, de nuevo solo, Robespierre, que parecía estar contemplando a su pueblo, pronunció otro discurso. Los coros entonaron un *Himno al Ser Supremo* compuesto por Marie-Joseph Chénier (el más joven) y Gossec. Este admirador de la Antigüedad tendría que haber recordado que el Capitolio está junto a la Roca Tarpeya.

Por una vez, todo el mundo estaba de acuerdo: Robespierre era grotesco, como lo había sido por otra parte la ceremonia. Incluso se burlaron de su disfraz «azul celeste» con sus ridículas plumas, que era el de todos los convencionales presentes. Los sarcasmos incluso resonaron a su paso. Gritaron sin decir palabra al culto a la personalidad. En la Convención la hostilidad estaba a punto de estallar. Algunos hablaban abiertamente de dictadura; otros… ¡de realeza!

Dos días después, el Incorruptible apostrofó a sus colegas del Comité de salvación pública: «¡Ya veo que estoy solo y que nadie me apoya!» Para acceder a la Virtud sublimada por el Ser Supremo, todavía se necesita el Terror, un Terror que debe ser llevado a su paroxismo: «El conflicto revolucionario es similar a los conflictos religiosos cuyo objetivo —una concepción de salvación— es tan absoluto que no es negociable y la lucha solo puede terminar con la destrucción total de uno de los adversarios en conflicto», escribe Patrice Gueniffey.

La «destrucción total del adversario» requiere nuevos medios. Ya en julio de 1793, Robespierre consideraba que había que reformar el funcionamiento del Tribunal revolucionario. «¿Cómo juzgar a los conspiradores si están seguros de la impunidad y si lleva meses juzgarlos?». El primer paso se tomó el 29 de agosto de 1793 con el establecimiento de un máximo de tres días para un proceso. El día después de la ejecución de Danton, Dumas, recientemente nombrado presidente del Tribunal, les dijo a los jacobinos: «Tenemos que descartar estas ideas nuestras de huma-

nidad y sensibilidad». Un atentado organizado contra Robespierre por un cierto Ladmiral y finalmente dirigido contra la persona de Collot d'Herbois el 23 de mayo de 1794 ocurrió justo a tiempo, hasta el punto de parecer sospechosa, tal como lo había planeado Cécile Renault, presentada por la propaganda como una nueva Charlotte Corday.

Couthon, debidamente reprendido por Robespierre, propuso a la Convención, el 22 de pradial del año II (10 de junio de 1794), un decreto que acelerase los procedimientos del Tribunal revolucionario. «Ya no se trata de dar algunos ejemplos [...]. Cualquier lentitud es un crimen, toda formalidad un peligro público. El plazo para castigar a los enemigos de la patria debería ser justo el momento de reconocerlos». Además, añadía, «no se trata tanto de castigarlos como de aniquilarlos». En adelante, el Tribunal revolucionario solo podrá pronunciar la absolución o la muerte. El acusado ya no sería interrogado antes de la audiencia. No habría más testigos que los de cargo. No más abogados... En resumen, no más justicia, ni siquiera revolucionaria, sino el establecimiento absoluto de una Inquisición jacobina.

Los miembros de la Convención estaban aterrados, sobre todo porque el decreto se dirigía a todos los «enemigos del pueblo» sin distinción, lo que podría incluirlos igualmente. Cuando algunos solicitaron el aplazamiento, Robespierre entró en liza: «El proyecto no incluye ninguna disposición que no sea adoptada de antemano por todos los amigos de la libertad». La Convención guardó silencio y votó la ley. Al día siguiente, sin embargo, los diputados añadieron un anexo bajo el cual se reservaban el derecho de arrestar a sus propios miembros. Couthon y Robespierre exigieron inmediatamente su cancelación, amenazando con pedir la cabeza de los «intrigantes» que conspiraban contra la Revolución. Una vez más, la Convención se replegó, pero el divorcio con el Incorruptible era ya patente.

Aunque todos los miembros del Comité de salvación pública estaban de acuerdo con la ley del 22 de pradial, algunos de ellos estaban cada vez más irritados por la tiranía de Robespierre. Un nuevo altercado, el 11 de junio, le enfrentó con Billaud-Varenne y Carnot, y otro más serio, el 29 de junio, al que se unió Collot d'Herbois y durante el cual le llamaron crudamente dictador. Cerró la puerta del Comité y estuvo casi un mes sin ir allí. Ya no se le veía en la Convención ni en ningún otro lugar, salvo en los jacobinos, decididamente el centro neurálgico de la Revolución. Desde lo alto de este «tribunal de la opinión pública», él se imaginaba que se dirigía al «Pueblo». Aún parecía todopoderoso, pero «su autoridad se estaba desvaneciendo y su imagen se le escapaba», comenta Hervé Leuwers. En cualquier caso, seguía el curso del Terror. No, aseguró una vez más a los jacobinos el 1 de julio, la justicia de excepción no debe detenerse. Ha sido necesaria y seguirá siéndolo.

Y, de hecho, el Terror, liberado de todo obstáculo por la ley del 22 de pradial, se abatió como nunca. Este fue el comienzo de lo que luego se llamará el Gran Terror. El Comité de salvación pública, como hemos visto, dio la orden de «buscar a los conspiradores» en las cárceles. Tres nuevos carros cargados con 146 condenados salieron de la prisión de Luxemburgo los días 7, 9 y 10 de julio de 1794. También salieron de Bicêtre, Saint-Lazare, de la prisión de Carmes, con 45 guillotinados de esta última el 22 de julio…

El acta de acusación de Fouquier-Tinville por la «conspiración de Bicêtre» precisaba, lo más seriamente del mundo, que los conspiradores planeaban «forzar las puertas para ir a apuñalar a los representantes del pueblo, miembros del Comité de salvación pública y de seguridad general y de la Convención, arrancarles el corazón, asarlos y comérselos, y matar a los más importantes metiéndolos en un barril provisto de púas».

Desde la fiesta del Ser Supremo, la guillotina había sido transportada a la plaza del Trono Derribado (antigua plaza del Trono y ahora Plaza de la Nación). La afluencia de aficionados era siempre muy considerable, esta multitud revolucionaria «menos feroz que grosera», escribe Arnault, «una ralea que desaparece en los días pacíficos pero que, en circunstancias extraordinarias, con motivo de una fiesta o un suplicio, salía de debajo de las piedras; una ralea que no es ni buena ni mala, pero que, esencialmente curiosa, parecía sancionar con su presencia a menudo, durante el curso de la Revolución, los actos que más horror le inspiraron».

De ahora en adelante, la «cuchilla nacional» funcionaría todo el día y todos los días excepto el *décadi*. Los aficionados decían que los condenados iban «a poner su cabeza en el montante». También se decía que la «guillotina batía moneda» porque la República adquiría los bienes de las víctimas. Fréteau de Saint-Just fue ejecutado el 14 de junio. Fue necesaria una gran determinación parar ir a capturarlo en su castillo de Vaux-le-Pénil, donde vivía totalmente retirado. Se necesitó más para condenar a muerte a Linguet el 27 de junio porque habían encontrado un escrito de 1774 hostil al proyecto de Turgot sobre el libre comercio de los cereales en el que afirmaba que el trigo era un veneno y preconizaba vivir con patatas. El autor de las famosas *Memorias sobre la Bastilla* fue llevado al cadalso «por difamar el pan».

Las últimas cartas de los condenados dan testimonio de la diversidad de las víctimas: nobles, sacerdotes y religiosos, periodistas, pero también comerciantes, criados… La Revolución del Pueblo se volvió contra la gente. Muchos fueron guillotinados por el único motivo de unas «palabras» o «correspondencia» hostiles a la Revolución. El 17 de junio de 1794, Henri Ladmiral y Cécile Renault fueron juzgados como «asesinos de los padres del pueblo» (Robespierre y Collot d'Herbois). El Tribunal revolucionario había querido ver un vasto complot en el que dos con-

denados no serían suficientes. Eran 54 los que iban en los carros, todos vestidos con una camisa roja. Barère, probablemente el inspirador con Vadier de todo el asunto, ironizaba sobre «la procesión de los cardenales».

La ciudad está sumida en el miedo, como testifica Frénilly: «No se veía un solo coche en París en ese momento. Toda la vida se encerró dentro de las familias y se hablaba poco, en voz baja, las puertas bien cerradas. Nadie estaba seguro del día siguiente; las mujeres no salían, los hombres poco [...]. Cada muro mostraba en grandes caracteres: *Libertad, Fraternidad, Igualdad o muerte*. En cada puerta de la casa había un letrero en el que se leían el nombre y la edad de los habitantes».

«Las cabezas caen como moscas», fanfarroneaba Fouquier-Tinville. 45 ejecuciones el 13 de julio, descanso el 14 de julio (el momento de celebrar silenciosamente la toma de la Bastilla); 34 ejecuciones el día 15; 31 el 16; 51 el 17... En este último lote, 16 carmelitas acusadas de haber «organizado conciliábulos contrarrevolucionarios» y de «haber seguido viviendo sumisas a su regla y su superiora». Una tras otra, subieron al cadalso entonando cánticos. Las voces salen una a una, hasta la última, interrumpida por la caída de la cuchilla.

El 26 de julio, una nueva «conspiración» de la prisión de Saint-Lazare se tradujo en 23 ejecuciones adicionales. Ese día, se encontró en el cadalso el conde de Thiard que, con razón, se había preocupado por la efervescencia en Bretaña en la primavera de 1789 y que había sido encarcelado por haber defendido las Tullerías durante el asalto del 10 de agosto de 1792.

En esa fecha, desde el 10 de junio de 1794, se habían pronunciado un 79 % de condenas de muerte, contra el 21 % de las absoluciones o sobreseimientos. Antes de la ley de pradial, en 14 meses, el Tribunal revolucionario había juzgado a 2.277 personas y enviado a 1.216 a la guillotina; posteriormente, en solo 42 días,

1.784 sentencias llevaron a 1.409 ejecuciones, pasando de un promedio diario de menos de 3 a poco más de 33.

Patrice Gueniffey observa que «la idea misma de que el Terror es excesivo es, además, una tontería. El exceso constituye la realidad intrínseca de todo terror; no puede estar debajo o más allá de sí mismo. Es o no es». En el capítulo que dedica al gobierno revolucionario, Taine compara al pueblo soberano con un cocodrilo escondido detrás de un velo de oro en el fondo de un templo: «En su calidad de bestia malvada y devoradora de hombres se convirtió en dios».

Ni mucho menos este Gran Terror mejoró la situación económica. La inflación se agravó aún más: 1.630 millones de asignados circularon en junio de 1791, 3.217 millones en agosto de 1793, 6.400 millones en julio de 1794. La ley del Máximo hizo desaparecer las mercancías que ya no se vendían más que en el mercado negro «No se vendía, solo se compraba a escondidas, dice Frénilly; cualquier compra era una conspiración, y de repente se produjo, y eso solo en la ciudad de París, una escasez absoluta, no solo de pan, no solo de combustible, sino de todas las cosas de la vida [...]. Es necesario haber visto esta época cuando era una indiscreción, una inconveniencia inaudita, ir a cenar a casa de un amigo sin aportar su pan; cuando se reunían en secreto para comer pan blanco que algunos pasteleros sospechosos se aventuraban a hacer; cuando los panaderos cocinaban por orden, y nada más que harina de guisantes, algarrobas [legumbres] y castañas que el gobierno les hacía distribuir; cuando en la puerta de cada panadero, y al amanecer, si no de noche, largas colas hambrientas perderían un tercio del día para recibir un pedazo de pan negro y pegajoso».

Este pan execrable se llamaba «pan de la igualdad». Además, se necesitaba una cartilla de racionamiento para obtenerlo. Otra innovación con un futuro brillante era cultivar legumbres en los jardines públicos.

Todas las medidas regulatorias conducían a callejones sin salida y agravaron la hambruna de las clases desfavorecidas, ese «Pueblo» al que los jacobinos siguen invocando. La estatización y la burocratización favorecieron la anarquía más que combatirla. El personal asignado a la subsistencia era demasiado a la vez que incompetente. «Estaba garantizada la impunidad para la incapacidad, la negligencia e incluso la connivencia, a condición de que estuvieran adornadas de civismo», escribe el historiador economista Florin Aftalion. En todas partes se pide la abolición de «la ley mortal del Máximo», que, además, no se aplicaba o se había suspendido o se eludía en muchos departamentos. Sin embargo, el gobierno revolucionario no tenía intención de dar marcha atrás. La cosecha del verano de 1794 fue requisada de antemano. El 23 de julio se publicó un nuevo salario máximo que provocó el descontento e incluso huelgas a pesar de la amenaza del Tribunal revolucionario.

Los impuestos no se cobraban siempre o se cobraban muy mal. Los bienes confiscados no se vendían. Fueron rápidamente devastados por la población y, por lo tanto, se depreciaron. Al igual que con los bienes nacionales, una frecuente colusión entre compradores y autoridades locales acabó por reducir el precio. Y, además, en este momento de Terror, había muchos posibles compradores que preferían no manifestarse por miedo a ser considerados ricos, es decir, enemigos del pueblo. Por último, los compradores podían pagar con asignados y dentro de determinados plazos (hasta diez años), así que las ventas eran una contribución irrisoria para la República.

También se dedicó a sistematizar la política de saqueo iniciada en las regiones conquistadas. Desde el Comité de salvación pública, Carnot, que ya no podía abastecer los almacenes de víveres de los ejércitos, dio a los representantes en misión y a los generales unas instrucciones que no podían ser más explícitas: «Haced expediciones útiles, llevad suministros, armas, efectos específicos

para el consumo de nuestros ejércitos: arrebatad a los enemigos todos sus recursos, todos los medios de existencia: es una gran desgracia tener que devastar; pero aun así es mejor llevar la destrucción a otra parte que sufrirla en nuestro territorio».

Fue más debido a esta guerra que en nombre de los derechos del hombre por lo que se abolió la esclavitud, el 4 de febrero de 1794. Desde el comienzo de la Revolución, la Sociedad de Amigos de los Negros había militado en esa dirección, pero no pudo hacer triunfar sus ideas ante la Asamblea Constituyente. La libertad y la igualdad cívica no se habían extendido a los esclavos y fue suficiente para otorgárselas, el 15 de mayo de 1791, a los negros liberados y a los mulatos (nacidos de padre y madre libres). Esta media medida había tenido el efecto de alentar una revuelta en Saint Domingue, dirigida por Toussaint Louverture, esclavo nacido y liberado en 1776. La guerra contra Inglaterra había cambiado la situación, como Danton expresó sin rodeos en la Convención: «Iniciemos la libertad en las colonias; hoy el inglés ha muerto». Se ha discutido la autenticidad de esta frase. Pero el hecho es que expresa el pensamiento dominante de los miembros de la Convención, siempre dispuestos a instrumentalizar los grandes principios que podían servir a sus intereses.

La guerra no se detuvo, pero cambió su rostro gradualmente tomando el de la victoria. El Ejército republicano del año II se convirtió, en la primavera de 1794, en una fuerza formidable: 600.000 hombres repartidos en 12 ejércitos. La amalgama había tenido éxito. La disciplina fue restablecida. Nuevos jefes subieron de rango: Marceau (veinticinco años), Hoche (veintiséis años), Kléber, Masséna, Jourdan (treinta y dos años). El comando militar ahora estaba estrechamente subordinado a la autoridad civil, es decir, el Comité de salvación pública y sus representantes en misión. Saint-Just es uno de ellos, en el Ejército del Rin y luego en el Ejército del Norte. Demostró una extraordinaria eficiencia y sin duda habría sido un buen general. Allí don-

de estuvo, participó en los combates, restableció la disciplina, insufló el espíritu revolucionario: «Las circunstancias solo son difíciles para los que reculan ante la tumba». Adoptó las instrucciones de Carnot del 27 de mayo de 1794: «Atacad, atacad siempre». En Alsacia, puso fin a las exacciones de Euloge Schneider, fiscal del Tribunal penal del Haut-Rhin, lo llevó ante el Tribunal revolucionario y fue guillotinado.

En la primavera de 1794, los Ejércitos franceses llevaron la ofensiva a todas partes. Los sardos fueron expulsados del condado de Niza y los españoles mandados al otro lado de los Pirineos. Sin embargo, el frente principal seguía siendo el del Norte, donde tres ejércitos coordinaban sus esfuerzos: el Ejército del Norte, con 150.000 hombres (Pichegru), el de las Ardenas (Charbonnier) y el Ejército de Mosela (Jourdan). Al principio las operaciones no iniciaron bien, debido principalmente a una discrepancia estratégica que enfrentó a Carnot y Saint-Just. El 29 de mayo, el Ejército de Mosela tomó Dinant, en Bélgica. Llevó a cabo su unión con el de las Ardenas y adoptó el nombre, el 8 de junio, de Ejército de Sambre-et-Meuse bajo el mando de Jourdan. Durante los primeros combates, Saint-Just puso todo su esfuerzo.

Jourdan tomó Charleroi el 25 de junio, un preludio de la decisiva victoria de Fleurus, que ganó al día siguiente sobre el Ejército austriaco de Cobourg. Por primera vez se utilizó un aerostato como puesto de observación. El 8 de julio, los Ejércitos de Pichegru y Jourdan unieron fuerzas y entraron en Bruselas. El 15 de julio capituló la última plaza fuerte de Landrecies (Norte), aún en manos de los austriacos. El día anterior, por el aniversario de la toma de la Bastilla, Méhul interpretó, con texto de Marie-Joseph Chénier, *Le Chant du départ*[114], adoptada de inmediato por todos los ejércitos en los campos de batalla:

«La victoria, cantando, nos abre las puertas;
La libertad guía nuestros pasos […].
La República nos llama;

Sepamos vencer, o sepamos perecer;
Un francés debe vivir por ella;
Por ella, un francés debe morir».

Barère dirá muy bien: «Las victorias se ensañaron con Robespierre». En efecto, las buenas noticias del frente habían alentado el deseo de un retorno al orden y la legalidad. El 19 de junio, incluso antes de Fleurus, una petición de la sección Montaña (inicialmente la sección del Palais-Royal) recogió 2.000 firmas a favor de la Constitución de 1793. No todos los rebeldes eran, ni mucho menos, unos *sans-culottes*, cuyo número se había reducido considerablemente desde la caída de los hebertistas. Los banquetes fraternos se multiplicaron, celebrando la Constitución y deseando el fin de la violencia. Ni Payan, agente nacional de la Comuna de París, ni Fleuriot-Lescot, que había reemplazado a Pache en el Ayuntamiento el 10 de mayo de 1794 después de haber sido sustituto de Fouquier-Tinville, pueden impedirlos. Robespierre los condenó en varias ocasiones. Según él, exigir «la ejecución actual y literal de la Constitución», y con ello la desaparición del Tribunal revolucionario, equivalía a una conspiración. El terror debía continuar.

En los jacobinos, el 1 de julio, Robespierre refutó las acusaciones de injusticia y crueldad que abrumaban a «los defensores de la República». Denunció la evolución equivocada que se le quería dar al gobierno revolucionario y terminó con unas insinuaciones considerables contra sus colegas de los Comités. Se irritó y se inquietó más que nunca, pero ¿solo él es consciente? A fuerza de denunciar a los conspiradores, de ver por todas partes y constantemente a otros nuevos, no vio el frente que, imperceptiblemente, estaba surgiendo en su contra. No escuchaba. No veía.

Así que, después de la fiesta del Ser Supremo, Vadier y Amar arrastraron detrás de ellos al Comité de seguridad general para ridiculizarlo concediéndole importancia al asunto Catherine

Theot, una vieja mística loca apodada «Madre de Dios» que profetizaba en la rue de la Contrescarpe. No tuvieron ningún problema en inspirarle una carta en la que ella decía de Robespierre que él era «el Hijo del Ser Supremo», «el Verbo Eterno», «el Mesías designado por los profetas». El interesado creía que era al Ser Supremo y no aquel a quien querían ridiculizar de esa manera, demostrando su megalomanía.

Más que una conspiración en sentido estricto, se estaba formando una coalición de personalidades con motivaciones y objetivos muy diferentes contra el «nuevo rey». El Comité de seguridad general le era abiertamente hostil, con la excepción de David y Le Bas, dos partidarios incondicionales cuya opinión no contaba. En el Comité de salvación pública, solo puede confiar en su guardia cercana: Saint-Just y Couthon. El hombre fuerte es en realidad un hombre solo. Aunque partidarios del Terror y su continuación, Billaud-Varenne y Collot d'Herbois ahora están decididos a eliminarlo. A la derecha del Comité, Carnot se opuso completamente a él. En cuanto a Barère, evolucionaba con una facilidad desconcertante en este pozo de serpientes. Permanecía oficialmente a favor del Terror (denunció con Robespierre la campaña de banquetes fraternales), pero también reinaba sobre la Llanura de la Convención, que se había reconstituido después de la caída de los girondinos. Sin duda jugaba un papel oculto, trabajando para cambiar el miedo de los diputados en animosidad contra el «tirano» que los amenazaba.

Eran numerosos los montañeses de la Convención que también deseaban la eliminación del Incorruptible. Los más decididos eran aquellos que, no sin razón, temían por sus vidas, comenzando por los 21 representantes en misión que habían sido convocados secamente a París el 19 de abril por el Comité de salvación pública. Entre ellos, las figuras más conocidas como Tallien, Barras, Fréron, Fouché, Collot d'Herbois esperaban ser arrestados en cualquier momento. Fouché ya había sido expulsa-

do del Club de los jacobinos el 14 de julio a petición de Robespierre. La política de la silla vacía que el Incorruptible había estado llevando a cabo desde el 29 de junio favoreció las reuniones discretas entre los que no tenían otra opción que atacar antes de ser atacados.

El 22 de julio se organizó una sesión de conciliación entre los dos Comités, ahora en desacuerdo, bajo la égida de Barère y Saint-Just. Una segunda tuvo lugar al día siguiente en presencia de Robespierre, encerrado más que nunca en su orgullosa soledad. No ve por qué motivo podría o debería contemporizar. Además, será él el que lance la ofensiva. Después de permanecer semanas sin aparecer por allí, subió a la tribuna de la Convención el 26 de julio (8 de termidor) para pronunciar un discurso muy largo de dos horas durante el cual se esforzó arduamente para justificarse. No, él no era un dictador y el gobierno revolucionario seguía siendo esencial. Al final, denunció una nueva conspiración.

¿Quiénes eran los conspiradores? En lugar de designarlos por su nombre, habló de «una coalición criminal que intrigaba dentro de la misma Convención». Sin embargo, acusó abiertamente al Comité de seguridad general, antes de añadir que «los miembros del Comité de salvación pública eran parte de este complot». Había que «castigar a los traidores», «depurar el propio Comité de salvación pública». Se miraron los unos a los otros. ¿A quién en concreto? No se había solicitado ningún decreto de acusación y, de hecho, solo podía ser solicitado por el Comité. Después de un momento de vacilación, Vadier, Cambon y Billaud-Varenne reaccionaron. Charlier, uno de los apóstoles del Terror, lo apostrofó así: «Cuando alguien presume de tener el valor de la virtud, es necesario que tenga el de la verdad. ¡Nombrad a los que acusáis!».

Por la noche, Robespierre releyó su discurso en los jacobinos. Collot d'Herbois y Billaud-Varenne estaban allí, demostrando su

oposición, pero fueron expulsados de la sala. Al día siguiente, 9 de termidor, Saint-Just tomó el relevo en la Convención para un nuevo discurso acusador. Era la 1 de la tarde. Collot d'Herbois presidía, mientras que Fouché y Tallien se esforzaban por avivar el descontento. Este último interrumpió a Saint-Just para preguntarle si estaba hablando en nombre del Comité de salvación pública o en el suyo. Billaud-Varenne aprovechó la interrupción para recordar la sesión de la tarde anterior en los jacobinos. Atacó a Robespierre directamente, llamándolo «tirano». Toda la Asamblea se levantó en señal de aprobación. Todos querían hablar. Deberían haberle cedido la palabra a Robespierre, pero esa no era la intención del presidente de la sesión, que lo dejó impotente en el fondo de la tribuna, en medio de la agitación y los gritos, agitando un discurso ya preparado que no leerá jamás. Su voz, que nunca había sido fuerte, se perdió en medio del griterío: «Pido la palabra». «¡No, abajo el tirano!» Dejaron de escuchar a La Bas.

Por el contrario, Collot d'Herbois se apresuró a invitar a Tallien a hablar. Este puso en entredicho a Robespierre, Hanriot y Dumas. Billaud-Varenne y Vadier echaron leña al fuego y Barère dio un golpe bajo: «Las reputaciones enormes y los hombres iguales no pueden subsistir mucho en común». Sin poder hablar todavía, Robespierre lanzó como un desafío: «Pido que me envíen a la muerte». Entonces un oscuro diputado de Aveyron, Louis Louchet, gritó: «¡Es preciso terminar! ¡Orden de arresto contra Robespierre!».

Se había dado el paso, pero es difícil apreciar la parte de premeditación y la de improvisación; esta última sin duda contó mucho en esta hora histórica. El decreto fue votado contra Robespierre, Saint-Just y Couthon. Robespierre el Joven saltó: «¡Soy tan culpable como mi hermano; yo quería el bien de mi país; también quiero perecer a manos del crimen!». Le Bas también solicitó su arresto. El presidente proclamó: «Jamás, no, ja-

más tendrá un tirano el pueblo francés». Las tribunas aplaudieron al unísono.

Después de pasar por el Comité de seguridad general, los cinco prisioneros fueron conducidos a cinco prisiones diferentes. Eran las 6 de la tarde. Cuando el Consejo general de la Comuna de París se enteró del arresto de Robespierre, Fleuriot-Lescot llamó a la insurrección contra la Convención, pero la Comuna no era más que la sombra de sí misma. Solo unas pocas secciones respondieron a la llamada. Obviamente no habría otro 2 de junio. Hanriot, que era entonces el brazo armado, estaba borracho como de costumbre.

Robespierre cede contra su voluntad a los que fueron a liberarlo para llevarlo a la Comuna. ¿Qué pensaba él? ¿Qué es lo que quería? En el Ayuntamiento, cuando Couthon propuso hacer una proclamación, preguntó: «¿En nombre de quién?» Saint-Just también guardaba silencio. Había demostrado a los ejércitos que era un hombre decidido y de acción. Podría ser el líder de uno de esos golpes de efecto que siempre habían marcado los grandes momentos de la Revolución. Pero no. ¿Es la duda? ¿El desaliento? ¿O la lógica última del teórico del Terror que había escrito: «El día en que esté convencido de que es imposible dar al pueblo francés unas costumbres suaves, enérgicas, sensibles e inexorables para la tiranía y la injusticia, me apuñalaré a mí mismo»? Lo que le importa, por lo tanto, es recuperar el poder con una ayuda.

El tiempo corría. Era la 1 de la mañana y ya es el 10 de termidor (28 de julio). Los seccionarios que respondieron a la llamada empezaron a regresar a su casa. Esta vez, que fue, además, la más confusa y al final también incierta, fue aprovechada por la Convención, que ahora debía vencer o perecer. A propuesta de Barère, declaró ilegales a los cinco miembros «rebeldes», así como, Fleuriot-Lescot a la cabeza, a todos los oficiales municipales que «recibieron en su interior a los individuos mandados arrestar». La ilegalización equivalía a la muerte sin juicio.

Barras, por la simple razón de que era un oficial (capitán), recibió el mando militar de la operación. Su hora de gloria había llegado. Corrió de una sección a otra y terminó reuniendo una fuerza suficiente que marchó al Ayuntamiento. Podrían haberla detenido fácilmente, pero no quedaba nadie.

Eran las 2 y media de la madrugada. Robespierre, tal vez, esperaba un levantamiento popular que no llegó. La entrada de un destacamento de gendarmes en la sala del Consejo de la Comuna causó la más extrema confusión. Le Bas se suicidó con un disparo mientras Robespierre el Joven se tiró por la ventana sin llegar a matarse. El Incorruptible tenía la mandíbula destrozada a causa de un balazo disparado a corta distancia por el agente Merda, que obtendrá una gran gloria por ello. Invocarán la tesis del suicidio fallido, pero eso parecía poco probable: un Robespierre no se suicida.

No hubo necesidad de juicio, ni siquiera expeditivo, ya que «el tirano» y sus secuaces fueron decretados fuera de la ley. Un simple control de identidad ante el Tribunal revolucionario sería suficiente para ser conducido al cadalso. La Convención, o más bien Barras, que se encontró de esta forma catapultado al papel principal, ordenó que la guillotina se erigiera nuevamente en la plaza de la Revolución, para mayor solemnidad. El convoy pasaría así por la rue Saint-Honoré, delante de la casa de los Duplay, los caseros del Incorruptible.

Eran las 5 de la tarde. Una inmensa multitud bordea las arterias por las que debía pasar el cortejo de los tres carros que llevaban a los dos Robespierre, Saint-Just, Couthon, Payan, Fleuriot-Lescot, Dumas, Hanriot y todos los que estaban en la sala del Consejo de la Comuna durante el asalto final: 22 en total… Un trozo de tela sucio y ensangrentado rodeaba la cara del tirano caído que sufría horriblemente. Estaba vendado «de forma que pudiera ser castigado». Su hermano defenestrado y Hanriot, des-

pués de haber recibido un bayonetazo que le arrancó un ojo, estaban agonizando.

Los carros llegaron a la plaza de la Revolución a las 6 de la tarde. Couthon, también herido, fue guillotinado primero. Robespierre esperó su turno, tendido en el suelo. Fue ejecutado el penúltimo. El «lugar de honor», el último, era el suyo, pero se lo reservaron a Fleuriot-Lescot, para subrayar la culpa del alcalde de París. Cuando el verdugo arrancó violentamente el vendaje que sostenía su mandíbula rota, no pudo contener un gran grito de dolor. La cuchilla cayó.

Ningún condenado dijo una palabra. 71 robespierristas fueron ejecutados al día siguiente y otros 12 dos días después. Hubo 107 ejecuciones en total.

VII. UN LARGO CREPÚSCULO

«Vístete, pueblo francés,
No caigas más en los excesos
de nuestros falsos patriotas.
No creas que ir desnudo
es una prueba de virtud.
¡Ponte de nuevo los calzones!»
Canción anti sans-culotte de 1795

«La cola de Robespierre»

Nunca la Francia revolucionaria había sido tan unánime (salvo, tal vez, el día de la fiesta de la Federación) como al día siguiente de los 9 y 10 de termidor, en que se felicitó por la brusca eliminación de «Maximiliano I». En París se canta: «Transeúnte, no llores mi muerte; / Si yo viviera, ¡tú estarías muerto!». Garat, que había sustituido a Danton en el Ministerio de Justicia y al que Madame Roland trataba de «eunuco político», resume el sentimiento general: Robespierre «no era un tirano ambicioso, era un monstruo». El *Journal des hommes libres*, jacobino, se apresuró a quemar al que, hasta ayer, adoraba, proclamando en su número del 13 de termidor: «No, la libertad no puede perecer; no, nunca ningún otro hombre se atreverá a intentar destruirla, porque, espero, los franceses renunciarán a esta manera de enaltecer, idolatrar a individuos que casi los pierden».

A partir del 10 de termidor, Barère empezó a desmarcarse con su habitual oportunismo: «¡He ahí los peligros que el orgullo, el espíritu de dominación y el veneno del despotismo hacen que corra la libertad! Un solo hombre ha estado a punto de destrozar el país; un solo individuo ha podido encender el fuego de la guerra civil y marchitar la libertad».

La noticia fue acogida con una verdadera explosión de alegría. Charles de Lacretelle, periodista del *Journal des débats*, fue testigo: «Había abrazos en todas las calles, en los espectáculos, era la sorpresa recíproca de verse vivos». Frénilly relató: «Recuerdo el estado de nuestra alma cuando, a la apertura de los periódicos, echando como cada día una primera ojeada a la lista de los condenados, en lugar de ver los nombres de nuestros amigos o familiares, vimos los de Robespierre, Couthon y la mayoría de esos

monstruos. Mi primer impulso fue cerrar todas las puertas, tras lo cual nos abrazamos con convulsiones de alegría y leímos el relato de esas terribles jornadas en las que la amenaza del crimen nos liberó del crimen triunfante y en el que los Tallien, ciertos de acabar en el cadalso, hicieron lo que Danton había intentado sin éxito. Francia cambió de crimen; era solo de segundo orden y pasamos de ser facinerosos a bandidos. Para gobernar necesitaban lavar su complicidad y mostrarse como víctimas y no asesinos, como salvadores de Francia y no cobardes que salvan solo su propia vida».

Tallien, que se separa de esta forma de Frénilly, es una de las grandes figuras de los que pronto serán conocidos como los termidorianos. Estos, en la Convención, no desean por el momento poner fin al Terror, sino más bien a sus «excesos». Digna recompensa a su acción preponderante del 9 de termidor, el 13 entró en el Comité de salvación pública que, por supuesto, seguía funcionando. En la Convención, en agosto, se declaró contrario al Terror, si bien pidió que se mantuviera el gobierno revolucionario hasta la paz. Estigmatiza una sociedad que ya solo conocía dos clases: «la que causa el miedo y la que tiene miedo». A un diputado se le ocurrió observar que el que así hablaba contra el Terror, poco tiempo antes había alabado sus méritos desde esa misma tribuna. Pero se necesitaba más para desarmarlo. Siguió manteniendo con Teresa Cabarrús la relación escandalosa que le valió, entre otros excesos, ser obligado a abandonar Burdeos en marzo de 1794. Su amada había nacido en 1773 en una familia española muy rica, y había sido admitida en la corte. Casada muy joven, madre y divorciada en 1793, fue una de las musas de la primera Revolución y miembro del Club desde 1789. Durante el Terror se refugió en Burdeos, donde fue arrestada en virtud de la ley de Sospechosos. Tallien, entonces representante en misión en Burdeos, donde vivía como un déspota y sibarita, la liberó y se convirtió en su amante, dejando que, a partir de enton-

ces, llevara una vida de corte con él. Tras haber contribuido a liberar a numerosos bordeleses, hasta el punto de recibir el sobrenombre de *Notre-Dame de Bon Secours*[115], cometió la imprudencia de seguir a Tallien a París en marzo de 1794, lo que hizo que fuera de nuevo encarcelada por orden del Comité de salvación pública. Condenada a la guillotina, habría escrito a su amante: «Muero por pertenecer a un cobarde».

El caso es que su destino tuvo un peso enorme en la decisión de Taillen de tener un papel principal en el golpe de Estado del 9 de termidor. En cuanto entró en el Comité de salvación púbica, hizo liberar a la que llamaban «la Cabarrús», la cual, si creemos a un periodista de la época, reunía «la amable vivacidad francesa con la voluptuosidad española». Igual que en Burdeos, pronto tuvo un salón y se convirtió en reina de París, lanzando una nueva moda «a la antigua»: un vestido de muselina ligera y vaporosa, atada a los hombros por unos camafeos, con el talle muy alto y sujeto por una banda, los hombros y los brazos desnudos. Los memorialistas evocan, con sentimientos encontrados, esa «desnudez» que, por su libertad, marcaban el fin de la Revolución pura y dura.

La Cabarrús era ya denominada «Notre-Dame de Thermidor» monárquicos, que empezaban a alzar la cabeza, la llamaban «Notre-Dame de Septembre» en alusión a las masacres de 1792 en las que involucró en gran medida a Tallien. Este acabó casándose con ella en diciembre de 1794, pero este matrimonio acabó de desacreditarlo, con su esposa pareciendo una aristócrata.

Al lado de Tallien figuraban provechosamente otros camaleones políticos, «exterroristas» que predicaban la indulgencia, hasta el punto de ser apodados, de manera burlona, «los dantonistas»: Merlin de Thionville, Barras, Fréron… Barras especialmente; de treinta y nueve años, noble, regicida miembro de la Convención y procónsul del Terror, se autoproclamó salvador de la Asamblea

y, al poco tiempo, de la Revolución. Ahí estaba, como jefe de fila de los termidorianos.

Fréron, acusado con Barras de haber malversado 800.000 libras durante su misión en Provenza, volvió a publicar su periódico *L'Orateur du peuple*, que se convirtió en el órgano de la reacción. Unos días antes de la aparición del primer número, pronunció un discurso edificante en la Convención sobre la necesidad de restablecer la libertad total de prensa. Isnard, que se había mantenido oculto hasta el 10 de termidor y que se reintegró en la Convención en febrero de 1795, le dijo: «Transpira crimen, está cubierto por la lepra del crimen. Se reía del crimen, del perjurio, del escándalo, todo era bueno para él salvo la virtud».

Con Tallien y Merlin de Thionville, Fréron organizó unas bandas de jóvenes a las que llamaron los «muscadins» (perfumados de almizcle), o también los «increíbles» por su vestimenta excéntrica: ropa estrecha «del color del estiércol» con cuello de terciopelo negro, los faldones cortados como si fueran colas de bacalao, el pantalón ajustado en la rodilla, los zapatos de boca ancha y punta y una enorme corbata. Llevaban el pelo largo hasta los hombros, «como orejas de perro», sombrero de ala ancha, para acabar de componer el cuadro. El «estilo» consiste, además, en evitar pronunciar la «r». Esta juventud dorada recorre las calles armada con un garrote bautizado «poder ejecutivo». Desgraciado el que se cruza con estos malandrines de «mala figura», es decir, con pinta de jacobinos.

Los otros conjurados del Termidor, a saber: Collot d'Herbois, Billaud-Varenne, Barère, Amar, Vadier, se habían distinguido demasiado en los dos Comités para pretender jugar también a los camaleones. A pesar de todo, Barère lo intenta: «La fuerza del gobierno revolucionario aumenta cien veces gracias a la caída del tirano que impedía su avance», se atreve a decir. Un mes después del 9 de termidor, Fréron, Tallien et Lecointre los denuncian a la Convención como cómplices del tirano.

El proceso o, más bien, la ausencia de proceso de Robespierre se convierte en el proceso del Terror. Lejos de desconcertarse, los «terroristas» invocan lo que ellos denominan «las circunstancias». El Terror, martillean, se ha hecho necesario para enfrentarse a los peligros que amenazaban a la patria, tanto desde el interior como desde el exterior. Cada uno da su justificación y Barère hace una clasificación sutil entre la inmensa obra realizada y un «triunvirato sombrío y vándalo» (Robespierre, Couthon, Saint-Just). Solo Billaud-Varenne, siempre tan inflexible, asume su papel. Carnot, si bien no es incriminado, también desarrolla la tesis de las «circunstancias»: «¿Acaso nunca abordaremos los hechos de las circunstancias que las han determinado? ¿Acaso son circunstancias ordinarias en las que se ha visto sumergida Francia?».

Lecointre demuestra ser el más feroz en la denuncia de los terroristas de los Comités, a los que añade Voulland y David, que intentan hacer olvidar su celo en el seno del Comité de salvación general. Su requisitoria contra el Terror, en 26 puntos, es tan radical, tan detallada que es rechazada por sus colegas, que consideran, no sin razón, que lo que se está atacando es a la Convención en su conjunto. Se oye gritar en el tumulto: «¡El que está en la tribuna es un canalla!». Es Carrier el que acaba de señalarse de esta forma.

Obligada a dar garantías sin renegar de sí misma, la Convención da prueba de una «prudencia purificada» (François Furet). Ciertamente, ha recuperado el control y decide una rápida rotación de los miembros del Comité de salvación pública y la Llanura se refuerza con montañeses más sosegados, como Thibaudeau o Cambacérès, que preside a partir de entonces dicho Comité. La izquierda de la Asamblea ya no está formada por un pequeño puñado de radicales a los que apodan los *crêtois* porque se sientan en la «cima[116]» de la Montaña, en la parte más alta del hemiciclo. Empiezan a emerger personajes de segundo plano,

como François-Antoine de Boissy d'Anglas, el tipo mismo de moderado de la Llanura, que completa significativamente el Comité de salvación pública «regenerado».

Todos estos termidorianos están unidos solo para congratularse por la caída de Robespierre, pero ¿cómo seguir con la Revolución? O, más bien ¿cómo poner fin a la misma? «La reacción termidoriana había sido un alivio, pero no era una solución», observó Bainville, que añade: «A fuerza de purgar la Revolución, Robespierre agotó la savia [...]. Ya no quedaba nada después de las opiniones de Marat. Ya no quedaba nadie después de Robespierre».

El despertar brutal de la opinión pública avergüenza a la propia Convención, en el momento en el que tiene, por primera vez, todo el poder en sus manos. ¿Hasta dónde seguir con el desmantelamiento del Terror? ¿Puede seguir la República sin él? La Convención, durante el verano de 1794, toma conciencia progresivamente de este debate fundamental sobre el pasado inmediato y, a la vez, sobre el futuro de un régimen que acaba de abrir la muerte de Robespierre. ¿Cómo encarnarlo? ¿Qué instituciones darle? «Después de Termidor, el espíritu del gobierno está revolucionado: la cuestión ya no es decir que el fin justifica los medios, sino al contrario, afirmar que los medios justifican el fin», observa el historiador Loris Chavanette.

Mientras tanto, los termidorianos actúan sobre la marcha, conscientes de que la salida del Terror ayudará a que la contrarrevolución recupere su fuerza y su vida. De hecho, la oposición se despierta, multiplicando la aparición de periódicos y publicaciones con un tono y un discurso antes impensable. La famosa ley del 22 de pradial (10 de junio de 1794) es abrogada el 1 de agosto y el Tribunal revolucionario reorganizado diez días más tarde, pero no suprimido. Funciona lentamente y, significativamente, se cierran los cuatro cementerios donde se echaban en las fosas comunes los cuerpos de los guillotinados.

Bajo la presión de la opinión, los sospechosos que están encarcelados son liberados en masa (478 en París en pocos días a principios de agosto, y otros 3.000 durante el verano de 1794). Dubois-Crancé, superviviente de la venganza de Couthon que, en la represión de Lyon, le reprocha su moderación por la que, en cambio, es bien visto por los termidorianos, piensa que se ha pasado de un extremo a otro: «Después del 9 de termidor, dice, la Convención se dio prisa en detener los resortes revolucionarios; todos los prisioneros fueron puestos en libertad; tal vez no fueron demasiado prudentes. Como se había detenido a inocentes, ya no se encuentran culpables».

Los prisioneros liberados pedían cuentas y exigían venganza. El 26 de agosto, Méhée de La Touche, exmiembro de la Comuna del 10 de agosto y más o menos agente secreto, publicó *La Queue de Robespierre*, un panfleto que pronto tuvo un éxito prodigioso. Satírico y con Robespierre hablando desde el más allá, la pregunta es clara: ¿de qué sirve haber cortado la cabeza a la serpiente si sus seguidores siguen mordiendo?

Forzada a abrir un primer proceso, la Convención elige, si se puede decir así, una cabeza que sobresale, la de Carrier, acusado el 23 de noviembre. El juicio de 94 habitantes de Nantes condenados en París ante el Tribunal revolucionario se ha vuelto contra él, convirtiéndose en el de los verdugos. Hasta entonces, nada o casi nada se había filtrado en París sobre las espantosas masacres de Lyon, Nantes… Toda la información estaba bajo el estricto control de los patriotas. Después del Terror, el horror estaba a la orden del día.

Es el momento para Fouché, que había sido representante en misión en Nantes, de distinguirse en Lyon, de dar marcha atrás. Al día siguiente del 9 de termidor, preconizaba, en el Club de los jacobinos, el mantenimiento del Terror: «Todo pensamiento de indulgencia, de moderación es un pensamiento contrarrevolucionario». Si bien este primer proceso terrorista no apunta a él

directamente, se apresura a votar la acusación de Carrier, a la par que se dedicaba a salvar a otros miembros del Comité revolucionario de Nantes.

Ante el Tribunal revolucionario, Carrier se defiende con energía. ¿Su proceso? Es el de toda la Convención, porque lo único que ha hecho él es obedecer. «Todos son culpables aquí, hasta la campanilla del presidente. Todos estaréis implicados en una proscripción inevitable». Carrier es condenado a muerte y guillotinado en la plaza de Grève el 26 de primario del año III (16 de diciembre de 1794).

Los termidorianos han comprendido rápidamente que la salida del Terror pasaba por la supresión del Club de los jacobinos. La sala había sido cerrada *manu militari* durante la noche del 9 al 10 de termidor, pero el Club había reabierto poco después, al término de una primera purga de sus elementos reputados robespierristas. En la Convención, algunos diputados como Bentabole, más sosegado desde la época en la que le apodaban «el joven Marat», reclamaban la desaparición de este antro de «continuadores de Robespierre». Se inició una violenta campaña que culminó los días 9 y 11 de noviembre de 1794 con el saqueo del Club por la juventud dorada de Fréron. Los *sans-culottes* han desaparecido. Muchos de ellos han sido arrestados y la impotencia del gobierno de poner en marcha la ley del Máximo ha desalentado a los demás. Además, el Club de los que se denominaban «los caballeros de la guillotina» ya no tiene *líderes*.

El 12 de noviembre se decreta el cierre definitivo. Encima de la entrada de la sala que será destruida seis meses más tarde se podía leer: «Sociedad de los jacobinos. Unidad, Libertad, Igualdad, Indivisibilidad de la República, Fraternidad o muerte». Este hecho no pasa desapercibido y los *Annales patriotiques*, muy populares, se interrogan sobre el alcance del mismo: «La suspensión de los jacobinos, que consideramos una supresión absoluta, ¿es un paso adelante o atrás? ¿Es el andamio que demolemos cuando el

edificio está construido, o no es más que la continuación de esta manía de destruirlo todo con la violencia que parece haberse convertido en nuestra enfermedad crónica?».

Las sociedades populares son a su vez severamente purgadas. Eran «el ojo del pueblo», y ejercían la vigilancia por doquier. Los *sans-culottides* son rebautizados «días complementarios» por decreto del 7 de fructidor del año III (24 de agosto de 1794). Una semana más tarde, un primer informe del abate Grégoire a la Convención denuncia el vandalismo revolucionario (el término se crea en esta ocasión). «El mobiliario perteneciente a la nación ha sufrido dilapidaciones inmensas porque los pícaros, que tienen siempre una lógica aparte, han dicho: *nosotros somos la nación*; y aunque en general tengamos la mala idea de que cualquiera se ha enriquecido con la Revolución, muchos no han tenido la habilidad de esconder las elevadas fortunas conseguidas de golpe».

Marat, que no quería entrar en el Panteón, fue sacado el 8 de febrero de 1795 después de que un artículo del *Moniteur* recordara su papel en los excesos sangrientos de la Revolución. Tiraron sus bustos y los destruyeron. Al que Chateaubriand pronto bautizará «el Calígula de las avenidas» encontró sin embargo un defensor en la Convención en la persona de Jean-Baptiste Clauzel, pero tal vez con algo de humor: «Pido la libertad de culto para esos santos, como para tantos otros». Aunque ultratermidoriano y uno de los principales artífices del cierre del Club de los jacobinos, este exmontañés, naturalmente regicida, reconoce las atrocidades del Terror antes de añadir: «Y yo, me acuso claramente de no haber sabido morir para oponerme a esas medidas [aplausos]. Los delitos que queréis castigar han sido cometidos ante mis ojos, ¡y yo existo!».

La reacción contrarrevolucionaria de este modo aprovecha la ocasión. El 19 de enero de 1795, en el café de los Canonniers del Palais-Royal (antiguo café de Chartres y futuro Grand Véfour), se canta por primera vez *Le Réveil du peuple [El despertar de un pue-*

blo], una anti-*Marsellesa*, mucho antes de que esta sea decretada himno nacional (lo es solo con ocasión del 14 de julio de 1795, por lo demás celebrado discretamente):

Pueblo francés, pueblo de hermanos
¿Puedes ver sin temblar el horror,
el crimen enarbolar los estandartes
de la masacre y el Terror?
Sufres que una horda atroz
y asesinos y ladrones
manche con su soplo feroz el territorio de los vivos.

Con el tono de la *Marsellesa* se compone también una respuesta republicana al estilo termidor que está lejos de tener el mismo éxito:

Porque una banda feroz
apuñalaba en nombre de Bruto,
¿es necesario que otra banda atroz
asesine en nombre de Jesús?
Y porque una espada anárquica
nos ha arrastrado a un gran duelo,
¿bajo la horca despótica
debemos abrir un ataúd?

Estos cantos se enfrentan en los entreactos de los teatros, que nunca han estado tan llenos y cuyo repertorio ha cambiado de registro. Durante el Terror, se representaban, entre numerosas obras patrióticas, *L'Apothéose du jeune Bara* o *L'Ami du peuple*, una apología de Marat, a pesar de que se preferían espectáculos no políticos como el vodevil *Colombine mannequin*. Después del Termidor, se ofrecieron representaciones antijacobinas, como, a partir de mayo de 1795, *L'Intérieur des comités révolutionnaires*, una violenta sátira de los *sans-culottes* representados por un lacayo, un portero, un peluquero y un sillero, igualmente burdos, estúpidos, analfabetos y corruptos, que ejercen el papel de vigilantes y policía en el barrio. Al final de la historia, son arrestados y llevados a prisión, con su gorro rojo sobre la cabeza. Este atributo, glorioso ayer, se ha convertido de repente en un oprobio.

El éxito de la obra es fulminante, como también su edición, en la que el autor, Charles-Pierre Ducancel, añade una advertencia que acaba así: «Calentemos la opinión pública contra nuestros opresores y, tal vez, consigamos precipitar la acción demasiado lenta de las leyes contra esos hombres que han sido menos escrupulosos en degollarnos de lo que somos actualmente para castigarlos». Este termidoriano se olvidaba, como muchos otros, de que antes él había sido miembro del Club de los jacobinos.

Todo este teatro tiene en común su mediocridad formal, pero a los espectadores no les importa nada esto, y acuden en masa a verlo. Las salas se multiplican y el programa cambia cada día. En total se representaron, o se imprimieron, mil obras durante la Revolución.

El París *sans-culotte* se ha vuelto termidoriano. El trato de «vos» recupera sus galones. «Señor» sustituye a «ciudadano». La escarapela (oficialmente obligatoria) es discreta y el gorro rojo desaparece. En 1795, se canta *Remettez vos culottes! [Ponte de nuevo los calzones]*:

> *Vístete, pueblo francés,*
> *no caigas más en los excesos*
> *de nuestros falsos patriotas.*
> *No creas que ir desnudo*
> *es una prueba de virtud.*
> *¡Ponte de nuevo los calzones!*

Las mujeres importantes tenían de nuevo salones. La marquesa de Condorcet, que había acabado en la miseria, pero que en la Convención termidoriana recupera parte de sus bienes, volvió a abrir el suyo. Sin embargo, las dos reinas de París eran, entonces, Thérésa Tallien y Josefina de Beauharnais, viuda del general del mismo nombre, considerado responsable de la capitulación de Maguncia y guillotinado por eso el 23 de julio de 1794. La hermosa criolla se había convertido en la amante de Barras, que vivía a todo tren y la mantenía llenándola de riquezas. Conoció a Bonaparte en casa de Madame Tallien —con la que había enta-

blado amistad—, al que llamaba, con su amante, «su pequeño capitán de Toulon». Ya es mucho más que eso. Napoleón había estado en la cárcel durante unos días por sospecha de robespierrismo, pero le necesitaban. Tiene su mente fija en Italia y la protección del jefe de los termidorianos es incondicional.

La Convención sigue mal que bien el avance rápido de esta sociedad nacida del rechazo al Terror. Ya no se quiere inventar una sociedad nueva, lo que se busca es un gobierno viable. El 8 de diciembre de 1794, 73 diputados apodados «girondinos», que habían sido excluidos por haber protestado contra el golpe de Estado del 31 de mayo, son reintegrados. La medida no es baladí porque es un alivio para la mayoría, que intenta ganar tiempo presionando un poco más a los jacobinos. Como compensación, el 21 de enero se decreta fiesta nacional para conmemorar «el justo castigo del último rey de los franceses». En lo que respecta al 9 de termidor, se convierte en «fiesta de la Libertad».

Ha llegado la hora del apaciguamiento y no sin reticencia la Convención acoge, el 27 de diciembre, el informe de Merlin de Douai. Aunque fue el principal redactor de la ley de Sospechosos (entonces le apodaban «Merlin sospechoso»), este pide la acusación de Barère, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Vadier. Los diputados ganan tiempo nombrando una comisión de 21 miembros para decidir.

La reacción política se acompaña de una reacción de desescalada religiosa. Cambon propone un expediente financiero, simple y radical, con motivo de la discusión del presupuesto de la Iglesia juramentada: «La República francesa ya no paga las tasas ni los salarios de ningún culto» (18 de septiembre de 1794). Esta separación de hecho de la Iglesia y el Estado anula *ipso facto* la Constitución civil del clero. Se decreta la libertad de culto el 21 de febrero de 1795.

Boissy d'Anglas (protestante) pronunció en esa ocasión un discurso notable y fundador de una laicidad sin falla: «No se trata de analizar si los hombres necesitan una religión [...]. Las prácticas religiosas no son delitos hacia la sociedad [...]. El corazón del hombre es un refugio sagrado en el que el ojo del gobierno no debe entrar [...]. Vigilad, entonces, lo que no podéis prohibir; regulad lo que no podéis defender [...]. Que todas las ceremonias sean libres para que no les pongamos precio alguno, para que vuestra policía pueda, sobre todo, vigilar sin cesar los movimientos y los excesos [...]. Ninguno de vosotros tendrá preferencia de un culto sobre otro; no adaptaréis uno para perseguir al otro, y considerando la religión solo como una opinión privada, ignoraréis sus dogmas, miraréis con piedad sus errores, pero dejaréis que cada ciudadano tenga la facultad de dedicarse a las prácticas de lo que haya elegido. No aceptaréis que alguno de ellos atente contra la propiedad nacional, o que se introduzca en la sociedad para usurpar cualquier puesto».

La vuelta, por lo demás lenta y muy contextualizada, a la libertad de culto responde principalmente a la necesidad de poner fin a las guerras en el oeste. Por este motivo Boissy d'Anglas hizo su discurso («Durante mucho tiempo habéis lamentado los males terribles de la Vandée»).

Desde antes de Termidor, la guerra de la Vandée había estallado de nuevo mientras que en el norte del Loira la chuanería ha avanzado a pesar de la muerte de Jean Chouan, asesinado en una escaramuza dos días antes de la caída de Robespierre. Había surgido un nuevo jefe, de gran valor, en la persona de Joseph de Puisaye, que organizó la rebelión con la ayuda económica de Inglaterra y el titulo que le confirió el conde de Artois de «general en jefe del Ejército católico de Bretaña». Sin embargo, el final *de facto* del Terror permitió a los generales y los representantes en misión llevar a cabo una política de pacificación progresiva privilegiando la negociación. Hoche, que además adoptó una nueva

táctica antiguerrilla, más apta para el terreno, trató a los habitantes con algo más de humanidad y favoreció el restablecimiento del culto.

El 2 de diciembre de 1794, a petición de Carnot, la Convención votó un decreto que prometía la amnistía para los vandeanos y los chuanes si deponían las armas durante un mes. Se llegó a un acuerdo el 17 de febrero de 1795 con Charette en La Jaunaye, en la periferia de Nantes. Se devolvieron los bienes confiscados y se prometió que la República reconstruiría los pueblos y casas destruidos. El servicio militar se realizaría *in situ*. Se admitía la libertad de culto, también para los refractarios. Se realizaron acuerdos similares unos meses más tarde con Stofflet y los chuanes. ¿Significaba esto el final de la guerra civil en el oeste? Todo dependería de cómo se aplicasen estos acuerdos, tanto de un lado como del otro.

Sin embargo, en Francia no había paz. Un «Terror blanco» se abatió como respuesta al decreto del 10 de abril de 1795 que ordenaba el desarme de los «terroristas» en toda la República. En Lyon y en el valle del Ródano, los «Compañeros de Jehú[117]» asesinaban a los jacobinos. En Marsella este Terror es alentado por Isnard, que se había ocultado hasta el 9 de termidor y que, reintegrado en la Convención, había sido enviado en misión a las Bocas del Ródano y los Bajos Alpes[118]. Dejó que se masacrara a 107 prisioneros jacobinos en el fuerte Saint-Jean de Marsella.

Algunas «Compañías del Sol[119]» operaban en el Gard y en Provenza. En Toulon, los jacobinos se rebelan y toman el control de la ciudad antes de ser masacrados. Son muchos los realistas que no aprobaban este contraterror. «Eran represalias crueles que ensuciaban nuestra causa, un frenesí de venganza que repetía el crimen que pretendía castigar», escribirá más tarde Charles de Lacretelle.

Por último, pero no por ello menos importante, la guerra continuó, aunque tras la batalla de Fleurus[120] las victorias se suceden. Pichegru y Jourdan llegaron casi hasta el Rin. Colonia, Bonn, Coblenza caen en octubre de 1794. Maguncia resiste, pero los prusianos han evacuado la orilla izquierda del Rin. En Holanda, la ofensiva de invierno aprovecha el frío excepcional para atravesar ríos y canales. El 19 de enero, el Ejército del Norte (Pichegru), aprovechándose del apoyo de los «patriotas bátavos[121]», entró en Ámsterdam. El príncipe de Orange tuvo que refugiarse en Inglaterra. Cuatro días más tarde, la caballería de Pichegru, caso único en los anales militares, se apoderó de la flota holandesa bloqueada por el hielo. Abandonados por los ingleses, los holandeses depusieron las armas.

Queda Prusia, pero esta tiene su mirada puesta sobre todo en Polonia, que Rusia y Austria parece que quieren repartirse sin contar con ella. El 5 de abril, firma con Francia el tratado de Basilea, consagrando así la disgregación de la coalición. Reconoce la República francesa, así como la anexión a la misma de la orilla izquierda del Rin (si los otros Estados del Imperio germánico dan su acuerdo). El norte de Alemania queda neutralizado, garantizando así el flanco derecho de los Ejércitos franceses que se aventuran en Holanda, que ve como le están imponiendo un verdadero protectorado. Ocupada militarmente, deberá indemnizar a Francia con una suma enorme de dinero, por no hablar de la explotación a la que someten al país y el saqueo de obras de arte. Tras lo cual, solo podrá disponer del título de «República hermana». En los Alpes, el gran ducado de Toscana firma la paz el 9 de febrero. España hizo lo mismo en los Pirineos. El 1 de octubre de 1795 se votó en la Convención la anexión de Bélgica, lo que significaba perpetuar la guerra contra Inglaterra, apoyada aún por Austria.

En la Convención se sigue haciendo limpieza. El 2 de marzo arrestaron y acusaron a Barère, Billaud-Varenne y Collot

d'Herbois. Solo Vadier se libra. Barère se defiende por adelantado publicando un panfleto donde retoma el argumento de que no puede haber más culpa que la de la Asamblea en su conjunto. Lindet, Prieur, Cambon, Carnot apoyaron el mismo razonamiento y el proceso empezó bien, con la perspectiva de durar mucho y volverse en favor de los acusados.

Pero entonces sobrevino el día 12 de germinal del año III (1 de abril de 1795). Los *sans-culottes* parisinos, olvidados, irrumpieron en la Convención reclamando «pan y la Constitución de 1793». El invierno anterior fue terriblemente riguroso, recordó al de 1709. Los barcos que aprovisionaban París no pudieron navegar debido a las aguas heladas. La falta de pan era tan grande que transformó la carestía que inició la Revolución en hambruna. La ley del Máximo había sido abolida por la Convención el 24 de diciembre de 1794, provocando el hundimiento del asignado; la situación se agravó aún más con nuevas emisiones de papel moneda. La inflación era monstruosa. El pan, el aceite y las velas llegaron a precios altísimos y solo se vendían en el mercado negro.

Un informe de la policía había señalado desde finales de diciembre que «la clase indigente preocupaba a los ciudadanos pacíficos por las consecuencias de esta carestía excesiva». Estallaron revueltas por la crisis de alimentos en los barrios durante todo el mes de marzo, y el 28 la Guardia nacional tuvo que impedir una marcha que se dirigía a la Convención.

A falta de un plan concertado y de una dirección común, la irrupción popular del 12 de germinal naufragó. Los manifestantes se dispersaron sin oponer resistencia. La Convención, que tuvo mucho miedo, tomó inmediatamente medidas draconianas. París se declaró en estado de sitio y se confió el mando de las tropas de la región militar a Pichegru, que estaba de paso en la capital. Además de los líderes locales de las secciones (minoritarios) que habían participado en la «revuelta», 12 diputados *crêtois*[122]

fueron arrestados. Entre ellos, Thuriot, Lecointre, Amar, Cambon (que se escapó), Maignet, Léonard Bourdon, Duhem (que después del Termidor no dejó de denunciar a Fréron y Tallien como contrarrevolucionarios). Asimismo, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y Barère fueron condenados, sin juicio, y deportados a Guyana. Solo este último consiguió no ser embarcado hacia Cayenne, lo que le hizo decir al diputado Boursault-Malherbe: «Es la primera vez que a Barère no se lo lleva el viento». Sus amigos intentaron en vano que se anulara la sentencia. La vigilia de ser deportado, esta vez a Madagascar, huyó y desapareció.

La grave crisis de aprovisionamiento de París no estaba resuelta. «Todas nuestras calles resuenan con las quejas de los que sienten hambre», leemos en los *Annales patriotiques*. El movimiento popular resurgió. Los incidentes (casi todos ellos vinculados a la distribución del pan) y los arrestos se multiplican hasta que, el 1 de pradial (20 de mayo), hombres y mujeres de las secciones insurgentes se dirigieron de nuevo hacia la Convención, con fusiles y cañones. El diputado Féraud, que intenta interponerse, fue abatido con un disparo de pistola. Pusieron su cabeza sobre una pica y la presentaron, con un tumulto increíble, al presidente de la sesión, Boissy d'Anglas, que la saludó de la manera más cívica del mundo. Parecía que había vuelto el tiempo de los *sans-culottes*.

Se obligó a los diputados a votar las reivindicaciones: promesa de aprovisionamiento y de registro de los supuestos acaparadores, excarcelación de los «prisioneros patriotas» arrestados a partir del 9 de termidor, renovación de los Comités y, por último, entrada en vigor de la Constitución de 1793 (que reconoce el derecho a la insurrección). Sin embargo, los termidorianos aprovechan el tiempo perdido en lecturas de mociones y en vociferaciones para agrupar las secciones aún fieles. Finalmente, los rebeldes fueron expulsados de las Tullerías, pero la revuelta armada siguió al día siguiente a partir de las tres secciones del barrio

Saint-Antoine y algunas secciones del centro. Un enfrentamiento sangrante pudo, por suerte, evitarse entre los 20.000 rebeldes que disponían de cañones y los 40.000 hombres que defendían la Convención. Jamás, desde el inicio de la Revolución, se habían presenciado fuerzas tan numerosas. Al lado de las tropas de línea, los batallones de las secciones agrupadas empezaron a fraternizar con los insurgentes, pero estos, sin dirección y coordinación, no supieron aprovechar la ocasión y se conformaron con nuevas promesas.

Esta vez, los convencionales estaban decididos a llegar hasta el final. Las secciones hostiles, empezando por las del barrio Saint-Antoine, son desarmadas por la Guardia nacional y las secciones moderadas del oeste de la capital, apoyadas por la juventud dorada. Catorce nuevos diputados *crêtois* son arrestados, entre los cuales Prieur de la Marne, Romme, Duquesnoy, Duroy, que reprocha públicamente a sus colegas termidorianos que «se hubieran limpiado con la sangre de Robespierre», y Bourbotte, que había sobresalido por su valentía cuando estaba en el Ejército, pero que siguió siendo un montañés inquebrantable. Otros diputados que se habían mostrado favorables a la revuelta fueron arrestados los días sucesivos, como también todos los miembros de los antiguos comités, salvo Carnot, aureolado con el sobrenombre de «organizador de la Victoria». Todos los exrepresentantes en misión sufren la misma suerte.

Se instituyó una comisión militar especial, que se instaló en el Hôtel de Ville y que duró diez semanas. Las secciones de París fueron purgadas sin piedad, 132 personajes juzgados y 76 condenados, de los cuales 36 a muerte. Seis diputados *crêtois* se apuñalaron cuando oyeron la sentencia. Uno de ellos, Bourbotte, gritó antes de asestarse una puñalada: «¡He aquí como el hombre libre sabe sustraerse al cadalso de la tiranía!». No consigue morir, mientras que Duroy y Soubrany, Romme, Goujon y Duquesnoy se matan. Tuvieron que llevar a los tres moribundos ensangren-

tados al cadalso. Uno de ellos, Soubrany, que había destacado en el Ejército en los Pirineos, ya está muerto cuando lo guillotinan.

Se reorganiza la Guardia nacional, de la que se excluyen los ciudadanos necesitados. Se ha acabado el *sans-culottisme*. La Convención termidoriana sale victoriosa de este enfrentamiento, pero se lo debe al Ejército.

Entre estos días de pradial y germinal, el proceso a Fouquier-Tinville adquiere un valor de ejemplo. Con sus 39 días de debate, sus 24 acusados (el acusador público, así como los jueces y los jurados del Tribunal revolucionario), sus 419 testigos es, mucho más de lo que fue el de Carrier, el gran proceso al Terror. La defensa de los acusados aduce lo mismo que la de Carrier: obedecían a la Convención. Un testigo (el 116) informa de los propósitos de uno de los jurados cuando, al día siguiente del 9 de termidor, acababa de ser encarcelado: «¿Cómo se puede saber que era reacio a ser jurado? Solo era el hacha y el instrumento del que se servían; creo que no se puede juzgar al hacha».

Cinco meses más tarde, Le Bon, juzgado y guillotinado en Amiens el 16 de octubre de 1795, utilizará la misma cantilena ante el Tribunal penal de Arras: «Comparad mis actos con los vuestros; cuando los míos eran rigurosos, los vuestros eran terribles».

El acusador público escribió a su esposa, que se asombraba de «todas las terribles vociferaciones y odiosas calificaciones de execrable, conspirador y tigre sediento de sangre». «También, mi bella amiga, no puedo disimular que, en este estado de cosas, espero mi próximo fin. Mi conciencia me dice que no lo he merecido. Sé que, si los jurados, que no conozco, son hombres honrados, mi inocencia triunfará. Pero esta multitud de aristócratas, puesta en libertad después del 9 de termidor, los parientes y amigos de aquellos a los que ha golpeado la espada de la ley están por todo París; no dejarán de emitir sobre mí una opinión seme-

jante a la de los viles periodistas […]. Por tanto, presiento que seré sacrificado a la opinión pública, alzada y excitada contra mí con todo tipo de medios, y no juzgado […]. Moriré, así pues, por haber servido a mi país con demasiado celo y actividad, y haberme ajustado a la voluntad del gobierno, con las manos y el corazón limpios».

Fouquier-Tinville fue condenado a muerte el 6 de mayo de 1795 con 15 jurados del Tribunal revolucionario. Al día siguiente, fue el último en ser guillotinado. Tres semanas más tarde, el 31 de mayo de 1795, se suprimió el Tribunal revolucionario.

Se ha dicho que el final del Terror dio de nuevo fuerza y vigor al movimiento realista. La idea de una restauración monárquica obsesionaba a numerosas mentes y seducía a muchas otras que empezaron a considerar que la «tiranía» de Luis XVI era suave comparada con la del Comité de salvación pública. Pero ¿qué rey y qué monarquía? El delfín, al que los realistas llamaban Luis XVII, se imponía, pero murió el 8 de junio de 1795 con diez años, probablemente debido a una tuberculosis ósea. La leyenda de una sustitución pronto se difundió, provocando en el siglo XIX varios falsos delfines. El heredero de la corona pasó a ser el conde de Provenza, que se dio prisa en darse el título de Luis XVIII (tras la muerte de Luis XVI se había dado el de Regente). Completamente movido por la ambición y las consideraciones personales, pretende ir contra la Revolución y restaurar el absolutismo. Al mismo tiempo se aparta de los realistas partidarios de una constitución, lo que respondería a los deseos de Inglaterra, que después de todo financia las empresas de los emigrados. Pero no. «Se creían, escribió con arrogancia, que esperaría al permiso de Mr. Pitt para anunciar a mis súbditos mis derechos y sentimientos».

La declaración, que hace pública el 24 de junio de 1795 tras la muerte del delfín, es especialmente torpe: «Franceses, vuestro rey os va a hablar con toda la sinceridad de su corazón. Fuisteis

infieles a Dios…». Una contrición completa deberá preceder a una amnistía, de la que son excluidos los regicidas. Solo se reconocen la igualdad de los derechos políticos y el acceso para todos a los cargos políticos.

Tras esta declaración, no queda más que la imposición por la fuerza. Comandado por Puisaye y d'Hervilly (coronel, emigrado a Londres, que participó activamente en la defensa de las Tullerías), un pequeño ejército de 3.000 emigrados desembarca de las naves inglesas en Quiberon el 27 de junio de 1795. Este pequeño grupo disparatado, cuyos jefes no se entienden, lleva a cabo mal su unión con los chuanes, mal armados y poco disciplinados, a pesar de tener oficiales valientes como Georges Cadoudal, un bretón de Morbihan refractario a la leva de 300.000 hombres decretada por la Convención y que se había unido a los insurgentes. Capturado el 30 de junio de 1794, había conseguido escapar.

Ante un ejército de 15.000 soldados comandados por Hoche, los realistas se encuentran rápidamente aislados en la península antes de ser capturados el 21 de julio. Hoche les ha prometido la vida, pero una comisión militar constituida por Tallien manda fusilar a 748 prisioneros. Puisaye, que es quien ha decidido la expedición, huye y se refugia en una nave inglesa, abandonando a sus tropas a su suerte. En cuanto a D'Hervilly, es herido de gravedad y muere en Londres unos meses más tarde a causa de sus heridas.

A los realistas solo les queda la vía legal que abre la perspectiva de unas elecciones en el marco de una nueva Constitución. Esta, llamada del año III, es votada el 22 de agosto de 1795. Lanjuinais, que ha reaparecido después del Termidor, es uno de los redactores de la misma con Daunou, uno de los «73» reintegrados en la Convención. En un discurso pronunciado el 23 de junio, Boissy d'Anglas expresa la filosofía de la Constitución: «[La Convención] debe garantizar con valentía los principios iluso-

rios de una democracia absoluta y una igualdad ilimitada, que son incuestionablemente las dificultades más temibles para una verdadera libertad. De hecho, la igualdad civil es todo lo que el hombre razonable puede exigir. La igualdad absoluta es una quimera [...]. Debemos ser gobernados por los mejores; los mejores son los más instruidos y los más interesados en la salvaguarda de las leyes; ahora bien, con alguna excepción, no se encontrarán hombres así que entre aquellos que, dueños de una propiedad, están apegados al país que la contiene, a las leyes que la protegen, a la tranquilidad que la preserva, y que deben a esta propiedad y a la abundancia que esta da la educación que los ha hecho las personas adecuadas para debatir con sagacidad y justicia las ventajas y los inconvenientes de las leyes que fijan la suerte de su país [...]. Un país gobernado por los propietarios está dentro del orden social; ese en el que gobiernan los no propietarios está en el estado de la naturaleza». ¡Estamos muy lejos de 1789!

Significativamente, la nueva Constitución está precedida esta vez por una Declaración de los derechos y los «deberes». Con una extensión de 377 artículos, restablece el sufragio censitario (solo los 30.000 electores primarios) y crea un poder legislativo compartido entre dos asambleas: el Consejo de los Quinientos y el Consejo de los Ancianos, elegidos por tres años y renovables por tercios todos los años. Los primeros elaboran y proponen las leyes, mientras que los segundos, que no pueden enmendarlas, las adoptan o las rechazan.

El poder ejecutivo está repartido entre los cinco miembros del Directorio. Los directores son elegidos por el Consejo de Ancianos de una lista de 50 nombres redactada por el Consejo de los Quinientos, renovables por quintos todos los años y no reelegibles antes de cinco años. Nombran a los ministros, pero no pueden disolver las asambleas, las cuales, por su parte, no pueden expulsarlos.

Los termidorianos piensan instaurar de esta forma un equilibrio de poderes para impedir la vuelta del despotismo, empezando por el del Terror. Sin embargo, son conscientes de que este sistema, totalmente nuevo, está lleno de conflictos para el futuro, pues el régimen es cuestionado tanto por la derecha como por la izquierda. Baudin, uno de los redactores de la Constitución, refleja el miedo general: «La retirada de la Asamblea constituyente nos enseña que una legislación totalmente nueva para poner en marcha una constitución que no ha sido probada puede ser un medio infalible para derrocarla».

Con el fin de obstaculizar una victoria realista en las futuras elecciones, el 23 y 31 de agosto se decretó que los dos tercios de los futuros diputados de los Consejos de los Quinientos y los Ancianos deberían salir… de la Convención. La Constitución y este decreto denominado «de los dos tercios» son sometidos de común acuerdo a la aprobación de los electores (que votan en sufragio universal) y proclamados en la Convención el 1 de vendimiario del año IV (23 de septiembre de 1795): 914.853 «síes» y 41.832 «noes» para la Constitución; 177.758 «síes» y 95.373 «noes» para los decretos, al término de numerosas irregularidades. En numerosos departamentos, el «no» a los decretos ganó al «sí». Sobre todo, renuncia hiriente, un poco más de cuatro millones de electores (sobre cinco millones) se abstuvieron de votar.

Una campaña feroz se desencadena contra los «perpetuos» de los dos tercios. Todos los moderados están exasperados ante la idea de volver a encontrar a exconvencionales en el poder. Los realistas no ocultan su decepción al ver cómo una manipulación sin precedentes les confisca su victoria electoral. Y, sin embargo, en París se habían infiltrado firmemente en las secciones. Queda, como siempre, la posibilidad de la insurrección. Desde luego, no será la primera desde 1789, pero sí la primera realista. Avisada de los preparativos, la Convención confía los plenos poderes a una comisión extraordinaria de cinco miembros donde se encontraba

Barras, de nuevo erigido en salvador de la República. Se hace un llamamiento a los jacobinos destituidos de la Guardia nacional e incluso a «terroristas» encarcelados. Mil quinientos patriotas rearmados, que forman un «batallón sagrado» bajo el nombre de «patriotas de 1789», refuerzan un efectivo de 4.000 a 5.000 soldados. De nuevo aparece el Ejército. Barras, al que el 5 de octubre se le encargó el mando de las tropas de París, hace un llamamiento a Brune, Carteaux y Bonaparte, generales seguros y poco sospechosos de moderantismo, para que le sigan.

Entonces era el general Menou (que había combatido en la Vandée donde había sufrido varias derrotas) el que comandaba el Ejército llamado del Interior. Había dispersado fácilmente a los insurgentes de pradial, pero esta vez los rebeldes, que eran unos 25.000, estaban muy decididos a plantar cara. A partir de la sección Le Peletier y su cuartel general en el convento de las Filles-Saint-Thomas (en el actual emplazamiento de la Bolsa), se apoyan en 30 de las 48 secciones de la capital. Richer de Sérizy, periodista y fundador de *L'Accusateur public*, que milita a favor de la restauración de Luis XVIII, dirige un comité central.

Sus jefes militares no son muy competentes. Además de Lafond, exguardia *de corps*, que dirige la columna de la sección Le Peletier, el general Danican acepta ponerse a la cabeza de las secciones insurgentes. Enrolado en la Guardia nacional parisina desde el 14 de julio de 1789, combatió en la Vandée y denunció las atrocidades que allí se cometieron. El 13 de vendimiario (5 de octubre), su maniobra se reduce a hacer avanzar sus tropas en columna compacta hacia la Convención. Frente a él, Barras toma el control destituyendo a Menou que, encargado la vigilia de atacar el convento de las Filles-Saint-Thomas, había perdido el tiempo en discusiones inútiles. Se añade Bonaparte, nombrado comandante segundo del Ejército del Interior. Este, que no se olvida de que es un artillero, le ordena a Murat, entonces jefe de escuadrón, que se apodere de los 40 cañones de las secciones, restitui-

dos después de la revuelta de pradial y ubicados todos ellos en el campo de los Sablons (entre París y Neuilly). Los manda situar en los extremos de todas las calles que llevan a la Convención.

Son las tres de la tarde de ese 13 de vendimiario del año IV (5 de octubre de 1795) cuando los insurgentes rodean la Asamblea. Intentan fraternizar con los defensores cuando Barras da la orden de abrir fuego. Bonaparte manda disparar los cañones, causando 300 muertos, sobre todo en los escalones de la iglesia Saint-Roch. Los insurgentes huyen. Se controla la insurrección. La Convención triunfa de nuevo gracias al Ejército y, en especial, al general Bonaparte, que se convierte en el «general Vendimiario». El 26 de octubre, sucede a Barras como comandante del Ejército del Interior tras haber sido promovido al grado de general de división.

La represión es moderada porque las elecciones han comenzado y la Llanura, que domina más que nunca la Convención, no tiene la intención de anularlas y menos aún de establecer un gobierno de excepción, impidiendo el desarrollo de la nueva Constitución. Los «patriotas de 1789» fueron expulsados. Una comisión militar «solo» pronunció 64 condenas a muerte, de las que solo dos fueron ejecutadas: la de Lafond y la del presidente de la sección del Théâtre-Français. Danican, por su parte, había huido penosamente y corre a refugiarse con los príncipes en Alemania, de los que se convertirá en agente.

Sin embargo, algunos representantes «vendemiaristas» en misión son enviados a los departamentos donde la contrarrevolución es más activa. En Marsella está Fréron, mientras que a Lyon llega Jacques Reverchon, durante mucho tiempo miembro del Comité de seguridad general. Verdaderos procónsules con poderes discrecionales, tanto el uno como el otro se dedican a reintroducir personal revolucionario en las administraciones departamentales.

Treinta y ocho meses después de su instauración, la Convención se separa el 26 de octubre de 1795 a los gritos de «¡Viva la República!». El día antes ha votado una nueva serie de leyes, entre ellas la que «organiza» la Instrucción pública (tarea abrumadora e insuperable de momento) y la que instituía las nuevas fiestas nacionales. Habrá siete, entre las cuales la fiesta de la Libertad (9 y 10 de termidor). Signos de los tiempos, el 14 de julio desaparece, como también el 10 de agosto.

Se vota una amnistía general que excluye a los emigrados y deportados. Los decretos contra los sacerdotes refractarios y los emigrados que han vuelto se reactivan. Los descontentos pueden abandonar el territorio a condición de que no vuelvan, so pena de muerte.

Otra decisión emblemática: la plaza de la Revolución se rebautiza como plaza de la Concordia. Esta hermosa palabra no es compatible con la guillotina, que es trasladada a la plaza de Grève, donde hizo su primera aparición en 1792.

La Revolución no ha acabado, si bien la ambigüedad es de rigor, al igual que el decreto de los dos tercios, que revela una voluntad de conservación imposible dado el descrédito de la Convención, por turnos girondina, montañesa y termidoriana. En el momento en que finalmente se separa, no se define ni por un programa, ni por un pensamiento rector, sino como siempre por desacuerdos: jacobinos (convertidos en neojacobinos, como botón de muestra de su pérdida de velocidad) contra realistas, cada uno intentado unirse a los márgenes de una amplia Llanura, esencialmente dedicada a sobrevivir.

La Constitución del año III no se llevará a cabo

No hay ruptura entre la Convención termidoriana y el régimen del Directorio que le sucede, que lleva el nombre del poder ejecutivo colegial que se acaba de instituir. Los termidorianos no solo son los redactores atentos de la Constitución del año III, sino que, como acabamos de ver, tienen la intención de implementarla gracias al decreto de los dos tercios, para protegerse mejor de su izquierda jacobina y, especialmente, de su derecha realista.

La República de los notables, que pretende instaurarse y cuyo lema podría ser: «Libertad, igualdad, propiedad», debe expresar el final de la Revolución, como anuncia Boissy d'Anglas, elegido en el Consejo de los Quinientos por 72 departamentos: «Hay grandes naciones como grandes hombres. El objetivo que este quiere alcanzar con su trabajo es conseguir un reposo glorioso y digno. Asimismo, una nación que se entrega a los movimientos tempestuosos de una revolución aspira a gozar en paz de los frutos de su trabajo y los sacrificios que se ha impuesto».

Ciertamente, pero las dificultades heredadas de la Convención aún perduran. Además de la doble oposición política, la guerra, la crisis económica y financiera y la carestía siguen haciendo estragos. «El hecho, subraya François Furet, es que el Directorio es 386 veces menos un régimen nuevo que heredado, continuador y prisionero del pasado [...]. Los hombres son los mismos».

La nueva Constitución, tan esperada, inicia mal con ese decreto de los dos tercios que ofende la libertad de las elecciones y desacredita los perpetuos. Los termidorianos son descalificados

en conjunto. «¿Por qué milagro, acostumbrados desde hace tanto tiempo a gobernar de manera revolucionaria, fueron de repente capaces de gobernar constitucionalmente?», se pregunta Patrice Gueniffey. «¿Acaso no demostraba el decreto de los dos tercios sin parar que eran incapaces, que nunca, con ellos, acabaría la Revolución y que, en el fondo, estos termidorianos que habían derrotado a Robespierre seguían siendo unos jacobinos?».

Un nuevo fraude se suma al precedente cuando se supo que solo 379 perpetuos habían sido elegidos sobre los 500 y que tenían que reunirse para cooptar los 121 que faltaban. Formado de manera tan artificial, el cuerpo legislativo se encontró con 468 termidorianos que tenían, a su izquierda, 68 jacobinos y a su derecha 150 moderados y realistas constitucionales.

El Consejo de los Quinientos se instaló en la Sala de Equitación (antigua sede de la Constituyente, la Legislativa y la Convención hasta mayo de 1793) bajo la presidencia de Daunou. Barère, que sigue oculto, ha sido elegido por el departamento de Altos Pirineos, pero su elección es invalidada.

El Consejo de los Ancianos ocupa su sede en las Tullerías, donde antes estaba la Convención. Su presidente es La Revellière-Lépeaux, exconstituyente y regicida convencional. Muy apegado a las libertades individuales, había abandonado la Convención declarando que no volvería a aparecer hasta que se le escuchara. Oculto durante el Terror, se reintegró en la Asamblea en marzo de 1795. Miembro del Comité de salvación pública convertido en termidoriano, en sus *Mémoires* lo describe como una reunión cordial en las antípodas del Terror: «La preocupación principal de sus miembros era conseguir un buen estofado, un pan y un vino excelentes, lengua de vaca, un buen rodaballo, un trozo de pastel, etc., y todo ello cuando la carestía asolaba París y todo el país».

El Directorio ejecutivo fue elegido el 31 de octubre de 1795, bajo el estrecho control del Consejo de los Quinientos, que vigiló para que no hubiera regicidas. Así, fueron «elegidos» en este orden: La Revellière-Lépeaux, seguro de su reputación de republicano sincero y enemigo de los extremos; Le Tourneur (a veces llamado «de la Mancha» donde había sido elegido), durante mucho tiempo convencional dedicado a la guerra y amigo de Carnot; Reubell, constituyente y después convencional, miembro del Comité de salvación pública después de Termidor; Sieyès, que declina su cargo prefiriendo quedares al margen, por el momento, en una falsa oposición puesto que juzga la Constitución impracticable. Carnot le sustituyó. Barras llegó en último lugar, pero sigue siendo el guardián del sindicato termidoriano y el personaje más destacado del nuevo régimen.

Sieyès volvió a aparecer tras su desaparición durante el Terror. ¿Qué hizo durante ese periodo? «¡He vivido!», le gustaba responder, con una fórmula que pasará a la posteridad. En febrero de 1795 publicó una historia poco modesta de su vida. Richer de Sérizy, que rinde cuentas de su obra en *L'Accusateur public*, lo incrimina abiertamente de cobardía: «¿Qué hacíais vos en esos días de sangre y alarma, melancólico Sieyès? [...] ¡Pues bien!, mientras vos meditabais con esta noble soltura, sabed que los verdugos, con vuestros derechos del hombre en la mano, degollaban a las mujeres, a los niños, a los ancianos [...]. Lo sé, decís, y no dejé la Convención. ¡Tú lo sabías, filósofo, y aún vives!».

Los cinco directores asumieron su cargo el 3 de noviembre de 1795 en el palacio de Luxemburgo, una prisión durante el Terror y desde entonces en un estado de suma desolación, totalmente vacío, sin muebles. «La situación, escribe La Revellière-Lépeaux, parecía tan desesperada que no se creía en la duración de nuestra existencia política, por lo que nadie mostró interés en ayudarnos». David, siempre a la vanguardia de los cortesanos, les

dibujó un uniforme exagerado, emplumado y ridículo, que hará que los apoden «los cinco mulos emplumados».

Evidentemente, los cinco hombres se detestan, se envidian y se vigilan unos a otros. A instancias del Comité de salvación pública, se reparten los sectores del ejecutivo: Barras en Interior, Carnet en la Guerra, Le Tourneur en la Marina, La Revellière-Lépeaux en la Instrucción pública, las Ciencias y las Artes, Reubell en Justicia, Hacienda y Diplomacia. Ellos, a su vez, nombran a seis ministros, a los que poco tiempo después le sigue un séptimo, con la creación de un Ministerio de la Policía general, que tendrá mucho futuro.

El 14 de brumario del año IV (5 de noviembre de 1795), el Directorio ejecutivo, ya constituido, dirige una declaración al pueblo francés que no destaca por su originalidad: «Franceses, el Directorio ejecutivo ha asumido su cargo. Decidido a mantener la libertad o perecer, su firme voluntad es la de consolidar la República, dando a la Constitución toda su actividad y su fuerza [...]. [Vuestra confianza] no será defraudada, si el pueblo no atribuye a las nuevas autoridades los desórdenes causados por seis años de revolución, que solo pueden repararse con el tiempo».

La base social sobre la que descansa, o más bien no lo hace, este nuevo régimen es especialmente estrecha y se resume en la burguesía censataria que se ha aprovechado de los bienes nacionales y no ha sufrido mucho el Terror. A instancias de los *feuillants*, los constitucionalistas querrían la Revolución sin la anarquía y la monarquía sin el Antiguo Régimen. Ahora bien, no hay un Luis XVII y el que se hace llamar Luis XVIII representa una línea absolutista que es inaceptable para el país. Incluso los franceses que están poco, o nada, apegados a la Revolución, lo están a los intereses y, sobre todo, a las conquistas de la Revolución.

La crisis económica y financiera que sigue asolando Francia no puede más que seguir reduciendo, y al extremo, la estrecha base sobre la que el Directorio se mantiene en equilibrio. «El Tesoro nacional está vacío: no queda nada, ni una moneda, escribió La Revellière-Lépeaux. Los asignados han perdido su valor; el poco que tenían se desvanece cada día por una caída acelerada. Ya no basta con imprimir durante la noche los que se necesitan para satisfacer las necesidades más apremiantes de la mañana…».

Cuando el Directorio se instala, el asignado está a un céntimo de su valor nominal. El luis de oro, que valía 24 libras en 1789 (el luis de oro y el escudo de plata no tenían valor facial)[123], se cambia por 2.400 libras de papel y bajo cuerda preferiblemente. El abate Besnard cuenta que, en esa época, encontró un luis de oro en una faltriquera del pantalón. «Habiéndolo vendido por 6.000 francos en la escalinata [lugar más o menos clandestino situado detrás del Palais-Royal donde se hacían operaciones de cambio de moneda], decidí utilizarlos ese día y me compré un gorro de castor, dos pares de medias de seda de buena calidad, seis gorros de algodón, un par de botas y dos pares de zapatos. Además, pude pagarme una comida en Véry, como los pequeños gastos de la jornada». Nunca había sido tan amada la efigie de Luis XVI.

El mercado negro estaba más extendido que nunca. *Le Censeur des journaux*, que apareció el 29 de agosto de 1795, cuenta que una vendedora de ropa blanca le propone a un comprador la adquisición de 100 pares de zapatos a 400 libras que él podrá revender obteniendo un gran beneficio. Tras examinar los zapatos, el comprador le dice a la vendedora que los zapatos no resistirán la primera lluvia. «Qué más da, responde esta, no son zapatos para llevar, son zapatos para comerciar con ellos».

Grimod de La Reynière cuenta que el pan blanco que se vende en el mercado negro en lugar del pan oficial, negro y pegajoso, pasa por pastel. La situación agrícola se recuperaba con lenti-

tud, con un restablecimiento de la libre circulación del grano, que no se autoriza hasta junio de 1797. Habrá que esperar hasta 1799 para que la producción recupere el nivel de 1789.

En París, durante el invierno del año IV (1795-1796), la ración de pan distribuido cayó a los 75 gramos. Se completó la ración con arroz, pero, dejando de lado el hecho de que este producto de emergencia había sido rechazado por el pueblo desde su introducción en Francia bajo el Antiguo Régimen, los más pobres no tienen leña para hervirlo.

El l0 de diciembre de 1795, se forzó un préstamo de 600 millones sobre los contribuyentes más ricos, pagadero en efectivo o (significativamente) en trigo, pero su recaudación no tiene más éxito que las precedentes. Se ponen en circulación 39 mil millones de moneda papel cuando, el 19 de febrero de 1796, se queman solemnemente las planchas de imprimir asignados en la plaza Vendôme. Un mes más tarde se crearon «giros territoriales» para sustituirlos, con las nuevas ventas de bienes nacionales como garantía y pronto sumidos en la inflación. Su caída batió todos los récords de rapidez. En menos de un año desde su emisión, habían perdido el 95 % de su valor inicial.

Al Directorio solo le queda volver, el 4 de febrero de 1797, a la moneda metálica en oro, plata o vellón (aleación de cobre y plata). 100 libras de giros territoriales (3.000 libras de antiguos asignados) se cambian entonces por 20 *sous* de moneda metálica. Pero en Francia ya no quedaba moneda metálica de oro y de plata. En cambio, sí que había en los países que el Ejército de la República estaba a punto de conquistar.

El descontento popular permite a la oposición jacobina recuperarse. Para bloquear a los realistas, el Directorio había tolerado, incluso financiado en secreto, la republicación de sus periódicos y también de sus clubs. El más importante de ellos, el Club del Panteón, había sido fundado el 16 de noviembre de 1795 por

un impresor y periodista en *L'Orateur plébéien*: René Lebois, que se identificaba con Marat. No es del todo imposible que Lebois hubiera sido un agente oculto de Barras. Denominado oficialmente «Reunión de los amigos de la República», este nuevo club reúne especialmente a los enemigos de la Constitución del año III. Cuenta casi con unos mil miembros que pronto serán el doble, entre los cuales algún exconvencional no reelegido. Amar, anteriormente en el Comité de seguridad general e implicado en la insurrección del 12 de germinal del año III, es uno de ellos, como también Darthé, exjurado del Tribunal revolucionario, que acababa de pasar 14 meses en prisión.

Sus sesiones, donde se debate, entre otros, el restablecimiento de la ley del Máximo, están presididas a menudo por Philippe Buonarroti, un gentilhombre florentino que se había entusiasmado pronto con las ideas de la Revolución francesa y se encontró de hecho exiliado de su país antes de convertirse en ciudadano francés. Diversas misiones de propaganda le llevaron a Italia, Cerdeña, Córcega antes de acabar en prisión como robespierrista bajo la Convención termidoriana. En la cárcel conoce a Gracchus Babeuf, de treinta y cuatro años, un exaprendiz de agrimensura convertido en periodista al inicio de la Revolución, defensor de las reivindicaciones de los *sans-culottes* y la acción de los montañeses. Sin embargo, condena el Terror («Condeno este punto particular de su sistema», escribió amablemente) predicando una «insurrección pacífica» (¡!). En septiembre de 1794 fundó el *Journal de la liberté de la presse* que se convirtió en *Le Tribun du peuple*. Fue entonces cuando abandonó su verdadero nombre, François Noël, y adoptó el de Gracchus, en referencia y homenaje a los dos hermanos Gracos, que lucharon en vano para obtener una reforma agraria y social de la República romana.

Sin formar parte del Club del Panteón, Babeuf es uno de sus principales oradores y desarrolla sus ideas de igualdad real y distribución de los bienes. «¿Qué es una revolución política en ge-

neral? ¿Qué es en particular la Revolución francesa? Una guerra declarada entre los patricios y los plebeyos, entre los ricos y los pobres». Este precursor del comunismo denunciaba el carácter antipopular de la Constitución del año III: «En todas las declaraciones de derechos, excepto la de 1795, iniciamos consagrando esta primera y relevante máxima de justicia eterna: *el objetivo de la sociedad es la felicidad común*. [...] Desde entonces [esa época] hemos ido hacia atrás, hemos caminado contra el objetivo de la sociedad, contra el objetivo de la Revolución, en favor de la *desgracia común* y en aras de la *felicidad* únicamente *de un pequeño número*».

Las teorías de esta revolución en la Revolución se publicaron el 9 de abril en el *Manifiesto de los iguales* bajo la pluma anónima de Sylvain Maréchal, conocido a partir de entonces por sus escritos antirreligiosos: «¡La Igualdad! ¡Primer deseo de la naturaleza, primera necesidad del hombre y principal vínculo de cualquier asociación legítima! ¡Pueblo de Francia! ¡Tú no has sido más favorecido que las demás naciones que malviven en este desafortunado mundo! [...] Siempre y en todas partes la pobre especie humana confiada a antropófagos más o menos hábiles sirvió de juguete de todas las ambiciones, de pasto de todas las tiranías. Siempre y en todas partes se adormeció a los hombres con bellas expresiones: nunca y en ningún lugar obtuvieron, junto a la palabra, la cosa. Desde tiempo inmemorial se nos repite de manera hipócrita que los hombres son iguales y desde tiempo inmemorial la más degradante y monstruosa desigualdad pesa insolentemente sobre el género humano. [...] Necesitamos que esa igualdad no solo esté escrita en la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano; la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestras casas. [...] Mucho menos de un millón de individuos, y durante demasiado tiempo, dispone de lo que corresponde a más de veinte millones de sus semejantes, de sus iguales. Que desaparezcan de una vez las escandalosas distinciones entre

ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y lacayos, gobernantes y gobernados. Que no haya entre los hombres más diferencia que las de la edad y el sexo. Puesto que todos tienen las mismas necesidades y las mismas facultades, que haya para ellos una única educación, un único sustento. […] Ha llegado el momento de fundar la República de los Iguales, ese gran hospicio abierto a todos los hombres. Han llegado los días de la restitución general[124]».

El 5 de diciembre de 1795 se decretó el arresto de Babeuf, pero pudo ocultarse y siguió su acción en la clandestinidad ganándose muchas simpatías. En diversas ciudades aparecieron asociaciones secretas de babuvistas. Se organizó la conspiración de los Iguales, que quiso derrocar el Directorio y establecer en Francia el primer régimen comunista *avant la lettre*. El 30 de marzo de 1796 se creó el «Comité insurgente de la conspiración por la igualdad», al que pertenecían Buonarroti y Maréchal.

Unos días antes, por orden del Directorio se cerró el Club del Panteón, además de otras «reuniones políticas» consideradas «contrarias a la tranquilidad pública». En el Consejo de los Quinientos, solo François Lamarque se rebeló declarando «que consideraba como enemigo de la República a todo el que provocara la supresión de las asociaciones formadas por ciudadanos». Extraño recorrido el de este abogado, diputado por la Dordoña en la Legislativa y después en la Convención. Regicida, fue uno de los cuatro representantes en misión entregados en 1793 a los austriacos por Dumouriez, con el ministro de Guerra Beurnonville. En diciembre de 1795, formó parte del intercambio con Madame Royale, la huérfana del Temple, al término de una negociación complicada durante la cual se vio al misterioso Montgaillard asomar la punta de su nariz.

Desarmados los barrios, ya no era posible una insurrección popular. Solo un complot minuciosamente preparado con un núcleo de conspiradores decididos podía tener éxito, pero el

idealista Babeuf había dedicado más tiempo a elaborar los decretos que quería promulgar que a preparar su golpe de Estado. Además, sus anuncios sediciosos y sus maniobras de captación en las tropas de París eran poco compatibles con el secreto indispensable para este tipo de acción. Debidamente instruido, el Directorio puso al mando de la policía a un ministro seguro: Charles Cochon de Lapparent, que sustituyó a Merlin de Douai. Se hizo una declaración a los parisinos, a los que se puso en guardia contra los anarquistas que querían «llevar a cabo la compartición de todas las propiedades y volver a construir los cadalsos». Un agente doble, el capitán Georges Grisel, pudo estar infiltrado en la conjura, a menos que no haya traicionado por su cuenta al denunciar el complot a Carnot.

Babeuf es arrestado fácilmente con sus cómplices el 10 de mayo de 1796. La conjura de los Iguales tiene un último episodio en la noche del 9 al 10 de septiembre con un intento de golpe en el campo de Grenelle, donde está acuartelado el 21 regimiento de dragones. Estos esperaron a pie firme a los conspiradores, que fueron acogidos con un tiroteo que dejó veinte muertos y numerosos heridos. En lo que respecta a los 132 asaltantes que fueron capturados, fueron juzgados por un tribunal militar y fusilados.

Los conspiradores arrestados fueron llevados en octubre ante el Tribunal supremo de justicia constituido en Vendôme, que emitió 33 sentencias de muerte. Buonarroti fue condenado a tres años de deportación y Maréchal se defendió tan bien que consiguió ser absuelto. Entre los acusados estaban Jean-Baptiste Drouet, el hombre de Varennes que, asombrosamente, había sido elegido en la Convención. También él, capturado por los austriacos en 1793, formaba parte del «lote» intercambiado con Madame Royale. Se le había reservado un sillón en el Consejo de los Quinientos, pero no tardó en conspirar con Babeuf, según él el único heredero del «espíritu de 1793». Gracias a muchos cóm-

plices, pudo evadirse y refugiarse en las Canarias, pero al final del proceso de los babuvistas, donde es juzgado por contumacia, es absuelto. Se apresuró a volver a Francia y recuperó su lugar entre los neojacobinos. Babeuf y Darthé fueron guillotinados el 27 de mayo de 1797 después de intentar el suicidio.

En medio de todas estas vicisitudes políticas se desarrolló lo que se llamó erróneamente una «sociedad del Directorio»: erróneamente en el sentido de que solo representa una ínfima minoría de parisinos, beneficiarios de las fortunas y desgracias de la Revolución, a los que se unió la gran masa de todos los que, después del Termidor, quisieron cambiar de página, siguiendo el ejemplo de Arnault, que se había convertido en el intérprete en sus *Recuerdos de un sexagenario*: «En verdad teníamos, en lo que atañe al placer, mucho por recuperar [...]. Como en ciertos países, donde a un funeral le sigue una orgía, donde la alegría viene después de las lágrimas y se manifiesta en medio del duelo, en París todos los días era una fiesta. Los parques y jardines estaban siempre llenos; las salas de concierto, como los salones de baile y las salas de espectáculos, eran demasiados pequeños para contener a la muchedumbre que atraían, una muchedumbre ávida de placeres de los que había estado privada durante mucho tiempo; una muchedumbre con la que no despreciaban mezclarse los anteriormente nobles para hablar el lenguaje de la época y que, habiendo escapado de la guadaña revolucionaria, habían sobrevivido a sus familias masacradas».

Los emigrados que habían regresado no debían perder de vista que estaban en una República y que, incluso sin el Terror, la Revolución continuaba: «Fue bajo el Directorio cuando los restos esparcidos de la buena compañía empezaron a volver al nido, ironiza Frénilly. Se buscaban, se llamaban, se volvían a reunir, pero discretamente, porque los espías habían sucedido a los verdugos. Nada de caballos ni calesas, para no insultar al soberano a pie; nada de plata, para hacer creer que la habían entregado a la

Casa de la Moneda. Incluso hacían gala de pobreza en público. El *bon ton* supremo era estar arruinado, haber sido sospechoso, perseguido, sobre todo, haber acabado en prisión; nada de salvación, nada de consideración en las sociedades sin este último punto; era una desgracia no haber sido guillotinado, pero debería serlo al día siguiente, dos días después del 9 de termidor. Se discutía quien había tenido más mala suerte, y recuerdo la vergüenza que pasé en un almuerzo de víctimas que Mme. Le Sénéchal nos dio en su casa de Montrouge: sufrí la vergüenza de haber sido el único que no había estado en prisión».

También se daban «bailes de víctimas», donde el colmo de lo chic era tener a un familiar guillotinado. Se saludaban «al estilo de víctima», con un brusco asentimiento de la cabeza simulando la cabeza que cae bajo el tajo de la cuchilla. Causan furor los colgantes y pendientes con forma de guillotina. También los vestidos y los peinados de los «increíbles», surgidos durante la Convención termidoriana al mismo tiempo que sus homólogas femeninas, las «maravillosas», son «al estilo de víctima», con una enorme corbata que sube hasta la barbilla. Los primeros así se protegen «del soplo fresco de la guillotina», mientras que las segundas adornan su cuello con un lazo rojo que «corta» su piel de alabastro (al igual que bajo el Antiguo Régimen, donde estar moreno «era de pueblo»). Las maravillosas menos extravagantes se conforman con vestidos a la antigua que dejan más cuerpo al descubierto y con sugerentes transparencias. Las pelucas vuelven a estar de moda y cambian según la hora del día y, claro está, en las noches de fiesta.

El peinado de Madame Récamier, que tiene el salón más popular de París, es uno de los que marcan tendencia: rizos suaves, a la griega, que caen sobre una ancha cinta. «La musa de los salones» es una de las «tres Gracias» del Directorio con Josefina de Beauharnais y Madame Tallien. Era también amiga de Madame de Staël, que se había exiliado en 1793, pero que había vuelto a

Francia después del Termidor. Esta última había publicado, anónimamente pero firmando «Escrito por una mujer», unas *Reflexiones sobre el proceso de la reina*[125] que, por primera vez, rehabilitan a María Antonieta haciendo un llamamiento, con acentos modernos, a las madres y mujeres «de todas las clases sociales» inmoladas a través de la reina. Más allá de esto, se cuestiona la violencia revolucionaria y el Terror, base de una visión liberal que distinguirá y opondrá la legitimidad de 1789 a su desviación por el jacobinismo.

Fortunée Hamelin, llamada Madame Hamelin, es otra de estas maravillosas. El tono moreno de esta amiga de Josefina, criolla como ella, hace que sus enemigos, numerosos, digan de ella que parece un mameluco. La llamaban la «bonita fea», antes de llamarla «la mayor libertina de Francia». Provocó un inicio de revuelta cuando se mostró en su cabriolé «más que desnuda» en los Campos Elíseos, que habían sido ensanchados y estaban a punto de convertirse en un paseo elegante. Como se espera de una Maravillosa, Fortunée coleccionó amantes, entre los cuales figuraban el barón Ouvrard, el mismo tipo de aventurero que, gracias a la Revolución, había hecho fortuna con el comercio colonial y el suministro de material militar. Se lo quitó a Madame Tallien, otra gran coqueta. Las celebridades del mundo político, literario y artístico se reunían en sus salones. La ciudad ha triunfado sobre la corte. «A falta de aristócratas de diez siglos, habíamos creado aristócratas de veinticuatro horas», se burlaba Frénilly.

Barras frecuentaba a todas estas damas asiduamente, viviendo a todo tren en su castillo de Grosbois a las puertas de París. Por esto y por lo demás, el «rey Barras» suscita un desprecio unánime. La Revellière habla de él en sus *Memorias*: «La falsedad y un disimulo profundos, unidos a otros vicios, no habían hecho más que aumentar con la edad. En el palacio de Luxemburgo se rodeaba solo de los jefes de la anarquía más libertina, de los aristócratas más corruptos, de mujeres perdidas, hombres arruinados,

hombres de negocios presuntuosos, especuladores, prostitutas y favoritos […]. No tiene fe ni moral […]. Aunque todavía usaba el lenguaje de un patriota e incluso de un *sans-culotte*, se rodeaba de un fasto extraordinario». Aludiendo a Pitt en Inglaterra y a Barras en Francia, los graciosillos decían que Europa no respiraría hasta que Inglaterra no fuera «depitada[126]» y Francia «debarrasada[127]».

Al lado de este «rey del Directorio», los otros directores pasan desapercibidos, excepto Carnot, que tiene su propia corte, aunque mucho más modesta. La Revellière, tan severo con los demás, detesta tanto a Barras como a Carnot, que es apoyado indefectiblemente por Le Tourneur. Surgirán entonces dos bandos: el de Carnot y el de Barras quien, manipulador y con la gran suerte de no sacar nunca la bola negra que cada año hace que se sustituya a un director, constantemente se asegura de los otros dos y, por ende, de la mayoría.

La Revellière, para bloquear la vuelta de la religión católica, favorece un nuevo culto: la teofilantropía, en la que el Dios de los católicos es sustituido por un Dios simplemente bueno, que no exige ningún rito, por lo que a los fieles les basta con reunirse para cantar sus alabanzas. Bernardin de Saint-Pierre, el autor roussoniano de *Pablo y Virginia* (1788), que ve pasar la Revolución sin comprender nada, es uno de estos teofilántropos, «amigos de Dios y de los hombres», a los que el pueblo apoda los «granujas en tropel». Llueven los sarcasmos, como el apóstrofe de Talleyrand a La Revellière en el cenáculo del Instituto de Francia: «Para fundar el cristianismo, Jesucristo fue crucificado y resucitó. Empezad haciendo lo mismo».

Sin embargo, todavía estamos en la República. Un informe del 13 de pradial del año IV (1 de junio de 1796) dirigido por la Dirección general de la Instrucción pública al ministro del Interior subraya que «las fiestas deben convertirse en el culto a la República». El mes siguiente se restablecen las fiestas conmemorati-

vas del 14 de julio de 1789, 10 de agosto de 1792 y 21 de enero de 1793, sin por ello suprimir las fiestas ya instituidas. Demasiadas conmemoraciones matan a la conmemoración. Los concejales de provincia se hacen eco de una desafección general. Al cabo de seis años de caos, los franceses han agotado su fervor revolucionario.

El régimen es objeto de burla, es vilipendiado. Tanto a la derecha como a la izquierda, los periódicos hostigan al poder cuya base social, que ya era escasa al inicio, no deja de reducirse. Demaillot, actor, dramaturgo, periodista, agente del Comité de salvación pública durante el Terror y que estuvo un tiempo en la cárcel por la reacción termidoriana, representa en enero de 1797 una obra de teatro que tiene un éxito inmenso: *Madame Angot ou la Poissarde parvenue*. Este tema inspiró en el siglo XIX más de doce obras y la primera gran opereta histórica, *La Fille de Madame Angot*. Desde enero de 1796 está prohibido cantar *Le Réveil du peuple* en los teatros, prueba de que se había convertido en el signo de unión de los realistas.

Fue en este contexto revolucionario en el que tuvieron lugar las elecciones del germinal del año V (marzo-abril de 1797) a fin de renovar el primer tercio saliente de los Consejos, de los cuales la mitad eran perpetuos. Estos fueron casi todos derrotados. La derecha consiguió el 70% y se aseguró el 45% de los escaños (contra el 38% del partido de los «directoriales», favorables al gobierno). La nueva mayoría es además muy relativa, puesto que hay dos tendencias opuestas, como las que se expresaron en el Club neorrealista de Clichy (llamado así porque se había establecido en la parte baja de la rue de Clichy), formado tras la caída de Robespierre. Los *clichyens* se dividían entre una minoría de «jacobinos blancos», que quería una restauración inmediata gracias a un golpe de Estado, y una mayoría de realistas constitucionales, que rechazan la violencia. Esta representaba, según Arnault, «a la mayoría de los franceses que tendía, evidentemente, hacia la mo-

narquía, pero lo hacía sin planearlo, caminando por una pendiente suave, a través de un camino lleno de flores».

Los directores sienten el viento de la bala, pero no se ponen de acuerdo sobre qué conducta seguir, con los republicanos divididos igualmente entre ultras y moderados. Mientras que Carnot acepta los resultados del escrutinio, Reubell y La Revellière desean retomar el control por la fuerza. Le Tourneur, que siempre seguía a Carnot, es eliminado el 20 de mayo de 1797 en el sorteo que se realiza con ocasión de la renovación anual de uno de los cinco directores. Es sustituido por François Barthélemy, embajador en Suiza, que ha conseguido mantener, no sin esfuerzo, las relaciones de este país con Francia y en el que las opiniones realistas están bien asentadas.

El desfase entre la renovación por tercios de los diputados y por quintos de los directores agrava la crisis. Mientras que la mayoría se inclina hacia el Consejo de los Quinientos, el poder ejecutivo permanece en cuatro quintas partes, regicida a pesar de que Carnot se ha inclinado, de hecho, a la derecha. Todo depende de Barras, que en principio se reserva, esperando que la balanza se incline a su favor. Mientras espera, la presidencia del Consejo de los Quinientos recae en Pichegru, que acaba de ser elegido por el Jurado. Es ya un *clichyen* notorio que encabeza también la mayoría realista de los Quinientos, seguro de que los «jacobinos blancos» apuestan por un golpe de Estado.

La Constitución del año III no había previsto esta situación de bloqueo: los directores no pueden conseguir que los Consejos voten las leyes necesarias para el funcionamiento del ejecutivo, y los Consejos ya no pueden hacer ejecutar sus decisiones legislativas. Se demuestra que la estabilidad que la Constitución del año III pretendía dar a la República es imposible. La rueda de la Revolución, que estaba llamada a detenerse finalmente con el Directorio, parece muy cerca de tener que girar nuevamente.

«El general Bonaparte impondrá fuertes contribuciones»

La historia de la Revolución francesa tiene una lamentable tendencia a no traspasar las puertas de París cuando no son las de las asambleas. París nunca ha sido reducida al 1/83 de su importancia, como querían los girondinos. Sin embargo, Francia entera entra en guerra aun cuando la patria ya no se encuentra en peligro. Tanto en las fronteras como en el interior del país, la situación ha mejorado considerablemente a partir del verano de 1795.

Es el caso de la guerra de la Vendée. A la desastrosa expedición de Quiberon en junio de 1795 le sigue el fracaso de la de la isla de Yeu, en septiembre, cuando el conde de Artois pone pie en ella durante dos meses esperando unirse con las fuerzas de Charette, que no llegan. El jefe vandeano no consigue reunir las inmensas cohortes de campesinos que hasta entonces reforzaban sus escasas tropas regulares. Lo mismo sucede con Stofflet, que retoma el combate sin fuerzas suficientes y, sobre todo, sin ilusiones. Ha encontrado a Hoche en diciembre de 1795, que continúa aplicando en la Vendée una política de apaciguamiento que termina por tener sus frutos, hasta el punto que pronto es llamado «el pacificador del Oeste». Para los que la piden, una amnistía plena y total y la libertad de culto; para los otros, una lucha implacable. Cada vez son más numerosos los campesinos vandeanos que vuelven a sus granjas.

A partir de enero de 1796, la Vendée ya no constituye una amenaza militar para la República. Las tropas de los jefes vandeanos disminuyen en cada escaramuza, y en las emboscadas que

los Azules les tienden. Los últimos sublevados ya no se mueven como pez en el agua (por usar la fórmula maoísta) en medio de una población que aspira a la paz. Algunos jefes locales se someten, mientras que otros son hechos prisioneros. Stofflet es capturado el 23 de febrero de 1796, probablemente como consecuencia de una traición, y fusilado al día siguiente en Angers. Después, el 23 de marzo, es el turno de Charette. Encarcelado en Nantes, es fusilado el 29 del mismo mes, mientras que Cadoudal negocia su entrega el 22 de junio (pero se fue a Inglaterra para recoger fondos y apoyos con objeto de reanudar la lucha). Si la chuanería continúa sordamente en Bretaña, la guerra de la Vendée ha terminado.

La memoria colectiva se apropia enseguida de esta atroz guerra civil. Para celebrar a sus héroes y mártires, la Vendée no tiene más que la dificultad de la elección. Los lugares de las masacres se convierten en meta de peregrinaciones (hasta hoy), como la capilla Notre-Dame du Petit-Luc, donde fueron masacrados todos los habitantes de Lucs-sur-Boulogne (entre ellos, 110 niños menores de siete años). No es este el caso de la República que, después de la improbable historia de Bara, instaura el culto igualmente difícil de Perrine Dugué, una joven granjera de diecinueve años asesinada en un camino de la Mayenne, probablemente por bandidos, quizás por chuanes que la habrían tomado por una espía. ¿Acaso sus padres y sus hermanos no eran leales a los Azules? Los campesinos que habían recogido su último suspiro habían visto su alma subir al cielo… con alas tricolores. Se cumplieron milagros sobre su tumba y desde entonces se invoca a «la santa tricolor». En 1797 se construyó una pequeña capilla (todavía existe). Se organizó una peregrinación.

Una verdadera guerra de la memoria continúa hasta nuestros días, sellando el divorcio de la Francia de los Azules y la de los Blancos. Parecía que esta ruptura estaba, si no olvidada, al menos adormecida cuando, en los años 1980, Reynald Secher lanzó la

acusación de genocidio y desencadenó inmediatamente una gran polémica. A finales de diciembre de 1793, el general Westermann declaraba en el Comité de salvación pública: «Ya no hay Vendée, ciudadanos republicanos. Ha muerto bajo nuestro sable libre, con sus mujeres y sus hijos. Acabo de enterrarles en las ciénagas y en los bosques de Savenay. Siguiendo las órdenes que me habéis dado, he aplastado a los niños bajo las patas de los caballos, masacrado a las mujeres que, al menos esas, ya no alumbrarán bandidos. No puedo reprocharme ningún prisionero. Lo he exterminado todo».

Discurso revolucionario que no hay que tomar al pie de la letra, argumenta el historiador de la Revolución Jean-Clément Martin, que refuta la tesis del genocidio[128] invocando, más bien, «crímenes masivos planificados» que, sin embargo, evalúa en la asombrosa cantidad de 220.000 a 250.000 muertos: 80.000 en el departamento de La Vendée; de 70.00 a 75.000 en Maine y Loire; de 64.000 a 72.000 en Loira-Atlántico, 50.000 en Deux-Sèvres.

¿Es necesaria una etiqueta, un sello para las atrocidades que los Ejércitos de la República cometieron en la Vendée? Para las víctimas, los niños asesinados en los brazos de sus madres, no supone una gran diferencia.

Pero ¿qué es la Vendée vista desde el París revolucionario, incluso después del Terror? El Directorio se aprovecha desde el primer año de su gobierno de una paz interior suficiente para concentrar sus ejércitos en las fronteras. Lo mismo sucede con sus mejores generales. Hoche es destinado al mando de una operación de las más osadas, que pretende desembarcar con un cuerpo expedicionario en Irlanda, a petición de los patriotas y revolucionarios irlandeses en lucha contra Inglaterra. La idea general, y cuanto menos presuntuosa, es crear «la Vendée de Inglaterra». En diciembre de 1796, 15.000 hombres embarcan en 45 navíos, pero la operación fracasa lamentablemente.

Sin embargo, en vísperas de la Revolución, la marina de guerra francesa se encontraba en plena recuperación. Sin poder compararse con la marina británica, dispone de un número de navíos, fragatas y corbetas suficientes para ofrecer resistencia. El reino de Francia había emprendido un audaz programa de construcción estandarizada de navíos con 72 cañones (con dos puentes en lugar de tres, más manejable y con un coste más bajo). Sin embargo, esta marina, como todas las demás, exigía una alta cualificación de los oficiales y la maestranza (suboficiales llamados «oficiales del mar»). La Revolución rompió netamente con este recurso provocando la emigración de los oficiales y favoreciendo el amotinamiento de las tripulaciones. No se trata aquí de mezclas ni de llamamientos a la patria en peligro. La marina de guerra es un arma técnica. En vano Jeanbon Saint-André había intentado corregir una situación de la que la expedición a Irlanda fue la triste prueba: los navíos se perdieron en la tempestad y después entre las brumas, con oficiales incapaces de mantener agrupada la flota y con tripulaciones totalmente incapaces de maniobrar correctamente.

En todo caso, la guerra continúa, de lejos con Inglaterra, pero más directamente con Austria. Ahora bien, el Directorio se encuentra ante una decisión esencial, vital, que compromete su misma existencia: para terminar la Revolución y establecer un funcionamiento normal de las instituciones, primero sería necesario terminar la guerra, salvo que el régimen no se siente preparado para ello y que la victoria esté al alcance de la mano. La gloria rescata la sangre versada y da un nuevo horizonte continental al sueño arruinado de 1789.

Austria ha propuesto un congreso, pero el Directorio se niega, pues pretende imponer por las armas unas paces separadas. La doctrina de las fronteras naturales de Francia permanece profundamente anclada en el espíritu. Reubell, un alsaciano, uno de los

cinco directores, encargado especialmente de las relaciones exteriores, exige una política activa en el Rin.

Mientras la guerra continúa, cambia de aspecto. Los ejércitos que permanecen en el país cada vez están más lejos de la dinámica del año II, sustituyendo lentamente el entusiasmo revolucionario por la fidelidad a sus jefes. Estos, después de haber escapado a la supervisión de los «comisarios políticos» del Terror, tienen la tendencia a privilegiar sus ambiciones personales ante un régimen plagado de dudas y desidia. El divorcio entre el régimen y el Ejército es patente desde el comienzo del Directorio.

La única paz que Francia considera es la que quiere imponer por las armas a Viena. Para ello, Carnot elabora un plan de campaña en 1796. Se asigna el papel principal a dos Ejércitos del Norte, el de Sambre-et-Meuse, comandado por Jourdan, y el del Rhin-et-Moselle, a las órdenes de Moreau. Este último había sido nombrado el 14 de marzo de 1796 como sustituto de Pichegru, bajo sospecha desde hacía seis meses de llevar a cabo negociaciones secretas con Austria. Estos dos ejércitos deben avanzar contra Viena a través del sur de Alemania, mientras que el Ejército de los Alpes (Kellermann) y el de Italia (Scherer) desviarán la atención tomando unas garantías territoriales. El repentino nombramiento, el 2 de marzo de 1796, de Bonaparte como comandante en jefe del Ejército de Italia trastocará estos planes.

¿Por qué Bonaparte? Scherer había dimitido, rechazando el plan que el general vendimiario proponía desde hace dos años, y que Carnot adopta después de haberse opuesto a él en un primer tiempo. Este plan es a la vez sencillo y ambicioso: tomar la ofensiva siguiendo la Riviera, obligar al Piamonte a la paz separando el Ejército sardo del Ejército austriaco, conquistar después Lombardía antes de entablar la marcha hacia Viena por las colinas del Tirol. El Ejército de Italia no dispone más que de 35.000 hombres, y seguramente bastantes menos, pues los efectivos teóricos son siempre muy superiores al número real de los soldados sobre

el terreno, lo que llevó a decir a Scherer: «No voy a conseguir la luna con los dientes».

Así, Carnot ha optado por Bonaparte, aunque este todavía no haya dado pruebas como comandante en jefe del Ejército. En esa primavera de 1796 es sobre todo un general político. Continúa siendo el protegido de Barras, que no cesa de subvencionar a su numerosa familia (madre, cuatro hermanos y tres hermanas). Por consejo de este último, y no sin reticencias, Josefina, su antigua amante, ha aceptado casarse con este oficial prometedor, pero todavía desconocido, que había encontrado por primera vez en casa de Madame Tallien y de la que enseguida se enamora perdidamente. El matrimonio civil tuvo lugar el 9 de marzo de 1796. Tallien y Barras son los testigos de los novios. «Buonaparte» afrancesa entonces su nombre en «Bonaparte». Desde ese momento entró a formar parte de la élite del poder, especialmente porque, a diferencia de numerosos generales, su reputación de republicano estaba intacta.

Desde el comienzo de la campaña de Italia y frente a un adversario numéricamente superior, Bonaparte inauguró, con un éxito que ya no se desmentirá, una táctica que, gracias a la movilidad y a una rápida concentración de sus fuerzas, consistía en afrontar y batir separadamente los cuerpos del Ejército más lentos. Después de dejar Niza el 26 de marzo de 1796, el 12 de abril consiguió la victoria de Montenotte sobre los austriacos, mientras que el general Augereau la alcanzaba al día siguiente sobre los sardo-piamonteses en Millesimo.

Desde su ingreso a Italia, Bonaparte puso en práctica un arte operativo que consistía en perseguir a ultranza a un ejército vencido sin dejarle el tiempo de reconstituirse. Así, acosó a los sardo-piamonteses en retirada hacia Turín, aplastándolos en Mondovì el 21 de abril. Al término de esta «guerra relámpago» de 16 días, el rey de Piamonte-Cerdeña solicitó un armisticio y cedió a

Francia Saboya y el condado de Niza. El Ejército de los Alpes (Kellermann) pudo reunirse con el suyo.

El Ejército imperial de Italia estaba comandado por el general de Beaulieu, un valón de setenta y un años, representante típico de las guerras estáticas del Antiguo Régimen. Esperaba a pie firme a los franceses en la orilla izquierda del Po cortándoles la vía de Turín a Milán, pero, al término de una audaz marcha, el 10 de mayo Bonaparte dirigió a sus hombres a Lodi, obligándole a batirse en retirada y a refugiarse en la poderosa fortaleza de Mantua.

El 15 de mayo, el general francés hizo su entrada triunfal en Milán. Como en Turín, los «patriotas italianos» que se habían apoderado de la municipalidad aclamaban a los franceses que los habían liberado del «yugo austriaco» y les prometían la independencia de Lombardía. Lejos de sus expectativas, el «libertador» impuso un gravamen a la ciudad de 20 millones de liras. De la misma forma, el duque de Parma y Piacenza, que sin embargo se había declarado neutral, el 9 de mayo vio cómo le concedían el armisticio a cambio de 2 millones en efectivo, 1.200 caballos de tiro, 500 de montar, 1.000 toneladas de trigo y 500 de avena, 2.000 bueyes, 5.000 pares de zapatos, así como obras de arte escogidas por una comisión de artistas franceses. De manera semejante el rey de Piamonte-Cerdeña «concedió» 3 millones.

Se saquearon las iglesias, los fondos públicos, los montes de piedad de cada ciudad conquistada. Los montes de piedad, que no contenían sino pocos valores depositados por una clase popular, son, de alguna manera, la caja fuerte de las familias de Italia, que ponen a buen recaudo sus joyas, su oro e incluso su dinero en metálico. El gran historiador de la campaña de Italia, Guglielmo Ferrero (su *Bonaparte en Italie* data de 1936) subraya que «la Revolución no despojaba, como en las iglesias, al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, a la Virgen y a los santos, que estaban en el cie-

lo, sino a las familias ricas y burguesas, que vivían en la misma ciudad. Hacía bolchevismo, diríamos hoy».

El vencedor no hizo más que obedecer las instrucciones del Directorio, tal como habían sido claramente formuladas en unos de los artículos de su decreto de nombramiento: «El general Bonaparte impondrá fuertes contribuciones, de las que la mitad se versará en el Tesoro destinado a los servicios de las diferentes administraciones, y la otra mitad será destinada a pagar en metálico los créditos y la soldada del Ejército». Tras las primeras victorias, en una directiva del 7 de mayo, París prescribió el saqueo general de las obras de arte, revistiéndolo, como se debe, de un barniz ideológico: «Ha llegado el tiempo en que su reino debe pasar a Francia para afirmar y embellecer el de la libertad». El almirante Truguet, ministro de la Marina, comentó así las requisas más prosaicas de madera y de cáñamo: «Hagamos que Italia esté orgullosa de haber contribuido al esplendor de nuestra Marina».

En sus dictados de Santa Elena a Emmanuel de Las Cases, Napoleón, olvidando mencionar que, de paso, se sirvió a sí mismo, declara: «Volví de la campaña de Italia sin ni siquiera trescientos mil francos míos; [...] sin embargo, había enviado a Francia, como mínimo, cincuenta millones para el servicio del Estado. Es la primera vez, en la historia moderna, que un ejército contribuye a las necesidades de la patria en lugar de estar a su cargo». Los Ejércitos del Norte hacen lo mismo, canjeando a alto precio cada armisticio con los príncipes alemanes. La guerra alimentaba el régimen, evitando así su quiebra. Por esta razón, y cada vez más, la guerra era necesaria.

Este pillaje organizado no estuvo exento de resistencia y la represión no se hizo esperar. El 24 de mayo de 1796, los soldados franceses incendiaron la villa de Binasco, en el sur de Milán. Se colgó en los muros una proclama para los habitantes de Lombardía: «Quienes, en un plazo de veinticuatro horas, no hayan depuesto las armas y prestado juramento de obediencia a la Repú-

blica, serán tratados como rebeldes y sus ciudades serán incendiadas. Que el ejemplo terrible de Binasco les haga abrir los ojos. Su suerte será la de todas las ciudades y poblaciones que se obstinen en rebelarse». Al día siguiente, saquearon Pavía y fusilaron a los «rebeldes» locales. Una nueva *pax romana* se instaura desde el inicio de la campaña de Italia. Lejos de sus ideales republicanos repetidos hasta la saciedad, no quedaba más que la fuerza de las bayonetas. En revancha, el Ejército se había convertido en el crisol de la nación.

Los franceses entraron en Verona el 3 de junio, mientras los austriacos se replegaban hacia el Tirol. Sin embargo, Mantua resistió, sufriendo un asedio de ocho meses, sin que los austriacos llegaran a desbloquear la plaza. Bonaparte ya no es un instrumento en las manos del Directorio (si lo ha sido alguna vez). Siguiendo una política personal, firmó un armisticio con el reino de Nápoles antes de entrar, el 12 de junio, en Romaña, en los Estados Pontificios. El 23 de junio se firmó un armisticio en Bolonia. Según los términos del mismo, el papa debía entregar 21 millones, 100 objetos de arte y 500 manuscritos, y dejar libertad de paso a las tropas francesas en sus Estados, además de prohibir sus puertos a los ingleses. El 27 de junio invaden Livorno, puerto libre y neutral de Toscana. Además de confiscar las valiosas mercancías inglesas que se encontraron en él, la finalidad de la operación era la de obligar a Inglaterra a evacuar Córcega. Será cosa hecha el 10 de octubre.

Un Ejército austriaco de auxilio comandado por Wurmser (un alsaciano) en sustitución de Beaulieu se puso en marcha desde el Tirol a fin de desbloquear Mantua. Es derrotado en Castiglione el 5 de agosto y, más tarde, en Bassano el 8 de septiembre, antes de tener que encerrarse en la ciudad asediada. Dos nuevos ejércitos de auxilio son derrotados uno después del otro: el primero en Arcole, del 15 al 17 de noviembre; el segundo en Rívoli, al norte de Verona, el 14 de enero de 1797. Durante el transcurso

de esta batalla, la más célebre de la campaña de Italia, Bonaparte, atenazado por dos cuerpos de Ejército austriacos, ignoró al más débil para arrojarse sobre el más poderoso, con la ayuda determinante de la división Masséna, que había llegado a la planicie de Rívoli al término de una marcha forzada de 20 leguas (unos 80 kilómetros) en tres días. Fueron hechos prisioneros 22.000 soldados austriacos. Esta victoria brillante y decisiva llevó a la capitulación de Mantua el 2 de febrero de 1797. El camino hacia Viena estaba abierto.

El plan de guerra contra Austria estaba a punto de cambiar. Mientras el Ejército de Italia vuela de victoria en victoria, el archiduque Carlos de Austria, de veintitrés años, hermano de Francisco II y nieto de María Antonieta, uno de los mejores generales de su tiempo, detuvo a los dos ejércitos que luchaban en Alemania. Jourdan, que primero había tomado Fráncfort y luego había entrado en Baviera, tuvo que retirarse en septiembre de 1796. Después de una ofensiva victoriosa, Moreau se vio obligado a cruzar el Rin en octubre de ese mismo año. Marceau, principal vencedor de la guerra de la Vendée, murió el 21 de septiembre, a la edad de veintisiete años, durante un combate de retaguardia en Altenkirchen. La campaña de Italia, al inicio secundaria, se había convertido en decisiva.

Después de Lodi y también por iniciativa de Bonaparte, el 16 de octubre de 1796 se proclamó una República cispadana, que comprendía el ducado de Módena y la parte norte de los Estados del papa (Emilia y Romaña). En marzo de 1797, «se votó» una constitución en Módena según el modelo del Directorio. No es más que el inicio de la creación, a finales de 1796, de una República cisalpina que reunía el norte del Po, con Milán por capital. A ella se incorpora la República cispadana. Se mantiene el modelo político del Directorio, pero se declara el catolicismo religión de Estado, para no enemistarse con la población.

El brillante vencedor se emancipa cada vez más del Directorio, aunque no deja de enviarle, de vez en cuando, informes llenos de deferencia. El 19 de febrero de 1797 firmó la paz de Tolentino con Pío VI, mientras que París le había ordenado «destruir el centro de la unidad romana». Aviñón y el condado de Venaissin fueron devueltos a Francia, y quince nuevos millones se añaden a los otros quince anteriormente concedidos.

El 10 de marzo de 1797 comenzó la gran ofensiva contra Viena. El Ejército de Italia, que acaba de reforzarse con semibrigadas (regimientos) llegados de los Ejércitos del Rin y de las costas atlánticas, se había convertido en una poderosa máquina de guerra cuyo impulso ya parecía imparable. Atravesó el paso de Tagliamento el 16 de marzo. El paso de Tarvis, el 21. El 31 de marzo, Bonaparte escribe al archiduque Carlos: «Señor general en jefe, los buenos militares hacen la guerra y desean la paz [...] ¿Hemos matado suficiente gente y cometido suficientes males a la triste humanidad?». Estas bellas proclamas, que tanto gustan al general conquistador, tienen sobre todo el objetivo de seducir a la opinión francesa, a tranquilizarla al mismo tiempo que sirven para su gloria. La imaginería popular exalta sus victorias, los periódicos le son devotos, entre los cuales un *Journal de Bonaparte et des hommes vertueux* en el que se opone su virtud a la corrupción del Directorio. Los miembros del Directorio, que no tienen en absoluto los medios para cortar las alas al general vencedor, deben soportar esto como todo el resto.

Los franceses llegan a Leoben, en Austria, el 13 de abril. Viena no está más que a un centenar de kilómetros. Alarmados, los representantes austriacos solicitan la suspensión de las hostilidades. Mientras esto sucedía, Hoche, que había recibido el mando del Ejército de Sambre-et-Meuse después de su aventura irlandesa, derrota a los austriacos en el Rin, en Neuwied, pero no pudo seguir su avance a causa de los prolegómenos de paz que acaban de comenzar en Leoben.

Mientras se iniciaban las conversaciones, un motín estalló en Verona, ocupada, pero en territorio veneciano. Con ocasión de las «Pascuas veronesas» (por alusión a las «vísperas sicilianas» del martes de Pascua de 1282, cuando Sicilia se rebeló), el lunes de Pascua, 17 de abril, todos los franceses aislados en la ciudad, incluidos los enfermos y heridos, son masacrados. Los soldados que se habían refugiado en la ciudadela resistieron durante una semana a un sitio en toda regla.

En represalia, Bonaparte, rechazando las excusas del Senado, declaró el 3 de mayo la guerra a la República de Venecia. Diez días más tarde, la ciudad de los dogos es ocupada y se le impone una contribución de 3 millones, 5 buques, 20 cuadros y 500 manuscritos. Esta grave usurpación de poderes inaugura una política personal de conquista que supera ampliamente los objetivos de la guerra contra Austria. En esta perspectiva, Bonaparte esboza su sueño de Oriente desembarcando tropas francesas en Corfú, en las islas jónicas, el 28 de junio de 1797. El 17 de agosto, dirige una carta al Directorio en la que expresa su deseo de una intervención militar en Egipto «para destruir verdaderamente a Inglaterra».

En el castillo (más bien una gran villa) de Mombello, cerca de Milán, donde reside del 6 de mayo al 18 de noviembre de 1797, Bonaparte se comporta ya como soberano, rodeado de una verdadera corte en compañía de Josefina. Recibe fastuosamente a los emisarios de París a los que se dedica a seducir o impresionar. Ya no le interesa Italia, sino París. Sin embargo, continúa presentándose como defensor de la República, de un modo extraordinariamente arrogante. El 14 de julio de 1797 proclamó ante sus soldados: «Las montañas nos separan de París. Vosotros las franquearéis con la rapidez del águila, si fuera preciso, para defender la Constitución». Al día siguiente dirige una carta insultante y amenazadora al Directorio: «¿Es que en Francia ya no hay republicanos? Si necesitáis fuerzas, llamad al Ejército». En una pala-

bra, ya no es Bonaparte el protegido del Directorio, sino al contrario.

¡Los Ejércitos! ¡La gloriosa, la inmortal campaña de Italia! Guglielmo Ferrero ve más allá y observa que «Italia fue la trampa maravillosa que el destino había tendido a la Revolución». Francia, escribe, había sido fuerte mientras combatió por sus fronteras naturales. Italia la había hecho salir y ya no podía regresar, embarcándose «en una aventura sin límite y sin salida».

La retórica del golpe de Estado

En la primavera de 1797, la contrarrevolución parecía estar en marcha. En sus *Consideraciones sobre Francia* que publicó entonces (en Lausana), Joseph de Maistre deja las cosas claras respecto al mito de la soberanía del pueblo, imposible ya que no se puede encontrar: «Cuando se formulan hipótesis sobre la contrarrevolución, se comete demasiado a menudo el error de razonar como si esta contrarrevolución debiese ser y no pudiese ser más que el resultado de una deliberación popular. *El pueblo teme*, se dice; *el pueblo quiere, el pueblo no consentirá nunca; no conviene al pueblo*, etc. ¡Qué lástima!, el pueblo no tiene nada que ver con las revoluciones o, por lo menos, solo entra como instrumento pasivo. Cuatro o cinco personas, quizá, darán un rey a Francia. Cartas de París anunciarán a las provincias que Francia tiene un rey, y las provincias gritarán: ¡Viva el Rey!»[129].

En París, la situación del Directorio era ya insostenible. En los Consejos, una mayoría realista socava su autoridad inestable y se las ingenia para privarlos de sus medios financieros y favorecer la vuelta de los emigrados y los sacerdotes proscritos. Nunca la oposición había sido tan virulenta. A los directores no les quedaba más que inclinarse ante ella o destruirla con un golpe de mano antes de las elecciones de la primavera de 1798, que se anuncian tan desfavorables como las anteriores. El 24 de junio de 1797, Barras se puso en contacto con Hoche con este fin. Con el pretexto de reiniciar la expedición de Irlanda, el general desplazó a 15.000 hombres de Renania hacia Brest, pero pasando por París.

El conflicto entre el ejecutivo y los Consejos entró en su fase decisiva el 16 de julio de 1797, cuando Barras se une a Reubell y La Revellière para formar un triunvirato de «defensa republica-

na» contra Carnot y Barthélemy, que apoyan a los realistas. Carnot se disponía a cambiar de ministros para complacer a la derecha, pero lo que sucede es lo contrario. Los ministros de Clichy son sustituidos mientras que Merlin de Douai y Ramel, ambos regicidas convencionales y odiados por los realistas, se mantienen en Justicia y Hacienda respectivamente.

Talleyrand, que había vuelto de Estados Unidos en 1796, es nombrado ministro de Asuntos Exteriores por iniciativa de Barras y sugerencia de Madame de Staël, que lo ha recomendado encarecidamente contra la opinión de los otros directores. «Esperemos, comentó Reubell, que ese libertino de Talleyrand se vea ahogado en medio de hombres de bien. Espero que lo observen y neutralicen». Barras lo despreciaba, como se lee en sus *Memorias*: «Les decía a los constitucionalistas que él era el primero de los suyos, el obispo de Autun, el amigo de Mirabeau; a los girondinos que había sido girondino; a los dantonistas, que seguía siendo dantonista [...]; a los partidarios de Robespierre también les hablaba positivamente, pero tal vez en voz más baja y al oído, diciéndoles que había cosas buenas y excelentes en Robespierre».

Hoche rechazó el Ministerio de Guerra por cuestiones de salud (lo que era verdad, porque murió de tuberculosis unos meses más tarde). Por consiguiente, no será el brazo armado del golpe de Estado. La llegada de sus tropas a menos de 12 leguas de París (unos sesenta kilómetros), prohibida por la Constitución, provocó la indignación de los diputados *clichyens*, pero también la hostilidad de Reubell y La Revellière a un golpe de mano tan indignante.

Los triunviros se pusieron de acuerdo para infiltrar de manera más discreta unas tropas seguras en la capital. Para ello apelaron a Bonaparte, que el 27 de julio les envió al general Augereau, oficialmente para presentar los estandartes cogidos al enemigo y, oficiosamente, para «ponerse al servicio de los defensores de la Constitución». Reputado jacobino, Augereau fue nombrado

ocho días más tarde comandante de la 17 división militar, la de París. Bonaparte había concedido su apoyo al gobierno solo para imponer los acuerdos preliminares de paz con Austria y hacerle sentir su poder.

En ese mismo momento, la derecha de los Consejos planeaba un golpe de mano con Pichegru, pero los realistas querían actuar de acuerdo con Carnot, que se negó. El Directorio había recibido la prueba, un mes antes, de la traición de este general que se había aliado en secreto a la causa de los Borbones.

El 18 de fruidor del año V (4 de septiembre de 1797), los triunviros toman la delantera. París se despertó dividida en zonas por los soldados de Augereau. Barthélemy, Pichegru y una docena de diputados y de periodistas realistas fueron arrestados. Carnot huyó y se refugió en Suiza. Esos dos directores fueron sustituidos por Merlin de Douai, uno de los principales artífices del golpe de Estado, y François de Neufchâteau, ministro del Interior a partir de julio y, anteriormente, comisario del Directorio en la administración central de los Vosgos, departamento por el que había sido diputado en la Legislativa y después en la Convención.

En los muros de París, una proclama del nuevo Directorio denunciaba una conspiración en favor de Luis XVIII, felizmente derrotada. Reunidos en la noche *manu militari*, los Consejos votaron al día siguiente numerosas medidas de excepción. Se anularon las elecciones de abril en 53 departamentos, anulando también la de 200 diputados esencialmente realistas. Sesenta y cinco dirigentes y periodistas realistas fueron deportados a la Guayana, que se había convertido en la «guillotina seca» del Directorio. Se amordazó a la prensa de opinión. Se purgó a la administración y los tribunales, se reintrodujeron las medidas de represión contra los emigrados que habían regresado y los sacerdotes refractarios. Se habló de «Pequeño Terror». El régimen parecía haberse salvado, cuando en realidad el restablecimiento del estado de excep-

ción, la primacía de la fuerza sobre las instituciones y la ley acababan de asestarle un golpe fatal.

Bonaparte felicita a Augereau en una carta fechada el 25 de septiembre: «Todo el Ejército ha aplaudido la sabiduría y energía que habéis demostrado en esta circunstancia excepcional». Dicho esto, el 17 de octubre el vencedor de Italia, verdadero *imperator*, dictó la paz en Campoformio, una villa de Venecia, poniendo fin a cinco años de guerra entre Francia y Austria, que le reconocía a Francia la posesión de Bélgica y abandonaba Lombardía; sin embargo, contrariamente a los deseos del Directorio, se niega a concederle la soberanía sobre los países situados a la orilla izquierda del Rin. A cambio, Austria recibe la parte más grande de la República de Venecia, que deja de existir. El tratado no tuvo en cuenta en absoluto el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos tal como proclamó la Revolución, volviendo así a las prácticas tan denunciadas del Antiguo Régimen. Acordaron que un Congreso se reuniría en Rastatt, en el estado de Baden, para discutir con los príncipes alemanes preocupados por la cesión de la orilla derecha del Rin. El 26 de octubre, París se vio obligado a ratificar este tratado.

Solo Inglaterra sigue luchando contra Francia. ¿Es posible una paz general? Lo que podía parecer posible desde el punto de vista diplomático, no lo es tanto desde el ideológico. Para Londres, como para las potencias continentales, Francia era el «gran Satanás» de la época, el país de los jacobinos igualitaristas y regicidas cuyas doctrinas amenazan de implosión a la Europa monárquica. En cuanto a los franceses, estos han decidido sumarse a una guerra de conquistas que aporta gloria y dinero. Marie-Joseph Chénier, que se sienta en el Consejo de los Quinientos, celebra «la Gran Nación, acostumbrada a vencer». Este orgullo nacional, totalmente nuevo, y la necesidad vital de seguir la transfusión para un Directorio financieramente exangüe, se conjugan para instalar una lógica de guerra perpetua. Se identifica a la República

con la guerra, y no quiere, no puede instaurar una paz. Tampoco la clase política, la opinión pública y, menos aún, el Ejército lo quieren. «Una paz con Inglaterra me parece la pérdida de la República», resumió Reubell, responsable de política exterior.

Siguiendo esta lógica, Inglaterra, como Cartago antaño, debía ser destruida. Se constituyó un Ejército de Inglaterra comandado por Bonaparte, que había vuelto a París el 5 de diciembre de 1797. A Barras le costó mucho pedirle que volviera a Francia. Este general, con una popularidad galopante, inquietaba, no sin razón, al Directorio y a los neojacobinos que el golpe de Estado fructidor habían devuelto al mando. Ciertamente, le aplaudían por todas partes, pero como observó Mallet du Pan, «[él] podía estar seguro de que la mitad de los que le aclamaban lo habrían ahogado bajo sus coronas triunfales». Lacretelle, por su parte, observó la «vaga esperanza de alivio» que suscitó su llegada, pero añadió que se alegraba «de entrever que le costaría un poco cara esta libertad cuyo nombre adorábamos, cuyo fantasma perseguíamos, pero que aún no conocíamos».

En París, el héroe consultó a Talleyrand y se reunió con Sieyès en diversas ocasiones. Con ocasión de la gran ceremonia organizada en su honor por el Directorio en el palacio de Luxemburgo, tuvo la osadía de declarar: «Cuando el pueblo francés esté sentado en las mejores leyes orgánicas, toda Europa será libre». ¿Cuál era su sueño? No tiene la edad requerida para ser director (cuarenta años). Puede que haya acuerdos con el cielo, pero los directores no tienen muchas ganas de meter el lobo en el redil.

De todas formas, Bonaparte pensaba, como todo el mundo, que el régimen del Directorio no podía durar, sobre todo después del fructidor, que había abierto la vía a los golpes de Estados. En Santa Elena, Napoleón confirmará que fue después de Italia cuando soñó con una toma del poder. El tiempo de los hombres providenciales había vuelto, pero también se hablaba mucho de Sieyès. «Sin duda, Bonaparte se sentía lo suficiente-

mente fuerte como para llevar adelante el golpe contra el Directorio que acababa de suprimir; pero al no sentirse aún en posición de recoger su legado, no quería trabajar para otros; no quería ni la democracia, donde no sería el amo, ni la contrarrevolución, que le daría un amo», resume Arnault.

En consecuencia, Bonaparte toma distancia. «La fruta no está madura», responde a sus íntimos que le presionan para que actúe. En febrero de 1798 fue a la costa de la Mancha para inspeccionar las tropas y la marina, pero se dio cuenta enseguida de que era imposible «invadir Inglaterra sin ser dueño del mar». Desde hacía varios meses, Talleyrand mantenía con el vencedor de Italia la idea de un gran proyecto de «estrategia periférica» (según la fórmula de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial): conquistar Egipto para cortarles a los ingleses la ruta de las Indias. El hábil Talleyrand, con turbias motivaciones (partidario de una paz de compromiso con Inglaterra, descarta la amenaza de una invasión directa), supo convencer a Bonaparte estimulando el sueño de Oriente en ese hombre mediterráneo.

El interés estratégico de dicha campaña es de todo menos claro, puesto que privaba a Francia de su mejor Ejército y de su mejor general para conquistar algo tan lejano como aleatorio. Además, desencadenará una guerra contra el Imperio otomano, señor de Egipto. En principio contrarios, Reubell y Barras acabaron aceptando, felices de alejar de París al engorroso general.

Una flota imponente de 200 barcos con 35.000 soldados zarpó de Toulon el 19 de mayo de 1798. Mientras que los barcos de Nelson la esperaban en Gibraltar para proteger las islas británicas, la flota desembarcó en Alejandría el 1 de julio. El 21 del mismo mes, en la batalla conocida como la batalla de las Pirámides, 6.000 caballeros mamelucos con sables curvos y uniformes de seda son derrotados por los cuadros franceses. El 25 de julio el Ejército francés ocupó El Cairo y el 1 de agosto la flota francesa

fue destruida por Nelson en la ensenada de Abukir. Los barcos franceses entablaron combate mientras estaban aún anclados.

Bonaparte era prisionero de su conquista. Organizó una administración presentándose como amigo del islam. Con él había 200 científicos (entre ellos Monge), que estudiaron el país. Ya surge la idea del futuro canal de Suez. Había surgido un «nacionalismo árabe» contra el sultán turco, pero no había tenido éxito. Rápidamente, se inicia el ciclo de descontento de la población y la consiguiente represión. Los habitantes de El Cairo se rebelan el 21 de octubre de 1798 antes de sufrir feroces represalias. El sueño de Oriente está a punto de convertirse en una pesadilla.

En la primavera de 1799 tuvo lugar una expedición a Siria con el intento de prevenir una ofensiva anglo-otomana. No puede apoderarse de San Juan de Acre, pero sueña con aumentar su popularidad en Francia mediante comunicados de victorias con nombres bíblicos (Nazaret, Belén). Esto no impidió la masacre de prisioneros, mujeres y niños en El-Arich, Gaza, Jaffa, al final de sitios agotadores. En lugar de contener o reprimir este tipo de acciones, Bonaparte proclamó a los habitantes de Jaffa el 9 de marzo de 1799: «El ejemplo que habéis visto debe haceros entender que, si yo soy terrible para mis enemigos, soy bueno para mis amigos y, sobre todo, clemente y misericordioso con los pobres». Los ingleses denunciaron las atrocidades francesas.

Con el Ejército amenazado por la peste, Bonaparte volvió a Egipto a tiempo para arrojar al mar, el 25 de julio, a un Ejército otomano que acababa de desembarcar en Abukir. Informado de las intrigas que se estaban gestando en París alrededor de un poder cada vez más en declive, el 22 de agosto se embarcó en secreto dejando a sus hombres bajo el mando de Kléber. El Ejército de Egipto no había sido derrotado, pero era prisionero y estaba claramente condenado.

Mientras Bonaparte se aventuraba en Egipto, el Directorio acumulaba decepciones. A raíz del asesinato del general Duphot el 28 de diciembre de 1797 en Roma, en la residencia del embajador francés ante la Santa Sede, se había ordenado a Berthier, el nuevo general en jefe del Ejército de Italia, que marchara sobre Roma, expulsara al papa y los cardenales, y proclamara la «República romana» (febrero de 1798). Pío VI fue trasladado a Valence. Once meses más tarde, las tropas francesas expulsaban a los borbones de Nápoles y fundaban la República partenopea. El soberano se refugió en Sicilia.

El Directorio anexionó en plena paz Mulhouse y Ginebra, más tarde el Piamonte. Se crearon «repúblicas hermanas», verdaderos Estados vasallos explotados, en toda Europa: cisalpina, ligur, romana, partenopea en Italia; helvética, cisrenana y bátava en el norte. Este frenesí conquistador inquietaba a los soberanos, que se reunieron a instancias del zar Pablo I. En el Congreso de Rastatt, que se alargó antes de concluirse el 23 de abril de 1799 sin haber conseguido ningún resultado, se formó una segunda coalición que englobaba a Inglaterra, Rusia, Austria, Cerdeña, el rey de Nápoles y Turquía.

En octubre de 1798, una segunda expedición a Irlanda terminó nuevamente en desastre, con el único resultado de anular todas las reformas permitidas al país por Inglaterra. En marzo y abril de 1799, la guerra se reinició en todos los frentes, desde Holanda a Italia. En Alemania, el archiduque Carlos obliga a Jourdan a retirarse; después, en Suiza se vuelve contra Masséna, que se ve obligado a replegarse más allá del lago de Zúrich. En Italia, Moreau es derrotado en Cassano por las tropas rusas que se han unido, por primera vez, a las fuerzas austriacas. Los franceses se vieron obligados a evacuar la República cisalpina. Macdonald llevó a cabo una retirada desde Nápoles a través de toda la península en revuelta. Joubert, conocido por las grandes batallas de la campaña de Italia, fue derrotado y falleció en Novi

(Piamonte) el 15 de agosto de 1799 enfrentándose a las fuerzas rusas de Souvorov, un general que nunca había sido derrotado. Tras esta batalla, el Ejército francés se vio obligado a abandonar toda Italia, con excepción de la región de Génova.

La situación interna no es mejor. El caos financiero subsiste a pesar del botín de guerra que solo permite al Directorio, carente de papel moneda, vivir al día. El 30 de septiembre de 1797 la deuda pública es reducida autoritariamente de 250 a 80 millones. Esta «bancarrota de dos tercios» es compensada por bonos al portador que pierden rápidamente todo su valor (no valían más que el 1% de su valor nominal en 1800). El 24 de noviembre de 1798 se crean nuevos impuestos, entre los cuales el muy impopular sobre las puertas y ventanas (que no será abolido hasta 1926). El 27 de junio de 1799 se emite un nuevo préstamo de obligaciones. Solo algunos bancos privados emiten su propio papel y proporcionan con parquedad el crédito que necesitan tanto la industria como el comercio.

El régimen ha llegado al culmen de su descrédito. Bandas itinerantes de bandidos armados saquean los campos y las granjas aisladas. Son conocidos como los *chauffeurs*[130] porque queman la planta de los pies de sus víctimas en el fuego de sus chimeneas para que confiesen donde tienen escondidos sus bienes. Los caminos importantes y los puentes, orgullo del Antiguo Régimen, están en malas condiciones por falta de mantenimiento. Algunos ayuntamientos deciden exentarse del impuesto y del reclutamiento (proporcionando a los reclutas falsos certificados de matrimonio o enfermedad). Los servicios públicos están totalmente abandonados y los funcionarios raramente reciben su sueldo. La chuanería reaparece con fuerza en el oeste mientras la guerrilla realista se desarrolla en el suroeste. En Bélgica, los campesinos belgas se rebelan contra la presencia francesa y pronto son seguidos por los de Luxemburgo.

La burguesía liberal, que al principio apoyó el régimen, pierde la esperanza y la confianza. El Ejército desprecia París y sus directores emplumados. «Todos esperaban el siguiente golpe de Estado», resume Thierry Lentz. Cada primavera, el tercio saliente de los dos Consejos hace caer al país en la agonía de las elecciones. Después de las elecciones de 1797, que llevaron al golpe de Estado de fructidor, las de abril de 1798 son aún más cruciales porque la supresión del escrutinio anterior elevó el número de escaños en el poder a 437 (en lugar de 250). Esta vez, el peligro viene de la izquierda neojacobina que, desde Termidor, la derecha y los moderados los llaman «los anarquistas». Los directores deciden adelantar en un mes la renovación del director saliente. Por desgracia, la suerte eliminó a François de Neufchâteau, que había comenzado a revelarse como un magnífico administrador. Fue sustituido por Jean-Baptiste Treilhard, exconvencional, reputado por su energía.

Tras las elecciones, empañadas por múltiples irregularidades, un nuevo golpe de Estado, según la «ley» del 22 de floreal del año VI (11 de mayo de 1798), invalidó a 106 diputados «indeseables», en su gran mayoría neojacobinos, a los que se añade una pequeña minoría de *clichyens*. A diversos departamentos se les privó de sus diputados, es decir, fueron «florealizados». En revancha, la elección al Consejo de los Quinientos de Lucien Bonaparte, hermano pequeño del general, entonces en Egipto, fue ratificada a pesar de no tener la edad legal. La atmósfera era irrespirable en todo el país y la fase de la «justa mitad» parece más que nunca imposible de mantener. Esto queda claro cuando el 24 de septiembre, la ley Jourdan (elegido en el Consejo de los Quinientos) establece el servicio militar obligatorio para todos los hombres entre los veinte y los veinticinco años. Son 200.000 los hombres llamados, pero solo un tercio se presenta.

Mientras tanto, el régimen parece querer mantenerse a toda costa e incluso dar garantías para el futuro. El 14 de julio de

1798 (26 de mesidor del año VI) adquiere colores republicanos. En el Consejo de los Ancianos, el general Marbot (padre del mariscal de campo Adolphe Marbot), gran enemigo de los *clichyens*, exclamó: «14 de julio, ¡qué habría sido de ti sin el 18 de fructidor!». El Ministerio de Bellas Artes (responsables de las fiestas nacionales) recuerda a los departamentos: «Nuestras fiestas conmemorativas tienen el mismo objeto que las romanas: han sido instituidas para recordar los triunfos sobre la tiranía. La fiesta del 14 de julio solemniza la primera gran epopeya de la Revolución; la del 10 de agosto, la caída del trono cuyos abusos habían corroído la base; la del 9-10 de termidor la caída de un trono que un tirano insensato había reconstruido sobre las ruinas de otro con la sangre de sus conciudadanos».

Las fiestas, afirmaba François de Neufchâteau, de nuevo ministro del Interior, son políticas o morales. Su institución «contribuye a formar a la vez al hombre y al ciudadano». Se cuentan no menos de 14 fiestas nacionales. Se erigió de nuevo un altar de la patria en el Campo de Marte. El calendario republicano se afirmó con la prohibición, para los periódicos y los notarios, de incorporar las fechas antiguas. Se organizó un culto decadario[131], acompañado de ceremonias civiles. Se prohibió casarse en días que no fueran esos.

Esta nacionalización de las fiestas estaba acompañada por una recuperación relativa de la descristianización. La ley «terrorista» del 19 de fructidor dedicó diversos artículos a la religión, estipulando el derecho de deportación arbitraria de aquellos sacerdotes «que perturbaran la tranquilidad pública en el interior»; al mismo tiempo, se cerraban de nuevo las iglesias. Sin embargo, el Consejo de los Quinientos rechaza la propuesta de prohibir toda celebración fuera de esos *décadi*, reafirmando la libertad de culto. De repente, el Directorio sostenía y financiaba la teofilantropía, que recibió el apadrinamiento oficial y la protección de La Revellière.

La primavera de 1799 aumentó el clima de incertidumbre política. Antes de las elecciones de abril, el Directorio puso de nuevo en guardia a los franceses contra el doble peligro del realismo y la anarquía: «Vencedores de la Europa conjurada, solo os queda vencer a los enemigos del interior». François de Neufchâteau esgrimió el fantasma del «espantoso régimen de 1793». Los neojacobinos vuelven a triunfar en las elecciones de abril. Los defensores del Directorio estaban a la deriva, especialmente porque el más enérgico de los directores, Reubell, perdió en el sorteo del 16 de mayo de 1799.

Los Ancianos designaron a Sieyès como sustituto. La elección, contraria a la opinión de los directores, de este enemigo jurado de la Constitución del año II es una señal clara para el ejecutivo de que había llegado el momento de cambiar. La Revellière sintió que este nombramiento iba ser funesto para el Directorio: «Cada uno de nosotros sentía la impotencia absoluta de no poder hacer nada con un hombre como este [...]. La entrada de Sieyès en el Directorio fue, efectivamente, la señal de su destrucción».

Y, de hecho, en cuanto entró en función, el que quiso terminar con una Revolución que contribuyó a desencadenar, inspiró la ofensiva de los Consejos contra sus colegas, en principio apoyado por Barras que pretende así entrar de nuevo en la Historia. Juzgada ilegal, la elección de Treilhard se anula. Le sustituye Gohier, ministro de Justicia durante la Convención y figura de segundo plano. El 30 de pradial del año VII (18 de junio de 1799), los Consejos continúan la ofensiva contra el Directorio atacando a La Revellière y Merlin de Douai. «Ustedes han eliminado el espíritu público, (acusa Bertrand, administrador de Calvados, exconvencional regicida), han encadenado la libertad, perseguido a los republicanos, roto todas las plumas, ahogado la verdad [...]; ustedes han mutilado la representación nacional». Boulay de la Meurthe continuó: «Desde el 18 de fructidor, épo-

ca en la que se creó la dictadura, el cuerpo legislativo ha estado en una actitud de sometimiento continuo».

Con la amenaza de ser acusado por los Consejos y abandonados por sus colegas, Merlin et La Revellière se vieron obligados a dimitir. Unos desconocidos: Roger Ducos, exconvencional regicida, y el general Moulin, que comandaba la región militar de París, fueron elegidos en su lugar. Este nuevo golpe de Estado ratifica más bien una victoria del legislativo sobre el ejecutivo, una revancha de los Consejos «florealizados» el año anterior. «El cuerpo legislativo, declaró Lucien Bonaparte en los Quinientos, ha recuperado el primer lugar que tiene que tener dentro del Estado». Barras sigue allí, contra viento y marea, pero el nuevo hombre fuerte del Directorio es Sieyès. Para llevar a cabo el golpe de Estado que le permitirá dar a Francia *su* Constitución necesita un sable.

También se renovaron los ministros. Nicolas-Marie Quinette, es convencional regicida, estrechamente vinculado a los neojacobinos, es nombrado ministro de Interior; Bernadotte, héroe de la campaña de Italia y ferviente republicano, de Guerra; Cambacérès, exconvencional, de Justicia; Lindet, exmiembro del Comité de salvación pública, Economía… Entre los cinco directores y los siete ministros, hay siete regicidas.

En Asuntos Exteriores, Talleyrand, atacado por la izquierda, tuvo que dimitir el 20 de julio de 1799 en beneficio de Reinhart, un incondicional suyo que le permitió quedarse entre bambalinas. Bourguignon-Dumolard, que durante el Terror estuvo empleado en las oficinas del Comité de seguridad general, fue asignado para la Policía general, donde solo estuvo un mes antes de ser sustituido, el 20 de julio de 1799 y a instancias de Barras, por Fouché. Talleyrand, a quien no le gusta, pero lo respeta, se lo ha recomendado a los directores: «Con él estaréis tranquilos». El verdadero destino del «pulpo» acababa de empezar[132].

Fouché fue el sexto, desde 1796, en dirigir la Policía, como botón de muestra de la desconfianza del Directorio por este puesto clave. Después del Termidor, medio proscrito, empezó por jugar con el caballo equivocado conspirando con Babeuf. Seguidamente se le acercó Barras, que en sus *Memorias* lo describe como aquel «al que solo le gustaba actuar en la sombra». Este intermediario discreto, al que no se le ve, empieza a estar por todas partes. Tras el golpe de Estado del fructidor, en el que estuvo muy involucrado, obtuvo una embajada en Milán y después en La Haya. Después del golpe de pradial, con la eliminación de los directores que le eran hostiles, se acercó al nuevo hombre fuerte, Sieyès, de quien dijo: «El orgulloso sacerdote es como un caballo sombrío al que hay que acercarse de lejos[133]».

Aliviada por las elecciones del año VII, la corriente neojacobina parece que debe imponerse sobre todo porque la era de las victorias está a punto de acabarse, invitando a una vuelta a la salvación pública. El mismo 14 de septiembre de 1799, Jourdan propuso al Consejo de los Quinientos —que lo rechaza— declarar la patria en peligro. Con la libertad de prensa restablecida, vuelven los periódicos jacobinos. Los clubes renacen incluyendo un nuevo jacobino sin nombre, rebautizado como: «Reunión de los amigos de la libertad y la igualdad» y se abre el 6 de julio en la emblemática Sala de Equitación. Expulsado el 26, se instala en la rue du Bac. En él se pueden ver a Drouet, el falso héroe de Varennes, y a muchos otros diputados.

El 14 de julio de 1799, el general Jourdan brinda «por la resurrección de las picas». Dos días antes se había votado una ley de rehenes para desalentar la contrarrevolución realista que se estaba llevando a cabo en los departamentos del oeste y el sudoeste. Según esta ley, cuando en un departamento el cuerpo legislativo reconocía «que estaba en notorio peligro de graves problemas civiles», la administración central departamental podría elegir rehenes, entre ellos nobles y familiares de emigrados, deportan-

do cuatro de ellos por cada patriota asesinado, militar, funcionario o adquirente de bienes nacionales. La extrema izquierda resucita y con ella sus exigencias de distribución de las propiedades a los defensores de la patria, la apertura de talleres contra la miseria y la acusación de los directores.

El fantasma de 1793, presente en todas las mentes, no tarda en provocar una reacción antijacobina en el conjunto de los notables. Sieyès, que en principio parecía apoyar esta ola, estigmatiza en su discurso del 14 de julio de 1799 «esos tiempos llenos de calamidades en el que todas las naciones [en el sentido de grupos de individuos] se confundieron hasta el punto de que los que no estaban a cargo oficialmente de nada querían obstinadamente encargarse de todo». Con ocasión del aniversario del 10 de agosto (23 de termidor), condena más claramente «ese Terror tan justamente aborrecido por los franceses».

La ruptura entre el Directorio y los jacobinos pareció haberse consumado cuando, el 13 de agosto, Fouché cierra el nuevo Club de los jacobinos a petición de Sieyès. La ausencia de reacción dentro de lo que antes de Termidor se conocía como «el Pueblo de París» dice mucho sobre el aislamiento de los radicales de izquierda. Los tiempos de las secciones habían terminado. Para asegurarse, Fouché lanzó a inicios de septiembre una ola de arrestos y reprimió a la prensa «que conspiraba contra la República». Los que no son molestados son, por lo menos, estrechamente vigilados. La policía política, que se engalana con el presuntuoso nombre de «Policía Superior», no tardó en establecerse y no hizo más que crecer y embellecerse.

Está claro que el régimen está unánimemente contra él. El Directorio, «detestado por todos, ya no era temido por nadie», escribió Arnault. No es tanto combatido por sus oponentes como abandonado por el país entero, como expresa el historiador Edgar Quinet: «Agotada por los golpes de Estado, no sabiendo hacía qué lado girarse, condenada, golpeada en cada una de sus

acciones, no se atrevía a mirar ni a la derecha ni a la izquierda […]; no esperando ya nada de sus años, no osando desobedecer ni derrocarlos, no pudiendo tomarse en serio sus elecciones, sus votos, sus leyes, la nación francesa, de 1798 a 1799, se retira de su gobierno, de sus asambleas, de su Constitución. Vive aparte, si podemos llamar vivir a tan profundo desapego de todo lo que es la existencia pública. En este letargo, ¡qué presa tan bien preparada para el que quiera apoderarse de ella!».

La caída del régimen se considera ya un hecho. Barras, fuera de juego, se resigna mientras Sieyès conspira. La revisión de la Constitución es tan complicada que puede prolongarse nueve años. Lo único que queda es un golpe de Estado, pero ¿con qué espada? Masséna estaba luchando contra los rusos en Suiza y Brune contra los ingleses en Holanda. En París, Bernadotte, Jourdan y Augereau son demasiado jacobinos. Estaba Joubert que, si creemos a Barras en sus *Memorias*, prometía «acabar con todo esto con veinte granaderos». Sondeado por Sieyès, había aceptado, pero murió en la batalla de Novi. Moreau, que lo había sustituido, salió con evasivas. Entonces, el 9 de octubre, Bonaparte desembarcó en Fréjus. Moreau, que había ido a informar a Sieyès, añadió: «¡Ese es vuestro hombre!».

El héroe tiene todo lo necesario para llevar a cabo el golpe de Estado. Ambicioso y sin escrúpulos, aún conserva un aura jacobina a pesar de no haber estado implicado en el Terror. En todo caso, no parece un dictador en potencia. Al contrario, parecía un salvador. Y, lo que es más importante, es sumamente popular, como demuestran los ¡vivas! A lo largo de su camino de vuelta de Egipto, desde Fréjus donde había desembarcado el 8 de octubre de 1799, hasta París, donde llegó el 16. Su propaganda durante la campaña de Italia había producido sus frutos, mientras que la de Egipto había tenido resultados cuestionables.

El mismo entusiasmo manifestaron en el Consejo de los Quinientos el 14 de octubre. Briot, diputado de Doubs, neojacobino

y uno de los artífices del pradial, que no dejaba de denunciar las intrigas de Sieyès, Talleyrand y Fouché, declaró con fervor en la tribuna: «¿Qué éxitos presagia la llegada de este héroe cuyo nombre solo vale un ejército, cuya espada, triunfante en Oriente, brillará de nuevo en Europa? ¿Traer la paz al mundo? [...] Él, digno de la confianza de los republicanos, pronto estará a la cabeza de nuestros ejércitos».

En el Directorio, en cambio, ponen mala cara. Los peligros se alejan. En el interior, la insurrección realista del sudoeste ha sido controlada en agosto mientras que un desembarco en Normandía, en septiembre, comandado por el conde de Frotté, había acabado en derrota. Le Mans, ocupada por los chuanes del conde de Bourmont, fue evacuada seis días más tarde. Estos fracasaron también en Bretaña, después de ocupar brevemente algunas ciudades. En el exterior, Masséna y Brune estaban a punto de enderezar la situación contra los austro-rusos.

Después de todo, Bonaparte se encuentra en situación irregular porque ha abandonado a su ejército sin que se le haya ordenado. Algunos directores incluso pensaron en acusarlo de deserción. En especial Gohier, que entonces ejercía la presidencia formal del Directorio, consideraba que su vuelta era una amenaza para la República. Sin embargo, una medida así provocaría una sublevación general. Era mejor poner al mal tiempo buena cara y acoger con gran pompa, en el palacio de Luxemburgo, al glorioso conquistador de las Pirámides. Fue cosa hecha el 17 de octubre. Al final de dicha ceremonia, Bonaparte apoyó solemnemente la mano en el puño de su espada: «Ciudadanos directores, juro que solo la sacaré para defender la República y su gobierno».

Entre bambalinas, Sieyès había confiado a Lucien Bonaparte: «La suerte está echada, no tenemos en nuestro país instituciones públicas capaces de imponer límites al entusiasmo de la multitud. Ahora tenemos que agruparnos alrededor de tu hermano». Sin embargo, dudaba. Obviamente, no parecía probable que el

hombre se hiciera a un lado después del golpe de Estado. Lucien hablará de una «espada demasiado larga para él». Y, efectivamente, Bonaparte pronto juega con sus propias reglas, con prudencia y un gran sentido político. Todos querían atraerlo hacía sí, pero a él le bastaba escuchar y entender. Se introdujo en los engranajes del Directorio reuniéndose, primero de todo, con Talleyrand, el gran maestro de la intriga, así como con el influyente Roederer, director del *Journal de Paris*. Aunque republicano, este último reclama alto y claro: «¡El orden! ¡El orden! He aquí el objeto de toda constitución, la tarea de todo gobierno, el principio de toda prosperidad pública». Arnault, que había acompañado a Bonaparte en su expedición a Egipto (hasta Malta), dice lo mismo: «Muchos se dejaron seducir por la esperanza de ocupar, en el nuevo orden de las cosas, lugares importantes y estables; pero muchos más se unieron por el deseo de poner fin a los desórdenes que arruinaban Francia deshonrándola, y este partido era numeroso, porque estaba formado por todos los propietarios, por todos aquellos para los que la libertad sin límites no era el primero de los bienes».

Arnault, que había emigrado a Inglaterra durante el Terror, formaba parte del «Comité de apoyo» oculto, como también su futuro cuñado Regnaud de Saint-Jean d'Angély, que dirigió la redacción del periódico *La France vue de l'armée d'Italie* y que prestó su pluma —y una buena pluma— a las proclamas de Bonaparte. Este pequeño equipo, muy eficaz, está dirigido por Lucien, que sirve de enlace con los diputados y de agente influyente. Como resultado de todo ello, este último es elegido el 23 de febrero presidente del Consejo de los Quinientos.

El escenario del golpe de Estado va tomando forma. Sieyès constituye la pieza más importante, pero la más difícil de manejar. Al principio Bonaparte prefirió no reunirse con él, conformándose con las entrevistas previas con Talleyrand et Lucien. «No quiero explosiones antes de tiempo. No me conviene de-

fender los colores de ningún partido. Además, por mi parte necesito estudiar un poco el terreno». Los dos hombres se reunieron, por fin, en casa de Lucien el 10 de brumario (1 de noviembre), y pusieron a punto el escenario del golpe de Estado, al término del cual cada uno de los dos contaba con engañar al otro.

Bonaparte se reunió en diversas ocasiones con Barras, que aún cree que le puede hablar de igual a igual, es decir, como mentor. Como era su costumbre, se anda con rodeos, pero esa vez en detrimento suyo, porque ya nadie lo quiere. En lo que respecta a los directores, Roger Ducos, totalmente devoto de Sieyès (que le ha prometido un cargo en el próximo ejecutivo), vigila a Gohier y Moulin.

Se pusieron en contacto con los generales. Solo Bernadotte se declaró irreductiblemente opuesto a Bonaparte, pero, tras una intriga de Sieyès, a partir del 14 de septiembre dejó de ser ministro de Guerra. Otra pieza del escenario, y no de los menores, es que el ministro de la Policía comanda la seguridad interior y puede destapar el complot. Fouché y Bonaparte no se gustan. El primero piensa que el segundo es demasiado ambicioso, mientras que Fouché representa para Bonaparte todo lo que él detesta de la Revolución: un emblema del regicida, del Terror y de la dictadura política.

Pragmático, el ministro de la Policía analizó la relación de fuerzas y decidió dejarle hacer contando mucho con su neutralidad. Frecuentaba a los dos hermanos Bonaparte, así como a Josefina, a la que cortejaba como a muchas otras; más tarde, presumirá de haber financiado en secreto sus gastos suntuarios. Ya era cómplice, objetivamente hablando, al desinformar a los dos directores republicanos (Gohier y Moulin). El 3 de noviembre fue recibido por Bonaparte, a quien invitó al día siguiente a un banquete en el ministerio. Los principales conjurados figuran entre los invitados: Lucien Bonaparte, Talleyrand, Roederer, Réal (comisario del Directorio para la administración del departamen-

to de París). Arnault, también presente, le dijo a su vecino de mesa señalando a su anfitrión: «¡Qué redada haría con solo cerrar las puertas!». Esta curiosa comida vale, además, para demostrar lo contrario. El maquiavélico ministro de la Policía no se pronunciaba mucho, se reservaba para proceder a numerosos arrestos y a algunas ejecuciones sumarias si el asunto acababa mal.

El 15 de brumario (6 de noviembre), los Consejos ofrecieron un banquete ceremonial por suscripción de 750 cubiertos a Bonaparte y Moreau. En la iglesia de San Sulpicio, convertida en templo de la Razón, el ídolo del día, que no se quedó más de una hora, elevó su copa «¡A la unión de todos los franceses!», mientras que Moreau eleva el suyo «¡A todos los aliados fieles de la República!». No es lo mismo.

Esa misma noche, en casa de Lucien, Bonaparte y Sieyès ponen a punto el golpe de Estado, por lo demás bastante complicado. Un falso rumor de conspiración «anarquista» justificará el nombramiento de Bonaparte como comandante militar de París y el traslado de los Consejos al castillo de Saint-Cloud «para garantizar su seguridad». Al mismo tiempo, se obligó a los cinco directores a dimitir. Esto es un hecho para Sieyès y Ducos, en el centro de la conjura. En lo que respecta a Barras, se resignará. Tres de cinco… Gohier y Moulin fueron confinados en sus apartamentos del palacio de Luxemburgo. Esta última acción, poco gloriosa, se le confía a Moreau, que al final se había unido. Para paliar esta vacante en el poder ejecutivo, los Consejos nombraron a tres «cónsules provisionales» para revisar la Constitución, fuera de los largos plazos normalmente previstos para ello. Los nombres de los tres futuros cónsules son ya conocidos: Sieyès, Ducos y Bonaparte.

Este impuso todo esto en el último momento a Sieyès que, por fin, comprendió que la espada era, efectivamente, demasiado larga para él. Coger o dejar… No habrá «Constitución Sieyès» impuesta *ex nihilo* a los Consejos, los cuales designarán una co-

misión encargada de redactar una nueva constitución. En resumen, había que dar un golpe de Estado con aspecto de legalidad. «Bonaparte quiso hacer con moderación la cosa más violenta del mundo: derrocar un gobierno [...]. Creyó que, para deshacerse de las últimas asambleas de la Revolución, había que convencerlas a la luz del día; falta grave, casi increíble en un hombre como ese y que demuestra un resto de inexperiencia en el arte de someter a un pueblo», comenta Edgar Quinet.

Y, efectivamente, ese golpe de Estado que todo el mundo esperaba, que una mayoría de los franceses pide a voces, estuvo a punto de revolverse contra su autor por su complicación y la lentitud y torpeza de su autor. Comenzó el 18 de brumario del año VIII (9 de noviembre de 1799) a las 5 horas de la mañana, mientras los miembros del Consejo de los Ancianos, que parecían favorables —y solo estos— eran convocados a las 7. Todo transcurrió como se había previsto.

A las 11, en el jardín de las Tullerías, Bonaparte, al que los Ancianos (poder perteneciente al Directorio) confirieron ilegalmente poderes militares, vio a François Botot, secretario y eminencia gris de Barras, evidentemente enviado para tener noticias. Desde lo alto de su montura, Bonaparte se dirigió ostensiblemente a él e indirectamente a su exmentor, como también al régimen que estaba a punto de derrocar: «¡En qué estado he dejado Francia y en qué estado la he encontrado! ¡Os había dejado la paz y he encontrado la guerra! [...] ¡He dejado los millones de Italia y por doquier encuentro leyes que expolian y causan miseria! [...] ¡Los recursos del Estado están agotados! ¡Se ha recurrido a medios vejatorios, condenados por la justicia y el sentido común! [...] ¡Este estado de cosas no puede seguir así porque en tres meses llevaría al despotismo! Pero nosotros queremos la República, la República sentada sobre las bases de la igualdad, la libertad civil y la tolerancia política. Con una buena administración, todos los individuos se olvidarán de las facciones de las que

fueron miembros para poder ser franceses». Había llegado el salvador, como se apresuraron a difundir a partir de ese momento pequeños panfletos por las calles de París.

A mediodía, el Consejo de los Quinientos, que se había reunido en el Palais-Bourbon (allí solo estaba instalado desde enero de 1798), escuchó cómo su presidente Lucien Bonaparte leía el decreto de traslado a Saint-Cloud, que estaba lo suficientemente lejos de la capital. Los diputados neojacobinos protestaron en vano. A poca distancia de allí, Murat y sus caballeros montaban guardia. Resignado, Barras firmó la dimisión que le presentó Talleyrand. París, debidamente dividida en zonas por las tropas, se mantenía en calma.

Significativamente, la noche del 18 de brumario, Bonaparte se dirigió al Ejército. «El Consejo de los Ancianos me ha entregado el mando de la ciudad y del Ejército. Lo he aceptado para secundar las medidas que va a tomar y que son todas ellas favorables al pueblo. La República está mal gobernada desde hace años. Habéis esperado que mi vuelta ponga fin a tantos males…». El asunto parecía resuelto.

El segundo acto tuvo lugar al día siguiente, 19 de brumario (10 de noviembre), en el castillo de Saint-Cloud, rodeado por 4.000-5.000 soldados. El general Sérurier, que había participado en la campaña de Italia, garantizaba desde cerca, incluso desde muy cerca, la «protección» de los diputados. Son las 9 de la mañana. Algunos parlamentarios empezaron a poner en duda los rumores de complot que les habían llevado hasta allí. A los Quinientos, instalados mal que bien, en el invernadero de cítricos del castillo, la izquierda les exige y obtiene, por llamamiento nominal, la renovación del juramento de fidelidad a la Constitución. El asunto se complica.

A las 11:30 horas, sólidamente escoltado por un destacamento de caballería, Bonaparte se dirigió en berlina a Saint-Cloud. Ha-

bía muchísima gente porque numerosos diputados habían llegado acompañados de sus familias y parientes cercanos. Resuenan algunos «¡Viva Bonaparte!», pero también «¡Viva la Constitución!».

El nuevo César acusa a los Ancianos de «querer oprimir la libertad de su país», arguyendo que no ha hecho más que obedecer las órdenes de esa Asamblea. «Se habla de gobierno militar. Si yo hubiera querido, ¿habría acudido a prestar mi apoyo a la representación nacional?». Un diputado de Pas-de-Calais (Lenglet) suelta de todos modos: «¿Y la Constitución?». Entonces Bonaparte se encendió: «¡La Constitución! ¿Os favorece invocarla? ¿Puede aún ser una garantía para el pueblo francés? La habéis violado el 18 de fructidor; la habéis violado el 22 de floreal; la habéis violado el 30 de pradial. ¡La Constitución! Todas las facciones la invocan al mismo tiempo que la violan; todas la desprecian; no puede ser para nosotros un medio de salvación, porque ya no la respeta nadie. ¡La Constitución! ¿Acaso no habéis ejercido todas las tiranías en su nombre?».

Y el golpista concluye: «¿La Constitución ya no existe?». En cambio, insiste, subsisten sus «principios sagrados»: la soberanía del pueblo, la libertad, la igualdad (en este orden). Denuncia al Consejo de los Quinientos, «donde se encuentran los hombres que desearían devolvernos los comités revolucionarios y los cadalsos». Como Robespierre antes de su caída, amenaza de manera vaga, pero él, por lo menos, puede mencionar la presencia alrededor del castillo de «sus valientes granaderos».

Su intervención, que concluyó con un gran caos, no convenció al Consejo de los Ancianos. De todas formas, aún queda lo más duro. A la una y media de la tarde debe presentarse ante el Consejo de los Quinientos. El presidente, su hermano, forma parte del golpe de Estado, pero Bonaparte, decididamente muy nervioso, entra de repente, rodeado de sus soldados y seguido por una pequeña escolta de granaderos. Es una grave violación

constitucional que arruina de golpe la mascarada pseudolegalista. El golpe de Estado militar ya no se esconde. Casi todos los diputados se levantan gritando: «¡Muerte al tirano! ¡Abajo la dictadura!». También se escucha un amenazador: «¡Fuera de la ley!». El episodio de la caída de Robespierre podría bien reproducirse. Bastaría con someter a votación al «fuera de la ley», pero el caos ha llegado a su ápice. Cuatro granaderos protegen a Bonaparte, que es gravemente zarandeado. Lo llevan hacia la salida.

A diferencia de su hermano mayor, que empieza a perder el control de los nervios, Lucien mantiene su sangre fría. Empieza ganando tiempo y, después, en medio del tumulto, levanta la sesión con estas fuertes palabras: «Aquí ya no hay libertad…». Sale mientras los diputados se quedan allí, agitándose en todos los sentidos. En plena derrota, con el rostro deshecho, Bonaparte cree que ha sido puesto «fuera de la ley». ¿Ha fracasado el golpe de Estado? Como observa Edgar Quinet, «se puede decir que el 18 de brumario fue mal concebido en sus detalles, porque no hay nada peor en el mundo que proponer y debatir su usurpación en una asamblea dudosa o enemiga».

En el Consejo de los Ancianos, la situación es incierta. Murat y el general Leclerc, el cuñado de Bonaparte (se ha casado con su hermana Pauline), defienden la mano dura. Entonces el golpe de Estado acabaría por donde debería haber empezado: *manu militari*. Lucien, convertido en el hombre de la situación, y su hermano se presentan al frente de las tropas. Es Lucien quien habla, denunciando a una minoría de diputados «con estilete» que mantiene en ese momento bajo el terror «a la inmensa mayoría del Consejo» (la leyenda napoleónica se inventará varios diputados armados con puñales). Se volvió hacia su hermano: «General y vosotros, soldados, y todos vosotros, ciudadanos, solo reconoceréis como legisladores de Francia a los que vendrán detrás de mí, los que se quedan en la *Orangerie*[134], ¡expulsadlos con la fuerza!». La tropa gritó: «¡Viva Bonaparte!», antes de que, como bro-

che de oro, Lucien cogiera una espada con la que apuntó al pecho de su hermano, jurando traspasarlo «¡si en algún momento atentara contra la libertad de los franceses!».

Comandados por Murat, los granaderos, bayoneta en mano, hacen evacuar la sala. Antes de eso, Marat habría dicho a los diputados: «¡Ciudadanos, estáis disueltos!». Según una versión más prosaica y más verosímil, habría gritado: «¡Sacad a toda esta gente fuera!». Todo ello se llevó a cabo en el caos más absoluto, pero sin ninguna víctima. En busca de mártires, la leyenda antinapoleónica invocará a los diputados «defenestrados» jugando con el hecho de que los que salieron de la *Orangerie* lo hicieron por las puertas vidrieras.

Argumentado la «retirada» del Consejo de los Quinientos, el Consejo de los Ancianos decretó la creación de una comisión ejecutiva provisional de tres miembros y la actualización del cuerpo legislativo sustituido por una comisión intermediaria elegida en su seno. Esto no le conviene ni a Sieyès, ni a Bonaparte, que reúnen mal que bien a una cincuentena de supervivientes de los Quinientos. Algunos soldados se precipitaron a los jardines buscando diputados con atuendo ceremonial. Lucien preside esta asamblea-títere. Son las 9 de la noche. Se crea una comisión consular ejecutiva, formada, como se había acordado, por Bonaparte, Sieyès y Ducos. Dos comisiones, una de 25 Ancianos y otra de 25 Quinientos, debatirán con los «cónsules» (rápidamente se les conoció con este nombre) y prepararán la revisión de la Constitución.

El 19 de brumario del año VIII, a las 11 de la noche, Bonaparte dirigió un mensaje solemne al pueblo francés: «Franceses, habéis reconocido sin duda en esta conducta el celo de un soldado de la libertad, de un ciudadano devoto de la República. Las ideas conservadoras, tutelares, liberales, han vuelto en sus derechos gracias a la dispersión de los facciosos que oprimían a los Consejos».

A los cónsules, Lucien Bonaparte les dice: «Representantes del pueblo, la libertad francesa nació en el Juego de Pelota de Versalles. Desde la inmortal sesión del Juego de Pelota se ha arrastrado hasta vosotros presa, por turnos, de la incoherencia, la debilidad y las enfermedades convulsivas de la infancia. Hoy viene a ponerse ropa viril. A partir de hoy, ¡se acabaron las convulsiones de la libertad!».

Pierre Larousse, republicano ferviente y gran admirador de la Revolución francesa, empieza así la noticia biográfica vindicadora que le dedica a Bonaparte en su monumental *Grand dictionnaire universel du XIX^e siècle*: «Bonaparte: el nombre más grande, más glorioso, más resplandeciente de la historia [...], general de la República francesa, nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769, muerto en el castillo de Saint-Cloud, cerca de París, el 18 de brumario del año VIII de la República francesa, una e indivisible».

EPÍLOGO
«Está Napoleón»

La obra se representó. En detrimento del buen gusto, pero se representó. Ya no existía el Directorio y nadie lo echaba en falta, pero ¿no era aquello otro mero golpe de Estado? De todas formas, su naturaleza era novedosa. Era un golpe de Estado militar. Ciertamente, la Revolución, hasta entonces, había sido una mera sucesión de actos ilegales, de violencia: el asalto a las Tullerías, la detención de los diputados girondinos, la de Robespierre… Pero en todas y cada una de esas ocasiones todo fue, incluso de forma falaz, «en nombre del pueblo» y sin la participación del ejército. «Además, la idea de que la ley era sagrada porque, aunque sufría violaciones, era a manos del pueblo, su fuente última», señala Patrice Gueniffey. A pesar de todas sus solemnes proclamas, Bonaparte, que no era un representante del pueblo, anuló la ley. El mes de brumario fue un prorrumpir de golpes de Estado contra el Directorio y con el fin de defender la Constitución. No dejó nada a la suerte, nada al porvenir. «El 18 de brumario, escribe Mignet, se presentaba bajo un aura de esperanza y restauración. […] Se sentía la necesidad de ver cómo la sociedad se restablecía bajo un mando hábil, y Bonaparte era el hombre perfecto para esta misión en cuanto hombre reputado y victorioso general […] Podría creerse que el Ejército no era más que un apoyo de la Revolución, como había sucedido el 13 de vendimiario o como en el 18 de fructidor, y que aquel cambio indispensable se decantaría a favor de un hombre, de un solo hombre, que muy pronto transformaría a Francia en un regimiento».

Posrevolucionario, Bonaparte se ve como un salvador, un hombre providencial, tal y como se explica en las *Memorias* de

Santa Elena: «Cuando se manifiestan una deplorable debilidad y una versatilidad infinita en los Consejos de poder; cuando, cediendo a su vez al influjo de partidos contrarios y viviendo el día a día, sin un plan fijo, sin una marcha determinada [...], [la sociedad] parece buscar un hombre que pueda salvarla [...]. Pero cuando el esperado salvador da, de pronto, noticia de su existencia, el instinto nacional lo advierte y lo llama; ante él, los obstáculos menguan y todo un gran pueblo, como volando en su búsqueda, parece decir: ¡Ahí está!».

¿Dónde queda el pueblo en todo esto? ¿El famoso pueblo? «Francia anhelaba el despotismo individual tras haber pasado ocho años fluctuando entre la anarquía de los verdugos y la anarquía de los histriónicos», escribe Frénilly con cierta maldad. Y, de hecho, aunque el nuevo golpe de Estado no fue bien recibido en todas partes, el país estaba cansado del desorden y, por ende, de la Revolución. Además, Bonaparte no era ni un La Fayette ni un Dumouriez. Era un glorioso hijo de la Revolución y, al mismo tiempo, un extraño a todas sus querellas y facciones internas. Cinco días después del golpe de Estado, *Le Moniteur*, que no era aún el diario oficial, aunque pronto lo sería, publicaba: «Francia quiere algo grande y duradero. La inestabilidad la ha echado a perder; ahora invoca el inmovilismo. No desea la realeza, pues quedó proscrita; desea la unidad en el poder que ejecute las leyes. Desea un cuerpo legislativo independiente y libre. Quiere que sus representantes sean apacibles conservadores y no alborotadores progresistas. Desea, por fin, recoger el fruto de diez años de sacrificios».

Esta «estabilidad» sin realeza debe revestirse con las ropas de una nueva Constitución. Y Fouché no esperó a su elaboración para poner a París bajo una estrecha vigilancia. A un director de teatro le escribía: «Confío plenamente en su patriotismo para creer que sacrificará, sin que se lo ordene, su obra, dado que el orden público así se lo impone». Esto no era más que el preludio

al bando policial que ordenaba que toda nueva obra de teatro se sometiese a una censura previa. La prensa no tuvo un mejor destino ya que el número de diarios parisinos, unos 73 en vísperas del 18 de brumario, se redujo a tan solo 13 en enero del año 1800.

Como resulta evidente, no puede haber tres hombres providenciales a la vez. Bonaparte se apresuró a neutralizar a sus otros dos cómplices. Para Ducos es fácil pues este oportunista, que siempre había tenido un papel secundario, ya ha apostado por él, a la espera de una sustancial renta. En cuanto a Sieyès, su actitud era, una vez más, fluctuante. Era el hombre de la futura Constitución: la buena, la última, la que sería capaz de fijar un punto de equilibrio entre los poderes y limitaría la soberanía popular al tiempo que la consagraba.

Al día siguiente del golpe de Estado, la comisión que acababa de ser nombrada se volvió contra él. Y, de repente, era evidente que no tenía ningún texto preparado. El proyecto constitucional estaba en su cabeza, según aseguraba. Dudaba. Sugería nuevas ideas. En general, su proyecto, según el cual «la confianza debe venir de abajo y el poder de arriba», podría representarse con una pirámide: el sufragio universal se restablecía teóricamente, aunque se reduce a la elaboración de las listas de notabilidades municipales que, a su vez elegirán, dividiéndolos por diez, a los integrantes de las listas departamentales. Estos, a su vez, elegirán de nuevo a una décima parte de los integrantes que, por fin, constituirán la lista nacional (en torno a 6000 ciudadanos). De entre ellos se elegirá a los miembros de las asambleas nacionales, que no serán, en ningún caso, menos de cuatro: un Consejo de Estado que elaborará las leyes, un «Tribunal» que las debatirá, aunque sin votarlas; un «cuerpo legislativo», que las votará, aunque sin debatir sobre ellas y un «Senado conservador», que nombrará a los diputados a partir de una lista nacional que habrá sido previamente seleccionada por los miembros cónsules.

Sieyès imaginó la figura de aquel Gran Elector (instalado en el palacio de Versalles) «pasivo» que, sin embargo, tenía la facultad de nombrar y revocar a los dos cónsules «activos»: el cónsul de la paz y el cónsul de la guerra. Esta «maquinaria de relojería, tan compleja como barroca» (Jean-Denis Bredin) no tenía más posibilidades de funcionar de las que habían tenido las constituciones anteriores. El conflicto entre ambos cónsules estaba asegurado de antemano, y el poder de revocarlos, que residía en el Gran Elector, resultaba bastante aleatorio.

Bonaparte, muy asiduo a las reuniones de la comisión, trató de reformarlo a su medida. Madame de Staël escribió que este «se había dado cuenta muy rápido de que el sistema de Sieyès podía resultarle útil. Y no es más que porque desmanteló con mucha elegancia las elecciones populares». En resumen, el sufragio filtrado y el estallido del poder legislativo abrían la puerta a que el ejecutivo pudiese ocupar aquel vacío.

Por ello, Bonaparte dirá a La Fayette: «¿Qué quieres?». Sieyès no había puesto más que sombras por todas partes: sombra del poder judicial, sombra del gobierno; había que poner algo de sustancia en alguna parte. La sombra de las sombras era aquel Gran Elector que Taine denomina «gobernante de escaparate». Sieyès sugirió a Bonaparte para este puesto, pero este lo rechazó, proclamando que no quería ser «un cerdo de matanza en el palacio de Versalles». Él deseaba ser un «Primer cónsul fuerte», tal y como tenía en mente. Fouché escribe en sus *Memorias* que no era una simple sugerencia y que Bonaparte amenazó a los legisladores con una guerra civil: «¡Os llegará la sangre por las rodillas!». El golpe de Estado del 18 y 19 de brumario se prolongó así por una suerte de «golpe de Estado consular». Los que lograron sobrevivir al golpe de brumario deseaban evitar a toda costa un nuevo golpe militar en el que, sin duda, serían las primeras víctimas.

Sieyès va cediendo progresivamente. De todos modos, tampoco cuenta con un margen de maniobra. Fue él el que propuso a Bonaparte para el cargo. Pero este último, a diferencia de Luis XVI, no dudará en someter la ilusoria voluntad popular mediante la fuerza de las bayonetas. Sus amigos poco podían hacer contra el ejército y contra la creciente fuerza de la opinión. Sabe que este Primer cónsul no puede ser otro que Bonaparte. En *L'Ami des lois* del 7 de diciembre puede leerse: «Este cargo no podrá serle disputado por nadie». Entonces, ¿«Segundo cónsul»? No, la gran Asamblea Constituyente no quería convertirse en la «ayuda de campo» de aquel nuevo César. Conseguirá la presidencia del Senado y unas sólidas prebendas como premio de consolación.

Se previó la figura, tan eclipsada, de otros dos cónsules que, como mucho, podían dar su opinión, y que el Primer cónsul no tenía obligación de tener en cuenta. «Su única labor era enmascarar la omnipotencia de aquel» (Edgar Quinet). El Segundo cónsul sería Cambacérès, que desde los orígenes del Directorio representaba a la Revolución moderada. El tercero, Charles-François Lebrun, un desconocido, o casi, había sido diputado en representación del Tercer Estado durante la Constituyente, antes de reaparecer como integrante del Consejo de Ancianos entre las filas de los moderados de derecha, de hecho, muy moderada desde que se abstuvo de frecuentar el Club de Clichy.

Así se dibujó, en torno a la figura central del Primer cónsul, una «dictadura ilustrada de salvación pública» (Patrice Gueniffey). Frente a un poder legislativo reducido a la mera figuración, el Primer cónsul tenía la iniciativa legislativa. Él promulgaba la ley, nombraba a los ministros, que respondían ante él únicamente, otorgaba las dispensas públicas y dirigía los ejércitos y el cuerpo diplomático. En resumidas cuentas, él era la clave del funcionamiento del Estado.

Los tres cónsules fueron elegidos por un periodo de diez años y eran indefinidamente reelegibles. La absoluta primacía del ejecutivo sobre el legislativo (por no llamarla dictadura encubierta), la personificación del poder y la forzosa despolitización del país eran la negación misma de los ideales de la Revolución. De todos modos, esta había comenzado su declive en Termidor: «El Terror fue la primera de las calamidades acaecidas; la segunda, que supuso la pérdida de la República, fue el proceso judicial al que se sometió al Terror», resume Edgar Quinet.

El 12 de diciembre de 1799, la comisión legislativa adoptaba el texto definitivo de la nueva Constitución del año VIII, la cuarta desde el comienzo de la Revolución, fechada el 22 de frimario del año VIII (13 de diciembre de 1799). Ya no tenía en su preámbulo la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, pues se consideró que era superflua. Entrada en vigor el 24 de diciembre y sometida a plebiscito el 25 con unos resultados «corregidos», fue objeto de proclamación por parte de los cónsules el día 24 de frimario (15 de diciembre): «Franceses, se os presenta una Constitución. Esta pone fin a la incertidumbre que el gobierno provisional llevó a las relaciones exteriores, así como a la situación interior y militar de la República. Coloca en las instituciones que constituye a los mejores magistrados cuya dedicación parecía necesaria para su funcionamiento. La Constitución se fundamenta en los verdaderos principios del gobierno representativo, en los derechos sagrados de la propiedad, la igualdad y la libertad. Los poderes que constituye serán fuertes y estables, tal y como debe ser para garantizar los derechos de los ciudadanos y los intereses del Estado. Ciudadanos, la Revolución está sujeta a los principios que la originaron; se ha terminado».

Los historiadores suelen fijarse, y con razón, en esta última frase. ¿Cómo debemos interpretarla? ¿«Se ha terminado la Revolución»? No así. No lo estaba en el sentido de inacabada, de brutalmente interrumpida, sino al contrario, en el de terminada, de

realizada. La Revolución había completado un ciclo. Ahora podía comenzar una nueva era, que aún se revestía de la hermosa palabra «República», solo que el término ahora desentona con el régimen.

Tiempo después de la promulgación de la Constitución del año VIII, Bonaparte escribía a su hermano mayor José: «El fin de la Revolución no puede llegar sin el compromiso de todos y no se puede contener a los diversos partidos y hacer que sean inofensivos los unos con los otros sin una piedra angular lo suficientemente fuerte para no ceder ante las presiones. Lo dije hace muchos años, antes del 93: la Revolución solo terminará con el regreso de los emigrados y los sacerdotes, subyugados, reprimidos por un enfrentamiento pertinaz nacido en la Revolución».

En el desilusionado y cínico París del post-Directorio, en aquellos salones que pronto se alinearían con el nuevo Consulado, se solía contar el chiste de dos mujeres del Halle que se preguntaban: «¿Qué hay en la nueva Constitución? —Está Napoleón».

ANEXO

LA REVOLUCIÓN ES SIN DUDA UN BLOQUE

(Ensayo de historiografía crítica)

Ya en 1856, en una carta a un amigo, Tocqueville se quejaba del gran número de obras que había que leer sobre la Revolución francesa. ¡Qué podríamos decir hoy! Ningún otro periodo de nuestra historia —salvo, quizás, el I Imperio— ha debido soportar tanta historiografía. Se ha dicho todo y lo contrario de todo. Un torrente impetuoso, que corre todavía hoy, esconde los hechos y los reduce a discusiones de escuelas («fatalistas», «jacobino-marxistas», liberales, neoliberales, «atlánticos») que dejan poco espacio al relato. Siguiendo sus vicisitudes, no se aprende sobre la Revolución, sino sobre la historia de su historia. El estudio ha terminado por oscurecer su objeto.

Esto explica cómo ningún otro periodo ha dado origen a tanto debate. No es que nuestra historia de Francia carezca de temas controvertidos, pero sobre el de la Revolución, hay dos Francias que se oponen desde siempre, tanto si se está de acuerdo como si se la condena. ¿Hay que decir, hoy, la izquierda y la derecha? La frontera no es tan clara y es mejor comenzar por el principio.

Ya en tiempos de la Revolución, los primeros escritos fueron contrarrevolucionarios. Habría que decir más bien contra la Revolución hasta el punto de que el término «contrarrevolucionario» es hoy sinónimo de reaccionario y oscurantista, y los partidarios de la historia oficial condenan al descrédito cualquier opinión contraria. Sin embargo, son muchos los que la denuncian de inmediato. El primero es el padre Augustin Barruel, exjesuita,

que publica en 1789 *Le Patriote véridique, ou Discours sur les vraies causes de la Révolution actuelle*. Están ya presentes las dos tesis que desarrolla a continuación: los males que afligen a Francia son un castigo divino, y la Revolución que comienza es un complot de los filósofos, que ponen el interés individual por encima del interés colectivo. Francia no puede renunciar al absolutismo. Dos años más tarde, después de la publicación de *Questions nationales sur l'autorité et sur les droits du peuple et du gouvernement*, Barruel se ve obligado al exilio, donde publica en 1792 *Histoire du clergé pendant la Révolution française*, amplia condena de la Constitución civil del clero. En 1798, en *Memoria para servir a la historia del Jacobinismo*, desarrolla la tesis, que aún perdura, de un complot masónico.

En su exilio, Barruel fue acogido en Londres primero por Edmund Burke, diputado en la Cámara de los Comunes y autor, en octubre de 1790, de *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, donde se denuncia una Revolución basada en teorías abstractas y que no tienen en cuenta el pasado. Creyendo liberarse, los revolucionarios estaban desencadenando violencias incontrolables. Visionario, Burke añade que el desorden que se estaba instalando entonces no podría tener fin sino con una dictadura militar.

Por su parte, Jacques Mallet du Pan, periodista del *Mercure de France*, pero que ha tenido que refugiarse en Berna a causa de sus artículos cada vez más críticos, escribe desde allí *Considérations sur la nature de la Révolution de France et sur les causes qui en prolongent la durée* (publicado en Bruselas en agosto de 1793). A diferencia de Barruel o de Burke, no atribuye la responsabilidad de la Revolución a los filósofos: «Una revolución es esencialmente un desplazamiento del poder, que se da necesariamente cada vez que el antiguo no tiene la fuerza de proteger la cosa pública o la valentía para protegerse a sí mismo». Mallet du Pan subraya, además, el peso de la guerra en la Revolución, en particular de su prolongación: «La Revolución lleva necesariamente a la Repú-

blica militar». En Francia, concluye, «la pasión es ya más fuerte que la razón […], las pasiones, mucho más que el conocimiento, conmocionan el universo» (este término «pasión» debe entenderse, en el sentido de la época, como sinónimo de locura).

Es al final de la Revolución cuando se manifiesta Joseph de Maistre. Este magistrado saboyano, monárquico iluminado impregnado de las ideas de Voltaire, primero fue favorable a la Revolución francesa, a la que se refirió como uno de los grandes momentos de la historia del mundo, pero esto no le impidió cambiar de opinión y correr a refugiarse en Lausana cuando las tropas de la Revolución invadieron Saboya. Desde allí, publica en 1796 *Consideraciones sobre Francia*, donde describe la Revolución como un acontecimiento a la vez desastroso y querido por la Providencia. La «razón» humana dejada a ella misma no es más que una brutalidad que conduce necesariamente a la discordia, pero la fe católica terminará por triunfar. La guerra, que por el momento ve victoriosa a la Francia revolucionaria, terminará inevitablemente revolviéndose contra ella.

También en 1796, Louis de Bonald, refugiado en Alemania desde finales de 1791 después de haber participado en el proceso revolucionario, publica su primera obra *Teoría del poder político y religioso* de la que el Directorio se apresura a destruir casi toda la tirada. Hace una apología de la monarquía, subrayando el primado de la religión y considerando que el racionalismo y el individualismo llevan invariablemente a la subversión. El individuo solo tiene deberes, no derechos. El derecho del pueblo a gobernarse es un desafío a la verdad. Hay que volver a la sociedad antigua formada por grupos sociales (por «cuerpos») y por familias. La Revolución francesa ha comenzado por los derechos del hombre y se terminará por los derechos de Dios.

Al año siguiente, François René de Chateaubriand, que en 1789 tiene veintitrés años y que ha huido inmediatamente de la Revolución e incluso la ha combatido en 1792 en el Ejército de

los emigrados, publica en Inglaterra un ambicioso *Essai historique, politique et moral sur les révolutions anciennes et modernes considérées dans leurs rapports avec la Révolution française*. El futuro autor de *El Genio del cristianismo* concluye diciendo que los revolucionarios son aprendices de hechiceros que, en nombre de la libertad, han destruido los lazos políticos, comunitarios, religiosos y familiares de Francia.

Al final del Directorio, comienza a emerger la teoría de las dos revoluciones. A una primera Revolución de la libertad, de 1789 a 1792, le sucedió una segunda, la de la llegada de los jacobinos y la instauración del Terror. En mayo de 1795, el suizo Benjamin Constant, que se había entusiasmado con la Revolución, pero que hasta entonces había preferido seguirla de lejos, llega a París en compañía de Madame de Staël, hija de Necker. Con la esperanza, pronto vana, de emprender una carrera política, se lanza con oportunismo a la apología del Directorio en *De la force du gouvernement actuel et de la nécessité de s'y rallier* (1796) así como el proceso en toda regla al Terror (*Des effets de la Terreur*, 1797).

La moderación resulta obligada bajo el Consulado y el Imperio (¿Acaso Napoleón no es el continuador de la Revolución?) y en 1818, significativamente, aparece la obra póstuma de Madame de Staël: *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française*, que fundamenta la teoría liberal de las dos revoluciones. Los derechos del hombre sí, pero en un régimen de sufragio restringido, lejos del igualitarismo de las masas. Y la dictadura del horror, ya sea la de los hombres del Terror o la de Napoleón.

Pero en el momento de la Restauración se había olvidado ya un pasado doloroso, como escribió Luis XVIII en el preámbulo de la Carta constitucional que promulga el 4 de junio de 1814: «Hemos borrado de nuestro recuerdo, como quisiéramos borrarlos de la historia, todos los males que han afligido a la patria en

nuestra ausencia». Los aniversarios que se celebran son el 21 de enero (muerte de Luis XVI), el 15 de agosto (la Asunción) y el 25 de agosto (San Luis).

Hoy olvidado, Claude François Beaulieu, periodista detenido por monarquismo bajo el Terror, pone en guardia a las generaciones jóvenes en *La Révolution française considérée dans ses effets sur la civilisation des peuples* (1820). Compara la Revolución a una gran serpiente que parece dormida por el momento, «pero no os acerquéis, ese pretendido sueño es el de la perfidia. Si reposa es para llenarse de un veneno nuevo».

En vísperas de la Revolución de 1830, la historiografía de la Revolución levanta vuelo. Adolphe Thiers, con su *Histoire de la Révolution* en 10 volúmenes que aparecen entre 1824 y 1827, y François-Auguste Mignet, con su *Histoire de la Révolution française* en 2 volúmenes (1824), son dos historiadores liberales que distinguen a su vez dos revoluciones, pero exoneran del Terror el año 1789. «Tres años de dictadura de la salvación pública, escribe Mignet, si han resultado perdidos para la libertad, no lo han sido para la Revolución».

Después de 1830, una línea mucho más radical, la de una primera «izquierda», supera esta dualidad para iniciar la gran marcha de exaltación de la Revolución. El romanticismo aporta un aliento poderoso. Hugo, en 1841, en su discurso de ingreso en la Academia francesa, califica la Convención de «tema de contemplación sombría, lúgubre, estremecedora, pero sublime».

Michelet, con su *Histoire de la Révolution française* que publica en 1847 y 1853, hace que la Revolución pase por la gran puerta de la historia. Antes, era el Antiguo Régimen, «la tiranía en nombre de la gracia», pero con la Revolución vence «la reacción de equidad, el advenimiento tardío de la justicia eterna». Sin embargo, examinado más de cerca, Michelet condena la doctrina de la salvación pública y solo ve como «verdadera» la Revolución de

1789, «periodo humano y benévolo» que opone a «la época de las violencias, la época de los actos sanguinarios».

En su monumental *Histoire des Girondins* publicada en 1847 y que tiene una repercusión considerable, Lamartine, frente a la Monarquía de julio, que condena, también exalta una República sin terror, que identifica con Brissot y sus amigos.

Después de la revolución de 1848, el fracaso de la Segunda República y su conclusión en el Segundo Imperio, la discrepancia se acentúa. Desde antes del golpe de Estado del príncipe-presidente, el bonapartista Bernard-Adolphe Granier de Cassagnac, en su *Histoire des causes de la Révolution française* (1849), defiende la idea de que quien ha realizado el ideal del despotismo ilustrado y construido la Francia moderna ha sido Bonaparte. En cuanto a la Revolución, no ha sido más que una «sangrienta e inútil estupidez».

Para el liberal Alexis de Tocqueville (*L'Ancien Régime et la Révolution*, 1858), la Revolución es la heredera de una misión centralizadora que la crisis del Antiguo Régimen había hecho imposible. La Revolución ha constituido «un procedimiento violento y rápido, gracias al cual se ha adaptado el estado político al estado social, los hechos a las ideas, las leyes a las costumbres».

Cada corriente de pensamiento tiene su propia visión de la Revolución. El republicano Edgar Quinet, refugiado en Bélgica, evidentemente no la cuestiona, sino que piensa que 1793 ha sido una contrarrevolución dentro de la Revolución y que la intransigencia del Terror ha sido la transposición en política del dogmatismo de la Iglesia católica (*La Révolution française*, 1865).

Al contrario, el socialista Louis Blanc (*Histoire de la Révolution française*, 1847-1862) distingue las dos épocas de la Revolución, pero defiende la doctrina de la salvación pública y del Terror. En cuanto a la guerra en las fronteras, fue «una gran guerra de amistad» (!). Su vasto relato lírico de la Revolución (12 volúmenes)

tiene mucho éxito. El primero, pero no el último, proclama el matrimonio indisoluble de la Revolución francesa y de la izquierda. «Ciertamente, la revolución de 1789 fue una revolución socialista [...]. Despejó el camino de la libertad». Louis Blanc inicia y prepara la *doxa*[135] que se va a imponer con la llegada de la Tercera República.

En 1871 todavía no se había llegado a esto, y la Francia de las postrimerías de la derrota con Prusia y de la Comuna no se inclina en favor de la Revolución. «¿Qué ha sucedido con la Revolución francesa?», pregunta Émile de Montégut en *Coup d'œil rétrospectif sur la Révolution française après les événements de 1870-1871* que publica en la *Revue des deux mondes* en 1871. Es, escribe, «una bancarrota ya irrevocable» que nos deja «escépticos y desconfiados para siempre». Sus principios han engendrado su contrario y solamente las masas son víctimas de una «alucinación mística».

Para Ernest Renan (*La Réforme intellectuelle et morale de la France*, 1871), «la experiencia fallida de la Revolución nos ha curado del culto de la razón [...]. Un principio que, en diez años, consuma una nación, no puede ser verdadero» y el ya célebre autor de la *Vida de Jesús* añade: «Se deja desbordar por el pueblo, se aplaude puerilmente al desorden de la toma de la Bastilla, sin imaginar que ese desorden lo arrastraría todo más tarde».

Hyppolyte Taine fue el primero que demolió sabiamente el mito ensalzador que tiende a construirse. Filósofo, historiador, autor y crítico literario, elegido en 1878 como miembro de la Academia francesa, librepensador por encima de todo, comienza su mayor obra a partir de 1875, *Les Origines de la France contemporaine*, que publica en seis gruesos volúmenes hasta 1893, año de su muerte.

¿Cuáles son las causas de la «desgracia francesa»? Como «un naturalista ante un insecto», examina la Revolución francesa, que considera un fenómeno patológico alumbrando principios

abstractos y empeñándose en vano a hacer que entren por la fuerza en la realidad. Defiende, entre otras, la tesis de una anarquía que se apodera de la Revolución desde sus primeros días, en un escenario de hambruna y de falsas esperanzas que los filósofos del siglo XVIII han engendrado, sobre todo Jean-Jacques Rousseau. «Desde el principio, para conseguir el poder, la Asamblea ha tolerado o solicitado la ayuda de la calle. Pero tomando a los amotinados por aliados, se entregó a ellos como amos».

Para Taine, el pueblo es un monstruo en potencia, una fuerza ciega que se deja guiar por sus instintos. El motín está siempre al acecho, y solo pide encenderse. El mando pertenecerá a quien sepa halagar las pasiones populares para servirse de ellas. «Hoy como ayer, en las buhardillas de los estudiantes y en las habitaciones de los bohemios, en los consultorios desiertos de médicos sin clientes y de abogados sin causas, encontramos a Brissot, Danton, Marat, Robespierre, Saint-Just en germen; pero, faltos de aire y espacio al sol, no dan fruto». Pesimista era también sobre el hombre tal como le idealiza el credo revolucionario: «Hombres abstractos, que no son de ningún siglo ni de ningún país [...]. Querer que todos los hombres pasen por el mismo molde lleva a la catástrofe».

Por primera vez, los jacobinos, alma y motor de la Revolución, se encuentran en el banquillo. ¿Qué es un jacobino? Se pregunta Taine. Lleno de «filosofismo» y, sobre todo, de las ideas roussonianas de libertad, igualdad, soberanía del pueblo, es un sectario para el que «el principio tiene su propia prueba», altanero y autoritario en espera de ser perseguidor. Lejos de considerarse un tirano, pretende hablar en nombre del «pueblo», olvidando los hombres reales y creyéndose «el ejecutor autorizado de la voluntad general».

Así, la Revolución ha sido criminal por esencia, y no por accidente. ¿Qué habría que hacer? «Habría que sanearlo [el edificio social], limpiarlo, abrir ventanas, abatir alambradas, pero conser-

vando los cimientos, la obra gruesa y la distribución general; y, después de haberlo demolido y acampado diez años al aire libre, como salvajes, sus huéspedes deberían ser obligados a volver a construirlo casi sobre los mismos planos».

Después de haber sido atacado con virulencia aún en vida por los historiadores republicanos, Taine será objeto de una verdadera conspiración del silencio. Por supuesto, piensa mal. En su *Grande histoire de la Révolution française* (1988), Georges Soria, periodista e historiador, admirador de la Revolución, dice de él: «Considerado autor de referencia, este maldiciente no caerá de su pedestal sino a principios del siglo XX. Dejando de ser objeto de estudio, se ha convertido desde entonces en objeto de curiosidad».

Dos visiones de la Revolución francesa se oponen radicalmente cuando nace, con dificultad (el 30 de enero de 1875, por mayoría de un único voto), la Tercera República. El violento debate que tiene lugar en la Cámara a propósito de la instauración de una fiesta nacional lo demuestra bien. Se proponen muchas fechas, como la del 24 de febrero de 1848, que defiende Louis Blanc con nostalgia. En cuanto a los grandes momentos de la Revolución francesa, son multitud: Juramento del Juego de Pelota, la noche del 4 de agosto, Valmy… Nada más volver del exilio, Henri Rochefort, fundador de La Lanterne, añade con toda la seriedad del mundo el 21 de enero, aniversario de la ejecución de Luis XVI. La oposición, paradójicamente mayoritaria tanto en la Cámara como en el Senado, no quiere nada de esto, pero tampoco puede proponer algo consistente, sino la Saint-Henri para los legitimistas y la San-Napoleón para los bonapartistas.

Es cuando se piensa en el 14 de julio. Pero ¿cuál? ¿El de 1789 o el de 1790? Y es que, ya se ha dicho, el 14 de julio de 1790, fecha fundadora, no fue el aniversario del 14 de julio de 1789, sino más bien, su contrario. Toda la oposición se desencadena ante la idea de una fiesta nacional, aniversario de la toma de la Bastilla.

Para Taine, sería «la fiesta del asesinato», mientras que Víctor Hugo, en el Senado, la ve «una fiesta universal [...], el final de todas las esclavitudes». En cuanto al ponente Henri Martin, autor de una *Histoire de France* en 19 volúmenes que interrumpe prudentemente en 1789, prefiere el 14 de julio de 1790, fiesta de la Federación, «la gran imagen de la unidad nacional» (apenas durante unos meses). Y así la ley del 6 de julio de 1880, todavía en vigor y lo será por mucho tiempo, nada entre dos aguas absteniéndose de referirse a un aniversario preciso: «La República adopta el 14 de julio como día de la fiesta nacional anual». Dos 14 de julio por el precio de uno, de alguna manera...

A principios del año 1891, la República ya está instalada y, en la Cámara de los diputados, hay que guardarse de atraer los rayos de Georges Clemenceau, diputado radical (la extrema izquierda de la época), conocido por su elocuencia y su labia cáustica. Victorien Sardou, autor de éxito de obras históricas, ha presentado en la Comedia francesa un *Termidor* en el que se celebra a Danton para incriminar mejor a Robespierre y el Terror. Los radicales, entonces en el poder, han prohibido la obra, con el pretexto de que alteraba el orden público, y el asunto ha llegado hasta la Cámara. El 29 de enero de 1891, Clemenceau responde a Joseph Reinach, republicano moderado, que ha comenzado a distinguir entre un Danton bueno de un Robespierre malo: «Se examina minuciosamente en conciencia y, una vez hecho su trabajo, nos dice con toda seriedad: ¡*Acepto esto y rechazo lo otro*! Yo admiro tanta ingenuidad, Señores, pues, lo queramos o no, que nos guste o nos choque, la Revolución francesa es un bloque... un bloque donde no se puede quitar nada, porque la verdad histórica no lo permite».

La fórmula de la «Revolución como un bloque» tuvo enseguida éxito y lo tiene todavía hoy. Alentado por los aplausos de la izquierda y los abucheos de la derecha, Clemenceau continúa: ¿por qué tanta pasión por «ese drama malo en la Comedia fran-

cesa? […] Esta admirable Revolución, por la que somos lo que somos, no ha terminado […]; somos aún los protagonistas; son siempre los mismos hombres en lucha con los mismos enemigos […]. No dejaremos que la Revolución francesa sea mancillada».

Así, la Revolución se ha convertido en algo indivisible y fuera de toda sospecha, con esta simple idea de que atacar la Revolución es atacar la República. Amenazado por el episodio boulangista, el nuevo régimen, aunque moderado, busca su legitimidad en sus raíces históricas y se cubre con el gorro frigio.

Es así como la historia de la Revolución se convierte en religión. La Francia revolucionaria y emancipadora, madre de los derechos del hombre, se convierte, según la fórmula de Pierre Larousse, en «la institutriz de las naciones modernas». En su monumental *Grand dictionnaire universel du XIX^e^ siècle*, este antiguo director de escuela no elude sin embargo el Terror, al que dedica una reseña particular, además de la consagrada a la Revolución francesa. ¿El Terror? «Siempre será fácil calumniar la Revolución francesa fingiendo confundir su principio con las terribles luchas que ha debido mantener para aplicarla […]. Aun deplorando el carácter implacable de estas luchas, así como se lamentan los males de la guerra, no se puede dejar de reconocer que una nación, como un individuo, tiene el derecho a la legítima defensa e incluso a recurrir a medios extremos para salvaguardar su independencia y su libertad».

La *doxa* se pone en marcha. En 1881 se fundó la revista *La Révolution française*, preludio de la fundación, en 1885, de la *Société d'histoire de la Révolution française*. Alphonse Aulard, su «director-redactor jefe», posee todos los sacramentos republicanos: es profesor de universidad e hijo de profesor, radical-socialista, francmasón, cofundador de la Liga de los derechos del hombre. En 1886 inaugura en la Sorbona un curso de Historia de la Revolución, que se convierte en cátedra a partir de 1891 y, sobre todo, publica una *Histoire de la Révolution française* (1901) en la que exal-

ta a Danton. Este da nombre a numerosas plazas, calles, estatuas (la de la plaza del Odeón se inaugura el 14 de julio de 1891) e incluso a un acorazado. Algunos años antes de su muerte, Aulard, en un discurso ante el *Congrès des sociétés savantes* en la Sorbona, en abril de 1923, titulado «*La théorie de la violence et la Révolution française*», rechaza la idea de una Revolución sanguinaria y se esfuerza en «demostrar la falsedad de esta pretendida visión histórica».

En las escuelas, el *Petit Lavisse* inicia su marcha triunfal y hace que la Revolución francesa entre majestuosamente en su relato nacional y republicano. Durante varias generaciones la escuela primaria va a jugar un papel determinante, ya que la mayoría de los franceses, provistos del único (y sólido) certificado de estudios, no tendrá otra visión de la Revolución que la que su profesor, debidamente llamado al orden por las instrucciones oficiales, le habrá transmitido. La historia de la Revolución, como la de la República, llega a ser una e indivisible.

Mucho hay que buscar para encontrar entonces voces discordantes como la de Albert de Mun, diputado realista legitimista de Morbihan e iniciador del catolicismo social, que lanza un programa de conferencias y de manifestaciones para denunciar «la bancarrota de la Revolución». Su proyecto de crear un gran partido católico choca, sin embargo, con la «adhesión» de los católicos a la República preconizada por el papa León XIII. Pasa lo mismo con Mons. D'Hulst, fundador del Instituto católico de París y diputado realista de Finistère (a partir de 1892), resignándose también él a la República, aunque censurando esta «Revolución francesa con la que nunca estaremos de acuerdo».

Revolución y República no son más que una. Queda, en conjunto, inclinarse a la izquierda o, más bien, instalarse en ella. La *Histoire socialiste de la Révolution française* de Jean Jaurès, publicada primero en fascículos antes de su edición en cuatro volúmenes de 1901 a 1908, por primera vez da una interpretación de los he-

chos revolucionarios y de sus orígenes a la luz de las teorías marxistas. Aunque Marx ha estudiado atentamente la Revolución francesa, no le ha dedicado una obra específica. Sin embargo, sus ideas van a tener un gran peso sobre la historiografía socialista y a *posteriori* comunista. La ascensión de la burguesía en el siglo XVIII habría resultado bloqueada por la sociedad del Antiguo Régimen, sus órdenes y sus privilegios, y la Revolución francesa habría nacido del contraste entre su fuerza productiva, su poder económico y su exclusión de la vida política. Así, la Revolución es el cambio de las relaciones sociales exigido por el cambio del modo de producción, pasando de «feudal» a «capitalista». Como «clase» la burguesía capitalista ha podido apoderarse del poder, en detrimento de un proletariado que ahora puede hacer lo mismo.

Jaurès fundamenta su obra no solo en la historia de los fenómenos socioeconómicos, como explica en su introducción: «Nuestra interpretación de la historia será a la vez materialista con Marx y mística con Michelet». Por ecuanimidad, añade a Plutarco. Marxista, al mismo tiempo es un republicano convencido: «Guardémonos de creer que al proletariado le es indiferente que el capitalismo se desarrolle en régimen de democracia o en régimen de oligarquía o despotismo».

Jaurès influirá profundamente en sus continuadores. Albert Mathiez (socialista), antiguo alumno de Aulard (radical), entra en conflicto con él cuando cuestiona a Danton esforzándose por demostrar su corrupción para hacer de él «un demagogo hambriento de placeres». Paralelamente, rehabilita a Robespierre y funda en 1907 la *Société des études robespierristes*, con la revista *Annales révolutionnaires* que en 1923 es rebautizada *Annales historiques de la Révolution française*, todavía activa. Después de la Gran Guerra, y aunque es militante pacifista, atosiga en su *Danton et la paix* al «jefe indulgente de todos los derrotistas de la época». Entusiasmado por la revolución de 1917 y afiliado al Partido Comunista Fran-

cés que acaba de nacer en 1920 (solo está dos años), compara el Incorruptible a Lenin, este «Robespierre que lo ha conseguido». Por su parte, Lenin habla de Robespierre como de un «bolcheviche *avant la lettre*». Es la época en la que los revolucionarios rusos erigen una estatua a Robespierre (fabricada de cualquier manera en 1918, en plena guerra civil, se viene abajo tres días después de ser erigida) y rebautizan un crucero de la ex Marina imperial «Marat».

La muerte de Mathiez en 1932, después de la de Aulard en 1928, apacigua estas discusiones escolares. Georges Lefebvre, socialista comprometido que sucede a Mathiez, es el promotor de una historia social, una historia «vista desde abajo», como había hecho en su tesis en 1924 sobre *Les Paysans du Nord pendant la Révolution française*. Le lleva a ello la nueva corriente que acaba de nacer con la *École des annales* fundada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre. Una historia económica y social, más allá de una historia global (y más tarde cuantitativa), que quiere romper con «la historia historicista».

Sin embargo, no se cuestiona la mística de la Revolución, al contrario. Además, el Frente Popular que ha triunfado en 1936 quiere resaltar fuertemente el 150 aniversario que se acerca, reavivando la llama. Sin embargo, su caída en la primavera de 1938 supone un serio frenazo a las celebraciones programadas. Se oyen algunas discordancias. El antiguo presidente del Consejo, André Tardieu, escribe en 1938 en *La Révolution* à *refaire* que «toda la Revolución ha sido una mentira desde sus inicios». Daniel Halévy, histórico y ensayista, publica una *Histoire d'une histoire esquissée pour la troisième cinquantenaire de la Révolution française* (1939) en la que define a los franceses dados al culto de la Revolución como «enfermos mentales» afectados por un «calambre cerebral». Y concluye este iconoclasta: «Pensad lo menos posible en las tonterías que habéis hecho. Y, sobre todo, ¡nada de aniversarios!».

El 14 de julio de 1939, el nuevo presidente del Consejo, Daladier, prefiere subrayar el 14 de julio de 1790. Pero los espíritus estaban en otra parte: Hitler obligaba a una aparente unidad nacional.

En este entreguerras, los turiferarios de la Revolución ocupan todo el espacio (y todos los espacios). Sin embargo, después de la Gran Guerra, ha surgido silenciosamente un espíritu libre, Augustin Cochin, defensor y continuador de Taine. Sin este, escribe, «nos encontraríamos todavía en las generosas ilusiones de 1789, en los excesos de 1793, en esta literatura histórica mesurada, sensata, liberal, ridícula, que desde hace cien años corrige poco a poco, reviste, atenúa el aterrador recuerdo y crece en la Revolución como el musgo en las ruinas».

Arrojado también él al sótano del olvido de la historiografía, ha sido rescatado por François Furet que le ha consagrado un capítulo en *Penser la Révolution française* (1978) considerándole como «probablemente el más desconocido de los historiadores de la Revolución francesa». Muerto en la guerra por defender a Francia en 1916, a los cuarenta años, no ha podido seguir su obra. Solo a título póstumo, en 1921, se publica *Les Sociétés de pensée et la démocratie*. *Études d'histoire révolutionnaire*.

Para Cochin, la Revolución francesa comienza no por un movimiento popular espontáneo, sino con un golpe de Estado perpetrado por las sociedades de pensamiento. La explosión revolucionaria es obra de una manipulación del cuerpo social y de una estrategia de conquista del poder por los jacobinos en nombre de la igualdad y de la soberanía del pueblo. En cuanto al pueblo, tan exaltado por los republicanos, es ficticio, y con más razón su soberanía. «El pueblo libre es la masa, la muchedumbre desencadenada y abandonada a ella misma, al instinto, a la sugestión del momento, sin freno, sin jefe, sin ley, tal como se vio en julio de 1789 a los ojos atónitos de los "filósofos"; monstruo inconsciente, aullador, que aterrorizará a Francia durante cinco años».

La Révolution française de Pierre Gaxotte, que aparece en 1928, es mucho más importante y será reeditada continuamente. Es el primer libro de este historiador y periodista, admirador y secretario de Charles Maurras, que escribe regularmente en *L'Action française*, y redactor jefe de *Candide*, quincenal antiparlamentario, antirrepublicano, anticomunista y de buena gana antisemita. También Gaxotte denuncia el terrorismo intelectual de las sociedades de pensamiento, así como una revolución dirigida por minorías, que desemboca en la dictadura «comunista» de los montañeros (el espíritu del tiempo impone referirse a la Revolución rusa como lo hace Mathiez, pero no en el mismo sentido). Para Gaxotte, el espíritu revolucionario no es propio del «genio francés». Describe la gente ávida de sangre, los gobiernos abstractos, elaborando retratos contra los dirigentes sucesivos, Robespierre y Marat en cabeza. «Jamás poder más aterrador cayó en manos más despreciables».

Después de la Segunda Guerra Mundial, los comunistas tienen el viento en popa y la historia «jacobino-marxista» de la Revolución está menos cuestionada que nunca, o más bien sí, pero en su extrema izquierda. Daniel Guérin, «marxista-libertario», publica en 1946 *La Lutte des classes sous la Première République. Bourgeois et bras nus (1793-1797)*, donde acusa a los historiadores que le han precedido de mala fe porque todos se encuentran «en el cascarón de la burguesía». Son «hombres de clase», incluso Jaurès que no es más que un socialdemócrata. En cuanto a Guérin se vanagloria de ser un auténtico historiador proletario. Pinta un colorido cuadro de una lucha, desde 1790, entre la vanguardia del pueblo y la burguesía. Los montañeses no son más que burgueses, incluidos Danton y Robespierre, e incluso Marat, que solo llama a los proletarios para ayudar a la revolución de los ricos.

Daniel Guérin no ha creado escuela, a diferencia de Georges Lefebvre, que da paso a una nueva generación de historiadores

de la Revolución, antiguos alumnos suyos en su mayor parte. Es el caso sobre todo de Albert Soboul, que defiende su tesis en 1958: *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire. 2 juin 1793-9 thermidor an II.* Este hijo de obreros, nacido en 1914, inscrito en el Partido Comunista en 1933, donde estará hasta su muerte, auténtico resistente, ha publicado mucho, principalmente *La Révolution française (1789-1799)* en las *Éditions sociales*, en 1948. Primero profesor de instituto, después en la universidad de Clermont-Ferrand, solo llega a la cátedra de Historia de la Revolución francesa en la Sorbona en 1967. Verdadero guardián del templo de la interpretación marxista de la Revolución, defenderá sin cansarse la idea de un combate histórico en una dialéctica de lucha de clases conducida y ganada por la burguesía, clase en plena ascensión capitalista contra una aristocracia atrincherada en sus privilegios. Una «revolución burguesa con apoyo popular». Soboul defiende, además, la originalidad y la exclusividad de una Revolución francesa, la de 1789 y sobre todo la de 1793, como matriz de la Revolución bolchevique de 1917.

Esta especificidad de la Revolución francesa es cuestionada en 1955, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma, cuando el historiador americano Robert Roswell Palmer y el historiador francés Jacques Godechot desarrollan el concepto de «Revolución atlántica», englobando en un solo movimiento las revoluciones de Europa y de América del Norte, teniendo todas en común la aspiración a la conquista de las libertades: libertad individual, libertad de conciencia y de expresión, libertad política, libertad de propiedad, pero también libertad económica. La igualdad, aspiración supuestamente central de la Revolución francesa pasa a un segundo plano, cuando no desaparece en los debates. Los historiadores ortodoxos manifiestan su desacuerdo, argumentando sobre la duración de la Revolución francesa, su expansión fuera de sus fronteras y, sobre todo, su radica-

lidad. En el ámbito de la guerra fría, Jacques Godechot, que no es de ninguna manera «contrarrevolucionario» y se considera incluso «historiador independiente», es acusado por los guardianes del templo de estar a sueldo de la OTAN y la CIA.

El monopolio de lo que entonces se llama obligatoriamente «la Escuela francesa de la Revolución» es cuestionado con más radicalidad a principios de los años 1960 por un «revisionismo» que viene de más allá del Canal de la Mancha. Además, este término no tiene el mismo significado dependiendo de si se utiliza, sin connotación política, por los historiadores británicos o americanos, o si está escrito por Soboul, tardíamente en 1974.

En *The Social Interpretation of the French Revolution* (1964, ¡con una traducción francesa solo veinte años más tarde!), el historiador británico Alfred Cobban duda de que la historia tenga un sentido y, en todo caso, no el que le dan los marxistas. Mucho antes que él, los historiadores británicos, desde Thomas Carlyle (*The French Revolution*, 1839), no miran con los ojos de Jimena[136] la Revolución francesa, pues la consideran al mismo tiempo un fracaso y una tragedia. Cobban denuncia en los historiadores marxistas de la Revolución lo que él llama *Omnibus Terms* cuyas incertidumbres lexicales están al servicio de sus certezas ideológicas. ¿Cómo definir específicamente «la burguesía»? Según Cobban, en ese momento de la Revolución, esa no constituye una clase en sentido marxista, ni tampoco una burguesía capitalista. El término «régimen feudal» también es muy impreciso. Además, Cobban subraya la contradicción entre el concepto de revolución-en-bloque, la famosa «revolución burguesa», y el que Lefebvre admitía, de revoluciones sucesivas.

Por su parte, en 1967 el historiador americano George V. Taylor concluye que la Revolución francesa ha sido una «revolución política con consecuencias sociales más que una revolución social con consecuencias políticas».

Estos cuestionamientos del dogma «jacobino-marxista» eran prácticamente ignorados en Francia, cuando aparece en 1965 y 1966, en dos volúmenes ilustrados, *La Révolution française*, de François Furet y Denis Richet. El hecho de que estos dos autores pertenezcan a la *Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales*, feudo de la *École des Annales*, y que no sean especialistas de la Revolución francesa, es en sí mismo una ruptura con el academicismo de la Sorbona. Obviamente, el libro se dirige a un amplio público. En el libro, ¿qué es lo que se lee? O, más bien, ¿qué es lo que se comprende? Que la Revolución francesa no es el resultado de la lucha de clases entre una burguesía capitalista y liberal y una nobleza conservadora, sino más bien el de unas «élites mixtas» llevadas por un movimiento secular y reformista contra el absolutismo monárquico. Esta revolución «ilustrada» habría desembocado en una monarquía constitucional y liberal a la inglesa, sin el derrape jacobino de 1793 y la entrada de las masas populares en el proceso político. Así recobra preponderancia la tesis liberal y antigua de las dos revoluciones, pero esta vez contra la *doxa* marxista de una «necesidad histórica» de la Revolución francesa.

Los «ortodoxos» reaccionan polémicamente, sobre todo porque lo que desde entonces se llama «el Furet y Richet» obtiene un gran éxito, que los medios de comunicación transmiten ampliamente. En los *Annales d'histoire de la Révolution française*, en 1967, y después en su libro *Sur la Révolution française*, en 1970, Claude Mazauric, historiador comunista que se presenta como tal, acusa a los autores de «prejuicio anticomunista, antipopular y antinacional». Por su parte, Soboul se conforma con escribir el prefacio del libro de Mazauric, lamentándose de que Furet y Richet hayan atacado la Revolución francesa, «la madre de todos nosotros». Para apoyar esto, el historiador británico Richard Cobb, de la universidad de Oxford, ironiza en un artículo titulado: «*Nous, des Annales*» sobre una pretendida propensión de los auto-

res a la interpretación. ¿Quiere decir que los autores marxistas no interpretan?

La creciente polémica lleva a Furet a pasar del «*soft revisionism*» al «*hard revisionism*» (Alice Gérard) cuando responde en 1971 en los *Annales ESC* con un largo y rotundo artículo: «*Le catéchisme révolutionnaire*», cuyo título es ya un programa. «A nivel universitario, la historiografía "marxista" (que yo llamaría más bien jacobina) de la Revolución francesa hoy es más que nunca la historiografía dominante [...]. La República francesa está en el poder en la sociedad y en las instituciones, sobre todo las universitarias». Y Furet denuncia una «vulgata lenin-populista» de la que Soboul es el mejor representante, para el cual «la Revolución del 89 no es uno de los posibles mañanas de la sociedad francesa en el siglo XVIII [sino] su único futuro, su coronación, su fin, su mismo sentido». Al final de una larga autopsia y a veces partiendo del propio pensamiento de Marx, se acaba la obra de Soboul. No se olvida de Mazauric: «Un abogado general envuelto al mismo tiempo en nuestras glorias nacionales y en la teoría marxista-leninista» (que Mazauric invoca, efectivamente).

Furet sigue insistiendo en 1978 con la publicación de *Penser la Révolution française*, obra en la que reedita «*Le catéchisme révolutionnaire*», pero, sobre todo, donde desarrolla el debate en «*La Révolution française est terminée*». Escribe que no existe una interpretación inocente y que la historia es «el resultado de una relación inestable por definición entre el presente y el pasado». Si la Revolución no es una revolución de las estructuras sociales y económicas, ¿qué es? Una sucesión de acontecimientos de naturaleza política e ideológica, lejos de todo determinismo. «Desde el origen es una continua sobrepuja de la idea sobre la historia real, como si su función fuera reestructurar con lo imaginario el conjunto social en piezas». En cuanto al Terror, no habría que esconderlo detrás de las «circunstancias», pues forma parte de la ideología revolucionaria. «No todas las situaciones de extremo

peligro nacional llevan a los pueblos al Terror revolucionario». Furet concluye haciendo de la Revolución francesa no una transición, sino un origen («la primera experiencia de la democracia») o, más bien, «una ilusión de origen».

Y es que, a pesar de lo que digan sus adversarios, Furet no es un contrarrevolucionario, pues le reconoce a la Revolución ese mérito e incluso esa finalidad. En una entrevista en 1984 declara: «Yo soy un gran admirador de 1789». Desarrolla esa idea en el prefacio del *Dictionnaire critique de la Révolution française*, que dirige con Mona Ozouf y que aparece en 1988: «El nacimiento de la democracia. Esta definición de la Revolución francesa tiene tal peso intelectual que nadie, ni partidarios ni adversarios, la pueden rechazar. Los primeros ven en ella su bautismo, los segundos la convierten en materia de sus sospechas. Pero desde muy pronto ambos campos han reconocido en ella una línea de división del tiempo que les ha separado. El Antiguo Régimen había sido la desigualdad de los hombres y la monarquía absoluta; en los estandartes de 1789 habían aparecido los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. Esta ruptura es lo que expresa con más claridad la naturaleza a la vez filosófica y política de la Revolución francesa; es lo que le ha dado la dignidad de una idea y el carácter de un inicio».

Cuando Furet invita a la nueva generación de investigadores a hacer una lectura no conmemorativa, sino propiamente histórica de la Revolución, la izquierda, en el poder desde 1981, por el contrario, pretende subrayar el bicentenario de 1789, retomando los grandes rituales conmemorativos de la Tercera República. En 1988 se instituye una «Misión del bicentenario de la Revolución francesa y de la Declaración de los derechos del hombre», y en un discurso del 15 de enero de 1988, el presidente François Mitterrand declara: «La República francesa tendrá una cita consigo misma, con el mundo, para lo que será un examen de conciencia y un nuevo impulso». Reelegido en mayo de 1988, decide dar al

bicentenario un resplandor excepcional, pensado que 1789 goza de un capital de adhesión y simpatía, de un patrimonio común de memoria, propicio para dar a la República la unidad que le falta.

Edgar Faure, segundo de los tres presidentes sucesivos de la Misión[137], habla de «reconciliación nacional» (¿había entonces conflicto?) y propone celebrar «este extraordinario movimiento consensual que se ha manifestado en Francia entre el 13 de julio de 1789 por la noche hasta la mañana del 15 de julio» (extraña formulación, más de un hombre político, que no se atreve a decir 14, y menos aún de qué año).

Por lo que se refiere a la reconciliación nacional, en *Le Débat*, en 1984, el historiador de izquierdas Maurice Agulhon, fustiga a la derecha, de la que sospecha que no ama la Revolución: «En la actualidad, los historiadores son los únicos que saben que la izquierda es liberal y demócrata, republicana, por decirlo todo, por esencia y fundación, mientras que la derecha lo es por conversión y adaptación». Y concluye Agulhon: «En la Francia de los años 80, desacreditar la evocación de 1789 porque el jacobinismo puede aprovecharse algo de ello es un mal cálculo para la Libertad».

Y lo que tenía que pasar pasó: Francia se divide en dos. Medios de comunicación e intelectuales (de izquierda) se entusiasman, pero los de derechas no se callan. Louis Pauwels, antiguo redactor jefe de *Combat* y fundador del *Figaro magazine*, publica, en 1986, un rotundo: «Para terminar con la Revolución, sencillamente» (de la Igualdad dice que es «una injusticia contra los más capaces»). Pierre Chaunu publica *Le Grand Déclassement. À propos d'une commémoration et Philippe de Villiers: Lettre ouverte aux coupeurs de tête et aux menteurs du Bicentenaire*. Los historiadores británicos William Doyle (*The Oxford History of the French Revolution*) y Simon Shama (*Citizens. A Chronique of the French Revolution*) añaden sus escritos decididamente contrarrevolucionarios:

la Revolución francesa había desembocado en la sangre e inútilmente en una Francia del Antiguo Régimen que había comenzado a modernizarse.

A este nivel no se puede hablar de divergencias, sino de oposición feroz e irreductible. En la televisión, Pierre Chaunu, figura emblemática de una historia de derechas (y no de extrema derecha, como se ha dicho), afronta a Michel Vovelle, que en 1983 ha sucedido a Albert Soboul, muerto prematuramente. También él es comunista, pero prefiere definirse «jacobino no arrepentido». Durante este debate, Chaunu le reconoció a Vovelle, que argumentaba con los derechos del hombre, que era una buena idea, pero que «se habían equivocado con el trabajo práctico».

En su discurso de 6 de julio de 1989 en la Sorbona, François Mitterrand reivindica orgullosamente «nuestra Revolución» antes de añadir que «el proceso de la Revolución es muy a menudo la forma autorizada del proceso de la democracia», argumento retomado entre otros por el historiador Guillaume Mazeau en *L'Humanité* del 5 de abril de 2013: «Desacreditar la Revolución sirve para eliminar las políticas igualitarias».

A pesar de esta falla, el Bicentenario no deja de desplegar unos fastos extraordinarios que culminan el 14 de julio con un gigantesco desfile-espectáculo (World Culture) firmado por Jean-Paul Goude, que se suponía que expresaba la idea de la fraternidad entre los hombres, poniendo en escena las «tribus planetarias». Furet, que ha evitado la polémica, concluye: «Se ha celebrado la democracia para olvidar la Revolución». A lo que el historiador y periodista Jean Sevilla añade: «La conmemoración oficial de la Revolución se efectúa lejos de la historia, a merced del aire del tiempo. Como en 1889. En ese tiempo, el patriotismo estaba de moda: el Centenario se cubre de tricolor. En 1989, era el momento de los derechos del hombre, del antirracismo, de la caída de las fronteras. De ahí el desfile mestizo de Jean-Paul Goude. El

Bicentenario no ha celebrado verdaderamente 1789, sino que ha exaltado la idea que la Francia de 1989, al menos la que se encuentra en el poder, tiene de sí misma».

En el fracaso de esta gran parafernalia, no hay que olvidar la enorme producción editorial que ha precedido y acompañado al Bicentenario. ¿Cómo reseñar los casi 800 títulos (ediciones y reediciones) que aparecen en ese momento, a los que les resulta difícil encontrar lectores? Nunca los historiadores de este periodo habían tenido tanto la palabra. Salen a la luz valiosos instrumentos (aunque algunos estén políticamente etiquetados): en la derecha, *Histoire et dictionnaire de la Révolution française* (Laffont, 1987); en la izquierda, *La Révolution française. Images et récits*, en 5 volúmenes, de Michel Vovelle (Messidor, 1986-1987)… Citemos también el *Dictionnaire historique de la Révolution française*, dirigido por Albert Soboul (Puf, 1989); *La Révolution française. Chronologie commentée (1787-1789)*, dirigido por Jacques Godechot (Perrin, 1988); un *Dictionnaire des constituants* en dos volúmenes y un monumental *Atlas de la Révolution française*, en 11 volúmenes (EHESS, 1987-2000). En el *Dictionnaire critique de la Révolution française*, ya citado, François Furet ignora orgullosa e injustamente a los historiadores marxistas en la parte consagrada a los «intérpretes e historiadores».

Historias generales o temáticas, biografías, publicaciones de memorias se acumulan. Encuentran sitio la economía (especialmente *L'Économie de la Révolution française* de Florin Aftalion, Hachette, 1987), las mujeres, la religión (*La Révolution contre l'Église. De la Raison à l'Être suprême*, de Michel Vovelle, Complexe, 1988), sin olvidar la epistemología (*La Révolution en questions*, de Jacques Solé, Seuil, 1988).

El conflicto entre historiadores de izquierdas e historiadores de derechas no se apacigua cuando se apagan las luces del Bicentenario. La presencia de Solzhenitsyn en la inauguración del Memorial de la Vendée el 25 de septiembre de 1993 y su discurso

contra todas las revoluciones relanza la problemática del genocidio vandeano.

En 2008, la aparición del *Livre noir de la Révolution française*, obra colectiva publicada por Cerf, reaviva la polémica y provoca la oposición de los historiadores ortodoxos. Por ejemplo, Hervé Leuwers escribe en los *Annales historiques de la Révolution française (janvier-mars 2008)*: «Este libro negro revela una dramática incomprensión del mundo y una lectura de la Revolución que haría sonreír si no manipulara la historia para justificar análisis y opiniones que a veces estremecen». En *Le Monde*, Pierre Assouline pregunta: «¿Cómo historiadores de una reputación tan sólida como Emmanuel Le Roy Ladurie y Jean Tulard han podido correr el riesgo de dejarse embarcar en esta empresa?».

En una palabra, no es bueno ser catalogado como «contrarrevolucionario». Por el contrario, la contrarrevolución como tema ha adquirido derecho de ciudadanía en la historiografía de la Revolución, como testimonian obras colectivas dirigidas por Jean Tulard (*La Contre-Révolution. Origines, histoire, postérité*, Perrin, 1990) y Jean-Clément Martin (*Dictionnaire de la Contre-Révolution*, Perrin, 2011).

Después de estas mareas editoriales, ¿se puede decir que las olas, si no han desaparecido, han disminuido mucho en estas dos primeras décadas del siglo XXI? El Bicentenario, que quería revitalizar la imagen de la Revolución francesa, ¿no ha supuesto, al contrario, su certificado de defunción como referencia nacional? Furet, que fue el rey invisible del Bicentenario (y que murió prematuramente en 1997), ¿no ha contribuido, y fuertemente, al enfriamiento del objeto Revolución?

Michel Vovelle, entonces jubilado y hoy fallecido, se pregunta en su prefacio a *La Révolution française. Une histoire toujours vivante* (Tallandier, 2009), obra colectiva dirigida por Michel Biard: «Soboul ha fallecido, Furet ha fallecido, y yo no me siento muy

bien», ironiza. Sin embargo, el final del «combate de los jefes» no es un simple final. «Se puede haber perdido la Revolución y continuar a hacer fructificar nuestro patrimonio». Según Michel Vovelle, todavía hay muchos historiadores de la Revolución «presentes en el frente».

Este relevo se ha organizado principalmente en torno al *Institut d'histoire de la Révolution française* y su revista, es decir, ese feudo de la Sorbona, hasta hace poco objeto de los ataques de Furet y del EHESS. Jean-Clément Martin, nacido en 1948, ha sucedido a Vovelle hasta 2008, pero continúa dominando el panorama historiográfico por la importancia y la abundancia de su producción. A partir del final de los años 1980 ha destacado publicando varias obras sobre la guerra de la Vendée, en la que se opone a la tesis de un genocidio defendida por Reynald Secher, diciendo que todavía no se podía hablar de «la identidad vandeana». No se podía exterminar a los vandeanos como tales, según criterios étnicos, sino según criterios políticos, porque la Revolución perseguía la destrucción de todos, hombres, mujeres, niños, que de cerca o de lejos (de muy lejos si se piensa en los niños), se oponían a su marcha. «Ha habido muchos crímenes de guerra y batallas abominables, pero en ningún caso un genocidio».

El conformismo universitario ha hecho de Reynald Secher una suerte de iluminado ultra reaccionario, tanto más que a la acusación de genocidio ha añadido después la de «memoricidio». Pero sus principales argumentos merecen ser recordados. En una entrevista a la revista *Guerres et histoire* (abril 2018), recuerda la definición de genocidio formulada en la Convención de las Naciones Unidas de 1948: «Actos perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal». «Lo que cuenta, argumenta, no es la existencia objetiva de un grupo vandeano, sino el hecho de que los Azules hubieran señalado a uno que había que *exterminar como tal* [...]. No se puede explicar de otra manera que hayan buscado

masacrar no solamente a los rebeldes armados, sino también a viejos, niños y sobre todo mujeres, que son los *surcos reproductores* de esta *raza maldita*…».

Parece que el eclecticismo caracteriza ya los estudios revolucionarios de las dos últimas décadas. Clásica, aunque renovada en los enfoques y el tono, es la inagotable vena de las biografías. Encontramos, claro está, Robespierre (sobre todo la de Hervé Leuwers), Luis XVI (Jean-Christian Petitfils), María Antonieta, pero también La Fayette, Dumouriez, Barras, Merlin de Douai, Pétion, e incluso el impresionante *Fouché* de Emmanuel de Waresquiel. Se reserva un lugar más importante a la historia de las mujeres, así como a la historia plural con dos obras estimulantes de Pierre Serna: *La République des girouettes* (Seyssel, coll. «Champ vallon», 2005) y *Comme des bêtes. Histoire politique de l'animal en Révolution* (Fayard, 2017), o también a la psicohistoria (el «por qué» más que el «cómo») con las obras esclarecedoras de Bronislaw Baczko, filósofo que ya había demostrado el carácter de utopía de la Revolución francesa (*Lumières de l'utopie*, Payot, 1978). Por su parte, el jurista Philippe Pichot-Bravard (*La Révolution française*, Fayard, 2014) se esfuerza por mostrar la ruptura filosófica y antropológica que constituye la Revolución francesa pretendiendo sustituir el hombre esencialmente cristiano por un hombre regenerado y nuevo.

Más sorprendente y equívoca es la toma de distancia respecto al Terror en la que se esfuerzan historiadores como Jean-Clément Martin (con varias obras), Michel Biard, Sophie Wahnich. ¿Qué Terror?, parece que se preguntan estos autores. «Comprender la violencia en la Revolución francesa, escribe J.-C. Martin, exige primero no ser víctima del asombro que se creó de la nada, lo que rodea la guillotina de Robespierre». De alguna manera, el mito nacional no sería la Revolución, sino su violencia vista con el prisma del tiempo presente.

Por su parte, Michel Biart evoca una Francia «al mismo tiempo fraterna y fratricida». Se dan argumentos, comenzando por la guerra. Era necesario salvar la República. No se podía hacer de otra manera; en una palabra, el mismo argumento de los protagonistas del Terror (y de Danton antes de Robespierre).

Se rechaza la palabra misma, en el sentido de que no hubo, estrictamente hablando, una «ley del Terror» y que la Convención, con ocasión de la famosa sesión del 5 de septiembre de 1793, no la había puesto «en el orden del día». Es verdad, pero se había invocado su necesidad ese mismo día sin suscitar protestas. El Terror estaba en el orden del día, y ¿es que todas esas argucias bizantinas cambian la cosa, la locura revolucionaria? ¿A las 33 cabezas que cortaba de media cada día la guillotina solamente en París? ¿A los 250.000 muertos de la Vendée, hombres, mujeres y niños?

Intentar exonerar a la Revolución del Terror es querer quitar el roce que duele. Muy pocos son los historiadores que se baten decididamente sin éxito contra una empresa tal, como Patrice Gueniffey que (después de Taine) replica que, por el contrario, el Terror no es un accidente de la Revolución, sino algo que le es consustancial, y eso desde 1789 (*La Politique de la Terreur. Essai sur la violence révolutionnaire, 1789-1794*, Fayard, 2000). Más allá de esta cuestión que continúa siendo central, este historiador considera que «la Revolución francesa ya no es lo que fue en otro tiempo: el alfa y la omega de la historia de Francia e, incluso, según algunos, de la historia universal. Es un hecho, ya no está en primer plano; su poder evocativo disminuye cada día más y cada día son menos los que le conceden la capacidad de iluminar el presente y, con mayor razón, el futuro de nuestras sociedades».

Entonces, ¿se debe enterrar la Revolución? No para Sophie Wahnich (*La Révolution française n'est pas un mythe*, Klincksieck, 2017), ni para Claude Mazauric que, solitario, persevera contra viento y marea en el timón de la escuela marxista (*L'Histoire de la*

Révolution française et la Pensée marxiste, Puf, 2009). Para este último, la Revolución continúa siendo, «a pesar de todo, una historia fundamentalmente sometida a la presión determinante de las fuerzas constitutivas del modo de producción: ahí está esa parte de *materialismo histórico* que caracteriza la relación esencial de Jaurès y Marx». Según la definición de Jaurès, continúa siendo «un momento único, fundador, en la marcha universal de la humanidad, que se construye como humanidad consciente y emancipada de los prejuicios y de la explotación que la han pervertido».

«La Revolución francesa ha terminado», había dicho François Furet, con un gran eco mediático, pero parece que su historiografía «sigue en movimiento». Queda por plantearse la verdadera cuestión: «¿Para qué sirve la Revolución?». ¿No estaba ya en marcha una revolución tranquila (aunque peligrosa, mortalmente lenta) desde finales del siglo XVIII, que había empezado a transformar profundamente la sociedad francesa? No, responden unánimes sus defensores, comenzando por Jean-Clément Martin, que ha retomado la bandera de una Revolución fundadora que siempre enarbola la izquierda. «La Revolución no puede aparecer como un paréntesis del que se habría podido prescindir; ha sido el crisol nacional», escribe.

El «crisol nacional»… Esta *ultima ratio* nos recuerda el famoso «bloque» que decía Clemenceau, no un lo tomas o lo dejas, sino solamente lo tomas, te guste o no. Es como si la historia de Francia no hubiera comenzado verdaderamente más que en 1789 y que los doce siglos que la han precedido, todos imbuidos de oscurantismo, no hubieran sido más que lo que la crisálida es a la mariposa. ¿Quiere esto decir que la Francia del Antiguo Régimen no era ya una nación (la palabra es del siglo XII), sin la mayúscula si se quiere? La Revolución francesa se puntúa a golpe de mayúsculas.

¡Pobre Antiguo Régimen! Solo hay que observar cómo lo tratan en las películas y series, una más caricaturesca que la otra,

hasta llegar a ser grotescas. Pero no, Francia no era todavía Francia, la única Francia, la Francia republicana, la que, para nacer, esperaba que se guillotinara a su rey en nombre de los derechos del hombre.



CLAUDE QUÉTEL (Bernières-sur-Mer, Calvados, 30/12/1939)es un historiador francés especializado en psicohistoria (estudio de las estructuras y procesos mentales que conducen a decisiones y acontecimientos).

Comenzó su carrera como profesor de primaria en Manche y Calvados, luego pasó a ser profesor de historia antes de aprobar el examen de acceso al CNRS en 1976, donde pasó la mayor parte de su carrera como becario de investigación y luego director (sección de historia moderna y contemporánea). Se especializó en historia de la psiquiatría, psicohistoria e investigación iconográfica.

De 1992 a 2005 fue también director científico del Mémorial de Caen, donde se familiarizó con la museografía y la escenografía, así como con las técnicas de exposición virtual. Como tal, es

miembro activo del Consejo Internacional de Museos. Desde 2005, se dedica a dos tipos de actividad:

• como historiador auditor y consultor para exposiciones y eventos de contenido histórico, y para la creación o remodelación de museos;

• una importante actividad editorial, como autor y como director de libros y colecciones.

También es comisario del Centre national du Livre y colaborador habitual de la revista Historia.

Notas

[1] Opinión. [N. d. T.] <<

[2] Cf. al final del volumen, un ensayo de historiografía crítica, «La Revolución es seguramente un bloque». <<

[3] Disponible online en: https://s3-eu-west-1.amazonaws.com/alaindebenoist/pdf/mas_alla_de_los_derechos_humanos.pdf, 5. [N. d. T.] <<

[4] Tomás Moro, *Utopía*, pág. 127, e-book (Public Domain). <<

[5] *Op. cit.*, pág. 24. <<

[6] Cf. *op. cit.*, pág. 99 y siguientes. <<

[7] Cf. *op. cit.*, pág. 17. <<

[8] Cfr. Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Tomo I, Librería General de Victoriano Suarez, Madrid 1906, pág. 169. [N. d. T.] <<

[9] Cfr. César Chesneau Du Marsais, *El filósofo*. Este texto forma parte de una serie de opúsculos clandestinos que escribió Du Marsais criticando duramente la religión y el absolutismo. Fue publicado de manera anónima en 1743, con el frontispicio de impreso en Ámsterdam para evitar la censura, dentro de una recopilación titulada *Nouvelles libertés de penser*. Una variante del mismo texto se publicó en el artículo «filósofo» de la *Encyclopédie* en 1765, en el tomo XII, nueve años después de la muerte de Du Marsais. [N. d. T.] <<

[10] *Cacouac* es un término peyorativo antiilustrado inventado hacia 1757 por los adversarios de los *philosophes* (denominación que se daban a sí mismos los ilustrados), para ridiculizar en particular a los autores de la Enciclopedia. Este neologismo combina

el adjetivo griego *kakos* (malvado) y el francés *couac* (malvado). [N. d. T.] <<

[11] Louis de Jaucourt, *Igualdad natural*, Encyclopédie, Tomo V. Texto español disponible en: http://www.alcoberro.info/pdf/illustracio3.pdf. [N. d. T.] <<

[12] *Ídem*. [N. d. T.] <<

[13] Voltaire, *Diccionario filosófico*, Psikolibro, págs. 743, 744. Texto español disponible en: https://www.academia.edu/10446408 Diccionario_filosofico_voltaire. [N. d. T.] <<

[14] Respuesta de Rousseau a la carta del rey Estanislao de Polonia sobre su *Discurso sobre las ciencias y las artes*. [N. d. T.] <<

[15] Texto español disponible en: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/discurso-sobre-el-origen-de-la-desigualdad-entre-los-hombres—0/html/ff008a4c-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html. [N. d. T.] <<

[16] *Ibídem*. [N. d. T.] <<

[17] Jean-Jacques Rousseau, *Discurso sobre la economía política*, Tecnos, Madrid 2001, pág. 47. [N. d. T.] <<

[18] Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, JDB Ediciones, 2015, pág. 46. [N. d. T.] <<

[19] *Ibídem*, pág. 64. [N. d. T.] <<

[20] *Ibídem*, pág. 65. [N. d. T.] <<

[21] En referencia a los dos personajes de *Cartas persas*. Uzbek y Rica son dos persas que abandonan su país, Persia, para ir a París y conocer a sus habitantes, opiniones políticas y religiosas. [N. d. T.] <<

[22] Louis-Sébastien Mercier, *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, Akal, Madrid 2016, págs. 376-377. [N. d. T.] <<

[23] Cfr. Artículo «Enciclopedia» en la *Encyclopédie*, tomo I. [N. d. T.] <<

[24] Un sou equivalía a cinco céntimos. [N. d. T.] <<

[25] Cfr. H. Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea*. [N. d. T.] <<

[26] Protagonista de la novela filosófica de Voltaire, *El ingenuo*, publicada en 1767. [N. d. T.] <<

[27] Cfr. A. Cochin, *L'esprit du jacobinisme*. [N. d. T.] <<

[28] Pierre-Joseph Proudhon, *La idea de la revolución en el siglo* XIX, pág. 41. Texto español disponible en: http://kcl.edicionesanarquistas.net/lpdf/l123.pdf. [N. d. T.] <<

[29] Obra escrita como comedia-ballet. Mezclando música y danza en una acción única —al contrario de la ópera-ballet que concedía más importancia a la composición—, la comedia-ballet se basa en sucesos contemporáneos y muestra a personajes comunes de la vida cotidiana. El matrimonio era, a menudo, el tema central. [N. d. T.] <<

[30] Tribunal de ayudas: tribunal con jurisdicción suprema encargado del contencioso fiscal criminal y civil. Es tribunal de apelación, pero también de primera instancia, en particular en causas de arrendadores, proveedores de víveres y *traitants*. [N. d. T.] <<

[31] En francés: «le Rousseau du ruisseau», se juega con la similitud en los sonidos de ambas palabras. [N. d. T.] <<

[32] 32 El jardín a la francesa evolucionó a partir del jardín renacentista francés, un estilo que se inspiró en el jardín renacentista italiano a principios del siglo XVI. El jardín del Renacimiento italiano, cuyo ejemplo pueden ser los Jardines de Boboli en Florencia y Villa Medici en Fiesole, se caracterizaba por plantar camas, o parterres, de formas geométricas y con patrones simétricos; además, se utilizan fuentes y cascadas para animar el jardín, y escaleras y rampas para unir los diferentes niveles del jardín. Se solían incorporar también grutas, laberintos y estatuas sobre temas mitológicos. Los jardines se diseñaban para represen-

tar la armonía y el orden, los ideales del Renacimiento, y para recordar las virtudes de la Antigua Roma.

El jardín a la francesa está también basado en la simetría y el principio de imponer el orden a la naturaleza. El ejemplo más claro son los jardines de Versalles, diseñados durante el siglo XVII por el arquitecto paisajista André Le Nôtre para Luis XIV y ampliamente copiado por otras cortes europeas. Son jardines aterrazados, regulares, a menudo lineales, que ofrecen mucho espacio para los juegos de agua, (canales hidráulicos y estanques, invernadero, pabellones) y con una poda sofisticada de las plantas (arte topiario). [N. d. T.] <<

[33] 33 En francés: «*noblesse de robe*». Clase social aparecida en el reino de Francia a partir del siglo XV.

A finales de la Edad Media, tras el fin de la Guerra de los Cien Años y la epidemia de la Peste Negra, el prestigio y la influencia de la nobleza tradicional francesa (*noblesse d'épée*, «nobleza de espada»), se había inclinado en favor de la autoridad real. Con el ánimo de extenderla por todos sus dominios, los monarcas tardomedievales como Luis XI empezaron a centralizar la administración real, por lo que tuvieron que abolir muchos de los privilegios feudales y señoriales que hasta entonces distinguían a cada región de Francia. Al mismo tiempo, y debido a su creciente influencia tanto local como internacional, las necesidades fiscales del rey de Francia fueron creciendo, por lo que, al mismo tiempo que se aprobaban nuevos impuestos o se le transfería el privilegio de recaudar alguno de ellos, la administración del monarca encontró una nueva forma de recibir ingresos en la creación y venta de cargos públicos al servicio del rey. Esta política de venta de cargos fue muy utilizada en los siglos siguientes, creando así una nueva clase social privilegiada, la susodicha nobleza de toga, que en muchos casos resultó especialmente gravosa a largo plazo porque la adquisición de un cargo público al servicio del rey le confería nobleza al titular del mismo y, por ende, toda una serie

de privilegios como la exención de impuestos (lo que hacía que el cargo resultase especialmente atractivo). La demanda de cargos públicos fue aumentando, obligando a algunos monarcas, como a Enrique III o Luis XIII, a crear muchos más cargos públicos de los necesarios, con el consiguiente gravamen sobre las finanzas del reino a largo plazo.

El jurista del siglo XVII Charles Loyseau la definió como «una dignidad ordinaria con autoridad pública»: es decir, que por ser «ordinaria» era permanente (en contraposición a «extraordinaria» o temporal); y al ser una «dignidad» implicaba estatus social y nobleza. Dicha nobleza podía ser hereditaria para el caso de los cargos más importantes, como por ejemplo el de canciller, los cuales no solían ponerse a la venta, sino que mantenían su significado político; o podía durar solo el tiempo de vida de su titular. Sin embargo, el ennoblecimiento vitalicio podía hacerse hereditario si una misma familia mantenía un cargo durante tres generaciones sucesivas o a lo largo de un cierto período de tiempo (que varió de 100 años a poco más de 20). Esto era algo relativamente sencillo de conseguir, porque una vez adquirido, el cargo podía ser tratado como una propiedad privada, y por tanto, ser vendido, comprado o transferido. Formalmente, no se distinguía de la nobleza tradicional, y en muchos casos los miembros de esta accedían también al proceso de compraventa de cargos. No obstante, socialmente sí que se hacía distinción, sobre todo entre los estratos más altos de la nobleza: ser *noblesse d'épée* denotaba una antigüedad familiar y unos orígenes mucho más ilustres. Ello contribuyó a que la nobleza de toga desarrollara conciencia de grupo.

Los privilegios adquiridos con el cargo público eran cuantiosos. Los salarios no solían ser elevados, pero los cargos estaban asociados a muchos beneficios, tales como la exención de determinados impuestos, preeminencias sociales, etc. La naturaleza de los cargos públicos era variada: desde recaudadores de impuestos

o inspectores de finanzas hasta cargos cortesanos, administrativos, militares, judiciales o legales. [N. d. T.] <<

[34] En francés: «maîtres des requêtes». Título llevado en Francia y en ciertos países de Europa desde la Edad Media por magistrados de alto rango y altos cargos de la administración.

Los *maîtres des requêtes ordinaires de l'hôtel du Roi* (maestros de las peticiones ordinarias de la casa del Rey) eran, desde la Edad Media, unos oficiales propietarios de un oficio muy prestigioso y que se volverá, bajo Luis XIV, muy costoso. Para poder ser *maître des requêtes* era necesario haber ejercido durante seis años en una Corte superior como los parlamentos provinciales y el Tribunal de Cuentas; para los hijos de estos magistrados el plazo se reducía a tres años.

Originalmente se encargaban de recibir y de juzgar las peticiones dirigidas al rey, que podían ser quejas o solicitudes de favores, y llevaban el *Tribunal des requêtes de l'Hôtel* (Tribunal de las peticiones de la Casa). En el siglo XVI, se encargaban de inspeccionar y controlar las administraciones provinciales que dependían directamente de la administración real, en especial en los países de elección que tendían a manifestar deseos de independencia de la administración central. Estas giras a caballo por todo el país se llamaban *chevauchées* (cabalgatas), y sirvieron de base para la implantación de los intendentes reales para la recaudación de impuestos en el siglo XVII.

En el siglo XVIII, se mantenía todavía una de sus labores medievales que consistía en que dos *maîtres des requêtes* acompañaban al rey a misa los domingos y días festivos: en la iglesia se quedaban a ambos lados de su reclinatorio, y le acompañaban de vuelta a su despacho recibiendo en el camino las súplicas y peticiones que se querían hacer llegar al rey.

Eran jueces soberanos en temas como el sello real, la imprenta real y la ejecución de los decretos del Consejo del rey. Un máxi-

mo de 4 de ellos podían ser miembros del Parlamento de París. El Consejo del rey y los diversos Consejos de gobierno les pedían informes sobre determinados temas fiscales, sociales y económicos. Gracias a su doble formación de jueces y administradores, se reclutaba entre ellos a los más altos cargos de la administración y del gobierno: consejero de Estado, intendente de las provincias, controladores generales de Hacienda, teniente general de policía, etc. [N. d. T.] <<

[35] Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, 2012, pág. 302. <<

[36] *Ibídem*, pág. 303. <<

[37] *Ibídem*, pág. 368. <<

[38] En francés «lettres de cachet», órdenes reales, equivalentes a las órdenes reservadas del Antiguo Régimen español. [N. d. T.] <<

[39] Bajo el Antiguo Régimen en Francia, los parlamentos (en francés: *parlement*) eran cortes superiores de justicia provinciales. Tenían también poderes administrativos y políticos limitados. No eran «parlamentos» propiamente dichos. El parlamento estamental de la monarquía francesa eran los Estados Generales. [N. d. T.] <<

[40] El proceso de imposición se denomina tallación. El nombre de talla proviene de la antigua costumbre de contabilizar las entregas de dinero tallando muescas sobre palos (palo tallado), que se entregaban para certificar el pago. Esta manera de contabilizar es un vestigio de los tiempos prehistóricos. En Inglaterra perduró hasta 1826. La talla se convirtió en un impuesto anual y permanente en 1439, durante la Guerra de los Cien Años; en principio se crea para colaborar al coste de la defensa militar del reino. [N. d. T.] <<

[41] Granja General (en francés: *Ferme générale*) es la denominación de la compañía privilegiada encargada de la recaudación de

los impuestos en el reino de Francia desde el siglo XVII, que adquirió su forma definitiva durante el periodo final del Antiguo Régimen y el comienzo de la Revolución, entre 1726 y 1790.

Desde la Baja Edad Media, las monarquías autoritarias y absolutas tuvieron en la Hacienda un instrumento de centralización del poder; pero frente a la dificultad de gestionarla mediante una burocracia pública vieron en el arrendamiento de impuestos un sistema que les aportaba considerables ventajas sobre el cobro directo, como la rapidez en el ingreso (o en su caso el ingreso anticipado) y la reducción de los costes en personal administrativo.

En la monarquía francesa, que contaba con *fermes* (del verbo *affermer*, «dar» o «recibir una concesión») de arrendamiento de impuestos desde el reinado de Felipe IV «el Hermoso» (comienzos del siglo XIV), fue el duque de Sully, uno de los principales consejeros de Enrique IV desde 1596, quien agrupó el conjunto de los arrendamientos de rentas reales en cuatro asientos generales o fermes para reforzar el control real.

Durante las minorías de Luis XIII y Luis XIV aumentaron de tal forma los abusos que el ministro Jean-Baptiste Colbert se vio obligado a profundizar las reformas del duque de Sully. A los impuestos que ya se cobraban Colbert añadió en 1680 la recaudación de los impuestos sobre la sal (*gabelles*), sobre las bebidas (*aides*), sobre las mercaderías que entraban y salían del reino o de ciertas provincias (*entrées* y *traites*) y los ingresos de los dominios reales, confiando la recaudación de las siete provincias del centro de Francia a una única sociedad de fermiers. Mediante la ordenanza de julio de 1681 unificó los asientos del rey en un único asiento general. En 1691 se constituyó la *Compagnie des fermiers généraux* o *Ferme générale*. Se firmaba un arrendamiento único por un periodo de seis años, firmado por el controlador general de finanzas, con una sola persona que actuaba como mandatario de los *fermiers généraux*. A los seis años se había de realizar un nuevo arrendamiento, si bien la misma sociedad era la que se lo conse-

guía, y se perpetuaba en el tiempo. Con el objetivo de reunir las cantidades necesarias, los *fermiers* se asociaban y solicitaban préstamos a socios capitalistas, a los cuales se cedía una parte del interés. Al mismo tiempo, creaban una disciplinada organización para obtener el mayor rendimiento de las percepciones. Se ha calculado que una quinta parte del total de los impuestos recaudados se quedaba en manos de los *fermiers*. En 1726 la reforma de Colbert, que se había planteado como un recurso temporal, se convirtió en estable.

Había cuarenta *fermiers généraux*, excepto entre 1756 y 1780 que fueron sesenta. Al tiempo que consiguieron inmensas fortunas, se ganaron una pésima reputación de estarlo haciendo a costa del reino. Sus agentes, apoyados por la justicia y la policía real, eran vistos como exactores tiránicos por la población. Su número osciló entre 20.000 y 25.000, en su mayoría soldados ya licenciados. Anne Robert Jacques Turgot, ministro de finanzas de Luis XVI, intentó abolir la *Ferme générale*, pero no lo consiguió; siendo su abolición definitiva obra de la Asamblea Nacional Constituyente. [N. d. T.] <<

[42] Beaumarchais, *Las bodas de Fígaro*, Acto III, escena 5, Alianza Editorial, Madrid 2011, pág. 274. [N. d. T.] <<

[43] *Ídem*, Acto V, escena III, págs. 357-358. [N. d. T.] <<

[44] Los artífices de este engaño al cardenal fueron Jeanne y Antoine-Nicolas de La Motte, condes de La Motte Valois. ¿Cómo consiguieron engañar al cardenal? Con una prostituta. En esa época, las citas galantes con mantos y capas en los bosques de Versalles hacían furor. La condesa de la Motte había descubierto a una prostituta, Nicole Leguay, en el Palais-Royal de París, muy parecida a la reina. Contactó con ella y logró convencerla para que se hiciera pasar por la reina con el fin de gastar una broma a un amigo. Tras aleccionar a la prostituta sobre lo que tenía que decirle a dicho amigo, y tras vestirla con una réplica de un

conocido vestido de María Antonieta, concertó un encuentro nocturno con el cardenal. Así, la noche del 11 de agosto de 1785, introdujo a la «falsa reina» en los jardines de Versalles, y, poco antes del alba, esta se encontró en el bosque de Venus con un aturdido cardenal, quien cree ver en ella a María Antonieta. La «falsa reina» cumplió su papel y perdonó al cardenal por haberse opuesto a su matrimonio con Luis XVI y por su escandaloso estilo de vida. El cardenal de Rohan, embelesado, no profiere palabra y, aturdido, acepta que la falsa reina se marche rápidamente, con la excusa de que la van a echar de menos enseguida. Todo esto formaba parte de un plan que Jeanne, con la ayuda de su esposo y de Rétaux de Villette, elaboró para sacar provecho económico. De Villette, hábil falsificador, escribió varias cartas imitando la letra de María Antonieta las cuales estaban dirigidas a Jeanne. En dichas cartas, la reina afirmaba que quería el collar pero que no podía adquirirlo directamente a causa de la reticencia de Luis XVI a efectuar un gasto tan elevado debido a la delicada situación económica del país, declarando que esperaba que el cardenal adquiriese la joya en su nombre a modo de favor personal, jugando Jeanne el papel de intermediaria en toda la farsa. El cardenal creyó en la autenticidad de las cartas y accedió a adquirir el collar para la reina, a pesar de que sabía que María Antonieta y Jeanne nunca habían sido vistas en público, pero consideró que la condesa de La Motte era su agente de confianza en base a una supuesta amistad secreta entre ambas. Tras el encuentro con la «falsa reina» en Versalles, se contactó al joyero solicitándosele la entrega del collar. Tras elaborarse un contrato en el cual se fijaba la venta de la joya al cardenal por un millón seiscientas mil libras pagaderas en cuatro plazos semestrales y en el que se establecía que María Antonieta sería quien abonaría los pagos, el collar le fue confiado a Jeanne con el fin de que esta se lo entregase a la reina, empezando Nicolas a vender los diaman-

tes en París y Londres tras ser la pieza desmontada. [N. d. T.] <<

[45] En francés: «Le Saint-Père l'avait rougi, / le roi, la reine, l'ont noirci, / le Parlement le blanchira». [N. d. T.] <<

[46] Llamado así porque en vez de sentarse en el trono, el rey se tumbaba en una improvisada «cama» adornada con cuatro cojines. El rey, justo después de rezar en la Sainte Chapelle entraba acompañado de su canciller, los príncipes de sangre, los duques, los pares, los cardenales y los mariscales y tomaba su sitio sobre unos cojines encima de una tarima y bajo un pabellón de Estado (la cama, el *lit*), en una esquina de la sala. Cinco cojines componían el *lit*: sobre uno se sentaba el monarca, otro se colocaba en su espalda, dos para apoyar los brazos y un último bajo sus pies. Los pares y prelados se colocaban en bancos a su izquierda y su derecha. Delante del rey se dejaba un espacio para que pudiera hablar de sus asuntos en privado y para mantener el orden. Estaba prohibido levantarse de sus asientos y acercarse al *lit* sin permiso. [N. d. T.] <<

[47] Se refiere a Luis Felipe II de Orleans, partidario de la Revolución francesa y conocido por los revolucionarios como Felipe Igualdad. [N. d. T.] <<

[48] Los agentes generales del clero, dos de número, encabezaban la Asamblea general del clero (de la Francia del Antiguo Régimen), formada por 68 miembros. La Iglesia de Francia, primer orden del reino y cuya tarea principal atañía al dominio espiritual y caritativo, siempre se benefició bajo el Antiguo Régimen de inmunidad fiscal y de una cierta independencia de Roma, lo que no quiere decir que no tuviera ninguna relación financiera con el rey ni que diera la espalda a Roma. En esta relación triangular, la institución fundamental de la Iglesia de Francia a partir del siglo XVI fue la Asamblea del Clero. [N. d. T.] <<

[49] Emmanuel Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*, Biblioteca virtual Omegalfa, 2019, págs. 5, 8, 9. [N. d. T.] <<

[50] *Ibídem*, pág. 77. [N. d. T.] <<

[51] Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Fondo de Cultura Económica, México, DF 2012, pág. 489. [N. d. T.] <<

[52] El Teatro de la Reina es un pequeño teatro privado francés del siglo XVIII construido para la reina María Antonieta entre junio de 1778 y julio de 1779 por el arquitecto Richard Mique, entonces *premier architecte du Roi [primer arquitecto del rey]*. Está ubicado en el complejo Pequeño Trianon, en el parque del castillo de Versalles, escondido entre los nogales del Jardín francés y los altos árboles del Jardín alpino. El exterior muy simple del edificio contrasta con la decoración interior muy sofisticada, tapizada en seda y terciopelo azul con esculturas doradas. Fue inaugurado en 1780. Este pequeño teatro era un lugar secreto para la reina, lejos de la corte de Versalles y sus problemas, en el que la misma reina actuaba junto con la compañía de sus amigos cercanos, en memoria de su pasión por el teatro. El escenario, dos veces el tamaño de la sala, y la maquinaria teatral —compleja y vanguardista— son obra de Boullet, un maquinista de la Ópera de París. [N. d. T.] <<

[53] Regimiento de caballería del Reino de Francia, después de la República francesa y del Primer Imperio, formado en 1667 con los restos de los regimientos croatas. [N. d. T.] <<

[54] Cf. H. Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea*. [N. d. T.] <<

[55] Cf. Auguste Cochin, *La Machine revolutionnaire*. [N. d. T.] <<

[56] Escribanos, pasantes de abogados, escribientes y procuradores. [N. d. T.] <<

[57] Esta obra ha sido llevada varias veces al cine. Entre las más importantes están la de 1959, con dirección de Roger Vadim e interpretaciones de Jeanne Moreau, Gérard Philipe y Annette Vadim, y la de 1988, con dirección de Stephen Frears e interpretaciones de Glenn Close, John Malkovich, Michelle Pfeiffer, Uma Thurman y Keanu Reeves. [N. d. T.] <<

[58] Fielato: Oficina a la entrada de las poblaciones en la cual se pagaban los derechos de consumo. [N. d. T.] <<

[59] Señora Real, nombre que se daba a la hija mayor del monarca francés. En este caso, María Teresa de Francia (9 de diciembre de 1778-19 de octubre de 1851). [N. d. T.] <<

[60] H. Tayne, *op. cit.*, Tomo II. La Revolución. La anarquía, 265. [N. d. T.] <<

[61] Antoine Rivarol escribió dos textos: *Il n'est point de siècle de lumières pour la populace* [*No hay siglo de las luces para el populacho*] y *Sur les causes de la Révolution* [Sobre las causas de la Revolución] para el *Journal politique et national* entre mayo y octubre de 1789. Rivarol se exilió en 1792. La colección de sus artículos fue publicada después de su muerte con el título de *Mémoires*. [N. d. T.] <<

[62] El *Mercure de France* fue en su origen una revista literaria francesa fundada en el siglo XVII bajo el nombre de *Mercure Galant*, a su vez fundada en 1672 por Jean Donneau de Visé, primero como publicación trimestral y más tarde con periodicidad mensual. Ofrecía noticias variadas además de publicar poemas e historietas. Cuando en 1710 falleció su creador tomó el relevo Charles Dufresny. Con Antoine de La Roque se produjo el cambio de nombre de la revista que pasó a llamarse *Mercure de France*. Jean-François de La Harpe asociado con Jacques Mallet du Pan o François-René de Chateaubriand fueron algunos de los ilustres escritores que también asumieron la dirección de la revista. [N. d. T.] <<

[63] La ejecución en efigie (de la expresión latina *in effigie*, que significa «en retrato») es la aplicación de un castigo físico a una representación o sustitución del condenado dada la imposibilidad de infligirle a él la pena. Era habitual colgar un muñeco en las mismas condiciones que el condenado ausente, juzgado en contumacia. [N. d. T.] <<

[64] La Sociedad de Amigos de los Negros estaba formada por un grupo de hombres y mujeres francesas, en su mayoría blancos, que defendían ideas abolicionistas, oponiéndose a la esclavitud de los negros y al tráfico de esclavos africanos. La asociación se creó el 19 de febrero de 1788. Su cofundador recibía los consejos del británico Thomas Clarkson, quien dirigía el movimiento abolicionista en el Reino Unido. Hacia principios de 1789 contaba con 141 miembros.

Si bien la Sociedad abogaba por la abolición de la esclavitud en las colonias francesas [tal como dejó claro el Marqués de Condorcet cuando redactó el programa de la misma], razonando que las ideas de la Revolución francesa debían extenderse también a las colonias, los conceptos de *liberté, égalité, fraternité* excluían a la esclavitud, ya que la Asamblea Nacional argumentaba que la abolición sería perjudicial para la economía francesa. Pese a los llamamientos de Clarkson para que redujeran la intensidad de sus demandas y se centraran exclusivamente en lograr la prohibición de la trata de esclavos, la intensa actividad propagandística desarrollada por la sociedad en sus primeros años hizo que los grupos antiabolicionistas comenzaran a temer por su éxito, por lo que decidieron fundar el Club Massiac en respuesta a la Société. Este nuevo grupo rival pronto se ganó el apoyo ciudadano al señalar la gran cantidad de ingresos que provenían de las colonias esclavistas. Sin embargo, en marzo de 1790 la Sociedad, de la que formaban parte algunos de los políticos más influyentes de la época, presionó a la Asamblea Constituyente para que se creara el Comité de Colonias, a fin de que se estudiara la cuestión. El

Comité, formado fundamentalmente por comerciantes y burgueses de Burdeos, Nantes y Le Havre con intereses en el comercio de esclavos, saboteó su propia misión y evitó cualquier discusión abolicionista.

Con el estallido de la Revolución haitiana en 1791, revolución que comenzó como una rebelión de esclavos, la Sociedad, que decía defender el abolicionismo pacífico, se desacreditó ante los ojos de los franceses. La crisis de la Primera República Francesa desvió la atención hacia otros asuntos más urgentes, lo que hizo que las actividades de la Société fueron reduciéndose. Esta siguió activa hasta 1793, publicando llamamientos y panfletos en periódicos tales como *Patriote français, L'Analyse des papiers anglais, Le Courrier de Provence* y *La chronique de Paris*. [N. d. T.] <<

[65] La Gardes-du-Corps era la unidad militar principal de guardia personal del rey. [N. d. T.] <<

[66] Sobrenombre dado a La Fayette por Mirabeau, su principal adversario en el partido patriota. Su nombre completo era Gilbert de Motier de La Fayette: Gil, por Gilbert y César por el dictador romano, Julio César. [N. d. T.] <<

[67] Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*, JDB Ediciones, 2015, 15. [N. d. T.] <<

[68] H. Taine, *op. cit., La revolución. La conquista jacobina*, tomo III, 28-29. [N. d. T.] <<

[69] *Ibídem*, 28. [N. d. T.] <<

[70] Discurso de la Farola a los parisinos. [N. d. T.] <<

[71] *El consolador real, La austriaca con ganas de juerga y La orgía real*. [N. d. T.] <<

[72] En alusión a Valeria Mesalina, tercera esposa del emperador Claudio y célebre por su belleza y las constantes infidelidades a su esposo con miembros de la nobleza romana, así como con soldados, actores, gladiadores y otros. [N. d. T.] <<

[73] Cf. *Los orígenes de la Francia contemporánea*, tomo V. [N. d. T.] <<

[74] También conocido como Sociedad de Amigos de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. [N. d. T.] <<

[75] Se llama asignado (en francés *assignat*) al papel moneda creado el 1 de abril de 1790 por la Asamblea Nacional francesa para remediar el desorden de la hacienda de dicho país durante el periodo de la Revolución francesa. Estuvieron vigentes hasta 1796 cuando fueron abolidos por el Directorio. [N. d. T.] <<

[76] H. Taine, *op. cit*. La revolución. La anarquía, 264. [N. d. T.] <<

[77] Antigua región de Francia que, en 2015, se fusionó con Norte-Paso de Calais dando origen a la región de Alta Francia. Su ciudad principal es Amiens. [N. d. T.] <<

[78] Cfr. Almanaque n. 2 de la Fundación Foro Jovellanos del Principado de Asturias: «La segunda acometida de Edmund Burke contra la Revolución en Francia. Un manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional: Extracto de una carta de Mr. Burke a un miembro de la Asamblea Nacional de Francia (1791)», 60. [N. d. T.] <<

[79] *Ibídem*. [N. d. T.] <<

[80] Poule d'Autriche. Autriche (Austria) se pronuncia como autruche (avestruz). [N. d. T.] <<

[81] En referencia a Luis XVI —Luis Capeto— y su familia y descendientes. [N. d. T.] <<

[82] Nombre adoptado por un club revolucionario francés (de manera similar a lo que ocurrió con jacobinos y cordeliers) de ideología moderada: el Club de los *feuillants*.

Feuillants era el nombre que se daba a los monjes cistercienses de la abadía de Notre-Dame-des-Feuillants, fundada en 1145 en el reino de Francia, en un territorio que posteriormente perteneció a la diócesis de Rieux. Se establecieron como una congrega-

ción separada en 1589, con la reforma del abad Jean de la Barrière que aprobó el papa Gregorio XIII. El nombre (del francés *feuille*, «hoja») provenía de su régimen de alimentación, estrictamente vegetariano, sin incluir huevos ni pescado. Entre otras normas, debían dormir y comer sobre el suelo, realizar trabajos manuales y guardar voto de silencio. Establecieron dos monasterios en Roma. En 1630 la orden se dividió en dos ramas, la francesa (*Feuillants*) y la italiana (Bernardinos reformados). La rama francesa fue suprimida durante la Revolución, en 1791; mientras que la italiana se reintegró a la Orden del Císter. [N. d. T.] <<

[83] Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*, Tecnos, Madrid 1990, 5. [N. d. T.] <<

[84] En esta versión del juego, las ocas se sustituyeron con «pollo en la olla», en referencia a la famosa frase del rey Enrique IV, conocido también como El Buen Rey: «Si Dios me guarda, me aseguraré de que en mi reino a nadie le falten los medios para tener un pollo en la olla todos los domingos», con la que ejemplificaba su política de hacer feliz a su pueblo, no solo con poder y conquistas, sino también con paz y prosperidad. [N. d. T.] <<

[85] Bajo el Antiguo Régimen, una profesión se llamaba un *corps de métier*, constituido por el juramento mutuo que los amos, cada año en la mayoría de los casos, se prestaban unos a otros: juramento de observar los reglamentos, pero también un juramento de solidaridad y moralidad profesional. El cargo de jurado fue conferido por elección a uno o más miembros de una corporación, elegidos para representarla y defender sus intereses. También tenían que garantizar la aplicación del reglamento. Los *jurandes* fueron suprimidos por Turgot por un edicto de febrero de 1776, derogado en agosto de 1776. Fueron definitivamente suprimidos, como las otras corporaciones, por el decreto de Allarde del 2 y 17 de marzo de 1791, confirmado por la ley Le Chapelier de 14 de junio 1791. [N. d. T.] <<

[86] Se conocían como montañeses (*montagnards* en francés) a los parlamentarios y partidarios de la Montaña, en francés *Montagne*, un grupo político de la Asamblea Legislativa y de la Convención Nacional de Francia, durante la Revolución francesa. Su permanencia en la asamblea nacional duró de 1792 a 1795, fecha en la que fueron eliminados del arco parlamentario y de la vida política. El nombre proviene del hecho de que los diputados miembros de este grupo se sentaban en los bancos más altos de la Asamblea, mientras que los grupos que se sentaban en la parte baja fueron conocidos como «la Llanura» (*la Plaine*) o «el Pantano» (*le Marais*). [N. d. T.] <<

[87] Publicado en español por Laetoli, Pamplona 2019. [N. d. T.] <<

[88] Culos blancos: llamados así por el uniforme blanco del Ejército real. [N. d. T.] <<

[89] Sobrenombre dado por el Ejército regular a la Guardia nacional. [N. d. T.] <<

[90] Del conde de Bercheny, patriota húngaro proscrito por los Hasburgo y que se puso al servicio de Francia. [N. d. T.] <<

[91] Prisión de la Abadía, llamada así porque estaba cerca de la antigua Abadía de San-Germain-des-Prés. [N. d. T.] <<

[92] H. Taine, op. cit. *La Revolución*. *La anarquía*, 266. [N. d. T.] <<

[93] Las secciones eran las subdivisiones de París durante la Revolución francesa, de 1790 a 1795. La sección de gobelinos pasó a llamarse, a partir de agosto de 1792, en sección de Finistère y estaba situada en el sector de la parte sudeste, cerca de las secciones de los *sans-culottes* y el Observatorio. [N. d. T.] <<

[94] Rubito. [N. d. T.]<<

[95] En francés, *baiser de l'amourette*, alude tanto al nombre del autor de la frase (Lamourette), como al significado de amorío (amor superficial y que dura poco). Reconciliación normanda

hace referencia al lugar de nacimiento de Lamourette. [N. d. T.] <<

[96] La sección de los *Quinze-Vingts* era, bajo la Revolución francesa, una sección revolucionaria parisina. Estaba representada en el municipio de París por: Antoine-Charles Ballin, ebanista y juez de paz de su sección; Claude-Michel Leclerc, ebanista y oficial municipal; Jean-Baptiste Michée. Esta sección no cambió su nombre durante la Revolución. [N. d. T.] <<

[97] Hijas de Santo Tomás y Padrecitos. [N. d. T.] <<

[98] La Sala de Equitación (*salle du Manège* en francés), en el jardín de las Tullerías de París, fue el lugar de reunión de las asambleas parlamentarias (la Constituyente, la Legislativa, la Convención, los Quinientos) durante la Revolución francesa, de 1789 a 1798. Luis XVI fue juzgado y condenado a muerte en ella del 10 al 26 de diciembre de 1792. Había sido construido en 1721 para que el joven Luis XV practicara la equitación. [N. d. T.] <<

[99] Actualmente Place-de-l'Hôtel-de-Ville. Mantuvo su anterior nombre hasta 1803. [N. d. T.] <<

[100] En español en el original. [N. d. T.] <<

[101] Hoy en día, este municipio y Saint-Jouin-sous-Châtillon forman el municipio de Mauléon (creado en 1965). [N. d. T.] <<

[102] Llamada de la Force (de *maison de force* o prisión) de la Salpêtrière. [N. d. T.] <<

[103] Así llamó Louvet su filípica dirigida a Robespierre. [N. d. T.] <<

[104] Furiosos, rabiosos. [N. d. T.] <<

[105] Ley promulgada durante la fase más radical de la Revolución francesa que instituyó un máximo para precios, salarios y beneficios. En una primera formulación, la votada el 4 de mayo de 1793, se estableció la tasa del precio de los productos de pri-

mera necesidad, como, por ejemplo, el grano, para cada administración de departamento, en función del precio medio de los primeros meses del año y la situación de las reservas; así como visitas domiciliarias a cargo de los ayuntamientos y el derecho de requisa para aprovisionar los mercados de su circunscripción. [N. d. T.] <<

[106] H. Taine. *op. cit. La Revolución. La anarquía*, 388. [N. d. T.] <<

[107] Cuna de la Libertad. [N. d. T.] <<

[108] Significaría «descurización». De *prêtre*, sacerdote en francés. [N. d. T.] <<

[109] Ciudad sin nombre. [N. d. T.] <<

[110] Ciudad liberada. [N. d. T.] <<

[111] Vengado. [N. d. T.]<<

[112] H. Taine, *op. cit.*, 265-266. [N. d. T.] <<

[113] Verdugo o cortacabezas. [N. d. T.] <<

[114] Canción de la partida. [N. d. T.] <<

[115] Nuestra Señora del Socorro. [N. d. T.] <<

[116] Cima en francés es *crête*. [N. d. T.] <<

[117] Los Compañeros de Jehú deben su nombre al personaje del Antiguo Testamento que mató a Jezabel arrojándola por una ventana. Racine lo inmortalizó en su obra *Athalie*. Se formaron en la región francesa de Lyon en abril de 1795 para perseguir a los jacobinos implicados en el Reino del Terror. Es posible que fueran fundados por el marqués de Besignan, quien también fundó grupos clandestinos realistas en Forez y Dauphiné con el príncipe de Condé en 1796. Se hicieron famosos gracias a la novela de Alejandro Dumas de 1857, Los Compañeros de Jehú, que presentaba una imagen muy romantizada de los mismos. [N. d. T.] <<

[118] A partir del 13 de abril de 1970 Alpes de Alta Provenza. [N. d. T.] <<

[119] Nombre de otra asociación realista. [N. d. T.] <<

[120] La batalla de Fleurus (26 de junio de 1794) fue una de las más decisivas batallas en los Países Bajos durante las Guerras Revolucionarias Francesas. Enfrentó a un Ejército francés de 72.000 hombres comandados por Jourdan contra un Ejército austroholandés de 45.700 soldados comandados por el príncipe Frederick Josías de Sajonia-Coburgo-Saalfeld. Fleurus es una localidad cercana a Charleroi situada en la actual Bélgica. [N. d. T.] <<

[121] La República Bátava (en neerlandés *Bataafse Republiek*) fue una «república hermana» o Estado satélite de la Primera República francesa, surgido de las antiguas Provincias Unidas cuando fueron ocupadas en 1795 por las tropas francesas en el contexto de las Guerras Revolucionarias Francesas. Ocupaba aproximadamente el mismo territorio que los actuales Países Bajos (a excepción de la región de Limburgo). De corta duración, existió entre 1795 y 1806 (cuando fue transformado en el Reino de Holanda por Napoleón Bonaparte). [N. d. T.] <<

[122] Nombre que se le dio a los restos de la Montaña. [N. d. T.] <<

[123] El valor facial de estampillas, monedas y billetes es el que le asignó la casa de impresión, mientras que el valor nominal se refiere generalmente al valor verdadero de la moneda, estampilla o acción (como con las monedas de circulación). [N. d. T.] <<

[124] Biblioteca Virtual, Omegalfa, 2015, 1, 2, 3, 4. Disponible online. [N. d. T.] <<

[125] Publicado por Abada, Madrid 2006. [N. d. T.] <<

[126] Juego de palabras entre el verbo *dépiter*, que significa contrariar, molestar, y el apellido Pitt (en el original francés, *dépitée*). [N. d. T.] <<

[127] Juego de palabras entre el participio del verbo *débarrassée*, que significa despegado, desocupado, librarse de, y el apellido Barras (en el original francés, *débarrassée*). [N. d. T.] <<

[128] Cf. al final del volumen, el ensayo de historiografía crítica, «La Révolution est assurément un bloc». <<

[129] Joseph de Maestre, *Consideraciones sobre Francia*, Tecnos, Madrid 1990, 99. [N. d. T.] <<

[130] «Calentadores». [N. d. T.] <<

[131] O del décimo día. [N. d. T.] <<

[132] Joseph Fouché fue un político francés que tuvo un gran poder durante la Revolución francesa y el Imperio napoleónico. Fue el fundador del espionaje moderno y quien consolidó el Ministerio de la Policía de Francia, futuro Ministerio del Interior. A diferencia de otros políticos, Fouché no destacaba por su presencia pública, no era el primero en saltar a la tribuna de oradores, sino que prefería trabajar en la sombra, tejiendo los hilos del poder. Llegó a ser la persona con más poder de Francia. Y la más rica, pues utilizaba sus contactos para influir en el mercado bursátil, utilizando información privilegiada o influyendo en el ánimo de los inversores. [N. d. T.] <<

[133] Fouché ingresó como religioso en la Congregación del Oratorio, donde permaneció diez años, aunque nunca tomó los votos mayores. [N. d. T.] <<

[134] El invernadero del castillo de Saint-Cloud. [N. d. T.] <<

[135] Doxa: cultismo para «opinión» justa, verdadera, autorizada. [N. d. T.] <<

[136] «Les yeux de Chimène», los ojos de Jimena, es una expresión francesa, derivada de una obra teatral de Pierre Corneille sobre El Cid, que se utiliza para describir el intenso interés, la pasión o la admiración que se puede sentir por alguien o algo. [N. d. T.] <<

[137] *Mission du Bicentenaire de la Révolution*, Comisión para la celebración del bicentenario de la Revolución. [N. d. T.] <<

ÍNDICE